ÁNGEL VIÑAS

LA FORJA DE UN HISTORIADOR

CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Presentación y propósito
Primera parte. De la nada a funcionario de un cuerpo de élite
1. Una juventud en la España de Franco
2. La llamada del extranjero
3. De la RDA a Escocia y al éxito académico y profesional
4. Funcionario con la vista fuera
Segunda parte. El surgimiento de una doble vocación
5. Pinitos en historia
6. Dos parteaguas: un libro y una cátedra
7. El oro español en la Guerra Civil
8. Política comercial exterior española: más allá de los moldes establecidos
9. La deconstrucción del perenne mito de la sagacidad de Franco
10. Pluriocupado en Madrid
Tercera parte. De vuelta a los orígenes, pero ya con más experiencia
11. De nuevo con el Tercer Reich
12. Estados Unidos: el retorno
13. La reiterada llamada del oro
Cuarta parte. Historiador a tiempo completo
14. De vuelta en la Universidad
15. Nuevas investigaciones y nuevas controversias
16. Franco: mentiroso y, por añadidura, mangante
17. Franco y el asesinato del general Balmes
18. Sobre la conspiración de 1936
Quinta parte. Vuelta a los orígenes
19. El gran error de la República
20. La supuesta «sovietización» de España y siguientes trabajos
21. El eterno retorno de dos temas: Bernhardt por un lado, el oro de Moscú por otro
Reflexiones finales

Anexo documental
Bibliografía
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Este libro no es una autobiografía al uso. No se trata del compendio de las memorias de Ángel Viñas, cuya trayectoria como economista, alto funcionario, diplomático y, sobre todo, historiador, por discurrir en los años decisivos de la historia reciente de España, haría de por sí sumamente interesante su consulta. No busque el lector sumergirse en un relato falsamente literario, ni espere prescindibles confesiones íntimas, ni mezquinos ajustes de cuentas, ni profesiones de fe tonantes. Es decir, todo aquello que adorna un género caracterizado por la autoindulgencia y la búsqueda de la pose para la posteridad. No, lo que el lector tiene entre sus manos es la experiencia personal y profesional del historiador, una reflexión introspectiva sobre sus motivaciones, sus influencias, sus fuentes y sus métodos. Persigue explicar, desde su propia óptica, el vínculo entre la historia que hizo, la historia que le hizo y como entre ambas inspiraron la historia que ha escrito.

Viñas se convierte en este texto en historiador de sí mismo, aplicando a su entorno y sus circunstancias la metodología analítica y rigurosa que en tantas ocasiones ha empleado para esclarecer parcelas plagadas de estereotipos de nuestra historia contemporánea y demoler, siempre basándose en las fuentes primarias, los mitos interesados que la han entenebrecido, desde el oro de Moscú a la idiosincrasia violenta, corrupta y esencialmente criminal del franquismo.

Ángel Viñas

La forja de un historiador

CRÍTICA
BARCELONA

A HELEN
Vila y enamoreme

A LAURA Y DANIEL

A MIS HERMANOS, ANTONIO Y CARMEN

IN MEMORIAM
A mis padres,
José Aldomar Poveda,
José Luis Sampedro,
Enrique Fuentes Quintana,
Rafael Martínez Cortiña,
Julio Aróstegui

Presentación y propósito

Comencé a escribir estas páginas antes de cumplir los ochenta. Las he terminado al aproximarme a los ochenta y tres, tras desechar versiones anteriores. He eliminado mucho de mi trasfondo familiar y de mi juventud, que no interesan a nadie, y me he concentrado en identificar las vetas, muy variadas, por las cuales terminé abocado en 1971 a husmear en archivos sobre una cuestión de historia. Aquel trabajo se convirtió en mi tesis doctoral y en mi primer libro. En ambos me centré en los antecedentes lejanos y próximos de una reunión de varios emisarios de Franco con Adolf Hitler en Bayreuth en julio de 1936. La publicación me dio a conocer instantáneamente entre historiadores y en el medio universitario. Continué buceando en el pasado para abordar la entonces manida, pero muy desfigurada, cuestión del «oro de Moscú», libro que fue retirado antes de salir al mercado. Volvió a hablarse de mí en el tumultuoso período que sucedió a la muerte de Franco. Casi sin solución de continuidad, pasé varios años trabajando en archivos para dirigir una mamotrética investigación sobre la política comercial exterior española desde 1931 hasta 1975. Que sepa, fue la primera vez que un alevín de historiador entraba en ellos. Se publicó en 1979. En su redacción descubrí uno de los temas mejor guardados del franquismo ante la opinión pública española y extranjera: los mecanismos de dependencia contractualizados en los pactos secretos con Estados Unidos en 1953.

Desde entonces mi camino quedó trazado por sendas que no hubiera podido predecir. Este libro es, pues, el recorrido de un chaval madrileño de clase media baja, pero que hizo algo diferente de los de la mayoría de su

generación, y que casi desde la nada pudo realizar descubrimientos que, en mi quizá inmodesta opinión, cambiarían la forma de entender la República, la guerra civil y la dictadura, siempre de la mano del análisis crítico de evidencias primarias relevantes de época (EPRE).

Tras cesar en 2001 como director de Relaciones Políticas Multilaterales y Derechos Humanos en la Comisión Europea en Bruselas (equivalente a un director general español) no he dejado de escribir sobre historia. Es más, he acentuado el ritmo y, espero, la calidad de mis investigaciones. Primero, para poner al día las consecuencias de mi descubrimiento de la cláusula que redujo la gloriosa España de Franco a comportarse como un Estado cipayo de cara a su gran protector, Estados Unidos. Después, para terminar unas memorias de mi paso por Bruselas y Nueva York en puestos que consideré importantes para una entidad que entonces se encontraba en acelerado proceso de transformación. Después, no he parado hasta llegar hoy, en 2023, al redondeo y a la mejora del aspecto más oscuro y distorsionado de la investigación con que me inicié. No hay historia definitiva.

Espero que este recorrido, durante el cual aprendí y apliqué una cierta metodología para entender el pasado, pueda ser útil, porque los desafíos del historiador español no han variado. Sigue siendo necesario volver la mirada hacia atrás: hacia los años de la República, de la guerra civil y del franquismo si se quiere comprender las batallitas por la historia que vienen dilucidándose durante lo que va de siglo. Por desgracia, la España de hoy no ha llegado a reconciliarse del todo con su pasado.

Antes y después de jubilarme en la Universidad caí gravemente enfermo en dos ocasiones. Salí del atolladero en ambos casos y continué escribiendo con objetivos más ambiciosos, esta vez centrados en torno a la figura de Franco, su quehacer antes de la guerra, en la guerra y después de la guerra. De aquí pasé a enfrentarme con varios de los mitos que oscurecían la mejor comprensión del proceso que condujo a la sublevación de 1936.

Parte de lo que escribo ahora tiene su base en recuerdos quizá edulcorados y distorsionados por el paso del tiempo. Otra parte está asentada, sin embargo, en papeles y documentos que, sin exagerar, he ido guardando a lo largo de mi carrera y que en parte tenía olvidados. Hice un intento de presentar mi trayectoria personal y como investigador en diálogo con un periodista y gran historiador del Chile de antes y después de Pinochet. Me interrogó largo y tendido sobre mis reflexiones en torno a la guerra civil.1 Ahora, me he dedicado durante meses a señalar los mecanismos que puse en práctica con el fin de penetrar por senderos poco trillados. Lo he hecho siempre con referencia a las evidencias primarias relevantes de época, el pan y la sal del historiador.

He titulado estas memorias en abierto «plagio» de las de Arturo Barea, que denominó las suyas *La forja de un rebelde*. Cuando las leí por primera vez tendría dieciocho o veinte años y su primera parte me hizo rememorar mi niñez. Quizá su precaria posición social y los avatares profesionales que le permitieron escapar a su previsible destino lo convirtieron en un rebelde. No se nace historiador, como no se nace médico o ingeniero. *El historiador se hace*.

Este libro se descompone en cinco partes. He tratado de mantener un cierto equilibrio entre ellas. En primer lugar, paso revista al proceso a cuyo término empecé a trabajar en historia. Después he procurado mantener una cierta cronología. Con todo, tras mi regreso a la Universidad en 2007 me ha parecido oportuno abordar áreas temáticas. He querido concentrar hacia el final mis aportaciones, sin duda discutibles, a una mejor comprensión histórica de la figura de Franco. En mi viaje de ida y vuelta he comprobado la veracidad de una de las más famosas citas de T. S. Eliot. Lo he hecho al abordar una reciente distorsión de mi interpretación sobre cómo Hitler accedió en Bayreuth a la petición que le llegaba de Marruecos. Tiempo ha que empecé a desconfiar de las fuentes orales, salvo en lo que se refiere a testimonios del

propio sufrimiento y de las pérdidas de seres queridos. Ahora remato tal desconfianza y lo hago, de nuevo, con archivos. Nunca he tenido el prurito de alcanzar toda la verdad acerca de las incontables vetas de un pasado que no existe sino en la forma en que lo moldean, entre otros, los historiadores.

Un primerísimo borrador de estas memorias lo leyó el profesor Glicerio Sánchez Recio, catedrático de Historia Contemporánea, ya jubilado, de la Universidad de Alicante. Se lo envié porque le estoy muy agradecido por haber sugerido que su universidad me otorgara la distinción de un doctorado *honoris causa*. En Alicante pasé parte de mis veranos durante mi niñez, en casa de familiares a quienes he seguido viendo a lo largo de los años. Otra parte la revisó mi compañero de cuerpo y amigo Gonzalo Ávila, cuyo nombre surgirá en estas páginas. Una versión sucesiva la examinó el ojo avizor de Jorge Marco, antiguo discípulo de Julio Aróstegui y hoy profesor en la Universidad de Bath. Es otro ejemplo de la fuga de cerebros que en los últimos veinte o treinta años ha propiciado la Universidad española, carente de estímulos, medios y posibilidades de asegurar una carrera digna a los más inquietos de las nuevas generaciones de historiadores. Finalmente, un colega y amigo, Fernando Hernández Sánchez, con quien siempre ha sido un placer trabajar, ha sugerido tajos y cambios para hacerlas más atractivas. A los cuatro les estoy muy reconocido por su paciencia y comprensión. Con ellos, Carmen Esteban, mi editora, me recomendó que aligerase carga personal y me concentrara en lo temático. Naturalmente, le he hecho caso.

No he escrito para ajustar cuentas con nadie. Sí con la intención de dejar una huella de por qué y cómo fui encontrando aspectos desconocidos en Historia desde que empecé a hurgar sobre unos años extraordinarios como los de la República, la guerra civil y el franquismo. Siempre me he considerado un servidor del Estado, muy modesto en los años terminales de la dictadura, menos modesto después, pero siempre universitario de cuerpo entero, comprometido

con la búsqueda de la verdad documentable y documentada.

Finalmente, y como de costumbre, deseo dejar constancia de mi agradecimiento profundo al equipo de CRÍTICA. Desde Carmen Esteban y Raquel Reguera, pasando por Joaquín Arias y Laura Fabregat. Sin su ayuda y su cordial atención este libro no hubiera visto la luz. Espero que los lectores compartan mi propio agradecimiento.

Bruselas, septiembre de 2023

Primera parte

De la nada a funcionario de un cuerpo de élite

1

Una juventud en la España de Franco

Me parece un tanto irónico que en casa apenas se hablara de los tiempos pasados. Se aludía a lo mal que se había sentido nuestro padre, Arturo, durante la guerra por no encontrar tabaco a cómo un médico amigo les había ayudado de vez en cuando. Trabajaba en el hospital de sangre en que se había convertido el Hotel Palace. Nada que pudiera darnos una idea de la vida en el Madrid sitiado, salvo que aguantaron con muchas dificultades. Nunca supe si perteneció o militó en algún partido político, pero sí recuerdo que en casa se oían regularmente el servicio en español de la BBC y Radio España Independiente (REI) a la vez que, día tras día, se escuchaba lo que entonces se llamaba «el parte», es decir, las noticias de Radio Nacional de España que se emitían a la hora de la comida y de la cena.

Niñez feliz

Se me han olvidado muchos detalles de mi niñez, pero no la primera vez que fui al colegio del barrio. Era una casona vetusta, a cincuenta metros de donde vivíamos en la calle Fúcar, hoy dentro del Barrio de las Letras madrileño. Nuestro piso estaba en un inmueble casi pegado a la calle de Atocha. En aquella escuela convivíamos en la misma aula numerosos chicos del vecindario, en varios grupos de edad. El maestro, don Eduardo, era un bonachón que me parecía ancianísimo y que no dudaba en aplicar la palmeta cuando alguno resultaba demasiado díscolo.

La educación era la típica de la época. Se daba mucha importancia a la literatura, impregnada de un sabor católico extremado, y a la historia —con la lista de los reyes godos en primer término, la Reconquista y los Reyes Católicos, el descubrimiento de América, la guerra contra los franceses y poco más—. También había lo que, en etapas posteriores, se llamó «formación del espíritu nacional». Para los chicos de primaria se daba una loa constante a los grandes héroes, a Franco y a la victoria sobre el comunismo.

En el piso en que nací vivíamos con mis abuelos maternos, Regino y Francisca —los paternos fallecieron antes de la guerra—. Se ocupaban de nosotros —dos chicos y una chica—, ya que nuestra madre, Eugenia, iba siempre a ayudar a la tienda que tenían en la misma calle de Atocha, a diez minutos de casa.

Nuestro padre había nacido en el pueblo albaceteño de La Roda, donde sus antepasados moraban desde hacía generaciones. Era un hombre hecho a sí mismo. A los quince años dejó el lugar —no se llevaba bien con nuestro abuelo, también llamado Ángel— y se fue a Madrid a probar fortuna. Entró de dependiente en la famosa perfumería de Álvarez Gómez, en la calle Serrano. Podría haber hecho carrera en ella, porque era considerado hombre servicial, pundonoroso y muy trabajador. Sin embargo, a principio de los años veinte decidió independizarse. Compró un carrito que rellenó de perfumes adquiridos al por mayor y que, combinados por él, se lanzó a vender por la calle. Sus compañeros lo tacharon de loco, pero logró avanzar lo suficiente hasta poder alquilar y luego adquirir un pequeño local en la calle de Atocha, esquina al pasaje Doré y al lado de la glorieta de Antón Martín. Siempre añoró su pueblo de origen y los críos íbamos con frecuencia a él. En La Roda leí durante toda una semana la primera serie de los *Episodios nacionales*, que me dejaron una huella indeleble.

Mamá era hija de proletarios puros y duros. Había nacido en el pueblito segoviano de Santiuste de San Juan

Bautista, de donde era nuestra abuela. La llevaron a Madrid a los quince o veinte días del nacimiento y siempre se consideró madrileña. Había vivido en una casona típica de la época al lado de la plaza de Legazpi, parecida a las que describió Arturo Barea. Mis padres se casaron a mitad de los años veinte. Estuvieron sin hijos durante largo tiempo.

Tuvimos una niñez y una primera juventud felices. Que recuerde, incluso en aquellos años de la posguerra, repletos de privaciones y estraperlo, a los tres hermanos —después nacieron Antonio y Carmen— nunca nos faltó comida. En los veranos nos enviaban a casa de tíos y tías lejanos, en la provincia de Cuenca. Eran quienes nos aprovisionaban con alimentos (embutidos, jamón, huevos, carne, etc.) que en Madrid solían escasear.

Jamás he olvidado aquellos lugares conquenses: en primer lugar, la capital, donde el tío Pelegrín había sido bedel del Instituto de Enseñanza Media. Uno de sus hijos me dijo que tenía enterrada en el huerto de su casa una ametralladora «por si volvían los rojos». Supongo que, de la vida en la ciudad, bajo el control de los anarquistas durante la guerra civil, no conservaba buenos recuerdos. En segundo lugar, un pueblito llamado Almodóvar del Pinar. En él pasé varios veranos y tuve suerte porque, en al menos dos ocasiones, corrí graves peligros. En una, se me ocurrió meter la mano debajo de una trilla en la era y fue un milagro que no me la cortara. En otra, di un golpe a una mula, que se vengó lanzándome una coz. Por fortuna, me tiré a tiempo al suelo y me pasó rozando casi la cabeza. Pudo haberme matado.

Finalmente, estaba el Salto de Víllora, un lugar agreste en medio de montes escarpados. Tenía una presa sobre el río en la que siempre había trabajadores que la cuidaban. Un pariente lejano de nuestro padre, el tío Crescencio, era el cura del lugar y yo viví con él durante un par de veranos. En los domingos le ayudaba a misa y en los demás días pasaba el tiempo en un gran huerto en el que me enseñaba a cuidar las plantas, a recoger fruta y, ¡cómo no!, trataba de catequizarme.

De las escenas de mi primera niñez recuerdo dos que grabé indeleblemente, aunque quizá las distorsione hoy por el paso del tiempo. La primera era la de las «estraperlistas», como se las llamaba, que merodeaban por la calle de Atocha y la glorieta de Antón Martín. Iban siempre vestidas de negro, en general con pañoletas en la cabeza y vientres deformados, porque debajo de las faldas ocultaban unos capachos. En ellos guardaban las barras de pan que vendían para suplementar la magra porción que permitían las cartillas de racionamiento. Nadie las molestaba. Formaban parte de la foto fija del lugar. La segunda es alguna que otra manifestación de falangistas, en uniformes azules y con muchas medallas en el pecho, que gritaban «¡Franco sí, Rusia no!» por el paseo del Prado. Debió de ser hacia 1946, cuando se discutía en Naciones Unidas el caso de España.

Educación, casi laica

En algún momento, mis padres me sacaron de la escuela pública. No recuerdo las razones. Quizá se lo recomendó don Eduardo o alguno de sus hijos, también maestro. El hecho es que a los ocho o nueve años me matricularon en el colegio San Estanislao de Kostka, a unos doscientos metros de la tienda y en la misma calle de Atocha. En él me encontré con la persona que iba a influir decisivamente en mi vida. Se llamaba José Aldomar Poveda. Era un profesor de las promociones de la República. Estuvo en las milicias de la Cultura. Los vencedores lo encarcelaron. Compartió prisión con Miguel Hernández y Antonio Buero Vallejo. Cuando salió de la cárcel, no encontró acomodo en la enseñanza pública y hubo de derivar hacia la privada. Era un hombre de gran erudición y extremadamente dedicado a la tarea de desbrozar a todos los chicos con posibilidades intelectuales que cayeran en sus manos.

Don José no tardó en convencer a mis padres de que mi destino no debía ser el de dependiente de su pequeña tienda. Le hicieron caso. Es más, convinieron en que me diera clases particulares, a un ritmo más intenso y amplio

que en el colegio. Con ello empecé a disfrutar, en la práctica, de una educación particular. Recuerdo que iba a su casa por las tardes dos o tres veces a la semana y que siempre le llevaba el sobre correspondiente. A los diez años hacía un recorrido de un par de kilómetros sin que me ocurriera jamás percance alguno.

Entre las clases colectivas y las particulares, don José me abrió todo un mundo. Tanto es así que recomendó a mi padre que hiciera un esfuerzo económico y me enviara al Liceo Francés. Le hizo caso, pero llegó tarde porque la matrícula estaba cerrada y había que aguardar al siguiente curso. Mi padre, impaciente, no quiso esperar. Aumentaron las clases particulares y me matriculó por libre en el Instituto de Enseñanza Media de San Isidro.

Hoy me echo a reír. En la España de Franco tuve una enseñanza estrictamente laica, abierta al mundo. Empecé a aprender francés con una profesora de la entonces famosa Academia Mangold. Se interesó por mí y volcó todo su saber en materia de historia y de literatura francesas. Sin embargo, las ciencias no eran el fuerte de ella ni de don José. Mis padres recurrieron a un señor que solía comprar en la tienda y que vivía a cincuenta metros de casa en Atocha. Se llamaba Federico Alemany. Había estado en las Milicias en la guerra civil. En el CDMH figura su ficha: había sido perito químico y fue teniente de Artillería —hasta que me enteré, siempre creí que tuvo el grado de mayor, es decir, comandante—. Tenía un porte militar, siempre muy erguido. Me enseñó física y química. Era un genio de las formulaciones, algo que salía constantemente en los exámenes. También me aficionó a la cristalografía.

Hacia los doce o trece años, la esposa de uno de los representantes comerciales que visitaban la tienda, un judío alemán llamado Egon Scholtz —puedo equivocarme en la grafía de su apellido—, se ofreció a darme clases de su idioma. Se basaba en la gramática de un jesuita llamado Johannes Rauter escrita para españoles, tan maravillosa que permitía comprender las complejidades del idioma de una manera como nunca he visto en ningún otro manual. En

pocos años me introdujo en los autores de la Ilustración, en particular Lessing, por quien sentía gran devoción. Así, con don José, una profesora francesa cuyo nombre he olvidado y *Frau* Scholtz, tuve la gran ventaja de, en aquella España, familiarizarme con dos idiomas y una parte de su producción literaria. Siempre he pensado que se trata de uno de los factores que más influyeron en mi posterior evolución intelectual.

Hacia los diez años empecé a darme cuenta de que las noticias de la radio no siempre eran ciertas. En un momento, el locutor de la REI informó de que los tanques subían por Atocha para aplastar una huelga. No era cierto. La falsedad me produjo tal impresión que no la he olvidado. Otro día anunció la muerte de Stalin. Lloraba al dar la noticia y me impresionó mucho. Entonces empecé a manejar el aparatito —marca Emerson, norteamericano— para escuchar programas franceses y, váyase a saber por qué, de Radio Estocolmo.

En junio de 1955 me examiné como alumno libre de la reválida de bachillerato elemental. La superé con la calificación de notable. Había, si no recuerdo mal, exámenes escritos y orales. En los segundos estuve a punto de naufragar. Pasé con notas muy altas en todas las asignaturas, pero me atasqué en Latín. A decir verdad, con los nervios olvidé hasta cómo se conjugaba el presente de indicativo del verbo ser.

Cambio de rumbo en los estudios

En circunstancias normales hubiera debido seguir, pero mi padre tomó una decisión que me llevó por otros caminos. Como pequeño comerciante, lidiaba todos los años con los inspectores de Hacienda para determinar el montante de impuestos a pagar. Se aplicaba entonces un curioso sistema que se denominaba de «estimación objetiva» o algo así y que era todo menos objetivo. El montante se calculaba después de largas discusiones, lloros de mi madre incluidos, en los que los inspectores llevaban, lógicamente, la mejor

parte. Si mi padre lograba que redujeran, tras el correspondiente chalaneo, el importe desde el cual habían partido el hecho se festejaba en casa como una gran victoria. En consecuencia, determinó que debería hacerme inspector de Hacienda. Así tendría alguna posibilidad, quizá, de convencer a los futuros compañeros de que no fuesen excesivamente duros con su pequeño comercio.

La oposición a inspectores de Hacienda era, y es hoy su equivalente, bastante difícil. Para presentarse había que tener ciertas cualificaciones: ser licenciado en Derecho —lo habitual—, en Económicas —desde hacía algunos años— o Profesor Mercantil/Intendente Mercantil. Esta última era una carrera aplicada que remontaba al siglo XIX. Exigía una formación controlada por las denominadas Escuelas de Comercio y constaba de tres grados: perito, profesor e intendente mercantil. Los dos últimos estaban equiparados a los de licenciado en facultad.

A los catorce años empecé a ir como alumno oficial, es decir, asistente a las enseñanzas regladas, a la Escuela de Comercio en la Plaza de España, primero para hacer el peritaje (tres años) y luego el profesorado (otros tres).1 De la primera parte no guardo prácticamente ningún recuerdo, excepto que había asignaturas para mí extrañas como, por ejemplo, Primeras Materias o Música. Se enseñaba la contabilidad en diversos formatos, rudimentos de legislación mercantil, algo de historia económica, etcétera, pero de lo que sí me acuerdo es de que seguí dando clases particulares con Aldomar.

El Profesorado Mercantil fue asunto de otro cantar. Se hacía ya hincapié en los temas económicos, contables, de administración de empresas, idiomas, historia —recuerdo que me compré varios de los volúmenes de la de España que editaba Espasa-Calpe y que se utilizaban en la Universidad—. En aquella época conocí a Alberto Gómez Aldama, que trabajaba en Philips. Nos hicimos muy amigos. Era, es, un melómano declarado y los domingos solíamos ir a los conciertos del Monumental, cerca de la tienda de mis padres, en donde con mis hermanos yo ayudaba siempre

que podía. Hablábamos de lo divino y de lo humano y éramos forofos de los estrenos teatrales. Recuerdo la impresión de algunas de las obras que pasaron por el Español (hoy Teatro Nacional), vistas desde la claque o el gallinero. De Buero Vallejo se me quedó grabada *Un soñador para un pueblo*, que todos interpretaban en clave política. De Alfonso Sastre no olvidaré, aunque sí dónde la vi, *Escuadra hacia la muerte*. Hubo muchas otras.

En la Escuela de Comercio hice muchos amigos para siempre. Entre ellos, Carlos Herreros de las Cuevas, Sixto Álvarez Melcón, Jesús Urías Valiente y Manuel Fernández de Henestrosa —estos dos últimos ya fallecidos—. Manuel había nacido en Lisboa. Su madre vivía en el extranjero y él estaba con su abuela en la calle del General Oráa. Emigró a Toronto hacia 1961. Tenía algo que a los demás nos faltaba: una conexión con el exterior. Para mí, la que pude establecer fue absolutamente determinante.

2

La llamada del extranjero

En la Escuela de Comercio había una minioficina de la Asociación Internacional de Estudiantes de Ciencias Económicas y Comerciales (AIESEC)[1] que promovía intercambios para realizar prácticas en el extranjero. En lo que recuerde, no me parece que estuviese demasiado manipulada por el SEU —el Sindicato Español Universitario de la época franquista y al que era obligatorio pertenecer—. En 1958, no sé si en el primero o en el segundo curso, decidí ir a París a trabajar en alguna empresa para mejorar mi francés. También se animó a venir conmigo Jesús Urías. Sixto Álvarez optó por Suecia. Ambos tuvieron brillantes carreras académicas ulteriores. El primero fue técnico contable del INI y catedrático de Contabilidad de la UNED. Sixto opositó a inspector de Hacienda —mis padres siempre lo tuvieron como ejemplo con el que reprocharme— y también ha sido catedrático de una materia contable en la Complutense.

Descubro París y Alemania

Salir al extranjero en aquella época no era fácil. Mi padre tuvo que movilizar amistades varias para que me dieran pasaporte a los diecisiete años. La mayoría de edad estaba fijada en los veintiuno. Hubo que justificarlo con las cartas intercambiadas con AIESEC y, luego, con la empresa de acogida, Kodak-Pathé.

Fui *stagiaire* en el Departamento de Contabilidad durante tres meses y medio en 1958. Ya no recuerdo

adónde fue Jesús. A ambos nos tocó alojarnos en la Maison des Provinces de France en la Cité Universitaire, sin duda la más liberal de las residencias y que a los jóvenes españoles, sexualmente reprimidos, nos parecía un auténtico paraíso. Uno podía subir chicas a las habitaciones y nadie preguntaba cuándo salían. Me hubiera gustado quedarme todo un curso, pero no era posible. Agoté la estancia. Compré montones de libros (novela, teatro, historia, etc.). Muchos todavía los conservo. Devoré prácticamente el teatro de Jean-Paul Sartre y su trilogía titulada *Les chemins de la liberté*. Por no hablar de André Malraux y *L'Espoir*, su obra sobre la guerra civil, que me dejó impresionado. Tampoco olvido a Albert Camus, pero no hice ascos a autores de otra cuerda como Henry de Montherlant. Su pieza *Le maître de Santiago,* una de las que vi en la Comédie-Française, tuvo un efecto inmenso sobre mi ulterior formación. Los mejores viajes están en la cabeza.

La vida en París era agitada. Ya había muestras del terrorismo de origen argelino. El 13 de julio me empeñé en ver a Charles de Gaulle en el desfile militar de los Campos Elíseos del día siguiente. No era fácil coger puesto en la primera fila. Decidí darme una vuelta para inspeccionar los lugares. Pretextando no tener ni blanca me acogí al auxilio de la policía y solicité pasar la noche en una comisaría porque quería ir de madrugada a posicionarme para ver bien al general. Los policías se rieron y me metieron en una celda. Al despertarme hacia las cinco de la madrugada ya se había llenado de borrachos, prostitutas y pequeños maleantes. Todos muy simpáticos con «*le petit Espagnol*». Me dieron de desayunar y hacia las siete ya estaba en mi puesto esperando impaciente ver pasar al *grand Charles*. El desfile, el primero que vi en mi vida, no me defraudó.

No puedo decir que tuviera mucho contacto con otros compatriotas, salvo los exiliados republicanos de la Librairie Espagnole, a la que pronto acudí a comprar libros prohibidos. Ya he perdido una de las primeras obras de Manuel Tuñón de Lara sobre la cultura española, que escribió con Dominique Aubier y que entonces adquirí.

Cuatro meses y pico en París, vividos a tope, me convencieron de que era mejor airearse fuera y ver otros mundos. No sé muy bien por qué se me ocurrió ir a Alemania, pero ciertamente influyó lo que ya sabía del idioma. Los dioses se mostraron clementes. Tras varias tentativas surgió la posibilidad de hacer un intercambio con un estudiante alemán: Heribert «Heri» Pernes, mucho mayor que yo, quería ir a Madrid para presentar una tesis de doctorado. Ello implicaba la posibilidad para mí de pasar al menos un curso entero en su casa, y él en la de nuestros padres. Nunca les agradeceré bastante que consintieran tal intercambio. Implicó un giro fundamental en mi vida y no me cabe la menor duda de que sin él no hubiera llegado a ser lo que he sido. Ni que tampoco hubiese escrito un solo artículo sobre algún tema de historia.

A primeros de junio de 1959 desembarqué en Luneburgo, una pequeña ciudad de unos sesenta mil habitantes, a cincuenta kilómetros de Hamburgo. La familia Pernes vivía en un chalet espacioso, tipo bungaló, muy cerca de frondosos bosques. Me deslumbró. Era la primera vez que veía algo tan moderno. El padre era arquitecto técnico y había emigrado a la Alemania Occidental desde la Silesia Superior al final de la segunda guerra mundial. Tenía tres hijos. Heri, una chica muy simpática, Úrsula, y un tercero a quien todos llamaban Peter. Fueron una especie de segunda familia que me introdujo, de golpe y porrazo, en la vida alemana, con sus peculiaridades y características.

Al poco de llegar, cuando fui a inscribirme en el consulado general de Hamburgo, empecé a darme cuenta de que la Alemania del *boom* era un país raro. Hacía un calor sofocante y los estudiantes estaban medio desnudos en los parques. Según me dijeron en el consulado, apenas había españoles. En aquellos meses se preparaba en Madrid, pero yo no lo sabía, la aprobación del Plan de Estabilización y Liberalización de la economía, la operación de mayor calado estratégico del franquismo. Sin ella no

habría habido «milagro» económico, con todas las inmensas consecuencias políticas y sociales que también llevó consigo.

Recuerdo que en el diario *Die Welt*, de lectura obligada en aquellas tierras, apareció por entonces una noticia que dejó perpleja a mi familia de acogida. El cardenal primado de Toledo había caracterizado de diabólicos los bailes modernos y exhortado a los fieles a no practicarlos. En Alemania eso sonaba muy exótico… y muy estúpido. Como primera providencia, me enviaron a que aprendiera a bailar en una escuela (*Tanzschule*). Algo que formaba parte del currículum extraacadémico de todo joven alemán de, por lo menos, clase media en aquella época. Confieso que no les dejé en buen lugar.

El duradero impacto germano

Heri me introdujo en costumbres desconocidas. Con el fin de costear su futura estancia en España, trabajaba en lo que fuera que le permitiese ganar dinero rápidamente. Una de las fórmulas que practicaba era la de descargador de muelles en el puerto de Hamburgo. Me llevó con él y ahí empecé yo, por primera y última vez en mi vida, a ganarme un sueldecillo con el sudor de mis manos, ya que no de mi frente. Las jornadas eran agotadoras y solo podía aguantarlas un día sí y otro no. El salario no era demasiado alto —quizá treinta marcos de la época por jornada de ocho horas—. También aprendí a viajar sin billete. Heri era un auténtico maestro en evadir a los revisores. Fue una fórmula a la que me hizo recurrir cuando iba con él.

Como el año anterior en París, había enganchado de nuevo un contrato de *stagiaire* a través de AIESEC. En esta ocasión con la AEG en Stuttgart. En agosto y septiembre de 1959 lo hice. Mi comportamiento recibió la nota máxima. Por aplicación y productividad me dieron sendos sobresalientes. Fue la primera vez que viajé a la Alemania del Sur, tan parecida a la del Norte como Andalucía lo es al País Vasco. Pasé un tiempo muy interesante. Me pegué a

unas chicas parisinas y a un chaval de mi edad que hacía el servicio militar en un cuartel francés. Tenía coche y los fines de semana viajábamos tanto como podíamos por los alrededores (Tubinga, la Selva Negra, el lago de Constanza, Friburgo).

Al regresar a Luneburgo me esperaban otras cosas. Heri me aconsejó que me matriculara en la Universidad de Hamburgo como alumno libre. Para entonces ya me había crecido ante las dificultades y también ante los encantos del idioma. Empecé a soñar en alemán —mala señal—. No extrañará, pues, que me matriculase en la rama de Germánicas, que en aquella época implicaba no solo la literatura sino también la cultura, la historia y la evolución de la sociedad de un país sumamente complejo.

Del período recuerdo dos experiencias inolvidables. No me perdí un solo episodio del ciclo de *El anillo del nibelungo*. Nunca había visto nada similar. En alguna ocasión tuve que hacer cola desde la madrugada para comprar entradas. Es decir, me levantaba a las cuatro para ir a la estación (a pie) en Luneburgo, coger el tren y luego apostarme entre quienes ya hacían turno.

La segunda experiencia fueron las conferencias magistrales del profesor Carl von Weizsäcker, que había llegado poco antes a la cátedra de Filosofía. Las dictaba a eso de las ocho y media de la mañana en el Auditorio Máximo. Había que llegar muy temprano porque la inmensa sala se llenaba hasta rebosar. Despertó mi interés por la filosofía alemana contemporánea. Su entrada en Wikipedia[2] podría permitirme extenderme en comentarios, pero me abstengo. Se trataba de un físico muy distinguido cuyo padre había sido uno de los grandes diplomáticos de la era hitleriana. No puedo afirmar que comprendí mucho de lo que explicaba, pero durante algún tiempo traté de adentrarme en vericuetos filosóficos. Que recuerde, a través de Karl Jaspers y Erich Fromm. Retuve una versión *para andar por casa* del imperativo categórico kantiano. La he mantenido hasta la actualidad y cuando he tenido que pagar el precio que a veces exige, lo he hecho sin dudarlo.

Sería inútil recordar aquí los miles de aspectos que me sorprendieron en la Alemania del milagro económico (*Wirtschaftswunder*). Las ciudades mostraban numerosos huecos en su casco urbano, aunque las ruinas habían desaparecido. Por las calles se veía un gran número de mutilados, sobre todo ciegos y medio ciegos. Percibí que a los militares no se les tenía en gran aprecio.

Decir que a medida que transcurría el tiempo estaba cada día más encantado sería una afirmación algo pobre. Llegué a sentirme como pez en el agua. No porque ignorase el lado oscuro de la reciente historia alemana. Sin ir más lejos, el campo de concentración de Bergen-Belsen está muy próximo a Luneburgo. Hacía pocos años que la República Federal había reconstituido un ejército (la *Bundeswehr*) tras una campaña en contra cuyos carteles (*Ohne mich*, «sin mí») sobrevivían en numerosas paredes. Fue necesario para ingresar en la OTAN. Tampoco todos los alemanes estaban contentos con los gobiernos de Konrad Adenauer. En la televisión, además, se captaban las emisiones que se emitían desde la Alemania Oriental con su crítica acerba al «neonazismo» que divisaban en la Occidental. Razones, desde luego, no les faltaban, porque la persecución de los nazis se había apagado —retomó fuerza pocos años más tarde—. Muchos querían olvidar. En la familia Pernes se era sensible a las prédicas de las organizaciones que agrupaban a los refugiados de los antiguos territorios incorporados a la nueva Polonia y también a los que procedían de la que se autodenominaba República Democrática Alemana (RDA), pero no llegué a saber a quién votaban.

Recientemente he leído un libro de un periodista e historiador alemán que narra cómo se vivía en aquellos años en Alemania tras la derrota del Tercer Reich. Destaca, entre muchos otros aspectos, el silencio que rodeaba a la *Shoah* y, en general, a los crímenes del nazismo. Lo explica por las amarguras sufridas en la guerra. Los propios alemanes se consideraban víctimas del nacionalsocialismo en un período de reconstrucción y de lucha por la propia existencia en aquellos años de la posguerra.[3] Me parece una

explicación que tiene mucho de cierto, pero también un tanto simple.

Me empapé de películas, algunas de las cuales no podían verse en España. La que más me impresionó sí pudo verse: se titulaba *Die Brücke* (*El puente*). Narraba el estúpido sacrificio de un grupo de muchachos, más o menos de mi edad, en defender un insignificante puente sobre el río de su no menos insignificante ciudad natal contra el avance norteamericano en la primavera de 1945. Estaba basada en un hecho real. También recuerdo otras muy en boga en aquella época (*Die Mörder sind unter uns, Die Fabrik der Offiziere, Das Mädchen Rosemarie*, *Wir Wunderkinder*) que presentaban una imagen crítica de la Alemania de Adenauer y del arribismo de antiguos nazis. Al lado, las películas más populares, que orillaban los problemas económicos, políticos y sociales (*Heimatfilme*), eran absolutamente inaguantables.

No extrañará que en poco tiempo aprobara con sobresaliente el certificado de alemán para extranjeros del Seminario de Filología y Lengua de la Universidad. Igualmente empecé a comprar libros sobre Alemania —muchos de los cuales entregué a la biblioteca de la Escuela Diplomática, en donde se conservan cuidadosamente—. También adquirí obras sobre España. Algunas bastante raras, pero hoy muy conocidas e incluso traducidas.

Por desgracia, al cabo de un año tuve que volver a Madrid. Concluí como pude la Escuela de Comercio[4] y no me sentí con fuerzas para empezar a preparar las oposiciones a inspector de Hacienda. Lo hizo de inmediato, con gran éxito, uno de mis compañeros, cuyo nombre he olvidado, y al que llamábamos en broma A 11, porque estaba siempre en la primera fila y en la primera posición en la cual debían posarse, casi obligatoriamente, los ojos del profesor. Aprendí una lección. En el examen final había que hacer una redacción en alemán en respuesta a un tema planteado por la profesora —una falangista solterona que, ciertamente, lo hablaba de corrido—. Cometí el error de escribir lo que pensaba. Me dio un cero pelado y me obligó

a repetir examen. No había que fingir en Alemania, pero sí en la gloriosa España de Franco. En aquel verano recuerdo que fui a La Roda. Hacía mucho calor y me puse un pantalón corto bávaro que me habían regalado los Pernes. Estaba bien sucio y muy usado, como era entonces de rigor. Ni que decir tiene que me miraron como si fuera un extraterrestre.

Casi en la Complutense

Para no perder curso me matriculé como alumno libre en una escuela nocturna que gestionaba el SEU para quienes no podían acudir a las clases de la Facultad, todavía sita en la calle de San Bernardo. Era la San Vicente Ferrer. Este tipo de escuelas existía también en otras facultades. El profesorado no lo constituían los señores catedráticos —entonces una casta reducida, exclusiva y excluyente—, sino contratados o personal que aspiraban a llegar a ser, al menos, profesores adjuntos. Eso sí, mi padre aceptó que, cuando fuera posible, volviese a Alemania.

En la San Vicente Ferrer tuve la suerte de topar con un antiguo falangista, el profesor José Mariano López-Cepero Jurado, que se apiadó de mí y me ayudó en el duro aprendizaje de algunas asignaturas de las que no tenía idea. Por edad, no había participado en la guerra civil, pero la había vivido y formó parte de los vencedores. Para entonces andaba bastante desilusionado con el régimen. Había sido muy amigo de Juan Linz y de él escuché por primera vez el nombre de este renombrado sociólogo, ya asentado en Estados Unidos. Difícilmente podía suponer que llegaría un momento en que lo conocería personalmente.

Me hice muy amigo de José Mariano y de su esposa, Josefina. Él, como tantos otros, trampeaba para hacer méritos académicos. Estaba ligado al Instituto de la Juventud, o algo parecido; dirigía una colección de sociología y me dio el encargo de traducir un libro del alemán que me proporcionó unas pesetillas. Comprobé que tal ocupación podía ser un mejor complemento que el

trabajo manual, aunque no estuviese suficientemente bien pagado o reconocido.[5] Aproveché para pasar los certificados de aptitud en francés y alemán en la Escuela Central de Idiomas y de francés del Institute of Linguists de Londres en 1960. Por si las moscas, también aprobé las pruebas de intérprete jurado del Ministerio de Asuntos Exteriores para ambos idiomas en junio de 1962.

Por las noches iba a los cursos de cultura alemana en el Instituto Goethe, entonces en la plaza de Salamanca. Terminé en junio de 1961 con matrícula de honor. Me eligieron para hablar en nombre de los alumnos en la fiesta final, a la que acudió, si no recuerdo mal, el famoso Otto Skorzeny. Probablemente dije un montón de bobadas, porque no había desarrollado ningún talento como orador.

En la primavera conocí a uno de los popes de la cultura alemana —incluidas sus vetas nazis— en la Universidad Central. Se llamaba Hans Juretschke.[6] Actuaba como explorador para identificar a alumnos que pudieran aprovechar estudios en Alemania. Rápidamente me recomendó para una beca a un curso de perfeccionamiento en la Universidad de Friburgo. Tampoco imaginaba yo que pocos años después iba a ser un frecuente visitante de los archivos militares radicados en tal ciudad. Revalidé mis conocimientos con tres matrículas de honor, una entre matrícula y sobresaliente y un sobresaliente (en pronunciación), así como en una traducción difícil del francés al alemán (también sobresaliente).

Aquel fue el año en que Manfred Merkes publicó su tesis doctoral sobre la ayuda alemana a Franco. Era un librito de no más de 250 páginas que me sorprendió y que devoré. No es exagerado afirmar que ahí comenzó mi interés por el pasado de las relaciones bilaterales hispano-alemanas. Friburgo tuvo un papel estelar en mi forja como historiador.

Otras dos circunstancias ejercieron una gran influencia en este mismo sentido. La primera fue que, en el atardecer del 13 de agosto, vi en la televisión de la residencia de estudiantes las imágenes de la incipiente separación entre el

Berlín Oriental y el Occidental. Todavía recuerdo la voz grave del locutor que utilizó una terminología un tanto huera e imponente y que, sin embargo, me impresionó. Dos o tres días más tarde me puse en camino a ver lo que se presentaba, con razón, como un acontecimiento de inmensa magnitud.

Llegué a la estación del Jardín Zoológico, en una ciudad en tensión extrema. Me quedé no lejos de allí en un hotel de mala muerte y me dediqué a ver lo que pasaba. Paré solo unos pocos días —merodeé esencialmente por el centro—, pero fueron suficientes para querer volver tan pronto como fuese posible. No me ocurrió nada. Iba con mi pasaporte español y cuando los *Vopos*[7] pedían la identificación, lo enseñaba y proseguía mis caminatas. Mis recuerdos son difusos, pero menos dramáticos que las escenas que aparecen en una película (*El puente de los espías*) basada en parte en las memorias de un estudiante norteamericano (Frederic Pryor) cuyo libro sobre la economía de la Alemania Oriental leí años después.

La segunda circunstancia es que a mi regreso a Friburgo compré en una librería de viejo el tomo de documentos diplomáticos alemanes sobre la guerra civil que se había publicado en 1951. Lo guardo como oro en paño y acudo a él con frecuencia. Hoy está en la red, lo que facilita la búsqueda de nombres, pero prefiero leer el papel.

Debió de ser por aquella época, antes de que Manuel Fernández de Henestrosa se marchara de España, cuando nos pasamos una noche sin dormir en casa de mis padres destruyendo libros y revistas comprometedores que hubieran llamado la atención de la policía, de habernos efectuado un registro. Había entrado en conexión con compañeros que estaban en la oposición y se corrió la voz de que algunos habían sido detenidos. Además, había acumulado folletos de la SFIO, del SPD e incluso del SED (el partido comunista de la Alemania Oriental). Afortunadamente no pasó nada, pero en el fuego desapareció la edición en francés de una de las obras más conocidas del escritor afronorteamericano y, encima,

comunista Richard Wright: *Espagne païenne*.8

Berlín, punto de inflexión

En mis papeles guardo un certificado del Dr. W. Brüggemann, director del Instituto de Cultura Alemán madrileño, que me recomendó calurosamente atestando mi capacidad para seguir clases y seminarios sin la menor dificultad. El Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) me proporcionó una beca para la Universidad Libre de Berlín. Estaba dotada con la «enorme» suma de quinientos marcos mensuales.

De aquella época tengo el recuerdo de haber dado mi primer ciclo de conferencias. Las Navidades de 1962 no las pasé en Madrid. Mis padres no las festejaban —un primo me dijo que mi padre tenía ascendencia judía, procedente de Sabadell—. Así que me fui a ver a la familia de Carlos Herreros. Este me organizó tres conferencias en la Cámara de Comercio de Santander sobre, ¡hoy me pasmo!, el nacionalsocialismo como fenómeno histórico. Las di los días 22, 26 y 27 de diciembre. Con todo el ropaje académico posible de mis veintiún añitos hablé de la complejidad del tema, de su actualidad, de la historia, de sus mitos, de sus soportes y programas y terminé discurseando sobre la Alemania de entonces. En los periódicos locales *Alerta* y *El Diario Montañés* aparecieron referencias a finales del mes. De lo que no me acuerdo es de si el ciclo fue muy concurrido o no. Todavía hice un curso, muy famoso, en la Universidad de Madrid sobre sociología, en el que participaron los profesores más críticos con el régimen. Fue cuando llegué a acercarme a José Luis Sampedro e incluso a José Luis L. Aranguren.

En cuanto terminé el año académico y el primer campamento de milicias viajé a Berlín, en septiembre de 1963. Siempre en tren. No había montado una sola vez en avión. Arrastrar la clásica maleta de cartón piedra, cargado con una enorme mochila, era un arte que dominaba. En la escindida ciudad no conocía a nadie salvo a Úrsula Pernes,

que se había casado con su novio de toda la vida y con quien se había ido a vivir, por razones económicas, a Berlín. El Dr. Jürgen Begerow, de origen prusiano, era funcionario de carrera (*Regierungsrat*), un jurista magnífico y, quizá prototípicamente, carente de todo sentido del humor. Vivían cerca del ayuntamiento de Schöneberg, en un apartamento muy moderno. Podían ser un asidero en casos de emergencia.

Llegué bien preparado. Había conseguido plaza en una muy solicitada residencia de estudiantes (*Studentendorf*) en la Potsdamer Chaussée 31-33, cerca de la Universidad Libre. Tenía una historia tras de sí. Cualquier interesado puede verla en internet.[9] Era un conjunto de edificios rodeados de un espeso jardín y en el cual cada estudiante disponía de una habitación individual bastante grande. La cocina y despensa eran colectivas. Todas las facultades estaban representadas y abundaban los extranjeros, en general, griegos, hindúes e iraníes. Estos últimos, obsesionados con el espionaje a que les sometía la policía política del sah (la temible SAVAK). Entre los alemanes abundaban los refugiados de la RDA y los procedentes de la Alemania Occidental. El ambiente era intensamente proyanqui, lo cual no era nada de extrañar. La residencia se había construido en parte con dinero de este origen. Los militares del U.S. Army (junto con los británicos y franceses) constituían la primera línea de advertencia ante la amenaza soviética. En una ciudad cercada, tal sentimiento era inevitable.

Entre los estudiantes pronto anudé amistad con Karl Hildebrandt —el apellido tal vez no lo escriba correctamente—. Se había escapado poco antes de la construcción del Muro y era un furibundo proatlantista. Creo que estudiaba Ciencias Políticas y su máxima aspiración era emigrar a Estados Unidos. Otro estudiante alemán —y judío— había estado de niño en Auschwitz. Solía mostrarnos el número que le habían tatuado en el antebrazo. Estudiaba Medicina con una beca. He olvidado su nombre, pero ambos tuvieron mucho que ver con la

forma que adoptó mi estancia en Berlín.

El *Studienbuch* que conservo muestra algunos de mis intereses de entonces: aparte de varias asignaturas económicas, reseña otras sobre los sistemas de economía de dirección centralizada y su comparación con los de libre mercado. También sobre el sistema político de la RDA y varias asignaturas de Ciencias Políticas —como el pensamiento alemán, británico y norteamericano comparados—. Sin embargo, asistí a numerosas conferencias de índole más política o histórica en el Otto-Suhr-Institut.

Personalmente ya había visto algún documental sobre las procesiones de antorchas que se hacían en tiempos nazis. Con otros propósitos, también participé en algo similar. Cuando se conoció la noticia del asesinato de John F. Kennedy se organizó una tremenda procesión (*Fackelzug*), un espectáculo inolvidable. Nos dirigimos al Ayuntamiento de Schöneberg, en donde el entonces alcalde, Willy Brandt, pronunció un memorable discurso.[10] Me sentí emocionado de vivir a los veintidós años lo que me pareció un momento histórico.

En aquel curso empezó a desarrollarse el primer gran juicio sobre Auschwitz en Fráncfort. Duró año y pico.[11] Me hice asiduo lector del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Tenía, además, próximo al amigo judío, para el cual ver la televisión era tremendamente doloroso. Parecerá extraño, pero hasta entonces solo había visitado los campos de Bergen-Belsen y, cerca de Múnich, Dachau. La exterminación de los judíos me producía escalofríos y leí en abundancia sobre el tema. De nuevo empecé a comprar libros en esta dirección —muchos se encuentran hoy en la biblioteca de la Complutense— y mi repugnancia hacia el fascismo y el nazismo —que ya me había inculcado *Frau* Scholtz— se acentuó. Seguir el juicio me precipitó por una dirección en la que, cuando ya sabía algo de historia, pensé si no debía continuar en este campo. El Estado de Israel de la época ganó entonces un nuevo admirador. No dejé en los años siguientes de visitar todos los lugares que pude de

peregrinación del Holocausto, en el resto de Alemania y en los países de la Europa oriental. Fue una obsesión que duró años hasta que, cuando ya vivía en Nueva York, en los noventa, y nació mi hijo Daniel, dejé de leer al respecto. No podía continuar.

Si Hamburgo y Friburgo me lanzaron por un camino, Berlín lo consolidó definitivamente. Casi todos los fines de semana pasaba a la zona oriental, primero para callejear en aquellos barrios vedados a los berlineses occidentales —aunque no a los extranjeros ni a los domiciliados en la República Federal—. Era muy fácil. Bastaba con subir a algunas de las líneas de metro o de tren elevado que atravesaban el Berlín Oriental y descender en una de las estaciones en que estaba habilitada la entrada. Solía ir por la de Friedrichstrasse. Había que pasar, naturalmente, por los controles policiales correspondientes. Sobre ellos se han escrito muchas historias.

Nunca me ocurrió ningún percance. En el colmo de la inconsciencia, era de quienes llevaban marcos orientales en el bolsillo, adquiridos en el mercado negro en la parte occidental no al curso oficial de 1:1 sino al de 4:1. Es decir, con un marco occidental se obtenían cuatro orientales. Muchas veces he pensado que en cada ocasión me arriesgaba a que, si me registraban, me hubiesen caído unos cuantos meses o incluso años de cárcel.[12] El resultado era que la vida en el Berlín Oriental resultaba extremadamente barata. Podía comprar libros o discos —lo cual no llamaba la atención— siempre en cantidades limitadas o ir al teatro, a la ópera o a los mejores restaurantes a precios de risa. No me atreví jamás a llevar conmigo ninguna revista, periódico, folleto o panfleto occidentales. Los controles los hubieran decomisado y probablemente me hubiese hecho sospechoso. El contraste entre las dos partes —y luego la RDA en general— me marcó. En ella no se atisbaba el menor deshielo.

Visitar museos no planteaba problema —y prácticamente me recorrí los más importantes—, pero hablar con la gente era harina de otro costal. El temor a que

la omnipresente *Stasi* (policía política secreta) y sus numerosos informantes vieran a los berlineses en conversación con extranjeros era muy dominante. No resultaba fácil disfrazar tal condición. La indumentaria, el corte de pelo, la actitud general, ocasionalmente la máquina fotográfica delataban al occidental. El problema era, pues, cómo establecer contactos. No tardé en hacerme amigo del hermano, Johannes, y de la cuñada, Susanne, de mi compañero de residencia. Llevaba pequeños recuerdos y al cabo de unos meses habíamos intimado lo suficiente para que se sinceraran sobre la vida en su zona.

Johannes Hildebrandt era ingeniero y trabajaba como directivo en un combinado. Todas las mañanas dedicaba una hora con su equipo a comentar los editoriales del diario del partido, *Neues Deutschland*. Bien sé que no cabe inferir información general de un contacto tan reducido, pero también comparaba periódicos y revistas. A veces entraba en la Universidad Humboldt y leía en la biblioteca. Me llamó la atención que el manual de economía de Paul Samuelson —presente en cualquier departamento de la materia en los países occidentales— estuviera cerrado a cal y canto y que solo pudiera consultarse previa autorización. Lo mismo ocurría en la Complutense (edificio de la calle de San Bernardo) con *El capital*, de Karl Marx. No me lo ha dicho nadie. Me ocurrió cuando fui alumno libre.

Mi amigo judío me abrió nuevos contactos. También él iba con mucha frecuencia al Berlín Oriental. En su caso, con otras intenciones. Era muy fácil «ligar» si se llevaban regalitos, por ejemplo, medias de nailon, entonces muy escasas en aquella parte. Me pareció que quería vengarse de los alemanes, seduciendo a todas las chicas que podía. Para entonces, servidor había adquirido una mezcla de acento berlinés y de Hamburgo y, como atestiguó el Seminario de Germánicas, mi conocimiento del alemán no solo era excelente, sino que en ocasiones parecía casi nativo. En vista de mi evolución ulterior no podría afirmar que mis preocupaciones de aquel entonces me acompañaran a lo largo de mi imprevisible forja como historiador. Pero sí

influyeron, creo que decisivamente, en algunos aspectos. El primero es que nunca sentí demasiada simpatía por los regímenes comunistas. Esto no significa que no quisiera estudiarlos. Al contrario, durante muchos años mi interés por los aspectos económicos y políticos de su historia no decayó y me sirvió de trasfondo cuando abordé las relaciones de la URSS con la República y la guerra civil. El segundo es que me centré mucho más en el caso alemán. Durante años y años leí intensamente sobre su historia en el siglo XX. Acumulé libros y más libros, muchos de los cuales están hoy en la biblioteca de la Universidad Complutense.

3

De la RDA a Escocia y al éxito académico y profesional

Viajé por la RDA sin el menor problema. En estos casos había que solicitar un visado de entrada. La policía lo expedía en una hoja aparte que se guardaba en el pasaporte. Mi explicación era siempre la misma: había llegado a Berlín procedente de un país con una dictadura capitalista y quería ver los logros del sistema económico de dirección centralizada. Al principio, incluso llevé conmigo el *Studienbuch* que así lo demostraba. No sé si entonces había muchos estudiantes españoles de veintitrés años que realizaran tales excursiones, salvo naturalmente los miembros del PCE. Yo iba por libre y por aquel entonces no conocía a ningún comunista español.

La cultura y el socialismo realmente existente

La RDA era un país —o un Estado, pero puramente artificial — que despertaba una gran animosidad en la cultura política y en la sociedad alemana occidentales. En Berlín, quizá más. Los periódicos estaban llenos de noticias de lo que pasaba en ella. Se leían historias con frecuencia espeluznantes de lo que ocurría a desgraciados que querían huir. Era un mundo que me atraía y me repelía simultáneamente. No guardo, en lo personal, malos recuerdos porque nunca me ocurrió nada. En lo político, ideológico o social jamás me inspiró mucho respeto, excepto que el antifascismo era una bandera constantemente ondeada, la igualdad de sexos estaba muy

avanzada y el rechazo al Tercer Reich era omnipresente. En todo caso el ambiente me pareció más genuinamente alemán.

Jamás tuve la tentación de emular a Timothy Garton Ash recogiendo impresiones para describir mis modestas aventuras en la Alemania comunista. No tuvieron el menor relieve y aquí las recuerdo como parte de mi proceso de maduración individual y, si se me apura, profesional. En ello no faltaron los programas de la televisión. Eran dos mundos que coexistían, pero que no se comunicaban demasiado.

Fui, eso sí, guardando muchos recortes de prensa —como hice con los programas de teatro— para recordar más tarde, llegado el caso. En algún momento los tiré a la basura, salvo los últimos. Después de la caída del Muro, la literatura sobre la RDA ha explosionado. En los últimos treinta años se han explorado los temas, lugares, personajes y situaciones más dispares. No conozco a ningún historiador español, salvo José María Faraldo y Carlos Sanz, que haya escrito bien sobre ella.[1] Hay, ciertamente, planteamientos periodísticos. Por desgracia, la única persona que vivió todo el proceso fue Ignacio Sotelo, catedrático de Sociología de la Universidad Libre de Berlín. No vivía allí cuando estuve y, de haberlo sabido, probablemente tampoco hubiera hecho el menor esfuerzo por verlo. No lo conocí hasta que llegué a la Comisión Europea, muchos años después. Mis experiencias siempre quise vivirlas solo. Recuerdo que pasé una tarde entera en la ópera de Leipzig oyendo *Los maestros cantores de Núremberg*. La RDA había sido muy destruida en la guerra, pero en las pequeñas ciudades podían encontrarse vestigios de la antigua Alemania, por lo menos en el plano arquitectónico. Contemplar las ruinas de Dresde era impresionante. Con todo, lo que más contribuyó a mi formación fue la vida cultural que desarrollé en aquella temporada, y no es que en Madrid hubiese visto poco teatro. De entrada, me dediqué a ir al Berliner Ensemble, donde impresionaba el recuerdo constante de Bertolt

Brecht. En primer lugar, como podría considerarse lógico para un occidental, vi su obra más famosa: *Die Dreigroschenoper* (*La ópera de los tres centavos*), que más tarde, cuando ya estaba en Bonn, seguí admirando en otras versiones. No tuve la suerte de ver a su mujer, Helene Weigel, en el mítico papel de Madre Coraje (*Mutter Courage und ihre Kinder*), pero sí en varias ocasiones a su sucesora, Gisela May. Era también una cantante fenomenal. Adquirí una extensa colección de sus canciones, muchas tomadas de Brecht y puestas en música por Kurt Weill. May fue una de las grandes estrellas de la RDA. Ute Lemper, que ha retomado a Brecht, no la ha superado, quizá para mi gusto un tanto prejuzgado. En el Berliner Ensemble recuerdo que, por lo menos, presencié también *Der Messingkauf*, *Der aufhaltsame Aufstieg des Arturo Ui* (*La resistible ascensión de Arturo Ui*) —una parodia del ascenso al poder de Hitler—, *Schweyk im zweiten Weltkrieg* (*Schweyk en la segunda guerra mundial*), *Die Tage der Commune* (*Los días de la comuna*) y muchas otras.

En dicho teatro me llamó la atención la presencia de militares franceses, británicos y norteamericanos. Iban siempre de uniforme y destacaban en un patio de butacas que, realismo socialista obligaba, era bastante gris. Imagino que en las guarniciones occidentales abundaban los germanistas. Si no, seguir los diálogos de Brecht en escena sin conocer el idioma debía de ser una tortura.

En Berlín Occidental fui generalmente al Schiller Theater, al Schlosspark Theater y a la Freie Volksbühne. Recuerdo vívidamente la obra de Rolf Hochhuth *Der Stellvertreter* (*El vicario*), sobre las conexiones de la Iglesia católica y el Holocausto, que despertó una tempestad de reacciones, o la obra de Martin Walser *Überlebensgross Herr Krott*. Seguí yendo a la ópera, que era excelente, y me pasé de las alemanas a las italianas. En Berlín Oriental conocí la magia de Verdi. Aquí recuerdo un episodio que me dejó huella. En *Nabucco,* una de las escenas más famosas es la del coro de los esclavos judíos. La primera vez que la vi me sorprendió que, al terminar, el auditorio se pusiera en pie y

aplaudiese frenéticamente. Volví a verla al menos dos veces más y en todas ellas ocurrió lo mismo. Pensé, pero quizá estuviese equivocado, que así se manifestaba un cierto desagrado por la opresión política, como había ocurrido en Madrid. Me extrañó, sin embargo, que a los pocos años de construirse el Muro pudieran tolerarse este tipo de manifestaciones ambiguas. Quizá fuese porque no tenían demasiada repercusión exterior o porque no representaban peligro alguno. Más tarde me enteré de que el canto había sido interpretado por los patriotas italianos del siglo XIX como una señal contra la ocupación austrohúngara.

Muchas de mis experiencias de la época se me han olvidado. Podría recurrir a la fácil solución de inspirarme en obras sobre la historia, la política, la economía y los aspectos sociales de la RDA, pero eso ya no serían recuerdos sino un ensayo para el cual no tengo ni tiempo ni ganas de invertir un minuto. Siempre me he preguntado por qué, en un período en el que quien podía huir de la RDA a la Alemania federal lo intentaba, a mí me atraía tanto la primera. Sus periódicos no decían mucho de las huidas, pero en el Berlín Occidental las resaltaban todos. Supongo que era el atractivo de la fruta prohibida. Además, ¿en qué otra ciudad europea podía pasarse en metro o en elevado de un mundo a otro con tanta facilidad, teniendo asegurado el regreso? Nunca creí que, en contra de lo que algunos decían, la RDA fuese el futuro.

El contraste entre las dos Alemanias me dejó huellas permanentes. Me hice con clásicos del marxismo-leninismo, de la literatura —la novela, autobiográfica, que más me impresionó fue una de Leonhard Frank, *Links, wo das Herz ist*—. Su vida me interesó. Antinazi convencido, amigo de Johannes R. Becher —el literato oficial de la RDA— y de Alfred Döblin, llevaba una existencia marcada por la política de olvido del nazismo, dentro de lo posible, que se practicaba entonces en la República Federal. También compré discos que todavía conservo, pero que ya no escucho, y, sobre todo, libros y álbumes sobre la guerra civil española. Los demás países del Este tenían centros

culturales en Berlín y los checoslovacos y los polacos vendían obras en alemán y español, de cara esencialmente a los estudiantes latinoamericanos. Con estos últimos, que abundaban, no tuve ningún contacto. Vivía en un ambiente alemán y solo alemán.

Disfrutaba, por ejemplo, con la lectura de algunas obras menores, pero que me encantaban por la belleza del lenguaje, con frases largas y expresiones brillantes. Todavía recuerdo una novela —no de las más serias del mismo autor — de Thomas Mann: *Die Bekenntnisse des Hochstaplers Felix Krull* (*Las confesiones del estafador Felix Krull*, que jamás he abierto en castellano). Fue la primera novela picaresca, con un pelín de erotismo, que leí en alemán.

Muchísimos años más tarde, en 1993, cuando mi hijo cumplió su primer año, regresé a Berlín con mi mujer. Nos alojamos en el impresionante edificio de lo que fue la embajada española en el Tercer Reich, una arquitectura de corte nazi, no muy elegante, en pleno Tiergarten y entonces no del todo rehabilitada. Era cónsul general mi amigo el profesor Senén Florensa —que aparecerá más tarde en este relato— y nos movimos en particular por el Berlín Oriental. Mi mujer, británica, siempre se admiró de que le hablara de los lugares en que había habido «algo», pero que ya no existían. Berlín despertaba para mí la atracción de un pasado tumultuoso, horrible pero interesante. En la literatura creo que en Döblin, en su momento, y luego en las novelas de detectives de Philip Kerr y, sobre todo, de Volker Kutscher, es cómo mejor se ha reflejado, aparte de las clásicas narrativas de Christopher Isherwood. Reconozco, sin embargo, que la lista podría ser mucho más larga.

Esto no quiere decir que la vida en Berlín fuera simple. En la facultad era difícil hacer amistades. Cada uno iba a lo suyo. Las exigencias no eran demasiado altas porque en ella se practicaba el lema clásico del sistema humboldtiano. Libres, pero solos. La ayuda directa del profesorado era casi inexistente. Los seminarios estaban casi tan concurridos como las clases generales. Consultar a los catedráticos era

posible, pero no deseable. Las carreras se cortaban a medida de los intereses de los estudiantes. Aparte de asignaturas troncales, era posible y muy normal mezclar todas las demás que se quisieran. No había, en puridad, exámenes. En aquella época todo se jugaba en el de grado, en función de las troncales y de los intereses demostrados a lo largo de las licenciaturas.

¿Consecuencia? Terminadas las exigencias de escolaridad o a punto de concluirlas había que pensar en prepararse para tal examen, que podía repetirse una sola vez —o dos, con autorización especial—. Si no se aprobaba, el estudiante se quedaba sin título. El sistema era muy cómodo, pero, al final, el riesgo de la guillotina no era descartable. Únase el hecho de que muchos estudiantes tenían becas insuficientes y que en las vacaciones debían trabajar. Yo aproveché, por ejemplo, las Navidades para hacerlo en Correos. A veces di clases de español en alguna academia. Hice pinitos de camarero. Terminado el segundo semestre, no me planteé la prórroga de la beca, aunque estuve tentado. Me hubiera gustado, por un lado, seguir en Alemania. Por otro, echaba de menos a mi familia. Así que, con sentimientos encontrados, regresé a Madrid. Quizá más maduro, pero también algo triste.

Para mi vergüenza, he de confesar que, aparte del proceso de Auschwitz, no me interesé demasiado por otros acontecimientos. El más importante y que suscitaba más discusiones era la intervención norteamericana en Vietnam. La Universidad Libre, dada su impronta de origen, estaba en ebullición. A mí me dejó frío. Vietnam me era lejano y para imperialismos me contentaba con leer sobre la historia del alemán.

De Madrid a Glasgow: otro mundo

En 1964-1965 hice en Madrid el quinto curso de la licenciatura. Por primera vez como alumno oficial. En Alemania no hubiera podido preparar, por ejemplo, asignaturas como Derecho Fiscal Español y Comparado,

pero de la cual podía quitarse el segundo adjetivo. Era español, puro y duro.

En aquel curso, la Complutense también estaba muy revuelta. Fue el período de la marcha estudiantil sobre el Rectorado, encabezada por Enrique Tierno Galván, José Luis López Aranguren, Agustín García Calvo y Santiago Montero Díaz. Yo iba, ya no sé si muy ufano, en segunda línea y fui de los primeros en darme cuenta de que la Policía Armada (los «grises») iba a cargar contra nosotros a caballo. Nunca he corrido más deprisa. Luego se contó que en la DGS la Brigada Político-Social no había sido parca en torturas.2

Un amigo, ya fallecido, no tardó en acercárseme para invitarme a las reuniones de los grupos del PCE. Decliné. Había tenido alguna información sobre cómo se comportaba el alemán oriental y en mi todavía poco desarrollado sentido político lo comparaba con la Iglesia romana. Las distintas iglesias nacionales podían ser muy diferentes, pero tenían en común toda una serie de principios o dogmas fundamentales. A mí me interesaba como tema de estudio la economía de dirección centralizada, que no veía como horizonte deseable para España. Del sistema político no hablemos. Se me respondió, con multitud de argumentos, que la analogía no era correcta. Tal vez, no lo sé, en el PCE predominara entonces la tesis que Santiago Carrillo había lanzado en enero de 1963, que veía en la RDA el éxito del sistema comunista y en la RFA un remedo de la política del capitalismo monopolista de Estado que había impulsado la intervención nazi a favor de Franco en 1936.3 Marion Einhorn la defendería con ardor.

En la RDA jamás había ido a ver —ni tampoco hubiese sido posible— juicios políticos apenas disfrazados. En Madrid, acompañado de un amigo comunista, asistí un par de veces a alguna de las vistas del TOP (Tribunal de Orden Público). Me parecieron absolutamente vergonzosas. Mis recuerdos son vagos, pero no olvidaré una. En ella, cada uno de los procesados respondía a las preguntas del

presidente que había confesado los «delitos» de los que se le acusaba porque sus declaraciones las habían obtenido bajo tortura. La respuesta, no menos sistemática, fue «la policía española no tortura».4

Confieso que lo único que me interesaba en Madrid era terminar la licenciatura, porque me orientaba más bien hacia algún horizonte en el extranjero. De entrada, tenía que mejorar mis conocimientos de inglés. Sin embargo, aquel curso en la Complutense fue importante para mi formación personal. Como era, realmente, la primera vez que asistía a la facultad en plan de alumno oficial me sorprendieron varias cosas.

En primer lugar, la escasa calidad de una parte del profesorado. Esto sonará a herejía. No estoy muy familiarizado con la historia de la universidad española bajo el franquismo. Tampoco sobre la Complutense. En los ejemplos que conozco se hace hincapié en los aspectos ideológicos. En el caso de esta última, ¿quién no ha leído las numerosas referencias, generalmente encomiásticas, al profesorado de Filosofía y Letras, Derecho, Políticas y Sociología…? Muchas, sin duda, justificadas. Personalmente, solo puedo escribir sobre lo que he conocido y lamento tener que discrepar.

En esta perspectiva y en la tan cacareada Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales, encontré algunos casos que producían vergüenza torera. Recuerdo uno en el que el profesor, un señor que me parecía muy mayor, se empeñaba en «escalafonar» a los alumnos, es decir, en conseguir que cada uno se sentara en un sitio determinado del anfiteatro. Naturalmente, no lo lograba. El pobre hombre pugnaba y pugnaba y se perdían con facilidad quince o veinte minutos de clase, repletas después de explicaciones más que superficiales. Había otro imbécil que pasaba lista. Entre los nombres que se le habían dado figuraban los de actores extranjeros (Sinatra, Monroe, etc.). Luego se quejaba de que nunca asistían a clase y nos exhortaba a que les dijéramos que debían hacerlo. Hablo del quinto curso de licenciatura, el último.

Por supuesto, había catedráticos y profesores excelentes. Tengo en mi memoria en primer lugar a José Luis Sampedro. Me había dado sobresaliente en su asignatura, sin conocerme de nada, y a quien pronto pedí una y otra vez recomendaciones para optar a becas. También a Enrique Fuentes Quintana, que enseñaba Hacienda Pública y quien, sin tampoco conocerme, me había dado notable. Ambas asignaturas las había preparado fuera de España. No di clase con el «rival» de Fuentes, Luis Ángel Rojo, en Teoría Monetaria. Tampoco con el de Política Económica, Emilio Figueroa. Este tenía cierta fama en relación con su cacareada aportación a la justificación de la necesidad del Plan de Estabilización y Liberalización de 1959. Luego me enteré a través de Fabián Estapé que en nada merecida. El profesor Figueroa me suspendió un par de veces, hasta que me examiné con uno de sus ayudantes y del suspenso pasé a matrícula de honor. El catedrático de Estadística era Gonzalo Arnaiz. Su asignatura no me atraía, pero ciertamente daba la talla. El de Econometría, de la que solo era posible examinarse tras aprobar la anterior, era un bonachón y, en mi modesta opinión, un gran profesional. Sudé de lo lindo con el de Derecho Fiscal, César Albiñana y García-Quintana, una asignatura de la que no sabía lógicamente una palabra. Todos ellos aparecerán más tarde en este relato.

El curso no era muy numeroso y los alumnos se conocían. A mí no me conocía nadie, pero hice amistad, muy profunda, con Julio Viñuela. Venía de Don Benito (Badajoz), donde su padre era médico. En aquel curso hubo de todo, incluso futuros catedráticos, varios ministros y algún que otro político. Antes de terminarlo solicité una beca para estudiar en el Reino Unido. Me había empeñado en seguir profundizando en el funcionamiento de las economías de planificación central. No con demasiada vista a largo plazo, pero ¿quién la tenía en aquella época en tales temas?

Dado que se trataba de una beca escocesa —de la Stevenson Foundation—, Glasgow me admitió sin

problemas. Terminado el segundo campamento de milicias en 1965, llegué a Escocia en septiembre. Lo que me atraía en aquella universidad —también pedí becas para otras— es que en ella enseñaba el profesor Alec Nove, ruso de origen. Era un profundo conocedor de la historia de la economía soviética.5 También era un personaje abordable, con gran sentido del humor y, me pareció, con escasas simpatías por el partido laborista. Un día vio que llevaba en clase una chapa en favor del candidato a rector a quien Labour apoyaba. Con una amplia sonrisa se dirigió a mí y me dijo: «*You'll be beaten!*» (¡Perderás!). Y así fue.

En Glasgow compré el libro de Gabriel Jackson sobre la República y la guerra civil. Lo contrapuse con el clásico, y anterior, de Hugh Thomas, pero mis lecturas de temas históricos eran puramente pasivas. Reflejaban ganas de aprender sobre lo que ocurrió y de conocer las explicaciones que se daban sobre lo que había pasado. No revelo ningún secreto de que diferían bastante de lo que había leído en Alemania, ya fuese en la occidental o en la oriental.

Por desgracia, en Glasgow se me declaró una hepatitis que me dejó completamente desvencijado. Estuve en el hospital casi un mes. Era un edificio del XIX, algo modernizado. Durante varios días me quedé en una sala inmensa. Recuerdo que otro de los enfermos era un anciano que había combatido en la guerra de los Bóeres. Deliraba y por la noche solía gritar «¡A la carga!». Al salir del hospital, el Sistema Nacional de Salud (NHS) me envió a una casa de reposo en la isla de Arran. El paisaje era muy bonito, pero me aburría día tras día. Salvé la situación dedicándome a traducir una novela de un escritor irlandés católico, entonces muy conocido, llamado Brian Moore.6 La tarea me gustó y luego seguí con traducciones, lo que me permitió conseguir algún dinero de bolsillo.

La más pesada y difícil fue la de una enciclopedia sobre la gestión de almacenes, que vertí del alemán y que revisó un experto. También traduje un libro de reflexiones políticas de Raymond Aron que todavía se menciona. Por

no hablar de un manual de economía y política del desarrollo económico firmado por un autor norteamericano que se había puesto de moda en aquella época, Benjamin Higgins, y otro del famoso economista holandés Jan Tinbergen.[7]

Premios académicos inesperados

Las consecuencias de la estancia en el hospital y la convalecencia fueron superiores a mis fuerzas. No sabía cómo continuar porque, a pesar de toda mi buena voluntad, el curso lo tenía perdido en términos académicos. Aprendí algo sobre la economía soviética, también sobre economía del desarrollo, pero casi lo mismo podría haber logrado quedándome en Madrid. A mi regreso, muy despistado y sin saber todavía qué hacer, me presenté en junio de 1966 al examen de fin de carrera. Entonces no era obligatorio en Económicas, aunque sí una exigencia para pasar al doctorado. Mi licenciatura —una parte de la cual había sido convalidada— no era muy brillante pero tampoco desastrosa. Tenía dos matrículas de honor, cuatro sobresalientes, tres notables y seis aprobados. Es curioso que los temas en que más adelante destacaría fueron, en general, en los que mejores calificaciones obtuve.

Este examen de fin de carrera constaba, creo recordar, de tres ejercicios. El último estribaba en escribir, con la ayuda de la literatura existente en la biblioteca de la facultad, sobre dos temas propuestos por el tribunal. En aquel caso los dos fueron de Hacienda Pública (Fuentes Quintana) y de Teoría Económica (Rojo). No recuerdo los títulos. Lo que sí recuerdo es el salto de alegría que di. No era para menos. El primero podía desarrollarlo en base a un libro de Hacienda Pública en alemán. El segundo, con un libro en inglés. ¡Bingo! Aprobé con sobresaliente. Luego me dijo Julio Viñuela que había tenido la presciencia, por no expresarlo de otra manera, de haber hecho uso del segundo solo en la estricta medida necesaria y de no haberme pasado un pelín. De nuevo, la fortuna sonríe a los audaces,

porque podría haberme abstenido de hacer el examen.

En el otoño del mismo año se celebró el ejercicio para optar a los dos premios extraordinarios de licenciatura que concedía la facultad en cada curso. Solo podían presentarse quienes habían obtenido sobresaliente en el examen previo. Gané el primero. El segundo fue a parar a Luis Sempere, con quien también concurrí a posteriores oposiciones a la Administración y en las que se repitió la misma pauta. El Premio Extraordinario encubrió las insuficiencias de mi expediente académico en la licenciatura e incluso me valió en 1967 un accésit al Premio Nacional de Fin de Carrera en Ciencias Económicas.

En el mundillo de la facultad no tardé en darme a conocer. Habían quedado en el camino hacia los premios otros compañeros que ya eran funcionarios en cuerpos prestigiosos como el del Servicio de Estudios del Banco de España, Inspectores de Hacienda o Economistas del Estado. No se me subió el «éxito» a la cabeza. Sabía perfectamente a qué se debía: el dominio de idiomas, la facilidad de redacción y haber tenido unas experiencias de las que mis competidores carecían. Ellos tenían otras. Las carreras ulteriores demostraron la anomalía: yo me quedé en modesto funcionario y muchos de los que no obtuvieron premios saltaron a la política. Varios llegaron a ser ministros.

Tuve el dudoso honor de participar, en tercera fila, en la audiencia colectiva que Su Excelencia el Jefe del Estado —suelo utilizar la abreviatura SEJE— concedió a los galardonados. Debió de ser hacia el otoño de 1967, en un período en el que las protestas universitarias habían ido *in crescendo*. Me quedé helado al ver a un Franco muy avejentado, moreno por el sol del verano, pero parpadeando nerviosa y constantemente. A los Premios Nacionales les otorgó no recuerdo qué grado de la Orden de Alfonso X el Sabio. Yo recibí por correo un «Víctor» de bronce —la más baja de las condecoraciones falangistas— y el correspondiente diploma. Al parecer, los regalaba a espuertas el SEU. No tardé más de treinta segundos en

echar ambos al cubo de la basura. Sí he conservado una foto del diploma.

Muy contento con mi Premio Extraordinario, no encontré dificultad en colocarme como último peón de la cuadrilla de ayudantes de dos cátedras. Resalto la de Hacienda Pública, durante los cursos 1966-1968. Debuté con el maravilloso sueldo de 1.500 pesetas por curso. No exagero, pero pronto me di de baja en la primera ayudantía, que fue de Sociología. Todavía conservo los nombramientos. Empecé el 1.º de octubre de 1966 y terminé, formalmente, el 30 de septiembre de 1968. En este último curso pasé también a ser profesor adjunto interino en la asignatura de Estructura e Instituciones Económicas 1.ª, en la cátedra de José Luis Sampedro. Cuando veo la relación de quienes «subimos» a tan prometedor escalón me saltan a los ojos los nombres de muchos que llegaron después a hacerse famosos como catedráticos o políticos entre la futura élite de la democracia.8 Incluso hay algún rector. Otros dejaron la Universidad.

Que la enseñanza no parecía anunciar, de entrada, un futuro de vino y de rosas era evidente, aunque también me tocó vivir el aumento de sueldos. En la categoría como ayudante dejó de ser 1.500 —que se incrementó con un incentivo de 2.748 pesetas más— y como adjunto interino pasó a 60.000 pesetas anuales. Además, la Comisaría de Protección Escolar me concedió una beca de ayuda a la investigación. En todo caso, los ingresos eran absolutamente insuficientes para sobrevivir. Se tiraba para adelante como se podía y, lo que es sorprendente, no nos quejábamos demasiado. Las cosas eran como eran. La carrera universitaria exigía sacrificios y lo que había que hacer era estar presente, dar clases, conseguir becas y, de vez en cuando, escribir algún artículo. La tesis de doctorado era, naturalmente, harina de otro costal. Había gente que la demoraba durante años. Otros la plagiaban en mayor o menor medida.

Por las tardes hice a la vez los cursos y seminarios de doctorado preceptivos en aquella época. Salí apto para

doctorarme y con nota de capacidad y aprovechamiento muy buena en dos de ellos. En cualquier caso, de entrada, me aguardaba otra tarea.

En la mili y ante una decisión fundamental

En aquella época se hacía el servicio militar obligatorio. Para los estudiantes universitarios existía una forma especial, la de la Instrucción Premilitar Superior (IPS). Una vez aprobados los dos o tres primeros cursos, se podía optar por acudir a este sistema. Preveía dos períodos de prácticas en campamento de tres meses y uno de ejercicio como suboficial u oficial en un regimiento. Muchos, aunque podían, no se acogían a él. Existían alternativas. Por ejemplo, presentarse voluntario antes de entrar en caja. Esto permitía hasta cierto punto elegir destino. Es lo que hizo mi hermano. O, por el contrario, demorarlo, solicitando prórroga tras prórroga, hasta que ya no fuese posible obtener más.

La objeción de conciencia no estaba reconocida. La única posibilidad era la huida al extranjero y ser declarado prófugo. Hubo quien lo prefirió. En lo que a mí respecta, la mili no me repugnaba. Era un rito por el que había que atravesar. Incluso lo pasé bien en los dos campamentos, sobre todo en el primero. Me lo tomé deportivamente, como si fueran unas vacaciones sui géneris en el campo. Dados los saltos en mi carrera universitaria, no dudé en elegir la IPS. Fui destinado a Artillería de Campaña, quizá porque venía de Económicas. En otras carreras se hacían los campamentos en Infantería, Ingenieros, Aviación, etc. Mis dos etapas de 1963 y en 1965 transcurrieron en El Robledo (cerca de La Granja de Segovia) sin problemas. Siempre he agradecido que el Ejército me concediera la posibilidad de intercalar un verano de estudios en el extranjero. Me adapté a la vida militar como la cosa más normal del mundo. Hice amistades, algunas de las cuales han durado años.

El Ejército de la época no era un remedo de la *Wehrmacht*. Tampoco del U. S. Army. El equipamiento era

vetusto. Los ejercicios de tiro (mosquetón, pistola y ametralladora), escasos. Había que recoger los cartuchos vacíos. Los supuestos tácticos brillaban por su escasa frecuencia, aunque en marchas continuas pateábamos la sierra. Al final del campamento se hacía un ejercicio con fuego real. Creo que fue en el primer verano cuando el capitán de la batería, procedente de los «chusqueros» (oficiales que no habían pasado por la Academia), se aturulló. De haber seguido sus órdenes como autómatas hubiéramos quizá bombardeado el campamento. La salva que organizó cayó muy cerca de las tiendas de campaña. El brigada, un estudiante de Arquitectura, tomó el mando y lo sustituyó. No pasó nada.

El quehacer diario estaba marcado por la instrucción en orden cerrado y el aprendizaje de los movimientos de armas. Luego, las clases teóricas. El capitán de la batería se enteró de que leía en francés libritos sobre temas militares de la colección *Que sais-je?* Alguien se chivaría. Inmediatamente, me ordenó que disertara en las teóricas sobre temas tan interesantes como historia de la guerra, la guerra sicológica, espionaje y guerra, etc. Me fastidió, porque los compañeros empezaron a mirarme como a un bicho raro.

Tras regresar de Glasgow, quise quitarme de en medio las prácticas de la IPS tan pronto como fuera, aunque no de inmediato. Existía la posibilidad de elegir destino, con tal de que hubiera plazas disponibles. Solo era una cuestión de tiempo. En la segunda oportunidad, a finales de 1966, aparecieron varias en un regimiento de El Goloso (cerca de donde hoy está la Universidad Autónoma) y en la Agrupación de Intendencia de la Reserva General, un cementerio de elefantes. Pedí una. El profesor e historiador Fernando Puell de la Villa, que ha sido coronel, me dijo que el que me la concedieran fue del todo irregular, porque estaba destinado en Artillería y debería haber ido a un regimiento de esta arma. Lo único que puedo decir es que no moví un dedo. Alguien aceptó que fuese a El Goloso. Esto me permitió seguir dando clases en la universidad,

salvo en las raras ocasiones en que tocaba estar de oficial de semana. Me incorporé el 20 de diciembre de 1966, según consta en mi cartilla militar. Fue un invierno duro y en Madrid nevó bastante.

La experiencia del cuartel no fue agradable, a diferencia de la de los dos campamentos. Uno de sus puntos culminantes lo he reflejado en *¿Quién quiso la guerra civil?* No sé por qué los recuerdos me quitaron el sueño durante meses. El coronel iba al cuartel por las mañanas, pero por las tardes funcionaba como director de personal de Butano S. A., y a nadie llamaba la atención. El pluriempleo había sido un mal endémico en el Ejército. Franco mantenía a su oficialidad con sueldos bajos, pero el sistema permitía tener otra ocupación en las horas libres y, por consiguiente, mejorar los ingresos. A la media docena de alféreces que nos incorporamos, el coronel nos encargó que preparásemos un ciclo de conferencias sobre la guerra civil para edificación de los restantes oficiales. A mí me tocó disertar sobre el asesinato de Calvo Sotelo, que tuvo lugar en la noche del 12 al 13 de julio de 1936 como chispazo para el «alzamiento» cinco días después. Era un dogma de fe y todavía circulan descabezados que siguen propagándolo en la actualidad. Me atuve al dogma y me limité a cumplir.

En la facultad, uno de los compañeros, mucho más antiguo que yo, quiso ayudarme en mi angustiosa búsqueda de un empleo y me proporcionó un contacto con una empresa que contrataba economistas. Por las preguntas que me hicieron me di cuenta de que era del Opus Dei. La entrevista fue tan marxiana —de los hermanos Marx— que renuncio a evocarla, porque no se me creería. De haberme hecho una oferta, quizá es verosímil que la hubiese aceptado como tantos otros jóvenes de mi edad sin un duro. Mi vida profesional hubiera sido muy diferente. No pienso que me hubiese dedicado a la historia.

Por fortuna, en abril o mayo de 1967 la secretaria de Fuentes Quintana, Angeli, me llamó un día por teléfono. Don Enrique quería verme urgentemente. Cuando pedía algo, la reacción era casi pavloviana. Vestido de uniforme,

me presenté en el Servicio de Estudios de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Comercio, del que era director. Quería saber qué había de cierto en algunos rumores de que estaba pensando en hacer oposiciones a la carrera diplomática. Lo estaba considerando porque en ella se exigía un alto nivel de idiomas, que personalmente ya tenía, así que no perdería tiempo en prepararlos y podría concentrarme en los temas.

Por qué había pensado en ello sigue pareciéndome normal. En aquella España la idea de ir a una organización internacional no resultaba nada fácil. Yo no tenía un duro y había cumplido veinticinco años. Por otro lado, en mi entorno universitario, varios compañeros hacían oposiciones. Desde que vi a Franco en El Pardo pensé que al régimen no le quedaban muchos años de vida. No porque fuera presciente. Es que se planteaba la pregunta que hizo famoso uno de los libros de Santiago Carrillo, *Después de Franco, ¿qué?* La carrera diplomática, de la que no sabía absolutamente nada, podía colmar mis deseos de salir fuera. Los idiomas eran un obstáculo fundamental que muchos trataban de solucionar yendo a preparadores especializados, franceses o ingleses, muy conocidos en los círculos interesados. Yo ni me lo planteé, pero ¿cómo financiar la preparación de los ejercicios? Para esto todavía no había encontrado una respuesta.

Aquella entrevista con Fuentes Quintana fue uno de los giros cruciales de mi recorrido profesional. Me recomendó que, si quería salir al extranjero, lo mejor era que me presentase a las oposiciones de Técnicos Comerciales del Estado. Él lo era. Sus funcionarios podrían ir a puestos voluntaria, no obligatoriamente, e incluso elegir destino dentro de las posibilidades existentes —lo mismo ocurre hoy—. En aquel momento estaba abierta o iba a abrirse una convocatoria. Otro de sus ayudantes, Miguel Ángel Díaz Mier (fallecido en febrero de 2018), la firmaría. Hube de tomar una decisión rápidamente antes de que se cerrara el plazo de presentación de instancias.

En parte por el problema financiero, opté por hacer caso a Fuentes Quintana. La cuestión era cómo preparar la oposición. Miguel Ángel me aconsejó. Había que hacer los temas o mejorar los que ya circulaban entre los aspirantes. A seis meses vista debíamos familiarizarnos con el programa para tener alguna posibilidad no en la convocatoria ya en marcha, sino en la siguiente.

A mí el sistema me pareció monstruoso, pero percibí su lógica de inmediato y la forma de abordarla.

Lo que se exigía no superaba los conocimientos supuestamente adquiridos a lo largo de la licenciatura, por lo menos en lo que se refería a materias económicas. Había un último ejercicio de Derecho. Los expertos decían que cuando se llegaba a él las decisiones ya habían sido tomadas. De ello se desprendía un corolario evidente. Lo que había que hacer era no perder tiempo revisando y actualizando viejos temas, ya conocidos de otros coopositores que serían adversarios a la hora de pugnar por una de las limitadas plazas. Era mejor partir de los libros de texto y otros adicionales y no escribir los temas sino, simplemente, hacer los esquemas correspondientes y memorizarlos. Reviso estas líneas en abril de 2023, cuando con un amigo preparo un libro sobre la ayuda de la Texaco a Franco durante la guerra civil. En él mencionamos a José Larraz, y he revisado sus memorias. En el periodo republicano él opositó a Abogados del Estado. Lo hizo exactamente igual que servidor, solo que treinta años antes. Cuando yo me sentaba ante la pared, tales memorias ni se conocían ni yo sabía mucho del autor, excepto por la admiración que Fuentes Quintana y Albiñana le profesaban.

Miguel Ángel no veía así el procedimiento. Decidí probar suerte en solitario. A mediados de junio de 1967 empecé a hacer esquemas. En cuanto tuve unos cuantos, pasé a memorizar e, inmediatamente, a «cantarlos» frente a la pared. Es decir, a recitarlos como si estuviera delante del tribunal. Las primeras semanas fueron terribles. Hoy,

cuando pienso en aquel período, no me sorprende que no siguiera la vida española de la época. No era posible compatibilizar el interés por el día a día, la universidad y preparar oposiciones.

Encontré un sustituto para las clases y me encerré literalmente en casa seis o siete meses, en jornadas de no menos de diez o doce horas. Cambié mis hábitos. Solía estudiar hasta la una o las dos de la madrugada; me levantaba a las diez; tomaba un almuerzo-comida y me ponía a «empollar» hasta la cena, hacia las diez. Luego seguía hasta caer rendido. Tras la época del coronavirus, el autoconfinamiento se convirtió en práctica habitual. No lo era en 1967.

Recuerdo que en dos meses de un tórrido verano madrileño (julio y agosto) no salí a la calle más de dos o tres veces. Nadie que no haya hecho una oposición difícil puede imaginar lo que significa comprimir y memorizar el programa en menos de medio año. Solo dejé un tema por preparar, porque me hubiera exigido un tiempo del que no disponía. Resumir toda la teoría del capital para recitarla en quince minutos fue superior a mis fuerzas. La única distracción que tuve en aquel tiempo fue seguir por radios extranjeras la corta guerra de Oriente Medio y leer dos novelas, una de ellas de Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*. Otra, de un autor norteamericano de ciencia ficción, Robert A. Heinlein, *The Puppet Masters* (*Amos de títeres*). Ni las he olvidado ni tampoco he vuelto a leerlas. Muchos años después, en la autobiografía de Isaac Asimov me he enterado de que Heinlein era ya un maestro de la ciencia ficción.

Sin conocer a nadie, salvo a Luis Sempere, empecé los ejercicios en octubre de 1967. El primero era escrito y consistía en la redacción sobre un tema a elección de los miembros del tribunal. En aquella ocasión, fue el papel de la balanza de pagos en la economía española o en el desarrollo económico español. Un clásico. Escribí mis páginas y cuando me tocó por sorteo las leí. Aprobé con la puntuación más elevada. El segundo ejercicio era de

idiomas. Había presentado inglés (obligatorio) y alemán, que calificaban a razón de diez puntos máximos cada uno. Como tercero, que puntuaba a cinco, llevaba el francés. Con ello pensaba poder mejorar la nota total. Mi preocupación, completamente absurda, era si el tribunal objetaría o no a mi acento del norte de Alemania —más alguna inflexión berlinesa—. Al llegar al ejercicio me enteré de que los obligatorios que me tocaban eran el inglés y el francés, con el alemán en tercer lugar. Un despiste de la Administración, pero que ya no tenía marcha atrás. Teóricamente, corría el riesgo de obtener una menor puntuación. No fue así. De nuevo alcancé la máxima. De entre todos los que aprobamos quien mejor hablaba francés era Sempere, cuya madre era de tal origen, pero con tres idiomas consolidé la primera posición.

El tercer ejercicio consistía en «cantar» cuatro temas de teoría y política económicas a razón de quince minutos cada uno. En el tribunal estaba Luis Ángel Rojo. Me conocía perfectamente, pues había seguido sus clases de doctorado. El primer tema que me cayó en suerte era uno de sus favoritos y con él se había hecho un nombre. Algo así como el papel del dinero en la economía. Me puse tan contento que titubeé un momento. Luego, en la cena de rigor de los que aprobamos, alguien del tribunal me dijo que habían pensado en que quizá no lo dominara. Fue una cuestión de nervios. En dos o tres minutos me rehíce y solté como un papagayo —nunca mejor empleada la expresión— los cuatro temas. No salí el número uno, pero había conseguido tal ventaja que ya nadie pudo superarme.

El cuarto ejercicio era de economía española. No me acuerdo qué me tocó. Repetí la *performance* del anterior, aunque tampoco alcancé la puntuación máxima. Nos dejaron descansar un par de semanas. Se me ha olvidado si hubo un quinto ejercicio práctico o si el último fueron los temas de Derecho, a desarrollar por escrito. La oposición se había ganado en el cuarto, como decían los entendidos. El 14 de marzo de 1968 salí con el número uno en una promoción de once. El tercero, por cierto, fue Pedro Solbes,

de quien no tardé en hacerme muy amigo. Otro compañero, Guillermo de la Dehesa, fue futuro secretario de Estado de Economía. Si hay gente que ha puesto jamás una pica en Flandes —y escribo esto en Bruselas— en lo que se refiere a ganar una oposición de Cuerpo Especial Facultativo, con fama de elitista, en un corto lapso de tiempo, servidor forma parte de tan selecto grupo por derecho propio. Sigo creyendo que tuvo algo de récord aprobar con el número uno tras diez meses, contados desde el comienzo de la preparación hasta el aprobado final.

Hoy se critica habitualmente el sistema de oposiciones. Para un país entonces corrompido por el enchufismo era, en mi falible opinión, el mejor posible. Los ejercicios no se hacían a escondidas. Quien los superaba públicamente recibía las notas en el mismo día. Los tribunales tenían cuidado de examinar en la primera jornada al mayor número de candidatos posible para hacerse una idea del tenor general esperable en base a una muestra aleatoria. Fijaban un baremo y a él se atenían. El sistema no excluía alguna que otra componenda. Así, por ejemplo, una promoción de diplomáticos se había hecho famosa porque la Superioridad estimó que debían pasar los hijos de algunos ministros y se amplió el número de plazas cuando ya se había cerrado la convocatoria. Los beneficiados quedaron marcados de por vida.

El después tan denostado mecanismo[9] constituía un ascensor para la elevación social, porque el origen de los candidatos no contaba mucho. Daba lo mismo haber ido a un colegio de élite que al Instituto de Enseñanza Media; ser de clase alta, media o baja; tener papás en el Cuerpo o no. Delante del tribunal, y en presencia de numerosos testigos, se imponían condiciones de igualdad. No fui una excepción. Varios de mis mejores amigos, también de clase media baja, ingresaron en Cuerpos Especiales e incluso después se hicieron catedráticos eminentes.

Las oposiciones jurídicas (letrados del Consejo de Estado y de las Cortes, Abogados del Estado, Judicatura, Notarías y Registradores de la Propiedad) estaban, desde

luego, en el peldaño más elevado, pero los Técnicos Comerciales del Estado se ubicaban en uno similar para materias económicas. Hacienda tenía su abanico particular, con los inspectores y los técnicos fiscales a la cabeza y los de Aduanas —José Luis Sampedro lo era— en un escalón inferior. Otros ministerios disponían de sus propias formaciones. Los técnicos de Administración Civil (TAC), un cuerpo entonces de reciente formación, abarcaban la amplia gama de ministerios. La carrera diplomática era un caso aparte. La necesidad de hablar idiomas —no perfectamente pero tampoco como principiantes— siempre fue un fuerte factor de disuasión y la endogamia era habitual. Quizá como autocompensación, en el mundillo de los opositores se decía que uno podía ser perfectamente idiota en tres o cuatro idiomas.

Quien ganaba plaza pasaba de ser, literalmente, un don nadie a la categoría de funcionario con la posibilidad de hacer una brillante carrera por delante. También lo ha sido después, en la transición y en la democracia. La proporción de ministros y cargos de confianza que son funcionarios es muy elevada. Además, desde la Administración era posible, y sigue siéndolo, dar el salto a la empresa privada, sobre todo en el caso de juristas y economistas. En los sectores privado y paraestatal los sueldos siempre han sido más elevados.

Por otro lado, no cabe olvidar que no era posible preparar las oposiciones y trabajar al mismo tiempo. Uno de mis compañeros de promoción, ya casado, tuvo que dejar su empleo para dedicarse a «empollar». Esto favorecía a las familias con recursos para mantener a sus retoños mientras se preparaban durante años y años.

Había una cosa que hoy quizá ya no sea tan presente como entonces. El espíritu de cuerpo era muy elevado. En aquella época protegía, además, de desagradables incidencias. Eran, generalmente, de tipo político. Un ejemplo: a un amigo mío lo convocó un día su subsecretario. Le dijo que lo enviaba al extranjero en comisión de servicio. Le había llegado la noticia de que la

DGS quería interrogarle. Al cabo de cierto tiempo, la cosa se había «olvidado» o el subsecretario en cuestión había conseguido que se olvidase. Nadie incomodó a mi amigo.

Al escribir estas líneas recuerdo perfectamente que mientras España hervía políticamente servidor se había parapetado tras la preparación de la oposición. Creí, y sigo creyendo, que era mi deber. No podía seguir dependiendo de mis padres. No podía pensar en salir de nuevo al extranjero en busca de un empleo que ignoraba cómo y dónde alcanzar. No estaba decidido, descartada la oposición comunista, y nada convencido de hacer causa común con conocidos que militaban en los sectores de la democracia cristiana. Leía *Cuadernos para el Diálogo* y *Triunfo* y aborrecía Falange. La omnipresencia de Franco en la prensa me atosigaba. Tras ganar las oposiciones me atraía mucho más salir de casa y pasarlo todo lo mejor que pudiera. No tardé en enamorarme como un pardillo de una de las primeras chicas con que me crucé. Reconozco abiertamente que no pude ser más convencional.

4

Funcionario con la vista fuera

En la nueva etapa quise, como era lógico, ir con Fuentes Quintana al Servicio de Estudios de la Secretaría General Técnica. La Superioridad, en su innata sabiduría, decidió el 8 de abril destinarme a la Dirección General de Política Comercial como jefe de la Oficina de Zonas de Libre Cambio, y desde el 1.º de abril del año siguiente, a la Oficina de Organismos Económicos de Naciones Unidas. Estaban situadas en los locales que había ocupado una dirección general compartida entre los ministerios de Asuntos Exteriores y de Comercio al principio de los años cincuenta. Se ocupaba de los temas económicos y comerciales con Estados Unidos. Era al comienzo de la calle de Goya, muy próxima a la plaza de Colón. En ella trabajaban unos cuantos funcionarios, y al frente, un subdirector general con mando en plaza, José Carlos Colmeiro, en su momento muy conocido y hoy olvidado.

En el Ministerio de Comercio y en la Universidad

Uno de los compañeros, Alejandro Magro, se ocupaba del GATT y tenía una carga de trabajo inmensa. España se había adherido al acuerdo pocos años antes. Adaptar a sus reglas la aplicación de los grandes remanentes de la esquizofrénica política comercial de la época de la autarquía planteaba muchas dificultades de tipo operativo. Me acuerdo, en particular, del tema de los quesos. El mercado español había estado protegido y reservado a la producción interna y pensar que los quesos propios —en las

calidades de aquellos años y a cubierto de la competencia— pudieran resistir a los franceses o suizos era un tanto utópico. Había, pues, que gestionar la reducción de la protección.

El Cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado había adquirido un carácter muy acusado. Varios de sus más eminentes miembros, junto con ciertos diplomáticos y algunos funcionarios de Hacienda y del Banco de España, habían logrado que el colectivo se batiera duramente en favor de la liberalización y estabilización de la economía de 1959. El más destacado de entre los jóvenes era Luis Ángel Rojo, catedrático de Teoría Económica y posterior gobernador del Banco de España. Otro, Ramón Tamames, según voz pública militaba en el PCE. Varios menos conocidos hoy eran catedráticos de Economía. Todo ello le daba un barniz intelectual muy respetado. La revista del ministerio, *Información Comercial Española* (ICE), era probablemente la de mejor calidad en aquella época en temas económicos. También la dirigía Enrique Fuentes Quintana.

En mi puesto no había que trabajar demasiado. Me encargaron algunos informes. Uno de ellos trataba de los ajustes fiscales en frontera, que entonces se discutían en el GATT. Me costó cierto esfuerzo redactarlo. Convenientemente readaptado, constituyó la orientación de uno de mis primeros artículos en ICE. Cuando pasé al campo de Naciones Unidas me ordenaron, si no recuerdo mal, que justificara que España seguía siendo un país en vías de desarrollo. La idea estribaba en que así pudiera aprovecharse de las ventajas de un novedoso sistema de preferencias comerciales generalizadas que se había puesto en marcha pocos años antes. En otros ministerios, por el contrario, se mantenía la postura opuesta. No recuerdo en qué quedó el tema.

Cuando no tenía mucho que hacer en Goya iba a ver a Fuentes y a su equipo, instalados en la cercana calle de Jorge Juan 9, a no más de diez minutos a pie. Allí radicaba también una parte de la Secretaría General Técnica. Por los

despachos y pasillos pululaban funcionarios y contratados que representaban casi todas las tendencias del arco político e ideológico de la época. Había, ¡en 1968!, comunistas, socialistas, liberales, gente de extrema izquierda y muchos otros sin adscripción concreta o abiertamente conocida —no recuerdo, sin embargo, a ningún anarquista—. Varios eran técnicos comerciales del Estado, por ejemplo, Gonzalo Ávila González-Fierro; José Luis Ugarte, que había venido de o iba a ir a Varsovia como representante del Instituto Español de Moneda Extranjera (IEME) y estaba casado con una alemana; o José Piera Labra, a quien conocía porque me había dado clase en el último año de licenciatura.

También había varios TAC muy interesantes, ya fallecidos. Ante todo, Tomás Jaso, antiguo ayudante del famoso penalista republicano Luis Jiménez de Asúa. Otros iban a desempeñar puestos relevantes en la Administración durante la transición: Eduardo Gorrochategui Alonso, subsecretario de la Presidencia en el 23F, o Mariano Baena del Alcázar, que llegó a catedrático de Ciencia Política y de la Administración y magistrado del Tribunal Supremo, o Antonio Morales Moya, ulterior catedrático de Historia Moderna. Fuera de la Universidad, pero que ocuparon puestos importantes bajo los gobiernos del PSOE, hubo nombres como Alberto Gutiérrez Reñón e Ignacio Fuejo.[1]

Piera me fascinó. Ingresado en 1934, nos deleitaba con sus recuerdos como camillero en una división anarquista durante la guerra civil. Señorito madrileño hasta la médula, se había reincorporado al Ministerio de Industria y Comercio en Bilbao a su terminación. Nos decía que era como volver a la Edad Media, con procesiones y flagelantes por todas las esquinas de la gloriosa España renacida. Había sido muy amigo de Alberto Ullastres, catedrático de Historia Económica, quien durante su cargo como ministro de Comercio lo había enviado a París a comienzo de los años sesenta como consejero económico y comercial. Fue profesor durante muchos años de Historia de las Doctrinas Económicas, pero nunca se había decidido a opositar a

cátedra. La tenía al alcance de la mano, pero le costaba trabajo publicar y al final optó por irse a Atenas. Allí le sorprendió la dictadura de los coroneles. Nos contaba numerosas anécdotas. Entre ellas, la que mejor recuerdo se refería a la visita que uno de los miembros de la Junta Militar había hecho a España. La fábrica de la SEAT en Barcelona lo había dejado descolocado. En Grecia, repetía, no había nada igual. No puedo olvidar a dos contratados. Uno era Óscar Leblanc, siempre de pajarita, que unía brillantez y despiste. Era hijo de un ciclista que había sido famoso. Otro, Gonzalo Saénz de Buruaga, no tardó en pasarse a la empresa privada y más tarde recuperó la historia de su suegro, uno de los adelantados del cine en España. La mezcla de personal tan dispar era divertida y estimulante.

En comparación, en el reducido círculo de Goya la situación era muy diferente. Una anécdota se me ha quedado grabada. Entre nosotros había un compañero ya de cierta edad. Era hombre de posibles. Poseía varios pisos en el barrio de Salamanca que le proporcionaban cuantiosos ingresos. Había sido consejero comercial en el extranjero durante muchos años. Bastante tiempo en Japón. Una tarde nos invitó a una merienda fría a su piso, amueblado con montones de cachivaches procedentes de diversos países. Como quien no quiere la cosa, nos proyectó una colección de diapositivas que conservaba con esmero. Eran un tanto peculiares. Un montón de chicas japonesas en actitudes de desnudo en varias posiciones cada cual más lasciva. Yo no había visto nada igual y me dije que aquel ambiente no era para mí. No era pacato. Fue el reflejo de un sentido de la propia dignidad y, naturalmente, de falta total de experiencia como funcionario.

En paralelo, y en otro mundo, es decir, en la Universidad, Fuentes Quintana reunía semanalmente en seminarios muy concurridos a sus adjuntos y ayudantes. Cuando era un lunes, en el primer cuarto de hora se comentaban los resultados de los partidos de fútbol de la liga. Personalmente, estaba asombrado. Nunca había

acudido a ningún partido o a un estadio —y he seguido manteniéndome en la misma posición—. Entre los participantes había futuros catedráticos muy eminentes de Hacienda Pública. Recuerdo los nombres de José Ramón Álvarez Rendueles y Manuel Lagares, también funcionarios de cuerpos de élite. Sin olvidar a Victorio Valle, con un recorrido universitario creo que exclusivamente.

En el ínterin, las convulsiones de las universidades norteamericanas y las sacudidas del Mayo francés habían calentado el ambiente político y social, que tenía sus propias raíces. En el seminario se abordó la etiología de los movimientos foráneos, aunque también hubo referencia al caso de Madrid y, en general, a otras universidades españolas. Me tocó exponer las tesis de Marcuse, entonces muy de moda. Otro ayudante, Ricardo Calle, de memoria prodigiosa, se leyó dos o tres libros de él y nos abrumó con su desparpajo. Yo seguí una metodología analítica, pausada, con citas, explicaciones, pormenores, sin alharacas y, me temo, demasiado académica. Lo único que demostré, quizá, es que algo sabía de lo que hablaba.2

De aquel período me acuerdo del famoso recital de Raimon en el nuevo edificio de la Facultad de Políticas y Económicas en la Ciudad Universitaria, lleno a rebosar. Tampoco olvidaré una conversación entre chicas de primero de Políticas que escuché en la parada del autobús: «Aprender, lo que se dice aprender, no he aprendido mucho, pero ya me he enterado de lo que es el proletariado». No invento nada.

Fue una temporada en la que vivía en dos mundos que no se rozaban entre sí. Después de casi un año de confinamiento no podía aguantar más en casa de mis padres. Con Pedro Solbes medio me instalé en un piso en Argüelles que compartía con un técnico de la Seguridad Social, Máximo García Aza, y un joven diplomático, Juan Antonio Yáñez-Barnuevo. Como es notorio, el primero pasó por todos los escalones de la Administración hasta llegar a la cumbre en el Ministerio de Agricultura primero y de Economía y Hacienda después, así como a vicepresidente

segundo del Gobierno, amén de comisario europeo. Desgraciadamente, falleció antes de revisar estas líneas. Estará siempre, mientras viva, en mi recuerdo. Juan Antonio fue embajador en dos ocasiones en Naciones Unidas y, posteriormente, secretario de Estado de Asuntos Exteriores. Ambos influyeron en mi trayectoria profesional en momentos de duda.

Tournée por la Europa Oriental

En junio de 1968 participé con Sampedro en un encuentro organizado en Liubliana por los cuáqueros norteamericanos. Viajé a Venecia con Solbes. Nunca había volado hasta entonces y tampoco había estado en Yugoslavia. Iba decidido —naturalmente, sin pedir permiso — a hacer un recorrido por la Europa central y oriental. El encuentro tuvo su encanto y me expuso a otros aires. Con mi maletita a cuestas y en trenes de mala muerte empecé mi periplo posterior. Fui a Belgrado en una noche aguardentosa con un representante del ANC sudafricano que había participado en el encuentro. Llegamos un tanto borrachos y me alojé en el primer hotel. Al caer la tarde me di cuenta de que también servía de casa de citas.

Tras acercarme a Macedonia —una región terriblemente atrasada como quizá Las Hurdes en los años treinta— correteé durante mes y medio por Hungría, Rumanía, Checoslovaquia, Polonia y Bulgaria. Las impresiones me dejaron huella duradera. No vi los mañanas cantarinos de la propaganda soviética. Más bien lo contrario. En algún momento me robaron la maleta y no pude quejarme porque nadie me entendía. Tampoco entendía yo a nadie, a pesar de utilizar francés, inglés, alemán o un modesto italiano. La *lingua franca* era, naturalmente, el ruso. O quizá no se atrevían a hablar, en general, con un occidental.

En Budapest, donde todavía se divisaban los efectos de la revolución de 1956, deambulé por la ciudad vieja. En un cafetucho entré en conversación por signos con dos obreros.

Al final de varios intentos, uno dibujó las banderas soviética y estadounidense. Recubrió la primera y se pasó la mano por el cuello como si degollara a alguien. Con el pulgar enhiesto puso la mano sobre la segunda. Después, rompió la servilleta cuidadosamente. El mensaje no podía ser más límpido.

En Sofía un inmenso edificio resultó ser una sinagoga y quienes en ella estaban hablaban ladino. No lo había escuchado nunca. Fue mi primer encuentro con judíos de origen español. Se comportaron muy amablemente y alguno me acompañó en mi deambular. Lo que más me impresionó fue el mausoleo de Georgi Dimitrov, un poco parecido al que en la Plaza Roja de Moscú acogía el cadáver de Stalin. Mucho más tarde, después del hundimiento del bloque soviético, volví a Sofía. Ya había desaparecido todo resto de la construcción.

En Bucarest hice una nueva experiencia. La *Securitate* me puso detrás a un agente que no se separó de mí ni un minuto. Me había alojado en una especie de casa de huéspedes que me habían asignado en la oficina de turismo. La ciudad, que debía de haber tenido cierto aire parisino, por lo menos en las grandes avenidas, estaba muy destartalada. Al cabo de unos días, un tanto aburrido de la constante vigilancia, fui a ver al representante del IEME, Luis Alcaide de la Rosa, compañero de cuerpo, quien me invitó a cenar en su residencia. Al día siguiente me llevó a la estación. Con su pasaporte diplomático se saltó olímpicamente una cola de quizá un centenar de personas. Tiempos, tiempos…

Donde mejor lo pasé fue en Praga. Era fácil entenderse en alemán. Estaba en su apogeo la excitación de la primavera que lleva su nombre. La discusión política hacía furor en la calle y en las cervecerías. Numerosos entusiastas paraban a los occidentales y nos acosaban a preguntas. Nos abarrotaban con panfletos y octavillas, por lo general escritos en checo. Personalmente, dudaba de que la cosa fuese a durar mucho. Sin embargo, como «futuro experto» en la modernización de las economías de base socialista, los

experimentos que se hacían me interesaban en el más alto grado y más tarde escribí algún artículo sobre el tema.

Después de semana y media, y tras aprovisionarme de libros y discos a precios irrisorios —conservo algunos—, tomé el tren para Varsovia —que no me gustó en absoluto — y el Berlín Oriental. No me demoré más de lo necesario para ver alguna que otra obra de teatro. En Ginebra me llegó la noticia de la entrada de las tropas soviéticas. Sentí enormemente haberme perdido el suceso. Hubiera sido una digna culminación de mis experiencias berlinesas siete años antes.

En ningún momento a lo largo del periplo me estampillaron el pasaporte. No existían relaciones diplomáticas y a veces tampoco consulares formales, pero sí «representantes» en el plano comercial —al principio bajo la cobertura del IEME— y algún que otro diplomático más o menos enmascarado. Era un mundo muy curioso. Un compañero me contó una anécdota que no he logrado borrar de mi memoria. En una capital, que no identificaré, el diplomático de turno tenía una cierta debilidad por, digamos, chicas muy jóvenes. Naturalmente, los servicios de seguridad captaron sus gustos y lo filmaron en acción. En un determinado momento intentaron chantajearlo. A la salida de la oficina correspondiente, el hombre se dirigió inmediatamente a la estación y tomó el primer tren disponible. Se presentó en el Palacio de Santa Cruz; confesó sus debilidades al ministro (Fernando María Castiella); reafirmó su lealtad inquebrantable al régimen y no tardó en obtener la recompensa que merecía: una embajada en un país lejano, que tampoco mencionaré.

A mi regreso me incorporé a la cátedra de Sampedro, en septiembre de 1968. España hervía —e hirvió más aún después del asesinato de Enrique Ruano en enero de 1969, la declaración del estado de excepción y el confinamiento de numerosos profesores en lugares alejados de Madrid—.[3] Yo no quería perder mi tiempo en la Dirección General de Política Comercial si los jefes seguían empeñados en no dejarme cambiar de destino. Por razones que nunca

comprendí, fracasaron todos mis intentos por salir de mi despachito de Goya.

En aquel momento, aunque de ello todavía no era consciente, se manifestó por primera vez una de las constantes de mi vida como funcionario: si quiero irme, pero no quieren que me vaya, cojo los bártulos y me voy. Era todavía lo suficientemente ingenuo como para pensar que los errores burocráticos no se pagan.

Fue entonces cuando pensé ir a Estados Unidos, tierra de promisión para todo economista que se preciara. Entre mis contactos había muchos que hablaban maravillas de lo que allí habían aprendido. El TOEFL (Test of English as a Foreign Language) no planteaba ninguna dificultad y a mi regreso de la *tournée* presenté el 26 de septiembre de 1968 la correspondiente solicitud a la Comisión de Intercambio Cultural Hispano-Norteamericano. El 28 de noviembre, su director ejecutivo, Ramón Bela, a quien habría de conocer bien mucho más tarde, me confirmó que se había transmitido a Estados Unidos. En enero de 1969, la revista de oposición (moderada) *Cuadernos para el Diálogo* publicó uno de mis primeros pinitos no estrictamente económico. Dos páginas tituladas «Reflexiones en torno a la sociedad abierta». Lo he conservado, pero he preferido no leerlo. Seguí dando pasos burocráticos de los que no guardo constancia hasta que el 1.º de mayo de 1969 el profesor John A. Buttrick, director de estudios para posgrado de la Universidad de Minnesota, me informó de que había obtenido una beca para ir a aquel santo de los santos. Varios de los alumnos de Ángel Rojo habían hecho allí sus correspondientes doctorados y más tarde fueron también Julio Viñuela y su esposa, Paulina Beato,[4] ambos compañeros de cuerpo y distinguidos economistas.

En Estados Unidos

La beca no era mala. Comprendía el pago de la matrícula, muy elevada, y un estipendio de 2.900 dólares por cada *half-term*, que podría aumentar hasta 3.600. La perspectiva

era fascinante. A mi entonces novia también le encantaba la idea, que poco a poco fue consolidándose. En junio de 1969, se confirmó de manera definitiva.

En aquellos meses intervino, otra vez, el destino. No lo busqué. Me bastaba con ir a Minnesota y, de haberlo hecho, mi vida hubiese tomado un giro completamente diferente. Sin embargo, un compañero de cuerpo, el profesor Manuel Varela Parache, se enteró de mis proyectos. Era gobernador alterno por España del FMI. Había formado parte del equipo de funcionarios que, con Fuentes Quintana y Rojo, contribuyó a la preparación del Plan de Estabilización y Liberalización de 1959. En el ministerio era una leyenda. Tenía la cátedra de Organización Económica Internacional en la Complutense.[5]

Un día de junio me convocó y me preguntó si no estaría interesado en ir al FMI en Washington D. C., con un sueldo muy superior —12.000 dólares para empezar—. Los datos son correctos porque guardo los papeles al respecto. En el FMI le habían pedido que identificase como posibles funcionarios del mismo a varios economistas españoles. Fui uno de ellos, pero hubo también muchos otros que a su regreso hicieron brillantes carreras.

No lo dudé. Pensé, ingenuamente, que en el FMI no tardaría en aprender los secretos de la práctica de la política monetaria. Pasé por la preceptiva entrevista de reclutamiento. La hice en Basilea con el director del Departamento Europeo, un inglés sumamente estirado llamado Whittome, exfuncionario del Banco de Inglaterra. Yo iba temblando y recuerdo que me planteó varias cuestiones en materia de economía y política agrarias españolas. No debí hacerlo del todo mal, aunque no eran mi fuerte. El hecho es que a las pocas semanas recibí la noticia de que el FMI había aprobado mi candidatura. No tenía ni idea de lo que ello significaba, pero fue, en ese momento mismo, cuando mi carrera empezó a girar en el plano profesional para terminar pasando de la economía a la historia.

Escribí a Bela. Muy amable, comprendió que la

elección no ofreciera dudas y que él también la hubiese tomado. Me indicó que si tenía la suficiente fuerza de voluntad podría seguir algún curso en las universidades de Washington. No era fácil, pero varios ya lo habían hecho. También escribí al profesor Buttrick el 4 de julio (aniversario de la independencia de Estados Unidos) explicando las razones que me habían inducido a renunciar a la beca. Le dije la verdad. La combinación de las presiones de Varela, por un lado, y las ventajas financieras, por otra, me había llevado a aceptar la oferta del Fondo.

En septiembre de 1969, recién casado, desembarqué en Washington D. C. Me destinaron a la Southern European Division en el Departamento Europeo, la joya de la corona en términos administrativos, y me pusieron al frente del negociado de Portugal, con un sueldo inicial de 10.800 dólares libres de impuestos. Las colonias en África ya habían empezado a agitarse, pero en el FMI estaban muy contentos con la rígida política económica salazarista. Mi jefe inmediato era un israelí llamado Haim Duvshani. Su aspiración, que no ocultaba, era llegar a ser el primer embajador de su país en España. Su adjunto, un judío holandés de estricta observancia, Julius Rosenblatt, hablaba muy bien castellano y cinco o seis idiomas más.

Recuerdo mi perplejidad cuando nos invitó a cenar a su casa. Observaba rígidamente las reglas *kosher*, aunque no las imponía a los demás. Nos hicimos muy amigos y muchos años después, cuando él estaba destinado en París y se ocupaba de la Comunidad Europea, nos vimos con frecuencia en Bruselas. Había salido de Washington D. C. para cambiar de puesto. Se había casado con una francesa y al porvenir de sus hijas sacrificó lo que podría haber sido una brillantísima carrera en el FMI, caso de haber regresado a Estados Unidos.

Sobre el terreno, Duvshani me desagradó. Cuando fuimos de misión a Malta, hablaba de los malteses como gente con espíritu de esclavos. Me pareció racismo puro y empecé a preguntarme si no habría idealizado a los israelíes. También imagino que en aquella primera misión

no me comporté con la sumisión y el respeto que se esperaban de un júnior. Además, a los pocos meses el trabajo en el *desk* de Portugal empezó a aburrirme. Recibía, sin embargo, mucha información y pensé que podría utilizarla para hacer una tesis doctoral sobre la explotación económica que la metrópolis ejercía sobre las colonias. No tardé en darme cuenta de que no sería capaz.

En Washington D. C. había una importante colonia española. La embajada estaba muy bien dotada en términos de personal. En ella conocí, por ejemplo, a Raimundo Bassols, que ejercía de consejero comercial jefe. Había ocupado el mismo puesto en Bonn sin hablar alemán y en una de las visitas de no sé qué ministro, cuando se enteró de que llevaba tantos años fuera de España dijo que era una barbaridad. Lo trasladaron a Madrid y empezó una nueva etapa en la que no tardó en dejar su nombre en el acercamiento a la entonces Comunidad Económica Europea.

Yo veía con mayor frecuencia al diplomático más joven que actuaba de cónsul, Carlos Miranda. Nos encontraríamos en otras circunstancias años después. Sin embargo, por razón de trabajo los contactos más estrechos los tuve con los compatriotas en el FMI o en el Banco Mundial. En el primero, el representante español era un compañero del cuerpo, Carlos Bustelo. Coincidí con otro, José Montes Fernández, que seguía unos cursos acelerados y después llegó a ser subsecretario de Economía. En el Banco Mundial, España estaba representada por un funcionario de Hacienda cuyo nombre no recuerdo. A niveles operativos había muchos más. Entre ellos un economista del Estado, Pedro Lobato, con quien intimé inmediatamente. Gracias a él y a su esposa, María, entré en contacto con sus cuñados, un economista indio que había estudiado en Oxford o Cambridge y continuado en Nueva York. De Anindya Bhattacharya y su esposa, Pilar, también me hice amigo. Durante muchos años, cuando iba a la Gran Manzana solía quedarme en su apartamento del Upper East Side. ¿Quién iba a decirme que mucho tiempo después viviría más de cinco años cerca de ellos? También conocí, quizá

demasiado, a Eduardo Punset.

Los destinos de todos nosotros fueron muy diferentes. Bustelo llegó a ser ministro de Industria con UCD —mucho más tarde se presentó al Senado por Vox—. Punset fue ministro de Europa con UCD y luego se convirtió en famoso presentador de temas científicos y tecnológicos en la televisión española. Era, a su vez, muy amigo de Alberto Oliart, posterior ministro de Industria y de Defensa. Tampoco puedo olvidar a Diego Hidalgo —hijo del ministro de Defensa que ascendió a Franco en 1934— y a algunos otros que también tuvieron estupendas carreras.

En el FMI pronto me di cuenta de que para aprender algo en serio tendría que invertir años. Me acostumbré, eso sí, a trabajar a la americana: diez horas al día y a hacer como si no fuera demasiado esfuerzo —para que no se dijera que la carga de trabajo me sobrepasaba—. Cuando me convencí de que mi proyecto de tesis doctoral no iba a ninguna parte, y después de algunas desavenencias profesionales, cometí un error. Solicité el traslado del *desk* de Portugal. Se interpretó como rabieta de funcionario poco disciplinado y se me envió al Departamento de Estadísticas Financieras Internacionales.

Era su director latinoamericano de origen, pero tan yanqui o más que si hubiera nacido en Massachusetts. Era también muy simpático, pero el trabajo era mortal. Pasé varios meses tratando de encajar —con éxito— las cuentas del sistema pakistaní de cajas de ahorro en el marco analítico del FMI (*International Financial Statistics*) y me preguntaba si no me habría metido en una ratonera. En tal momento, Gonzalo Ávila me escribió desde Madrid diciéndome que iba a quedar libre el puesto de tercer agregado comercial —hoy hablaríamos de consejero— en la embajada en Bonn. Quien lo desempeñaba volvía al ministerio por razones personales. Bonn era un puesto importante y se precisaba cubrirlo con toda rapidez. No lo dudé.

Envié mi solicitud a Madrid y, al cabo de cierto tiempo, me aceptaron. Ya no sé si fui el único candidato. Es posible, porque en el ministerio se sabía que en Alemania me sentía como pez en el agua y que ayudaría al consejero jefe —diplomático y técnico comercial, simultáneamente, que no hablaba alemán— y a su segundo —que lo hablaba perfectamente porque era de formación germana, pero que no podía quedarse solo—. Todos los amigos y conocidos me dijeron en Washington D. C. que cometía el gran error de mi vida. En el FMI tenía asegurada una carrera. Volver a la Administración española les parecía una locura. A mi lado trabajaba un exministro de Hacienda de Egipto. Es decir, el Fondo no sería una bicoca al principio, pero tenía que acostumbrarme. Afortunadamente, no seguí tales consejos. Si me equivocaba, la culpa solo sería mía y, al fin y al cabo, en Estados Unidos no había pasado tanto tiempo. Habría posibilidad de recuperar.

Desde el punto de vista formal, todo se hizo conforme a las reglas más estrictas de la cortesía burocrática. El ministro de Comercio, Enrique Fontana Codina, informó el 24 de septiembre al director general del FMI. En su nombre le respondió Frank A. Southard Jr., su adjunto, el 27 de octubre. Yo había presentado mi dimisión con efectos desde el 30 de noviembre. Miguel Ángel Santamaría, director general de Política Comercial, me dio copia de la correspondencia. Mi nuevo nombramiento llevaba fecha del 5 de septiembre. Luego, todo fue lento. Afortunadamente.

Siempre he creído que en aquella coyuntura Fuentes Quintana se puso en contacto conmigo tras haber pasado a dirigir el Instituto de Estudios Fiscales, dependiente del Ministerio de Hacienda, a las órdenes directas del ministro Alberto Monreal Luque, economista del Estado.[6] Había recibido carta blanca para preparar un gran plan de reforma fiscal. En los proyectos que tenía entre manos había uno muy especial. Pensaba dedicar un número de la revista del Instituto (*Hacienda Pública Española*) a un tema

que hasta entonces había sido tabú y por el cual sentía un gran interés. ¿Cómo se había financiado la guerra civil?[7]

Lo que antecede es esencialmente correcto, pero como la memoria juega malas pasadas al escribir estas líneas me he dado cuenta de que había mezclado temas y tiempos sin quererlo. He mirado mis papeles y puesto en práctica lo que, como historiador, hace tiempo que he convertido en algo normal. Ir a la EPRE. Lo que realmente ocurrió es que, con vistas a dejar Washington D. C., sentí la necesidad de explicar los motivos a dos personas. Una fue Manuel Varela, algo lógico puesto que había seguido sus consejos. La segunda, José Luis Sampedro. No recuerdo si les escribí o hablé con ellos por teléfono. Probablemente les conté mis desventuras con el tema que había pensado para mi tesis sobre las colonias portuguesas y alguno de los dos, o ambos, me dijeron que ya que iba a Bonn podría hacerla sobre relaciones hispano-alemanas. Fue entonces cuando pensé en Merkes y en la guerra civil.[8]

Dado que ya estaba preparando mi regreso, no necesité seguir trabajando como un descosido incluso los fines de semana. Me fui, pues, los sábados y creo que también domingos a la Biblioteca del Congreso, la mayor del mundo, para familiarizarme con la literatura existente al respecto. No era muy extensa, pero sí había muchos libros y, en particular, artículos de revista que no creí que pudieran existir en España. Fotocopié todo lo que pude y adquirí libros relevantes que estaban en el mercado.

No quisiera rellenar páginas y páginas con mis impresiones de Estados Unidos. Fueron muy diferentes a las que, diez años antes, me había inspirado Alemania. Naturalmente, había madurado y me había hecho más crítico. En general, el ambiente no me impresionó. Estaba marcado por grandes temas. Ante todo, por la guerra de Vietnam, que dividía de forma decisiva a la sociedad y que se acentuó bajo el nuevo presidente, Richard M. Nixon. En paralelo, las repercusiones de los disturbios raciales tras el asesinato de Martin L. King y, en otro plano, el comienzo de los movimientos en Nueva York en favor del

reconocimiento de los homosexuales. Localmente, la tragedia del senador demócrata Edward M. Kennedy, una de cuyas acompañantes se había ahogado en una bahía de Massachusetts, estaba en la prensa con muchísima frecuencia.

En el aspecto de las sorpresas no olvidaré nunca la que me suscitaba ir a comer al mediodía a alguno de los restaurantes de la vecindad del FMI. Se había puesto de moda disfrutar, a la vez, del espectáculo de las denominadas *gogo girls* que, casi desnudas, se contoneaban en un pequeño escenario para solaz de la clientela, que no les hacía ni caso. Dejé Washington con sentimientos encontrados. Mi posterior exposición a la vida norteamericana no logró quitármelos del todo, aun después de haber leído mucho sobre la historia de Estados Unidos.

En Madrid, hablé con Fuentes Quintana y, en particular, con Varela. Me sentía en deuda con este último y temía haberle defraudado. Le conté, a lo largo de toda una tarde, las múltiples razones que había tenido para dar tal paso. De ellas, algunas eran de naturaleza un tanto delicada, porque tenían que ver con el comportamiento de ciertas personas que él conocía. Nunca me hizo el menor reproche y, con el paso del tiempo, terminamos haciéndonos íntimos. Su nombre volverá a estas páginas. Fue un servidor del Estado de cuerpo entero, un gran economista y un gran profesor.

El Instituto de Estudios Fiscales me proporcionó una ayuda a la investigación. Fuentes Quintana la firmó a finales de 1970. Le interesaba un tema muy general: «Relaciones económicas Alemania-Gobierno Nacional de España, 36-39, 1.ª fase». Le precedió una carta fechada el 26 de diciembre que, entre otras cosas, decía así:

> Antes de salir para Bonn, le tengo el primer encargo que realizar con motivo del trabajo del Instituto. Se trata de ver la posibilidad de encontrar el documento publicado en la Unión Soviética sobre las relaciones políticas entre España y Alemania a partir de 1936. El fin al que ha de servir este documento es la elaboración de un número extraordinario de la *Revista Hacienda*

Pública Española, dedicado a la financiación de la guerra civil…

Lo que ya no recuerdo es si Fuentes Quintana me había hablado de ello y esta fue una confirmación formal posterior. O tal vez ya le había comentado mis propósitos de preparar una tesis doctoral e investigar sobre las relaciones bilaterales. Ha transcurrido tanto tiempo que mi memoria no es del todo fiable y, para este punto, no he encontrado documentación. Me atengo, pues, a lo que leo en la EPRE que conservo.

El libro ruso lo hallé fácilmente en versión francesa y se lo anuncié el 9 de febrero. En este momento fue cuando sí ligué explícitamente la posibilidad de participar en el previsto número de *Hacienda Pública Española*. Fuentes Quintana quedó encantado y el 18 de febrero me prometió enviarme el sumario ya elaborado. «Un tema posible —dijo — sería la ayuda alemana al Gobierno de Burgos», sobre el cual recordó que le había dado una pequeña lección cuando estudiaba sistema fiscal —sus propias palabras—. Imagino que sería algo tomado de Merkes —que luego publicó una nueva obra que acababa de salir en Bonn—. El número debía terminarse el 1.º de julio. Además, me pidió ayuda con profesores alemanes de Hacienda Pública e información sobre los temas entonces de mayor actualidad financiera en Alemania.

Así empezó, tan inesperadamente, lo que habría de convertirse en mi futura profesión. Sin aquellos modestos comienzos no considero verosímil que hubiera terminado dedicándome a escribir historia. No es un mérito. En Bonn se me despertaron intereses y aptitudes que ya no me abandonaron.

Segunda parte

El surgimiento de una doble vocación

5

Pinitos en historia

Llegué a la entonces capital de la República Federal a principios de 1971. Lo primero que hice fue ir a la embajada, no sin una cierta trepidación. Me presenté a las nueve en punto. El embajador todavía no había aparecido. Mientras le esperaba apareció su segundo, el ministro consejero. Lo primero que aquel buen señor me preguntó fue algo así como: «¿Así que estás esperando al hdp (*sic*) del embajador?». Parecía obvio que las relaciones personales no eran muy buenas.

Poco después aparecieron mis nuevos superiores. El consejero jefe, Ricardo Cortes, llevaba un año y procedía de la misión ante Naciones Unidas en Nueva York. El segundo, José María Más Esteve, había estudiado en el Colegio Alemán de Madrid y conocía la sociedad y la economía alemanas al dedillo. Nos hicimos íntimos. El embajador, José Sebastián de Erice, era un encantador de serpientes. Hablaba el idioma de corrido, tenía una larga carrera tras de sí y sabía enjuiciar rápidamente a las personas. Sus numerosos amigos le llamaban *lieber Pepe* («querido Pepe») y/o se referían a él en conversaciones en estos términos. En los pocos meses que coincidimos me llevé estupendamente con él.

Dado que en la Oficina Comercial solo se trabajaba por la mañana —¡tiempos, tiempos!—, tenía toda la tarde libre para buscar alojamiento. Lo encontré rápidamente en el barrio diplomático de Bad Godesberg. Estaba en una urbanización de edificios de la posguerra que albergaba a numerosos militares y funcionarios norteamericanos. Era una pequeña «colonia» estadounidense, con cine,

supermercado, club, gimnasio y demás amenidades reservadas, en general, a los extranjeros. No tardamos en hacer amigos. En el piso de arriba vivía una pareja diplomática que nos introdujo en los medios de su embajada, y a su través comencé a moverme en el mundillo diplomático de lengua inglesa.

La inmediata atracción de los archivos

El 25 de febrero acepté formalmente las sugerencias de Fuentes Quintana. Quedé muy contento, pues eso me prometería contar con financiación complementaria para llevar a cabo mi futura tesis doctoral. Inmediatamente me puse a escribir el artículo. Con fecha 1.º de julio en mente, no cabía sino plantear un estado de la cuestión aderezado de toda una serie de reflexiones críticas. En medio mes había redactado una tercera parte. Ya anuncié mis discrepancias con un autor español, amigo de don Enrique y muy conocido en el mundo un tanto cerrado de la facultad. Había escrito algo sobre aspectos económicos de la guerra civil y me pronuncié con cuidado, pero también con claridad.

> Honestamente he de decirle que el tema (…) no ha encontrado aún su autor. Desde luego no pretendo serlo yo en el limitado tiempo a mi disposición para hacer investigaciones de base. Hay demasiadas sombras, demasiadas opiniones contrapuestas y unos materiales que se prestan a múltiples interpretaciones. El tema es apasionante, como pocos: política y economía, guerra actual y guerra futura, y el choque de sociedades muy diferentes forman un todo único.

El 23 de junio envié a Fuentes Quintana un estudio de 175 páginas mecanografiadas que todavía conservo. Quedó encantado. Superaba, con mucho, sus expectativas. Había tocado más aspectos de los que él quería. Mi respuesta fue la de un funcionario disciplinado, pero no idiota. Lo que había escrito se basaba exclusivamente en fuentes secundarias. No había aportado nada nuevo. Subrayé que

en 1969 se había publicado la tesis de habilitación —puerta para optar a la cátedra— de Manfred Merkes sobre la intervención alemana en España, de factura y extensión muy superiores a su tesis doctoral. En ella daba multitud de referencias de archivo.

Entre mis comentarios figuraron los siguientes: en mi trabajo había introducido más información que opiniones, si bien en los aspectos económicos no las había eludido; estaba convencido de que a un alemán en particular —cuyo nombré aparecerá más tarde— le correspondía una responsabilidad en la realización de la política económica nazi hacia España muy superior a la que se dejaba traslucir en mi artículo; mucho de lo que se había escrito lo habían efectuado historiadores extranjeros que o no entendían la guerra civil o ignoraban los factores españoles. De entre los connacionales o habían minimizado el problema (De la Cierva) o lo habían pasado por alto (Seco Serrano), con frecuencia malintencionadamente (de nuevo Seco Serrano y también García Arias) y a veces con errores de bulto (el amigo de Fuentes Quintana).

No tendría demasiado interés expandirme en aquellos comentarios. Sí destacaré tres notas, porque cuando reflexiono en mi tránsito de economista hacia historiador me parece que ya en ellas apuntaba algo del carácter propio de este último. La primera y fundamental fue que *no cabía fiarse de relatos previos*. La segunda, que *era preciso apelar a la evidencia primaria relevante de época (EPRE), o sea, a la documentación*. La tercera, que *era imprescindible mantener una actitud crítica frente a otros autores, incluso los consagrados*. Todo el mundo es susceptible de equivocarse. Por supuesto, también quien esto escribe. Durante el verano de 1971 vi a Fuentes Quintana en Madrid. Ya no recuerdo lo que conté, pero naturalmente fui mucho más claro. Intrigado, no dudó en ofrecerme anticipos para sufragar el coste (elevado) de fotocopias y de viajes y me dejó carta blanca.

Comencé con el archivo del Auswärtiges Amt, a media hora de mi oficina. Me trataron a cuerpo de rey. Era la

primera vez que un español había mostrado interés por sus fondos. El director, Dr. Theo Gehling, se desvivió por atenderme. A los pocos meses me sentía como en casa y, algo más importante, completamente enganchado en la búsqueda. Revolver viejos papeles (informes, telegramas, instrucciones, notas, querellas burocráticas en el lenguaje y forma apropiados, etc.) fue fascinándome más y más. Era, salvando las distancias, lo que se hacía en la embajada siguiendo las instrucciones de los servicios centrales.

1971 fue un año bastante movidito en Alemania (gobierno de coalición, comienzo de la *Ostpolitik*, turbulencias monetarias internacionales, puesta en práctica del acuerdo comercial español con la entonces CEE, etc.). No me fue nada difícil «situarme» en la mente de los funcionarios nazis cuando trataban de convencer a sus interlocutores de los fundamentos de la política económica, comercial y financiera del Tercer Reich con respecto a la «España nacional». La afirmación puede sorprender, pero mi experiencia ulterior en archivos me confirmó una cosa: con independencia del carácter de los sistemas políticos (fascistas, comunistas, democráticos), las burocracias empleaban una lógica formal sensiblemente similar, común a los Estados ya establecidos del siglo XX.

También descubrí el mundillo de la investigación en fuentes primarias. En la sala de lectura del archivo, que no era muy grande, pero sí espaciosa y bien iluminada, había varias docenas de investigadores, cada uno absorto en su tarea. De vez en cuando salíamos a la máquina de expender café y conversábamos sobre nuestros respectivos temas. Mi vecino de pupitre era un inglés, próximo a la treintena. Trabajaba en una biografía del general Ludwig Beck, uno de los militares más importantes en los años veinte y treinta y que terminó siendo opositor a Hitler.

Existían varias, pero él recorría los archivos buscando nuevas fuentes que le permitieron, años más tarde, culminar su obra. Otro investigador, alemán esta vez, exploraba un punto, para mí oscuro, de la política del Tercer Reich hacia Turquía. Un aspecto ya entonces algo

trillado, pero había descubierto nuevas fuentes y se sentía como un niño con zapatos nuevos. En un momento dejó de acudir al archivo. Al cabo de un par de semanas pregunté por él. Lo que me dijeron me espantó. En un examen radiológico de rutina que se hacía a los estudiantes de la Universidad de Bonn se le había encontrado un punto que llamó la atención. Le invitaron a que volviera. Se le detectó un cáncer galopante y en pocas semanas falleció. La noticia me amargó el sentimiento de alegría que iban despertándome mis hallazgos.

En pocos meses me reprodujeron masas de papel. En aquella época no era posible que los investigadores hicieran sus propias fotografías. Todas las peticiones pasaban por los archiveros, que las tramitaban con una empresa especializada, afortunadamente muy rápida. La investigación, salvo que se tomaran notas a mano, no era barata. A mí no me preocupaba, porque la ayuda de Fuentes Quintana fue siempre generosa. Desde el primer momento pensé que a la ocasión la pintaban calva y que siempre que viera algo que pudiese interesarme en el futuro lo mejor era fotocopiarlo. Ya se vería después si servía o no. Naturalmente, en el caso de haber sido un estudiante de escasos recursos no hubiera podido permitirme tal lujo.

Informé a don Enrique de que Bonn estaba bien, muy bien, pero que había que ir a otros archivos. En primer lugar, a Coblenza (a unos cincuenta kilómetros), donde se halla la central de los Archivos Federales. En ella se albergaba la documentación de algunos de los ministerios civiles, por así decir, de Estado, amén de los de la Cancillería (presidencia del Gobierno). Era entonces un edificio muy moderno, y sus condiciones de trabajo, excelentes. Se solicitaban los legajos unos días antes y al llegar ya estaban a la disposición de los investigadores. Sucesivamente amplié mis viajes a Friburgo (esencialmente archivos militares), Múnich (los del Instituto de Historia Contemporánea), Kornelimünster (condecoraciones y detalles de personal) e incluso Hamburgo, en la dirección general de Finanzas.

A Coblenza solía ir todo un día una vez por semana. Al lado del sitio que tenía reservado se sentaba el profesor Andreas Hillgruber, un historiador de corte nacionalista y especializado en temas militares. Le tomé un gran respeto y me impresionó ver cómo trabajaba sobre documentos con el mismo entusiasmo que un humilde doctorando. En la técnica influyó mucho sobre mí. En sus apreciaciones, no.

El Berlin Document Center

Cierta documentación del Tercer Reich se encontraba en un centro documental bajo control norteamericano en Berlín. A la excapital no había vuelto. Para consultarla, había que solicitar la correspondiente autorización. En el caso de un diplomático extranjero, del embajador. Fuentes informó a Erice, a quien conocía, y le pidió que me facilitase la investigación. Erice, franquista de pro, a sus sesenta y tantos años, a la vuelta de muchas cosas y extremadamente cortés, no tuvo el menor inconveniente. Sin embargo, coincidí con él muy pocos meses, cuando ir a Berlín todavía no había tocado turno.

Su sucesor fue el profesor Francisco Javier Conde García. En mi ignorancia, no había oído hablar de él, pero pronto me puse —o me pusieron— al día. Había sido un personaje muy importante en ciertos contactos hispano-alemanes durante las guerras civil y mundial y, después, director del Instituto de Estudios Políticos. Como catedrático de Derecho Político se le debía la introducción en España de la teoría y justificación del caudillaje. También había hecho la oposición de diplomático y, cuando años más tarde salió como tal al extranjero, fue de embajador en Manila.[1]

Faltó tiempo para que el inevitable chismoso de turno le informase de que uno de los funcionarios a sus órdenes andaba hurgando por archivos alemanes de la guerra civil. Inmediatamente, me pidió explicaciones. Me refugié tras Fuentes Quintana —también se conocían de cerca—, pero Conde exigió que el ministro de Hacienda le escribiera una

carta explicando el encargo que me había hecho el Instituto de Estudios Fiscales. Monreal lo hizo. No llegué a verla, pero quedó satisfecho. A la primera oportunidad que se presentó le rogué que tuviera la bondad de comunicar a su colega norteamericano mi deseo de acceder a los fondos del Berlin Document Center (BDC). No tardé en hacer la correspondiente visita, que resultó —no extrañará— muy productiva. Que yo sepa, nunca hasta entonces había trabajado en él ningún investigador español.

En barracones de madera y material prefabricado, en un campus rodeado de alambradas y con vigilancia, se conservaban los datos, fichas y expedientes de los miembros del partido nazi y de algunas de sus organizaciones subsidiarias, entre ellas las SS. Su contenido era considerado tan sensible que, según se rumoreaba, las autoridades alemanas se habían abstenido de solicitar su devolución por el efecto que pudiera causar en las reputaciones de numerosos políticos, empresarios, periodistas, etc., de la República Federal.[2] Hace ya tiempo que eso ocurrió y los cimientos de la democracia alemana no se han resentido por ello. Un ejemplo que los gobiernos españoles tardaron bastante en aplicar después del franquismo, y que todavía es válido en el tiempo en que escribo.

Al BDC tuve que ir en varias ocasiones. Era difícil identificar todo lo que me interesaba en una sola visita y, además, a Fuentes Quintana se le despertó una nueva curiosidad. Se refería al pasado de Heinrich von Stackelberg. Este nombre, hoy desconocido excepto para un pequeño número de economistas, fue uno de los profesores que contribuyeron a mejorar las enseñanzas de la incipiente Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense tras su creación.[3] Don Enrique, exalumno suyo, guardaba de él un gran recuerdo y me pidió que indagase. Tardé tiempo, pero el 30 de septiembre de 1973 le informé. Ya había pasado un par de meses de búsqueda incesante por las más importantes bibliotecas de la República Federal que dejó pequeñita a la realizada en los

archivos. Por fin localicé los trabajos «ideológicos» —hasta entonces olvidados a todos los efectos— del joven Von Stackelberg. En ellos se revelaba una faceta cuidadosamente ocultada por el autor en otros escritos en materia económica que aparecieron por análogas fechas. Hablo, naturalmente, de los primeros cuatro años de la década de los treinta.

En mi opinión, no era de extrañar que aquellos trabajos —una media docena de pequeños artículos, de los cuales dos eran adaptaciones de conferencias previas— no figuraran incluso en las más detalladas bibliografías del autor. Informé a Fuentes Quintana, gracias a la documentación del BDC, de que Von Stackelberg había ingresado en el partido nazi en fecha tan temprana como el 1.º de diciembre de 1931, en las SS el 30 de junio de 1933 y en la Asociación de Docentes Nacionalsocialistas el 1.º de junio de 1934.

Quizá fuera algún conocimiento de tales trabajos lo que había conducido en el mundo de habla inglesa a ciertas discusiones académicas sobre dicho autor. Luego Von Stackelberg se distanciaría de ellos, pero los escribió al mismo tiempo que sus primeras publicaciones de teoría económica pura. En tales artículos, que no he conservado, aparecía entroncado con el fondo común antidemocrático, prenacionalsocialista, romántico e irracionalista que caracterizó a amplios segmentos del panorama intelectual y político de los últimos años de la República de Weimar. Entristecieron a Fuentes y lo dejaron un tanto perplejo. Tenía dudas sobre si merecía la pena traducirlos «sin afectar gravemente a la grata memoria que el gran economista alemán dejó en España». No se tradujeron, que yo sepa.

Los planteamientos de un alevín de historiador

El ***17 de octubre de 1971*** redacté un memorándum para don Enrique en el que justificaba la necesidad de ampliar el trabajo que ya le había presentado sobre «la política y las

relaciones económicas entre la Alemania nazi y la España nacional durante la guerra civil». Hice una autocrítica de las insuficiencias de aquel ensayo de tantas páginas y, en segundo lugar, enuncié los numerosos interrogantes y las cuestiones que seguían sin resolver. Según la correspondencia que he conservado, entre ellos figuraban los siguientes:

> El grado de penetración nazi en la economía española.
>
> El funcionamiento del sistema *ad hoc* de intercambios y pagos montado en la segunda mitad de 1936 y apuntalado en 1937.
>
> La determinación de la contrapartida española a la ayuda recibida. La cuantificación y desglose de esta última.
>
> El enlace funcional entre el sistema *ad hoc* y las autoridades nazis y el papel de su contraparte en la economía del Tercer Reich, una empresa denominada ROWAK.
>
> El análisis del proceso de decisiones en Alemania con respecto a la política a seguir con la España nacional.
>
> La repercusión de la contrapartida española en el proceso de rearme y de militarización de la economía nazi.

Todas estas cuestiones, y algunas más, las abordaron en años sucesivos otros autores, españoles y extranjeros, y en alguna medida también quien esto escribe. Las traigo aquí a colación como muestra del proceso de reflexión que, aparte de mi ocupación y actividad en la embajada, me sugería un problema a resolver documental e históricamente. También me preocupaba la necesidad de engarzar la investigación con las tendencias de la historiografía política, militar y social. Señalé, de forma premonitoria:

> *Las grandes síntesis hasta ahora realizadas de la guerra civil han descubierto la necesidad de matizar numerosas afirmaciones en base a monografías de detalle. Tal revisión se está llevando a cabo tanto en la vertiente interna como externa (…) En cambio la política alemana y la italiana no han atraído hasta ahora tanta atención*.

En consecuencia, argumenté que *una investigación adecuada debía apoyarse en la minuciosa exploración de archivos y en el enfrentamiento crítico con la literatura secundaria*. No era posible hacer afirmaciones concretas en

cuanto a las líneas en torno a las cuales discurriría la investigación. Naturalmente, ya *disponía de un marco de referencia y de una serie de hipótesis de trabajo, cuya validez o no se pondrían de manifiesto con el análisis de las fuentes archivísticas. Estas permitirían realizar un trabajo de base empírica, contrastable por los documentos existentes*.[4]

Añadí que no ignoraba los peligros que acechaban detrás de tal declaración de intenciones y dudaba mucho de que el conocimiento del pasado estuviera solo encerrado en el de los documentos de archivo. Pensaba, no obstante, que *las interpretaciones del período no podían dejar de lado ni pasar por alto los ya localizados sin intentar darles una explicación*.

Cincuenta años más tarde no modificaría mucho aquel esquema, si bien podría aderezarlo con comentarios metodológicos y heurísticos adicionales. Veo en tal memorándum y en la experiencia lograda en el corto período de investigación en fuentes secundarias y primarias la base fundamental sobre la cual fui transitando de la economía a la historia.

El apoyo económico a través del Instituto de Estudios Fiscales no fue pequeño. Probablemente, osciló en torno a las 450.000 pesetas de la época. Para mí una fortuna, que quedó fijada en sucesivos contratos de investigación. Sin ella no sé lo que hubiera podido hacer. Seguramente, reducir de manera drástica mis ambiciones. Algunos han criticado mucho después que utilizase un organismo de la dictadura para hacer una investigación que redundaría en beneficio propio.

¿Había otra? ¿Qué hubiera debido hacer? ¿Rechazar la petición de Fuentes Quintana?

¿Financiar con mi sueldo, por cierto nada desdeñable,[5] cualquier otro trabajo que se me hubiera ocurrido? No lo sé, pero las cuestiones ni se plantearon.

El puesto en la embajada y mis contactos en el Auswärtiges Amt me permitieron establecer lazos con viejos diplomáticos, militares, jefes de las SS, comerciantes, espías y miembros del partido nazi. Todos, sin excepción que

recuerde, estuvieron encantados de compartir conmigo lo que sabían o recordaban de sus contactos y experiencias en y con la España de Franco. Viajé por Alemania, Francia y Austria y también entrevisté a muchos que se habían quedado en nuestro país.

De entre estas personas, varias me causaron gran impresión. Ante todo, el general Walter Warlimont. Era muy conocido. Había sido condenado como criminal de guerra, pero quedó en libertad a los pocos años. Fue el primer representante del Mando Superior de la *Wehrmacht* en la zona franquista al comienzo de la guerra. Cuando lo visité, vivía en uno de los sitios más idílicos de Alemania, en Baviera, creo que al lado del lago de Tegernsee. El segundo fue el conde Richard Du Moulin-Eckart (encargado de Negocios en Lisboa en 1936 y a la sazón, ya jubilado de la carrera diplomática, cónsul honorario en Montpellier). Me ofreció una espléndida comida en su más que impresionante morada. Debo reconocer que yo no conocía mucho del *Midi* francés y la opulencia de su inmenso jardín me dejó pasmado. En tercer lugar, es imprescindible mencionar al coronel Hans von Funck. Fue representante del Ejército de Tierra ante Franco y, luego, agregado militar en Salamanca. Vivía relativamente cerca de Bonn. Recordaba con viveza las calles de Toledo encharcadas en sangre después de su «liberación»: en algún momento encontré el despacho en el que desaconsejaba el envío de tropas alemanas a España para que no se desmoralizaran al percibir las salvajadas que se hacían. Por lo visto, las experiencias en el frente occidental durante la primera guerra mundial no le habían impresionado tanto.

En mis numerosas entrevistas siempre adopté una postura hipercorrecta. No era difícil. Hacía una investigación por cuenta del Ministerio de Hacienda, en paralelo a mi ocupación profesional. El ministerio quería, simplemente, poner en claro lo que había ocurrido, porque en Madrid nadie se acordaba de nada. No mentía. Era absolutamente cierto, a pesar de toda la literatura que la España franquista ya había generado sobre su conflicto

fundacional.

Mientras leía los montones de papeles fotografiados y trataba de ver claro, siempre me obsesionó una cuestión. Estaba seguro de que llegaría a descubrir lo que interesaba a Fuentes Quintana. Sin embargo, consideré que la primera cosa a aclarar eran las razones por las cuales Hitler había decidido ayudar a Franco. Esto exigía modificar el rumbo de la investigación. Don Enrique se mostró de acuerdo.

En este sentido, haber investigado en el BDC fue también una buena idea, porque allí encontré, entre muchos otros papeles, el expediente personal de un miembro del partido nazi que tendría un papel relevante para mi trabajo: Johannes E. F. Bernhardt. Se trata de la persona que, con otro camarada, llevó a Hitler la petición de ayuda de Franco en julio de 1936. Su nombre figuraba no solo en los documentos publicados alemanes que había adquirido en Friburgo, sino en multitud de papeles, informes y telegramas.

Ya no recuerdo cómo entablé contacto con él. Supongo que fue a través de alguno de los viejos nazis con quienes me codeaba. En su momento había sido una figura importantísima y raro era el alto funcionario alemán todavía en vida que no lo conociera o, al menos, que no hubiese oído hablar de él. Bernhardt residía en Tandil, en Argentina. Le escribí y me contestó amablemente. Iba a viajar a Alemania y quedamos en vernos en el balneario de Bad Mergentheim, en Baviera. Nos encontramos, si no recuerdo mal, en julio de 1972.

Entonces yo era bastante pipiolo como investigador y, aunque ya me preciaba de conocer algo la época, no estaba en condiciones de ser suficientemente incisivo. La historia que Bernhardt me contó, siempre en presencia de su esposa, Ellen, germano-argentina e hija de un cónsul de la Alemania guillermina, encajaba a la perfección en los huecos documentales que nadie había sabido rellenar. Daba detalles y más detalles que permitían hacerlo. Para mí quedó claro que las tesis expuestas en numerosas obras científicas y periodísticas, amén de incontables artículos,

sobre la existencia de un acuerdo previo entre el Tercer Reich y los conspiradores contra la República pertenecían al reino de las leyendas —en los años siguientes lo maticé de diversas formas, aunque nunca lo he abandonado y no abandonaré salvo que salga a relucir la EPRE correspondiente.

El abanico de entrevistas con numerosos protagonistas de la época —entre ellos un antiguo jefe nacional en España del partido nazi, que vivía en un pueblito cerca de Innsbruck con una vista deslumbrante sobre los Alpes— me permitió aclarar ciertos puntos oscuros y me llevó a plantear a Fuentes Quintana una nueva idea. Ya que el trabajo sobre los orígenes de la decisión de Hitler de julio de 1936 de ayudar a Franco había cobrado sustantividad propia, quizá fuera conveniente presentarlo bajo su dirección como tesis doctoral en la Complutense. Siempre generoso, aceptó.

Fue una cosa que se caía por su propio peso. La idea de la tesis me había ya surgido en Washington D. C., pero entonces era un predoctorando a la búsqueda de un tema. El artículo primigenio que había enviado al Instituto de Estudios Fiscales no servía. Pero una indagación puntual en un tema que, en realidad, nadie había abordado, sí. Yo estaba todavía muy deslumbrado porque en Alemania o en Austria o se era doctor o no se era nada. No era lo mismo presentarse con el nombre que anteponerle dicho título. Y si se tenía un segundo doctorado no era infrecuente ver tarjetas de visita o esquelas en las que figuraba un «Dr. Dr.» o incluso un «Dr. Dr. h. c.».

La tesis doctoral, primer paso

A lo que antecede se añadió una consideración adicional. Fuentes Quintana aceptó otra propuesta que le hice llegar el *14 de marzo de 1973*. Rafael Martínez Cortiña, con quien yo había trabajado en la Facultad de Económicas antes de ir a Washington, me había comunicado que existía la posibilidad de que salieran a oposición dos cátedras de

Estructura Económica. Me había dicho que trabajando duramente quizá tendría la oportunidad de poder aspirar a una. Después de dos largos años de genuina labor de investigación, por un lado, y de labor burocrática por otro, la idea me atrajo. Ello planteó, como primera necesidad, la lectura de la tesis, que convenía acelerar al máximo, sin perjuicio de la calidad que exigía el patrocinio de don Enrique. Para mí, algo sagrado.

Además, ya en aquella fase inicial, este también había mostrado interés adicional por el «oro español en la guerra civil». Me había encomendado que buscara documentación y así lo había hecho. Encontré un informe —desconocido hasta entonces— de un catedrático nazi de Derecho Internacional sobre la legalidad y la constitucionalidad o no de las ventas efectuadas por el gobierno republicano. También otro informe de la Asociación Jurídica Internacional acerca de la capacidad de este último para disponer de las reservas del metal amarillo. Por el momento, me limité a enviárselas sin plantear la menor cuestión.

Fui remitiendo al Instituto de Estudios Fiscales capítulo tras capítulo de la futura tesis. Al anunciar los cuarto y quinto, expresé mi deseo de que en el futuro tribunal figuraran algunas personas. Mencioné los nombres de Varela, Sampedro, Martínez Cortiña y dos amigos de Fuentes, Javier Irastorza (catedrático de Política Económica, apasionado de la guerra civil) y Juan Velarde. No conocía a otros que pudieran juzgar la tesis en Económicas. Fue en esta ocasión cuando describí a Fuentes el papel de los dos primeros, Varela y Sampedro, en la génesis de la idea sobre relaciones hispano-alemanas.6

El 21 de mayo anuncié que había viajado a Checoslovaquia y a la RDA y que me proponía ir a Italia, Francia, Portugal y a diversas ciudades de Alemania para entrevistarme con más testigos. La factura de viajes, pago de secretarias, fotografías y otros gastos se había disparado y rogué la transferencia a Bonn de, al menos, cien mil pesetas. El trabajo estaba resultando costosísimo y, a pesar

de un buen sueldo diplomático, planteaba dificultades financieras.

Estuve haciendo retoques hasta el último minuto. Cuando mi secretaria había empezado a pasarla a máquina en Bonn, recuerdo que la llamé muy excitado desde Friburgo. Por pura casualidad encontré un legajo con los informes de Wilhelm Canaris sobre sus viajes por España en los años veinte. El luego superfamoso almirante y jefe del servicio de Inteligencia Militar (*Abwehr*), muy relacionado con la España franquista, trató en aquella época de identificar contrapartes con las cuales la República de Weimar pudiera evadir las limitaciones en materia armamentística impuestas por el Tratado de Versalles. Ningún historiador español, y muy pocos alemanes, habían escrito algo al respecto y, si no recuerdo mal, jamás habían trabajado aquel material.

¿Resultado? Había empezado dos años y medio antes sin, prácticamente, conocer nada al respecto —nadie, a decir verdad, lo conocía—. Había montado un relato con soportes documentales impecables. Había diseñado un método, que más adelante explicaré, para procesar un enorme volumen de fuentes primarias. Me había negado a hablar con el profesor Merkes, que para entonces ya era catedrático en Bonn. No quería que sus opiniones me influyeran. Esto implicaba incertidumbre, pero también una apuesta. *El alevín de historiador tenía que llegar a sus propias conclusiones derivadas de la EPRE, no basarse en las de otros*. Había estudiado, a lo largo de ochocientas páginas escritas a máquina, los antecedentes de la intervención nazi en la guerra civil. Merkes los había despachado en veinte de su nuevo libro. Mucho después criticó mi obra en una revista israelí y me reprochó que no hubiese hablado con él. Al menos evité que sus impresiones influyeran en mi trabajo, porque sus escasas páginas no daban para mucho. Años más tarde, visitó Madrid junto con Jürgen Habermas. El embajador alemán me invitó a una cena en honor de ambos y, naturalmente, nos reímos del episodio.[7]

Adelanto experiencias, pero nunca me arrepentí de no

haber hablado con Merkes. *Ya entonces juzgaba que la recuperación de un acontecimiento histórico debía basarse en documentación primaria*. Cabía adicionar testimonios sobre aspectos que no estuvieran adecuadamente esclarecidos en ella. No todo se reflejaba por escrito. O los documentos pertinentes habían desaparecido. *Solo en último término había que recurrir a la literatura secundaria, porque esta había sido elaborada por autores que no habían conocido la documentación manejada por el nuevo investigador*.

Con todo, el resultado era satisfactorio, porque aclaraba incógnitas o puntos que la historiografía no solo española sino también extranjera no había podido o sabido resolver. La más importante fue la determinación de los antecedentes de la decisión de Hitler y el fracaso correspondiente de las gestiones de Mola. No respondieron ni a las oscuras actividades de Canaris, según argumentaban y siguen argumentando numerosos historiadores y aficionados, ni mucho menos al funcionamiento implacable del capitalismo monopolista de Estado alemán. A autores sensacionalistas muy famosos en la época como Ladislas Farago, hoy totalmente olvidado, hube de rectificarlos a veces públicamente, como hice en *Die Zeit*, 19 de marzo de 1974. También a una historiadora de la RDA y supuesta experta en España llamada Marion Einhorn.

La cuestión de si en mi tesis abordaba los trabajos de esta última fue una de las primeras preguntas, si no la primera, del profesor Fabián Estapé cuando Fuentes Quintana me presentó a este íntimo amigo suyo. Cuando le dije que sí y que discrepaba profundamente de la misma, empezamos a vernos. Desde entonces, hasta su fallecimiento, siempre estuvimos en contacto. Aprendí mucho de su trato. Me hallaba en su casa en Barcelona en la tarde del 23F y no nos acostamos hasta la madrugada, tras haber comentado exhaustivamente el discurso que pronunció el rey por televisión. No podría señalar aquí todo lo que le debo. Sí que me abrió una ventana sobre las interioridades de ciertas grandes figuras de la escena

política española. Por una de ellas sentía particular aversión. Cuando cenamos una noche en un restaurante de moda madrileño, escondió su rostro detrás de un periódico para no tener que saludar a alguno de sus representantes. Lo que me contó de él, relacionado con su actividad en la guerra, me puso los pelos de punta.

En relación con los motivos de Hitler, descarté el económico, quizá un poco atrevido para un economista, pero lo cierto es que las relaciones comerciales entre España y el Tercer Reich habían ido viento en popa —hoy algún doctor por Harvard ya lo ha olvidado y evidentemente el tribunal de su tesis no tuvo la menor idea del tema—. Situé la decisión del Führer en una especie de vacío estratégico en la política exterior del Tercer Reich en aquel verano de 1936. Una premonición de lo que, *mutatis mutandis*, había de ocurrir cuatro años más tarde, en el verano de 1940, también con España de por medio. Por cierto, toda la documentación y otra que no llegué a utilizar, junto con la correspondencia cruzada con numerosos testigos y protagonistas, la entregué a la biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la Complutense. Ignoro hoy por qué me quedé con algunas piezas, quizá por su valor o porque estaban fuera del maletón en que conservaba las que envié. Reaparecieron en junio de 2022. No inventé nada y mis afirmaciones siempre tuvieron una base documental o testimonial, concienzudamente examinada y contextualizada.

La tesis la defendí en 1973 y obtuve un sobresaliente *cum laude* por unanimidad. En el tribunal estaban Fuentes Quintana y Velarde, pero ya no recuerdo a los demás. Probablemente, Sampedro e Irastorza. En mayo de 1974 se convirtió en un nuevo Premio Extraordinario, esta vez del doctorado. Con ello repetí las distinciones obtenidas en la licenciatura. Me apresuré, el 23 de julio de aquel año, a agradecer su apoyo a Fuentes en los siguientes términos:

> Será difícil para mí, en verdad, olvidar sus palabras del examen que, mucho mejor de lo que a mí me hubiera sido dable imaginar, reflejaron tan cálidamente el resultado de una labor

> larga, en silencio y solitaria, en la que, de no haber sido por Vd., probablemente no me hubiera metido. Dado que en aquel examen cristalizaban súbitamente casi tres años de trabajo creo que es imprescindible que le exprese, formalmente, mi agradecimiento primero por su ayuda y, en segundo lugar, por su amabilidad.

Me desmarqué de algún calificativo hecho por Velarde en el examen. Había tachado mi trabajo de «antimarxista». Expliqué a Fuentes Quintana que el tema no era analizable con las categorías conceptuales marxistas, a no ser que se desfigurara —como había ocurrido en la Alemania Oriental —. Ello hubiera significado violentar la base documental y evidencial disponible. Sí era cierto, por el contrario, que en el trabajo se destruía un mito utilizado por autores marxistas. La diferencia me pareció importante. El falangista Velarde barría para lo que servía de defensa de las tesis, aparentemente inexpugnables, de los orígenes que argumentaba la izquierda en torno a un proceso liderado por el capitalismo alemán y la ideología nacionalsocialista que condujo a la victoria de Franco.

Para entonces Fuentes Quintana me había ofrecido la posibilidad de ir al Instituto de Estudios Fiscales tan pronto regresara a Madrid. Se lo agradecí y en la carta le expliqué mis planteamientos. Mi estancia en el FMI y la investigación en Alemania me habían enseñado «a trabajar con eficacia» y creía «que sin estas experiencias previas ni los próximos puestos ni la próxima oposición los abordaría de la forma en que ahora puedo hacerlo». Fui premonitorio, pero era exactamente lo que había sucedido.

La misiva quizá la conservara Fuentes, pero me quedé con una copia al carbón. Transcribo literalmente lo que ya entonces puse por escrito en relación con las futuras oposiciones a cátedra:

> No quisiera ocultarle que sus palabras sobre la toma de influencia previa en la composición del tribunal, habida cuenta de los problemas que plantean los demás opositores, siguen dándome que pensar. Poco antes de abandonar Madrid, Rafael Martínez Cortiña me dijo que posiblemente fuera factible sacar

> a oposición no solo una agregaduría sino dos o incluso tres. No soy ciego a los problemas que arrastra consigo la manipulación del tribunal ya antes de que den comienzo los ejercicios y a mí me gustaría que el que resultara se caracterizara siquiera por una rigurosa objetividad e independencia de criterio. En este sentido, mucho me agradaría si, para contribuir a garantizar tal objetivo, llegara Vd. a considerar oportuno o conveniente participar en él.

En modo alguno era ingenuo respecto a lo que me esperaba. En el año y pico que había pasado en Madrid antes de ir a Estados Unidos había presenciado dos oposiciones a cátedra. Una de ellas fue a la que concurrieron y ganaron Ramón Tamames y Rafael Martínez Cortiña. Les había preparado algunos temas del último ejercicio. Otra fue la de Historia de las Doctrinas Económicas que ganó el único candidato, no sin haber hecho un poco el ridículo al no saber desarrollar en la pizarra la lección magistral que había escogido. Implicaba abordar un tipo de formulación gráfica y matemática que se estudiaba —creo— en el bachillerato y, desde luego, en el primer curso de Económicas. Personalmente estaba dispuesto a practicar un juego limpio, porque en aquella época mi interpretación del imperativo categórico, en la versión de andar por casa, no me dejaba otra alternativa. Afortunada o desgraciadamente, Fuentes Quintana prefirió inhibirse.

El 15 de octubre me informó, eso sí, de que estaba iniciando las gestiones para mi incorporación al Instituto de Estudios Fiscales y que esperaba que le fuera posible poner en pie el tan esperado y difícil número sobre la financiación de la guerra civil. Con ello se cerraron mi investigación y mi trabajo en Alemania. El 7 de diciembre de 1973 el subsecretario de Hacienda informó a su homólogo de Comercio de que trabajaría en comisión de servicio en su departamento. Naturalmente, se aceptó la petición cinco días más tarde y, a partir del 15 del mismo mes, pasé al Instituto de Estudios Fiscales.

No estará de más recordar que, cinco días después, el

entonces presidente del Gobierno, almirante Luis Carrero Blanco, voló por los aires a consecuencia de un atentado. Yo había quedado aquella noche para cenar con unos amigos en un típico restaurante de la calle Larra. Estaba totalmente vacío, salvo por una mesa en la que se encontraba Eduardo Punset. Una jornada que difícilmente olvidaré.

Impresiones de una embajada en los años terminales de la dictadura

La estancia en Bonn fue muy determinante en otro sentido. Pensar que en las embajadas de España no se produjeran tensiones en el período 1971-1973 sería difícil de aceptar. Eso sí, es complicado documentarlas. El servicio exterior franquista era, en general, bastante disciplinado. En este tema, y sin pretender la menor generalización, tal vez mis experiencias, por limitadas que fuesen, puedan tener alguna relevancia en lo que se refiere a esclarecer los posicionamientos que muchos funcionarios íbamos adoptando con vistas a lo que se estimaba imparable declive del régimen de Franco.

Cuando llegué, el panorama andaba oscurecido por las nubes que, en el exterior, había creado el denominado proceso de Burgos tras el secuestro por parte de ETA del cónsul alemán honorario en San Sebastián. En Alemania se habían producido manifestaciones multitudinarias contra el régimen. El oleaje se dejó sentir durante meses. Los diplomáticos españoles estaban, en mi opinión, algo aislados, no con respecto al mundillo oficial, pero sí con respecto a las fuerzas vivas del trabajo, la política y la cultura en un período crítico de la historia alemana de la posguerra. En él se encontraba el primer gobierno liderado por el Partido Socialdemócrata (SPD), con Willy Brandt al frente. Para el régimen español, el que la cartera de Exteriores la desempeñara Walter Scheel, liberal y vicecanciller, fue un cierto consuelo. A mí me llamó la atención, no obstante, que a las recepciones oficiales

siempre acudieran como núcleo las mismas personas, muchas de las cuales habían tenido innegables conexiones nazis.

En segundo lugar, había que convivir con un cierto desprecio ambiental. Entre las anécdotas que reputo como representativas hay una que no olvidaré. A los pocos meses de mi llegada me invitó a un cóctel el representante en Bonn del *Financial Times*. Nuestros vecinos norteamericanos le habían dado mi nombre como contacto para temas económicos. No era cuestión de desechar la invitación. Al entrar me presentaron a un periodista australiano. Automáticamente le tendí la mano, pero recibí una respuesta inesperada: él no se la estrechaba a un diplomático fascista. Me quedé cortado y no supe responder. Los más bragados de la embajada me informaron de que habían visto desplantes mucho peores en numerosos puestos en que habían estado acreditados. Incluso en Francia.

En este ámbito recuerdo que en algún momento el embajador quiso dar una conferencia en el salón de grados de la Universidad de Bonn. Sonó el cornetín y todo el personal de la embajada estuvo presente, junto a un mínimo de autoridades académicas. Acudió muy escaso, por no decir escasísimo, personal docente y casi ningún estudiante. El tema era algo así como Carl Schmitt y España. De mis lecturas sobre el Tercer Reich ya conocía el nombre de Schmitt, el *Kronjurist* de la dictadura nazi. No me había preocupado de aprender nada de su impacto en el pensamiento español y mucho menos entre los catedráticos de Derecho Político. La pobre audiencia con que se encontró el embajador, estrictamente institucional, hacía pensar que el tema —o el conferenciante— no despertaban el menor interés y sí incluso cierta prevención.

En tercer lugar, a las repercusiones del proceso de Burgos se unieron las de la agitación social que condujo en 1972 a la detención de la dirección de Comisiones Obreras. Como es sabido, ello llevó a la apertura del proceso 1.001, que se inició a finales de 1973. Se había solicitado

anticipadamente protección especial para la embajada, pero las autoridades la denegaron. De aquí que, como gesto y por incitación del agregado militar jefe, varios de los funcionarios acreditados diplomáticamente solicitáramos permiso de armas con «fines de autoprotección». A mí la sugerencia me pareció una bobada, pero también pensé que la negativa oficial, que si no recuerdo mal fue rotunda, constituía una cierta desconsideración. A las pocas semanas recibimos las correspondientes pistolas. Yo dejé la mía en la misma cajita en que llegó.

En cuarto lugar, aunque las tensiones internas en la embajada no se manifestaban abiertamente, no cesábamos de hablar de lo que pasaba en España. Hubo cierta rotación. A José María Mas lo sustituyó Jesús Sainz. También en otras agregadurías se produjeron cambios. Nada evitó que empezaran a aparecer tres frentes: uno diminuto con los leales al gobierno, otro que formaba la oposición moderada y los indiferentes. En general, no parecía existir demasiado entusiasmo por el régimen. Ello no me sorprendió y las posturas fueron decantándose. Algunos diplomáticos optaron por UCD y otros por AP. Muy pocos por el PSOE.

Cuando volví a Madrid estaba convencido de que en los Cuerpos Especiales y el General de la Administración los funcionarios con los que había estado en contacto no veían posible un franquismo sin Franco. Que recuerde, en Bonn solo había un diplomático de declaradas simpatías socialistas que, con el primer gobierno de Felipe González, ascendió a director general. Fue un trampolín para la embajada que posteriormente consiguió.

La tensión fue haciéndose cada vez más evidente. Cuando concedieron el Premio Carlomagno a Salvador de Madariaga me desplacé a Aquisgrán a felicitarle. Lo suficiente para que el embajador me echara una bronca por «haber asistido sin autorización a un acto político». Lo que más me sorprendió es lo que después me dijo otro compañero. Conde le había preguntado si, por casualidad, yo no sería «cristiano-demócrata». Ricardo Cortes inquirió a su vez si yo era liberal o democristiano. En ambos casos la

respuesta quedó en el aire.

Sin duda, los alemanes vigilaban la representación española. Quizá otros también. En la época en que Franco estaba ya muy grave, un compañero que se había quedado en Bonn me comentó una anécdota que no olvidaré. Había hablado de la situación por teléfono con otro del consulado en Düsseldorf. Un inocuo intercambio de preocupaciones por lo que pudiera ocurrir. En medio de la sin duda interesante conversación, se introdujo de pronto una voz que, en castellano con acento alemán, les dijo algo así como «yo que ustedes no hablaría de este tipo de cosas por teléfono».

De lo que antecede puede pensarse que hacia el final de mi estancia en Bonn estaba ya un poco familiarizado con la situación en Madrid. Después de leer mi tesis recibí una llamada telefónica del nuevo secretario general técnico en el Ministerio de Comercio, Ángel Gutiérrez Escudero, fallecido en 2022. En el marco de una remodelación de altos cargos me ofreció que me fuese con él como vicesecretario. Muy agradecido por su amabilidad, la rechacé con las mejores palabras posibles. Se trataba ya del primer peldaño en el escalón político del régimen. No quise aceptarla.

De mi ocupación profesional de la época recuerdo las batallas burocráticas que sostuve en pos de la destitución del secretario general de la Cámara de Comercio de Fráncfort. Era una persona que se había apalancado; no hacía nada, pero contaba con el apoyo de la junta directiva. Una vez cometió un error grave a resultas del cual en cualquier empresa privada lo hubieran puesto de patitas en la calle, pero no así en su puestecito. En la Oficina Comercial mis colegas no estaban dispuestos a dar la necesaria batalla para echarlo. La tomó servidor. Incontables fueron las notas, los telegramas y los teletipos que ocasionó el asunto hasta que un día el subsecretario de Comercio, Nemesio Fernández Cuesta,[8] me llamó y me dio la autorización para destituirlo. Hablé muy seriamente con el presidente de la Cámara, un comerciante valenciano, y le

planteé un ultimátum. Si aquel señor no salía, no habría nuevas subvenciones para la Cámara y la Oficina Comercial cortaría las relaciones con ella. Evidentemente, se apañó para que la junta directiva dejase caer al nefasto personaje. Lo que nadie sabía entonces es que dicho presidente ya militaba en el FDP, los liberales alemanes. Se llamaba Enrique Monsonís.[9]

Cualquier diplomático puede contar miles de anécdotas. Recuerdo otra vívidamente. En algún momento me visitó un comerciante catalán que quería exportar lencería a Alemania. Estaba muy despistado y desplegó en mi despacho toda una muestra de la que disponía para cubrir los encantos femeninos. Convencido de que tendría éxito, me volqué con él para encontrarle contactos —ciertamente no en Bonn—. La promoción comercial estatal se encontraba entonces en sus primicias. Uno de mis cometidos era desarrollarla.

Por ello también trabajé, a veces incluso manualmente, para poner en condiciones los estands de productos agrícolas españoles que se celebraban en Berlín (*Grüne Woche*) o en Colonia (ANUGA). En la primera conocí a un economista catalán, Antoni Siurana, que en la democracia llegaría a ser alcalde socialista de Lleida durante largos años. En la segunda, a un joven jefe de la sección de Economía de una nueva revista: José Antonio Martínez Soler, de *Cambio 16*. Me lo ha recordado poco antes de reescribir este capítulo y de publicar sus propias memorias. También hice buenas migas con los corresponsales de prensa, en particular con Miguel Ángel Aguilar, que venía de vez en cuando desde Bruselas, y con Miguel Ángel Gozalo, de *ABC*. Los tres tuvieron un papel destacado en los años de transición hacia el sistema democrático.

6

Dos parteaguas: un libro y una cátedra

Al pasar al Instituto de Estudios Fiscales, Fuentes Quintana me explicó con más detalle lo que esperaba de mí. La tesis doctoral le había demostrado que sabía esclarecer cuestiones muy debatidas. Creía que, con unos pocos cambios, me sería posible preparar rápidamente para su publicación el trabajo realizado en lo que se refería a la ayuda nazi a Franco. Consideró, pues, que también podría asumir una nueva tarea y desentrañar un tema que había dado origen a grandes discusiones. ¿Cómo la República había financiado la guerra por su parte? Se sabía que había utilizado el denominado «oro de Moscú», pero poco más.

No vi ningún problema. Tampoco se me ocurrió pensar entonces que, al aceptar la sugerencia, iba a inducir un giro copernicano a mi incipiente carrera como historiador. Una gran parte de la misma terminaría gravitando en torno a aquel tema desde entonces hasta hoy. Algo totalmente impredecible a finales de 1973.

El sistema tradicional de oposiciones a cátedra

Sin embargo, ni don Enrique ni servidor sospechábamos en qué berenjenal iba a meterme. Hoy ya vamos quedando pocos de entre quienes ganamos una cátedra universitaria según el sistema entonces imperante. Estaba centrado en oposiciones a tenor de una usanza establecida. En teoría, no eran difíciles desde el punto de vista técnico. Ciertamente, no para quienes hubiéramos aprobado las correspondientes a los Cuerpos Especiales del Estado. El sistema, *hoy*

olvidado, puede describirse con brevedad.

Se opositaba por asignaturas a una o a varias plazas determinadas para ciertas universidades. El tribunal no podía aprobar a más candidatos que plazas anunciadas hubiera. Las oposiciones constaban de seis ejercicios, ninguno eliminatorio hasta el último, salvo que el tribunal decidiera antes por unanimidad cerrar el paso a un opositor.

El primer ejercicio era un recorrido oral por el *curriculum vitae*, con énfasis expreso en la trayectoria investigadora. En la jerga de la época, se trataba de entonar un canto al «¡qué bonito soy!». El aspirante hacía todo lo posible por impresionar al tribunal, en el sentido de que era mejor o mucho mejor que los demás. Estos constituían, por definición, adversarios naturales, dado el número limitado de plazas. Se exageraba con frecuencia y no era inhabitual que se inflasen méritos. A veces, dentro de límites razonables. En ocasiones, incluso irrazonables.

El segundo ejercicio consistía en la exposición oral por cada candidato de lo que era, en su entender, el concepto, método, fuentes y programa de la asignatura a la que opositaba. Había que presentarlo por escrito. Se trataba, en general, de «tochos» de varios centenares de páginas que se hacían llegar al tribunal en el momento de acudir presencialmente a la convocatoria de los exámenes. Esto solía ocurrir una semana o dos antes del comienzo de las pruebas.

El tercer ejercicio consistía en una exposición, también oral, de cualquier lección del programa que hubiese presentado el candidato. Este la escogía según pensaba que mejor estaría en condiciones de hacerlo de la manera más brillante posible —de aquí las risas del auditorio en la oposición a cátedra de las doctrinas económicas a que he aludido anteriormente—. De lo que se trataba no era de dar una lección pura y simple, sino de impresionar al tribunal y superar a los demás opositores que, naturalmente, se hacían los mismos cálculos con las suyas propias.

El cuarto ejercicio era la exposición también oral de

otra lección del programa, pero en esta ocasión, elegida por el tribunal. Se suponía, evidentemente, que el candidato lo conocería a la perfección, así que los juzgadores podrían explorar las eventuales debilidades que hubiesen detectado en la lectura de la memoria —si es que la leían—, en las exposiciones orales y en las trincas correspondientes, si las había habido.

El quinto consistía en un ejercicio práctico del que no se sabía nada hasta el momento de su celebración. Podía ser cualquier cosa. En general, algún problema o comentario de textos. Era una trampa para la cual no había preparación posible. Por último, el sexto ejercicio consistía en la redacción por escrito de un tema elegido al azar de una lista que los juzgadores habían hecho pública en el primer momento de la presentación física de los candidatos.

La simplicidad de la estructura ocultaba múltiples, y a veces sangrantes, escollos. El más importante era que en los dos primeros ejercicios los opositores podían trincarse entre sí. Es decir, criticarse mutuamente en su credibilidad académica e investigadora. A veces se montaban incluso ataques personales. En el primer ejercicio, la trinca recaía sobre el currículum y las publicaciones que se ponían formalmente en conocimiento del tribunal y de los demás competidores en el mismo momento en que se había hecho la presentación. Se guardaban en una habitación bajo llave y a ellos solo tenían acceso los juzgadores y los demás coopositores. Si alguien no presentaba algún trabajo reconocido, no cabía criticarlo, aunque sí señalar tal carencia, por lo general significativa. Si no se presentaba como mérito, sería porque se trataba de un trabajo de mala calidad o —¿habré de mencionarlo?— de un plagio.

Algo muy socorrido consistía en presentar algún libro o artículo que todavía no se hubiera publicado, pero que ya estaba en pruebas. Esto significaba que los coopositores veían reducido su tiempo para detectar errores, ya que no podían pedir a amigos que lo leyeran por ellos. En los publicados, la tarea era más fácil, dado que con la ayuda de terceras personas era fácil ir preparando las objeciones

desde mucho antes de la presentación formal.

En el segundo ejercicio, la trinca versaba sobre la preceptiva memoria que los opositores habían puesto sobre la mesa. Era mucho más complicado. Los coopositores tenían escaso tiempo en el que concedía el tribunal para «visitar» las obras y milagros de los contrincantes. Durante ese período había que dedicar mucho tiempo —bien escaso — a la lectura de la memoria, con la esperanza de poder descubrir alguna que otra «burrada».

En definitiva, las trincas eran la versión intelectual o académica del equivalente a una corrida, aunque sin derramamiento de sangre. Si los toros con sus banderillas y muertes eran, por antonomasia, el deporte nacional, la trinca y sus consecuencias lo eran en el mundillo universitario. Se lidiaba delante de docenas o centenares de amigos, colegas, enemigos, futuros opositores y curiosos. A veces los coopositores se comprometían previamente a no trincarse —es lo que ocurrió en unas oposiciones en que solo se presentaron Fuentes Quintana y Estapé y se dirimían dos cátedras—, pero con cierta frecuencia los «diestros» se atacaban con dureza como si quisieran derrumbar lo más pronto posible al morlaco. No extrañará que los dos primeros ejercicios, quizá los más simples, fuesen también los más temidos. Sin embargo, el tercero era muy significativo. Como en los dos anteriores, dominaba el opositor en la medida en que definía los términos de referencia y no raramente se le juzgaba por su brillantez expositiva. Planteaba, pues, trampas y trampitas específicas que había que sortear con sumo cuidado.

Lo más razonable, aunque no siempre era seguido, consistía en memorizar los tres primeros ejercicios, cada uno de una hora, lo cual daba un total de entre sesenta y setenta páginas. Nada imposible, sobre todo para quienes habíamos hecho oposiciones basadas en temarios. Yo lo conseguí repitiéndolos constantemente, una vez escritos, durante tres o cuatro meses. Por lo demás, nada impedía en los dos primeros ejercicios tener unas cuartillas delante. Se esperaba que los opositores no las leyeran, aunque algunos

no podían sustraerse a la tentación. Esto podía ser positivo o negativo, según si el candidato disponía de apoyos previos en el tribunal o no. Si leía demasiado, mala señal.

En el cuarto ejercicio seguía dominando el opositor en teoría, pero los juzgadores ya empezaban a tomar la iniciativa al elegir la lección que debía exponer. Como se suponía que conocía su programa, no debía de plantear dificultades importantes. En la práctica surgían. El truco estribaba en no comprometerse demasiado a la hora de perfilar las lecciones con el fin de tener cierta flexibilidad. Claro que esto también lo sabía el tribunal. Cómo establecer el equilibrio entre el menor detalle posible y la necesidad de causar el mejor impacto en el ánimo de los juzgadores era una apuesta difícil.

Después del cuarto ejercicio la dominación ya pasaba claramente al tribunal. En el quinto era absoluta. Nadie podía prepararse de antemano. Esto no ocurría en el sexto, ya que desde el momento de la presentación a la convocatoria se conocía el temario. En general, no era excesivamente largo (diez o doce temas). Lo que los opositores solían hacer era distribuirlos entre amigos para que prepararan las respuestas. Se aislaba a los opositores juntos y se les daba cierto tiempo para que redactaran el tema o temas que hubiesen caído en suerte. Luego, se leían en público. El tribunal comparaba y los juzgaba a puerta cerrada. Para ganar plaza era necesario obtener una mayoría de votos.

Lo característico de la pugna no era solo la oposición. Era más bien lo que la precedía. Había que tener un currículum presentable, por no decir lo más brillante posible y teóricamente mejor que el de los competidores. Hacerse con un currículum de tales características era cosa de años. A veces, de muchos años.

En segundo lugar, lo fundamental era el tribunal juzgador. Había reglas más o menos estrictas para su elección, pero el Ministerio de Educación tenía la prerrogativa de nombrar al presidente y no le resultaba difícil «arreglar» otros aspectos. He olvidado las mañas más

habituales, pero no el dicho de un catedrático muy famoso de la Universidad de Barcelona que proclamaba orgullosamente: «*Dadme tres votos y hago catedrático a un poste de telégrafos*». Muy apropiado para quien era, según se afirmaba en los medios académicos, un reconocido gánster. También se comentó mucho el caso del catedrático de la Universidad de Barcelona que estuvo en mi tribunal y cuya obra académica era igual a cero. Lo cual no le impidió ser miembro de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras de Barcelona. Falleció en 1995. Su apellido sonaba algo italiano. Otro gánster.

Existían rituales estrictos. Generalmente, entre el comienzo y el final transcurría una semana o algo más, pero casos hubo en que se prolongaba. Esto podía significar que había «cosas raras». Otra de las características era que el tribunal podía emitir señales cuando quería eliminar a algún candidato. La forma más habitual de hacerlo estribaba en dejar a un candidato con tres o dos votos en alguno de los ejercicios. En cualquier caso, todo opositor tenía derecho a continuar hasta el final cuando podía quedarse con dos votos, con uno o incluso con ninguno. Así, pues, existía una libertad de elección a gusto del cliente y de sus patronos.

El sistema estaba profundamente viciado. En aquella época ya habían desaparecido muchos de los condicionantes ideológicos propios de la Universidad nacional-católica. Aunque no fueran totalmente determinantes en carreras técnicas, en las humanidades, las ciencias sociales y las jurídicas no se habían desvanecido plenamente. Muchos opositores brillantes, de nombres conocidos y que aparecían en la prensa, nunca lograron ser catedráticos. Otros, desconocidos públicamente, alcanzaron la cátedra sin problema.

De señalar es que la supuesta adscripción ideológica o política —cuando se sabía o se sospechaba— no era necesariamente determinante. Por motivos académicos (de escuelas, favores mutuos, compadreos), un candidato de corte digamos conservador podía recibir del tribunal mejor

comprensión que un opositor de signo opuesto. O viceversa. En realidad, el sistema ocultaba una mecánica dominada por el vasallaje. Quien se oponía a los «jefes» lo tenía difícil. Afortunadamente, los «jefes» con los que me relacioné fueron de un temple que quizá no abundase demasiado en otras asignaturas.

En las distintas carreras en pos de la ansiada cátedra todos los opositores se conocían. El sistema universitario era relativamente pequeño. También lo era el número de catedráticos. Fue en la segunda mitad de los años setenta cuando empezó a expandirse para atender a las demandas de una población estudiantil en aumento y a la creación de nuevas universidades. Sobre mi generación recayó la posibilidad, por mera razón de edad, de aprovechar al tope las oportunidades que empezaban a abrirse. No fue mérito de ninguno o de casi ninguno de quienes entonces lo logramos. Unos años antes o un decenio después, las cosas hubieran podido ser diferentes para los mismos opositores.

Correspondía al Ministerio de Educación la última palabra a la hora de dotar cátedras, agregadurías o adjuntías, los tres escalones del funcionariado universitario entonces existentes. Las dos primeras, en cualquier caso, seguían siendo un mecanismo de promoción muy importante en ciertas profesiones. No extrañará que hubiese tiros para ganarlas.

Cuando Estapé publicó sus memorias, aludió a algunas de las «dificultades» que había que superar. Javier Pradera alabó su honestidad. La tenía, desde luego, pero se quedó corto. Contaré dos casos, uno que conocí de cerca y otro en el que participé. En el primero se decía que en una cierta asignatura uno de los dos opositores a una única cátedra recibió la víspera del comienzo de los ejercicios la visita del contrincante. Este le llevó pruebas documentales de que la tesis doctoral que había presentado entre los méritos de su currículum estaba plagiada miserablemente. Ni que decir tiene que el afectado se retiró de inmediato. Poco después ganó su cátedra en otra oposición. Por desgracia para él y beneficio para sus alumnos, el rayo de Júpiter lo fulminó a

los pocos años y, que yo sepa, no dejó huella alguna en su asignatura. No fue la mía.

El segundo caso se sitúa a finales de 1986 o principios de 1987. Es decir, diez años después. Me tocó estar en un tribunal ante el que se presentaban dos opositores para una cátedra de Política Económica General y de España. Uno era el candidato local. El otro iba a marcharse a la Comunidad Europea, por lo que, si ganaba la cátedra, quedaría en situación de servicios especiales. Es decir, mientras disfrutara de tal condición la cátedra podría desempeñarla interinamente otro profesor, pero cuando regresara del extranjero tenía derecho a ocuparla inmediatamente.

Este sistema no era privativo de la Universidad. Se aplicaba con carácter general a toda la Administración en el caso de ir a trabajar en organizaciones internacionales. Cuando se desempeñaba un puesto de nombramiento político también ocurría. Esto explica numerosos casos de profesores que se reintegraban a sus puestos docentes tras una actividad, más corta o más larga, en la política o en puestos asimilados. Los puristas atacaban el método. Daba, naturalmente, una oportunidad adicional a los funcionarios, de cualquier nivel y cuerpo que fueran. Quienes no lo eran, no la tenían. Quizá ello contribuya a explicar la proliferación de funcionarios en la política, en la derecha y en la izquierda, en aquellos años.

Pues bien, en la oposición de marras el candidato local presentó entre sus méritos una tesina de fin de carrera sobre el impacto de la crisis de 1929 en cierta localidad española. La tesis doctoral versó sobre el impacto del Plan de Estabilización de 1959 en la misma ciudad. Añadió varios trabajos sobre la evolución del movimiento obrero en ella y, curiosamente, un solitario artículo sobre la teoría del valor trabajo en Marx. Este es un tema sobre el que se han escrito millares y millares de páginas. Argumenté, pues, que dicho candidato tendría todos los méritos posibles si la cátedra versara sobre la política económica de la localidad en cuestión. Pero, por extraño que parezca, no todos los

miembros del tribunal me siguieron.

Dos de ellos, y de una asignatura que tenía poco que ver con la que se dilucidaba, pidieron tiempo para reflexionar sobre tan inmenso, pero escasamente esotérico, problema. Los ejercicios se interrumpieron. En el ínterin, recibí una llamada diciéndome que el candidato local era miembro de cierto partido y que el secretario general en la comunidad en cuestión me llamaría para darme un toque. Respondí que lo hiciera y que tendría mucho gusto en denunciarlo. Al final, dicho aspirante no pasó. Sí el otro. Estuvo muchos años en Luxemburgo hasta que regresó a España y, lógicamente, ocupó su cátedra.

Nunca me guardé mis opiniones en la cartera. Públicamente repetí que nuestra Universidad no podía compararse a las de la Europa occidental. A algunos proyectos de reforma administrativa en lo económico también opuse el peso de la historia. La Comisaría del Plan de Desarrollo, más que racionalizar el proceso de toma de decisiones, cristalizó el poder del profesor Laureano López Rodó y de su grupo, al amparo de la protección de Carrero Blanco. Ataqué duramente la gestión de Antonio Barrera de Irimo, de Rafael Cabello de Alba y de Juan Miguel Villar Mir en el Ministerio de Hacienda. Propugné cambios sustanciales, no solo en la política doméstica, sino también en la organización de la política exterior.[1] Podría haberme callado. Nadie hizo caso.

En la «corrida académica» de la época

Para mí, ganar un puesto vitalicio implicó hacer dos oposiciones. La primera, a una plaza de agregado. La segunda, a la cátedra directamente. En la primera, suspendí. En la segunda, no. Fueron diferentes, aunque unidas entre sí. Sus incidencias —y hubo muchas— salieron en los periódicos. Las presenció un enorme gentío. Dieron que hablar en, al menos, Económicas durante meses. Sin embargo, y esto no lo sabe mucha gente, cabría afirmar que, en puridad, quizá gané la cátedra por una

circunstancia totalmente accidental: la muerte de SEJE, es decir, del general Francisco Franco VC —no portador de la Victoria Cross británica sino, simplemente, vendedor de café.[2]

Quisiera relatar el trasfondo de lo que ocurrió. Lo hago de memoria, casi a los cincuenta años de lo ocurrido. Sin muchos papeles, porque si bien guardé todos, la mayoría ha desaparecido en diversos traslados. Algunos se han deslizado entre los documentos que envié a la biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense y están relacionados en el inventario correspondiente. Lo conocí en septiembre de 2022. Fui informando de algo de lo que sucedía en el trasfondo a mi amigo y maestro Herbert R. Southworth. Gran parte de mi correspondencia con él se conserva en el archivo del Centro de Documentación del Bombardeo de Gernika. Otra parte la guardé y todavía la conservo. Irá a parar, espero, al Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH) de Salamanca.

Además, la documentación oficial de las dos oposiciones estará en los archivos correspondientes del Ministerio de Educación.[3] Cualquier interesado podría, con ellos, reconstruir el proceso, aunque no reflejó totalmente el trasfondo de las circunstancias que me llevaron a actuar como lo hice. Al volver a ojear la correspondencia con Southworth y otros papeles, me ha venido a la memoria el recuerdo de algunas vicisitudes en las que participaron personajes muy notables de la vida política de la época. A lo mejor mis informaciones no fueron lo suficientemente exactas. Lo que no haré es destruir lo que queda de dicho intercambio de cartas.

Para mí, aquella experiencia puso de relieve tanto la corrupción de la Universidad española del franquismo tardío como de un sector de la alta burocracia ministerial e, incluso, de las élites universitarias y políticas de la época. Durante unos pocos meses, en mi ulterior puesto de director general de Enseñanza Universitaria y Profesorado, llegué a creer que podría contribuir a limpiar el equivalente

académico de aquel remedo de los establos de Augías. No me fue posible. Afortunadamente para mi ulterior carrera —porque me descolgué a tiempo—, pero quizá por desgracia para la Universidad española.[4]

Tras mi regreso de Bonn, el número de potenciales opositores en la asignatura que me interesaba, Estructura e Instituciones Económicas Españolas en Relación con las Extranjeras, aumentó a cinco. A algunos de los que ya estaban en la antesala, mi imprevista aparición no debió agradarles. Además, a los pocos meses el número de plazas disponibles, que se esperaba daría para todos, se redujo a una: la Agregaduría de la Universidad de Valencia en la que se había convertido la cátedra que dejó vacante Martínez Cortiña cuando se trasladó a la Complutense.

Dado que el panorama se presentaba sombrío, Fuentes Quintana, en aplicación del aforismo «lo primero es lo primero», me permitió que dejara de lado temporalmente mi investigación sobre el oro y que me concentrara en la preparación de la oposición. Me embarqué, pues, en la de los tres primeros ejercicios. Seguí el método que ya había aplicado en la de Técnicos Comerciales del Estado. Los redacté por escrito —en esta ocasión en su totalidad— y solo cuando ya había llegado a un texto que me satisfizo empecé a memorizarlos. Tres ejercicios, tres horas. Recuerdo con horror los tiempos de empollar en el Ateneo madrileño,[5] próximo al Instituto de Estudios Fiscales y al Banco de España. También mis paseos en solitario por las desiertas calles de la colonia de Puerta de Hierro, próximas a mi domicilio. Saber qué tenía que decir en cada momento no me costó más de algunos meses. Redactar al tiempo la memoria me llevó más, pero al fin conseguí llegar a un volumen de quizá unas quinientas páginas.

Lo que me planteó más problemas fue el primer ejercicio, el del «qué bonito soy». Contaba con algunas cartas en la mano. Mi investigación se había hecho totalmente al margen de la Universidad y de los medios historiográficos españoles. Si me sonaban los nombres de algunos autores —generalmente profranquistas—, era

porque me había visto obligado a adquirir sus obras. Había escrito la tesis con toda libertad, sin conformarme a otra regla que la de pegarme lo más posible a las fuentes primarias. El resultado es que cuando Alianza Editorial aceptó publicarla hubo de pasar por un proceso de «adaptación» para que no despertase las iras de la censura. El encargado de hacerlo fue un joven historiador, Manuel Pérez Ledesma, posteriormente brillante catedrático de Historia Social y que desgraciadamente ya no está entre nosotros. En Alianza conocí también a Javier Pradera, ulterior editorialista de *El País* y de quien Santos Juliá ha trazado una semblanza interesantísima. Intervinieron igualmente otros autores que habían regresado del exilio. Con quien más traté fue Manuel Andújar.

En abril o mayo de 1974 apareció *La Alemania nazi y el 18 de julio*, con una cubierta impactante diseñada por Daniel Gil. Causó sensación. Era la primera vez que un autor español acudía a los alemanes y desvelaba vetas de un pasado totalmente desconocidas. Para los franquistas incrustados en los Ministerios de (Des)información y Turismo y militares (incluido el Servicio Histórico Militar) el libro les vino bien por dos motivos. El primero, y quizá más significativo, fue porque quitaba el sambenito, siempre subrayado por la historiografía de izquierdas, en especial comunista, de que el «Alzamiento» se había hecho con la ayuda nazi. En la no comunista, aun conscientes de estos resultados, poco podía criticarse a un libro basado en una masa imponente de documentación que nadie conocía ni en España ni fuera de España, pero que estaba identificada con pelos y señales.

De aquel tiempo quizá lo que recuerdo con mayor agrado fueron mis contactos con Southworth, que comenzaron hacia el otoño de 1974. Era una época en la que era muy fácil relacionarse unos con otros. En este caso, el contacto lo proporcionó un profesor de la Universidad de Aix-Marsella, Eutimio Martín García, recientemente fallecido. Todos estábamos interesados en escudriñar el pasado de la mejor manera posible y de rectificar, o

derribar en su caso, las seudorreconstrucciones que había amamantado la dictadura. Yo conocía desde hacía tiempo el magnífico libro de Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, que había publicado en Ruedo Ibérico, pero no nos habíamos encontrado personalmente. A medida que fuimos carteándonos, me deslumbró. Mejoré gracias a él las técnicas de crítica de las fuentes secundarias, combinando en las dosis adecuadas ironía y sarcasmo. Sigo practicándolo hoy en día, espero que para disgusto de algunos historiadores profranquistas muy apegados a construcciones ficticias.

En España, la obra de Southworth no encajó en la Universidad. Su estilo era totalmente diferente del que abundaba por aquellos tiempos. Tusell, por ejemplo, nunca lo admiró, ya que «carecía de teoría». Una forma de escurrir el bulto. Southworth fue un historiador que jugó limpiamente. No dejó nunca duda acerca de sus valores ideológicos, pero tenía cualidades que a muchos no les gustaban: no pactaba, no transigía, era feroz en la crítica y no dejaba pasar una.[6] Si tenía que discrepar de Hugh Thomas, discrepaba y en paz —o en guerra, según quisiera este último—. Ricardo de la Cierva terminó declarándole una cruzada particular que nunca supo ni pudo ganar. No tenía la talla para acompañar con nada serio sus frecuentes improperios e insultos, lógicos en un historiador puramente cortesano.[7]

Southworth me recomendó que enviara a Paul Preston un ejemplar de mi libro, del que hizo una amable reseña en *The Times Literary Supplement*. Los tres congeniamos de inmediato. Durante años fui a visitar a Herbert y a su esposa, Suzanne, en su castillo de Roche, próximo al pueblecito de Concremiers (Indre), y luego en Saint-Benoît-du-Sault (Indre et Loire), uno de los villorrios más bonitos de Francia. En este último se compró una casa del siglo XV, que atestó de libros incluso en sus escaleras de caracol. Desgraciadamente falleció al filo del nuevo siglo. Con *sir* Paul —tras haber sido armado caballero por el hoy rey británico en representación de su madre, la entonces

monarca— he continuado una relación muy estrecha. Finalmente, llegó Manuel Tuñón de Lara. Un hombre cordial, afectuoso, llano y abierto. Se dedicaba a la historia en exclusiva y sus libros, mirados con detenimiento por la censura, eran auténticos superventas. Es difícil exagerar su importancia en la renovación de la historiografía española sobre la cultura y las interacciones entre política, economía y sociedad. También se produjo un «flechazo» mutuo y me invitó a su último congreso de Pau para historiadores. Más tarde participamos en aventuras editoriales y televisivas. De lo que no puedo presumir es de haber sido discípulo directo suyo.8

De aquella incursión por la interacción entre la evolución política interior y el entorno exterior, que ejemplifiqué en el caso nazi, me quedó un gran interés por profundizar en vetas que me parecían inexploradas. Al leer un libro de un autor que entonces empezaba, Max Gallo, me di cuenta de que había descubierto una financiación italiana a Falange en 1935, pero había cambiado nombres y, en mi modesta opinión, no había comprendido bien la operación. En larga correspondencia con la NARA (National Archives and Records Administration) en Washington, adquirí una masa de microfilms de documentos alemanes e italianos que me permitieron rectificar a Gallo, luego eminente novelista y miembro de la Académie Française.

Bajo fuego enemigo

De todas maneras, de cara a la oposición a Valencia (O. M. del 7 de noviembre de 1973), lo que se dice en términos estrictos de publicaciones económicas no tenía mucho en mi haber. No más de nueve artículos de variado pelaje e incluso algunos de ellos con cierta vertiente histórica. Había enviado un artículo al Instituto de Historia Contemporánea de Múnich, en cuyos archivos había trabajado, pero todavía no tenía respuesta respecto a su publicación. Debo decir que afortunadamente, por sus implicaciones en la oposición. En él describía los escarceos de Canaris por la

España de los años veinte, que no habían aflorado todavía adecuadamente en la literatura en alemán o inglés. En el conjunto de méritos no había indicado adonde estaba destinado.

En la antesala de la oposición había habido movimientos telúricos. Un alto cargo del Ministerio de Educación que no identificaré —falleció a principios de la presente década— habló con varios de los opositores. Fue convincente en que deberíamos colaborar entre nosotros con el fin de evitar que el restante candidato pudiera ganar la plaza. ¿Qué íbamos a hacer? Aceptar. Si no recuerdo mal, una postura de principio se alcanzó en una cena en un conocido restaurante detrás de las Cortes. Luego fuimos a ver al alto cargo en su casa. Fue la primera, y última, vez que estuve en el domicilio de un reconocido prohombre franquista.

Hacia mayo o junio de 1974 llegó el momento de la oposición. Se habían suscitado algunas maniobras previas, como el intento de impugnar la presencia de uno de los miembros del tribunal, el entonces muy conocido Tamames, también técnico comercial del Estado —hoy medalla de oro del cuerpo— por razón de dependencia profesional en una empresa de asesoramiento económico con respecto a otro opositor. La prensa había hecho multitud de comentarios. Fueron lo suficientemente vivaces como para despertar el interés de los medios universitarios, próximos y lejanos. Cuando tuvo lugar el primer ejercicio, en el salón de actos del CSIC en la calle Medinaceli, cerca de las Cortes, trinqué en cumplimiento de lo acordado. Como es lógico hubo contratrinca y se me reprochó que hubiese presentado como mérito un artículo enviado a Múnich y cuya publicación todavía no se había aprobado. Reaccioné después del ejercicio. ¿Cómo lo había sabido mi contrincante?, ¿cómo podía haber escrito al Instituto y recibido de él una respuesta en un corto plazo de días? No había hecho referencia al destino de dicho artículo hasta el ejercicio oral. Pensé que alguno de los miembros del tribunal le habría alertado, precisamente aquel cuya recusación

habíamos solicitado vanamente.

Así que, tras consultar con un amigo abogado, planteé una queja por escrito al presidente del tribunal. Tamames dimitió acto seguido. No impidió que se levantase un pequeño escándalo. ¿Resultado? Nos suspendieron a todos los opositores menos a uno, que cayó en el segundo ejercicio. Esto es, más o menos, lo que recuerdo, aunque la documentación de la oposición quizá deje entrever otras vetas. La agregaduría de Valencia quedó vacante.

En su inescrutable sabiduría, el Ministerio de Educación convocó entonces, y solo entonces, dos plazas de catedrático para Valencia y Málaga. La unidad de los cuatro opositores se rompió y cada uno fue por su cuenta. Me dediqué a mejorar el segundo ejercicio. Recuerdo que, con Juan Antonio Payno, quien también trabajaba en la cátedra de Sampedro/Martínez Cortiña, fui a Londres a comprar libros para ponernos al día y hacer ver al futuro tribunal que nos lo tomábamos muy en serio y estábamos al tanto de las últimas novedades.

Reelaboré sustancialmente el primer ejercicio. Supuse que mi contrincante o contrincantes me trincarían reprochándome haber dado demasiada importancia a temas históricos. La solución estaba en la palma de la mano. Recurrí a la *Historia del análisis económico*, de Joseph R. Schumpeter, una obra de referencia inatacable, y preparé citas y más citas de autores que habían combinado economía e historia. Estapé me echó una mano a la hora de analizar las relaciones entre ambas en el caso español. Me gasté una fortuna distribuyendo ejemplares de *La Alemania nazi y el 18 de julio* a historiadores extranjeros. Algunos me contestaron por escrito en términos muy elogiosos. Otros hicieron reseñas en revistas profesionales norteamericanas. Había sido una novedad absoluta.

Para la memoria me basé en las formulaciones más modernas de la teoría de sistemas y relegué a segundo plano las estructuralistas de impronta francesa que por aquella época casi todo el mundo en la asignatura tomaba, o mejor dicho copiaba, de Claude Lévi-Strauss, un

antropólogo *cum* etnólogo superfamoso. Pensé, quizá estúpidamente, que había que dar una batalla por combinar el análisis económico e institucional —que ya implicaba la denominación de la cátedra— y derivé hacia autores norteamericanos de esta escuela que por aquella época reemergían tras años de relegación absoluta. Como el tribunal vería la memoria, el ejercicio —en mi opinión— consistía en defenderla lo mejor posible. Si no les gustaba, me suspenderían. Aposté por disminuir el peso que solía darse en España al análisis econométrico dentro de la asignatura. Al fin y al cabo, en la licenciatura había una asignatura de Econometría. No sé si calculé bien el riesgo, pero como era joven y algo iluso pensé que si tenía una determinada concepción de la cátedra lo menos que podía hacer era defenderla.

Cambié radicalmente el tercer ejercicio. Estaba entonces de moda destacar la supuesta brillantez negociadora de los avezados funcionarios y políticos españoles que habían logrado sacar adelante el acuerdo comercial con la CEE unos años antes. Me propuse dar un correctivo sobre el significado económico y extraeconómico del mismo. Acudí a Pedro Solbes, destinado entonces en la Misión ante la CEE, para que me ilustrase sobre los análisis internos. El resultado fue que incorporé a la lección magistral toda una serie de consideraciones que, en la todavía controlada prensa de la época, no se habían explorado suficientemente. Hoy mi tesis de entonces suena trivial: la CEE no quería al régimen de Franco. Lo que propuso, y la dictadura aceptó, falta de alternativas, fue un acuerdo de zona de librecambio parcial y bifásica. Sus resultados se someterían a análisis y aprobación antes de pasar a la segunda fase. Lo que ocultaba esta condición, aparentemente anodina, era la esperanza de que no tardasen en cumplirse las «previsiones sucesorias». La CEE no deseaba seguir profundizando lazos con España si Franco seguía en El Pardo.

Por supuesto, todos habíamos aprendido del primer escarceo. Para el segundo, tres de los opositores me dejaron

solo ante el que yo había atacado en la corrida anterior. Payno lo hizo porque presentó su documentación con la memoria con un retraso de veinticuatro horas y no fue admitido. Era muy conocido por haber ganado años antes el Premio Nadal con una novela que reflejaba el mundillo de la Universidad de la época. Los otros dos candidatos se inhibieron. No sé si dieron razones, pero el hecho es que no concurrieron.

Al llegar a esta segunda ronda, la murmuración en algunas facultades madrileñas había ascendido muchos peldaños. Poco antes de dar comienzo, el presidente del tribunal, Gonzalo Arnaiz, catedrático de Estadística, me llamó a su despacho: si había trinca, no estaba dispuesto a tolerar el menor escándalo. Le aseguré que esa era, precisamente, mi intención. No sé si llamó al otro opositor.

En esta ocasión, la corrida académica se desplazó a la Universidad Autónoma, en Cantoblanco, alejada del centro de Madrid. De todas maneras, la afluencia de público fue muy notable. El tribunal era diferente. Con el primero le había unido la presencia del catedrático entonces dimitido. De nuevo se excusó. Como sustituto estaba designado Martínez Cortiña. Apareció otro catedrático muy conocido y miembro del PCE, entonces todavía prohibido. Lo era de Teoría Económica. Permaneció, imperturbable, el catedrático de Barcelona, de trayectoria académica igual a cero patatero, un tal Berini. El último también era catedrático de la asignatura, se llamaba Teodoro Flores y procedía de la Universidad de Bilbao.

La trinca la hice con diplomática prudencia y fui extremadamente cuidadoso en las formas. En esta ocasión fue mi adversario quien había presentado como mérito principal un diccionario de términos económicos para principiantes. Lo hizo en galeradas. Encerrado en la sala donde estaban nuestras portentosas obras, identifiqué tal número de errores que hubieran hecho sonrojarse a cualquier economista. Supuse que no lo había escrito él.

A la contratrinca respondí con las alusiones pertinentes que ya llevaba preparadas. La acumulación de referencias

tomadas de Schumpeter y del caso español fue, imagino, algo devastadora. Me molestó, eso sí, que me achacara errores de traducción en el libro sobre desarrollo de Higgins. No sé si eran correctos o si iba de farol.

En este primer ejercicio recibí los cinco votos, cuando mi contrincante hubo de contentarse con cuatro. Me parece que a partir del segundo solo obtuvo dos, una derrota anunciada. Tres miembros del tribunal ya no lo votarían. En este segundo ejercicio volví a arrasar con la trinca aunque solo obtuve cuatro votos y también me defendí de la suya, creo que con brillantez.

Cuando terminó el ejercicio, hasta el propio Sampedro, que estaba entre los espectadores, me felicitó por la forma en que había desarrollado el concepto de la asignatura, que él mismo había introducido en la Universidad Complutense. Mi lección magistral algo impresionó. Tocaba un tema entonces muy de actualidad, y la exposición, que combinaba política comercial y económica, relaciones internacionales y política interna, con una crítica poco disfrazada a los camelos que se distribuían por España con los loores al régimen, gustó al tribunal. Era, además, muy adecuada para el programa presentado. En este ejercicio se vio que el coopositor seguía encajando la pérdida de votos. Cualquier otro hubiese desistido, pero él continuó. No tengo recuerdo ni del cuarto ni del quinto ejercicio. La oposición quedó resuelta en el sexto y último. Tuvo lugar el 2 de julio de 1975.9

Era el ejercicio en el que había que contestar a un tema sacado a suerte del temario propuesto por el tribunal una semana antes en el acto de presentación. Estaba relacionado con el tipo de análisis econométrico que yo no había incluido en el concepto y probablemente tampoco en el programa de la asignatura. Por consiguiente, al repartir los temas entre los amigos para que me los prepararan, se lo había dado a Pedro Lobato. Y, como había hecho con el resto, también lo había memorizado.

El tribunal nos dejó a solas. Enseguida mi amable coopositor me hizo señas indubitables de que podríamos

llegar a un acuerdo. En aquella situación, la única posibilidad estribaría en copiar del ejemplar que habría preparado previamente. Me negué en redondo. Cuando llegó la hora de la lectura demostré que conocía el tema. No así mi contrario, que tanto había clamado sobre su supuesta autoridad en la materia. El tribunal me concedió la cátedra de la Universidad de Valencia creo que por cuatro votos. La segunda quedó desierta (*BOE* de 18 de agosto y 9 de septiembre de 1975). Fui a tomar posesión el 13 de agosto y me largué de vacaciones a Grecia y al mar Egeo. Lo que no podía anticipar es lo que me aguardaba. Eso sí, me quedé a presenciar las oposiciones paralelas de agregadurías a otras universidades en las que obtuvieron plaza los demás coopositores, entre ellos el vencido en la de cátedra.10

En los últimos años, a medida que he ido enfatizando mis discrepancias con la historiografía franquista, algunos periodistas de medio pelo me han achacado el haber jurado, en dos ocasiones, fidelidad al sistema político entonces imperante. Es una estupidez como un pino.

Después de mi segunda oposición, hubo necesidad de incorporar a puestos que ocupaban interinamente a millares de profesores no numerarios (PNN). Óscar Alzaga, en sus memorias, ha recuperado el caso y reproducido la fórmula del juramento, que supongo no sería muy diferente de la que yo firmé dos veces, sin la menor prestancia y como mero trámite burocrático. Hela aquí:

> Juro servir a España con absoluta lealtad al jefe del Estado y estricta fidelidad a los principios básicos del Movimiento y demás Leyes Fundamentales del Reino, poniendo el máximo celo y voluntad en el cumplimiento de las funciones del cargo de profesor adjunto de Universidad para el que he sido nombrado.

Añade Alzaga que, a continuación de escuchar la lectura de tal fórmula, fueron pasando por el estrado del Teatro Real los distintos protagonistas para pronunciar la palabra *juro* con la mano sobre la Biblia, doblando la

rodilla.[11]

De esta última solemnidad, si no recuerdo mal, mis compañeros de promoción y servidor nos salvamos en 1968. Y luego, en lo que a mí respecta, en 1975. En ambos casos firmamos un papel que, naturalmente, no he conservado y que, para mí, como para muchos, no tuvo la menor importancia. También lo había hecho el tribunal, incluidos los dos miembros conocidos del PCE que de él formaron parte en ocasiones diferentes. Supongo que, dado que afortunadamente siguen vivos en el momento de escribir estas líneas (2023), no se les habrá olvidado. Eran las horcas caudinas propias de una dictadura.

No conozco el caso —aunque quizá los haya— de que algún opositor a cualquier cátedra o cuerpo de élite se hubiera negado a pasar por lo que se consideraba un mero trámite, al igual que para muchos el bautizo, la confirmación o el matrimonio santificado por la Iglesia católica apostólica y romana. La España de Franco no era como el Tercer Reich o la Alemania Oriental, y quienes estuvieron dispuestos a perecer con el régimen tampoco parece que fuesen muchos. No se recuerdan nombres de quienes se suicidaron o emigraron —excepto para escapar de la justicia tras haber cometido delitos de sangre, como ocurrió con varios pistoleros de derechas al ir derrumbándose el sistema franquista.

Por otro lado, imaginemos lo que hubiera sido la España de la transición y luego de la democracia de no haber contado con los servidores públicos, funcionarios civiles y militares, que existían en 1975. Lo que sí hubo en el pos-Tercer Reich fue la desnazificación impuesta por los vencedores y la reincorporación de una gran parte de la inmensa burocracia del régimen vencido a la de la naciente República Federal. ¿Con qué, si no, iba a echar a andar el nuevo Estado occidental alemán? En España, por el contrario, no hubo la menor «desfranquización». Esto fue un lastre en ciertas áreas de la política pública. Aún perdura.

Nadie de mi generación olvidará aquel verano que precedió a la muerte del dictador. Tampoco los fusilamientos de septiembre, que levantaron oleadas de horror y de oprobio contra un régimen que moría matando, al igual que había nacido. Las noticias últimas me sorprendieron en Atenas, todavía de vacaciones. Experimenté una sensación de profunda vergüenza, pero había que volver a Madrid. Después, la Marcha Verde y la agonía de SEJE acapararon toda la atención, no solo en España sino también en el extranjero.

Empecé el curso en octubre en Valencia. No conocía la universidad. En ella había habido eminentes historiadores. En la Facultad de Económicas estaba entonces Ernest Lluch, discípulo de Estapé y con quien pronto congenié tras superar una pequeña dificultad. No sé por qué daba clases interinamente de Organización Económica Internacional. Pensé que como exfuncionario del FMI y técnico comercial del Estado yo sabría algo más que él de dicho tema. ¿Cómo iba a pensar que años después terminaría siendo asesinado por ETA?

En todo caso, el curso se presentó difícil, no solo en el plano político sino también en el personal. En el primero todo estaba dominado por la enfermedad terminal de Franco. La seguía con atención, más con el ojo puesto en la prensa internacional que en la española. Entonces estaba suscrito al *Neue Zürcher Zeitung* y a *Le Monde*. Mi mujer tenía amistad con dos doctoras que trabajaban en ya no recuerdo qué hospital madrileño. Una noche, cuando la radio dio «el parte» sobre el estado de salud de SEJE, apareció la mención a una «trombosis mesentérica». Una de ellas exclamó algo así como: «¡Ya está! Eso es irreversible». Después se quedó unos minutos silenciosa y exclamó: «¡Pero si eso solo puede saberse tras hacer la autopsia!». No he revisado los partes escritos de la época. La anécdota se me quedó grabada.

Cuando se cumplieron las «previsiones sucesorias»

descorché una botella del mejor champán francés que pude conseguir y que llevaba semanas en la nevera. Al escuchar en la radio música clásica hacia las seis o siete de la mañana, me levanté y me endilgué un par de copas. Horas después, en coche, creo recordar que un poco atontolinado, oí en la radio sollozar al presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, «el carnicerito de Málaga». Esta fue la inolvidable referencia de Francisco Cerecedo en un famoso artículo de *Diario 16,* que dirigía entonces Miguel Ángel Aguilar. Los sollozos desaparecieron en las múltiples reproducciones que se hicieron de su sentido dolor.

Iba a Valencia un par de días a la semana y volvía a Madrid a trabajar en la investigación sobre el oro. Debió de ser hacia noviembre de 1975 cuando me enteré por radio macuto de que el opositor que se había quedado sin cátedra, aun vencido y apaleado, había planteado en el Ministerio de Educación un recurso contra la resolución del tribunal. Afirmaba que el secretario, Martínez Cortiña, había dado un cambiazo de sobres al hacerse cargo del tema que yo había escrito y que lo había sustituido por el ya preparado. Otro de los miembros del tribunal, que supongo era quien había apoyado al entonces recurrente, también denunció la conducta de dicho secretario y un papelín que conservo muestra que lo hizo el 8 de agosto de 1975. Puro y siniestro afán de venganza. El derrotado en cátedras ya se había asegurado una agregaduría, pero evidentemente me la tenía jurada.

Por supuesto ni uno ni otro adujeron la menor prueba. El coopositor vencido argumentó que servidor no había incluido dicho tema en el programa de la asignatura y que, por consiguiente, compinchado con Martínez Cortiña, me había armado para la eventualidad de que saliese en el sexto ejercicio. Algo risible, pero menos cuando me enteré de que el jefe de la Sección de Recursos del Ministerio de Educación lo había aceptado. Caso de aprobarlo la Superioridad, habría que retrotraer la oposición al sexto ejercicio y repetirlo. En las condiciones de la época, aquello significaba muy verosímilmente la pérdida de la cátedra.[12]

Para mí era obvio que el tal funcionario, con quien ya me había visto los cuartos en la oposición anterior, obraba siguiendo instrucciones de la Superioridad, es decir, del alto cargo que nos había incitado a proceder contra el entonces demandante. A mí me dejó muy preocupado. No me lo esperaba. La cuestión pasó a los abogados, en mi caso al despacho de uno de los más importantes de España en materia de derecho administrativo. En mi defensa actuó un joven catedrático de esta disciplina. Me dijo que el recurso no tendría recorrido. Así fue, pero quiero pensar que probablemente también porque en el ínterin había muerto Franco. Esto determinó la salida del hiperfranquista ministro de Educación, Cruz Martínez Esteruelas, y con él inevitablemente la del alto cargo que tan poco me quería.

Durante años solía referirme a él, cuando había que mencionar su nombre, anteponiendo un epíteto malsonante. En algún escrito, cuando mis tesis chocaban con las suyas, tampoco fui demasiado deferente, habida cuenta de las disparidades de edad y de recorrido. Siempre me he preguntado qué diablos le habría picado. Formal y externamente le había respetado siempre y, que supiera, no le había hecho ningún daño.

Años después, aquel alto cargo de Educación, que siguió también de alto cargo en la transición —a manera de avezado saltimbanqui, pero en un puesto más resguardado —, debió de quejarse de mí a Fuentes Quintana. Para entonces, servidor ya estaba muy asentado en la Universidad y en la Administración. Don Enrique me llamó y me pidió que fuese a disculparme. Me puso en un brete, pero no podía negarle nada. Haciendo de tripas corazón tomé cita y fui a ver a aquel saltimbanqui. Lamenté, dije, haber utilizado los términos que él conocía —y que aquí no reproduciré—. Por deferencia a Fuentes no volvería a hacerlo. Subrayé que los deseos de este eran, como no podía ser menos, órdenes para mí.

Los epítetos desaparecieron y en lo que seguí escribiendo en temas de historia comprobé que las supuestas aportaciones de aquel ilustre economista a los

temas que servidor abordaba no decían nada relevante o que no fuera conocido. Jamás he leído nada de él de lo que yo supiera algo que me pareciera enriquecedor o innovador. Solo muchísimo después me enteré de que, tras el fallecimiento de Fuentes Quintana, procuró hundir uno de sus proyectos más queridos. En lo que sé por mi propia experiencia y la de otros, solía comportarse como un traidor nato. Falto de dignidad, de vergüenza y, en particular, del menor sentido del honor, incluso con respecto a su más íntimo amigo. Muy francofalangista.

Los cuatro candidatos que quedaban consiguieron sus puestos, aunque al principio, como agregados. Después, cada uno hizo su propio camino. En el mío, no tengo nada de lo que pueda o deba avergonzarme y si no cito nombres ni situaciones confío en que en el expediente de la oposición se pongan de relieve muchos de los acontecimientos que ocurrieron y de los que en parte se hizo eco la prensa. Lo que en él no se hallará es la clave última explicativa de lo sucedido y con ello no se aquilatará, como hice yo, la carencia de fibra moral que tenían algunos personajes que gozaron de gran influencia en aquella Universidad franquista. E incluso después.

Mi abogado se negó a pasarme sus honorarios. Teníamos amigos comunes y el asunto no le había deparado mucho trabajo. Todavía hoy le estoy agradecido, aunque nuestras carreras no volvieron a cruzarse. Nos jubilamos de la Complutense al mismo tiempo. Conté, además, con la ayuda de la Abogacía del Estado y del Consejo de Estado. A pesar de la corrupción de unos cuantos tiranosaurios de la élite política y funcionarial de la dictadura, los mecanismos del seudo «Estado de derecho», que en estos aspectos ya funcionaban, lo hicieron en mi caso. Fue una pugna con algún ribete de corrupción y nombres de ciertos políticos de primera línea sonando por los pasillos. Los factores ideológicos pesaron en el caso de Alzaga, que ganó su agregaduría —antesala de la cátedra— tres meses más tarde —ya habían aparecido también en su adjuntía—.[13] En mi caso no creo que fuera así. En él coincidieron comunistas,

no comunistas, arribistas, profesionales y camelistas de diversas escuelas y procedencias.

Años después, a las pocas semanas de tomar posesión de mi puesto de director general en el Ministerio de Educación y Ciencia, tuve que despachar con el jefe de la Sección de Recursos. Seguía con su bigotillo falangista. Le di las instrucciones oportunas y no volví a encontrármelo. Supongo que a estas horas estará en el lugar del infierno más adecuado a los peculiares pecados de un corrompido funcionario fascista. Me pregunto a cuántos profesores habría acogotado. También encontré una carta del alto cargo del Ministerio de Educación a uno de mis predecesores. Le informaba de que servidor no merecía ocupar una cátedra porque convenía preservar la dignidad de la Universidad.

He recordado todo esto en febrero de 2023, con ocasión del intento de desestabilizar la situación política por parte de Vox apoyando la candidatura de Ramón Tamames a la presidencia del Gobierno. Una estupidez sin la menor duda. Salieron a relucir algunas cosas curiosas que no conocía. Por ejemplo, las supuestas dificultades que el candidato tuvo en sus propias oposiciones a cátedra, con Rafael Martínez Cortiña, por motivos políticos. Tal vez, pero jamás Rafael me dijo nada. También se aludió las conexiones del entonces miembro del PCE que dimitió con lo más granado de la oligarquía. Se mencionó al catedrático del poste de teléfonos. Y, ¡cómo no!, una delirante novela en la que el protagonista era el *alter ego* del candidato de 2023.

Mis oposiciones a cátedra discurrieron poco después de las que se organizaron para cubrir una agregaduría de Historia Contemporánea. La seguí por curiosidad, y para aprender, como mirón. Enfrentó a Ricardo de la Cierva con otros aspirantes, entre ellos Javier Tusell. Conocía personalmente a ambos, pero no a los demás. La ganó el primero y su nombramiento se publicó en el *BOE* el 1.º de abril de 1975. Evidentemente, no por casualidad. También tuvo su correspondiente trasfondo. Informaciones y rumores

circularon rápidamente por los burladeros de la corrida académica nacional. No me corresponde divulgarlos. De ellos me enteré años después. No todo el mundo salió con honor del ruedo. En los medios universitarios de la época el sentido de la probidad siempre fue, para algunos, un concepto extraño.

En plena decadencia intelectual, el profesor de la Cierva elucubró años después sobre una supuesta acción de la KGB contra España. La instrumentó, según él, Manuel Tuñón de Lara para cubrir con historiadores fieles al «partido» las cátedras universitarias. ¿Objetivo? Distorsionar el pasado en un sentido favorable a las tesis comunistas. Caso de no creerme, cabe buscar en internet el divertido artículo que el profesor y exministro escribió en su papel de «historietógrafo» —Alberto Reig *dixit*— bajo el título «El Rey, ante la pérdida de España». Lo hizo en una revista de casi extrema derecha, *Época*, el 8 de mayo de 2005:

> La tergiversación de la auténtica historia de la República, la Guerra Civil y la época de Franco ha llegado a extremos que cabe calificar de ridículos si no fueran trágicos. Simultáneamente el impulso comunista-nacionalista, a partir de 1965, ha ejecutado un diabólico proyecto para la conquista de las cátedras universitarias e innumerables puestos docentes de Historia, cuyo iniciador fue el catedrático (digital) Manuel Tuñón de Lara, miembro del PC y agente del KGB según testimonio de sus propios compañeros; hoy seguimos padeciendo los resultados.

Ni Vox lo superaría. A muchos, quizá, extrañará este tipo de maniobras en la Universidad de la época. No he exagerado nada. Se hacían amistades y enemistades personales y/o de grupo que duraban años y años. Las oposiciones no eran, en realidad, solo el equivalente intelectual de las corridas de toros. En mi experiencia eran también un rito iniciático, a veces brutal. Sin sangre, y en ocasiones revestido en sedas, marcaban para toda la vida. Para mí, naciente historiador, la oposición fue, igualmente, un interludio en la investigación que Fuentes Quintana me

había encargado.

7

El oro español en la Guerra Civil

Los primeros pinitos en la investigación de este tema había empezado a hacerlos a principios de 1974. Me ocupaban las mañanas, aunque no diariamente. Fuentes Quintana había escrito al gobernador del Banco de España, Luis Coronel de Palma, marqués de Tejada —distinguido miembro de la ACNP y de quien los chistosos decían que no era ni coronel ni de Palma ni marqués, ya que su título era vaticano—.[1] Ambos se conocían íntimamente. No vi la correspondencia, pero sí supe que don Enrique le había pedido que se me atendiera en todo lo que necesitara. La respuesta fue que los archivos del banco estaban a mi disposición. Mi contacto sería Mariano Sebastián Herrador, tercer subgobernador.[2] De la reseña biográfica de este caballero se desprende que él y Fuentes habían estado en contacto en la Facultad de Económicas de la Complutense. No se recoge que era cuñado de Castiella, personaje central en una historia del oro que todavía no conocía. Don Enrique hizo bien en no contármela, porque así emprendí mi investigación sin el menor prejuicio.

Primeras búsquedas en archivos españoles

No tardé en ir a entrevistarme, todavía como simple meritorio, con el profesor Sebastián. Me recibió amablemente. Por supuesto que podía contar con él. Si Enrique me recomendaba, haría todo lo posible por ayudarme. Le expliqué que no podría ir al banco todos los días porque debía preparar oposiciones a cátedra. Por aquel

entonces, parte de la documentación relevante todavía no estaba albergada en el Archivo Histórico del Banco de España y mis primeros pasos me condujeron a los archivos de los departamentos operativos, en donde se me miró como a un bicho raro. Eso sí, nunca pude quejarme de la cordialidad de los funcionarios.

Hablaba con unos y con otros y recopilé mucha información oral, generalmente de poca calidad. Lo que me interesaba era la EPRE pura y dura. No había forma de dar con ella. Todo eran evasivas. Afortunadamente me dejaron husmear en los archivos departamentales y yo, que no sabía nada del tema, me encontré con un yacimiento de diamantes. Masas de papel demostraban de manera inequívoca que desde el primer momento de la sublevación el gobierno republicano había empezado a vender oro al Banco de Francia. Yo conocía el famoso panfleto *Avance de la Causa General*, que en plena posguerra había publicado el sedicente Ministerio de Justicia. En él no había la menor referencia a tal oro. Me di cuenta, pues, de que hollaba un territorio prácticamente inexplorado. Parecía razonable pensar que las dos operaciones obedecían a la misma lógica, de tal suerte que la segunda podría considerarse como una continuación y acentuación de la primera.

La investigación se aceleró tan pronto terminé la oposición. Repasé lo que había fotocopiado y fui a ver a Sebastián para decirle que ya estaba en condiciones de abordar los papeles de Negrín. Me replicó que no sabía nada de ellos. Tendría que preguntar. Como llegaba la época de las vacaciones veraniegas no insistí. Bastante tenía con interpretar lo que ya había conseguido.

Por aquella época mi primera mujer trabajaba como economista en la embajada norteamericana y quizá gracias a ella, o tal vez porque mi nombre había aparecido con alguna frecuencia en la prensa madrileña, en septiembre de 1975, recién vuelto de Atenas, recibí una invitación del embajador Wells Stabler. Me quedé un poco perplejo, pero se trataba de un almuerzo colectivo. Había políticos jóvenes, un catedrático talludito, un par de diplomáticos —

ignoro por qué, pero en aquel entonces algunos se presentaban como grandes conocedores de la historia contemporánea española, si bien no se les sabían demasiadas publicaciones académicas— y varios altos funcionarios a los que conocía personalmente. También estaba el gobernador del Banco de España. Debió de ser después de las ejecuciones de septiembre.

Quizá por aquella razón, Stabler quiso pulsar opiniones sobre cómo podría encararse el pasado español. No hay que olvidar que 1975 estaba siendo un año movidito, que habían aparecido revistas nuevas sobre temas históricos, que la odiosa censura había aflojado un poco la mano y que la República y la guerra civil habían hecho de nuevo acto de presencia en la escena política y social. La tesis que parecía generar consenso es que no había nada que temer de la historia. Una forma de decir que todo estaba atado y bien atado y que el pasado no se encontraba en el «box».

Oyendo disertar a unos y a otros como doctos académicos fui calentándome y, con el debido respeto a los mayores en edad y gobierno, me atreví a discrepar. Si no había miedo a la historia ¿por qué no lograba acceder a la documentación del oro de Moscú que, se decía, estaba conservada en el Banco de España? Me habían estado toreando en él durante más de un año. Estupefacción general. Ninguna respuesta. Pero a la salida el gobernador se me acercó y me dijo que fuera a verle.

Me recibió en su suntuoso despacho, me echó una bronca —¿quién creía yo que era?, ¿qué pretendía?, ¿por qué lo había puesto en ridículo?, etc.—. Me defendí como pude: era un funcionario del Estado —entonces ya por partida doble—, cumplía un encargo de Fuentes Quintana, había esperado pacientemente a que me dejaran ver el expediente Negrín, había descubierto un montón de cosas desconocidas sobre el oro de Francia y no quería informar tanto a don Enrique como a Monreal de un fracaso que no me era imputable. Coronel se calmó y me respondió fríamente algo así como «Vaya usted a ver a Sebastián. Le dirá lo que tiene que hacer».

Así, pues, volví a ver al profesor Sebastián, todo mieles y reconvertido en una más que amplia sonrisa. «Nada, nada, un malentendido. Todo está aclarado.» Abrió su caja fuerte y sacó un montón de papeles. «Esta es la documentación de Negrín. Puedes consultarla aquí en mi despacho, pero no hacer fotocopias. Es un tema muy delicado.»

No he dicho hasta ahora que el Banco de España había publicado pocos años antes una historia de la entidad. El capítulo dedicado a la República, la guerra civil y parte del franquismo lo había escrito el profesor Juan Sardá Dexeus. Era un eminente economista catalán que había vivido la contienda y pasado a la zona «nacional». Tras una etapa en Venezuela, asumió la dirección del Servicio de Estudios del banco y había sido un personaje muy importante en el Plan de Estabilización y Liberalización de 1959.

En el prólogo de aquel libro se había deslizado una frase imprudente. No había quedado nada del oro enviado en 1936 a Moscú. Era incluso posible que la República debiese algo a la Unión Soviética. Tal prólogo, fechado en junio de 1970, se había escrito para el entonces gobernador, precisamente Mariano Navarro Rubio. Estaba a punto de dejar el cargo. Había sido el ministro de Hacienda en la época de la estabilización. La frase en cuestión decía así:

> son muchos los lugares comunes que arrumba definitivamente al desván de los trastos inútiles y muchos los esclarecimientos que aporta a puntos hasta hoy oscuros. La ortodoxia financiera del Banco durante la República, *el posible saldo acreedor de la Unión Soviética en el asunto del oro del Banco de España*, la habilidad financiera de los encargados de la economía en la zona nacional.

Se rumoreaba el nombre del auténtico autor del prólogo, que, de ser ciertos los mensajes transmitidos por radio macuto, había ganado una cátedra en la Facultad de Económicas de la Complutense y en cuyas oposiciones servidor había estado de mirón.

Navarro Rubio había enviado el libro a los distintos

ministros, altos cargos de la Administración, pero tal vez sin preverlo cayó en el torbellino de una querella entre Alberto Monreal y el ministro de Asuntos Exteriores y *darling* de Franco, Gregorio López-Bravo. El primero aprovechó la ocasión para, en pleno consejo, atacar duramente a este último, quizá sin saber que lo que en Santa Cruz se pretendía era poner en marcha un proceso para llegar a establecer relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.[3] Palabras mayores.

Franco montó en cólera y ordenó que se fulminara a Sardá. Rápidamente la Alta Administración lo rodeó con los necesarios escudos protectores. Su hoja de servicios era impecable. En este punto, las informaciones que me dieron Fuentes Quintana y Varela Parache coincidían en todo. En Exteriores se consideró que una retirada a tiempo era (casi) una victoria y la cosa no pasó de ahí. Las relaciones diplomáticas se dejaron para mejor ocasión. Tampoco las establecieron los inmediatos sucesores de López-Bravo. Hubo que esperar a la muerte de Franco. Todo esto no lo supe entonces, sino mucho más tarde. El hecho es que la dictadura se pasó todo su tiempo histórico despotricando contra los «rojos», la «escoria de la nación» —en inmortales palabras de Franco ante el Consejo Nacional del Movimiento— expoliadora del tesoro nacional. El mito lo ha recuperado en estos últimos años Vox, siempre a la defensa de los imprescriptibles valores patrios.

Fuentes Quintana se vio afectado por el cese de Monreal. Había preparado un plan de reforma del sistema impositivo español que no gustó en absoluto a SEJE. En Wikipedia se afirma que continuó en el puesto hasta 1976.[4] Cuando terminé mis investigaciones se las presenté y, tras un pequeño interregno en la dirección del Instituto, con ellas se encontró el nuevo director, y amigo de don Enrique, el profesor Albiñana, inspector de los Servicios del Ministerio de Hacienda y gran experto en el sistema fiscal español. Nos conocíamos perfectamente desde que fui alumno suyo en el último curso de la licenciatura y nos veíamos en las reuniones de la cátedra de Hacienda

Volviendo a los resultados de mi entrevista con el gobernador, la consulta en el despacho del profesor Sebastián duró solo un par de días. Era imposible para él recibir visitas con un pobre desgraciado que se achicaba todo lo que podía tras un montón de papeles en una mesita de la esquina. Me trasladé, pues, al antedespacho. En aquel convulso comienzo de curso de 1975 iba al Banco de España casi todas las mañanas cuando no viajaba a Valencia, copiaba a mano largas listas de cuadros y comunicaciones —que todavía conservo— y me desesperaba.

Por fin falleció Franco, «el inmorible», y se decretó luto nacional. Me puse corbata por segunda vez desde 1961 —la anterior fue en Washington, porque la pajarita se me había olvidado con las prisas y entonces no se iba a la oficina sin alguna de ellas— y un brazalete, ambos negros. No era cuestión de hacer gestos perfectamente prescindibles. Suspiraba cada vez que el subgobernador pasaba delante de mí al entrar en su despacho. «¡Qué tragedia!», solía exclamar. La respuesta era invariablemente: «¡Una gran tragedia, don Mariano!». Las secretarias del subgobernador me tomaron cariño y solían traerme café con leche y churros.

También pasé por algunos otros archivos, el del Servicio Histórico Militar, el de la Guerra Civil en Salamanca y el de la Delegación de Hacienda de Burgos. En este último se conservaba la documentación correspondiente a la Suscripción Nacional en materia de metales y piedras preciosos.

En todos ellos apliqué el método perfilado en Alemania. Me abstuve de establecer hipótesis y, sobre todo, de escribir. Cuando me asaltaba la tentación, la rechazaba. Siempre traté de ampliar lo más posible el volumen de EPRE, es decir, la base documental. Esto no significa que no

le echara un vistazo rápido. Aspiraba a adquirir todo lo que pudiera, ya estuviese relacionado con el tema en cuestión o no. Mientras hacía tal acopio, procuraba no leer literatura secundaria. En este caso no fue difícil, porque la que había no servía prácticamente para nada.

En general los legajos, ya fuese en Bonn, Berlín, Coblenza, Hamburgo, Burgos o Madrid, contenían artículos y recortes de periódicos, algo que siempre es útil para precisar referencias temporales. En el Banco de España sí se me permitió fotocopiar este tipo de materiales. El trabajo, sin embargo, era lento porque transcribir la información contable de los papeles de Negrín resultó muy penoso. Supongo que el gobernador no quería que su preciado tesoro pudiera ir a parar a manos irresponsables si me permitía fotografiarlo o fotocopiarlo. Me consolaba pensando que muchos ilustres precursores de la investigación histórica habían trabajado en poco más o menos las mismas condiciones. Los ejemplos que me venían a la memoria eran el padre de la moderna historiografía alemana, Leopold von Ranke, y, entre los españoles, Ramón Carande.

A los pocos meses de trabajar en el antedespacho me ocurrió un incidente gracioso. Yo iba y venía por tren o en avión a y de Valencia y nunca perdí una clase. Naturalmente, solicité la oportuna compatibilidad, porque mi destino madrileño radicaba en el Instituto de Estudios Fiscales y el Ministerio de Hacienda. Educación, tan veloz a la hora de haber aceptado el recurso a que ya he hecho referencia, tardó en responder varios meses. Cuando por fin reaccionó, lo hizo por medio de un tajante oficio dándome un plazo perentorio, algo así como una semana, para que optase por la cátedra en Valencia o por mi destino en Madrid.

La argumentación era correcta. El plazo, tal vez no. Evidentemente, hubiese optado por la cátedra, pero tras informar a Fuentes Quintana acudí al Ministerio de Comercio. El subdirector general de Personal, César Pradilla, me adscribió ni corto ni perezoso a la Delegación

Regional de Comercio de Valencia como jefe de la Sección de Organismos y Estudios Comerciales con fecha del 1.º de julio de 1976.6 Al tener dos destinos en la misma ciudad, la compatibilidad era posible. Estuve riéndome durante semanas del funcionario —o de los funcionarios— de Educación imaginando la cara que pondría(n).

Ahora me resulta curioso recordar aquellos tiempos. La transición pugnaba por abrirse camino, pero yo continuaba encerrado en mi pequeño mundo. Seguía de cerca los acontecimientos, pero eso no me apartaba de las presiones generadas por la acumulación de trabajo. ¿Cuál fue la recompensa?

Nada más llegar al Instituto de Estudios Fiscales, Albiñana leyó mi manuscrito. Me felicitó efusivamente y lo envió a imprenta. No sé si lo hizo *motu proprio*, en el ejercicio de sus nuevas responsabilidades, o consultó con alguien en el ministerio. Era un trabajo esencialmente estadístico y contable, pero con una aportación documental de primera magnitud. Quedó en claro que Franco y sus altos funcionarios habían seguido la operación del oro y de la plata, que conocían a la perfección muchos —aunque no todos— de sus pormenores, que no ignoraban que se había atenido a normas legales republicanas y que todos los esfuerzos por impedir el traslado, en ocasiones con la preciosa ayuda nazi, habían resultado baldíos.

Iniciales aportaciones a la financiación de la guerra civil

Era obvio que la República no hubiese podido encarar una guerra larga contra la no intervención, las potencias fascistas y los ataques de los sublevados sin haber recurrido al oro del Banco de España. Hasta mi investigación, los vencedores habían tergiversado la operación todo lo que pudieron. Se habían extraído y desfigurado multitud de testimonios. En particular se había ocultado el «oro de París». Aunque parezca increíble, este último nunca se había reclamado. La tergiversación continuó mucho después hasta, prácticamente, el momento de escribir estas

líneas.

Lo que se pasó al público por tal reclamación no fue tal. El gobierno francés devolvió tras el final de la guerra civil el remanente generado en un depósito hecho por el nuevo Gobierno republicano en la agencia del Banco de Francia de Mont-de-Marsan en 1931 con el fin de obtener un crédito. Algo suficientemente conocido y aireado en la época. En 1936, la moneda francesa se devaluó oficialmente y por consiguiente apareció un residuo en oro a favor del gobierno español. Pero ¿qué gobierno? Desde Burgos, el Banco de España «nacional» lo reclamó como suyo. El republicano también. Intervinieron los tribunales y, naturalmente, las consideraciones políticas. Los gobiernos franceses se refugiaron tras una serie de dilaciones mientras la cuestión se dirimía ante los tribunales. No se llegó a una solución definitiva hasta que terminó la guerra. Una casualidad. Después, se entregó al Gobierno de Franco, que lo celebró como un grandioso éxito político. Y así se dio el «pego» a los vencedores, a los derrotados, a los periodistas y a la opinión pública. Algún que otro historiador proclive al régimen se «tragó» tal versión mucho después.

Tampoco se conocía demasiado cómo empezó a emplearse la contrapartida de las ventas de oro en París —de lo de Moscú, oficialmente *rien de rien*—. Hubo que improvisar tanto en base a una serie de decretos reservados —ignorados todos olímpicamente salvo uno, el que autorizó el traslado fuera de Madrid de las reservas metálicas del Banco de España— como en la movilización tras su venta al Gosbank soviético para adquirir armas con su contravalor. Así empezó la saga del rearme «clandestino» de la República, porque la no intervención cerró la puerta a la posibilidad de acudir a los arsenales de las democracias y la puso en manos de los «mercaderes de la muerte» o, simplemente, de los traficantes de armas.

Otorgué mucha importancia a cómo se distribuyeron las divisas entre los encargados de velar por la adquisición de armamentos y puse énfasis en algunos ejemplos de sabotaje de la banca francesa y británica para obstaculizar

las transferencias internacionales de la República. Resalté, en particular, el caso del Midland Bank —que luego un historiador británico negó que se hubiera producido sin, naturalmente, decir ni pío de las pruebas documentales que aporté—. Todo ello sirvió a un escritor desvergonzado, un tal José María Zavala, muy alabado e incluso prologado por el profesor Payne, para dar la vuelta a la operación y presentarla muchos años después en una serie de ataques personales sin el menor interés.7 Por cierto, tan avispado autor sigue, en el momento de escribir estas líneas, anegando las librerías con los productos de su simpar ingenio aplicado a numerosos otros temas.

También subrayé el secretismo con que se rodeó la operación en Moscú y la decisiva intervención de la Banque Commerciale pour l'Europe du Nord, parisina, a la que acudió Negrín para evitar las nada amables interferencias del sistema bancario occidental. Mi redacción fue aséptica en lo posible. Ejecuté el encargo de Fuentes Quintana lo mejor y lo más profesionalmente que pude. En mi natural inconformista quedó, sin embargo, una gran admiración ante el coraje y el desamparo republicanos.

Dediqué un último capítulo a los esfuerzos franquistas por movilizar el oro y la plata en manos del público a través de las oportunas suscripciones nacionales y sus resultados. Destaqué que se trataba de una contribución al estudio, entonces todavía poco elaborado, de la financiación de la guerra civil en el plano exterior. No mencioné ni una sola vez al profesor Velarde, que tan estúpidamente había desfigurado el sentido de mi primer libro.

Por último, aunque mi investigación se publicó en tamaño de bolsillo, como correspondía entonces a la colección del Instituto de Estudios Fiscales, me pareció conveniente dedicar 130 páginas (de las 618) a la reproducción de documentos olvidados o, simplemente, desconocidos. No todos estaban relacionados con el oro, sino también con la economía de la España republicana. Había dictámenes ignorados del Banco de España

«nacional», un informe a los accionistas de Luis Nicolau d'Olwer, gobernador del republicano, que contrapuse al de Antonio Goicoechea, su equivalente franquista, y otros materiales que completaban los expuestos en el cuerpo de la obra. Desde entonces han sido del dominio público las disposiciones legales reservadas que ampararon la movilización del metal.

En noviembre de 1976, el libro, titulado asépticamente *El oro español en la guerra civil*, se remitió a la prensa económica y a altos cargos de la Administración. Creo recordar que escribí algo en un periódico. La reacción fue inmediata. Albiñana recibió instrucciones de parar la distribución. Era preciso estudiar las implicaciones políticas. Algunas revistas, *Cambio 16* y *Actualidad Económica*, se hicieron eco del caso. Anuncié mi sorpresa en no recuerdo qué emisión de televisión. ¿Resultado? Cero. No se me dieron explicaciones. Todo ello me sentó como un tiro. ¿Iba a repetirse el episodio del libro del Banco de España? Surgieron los inevitables «sabihondos». El primero, un coronel llamado Jesús Salas Larrazábal que había escrito un libro, un tanto infumable, sobre el suministro de armas extranjeras a los dos contendientes.

No tuve, pues, el menor reparo en pasar al contraataque maldiciendo de paso a la Administración, que me dejaba a los pies de los caballos. Me preocupé de difundir mis tesis a medida que iba aumentando el escándalo. *Información Comercial Española* publicó una larga reseña escrita por un compañero de cuerpo y amigo, Fernando Eguidazu, en enero de 1977. En otro país esto hubiera sido impensable, pero en aquel período el franquismo institucional ya había entrado en fase terminal tras la aprobación de la Ley para la Reforma Política.

Formalmente, me comporté como funcionario disciplinado, aunque no estúpido. Mi reacción fue remitir a la Superioridad, es decir, al ministro de Hacienda, el 9 de diciembre de 1976 por el conducto reglamentario un memorándum en el que exponía la situación.[8] No tuve mucha mano izquierda, porque una semana más tarde fue

cesado. Se llamaba Rafael Cabello de Alba. Su sucesor fue el conocido empresario Juan Miguel Villar Mir, que apenas si duró medio año. Tampoco pensé que algo haría el siguiente, un ilustre desconocido llamado Eduardo Carriles. Es cierto que con la situación económica del momento bastante tenían de qué ocuparse. Por si fuera poco, no solo discrepé abiertamente de la interpretación convencional franquista, sino también de la aducida por Navarro Rubio en el prólogo de la famosa historia del Banco de España. Un viejo militante socialista, cuyo nombre no viene al cuento, declaró que servidor estaba equivocado. Él había estado en París de agregado comercial y sabía más que yo del asunto. La imprudencia no tiene adscripción política.

El oro de Moscú me acompañó por lo menos treinta años. Demuestra, eso sí, que servidor no era ya tan imbécil como para tragarse la mitología franquista. Es más, había logrado aclarar lo que la dictadura fue incapaz de hacer en todo su recorrido histórico y eso que no sabía todavía lo que mucho más tarde llegué a descubrir.

El 9 de febrero de 1977, España y la Unión Soviética establecieron relaciones diplomáticas formales. Si el ministro Carriles tuvo algo que decir, no he logrado aclararlo. La prensa ultra y el búnker franquista, con el notario Blas Piñar y sus cachorros de Fuerza Nueva a la cabeza, clamaron al cielo. De la Cierva publicó en *El País* (23 de febrero) un artículo sobre el extraño caso de un Estado que secuestraba sus propios libros. Como exjefe de la censura, su reconversión no carecía de cierto tupé. Era de agradecer, y así se lo escribí, pero nunca explicó por qué salió en mi defensa. A lo mejor ya se estaba poniendo en valor de cara a alguna cartera ministerial —que consiguió años más tarde.

La revista *Newsweek* —que se leía mucho en Madrid en aquella época— publicó una corta pero incisiva noticia: mi trabajo corría el peligro de ser destruido. Me pilló dando clase en Valencia y, naturalmente, monté en cólera. Así empezaron los nazis. ¿Iba a hacerlo también la nueva Monarquía? Tuve una entrevista muy tensa con el

secretario general técnico de Hacienda José María Álvarez del Manzano, posterior alcalde de Madrid. Me dijo que se había retirado a instancias de Exteriores.[9] Si en el Palacio de Santa Cruz quisieron minimizar el eventual impacto, el tiro les salió por la culata. Mucho más tarde me enteré de algunas interioridades que he ido desgranando en sucesivas publicaciones, sin precisar nombres por falta de documentación al respecto.

La dictadura se pasó su vida denunciando el «robo» del oro —aún hoy hay gente que se lo cree—. En Exteriores habían dado vuelta al tema ochenta veces, pero si llegaron a saber lo que pasó es imposible asegurarlo porque en un momento indeterminado «alguien» se llevó consigo todos los papeles que pudo. No me es posible identificar quién fue, aunque los sospechosos en los que siempre he pensado no pudieron ser más de tres o cuatro. Y aquí tenemos un ejemplo de la «probidad» de ciertos dirigentes y/o altos funcionarios del franquismo. *Dejaron al Estado español en cueros vivos de cara a defender, si es que era posible, la sacrosanta reivindicación del oro*. *Grandes y sublimes patriotas*. Todos han pasado a la historia rodeados de alabanzas y cargados de condecoraciones.

Por lo demás, mi nueva calidad de autor proscrito fue flor de un día. En junio de 1977, tuvieron lugar las primeras elecciones democráticas desde 1936. Pocas semanas después, Fuentes Quintana ascendió a la vicepresidencia del Gobierno para Asuntos Económicos y asumió la nueva cartera de Economía. En Hacienda, el recién nombrado ministro Francisco Fernández Ordóñez, que ya me conocía, extrajo rápidamente las oportunas consecuencias. Me llamaron y me dijeron que apelaban a mi sentido de la responsabilidad como funcionario para no levantar ningún «pitote», porque el libro saldría a la calle sin mayor problema. ¿Qué iba a hacer? Dar las gracias y continuar trabajando.

Era, en efecto, muy consciente de que el libro desvelaba solo una parte, aunque fuese la pieza angular, de una operación mucho más vasta y compleja. Parecía indudable que la República había podido sostener la contienda gracias al armamento soviético, pero quedaban numerosas áreas temáticas por explorar. Apenas si había tocado el contexto internacional ni las pugnas internas republicanas. Menos aún las acometidas franquistas.

Con todo, había solicitado a Albiñana que me diera un buen número de ejemplares para distribución a amigos y colegas. Fui enviándolos a revistas extranjeras para su recensión, a periodistas y a personajes republicanos todavía en vida. Entre ellos figuró Marcelino Pascua, el exembajador en Moscú y París. Residía en Ginebra y no tardamos en iniciar un intenso intercambio epistolar. Me invitó a ir a verlo. Le rogué que esperase al mes de agosto, cuando me tocaban las vacaciones. Cometí, sin saberlo, un grave error. Falleció a principios de junio de 1977, sin llegar a ver el triunfo electoral de su partido. Sin embargo, había dejado encomendado a su albacea y secretario, un alicantino llamado José Guillén, que me diera acceso a todos sus libros y papeles. Fui, pues, a Ginebra, donde Díaz Mier, en puesto como técnico comercial ante el GATT, me alojó durante quince días.[10]

Fotocopié todo lo que me vino en gana. No era suficiente para colmar los huecos que subsistían y siempre he lamentado que por mor de mis obligaciones funcionariales no hubiera ido corriendo a Ginebra a entrevistarme con Pascua. Aunque todavía ignoraba mucho de la operación, y no había entrado a abordar las relaciones hispano-soviéticas durante la guerra civil, su testimonio hubiese sido precioso. Me adelanto a subrayar algo de lo que siempre fui consciente: *no todo lo que es necesario saber para reconstruir o pergeñar un panel del pasado se encuentra necesariamente en los archivos, oficiales o no. Ahora bien, sin conocer lo que en ellos haya no es posible plantear preguntas inteligentes a los eventuales testimonios orales*.

En cualquier caso, inmediatamente me propuse

aprovechar los papeles de Pascua y situar la operación del oro dentro del marco de la política de resistencia republicana contra la sublevación. En aplicación de tal principio, en una segunda tacada prescindí de numerosos detalles técnicos del libro anterior e incorporé un esquema del entorno internacional en el que se desarrolló la operación. Con los nuevos papeles de Ginebra, y otros que no había utilizado, incorporé la parte política y diplomática que había dejado de lado y me detuve espaciadamente en algunos aspectos que solo había rozado. El resultado fue previsible: poco a poco fui adquiriendo una visión más completa de la operación y amplié las páginas basadas en el dosier Negrín. Hablé con viejos conocidos que sabían algo de la operación. La conclusión no varió.

Continué afirmando que, en el estado del conocimiento a que había llegado, era imposible defender que la Unión Soviética hubiese resultado acreedora de la República. Es verdad que había hecho dos préstamos al gobierno español, pero uno parecía haberse pagado y el segundo no había llegado a utilizarse. Es más, ya próximo el amargo final, Negrín, presidente del Consejo y ministro de Defensa Nacional, y su ministro de Hacienda y Economía, Francisco Méndez Aspe, cursaron instrucciones a los embajadores en París, Londres y Washington. Antes de que los gobiernos cerca de los cuales estaban acreditados reconociesen a Franco, debían transferir a cuentas particulares los saldos que quedasen en las cuentas oficiales para evitar que se embargaran y cayesen en poder de los vencedores.

Mis resultados los publicó Grijalbo en 1979 en un libro titulado *El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista*. Por supuesto, en esta ocasión ya no hubo que pasar por ningún tipo de censura. Se agotó de inmediato y, lo que son las cosas, me negué tercamente a que se reeditara. Era consciente de que no había agotado el tema. Por otro lado, necesitaba un descanso.

Con don Enrique en la cartera de Economía y de segundo vicepresidente del Gobierno supuse que no tendría dificultades en acceder a otros archivos. Y así fue. El mismo

ministerio que había obedecido a los deseos del Palacio de Santa Cruz no tardó en abrirme las puertas y, en particular, la habitación —un tanto cochambrosa— en la que se guardaba lo que podría denominarse como el archivo reservado del departamento, entonces a cargo del oficial mayor.

En él se encontraban indicios muy someros, pero suficientemente indicativos, de que el ministro de Hacienda que había favorecido la publicación de la historia oficial del Banco de España se había llevado a su probablemente suntuosa mansión documentación relacionada con el oro de Moscú. Se le reclamó, pero que yo sepa sin resultado alguno. ¡Hombre superhonrado, aparte de superfranquista! Es decir, por un lado se achacaba a Negrín haberse quedado con documentos, y todo un héroe de entre quienes ganaron la guerra había sustraído del imponente edificio de la calle de Alcalá papeles y papelines que podrían, quizá, servirle en las pugnas internas de la dictadura. Había, pues, que alumbrar este nuevo capítulo, pero eso requería más esfuerzos y, tras la muerte de Franco, a mí lo que me interesaba era dejar en claro dos circunstancias:

La primera es que no todo estaba dicho sobre el famoso oro, y la segunda, que en algún momento habría que aclarar lo que había pasado tras las bambalinas del régimen cuando en 1956 se recibieron en Madrid, inesperadamente, los documentos que Negrín había conservado con sumo cuidado.

Por el momento, me limité a adicionar al nuevo libro abundante documentación gráfica, es decir, fotografías de oficios, informes, instrucciones, órdenes, ejemplos de las comunicaciones entre Negrín/Largo Caballero y los dirigentes soviéticos, el acta de recepción del oro en Moscú, telegramas de y con la Banque Commerciale pour l'Europe du Nord, facturas relacionadas con los suministros de material soviético y, finalmente, una orden del 9 de febrero de 1939 firmada por el ministro de Hacienda y Economía, Francisco Méndez Aspe, y contrafirmada por el propio Negrín que me pareció imprescindible. En ella se instruía al

embajador de España en París, Marcelino Pascua, para que se transfirieran a la cuenta del contable Pedro Prá López los saldos existentes que figuraban a nombre del embajador. Es decir, en previsión de que Francia reconociera al gobierno de Franco, se obró de tal suerte que los remanentes de la venta del oro de Moscú, y otros, no pudieran ser embargados por las autoridades francesas a petición del nuevo gobierno español.

Reconozco que tales medidas no debieron sentar bien entre los vencedores. Se les escurrían posibilidades financieras. De aquí no tardó en subrayarse que los republicanos se habían escapado con inmensas fortunas. Pascua, desde París, y Pablo de Azcárate, desde Londres, cumplimentaron las instrucciones en el acto. No me quedó muy claro lo que pasó en Washington, pero los importes no debieron de ser muy elevados.

Era consciente de que, a pesar de todos mis esfuerzos, todavía quedaba mucho por saber acerca del tema en cuestión. Las autoridades soviéticas habían publicado algunas obras que alumbraban otros aspectos (políticos, militares, diplomáticos) de la ayuda a la República, pero con escaso aparato documental en los libros que se conocían en Occidente. En todo caso, en cualquier relación bilateral es preciso conocer fuentes de ambos lados para reconstruirla más o menos adecuadamente. Lo que se había hecho por parte española —y que yo mencioné siempre en la medida en que incidía en mi argumentación— era escaso y, en mi modesta opinión, demasiado ideologizado. Por otro lado, eran tiempos en que, como rezaba el dicho, nunca se era suficientemente antisoviético. No obstante, continué afirmando que, de nuevo en el estado del conocimiento a que había llegado, era difícil defender que la Unión Soviética hubiese resultado acreedora de la República.

En aquellos años de la movida madrileña no participé lo más mínimo. Eran tiempos en que incluso amigos míos no se arredraban a la hora de experimentar con drogas. Otros se entregaban a actividades que me parecieron extravagantes. Uno, ya fallecido, que había ido derivando

hacia la extrema izquierda, viajó a Albania. Llegó a estar convencido de que el futuro pasaba por un sistema similar. Había compartido con él la noticia del asesinato judicial de Julián Grimau en 1963 —nos sorprendió empollando en la biblioteca de la Cámara de Comercio de la Puerta de Alcalá — y también había seguido los altos y bajos de su noviazgo con una chica, a quien dejó embarazada. Ambos me pidieron que los ayudase, de forma presencial, en el inevitable aborto. Una escena horrenda en un piso del barrio del Pilar madrileño que no he olvidado nunca. Años después se divorciaron.

8

Política comercial exterior española: más allá de los moldes establecidos

Desde 1976, a los pocos meses de entregar el manuscrito de mi segundo libro, no solo empecé a reelaborarlo para incorporar la documentación de Pascua. También estuve lidiando con las posibilidades y temores que me despertaba otro proyecto de investigación con pinta de ser mucho más excitante. El profesor Rafael Martínez Cortiña, alto cargo del Banco Exterior de España (BEE) en aquella época —llegó a ser consejero delegado—, me ofreció financiar un estudio sobre el tema objeto de este capítulo. Deseaba que, cuando se cumpliera en 1979 el cincuentenario de la entidad, esta pudiera regalar a los centenares de invitados españoles y extranjeros que acudirían a celebrarlo no solo algo convencional, sino también una obra novedosa, académica, rompedora en lo posible y que se distribuiría a las bibliotecas nacionales de los países con cuyos bancos similares el Exterior de España tuviera relaciones.

Para mí era, desde luego, un honor y un desafío. Evidentemente, no podía decir que no a quien me había impulsado a continuar en la Universidad al más alto nivel docente posible. Sin embargo, salvo en lo relativo al período de la guerra no me sentía seguro, o relativamente seguro, en ningún otro. Abarcar el período 1931-1975 me parecía una tarea muy superior a mis fuerzas. Finalmente, Rafael apeló a mi condición de técnico comercial del Estado. Teóricamente, se trataba del pasado de un campo que entraba de lleno en el de mi ejercicio profesional. También caía dentro de nuestra asignatura de Estructura e

Instituciones Económicas Españolas en Relación con las Extranjeras. Sampedro y él estaban más volcados hacia la internacional, cuyo estudio estaba entonces en nuestras universidades muy en mantillas, pero no cabía dejar abandonado a otros el caso español, en principio más fácil e inmediato.

Preparando el asalto a los archivos de la dictadura

Con discusiones sobre estos temas, transcurrieron varios meses mientras yo seguía pugnando por propagar a todos los vientos mi obra secuestrada. Coincidieron con un invierno y una primavera muy movidos políticamente. No daba tiempo a trabajar en el ministerio, en la Universidad, estar presente en la discusión histórica y periodística sobre la guerra civil y el franquismo que ya arrancaba y, encima, identificar lo que podría significar la nueva aventura de investigación.

Tengo que recurrir a mi niñez y temprana juventud para encontrar un período tan largo como el comprendido entre 1974 y 1987 que pasé en Madrid. No es necesario abultar estas páginas con generalizaciones sobre el contexto político. Ya hay bastantes obras y, entre las más recientes, he destacado la de Óscar Alzaga como referencia.

Sin embargo, empecé a reivindicar la figura de Negrín y a solicitar insistentemente la apertura generalizada de archivos. Con el profesor Juan Marichal, participé en una ronda de conferencias en la Fundación Pablo Iglesias, que dirigía entonces Fernando Claudín. No recuerdo cómo en la cena subsiguiente surgió la idea, bien de aquel o mía, de que sería una excelente idea si en la futura Constitución Española pudiera consagrarse el derecho a la consulta de archivos. El diputado Enrique Barón se hizo eco y la pasó a uno de los ponentes constitucionales, el profesor Gregorio Peces-Barba. Apareció en la forma del artículo 105 b CE. Desgraciadamente, tardó mucho en dar resultados como los que de él esperábamos.

En casa de un íntimo amigo mío y de Pedro Solbes de

los tiempos de nuestras respectivas oposiciones, Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, participé en una cena reducida, organizada para un pequeño grupo de diplomáticos, a la que asistió Felipe González como invitado de honor. Como es lógico se habló de política, del momento y de las perspectivas. Espero que no se me considere «pelota» a estas alturas si confieso que el entonces secretario general del PSOE me deslumbró. Creí que era el hombre que se necesitaba en España. Ciertamente, no fui el único.

El profesor Sampedro, suegro de Juan Antonio, me animó a que ingresara en el PSOE. Se trataba de un partido viejo, pero también joven. Como ya he explicado, yo había mantenido algún que otro escarceo con socialistas desde que empecé a salir al extranjero, tanto con los jóvenes de la SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera) en París como con laboristas en Glasgow. Me había impresionado enormemente conocer a la abuela de un compañero de milicias («Fito») cuando fui a visitarla en su casa, ya no recuerdo con qué motivo. Me había enseñado lo que ocultaba por debajo de una medallita de la Virgen que llevaba colgada del cuello. Era un retrato de Pablo Iglesias. En las elecciones generales de 1977, no dudé en presentarme como representante del PSOE en una mesa en el barrio de Argüelles en la que, por cierto, barrió UCD. Me llamó la atención que numerosas personas, entre ellas muchas monjitas, llegaran al local —una escuela— con el sobre ya cerrado que contenía su papeleta.

Hugh Thomas, a quien ya conocía personalmente, vino a Madrid a presenciar las elecciones. Estuve con él varios días, le conté mis impresiones y mi propio análisis y una parte la incorporó a sus artículos de vuelta a Londres. No recuerdo si me citó por mi nombre o no. En aquellos tiempos, una militancia política abierta ya era algo generalmente admitido entre historiadores. Dejando de lado a De la Cierva, Javier Tusell, por ejemplo, no ocultaba su adscripción democristiana y nadie se desgarraba las vestiduras. Tampoco se le discutían por tal razón sus obras históricas. Sin embargo, no hice caso a Sampedro, senador

por designación real en aquella época. Hoy me río, pero entonces tenía razones que me parecían poderosas.

La primera fue que me había significado con dos libros. Uno que había saludado la derecha. Otro que defendía el proceder de la República y que podía interpretarse como de izquierdas, aunque en puridad tampoco lo era. Pensaba que una cosa eran mis sentimientos personales y otra mi labor como historiador. Al valorar la propuesta de Martínez Cortiña, no tenía ni idea de lo que descubriría en los archivos franquistas. A lo mejor nada nuevo. O alguna que otra serpiente. Ya me había familiarizado con la obviedad de que en los archivos dormitan reptiles venenosos que muerden en cuanto se los inquieta. Me pareció que era necesario proceder con la mayor ecuanimidad posible. La segunda razón era que me preocupaba que pudieran reprocharme hacer una historia de tono partidista si ingresaba en el PSOE.

Ahora lo achaco a que aún no había desarrollado suficiente seguridad en mi trabajo de historiador. La tentación, por otro lado, era máxima y me había dejado con la boca llena de baba anticipatoria. ¿Se me abrirían los archivos? Mis dudas duraron varios meses, pero al final opté por la investigación. ¿Hice bien? Hoy, más de cuarenta años después, la respuesta me parece positiva, pero entonces no lo sabía. Me tiré al precipicio sin paracaídas. La decisión fue determinante para mi futuro, desde entonces hasta mi jubilación. De no haberla tomado, es muy probable que mi destino hubiese sido muy diferente. He pensado en escenarios alternativos. Por ejemplo, que hubiese seguido —o, al menos, intentado seguir— a Fuentes Quintana cuando fue nombrado ministro de Economía y segundo vicepresidente del Gobierno. O que me hubiese refugiado en un puesto modesto en la Administración para continuar trabajando en las relaciones hispano-alemanas en las guerras civil y mundial, para lo cual había acumulado un gran volumen de documentación en Alemania. O que hubiese empezado a salir de nuevo al extranjero como consejero comercial.

El hecho es que opté por aceptar la propuesta de Rafael. Debió de ser tras las elecciones de junio de 1977 cuando precisé mis necesidades de cara a la investigación. En primer lugar, lo obvio. No podía cubrir en solitario un período de cincuenta años en el que había fases muy diferentes y en las que era necesario abarcar ámbitos muy distintos. Era preciso constituir un equipo de colegas de quienes pudiera fiarme. Tenían que ser funcionarios y estar familiarizados tanto con partes del período como con los vericuetos administrativos correspondientes. Esto descartaba prácticamente a profesores universitarios. En segundo lugar, tenían que vivir en Madrid. Entonces los medios de comunicación con residentes en otras provincias no eran los que existen hoy. En Madrid podríamos reunirnos y discutir e intercambiar ideas con toda facilidad. En tercer lugar, como el equipo estaría compuesto de funcionarios cabía pensar que no todos podrían ir a archivos. Esta actividad tendría que desarrollarla yo mismo con ayuda de auxiliares. Para eso estaba dispuesto a pedir la excedencia en el Ministerio de Comercio. En cuarto lugar, necesitábamos fondos. La investigación sería costosa. La que desarrollé en Alemania lo había sido y fue mucho menos complicada de lo que sería la futura. Finalmente, habría que adquirir libros e incluso contratar a asistentes que pudieran bucear en algunos archivos extranjeros. Se trataba de cuestiones necesarias, pero no suficientes.

La suficiencia la determinaría si el BEE nos garantizaba el acceso a los archivos españoles. En los más importantes ya había trabajado, pero con un perfil muy definido. Ahora lo que se necesitaba era un mandato amplio. Es decir, que se nos abrieran los archivos hasta, por lo menos, 1959. Este fue el año del Plan de Estabilización y Liberalización, y yo intuía que después no nos serían tan necesarios. Tras la ruptura de la autarquía sería posible utilizar los instrumentos analíticos propios del economista. Los archivos en cuestión ya los conocía mínimamente: Presidencia del Gobierno, Exteriores, Hacienda, Comercio, Banco de España, Centro Oficial de Contratación de

Moneda (COCM) y el Instituto Español de Moneda Extranjera (IEME).

Para entonces había invertido mucho tiempo en seleccionar a los futuros miembros del equipo. Lo formamos tres compañeros de cuerpo (Julio Viñuela,[1] Fernando Eguidazu[2] y Carlos Fernández Pulgar)[3] y un profesor ayudante en la cátedra de Rafael a punto de ingresar en la carrera diplomática (Senén Florensa).[4] El primero se ocupó del pos-1959. El segundo, transversalmente, de la política monetaria exterior y cambiaria, en la cual era un gran experto. El tercero, de preparar una visión general de los años cincuenta, y el cuarto, de la experiencia republicana antes de la guerra civil. Varios auxiliares de investigación completaron el cuadro —una de ellos, Virginia, era la esposa de un compañero de cátedra, Carlos Berzosa, que llegaría a ser rector de la UCM.

Los plazos previstos eran muy perentorios. Como se trataba de celebrar el 50 aniversario del Banco Exterior de España, el libro tenía que distribuirse imperativamente en diciembre de 1979 a los invitados a las ceremonias de conmemoración. No podía haber ninguna demora. El manuscrito debía estar listo en una fecha anterior, que ya no recuerdo, pero que se estableció sin posibilidad de retraso alguno. Rafael Martínez Cortiña nos prometió toda su ayuda y puso a nuestra disposición los recursos del BEE, en el que el director del Servicio de Estudios era nuestro compañero Gonzalo Ávila. Innecesario es decir que nadie había acometido tal tarea. Después de tanteos para compatibilizar trabajo en la Administración e investigación, dejé durante un año el primero. En febrero de 1978 pedí la excedencia voluntaria. De nuevo, el Ministerio se mostró generoso. Antes de tramitar mi petición, la Jefatura de Personal me sugirió que optase por pasar a la situación de supernumerario, ya que la investigación se refería a un tema que caía dentro de las competencias del cuerpo y del ministerio y el BEE era un organismo paraestatal. No me sentí con fuerzas —un error, sin duda— y persistí en mi solicitud, que se aceptó a finales de marzo.

Afortunadamente, conseguí el traslado de la Universidad de Valencia a la de Alcalá de Henares, aunque sin reserva de cátedra. Atendí al deseo del decano de la Facultad de Económicas, Santiago García Echevarría. En ella, el 19 de enero de 1981 llegué a alcanzar el «elevadísimo» puesto de vicedecano. Cumplí, sin más, con mis deberes universitarios. No fueron demasiado exigentes.

Me encargué de la localización y selección del material primario, que distribuí a los demás según sus especialidades. Para entonces solo se podía consultar —pero muy pocos lo habían hecho— la documentación de Exteriores hasta 1945. Existían limitaciones muy estrictas en el acceso al catálogo y no era posible solicitar legajos enteros. Únicamente se permitía a los investigadores que vieran expedientes individuales que los archiveros identificaban en función de las necesidades de aquellos. El sistema era muy parecido al que me encontré en Moscú treinta años después y al que todavía subsiste en algunos archivos españoles, como es el caso del AGA.

Con la autoridad que me daba el permiso otorgado por la Superioridad, me acostumbré a solicitar la fotocopia masiva de expedientes que iba identificando en los legajos enteros, a veces muy gruesos, que se ponían a mi disposición. Tampoco padecí limitación alguna en cuanto al empleo de recursos financieros —debidamente justificado—. De seguir el procedimiento habitual, hubiera sido imposible efectuar la investigación. Gracias a la comprensión del subsecretario, el embajador José Joaquín Puig de la Bellacasa, fallecido en abril de 2021, se allanaron todas las dificultades operativas y no operativas.[5] Supongo que el ministro Marcelino Oreja también estuvo de acuerdo.

La emoción que experimenté al entrar a saco en los fondos del franquismo autárquico es algo que no olvidaré jamás. Las sorpresas, naturalmente, fueron mayúsculas. No conozco a ningún otro historiador español o extranjero que tan tempranamente tuviera la misma suerte. Disfruté de lo

lindo al trabajar en archivos vírgenes, intocados por la investigación académica. Me encontré con que, a diferencia de lo que pasaba —y aún pasa— en otros archivos extranjeros, nadie había seleccionado o alejado ningún material, salvo que se hubiese hecho antes de su llegada al archivo.[6]

Esta investigación, en la que invertí algo más de dos años trabajando a marchas forzadas y de sol a sombra en el primero, fue el crisol en el que entré como aficionado y me forjé como historiador profesional. También contribuyó a definir mi futuro como funcionario. Lo señalaré más adelante. En el plano del trabajo en historia, me familiarizó con la operatividad y el funcionamiento del sistema económico y político de la dictadura, en particular en lo relacionado con la vertiente exterior. No es que no hubiera literatura crítica sobre ambos aspectos, pero carecía de EPRE y se guiaba por fuentes públicas, obras de memorias e informaciones de prensa. Estaban muy empapadas de ideología y la relativa a la política exterior del franquismo había sido mayoritariamente escrita por diplomáticos, académicos conservadores y periodistas próximos al régimen que pasaban por expertos.

De lo aportado por historiadores extranjeros (británicos, norteamericanos, franceses, alemanes, italianos, etc.), podía, en amplia medida, prescindirse, excepto como apoyos puntuales. Entre los españoles, incluso nombres que en aquella época eran deslumbrantes no habían tenido el menor acceso a archivos. Puede parecer que exagero. No es así. Disponía de una biblioteca personal nutrida de obras en cinco o seis idiomas y salvo algunos documentos diplomáticos —generalmente norteamericanos y los alemanes hasta 1945— que se habían dado a conocer, nadie había hollado todavía un archivo español ni extranjero que fuese relevante para el tema en cuestión e ir más allá de los moldes establecidos.

Lo que antecede no es ni autobombo ni crítica. Por formación inicial y por mis experiencias como funcionario estaba en condiciones de conseguir dos objetivos

fundamentales para todo historiador. El primero, dar a conocer nuevas fuentes. El segundo, abrir nuevas perspectivas documentables y documentadas. No de otra forma procedían los autores extranjeros al abordar el funcionamiento del Tercer Reich. El desafío estribaba en ir a la EPRE, tratar de descifrarla y contextualizarla y llegar a conclusiones que se basaran en ella esencialmente, aunque —es obvio— no solo en ella.

En consecuencia, la investigación que emprendimos me sirvió para demostrar *ad nauseam* la tesis de que cualquier enfoque ideológico debía estar disciplinado por la EPRE. Debidamente tratada, parecía posible, siguiendo un proceso inductivo, llegar a conclusiones generales sin dejarse arrastrar por preconcepciones más o menos arraigadas. Este método me había servido en los dos libros precedentes. Lo demostré de nuevo a la hora de coordinar el colectivo. En el tema en cuestión, carecía incluso de preconcepciones, pues apenas si se sabían unas cuantas generalidades de las que se aprendían en la licenciatura. Incidentalmente, el famoso libro de Tamames no servía para nada. Ni siquiera para orientarnos.

La extensión del libro final nos sorprendió. Siendo muy selectivos, llegamos a casi 1.600 páginas. Lógicamente, no tendría venta en el mercado, así que pronto se decidió presentarlo en dos ediciones, una en dos volúmenes que sería la de regalo en el 50 aniversario del BEE, y otra venal, en tres, sin grandes esperanzas de recuperar una mínima parte de la inversión.

Surgió, al final, un pequeño problema. En la parte última del libro, que ya tenía menos apoyo documental del estilo de las dos primeras y utilizaba, como he dicho, el instrumental analítico del economista Julio Viñuela, había calculado los coeficientes de protección efectiva de la producción nacional. Tan pronto se enteraron en el Ministerio para las Relaciones con las Comunidades Europeas, su entonces titular, Leopoldo Calvo Sotelo, quiso que los quitáramos. Aducía que su conocimiento podía perjudicar las negociaciones de adhesión. Confieso que

vacilé, pero afortunadamente Julio se negó a eliminarlos. El libro salió con los cálculos y, que yo sepa, no ocurrió nada.

Tal y como temía, la obra no tuvo una amplia difusión en su edición venal. Ciertamente, no es muy conocida de lectores que no fueran economistas o historiadores profesionales. Pensando en tal posibilidad, recordé al BEE que convenía enviarla al mayor número posible de bibliotecas, tanto españolas como sobre todo extranjeras. Tampoco recibió muchas recensiones. La más negativa se debe al supuesto autor del prólogo a la historia del Banco de España. La escribió en una revista profesional inglesa. Me pareció entonces —hace siglos que no la he leído— un tanto miserable. También debo destacar que tan puntilloso crítico no ha destacado precisamente a lo largo de su carrera académica por innovaciones históricas fundamentales, aunque sí por sus devaneos en política.

Resumir los descubrimientos a que llegamos sería vana tarea. Consciente de que no había cumplido realmente mi primer compromiso con Fuentes Quintana en materia de la financiación exterior de la guerra, dediqué tiempo y espacio al estudio de esta vertiente. Llegué a conclusiones que no han variado mucho desde entonces, si bien he de señalar que las nuevas investigaciones me hicieron abandonar el proyecto que tenía de continuar mi primer libro.

El apoyo de Fernando Eguidazu en materia del control de cambios complementó la investigación puramente comercial. Utilizamos gran cantidad de material primario nunca conocido con anterioridad y completamos el circuito con su prolongación durante la segunda guerra mundial, hollando terreno prácticamente ignoto. Aquí la documentación del IEME fue de gran ayuda. Fui el primer historiador que entró en ella a saco. He narrado muchas veces el berrinche que me llevé cuando mis compañeros en el Ministerio de Comercio me contaron que en un depósito de la calle Bravo Murillo madrileña había grandes cantidades de material. Me precipité y me enteré de que pocos años antes uno de los subdirectores generales, amigo mío, había ordenado tirar a la basura gran cantidad de

documentación. Lo que había en aquel almacén era mucho, pero me dejó desconsolado pensar en todo lo que se habría perdido irremisiblemente. No creo que, a diferencia de otros archivos con mayor contenido político, la destrucción obedeciese a este tipo de planteamientos. El subdirector que la ordenó no tenía mucha simpatía por el régimen de Franco. Hoy lo que ha quedado está en gran medida en el Archivo Histórico del Banco de España.

En los años del franquismo tardío y principios de la transición, se quemaron muchos papeles de Falange y de los órganos de la represión. Evidentemente, con fines de ocultación. En este caso, sin embargo, vemos otra alternativa: *la falta de espacio*. Yo me desesperé: si hubiera llegado un par de años antes… De todas maneras, puse al mal tiempo buena cara. Me sumergí durante unas cuantas semanas en aquella masa de papel y logré rescatar varios legajos, cuyos datos pudimos incorporar al libro. Nadie había conocido, por ejemplo, los resultados que arrojaban los balances de caja, supersecretos, de la autoridad monetaria exterior, el IEME.[7]

Comercio internacional y política exterior siguieron entremezclándose en la dilatada fase de la autarquía. Fue la más larga y también la que más tiempo y preocupaciones nos ocasionó. No había habido hasta entonces un estudio tan pormenorizado. Después han aparecido otros, en particular en tesis doctorales que, más o menos aligeradas, se han publicado. Los he ido adquiriendo paulatinamente, pero no recuerdo ninguno que impugnara en lo fundamental nuestra reconstrucción. Como el conocimiento del pasado es, por definición, provisional y contingente, se han hecho retoques, se han aclarado extremos que dejamos de lado y, gran mérito, se nos ha plagiado vilmente en numerosas ocasiones.

Uno de los grandes secretos del franquismo

El trabajo se publicó a finales de 1979. Prácticamente, a los cuatro años de la desaparición del mitificado Caudillo. Ni

siquiera en la República Federal de Alemania (fundada en 1949), que suele citarse como ejemplo de desnazificación acelerada —por muy abundantes que fueran las cortapisas que la rodearon—, es posible encontrar una rapidez tal en cuanto a revelación de secretos de Estado en ningún autor, alemán o extranjero, que me venga a la memoria. Hay que tener en cuenta que nosotros empezamos la labor a los dos años, como mucho, del fallecimiento de Franco. Dejo, naturalmente, de lado toda la documentación que sirvió de base a las potencias ocupantes para juzgar los crímenes y maldades del régimen nacionalsocialista. En nuestro caso, tres funcionarios que habíamos pasado las oposiciones en los años sombríos del franquismo tardío, y dos que lo llegaron a ser después, nos adelantamos a todos nuestros colegas de las democracias occidentales, incluso las más respetadas.

En las circunstancias que he descrito, nos basamos no en premisas ideológicas —no había ni tenía por qué haber coincidencia de opiniones entre nosotros—, sino en documentación primaria relevante de época, EPRE pura y dura. ¿Sirvió para algo? A la vista de las distorsiones y burdas mentiras que siguen propalándose en España hasta el momento de escribir estas páginas (2023), la respuesta puede inclinarse más bien hacia la negativa. Vuelve a encumbrarse la figura de Franco como autor, activo o pasivo según los gustos, del «milagro económico» de los años sesenta. A veces incluso de forma pintoresca. Dentro de los límites establecidos por el objeto de la investigación, la forma de trabajo que ideamos de la manera más operativa que se nos alcanzó a discernir fue la siguiente:

a) servidor se dedicó a localizar lo más aceleradamente que pudo la EPRE respectiva, que fui distribuyendo por temas a los demás compañeros. En el caso del franquismo en funcionamiento, esto implicaba la guerra civil y el régimen hasta 1960 aproximadamente;
b) en el ínterin, Senén y Julio empezaron a elaborar sus partes respectivas, mientras que Fernando y Carlos

iban pensando en sus ámbitos de competencia con la información que ya tenían de fuentes secundarias y textos legales;

c) a medida que iba encontrando en los archivos documentación que podía serles de utilidad se la pasaba para que fuesen enriqueciendo sus reflexiones;
d) siguiendo un procedimiento iterativo, me mantenía al corriente de sus progresos y me reservé la forma de integrar sus aportaciones en el texto en general, que discutía previamente con cada uno;
e) por último, todos leíamos los textos más o menos finales teniendo en cuenta los plazos perentorios que se nos habían impuesto.

Que yo recuerde, quedamos contentos. Como hurón que hurgaba en los archivos, era consciente de que todas las catas que hiciera serían insuficientes. El material existente era, simplemente, inmenso. Así que continué investigando en ellos incluso después de haber entregado el manuscrito, ya consensuado en el equipo, al Servicio de Publicaciones del Banco de España cumpliendo el plazo señalado. No nos dio tiempo a extraer las conclusiones que se imponían. En otros trabajos esto no sucedió.

El sistema que entonces se nos ocurrió lo apliqué posteriormente a otras investigaciones que realicé o que me tocó dirigir y a las que aludiré en su momento. Solo introduje matizaciones técnicas en virtud de las diferentes circunstancias en que tales trabajos se produjeron. También ocurrió lo que ya sabía de mis dos investigaciones previas: donde menos se espera salta la liebre. En el caso de mi tesis doctoral sucedió con los informes de Canaris sobre sus andanzas en España en los años veinte. En la del oro, con las ventas del metal amarillo al Banco de Francia. En este nuevo caso, con el descubrimiento de una conferencia de Franco a la Comisión Delegada del Gobierno para Asuntos Económicos en 1957. A ella me referiré en un capítulo posterior.

Naturalmente, me cabe la responsabilidad por el

conjunto de la obra, pero siempre di todo el reconocimiento posible a los demás miembros del equipo. En sus aportaciones introduje modificaciones, al igual que todos ellos introdujeron las suyas en las mías. Yo aporté poco al capítulo sobre los años de la República en la paz, que escribió esencialmente Senén, salvo los problemas ligados al control de cambios, que era el tema que Fernando dominaba a la perfección. No hice demasiados comentarios a los temas referidos a los regímenes legales y administrativos de las exportaciones e importaciones y dicho control en los capítulos posteriores también lo abordó él. Respeté las consideraciones generales sobre la economía en los años cincuenta que fue destilando Carlos y mi contribución fue muy parca a la de Julio en los años posteriores al 1959. A cada cual, lo suyo. El mérito fue de todos.

Por el contrario, asumo la responsabilidad plena en la identificación y análisis del período 1936-1959 en numerosos otros aspectos. Aquí me encontré con varias posibilidades en las que no había pensado.

a) Ante todo, en examinar y reconstruir en lo posible la vertiente de las relaciones económicas y comerciales con las potencias fascistas en la guerra civil y la posguerra. La documentación española que descubrí se adelantó a su tiempo, aunque no haya sido considerada demasiado por historiadores extranjeros que han creído conveniente concentrarse en la de origen alemán, italiano o anglosajón. Algo, en mi modesta opinión, que no se tiene en pie, pues las relaciones bilaterales implican tener en cuenta la EPRE de todas las partes.
b) La de situar la generación de los proyectos de autarquía más o menos fascistoide —incluso negada por los autores proclives a la dictadura— en las dos situaciones de guerra civil y mundial y en su disfraz bajo el manto del tan exagerado cerco internacional al régimen. En ello tuve que abordar las características del período tal y como se desprendían de la

documentación interna del régimen franquista.

c) La progresiva mejora del aislamiento del mismo a finales de los años cuarenta y la tabla de salvación económica, política y de seguridad que representaron los pactos de Madrid de 1953.
d) Las raíces profundas de la marcha hacia el hundimiento de la política de sustitución de importaciones —nueva versión, «latinoamericanizada», de la autarquía.
e) La génesis a largo, medio e inmediato plazo, directa e indirectamente, del Plan de Estabilización y Liberalización de 1959, la única de carácter estratégico en materia económica en tiempos de Franco y que iba en contra de las tendencias y concepciones de la élite más franquista y del propio Caudillo.

Estos énfasis llevaron a subrayar algunos fenómenos endémicos en lo que denominamos el primer franquismo (1936-1959), al menos en el plano económico: corrupción generalizada, estraperlo, explotación de la mano de obra, mercado negro en los *inputs* y en los productos a que se incorporaban, predominio de la ideología sobre la racionalidad, paciencia infinita —«ya nos comprenderán»—, enriquecimiento de las élites aprovechando los mecanismos de fusión entre los intereses de la dictadura y el sector privado, resistencia al cambio en el propio Franco y su entorno inmediato (Carrero Blanco) y, no en último término, reconocimiento temprano en los escalones superiores de la propia Administración de que el sistema impuesto era difícilmente sostenible.

Algunos de los descubrimientos que afloramos en la investigación fueron, en gran medida, fruto de la combinación de dos factores: ante todo, el azar; en segundo lugar, la intuición del historiador.

En mi experiencia de investigación en archivos o de documentación primaria nunca desestimé el primer factor, la casualidad, así que siempre me he mantenido alerta a la posibilidad de que donde menos lo esperaba saltase una

liebre. En esta ocasión también ocurrió. Recuerdo que andaba buscando datos sobre problemas comerciales entre el régimen y Estados Unidos en los años cuarenta y cincuenta. Había sido uno de los soportes fundamentales en el suministro de productos petrolíferos en la guerra civil y en la mundial y, algo que se sabía, había apoyado a la dictadura a través de los archifamosos Pactos de Madrid de septiembre de 1953. También había ayudado económicamente a la maltrecha España después. Servidor recordaba la mantequilla de tal origen que nos traía a casa un tío nuestro que era chófer en la embajada estadounidense.

De pronto, me topé con un expediente muy delgadito. Estaba dentro de un voluminoso legajo lleno de detalles de operaciones comerciales que no me parecían mínimamente interesantes. Contenía una página que reproducía la «Nota adicional al párrafo segundo del artículo III del convenio defensivo entre los gobiernos de España y de los Estados Unidos». Lo leí y me quedé atónito. Ni en sus peores sueños los antifranquistas convencidos hubieran podido pensar en ver algún día protocolizada, negro sobre blanco, la prueba documental de la sumisión de la dictadura a las decisiones de seguridad de Estados Unidos. La sorpresa, lo reconocí después, debería haber sido relativa, habiendo intuido que Franco simplemente cambiaba de protector y había pasado de la Alemania nazi a la gran potencia norteamericana.

Naturalmente, en el acto cambié de orientación. A partir de entonces, los legajos a los que mayor atención presté fueron los que, mal que bien, demostraban el acercamiento político entre Madrid y Washington. Al cabo de unas cuantas semanas, cuando ya me había formado una impresión de lo que había ocurrido, pero que siempre se había ocultado cuidadosamente a los españoles, fui a ver a Martínez Cortiña. Le confesé que no podía imaginar que en el libro en gestación el tema no figurase de forma prominente. Ahora bien, temía que, en atención al momento político que vivíamos, allá por 1978, con los debates generados por la formulación de la futura

Constitución y las tensiones que despertaban por un lado la extrema derecha y, por otro, el terrorismo etarra, su postura pudiese ser negativa. Me equivoqué rotundamente. Rafael me alentó a incluir en el libro el tema, sus antecedentes y sus consecuencias.

Así lo hice, bien consciente de que no se agotaba en las pocas páginas que a los aspectos políticos y de seguridad podían dedicarse en un estudio de corte económico y académico. Durante semanas enteras me dediqué a reorientar lo que ya había ido escribiendo. La cláusula supersecreta se reprodujo en el segundo tomo (edición no venal), en las páginas 769-770. En otros documentos españoles se caracterizó de «nota adicional sobre utilización bélica de las bases». Es, exactamente, lo que era y que reproduzco a continuación:

> En caso de evidente agresión comunista que amenace la seguridad de Occidente, podrían las fuerzas estadounidenses hacer uso de las zonas e instalaciones situadas en territorio español como bases de acción contra objetivos militares, en la forma que fuera necesario para la defensa de Occidente, a condición de que, cuando surja tal situación, ambos países se comuniquen, con la máxima urgencia, su información y propósitos. En los demás casos de emergencia, o de amenaza o de agresión contra la seguridad de Occidente, el momento y el modo de utilización de las zonas e instalaciones situadas en territorio español serían objeto de consulta urgente entre ambos gobiernos, y serían determinados a la vista de las circunstancias de la situación creada.

Prudente, dediqué solo dos páginas a los comentarios que me parecieron más imprescindibles, pero di las referencias oportunas: legajo R-12028, expediente 1. Señalé que en el mismo figuraba una crucial colección de documentos muy significativos. Toda la reconstrucción de las relaciones bilaterales hispano-norteamericanas en lo político, en lo económico y en lo comercial fue revisada a la luz de lo acontecido e ignorado en setiembre de 1953 y la evolución posterior. Nos detuvimos premiosamente en los pormenores que habían acompañado la concesión del

primer préstamo, años antes, de Estados Unidos a España, a la significación que cabía atribuir al desglose de la cartera de Industria y Comercio en dos y en la que Manuel Arburúa ocupó esta última, a los esfuerzos por introducir una política comercial algo más racional visto cómo evolucionaba el comercio exterior bajo un sistema de tipos de cambios múltiples y, finalmente, sacamos a relucir el ignorado programa dólar-peseta y la intervención del cambio en Tánger, una línea de actuación política que hasta entonces se había ignorado y que Fernando analizó con mano maestra.

Fue la primera vez que todo lo que precede se iluminó en España con documentación interna. Nos adelantamos varias leguas a los numerosos autores extranjeros, sobre todo norteamericanos, que habían escrito largo y tendido sobre las relaciones bilaterales, pero que desconocían la materialización y las implicaciones de su auténtica espina dorsal.

Siempre fui consciente de que las exigencias del guion que subyacía a aquella obra obligaban a dejar de lado muchos aspectos que no eran fundamentales para la total comprensión de los pactos de 1953. No me parecía posible introducir más elementos en una obra patrocinada por una institución oficial y que debía centrarse en los aspectos económicos y comerciales.

9

La deconstrucción del perenne mito de la sagacidad de Franco

La lectura de la prensa diaria, impresa y digital, y la de los comentarios que en ella suscita la figura de Franco me ha hecho ver a lo largo de los últimos años que la dictadura generó una serie de mitos que siguen perdurando y que son insensibles a su demostración como tales. Algunos partidos políticos y sus corifeos y altavoces —estoy pensando en sectores del PP y en todo Vox— se unieron al corro, sobre todo a partir de las elecciones generales de 2020 y la aparición en escena del primer gobierno de coalición en la historia de España desde 1938. Apoyado por otros grupos políticos parlamentarios, el gobierno de Pedro Sánchez fue tachado de social-comunista entre los epítetos menos escandalosos que se le prodigaron. A la par, revivió el mito que hace de Franco el artífice del crecimiento económico de los años sesenta del pasado siglo, el hombre que transformó la economía española y que contribuyó a crear una potente clase media sin la cual el paso al sistema democrático no hubiera estado garantizado. Nada hay nuevo bajo el sol. De la misma forma que hay autores que han llegado incluso a negar la vocación de autarquía del primer franquismo,[1] también subsisten quienes ponen a Franco como paradigma de la modernización económica de España.

Una débil tendencia liberalizadora, pero frustrada

Con la documentación interna de la dictadura nuestro libro rompió una lanza en favor de la política del nuevo ministro

de Comercio, Manuel Arburúa, cuya trayectoria fue trazando cuidadosamente Carlos Fernández Pulgar.[2] Tal personaje no ha pasado demasiado bien al gran libro de la historia. Su traición al gobierno republicano en 1936, su colaboración como experto en materia comercial y cambiaria durante la guerra civil, su fidelidad extrema al Caudillo y su experiencia como subsecretario de Comercio y director general del BEE en la posguerra hicieron de él para el régimen un personaje fiable por encima de toda sospecha. Por otro lado, se le imputó —muy posiblemente con razón— beneficiarse y beneficiar a sus amigos, e incluso a sus adversarios, de los resultados de los mecanismos de decisión personal que existían en el régimen de comercio internacional y en la asignación de divisas escasas, a veces un tanto aleatoria. En todo caso, absolutamente controlados por la Administración.

No hay que olvidar que la autoridad monetaria exterior —en una prolongación de la experiencia republicana— estaba radicada en el Instituto Español de Moneda Extranjera —en puridad, sucesor del Centro Oficial de Contratación de Moneda (COCM)—. El IEME, a diferencia de su predecesor —que dependía del Banco de España—, estaba integrado en las estructuras de este, pero separado y sometido al ministro de Industria y Comercio. A partir de 1951, pasó a depender del nuevo Ministerio de Comercio. Es decir, en gran medida el manejo de los resortes de la política comercial y de pagos internacionales dependía en último término de quien fuera titular de la nueva cartera. Desde 1951, el ministerio estuvo en manos de dos figuras relevantes, pero muy diferentes. A Arburúa, que cesó en 1957 y pasó a la presidencia ejecutiva del BEE,[3] le sucedió el catedrático de Economía Política y Hacienda Pública y luego de Historia Económica y destacado miembro del Opus Dei Alberto Ullastres.[4]

Nosotros empezamos a detectar movimientos a favor de la liberalización de la economía desde finales de los años cuarenta en ciertos sectores de la Alta Administración ligados a la experiencia diaria de las dificultades

comerciales exteriores. Algo que ha sido confirmado por numerosos estudiosos posteriores. No es de extrañar que aquellos círculos procedieran del aparato comercial del Ministerio de Industria y Comercio. Entonces, esta cartera se hallaba en manos de un amigo de la infancia del general Franco. Son numerosos los autores que han tratado de rehabilitar en el plano de las políticas de industrialización al marino e ingeniero naval Juan Antonio Suanzes. Nosotros lo vimos como un fiel seguidor de la orientación estratégica de Franco, cualquiera que fuese el precio que hubiera de pagarse en un entorno internacional que no despertaba mucha confianza ni a SEJE ni a muchos de los sectores que tanto tenían que ganar del aislamiento.

Los primeros movimientos para llegar a una relación menos neurótica con el exterior fueron más bien técnicos en lo que denominamos la «llamada del multilateralismo», porque este concepto no había todavía llegado a penetrar en los arcanos del proceso de decisiones de El Pardo. Una vez que el posible acceso a la Unión Europea de Pagos se malogró en fecha temprana, la alternativa escogida fue mucho más prudente. Ha sido estudiada hoy por numerosos autores, pero no creo exagerar si afirmo que nosotros nos adelantamos a todos. Fue a través de los mecanismos agrícolas de la OECE (Organización Europea de Cooperación Económica). Un pequeño respiro, ya que la dictadura no había logrado ser beneficiaria de las ventajas del Plan Marshall —aunque tampoco lo solicitó oficialmente, sí hizo gestiones entre bastidores para ver si podía arañar algo—. Hubo que derivar, gorra en mano, hacia Estados Unidos y luego, con toda la dignidad de que diplomáticos y economistas pudieron hacer acopio, seguir los consejos de quienes propugnaban la adhesión a las instituciones de Bretton Woods, el FMI y el Banco Mundial.

Hoy nadie tiene idea de los sinuosos meandros por los que el régimen hubo de transitar hasta inclinar su orgullosa cerviz. Con todo, son numerosos ya los historiadores y economistas que han venido desentrañando el proceso. Si la ideología «autarquizante» había tendido alguna vez a

promover una relativa «independencia» con respecto al exterior, su aplicación en base a la ordenación bilateral del comercio y los pagos generó, por el contrario, una posición cada vez más débil. Algo destacable en una Europa occidental en la que se avanzaba hacia nuevas formas de organizarlos. Hacia junio de 1955, la evidencia llegó en forma de una pequeña lección de sentido común al Consejo de Ministros. Se materializó en un sólido y voluminoso informe que cantaba las verdades del barquero. Lo glosamos como merecía. Se reprodujeron los párrafos más sobresalientes, dando, naturalmente, la signatura del legajo en que lo encontré. Eso sí, sus redactores se cuidaron mucho de criticar a la augusta persona que conducía con tanta habilidad, como se decía, los destinos del país. Sirva este párrafo de muestra:

> España, debido a la oposición de los socialistas y a la enemistad de países como la Gran Bretaña y Francia, no pudo llevar a cabo su reconstrucción ni contribuir a la defensa común a través de ningún organismo europeo y se vio obligada a realizar estos mismos objetivos mediante esfuerzos propios y acuerdos bilaterales con los Estados Unidos de América. Esto representó para nosotros el tener que recorrer el mismo camino que las otras naciones europeas, con mayores dificultades y más importantes demoras.

Obsérvese la astucia. ¿Quién tenía la culpa del retraso español? No, por supuesto, la dirección política bajo la batuta de SEJE. No. La culpa era de las izquierdas y de los enemigos invariables de España, ingleses y franceses. Los redactores se atuvieron al principio fundamental, esencial, permanente e inequívoco de la mitografía de la dictadura: evacuar responsabilidades hacia el adversario. Es lo que poco a poco fui conceptualizando en trabajos ulteriores como la aplicación del principio de proyección. En el momento en que escribo estas líneas tengo la sospecha de que ciertos sectores del PP y Vox en su conjunto, cuando echan un vistazo hacia atrás, y miran mucho a la República y a la guerra civil, no discreparían del diagnóstico de aquellos días en cuanto a Francia y el Reino Unido se

refiere.

Sin embargo, con un cuidado exquisito fueron abriéndose paso las tendencias antiaislacionistas en la Alta Administración, favorables a la liberalización de intercambios y pagos. Una serie de circunstancias (pobre climatología, malas cosechas, reducciones en los ingresos en dólares por reembolsos de ciertas exportaciones) y la dependencia estructural con respecto a las ventas de productos primarios impidieron la acentuación de aquellas tendencias liberalizadoras. Y ello a pesar de que las reservas de oro y dólares habían crecido. Si en 1953 ascendían a veinte millones de dólares, al año siguiente subieron a 73, y en 1955, a 78 millones.

Nosotros examinamos, en el plano técnico-comercial, las razones de la paralización de la eventual reforma económica. No tendría demasiado interés resumirla en estas páginas, porque me interesa más destacar algo que personalmente hallé en los archivos de la Administración franquista. Un triunfo y, simultáneamente, una derrota. Debo dejar la palabra a los grandes genios de la época.

De cómo Carrero Blanco sentó doctrina a lo bestia

El título de este epígrafe puede, quizá, suscitar alguna sorpresa. De entrada, ¿por qué poner al almirante antes que a SEJE? El orden hubiera debido ser el inverso. Así es, pero yo localicé la doctrina carrerista y por escrito antes que la de Franco y solo muchos meses más tarde las apreciaciones del «glorioso Caudillo».

En cualquier caso, las doctrinas paralelas de ambos personajes tuvieron una relación con la atmósfera a pesar de la cual se generó el Plan de Estabilización y Liberalización. Como es bien sabido, echó por la borda las ilusiones, las quimeras, las fantasías y las aberraciones de la política autárquica. Tras el universo nazi-fascista, su derrumbamiento condujo a la exégesis de la política de industrialización a ultranza sustitutiva de importaciones. Nuevo vino en viejos odres, algo de lo que hoy pocos

quieren acordarse. Ciertamente, ninguna formación política profranquista.

Sobre el plan de 1959 ya existía abundante literatura secundaria cuando nosotros entramos en liza, aunque el único trabajo serio era la tesis doctoral del profesor Manuel-Jesús González González. Se trataba de un autor de derechas y economista del Estado. Su obra se publicó poco después en forma de libro.[5] Las memorias del ministro de Hacienda de la época, Mariano Navarro Rubio, había que tomarlas con un grano de sal. No así los recuerdos del profesor Manuel Varela Parache, pero estaban desperdigados en artículos y carecían de la necesaria profundidad histórica. Reconstruir el proceso siempre le interesó menos, ya que vivió la preparación desde su puesto de secretario general técnico del Ministerio de Comercio. Fuentes Quintana había hecho aportaciones sustanciales en el plano económico general, pero ninguno de los dos había entrado en los archivos. Ni era su vocación ni tampoco hubiesen podido hacerlo.

Tal no fue mi planteamiento. Mi enfoque amplió, profundizó y con frecuencia rectificó lo que se conocía. En primer lugar, que la pugna no fue una hechura de los «tecnócratas» del Opus Dei en el gobierno de 1957. Las raíces eran más profundas y se remontaban, por lo menos, a las consecuencias del Pacto de Madrid, si no antes. Esto hoy ha sido revalidado plenamente. Con todo, unos y otros tuvieron que enfrentarse a dificultades fundamentales. Para mí la pieza clave que alumbró la doctrina opuesta figuró en un ignorado documento de 1958 diseñado bajo la autoridad del almirante Carrero Blanco, a la sazón ministro subsecretario de la Presidencia.[6]

Bajo el inocuo título de *Introducción al estudio de un plan coordinado de aumento de la producción industrial*, el señor vicepresidente preconizó una nueva vuelta a la manivela de la autarquía y la presentó bajo conceptos teóricos que recordaban las viejas doctrinas nacionalsocialistas. Me dejó helado. En particular porque coincidió en el tiempo con el arranque en el extranjero de

las negociaciones que condujeron a las nuevas Comunidades Económicas Europeas. El desajuste entre lo interno y lo exterior me pareció descomunal.

Naturalmente, escudriñamos dicha introducción —obsérvese la modestia, quizá apropiada a alguien próximo al Opus Dei— y empezamos por identificar lo que denominó las «necesidades de primer orden» de la economía española. Ante todo, los carburantes que tan dramático estrangulamiento habían supuesto en los años de la segunda guerra mundial hasta el punto de forzar cambios radicales en la actitud de la dictadura de cara a los aliados. Carrero Blanco, quizá influido por el Espíritu Santo, no tuvo la menor duda sobre lo que había que hacer. Reducir el consumo a tenor de la siguiente regla:

> No emplear energía a base de carburantes líquidos en todos aquellos casos en que pueda ser empleada otra clase de energía aunque sea más cara en pesetas, es decir, debe prohibirse terminantemente el empleo de carburantes líquidos en calefacciones, en centrales térmicas, en fábricas de cemento y otras industrias que puedan quemar carbón de producción nacional (…) Con respecto a la hulla, mientras haya que importar esta, por no poder producir bastante será más conveniente, porque es más económico en divisas importar fuel-oil o crudos de los que se extraiga este, pero interesa evidentemente aumentar la producción de hulla todo lo posible, aunque seguramente todo el aumento de producción que se logra será absorbido por las nuevas acererías el día que empiecen a entrar en función. Ahora bien, una vez hechas estas restricciones, y normalizados lo más posibles los transportes para que estos, en su conjunto, consuman lo menos posible de carburantes líquidos, será necesario importar todo el petróleo que el aumento de la producción vaya exigiendo, pues si se limitasen las disponibilidades de este se estrangularía el desarrollo económico del país.

Esta cuenta de la vieja, en pesado y obtuso lenguaje, debía aplicarse también a la agricultura y a los productos que la misma necesitaba, en especial los fertilizantes. En una fórmula algo más cuidada, significaba que la receta estribaba en poner en tensión todos los recursos nacionales

hasta que diesen de sí todo lo posible. Luego, las nuevas demandas de *inputs* o de alimentos ya se atenderían con cargo a la importación. Sobre la estructura de costes resultante, Dios proveería.

La receta, cual mano milagrosa, se extendería a todos los sectores posibles. Por ejemplo, el cemento. Dejo la palabra al señor almirante:

> Es necesario producir cuanto antes todo el cemento que necesitamos sin preocuparnos demasiado de lo que sucederá a la industria del cemento el día en que, por terminarse las obras hidráulicas, pueda haber un sobrante de producción.

No parece, pues, exagerado afirmar que, de cara al estrangulamiento en los pagos exteriores, la estrategia era claramente de introversión: la intensificación de la producción agrícola y de las industrias básicas, con sus secuelas de reserva de mercado y otros mecanismos de protección para que sobrevivieran a la competencia exterior, era la respuesta mágica de la mano derecha de SEJE. ¿La explicación?: «Pudiera llegar el caso en que no dispusiéramos de cantidad de [divisas] en la medida necesaria para todas las exigencias». En consecuencia, la sustitución de importaciones que se había llevado a la práctica tras la derrota del Eje seguía estando en la caja de herramientas a finales de los años cincuenta. El régimen de Franco estaba en posesión de la verdad:

> Todo cuanto antecede son cuestiones evidentes que pudieran inducir, con cierta razón, a argüir que estamos descubriendo el Mediterráneo. Hace muchos años que todos los Ministerios tienen en ejecución, o pendientes de iniciarla, planes perfectamente estudiados, cuya progresiva realización hace que la nación vaya marchando hacia objetivos evidentemente beneficiosos, todos ellos, para su economía. Que nada de lo que se está haciendo es inútil, es de toda evidencia; que los planes en ejecución son técnicamente irreprochables es casi seguro; que el progreso logrado es importante, es indudable…[7]

Eso sí, se necesitaba mejorar la coordinación. Y Carrero

Blanco, con la inestimable ayuda del catedrático de Derecho Administrativo, profesor Laureano López Rodó, secretario general de la Presidencia, y en base a la Ley de Régimen Jurídico de la Administración Central del Estado (*BOE,* 31 de julio de 1937), reivindicó para sí mismo, es decir, a través de la Oficina de Coordinación y Programación Económica, que de él dependía, el estudio de los planes que le parecían más urgentes (agrícola, industrial, de transportes y viviendas), frutos de tales desvelos.

Internamente, Carrero Blanco cantó victoria. Una nota que no llegó a hacerse pública en aquel momento interpretó de forma adecuada la evolución de la política económica de la dictadura. No fue parca en autoelogios, tanto en el período de la guerra civil como en los años posteriores tras la segunda guerra mundial que, en combinación,

> con el cerco que la incomprensión ciñó en torno a la Patria, motivaron que en el siguiente período la reconstrucción tuviese que efectuarse teniendo en cuenta las necesidades de nuestras Fuerzas Armadas y de Seguridad.[8] Como se ha dicho acertadamente, estas inversiones fueron, no ya inútiles, sino grandemente reproductivas en lo económico, porque de 1939 a 1951, aproximadamente, *el desarrollo económico del país solo podía cimentarse a la sombra vigilante de las bayonetas*.[9]

No añadió, quizá por sobreentenderse, que en caso necesario era para dirigirlas contra el enemigo interior, permanente, apoyado desde el extranjero, ignorante de las supremas necesidades de la patria.

SEJE ATRIBUYE PROPIEDADES MILAGROSAS AL GUAYULE

Después de terminar la redacción del libro, aproveché unos cuantos meses más y seguí buceando en los archivos de la Presidencia del Gobierno. Algunos documentos que me interesaron —por ejemplo, sobre las relaciones con la Iglesia católica— no pude pedir que se fotocopiaran porque caían fuera de los objetivos para los cuales se me había

autorizado el acceso. Por el contrario, nadie pudo objetar cuando solicité ver la documentación de la Comisión Delegada del Gobierno para Asuntos Económicos.

En la montaña de papeles acumulados a lo largo de los años en los legajos correspondientes figuraban las actas de las reuniones. Ahora no recuerdo si se conservaban desde su comienzo formal o si en los legajos también había documentación de reuniones previas a su creación. Lo que no he olvidado es que en una de las primeras, SEJE acudió en persona para dar doctrina a sus nuevos ministros.

Como es sabido, dicho gobierno fue uno de los puntos de inflexión en la evolución política de la dictadura, porque consagró la presencia en el Consejo de Ministros de varios miembros del Opus Dei. Supuso una derrota en toda regla a las grotescas aspiraciones falangistas y en materia de política económica se le recuerda porque fue el que propició un giro copernicano a la misma. Fue, como he dicho tantas veces, la única operación estratégica y de gran calado que cambió a partir de 1960 la evolución de la economía y, por ende, de la sociedad española.

Pues bien, el discurso de Franco estaba anejo al acta de la reunión. Mi memoria me dice que pudo ser en marzo o abril de 1957, pero hoy ya no estoy tan seguro. También pudo ser después de la creación de la Comisión Delegada. El asunto no es muy importante por las razones que aduciré. Fue demasiado tarde para introducirla en el libro, cuya producción ya había escapado a mi control. Se trató de un percance que nunca lamentaré bastante. La guardé cuidadosamente, pero en alguno de mis desplazamientos posteriores —en Madrid, Bruselas, Nueva York y vuelta a Bruselas— se me extravió.

Estar mucho tiempo fuera embota la sensibilidad para comprender las circunstancias españolas. Hacia 1998, se me ocurrió volver sobre la génesis del Plan de Estabilización y Liberalización con ocasión de celebrarse su cuarenta aniversario, una fecha redonda. Estaba abrumado de trabajo en un nuevo puesto en la Comisión Europea en el que me ocupaba de una variada gama de tareas: relaciones

políticas multilaterales —es decir, OTAN, UEO, OSCE, ONU y Consejo de Europa—, derechos humanos y ayuda a la democratización —prácticamente en todo el mundo, salvo en el Este de Europa, Rusia y los nuevos Estados surgidos de la implosión de la URSS—. No daba abasto. Hubiese querido ir a otro destino, pero habiendo estado algo más de cinco años como embajador de la Comisión Europea (hoy de la UE) ante Naciones Unidas en Nueva York no pude negarme. Hice un intercambio con mi predecesor en Bruselas, que fue mi sucesor ante la organización internacional.

Así, pues, escribí a una colega profesora titular en la Facultad de Ciencias Políticas de la UCM, Paloma Villota, y le rogué que fuese al archivo y que solicitara en mi nombre una copia del discurso. Paloma fue, pero para su asombro la despacharon con cajas destempladas. Quizá el mal humor proverbial del presidente del Gobierno en la época había impregnado los escalones inferiores. ¿Qué se creía el profesor Viñas? ¿Qué allí iban a dar fotocopias de documentos, así como así?, ¿por su cara bonita? El rechazo a Paloma, e, indirectamente, a servidor, me sentó como un tiro. También por las formas.

Naturalmente, me aguanté, pero el segundo Gobierno Aznar desapareció del mapa. En 2004 volví a la carga. Un amigo mío, el embajador Nicolás Martínez Fresno, había asumido la Secretaría General de la Presidencia. Nos conocíamos desde antes de mi marcha a Bruselas.

También porque había sido embajador en esta ciudad. Así que me dirigí a él con el ruego de que me proporcionase una fotocopia.

¡Ay! El discurso se había esfumado. Se buscó, pero nadie dio con él. Me quedé de piedra. Significaba, probablemente, que tras la gestión de Paloma alguien lo había mirado y hecho desaparecer —a no ser que hubiese ocurrido antes, aunque cabe dudar de que se hubieran dado instrucciones de expurgar la documentación de la Comisión Delegada.

¿Qué era, pues, aquel discurso? *La prueba contundente,*

irrebatible, de las creencias económicas de Franco en 1957. **NO SE PUBLICÓ**. Alguien debió de pensar que no era conveniente. ¿Por qué? Simplemente porque aleccionó a sus ministros, como consumado practicante de lo que Tusell denominó «economía cuartelera», sobre lo que esta significaba. En la reproducción de su discursito anejo al acta utilizó un término que se me había quedado prendido en la memoria. Se refirió a la necesidad de intensificar en España la producción de «guayule». La dijo como respuesta a una pregunta que se hizo a sí mismo del tenor siguiente: «Me dicen que carecemos de caucho y que sin caucho no pueden fabricarse neumáticos y que sin neumáticos a la flota de camiones de que disponemos no le es posible cumplir su función primordial de unir a los hombres y a las tierras de España. Y yo pregunto: ¿han examinado ustedes las posibilidades que encierra la producción de guayule?».

Me precipité al Espasa para ver qué diablos era el guayule. Encontré una definición del tenor siguiente: planta cauchífera que crecía más o menos de forma silvestre en los arenales de Huelva. Recordé entonces que al guayule se había referido una misión nazi que llegó a España allá por los años 1939-1940 para examinar las posibilidades de cooperación económica con el Tercer Reich. Franco, o más bien alguno de sus adláteres, podría haber retenido la palabrita. Hoy, consultando Wikipedia, se obtienen otros datos. En la versión en castellano se dice que fue a mediados de los años sesenta cuando el guayule se introdujo con fines comerciales en el sur de España. No tengo por qué dudarlo, pero me quedo con la antigua definición del Espasa, que espero no haber desfigurado. Puede ser una planta originaria de América, pero alguna variedad ya existía en la Península antes de su introducción con fines comerciales.

Inmediatamente, telefoneé a Martínez Fresno y le rogué que buscaran documentos en donde apareciese la palabra *guayule*. Se encontraron. Figuraba en una serie de «saludas» que Carrero Blanco circuló a sus compañeros de gobierno. Incluyó el discurso del Caudillo llamándoles la

atención sobre la importancia que atribuía a la plantita. Mi memoria no me había jugado una mala pasada. El discurso había sido un canto y una exaltación a las virtudes de la autarquía. Es decir, el «glorioso Caudillo» seguía en la misma senda en la que el almirante diseñó, u ordenó que se diseñara, su plan pocos meses más tarde.

En el libro describimos, pues, con toda suerte de pormenores el empuje de funcionarios liberalizadores y el apoyo de las organizaciones económicas internacionales, esencialmente las de la OECE. En lugar secundario, por ser un tema más conocido, también mencionamos las de Bretton Woods. El franquismo había logrado introducir a España en Naciones Unidas después de aprobada su admisión —en un *package deal*— en 1955. Fueron mecanismos esenciales gracias a los cuales pudo capearse el temporal que arreciaba por momentos. No por mor del genio de Franco. Se vieron ayudados por un fenómeno que estaba fuera del alcance de los poderes sobrenaturales que los dioses de la victoria le habían concedido. ¿Y quién estuvo detrás, en el último escalón de causación? Estados Unidos.[10]

Mariano Navarro Rubio, hombre inteligente pero no demasiado sutil, presentó la anuencia de Franco a la aprobación del cambio de rumbo como una muestra de su natural patriotismo. No he estado nunca de acuerdo con tal interpretación, que es la que domina todavía en un amplio sector de la sociedad española, ayuno de conocimientos y machacado por la propaganda profranquista. A SEJE se le hizo ver que no había alternativa, que la economía se abría y se cortaba la inflación o que la catástrofe económica se produciría inevitablemente. Tal derrumbamiento no dejaría de afectar a la situación política. Es decir, a su propio poder. A esto último SEJE fue siempre sumamente sensible. Sin embargo, no las tuvo todas consigo y no se pronunció a favor ddel cambio de rumbo hasta que no se comprobó que era todo un éxito.

Subsisten enigmas. Manuel Varela me contó una anécdota que no sé si he escrito, pero sí dicho en alguna

ocasión —recuerdo, por ejemplo, en una conferencia a técnicos comerciales y economistas del Estado en marzo de 2018—. En las reuniones de alto nivel internas o en conversaciones particulares con altos cargos en el ministerio, el profesor Ullastres tenía la costumbre de no referirse nunca a Franco por su nombre o su cargo. Decía simplemente «ese señor». Todos lo entendían. Sin embargo, allá por 1961 o 1962 cambió de tercio y a partir de aquel momento siempre utilizó el término de Generalísimo. Varela nunca explicó por qué. Probablemente, ayudado por el Opus Dei, del que era miembro, Ullastres llegó a ver la luz cegadora que emanaba de El Pardo con renovado fulgor.

La mayor parte de la documentación de archivo en que nos basamos para escribir *Política comercial exterior en España* la entregué a la biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la Complutense. Lo hice en cuanto me enteré de que el Ministerio de Asuntos Exteriores, ya en el primer gobierno del presidente Mariano Rajoy, bajo la influencia de una secretaria general técnica, abogada del Estado, que no tenía ni idea de cómo funcionaba la casa, había cortado el acceso a los archivos. No menciono su nombre porque no lo merece. Hace años que los papeles se han reabierto en el AGA, que, sin embargo, no recibió más personal para afrontar las peticiones de consulta que se le acumulan. Quien hace la ley hace la trampa.

¿El porqué de la autarquía?

Esta fue la pregunta que a lo largo de la investigación no dejé de plantearme. Las respuestas disponibles en la época eran varias y se expusieron en considerable detalle y con multitud de argumentos en la regimentada literatura del régimen. Las tres más manejadas pueden resumirse como sigue: 1) respondió a un estado de necesidad, ya que los «rojos» habían saqueado las reservas de oro del Banco de España y dejado en la más absoluta inanidad a quienes, por derecho y contando con la protección divina, estaban llamados a vencer en la contienda contra el comunismo

ateo y destructor; 2) por desgracia, no había habido tiempo de proceder a la recuperación, ya que a los pocos meses de terminar la guerra civil había estallado la europea —luego mundial— y España había tenido que sortear las dificultades interpuestas por unos y otros contendientes con un margen de maniobra muy estrecho que aprovechó inteligentemente el Caudillo, al coste de incurrir por desgracia en la ira de los vencedores; 3) la industrialización sustitutiva de importaciones fue la única opción para España frente al injusto cerco internacional al que las «engañadas» potencias occidentales —dos de entre ellas enemigas históricas de la patria— la sometieron injustamente.

Todavía resuenan, en ciertos grupos políticos y sociales, en la España de nuestros días, remedos o ecos de tales argumentos. Son numerosos los autores que han enfatizado el predominio de la política sobre la mentalidad de «economía cuartelera» del jefe del Estado. Más tarde transformada en la necesidad de subordinar la economía a la política. Su España no se dejaría vencer por el «cerco» que los «enemigos» de la patria le habían impuesto.

Nuestra investigación matizó todas y cada una de tales «explicaciones». En cuanto a la primera, Franco ganó su guerra civil con una pesada deuda en favor de las potencias fascistas. Los italianos estuvieron dispuestos a concederle una importantísima quita. Los alemanes, no. Pero es que, además, la deuda con ellas no solo fue económica. Fue también política, ideológica y sentimental. Franco quiso alinearse con ellas. Renunció, consciente y voluntariamente, a seguir el juego que, por ejemplo, los británicos, franceses y norteamericanos pensaron que practicaría: arrimarse a las democracias en busca de ayuda económica. No la quiso. La despreció y empezó a desarrollar, en cambio, compromisos políticos con el fascismo.

Cuando estalló el conflicto europeo, Franco se alineó también con el Eje. No llegó a entrar en guerra en su favor porque cuando lo quiso, Hitler no estaba interesado.

Cuando se interesó, Franco vio la oportunidad de vengarse, al menos, de Francia. Pidió contraprestaciones que Hitler no estuvo dispuesto a conceder. Aun así, de forma consistente, España pagó sus deudas con el Tercer Reich tolerando una inmensa desviación de las exportaciones a cambio, básicamente, de nada. Las potencias anglosajonas se dividieron ante qué hacer con la dictadura. Ganaron los británicos, que optaban por no alterar el equilibrio geoestratégico creado en España. Franco no era un peligro para nadie, salvo para los españoles y les correspondía a ellos lidiar con él. Ningún Gobierno británico dijo nunca cómo.

En cuanto a la segunda «explicación», ni el cerco internacional fue, en lo económico, tal cerco ni la dictadura tuvo la sinuosidad necesaria para imitar a Salazar. Al contrario, se enrocó. La máxima de Alberto Martín-Artajo, que rescatamos de la oscuridad de los archivos, describió la postura franquista con precisión: no tiene España sino que sentarse pacientemente a la espera de ver pasar el cadáver de sus enemigos. La dictadura había dicho y repetido a todo quien quisiera oír —entre ellos al embajador de Estados Unidos, Carlton H. Hayes— que la segunda guerra mundial había sido un accidente en el camino, es decir, un episodio pasajero en la ruta que marcaba la lucha contra el comunismo. Que hubiera sido una de las razones exculpatorias de la propaganda del dúo Hitler/ Goebbels de cara a sus sufridos y abnegados súbditos no incomodaba lo más mínimo.

Finalmente, Franco creyó en las virtudes de la industrialización a toda pastilla. Sin la menor preocupación en términos de costes de oportunidad y de racionalidad económica, porque el régimen de comercio y pagos internacionales respondía a otro tipo de cálculos del vencedor en una sangrienta guerra civil. Un dirigismo e intervencionismo brutales en la producción, distribución y relaciones económicas con el exterior permitían favorecer a los leales, desarrollar mecanismos de compra de voluntades, proporcionar posibilidades sin cuento de enriquecimiento a

través de los canales del estraperlo y del mercado negro y, por ende, agrupar en torno al régimen a los vencedores. A la vez, «castigaba a los rojos»: no solo por la violencia física, sino también por la moral y espiritual y el quebranto de su voluntad de resistencia. Para ello, contaba con la desviación de recursos hacia las fuerzas del «orden público» y, como reserva estratégica, con las bayonetas.

El problema, que advirtieron muchos altos funcionarios, varios ministros y los sectores más inteligentes del empresariado es que, llegado cierto punto, el sistema amenazaba con devorarse a sí mismo por su lado más débil: la imposibilidad de conseguir un colchón adecuado de divisas que permitiera satisfacer las necesidades de importación de una economía más diversificada. El estrangulamiento exterior cortó la continuación prolongada del sistema económico del primer franquismo.

Sin embargo, si la estabilización —cercenando las inmensas posibilidades de alimentar la inflación interior— dio resultados inmediatos, la liberalización —que se practicó durante algunos años— tuvo sus límites. Se aplicaron a partir de la mitad de la década de los sesenta, como analizó Julio Viñuela. Los ingresos por turismo y las remesas de emigrantes —que tenían la virtud de mostrar la cara alegre de la exportación del paro encubierto—, así como las inversiones de capital extranjero, manejadas con cuidado para que no afectasen a sectores de cara a los cuales latían con fuerza los corazoncitos de los empresarios surgidos al calor de las políticas gubernamentales, permitieron torear las dificultades dimanantes del giro de 1959.

Tampoco varió otra noción que probablemente revoloteaba en la mente de muchos militares que habían ascendido con rapidez en el fragor de la guerra civil y las «emociones» de la posguerra. Prototipo de ello fue el almirante Carrero Blanco.

ESPAÑA, BLANCO DE TRES INTERNACIONALES

Los Pactos de Madrid y la apertura económica al exterior

conllevaban la conveniencia de flexibilizar la política exterior. Quien más lo intentó fue el ministro del ramo, que llegó al Gobierno en la remodelación de 1957: Fernando María Castiella. Catedrático de Derecho Internacional, exfalangista, exjefe de la Falange Exterior, exdivisionario, ex Cruz de Hierro, exembajador en el Perú y ante el Vaticano. Hombre leal donde los hubiera, pero no estúpido. A sus esfuerzos se debió uno de los grandes éxitos propagandísticos del régimen: la visita a Madrid del presidente estadounidense Dwight D. Eisenhower en 1959. Intentó desarrollar una política exterior de cierta altura, que pasaba por reducir el nivel de enfeudamiento a Washington. Terminó costándole el puesto, porque lo enfrentó a Carrero Blanco —junto con su fracaso rotundo en la vociferada «necesidad imperiosa» de lograr la descolonización de Gibraltar y el titubeo de cara a la de Guinea.

Pues bien, al Castiella que en 1961 emprendió, sin el menor éxito, su cruzada —y, en parte, la de los sectores más políticos de la dictadura, en especial la «abnegada» Falange— sobre Gibraltar y se posicionó contra la mera prolongación de los Pactos de Madrid dirigió Carrero Blanco una misiva que cuando la leí se me abrieron los ojos como platos. Esto debió de ser poco después de haber encontrado la cláusula secreta de activación de las bases. La importancia de tal carta es que se escribió el 21 de febrero de 1961, es decir, al año y medio de haberse puesto en marcha el Plan de Estabilización y Liberalización.

El *alter ego* de Franco partió de la permanencia de una aversión exterior al régimen español —y también al portugués, lo cual era bastante inexacto— que tenía, según él, raíces muy profundas. Resultó que tales raíces eran las que venía publicitando por tierra, mar y aire la más casposa propaganda de la dictadura, es decir, parece de todo punto improbable que Castiella no se la supiera de memoria.

Con todo, el señor ministro subsecretario de la Presidencia informó a su colega:

> En el mundo existen *tres internacionales poderosas*, con

> enormes medios de captación y de propaganda, que tienen repartido su dominio por la casi totalidad de los órganos de información, prensa, radio, televisión, editoriales, etc., que cada una por su cuenta y con sus fines propios, pretenden dominar el mundo y ejercer un *totalitarismo universal*: *la internacional comunista*, cuya dirección lleva Moscú aunque la (*sic*) ha salido un peligroso competidor en China, *la internacional socialista*, y *la internacional masónica*. Para las tres, la situación más favorable para ejercer su influencia y su dominio sobre los distintos estados es que estos tengan regímenes democráticos a base de *partidos políticos* y de una serie de *libertinajes* en los órganos de expresión que consientan las más escandalosas propagandas en contra de los particulares intereses de la nación en cuestión, pero al servicio, claro está, de la internacional de turno. Con partidos políticos, entre los que tiene que existir el socialista y el comunista, y entre cuyos miembros pueden infiltrarse gran cantidad de masones, los gobiernos acaban estando formados por hombres que, por unas razones u otras, están al servicio cualquiera de estas tres internacionales y la nación acaba perdiendo de hecho su libertad, en lo económico y en lo político. La realidad de la inmensa farsa en que vivimos es que no interesa la *democracia* por lo que ella afecta a la *libertad* del individuo y de las naciones, sino por cuanto esta, bajo el sistema de los partidos políticos, favorece a la *dominación de las naciones*.

Me quedé helado ante el primitivismo de tan alucinada y alucinante teoría de la conspiración universal, por mucho que mostrara la notable consistencia con otras manifestaciones conocidas de tan egregio político y marino. Se habían publicado en una serie de artículos entre el 2 de octubre de 1945 y el 7 de febrero de 1948. Que Carrero Blanco retomara sus ideas en una filípica a Castiella quince años más tarde muestra la consistencia de unas ideas que no podían ser desconocidas de Franco. Pero lo significativo es que Carrero, lógicamente, la aplicó al caso español.

> Por eso, cuando un régimen democrático (*sic*) no encaja exactamente en esta fórmula tan querida, y tan conveniente, de los grandes *totalitarismos internacionales*, se da el enorme sarcasmo de que se le califica de *régimen totalitario* y se le ataca a fondo por todos los medios, con mentiras, calumnias, con

> falsedades, para tratar de derrocarlo. ¿Que los individuos tienen bajo ese régimen todo género de libertades, que viven en paz, que la nación prospera, que en ella hay orden y positivas realizaciones sociales? Poco importa: cuanto mejor sea el régimen para los administrados, más interés hay en derrocarlo, porque cuanto más fuerte sea más difícil será dominar a la nación de que se trate. Con la bandera de la *libertad* lo que se pretende es todo lo contrario a la *libertad*; esgrimiendo el estigma del *totalitarismo,* lo que se intenta es conseguir el más bárbaro de los totalitarismos. Es cierto que los tres totalitarismos (Comunismo, Socialismo y Masonería) tienen objetivos finales distintos, pero los tres, que son en lo espiritual ateos y en lo político pretenden dominar el mundo, tienen el objetivo común de hacer desaparecer los regímenes que, como el nuestro (católico, antisocialista, anticomunista, anticapitalista y rabiosamente independiente), son impermeables a su acción de dominio.

¡Tres hurras al recuerdo del inefable Carrero Blanco!

Se observa, pues, la «lógica» interna de la lección a Castiella. Sobre la base de una supuesta interpenetración de conspiraciones globales, y una visión maniquea de la escena internacional, el hipernacionalismo —no patriotismo— del régimen lo presentaba como blanco u objetivo de los propósitos depredadores de las fuerzas oscuras contra las que, en las no menos oscuras elucubraciones de un sector de la élite, se había hecho la guerra civil. Que a Franco no podían disgustarle tales reflexiones de su escudero nos parece de todo punto evidente. La pregunta para nosotros fue en qué medida tal postura de principio abría las puertas a la cooperación con otros países. Afortunadamente, Carrero proporcionó su respuesta en los siguientes términos:

> Esta es la realidad y hay que aceptarla, sin engañarnos, tal y como es, y como no podemos hacer la más mínima concesión en beneficio de quienes nos atacan, porque ello sería entrar en una peligrosa barrena que acabaría dando al traste con nuestra Fe y nuestra Independencia, tenemos que estar dispuestos a *mantener nuestra unidad dentro de la más cerrada intransigencia*. Está bien que tratemos de convencer con hechos a las gentes de buena fe, pero es inútil que pretendamos que nuestros enemigos

> no nos ataquen. Contra estos tres poderes tenemos que luchar y, mientras tengan acción en el mundo, no tendremos *amistades oficiales verdad* (*sic*) con países donde puedan ejercer su influencia. *Nos ayudarán por cuanto nos necesitan, pero de paso que nos ayudan intentarán dominarnos* y esto es lo que no hay que perder de vista. Está bien que nos aprovechemos de la ayuda porque, de momento, el Comunismo es el peligro más inmediato, pero con un gran cuidado de no incurrir en la ingenuidad de concesiones peligrosas. La única contrapartida a nuestra ayuda no puede ser otra que la voluntad de combatir al Comunismo con todas nuestras fuerzas, pero nada más. Una cosa es que esto interese en igual forma a una gran cantidad de socialistas, capitalistas y masones y otra muy distinta que no miremos a estos con el permanente recelo de que nos quieren a su vez dominar.11

Estos párrafos contenían la clave esencial para comprender la postura con la que Franco y sus más próximos adláteres contemplaban las relaciones con el exterior. Había, obviamente, que tenerlas, pero siempre en un tono de alerta. Alerta permanente contra los siniestros poderes que se agitaban en la escena internacional. De aquí se desprendía un grado considerable de desconfianza y de tensión ante el exterior —por no hablar de paranoias—. En mi opinión, explicaban el recelo con que se contemplaban los proyectos de meros economistas o de funcionarios expuestos a todos los riesgos y tentaciones del mundo de fuera. La estabilización por un lado y la liberalización por otro representaban dos apuestas diferentes. El problema para Franco, Carrero y otros fue que ambas eran indisociables.

Por eso, hasta que no se alcanzó un grado aceptable de estabilidad de precios y se contuvieron las presiones inflacionarias —en lo que a la «colusión» de los economistas y diplomáticos españoles se añadió la voluntad de «rescatar» la estabilidad interna de España, por lo menos en el hipersensible sector de la economía, condición necesaria, pero no suficiente, para la del sistema—, se abrió un cierto curso a la liberalización, que no llegó a ser demasiado duradera. A partir de 1966 dejaron de publicarse nuevas

listas de mercancías liberalizadas y la política arancelaria dejó de utilizarse como instrumento para sanear las estructuras productivas y reducir los sesgos contra la exportación todavía existentes. No fue un azar. Fue la traducción, bajo nuevas condiciones, de los viejos prejuicios de Franco y de Carrero Blanco, contra los cuales los muy cacareados Planes de Desarrollo poco pudieron hacer.

Añádanse factores económicos y socioeconómicos. Los ingresos en divisas aumentaron en volumen importante durante los dos primeros años estrictamente estabilizadores, pero de 1961 a 1966 el crecimiento de las exportaciones fue bastante lento. Mientras tanto, las importaciones, bajo el impulso del proceso de liberalización, se dispararon. Este, por lo demás, fue agotándose paulatinamente hasta 1966. Durante este período, dos fenómenos totalmente imprevistos, en especial por la intensidad con que se presentaron, fueron los que permitieron sustentar el proceso de liberalización. Se trató de los ingresos por turismo y de las remesas de emigrantes, ambos fuera del control de las autoridades españolas. Estas no tenían influencia alguna sobre los resortes que los impulsaron. La expansión económica de los países de la Europa occidental y de Estados Unidos movilizaron las visitas de extranjeros y permitieron que los emigrantes a la primera se quedaran años en ella.

El parón aludido no fue un azar. Los industriales afectados por la liberalización, en cuanto pudieron hacer llegar sus protestas a las autoridades, triunfaron en toda regla. Prefirieron vender a inversores extranjeros o asociarse con ellos. En consecuencia, los ingresos por cuenta de capital fueron el tercer pie del trípode sobre el cual se sustentó el llamado «milagro español

¿Dónde queda, pues, la visión supuestamente estratégica a largo plazo de los equipos económicos que lograron salvar la piel a Franco y permitieron un grado modesto de prosperidad que, eso sí, cambió las expectativas de una sociedad todavía lastrada por los dogales de la dictadura? Que la hubo, es indudable. Que los

modernizados sectores no quisieron poner en peligro la supervivencia de un sistema que, en lo político, solo quisieron «disfrazar» en alguna medida, sigue pareciéndome evidente. Con todo, el «segundo franquismo» ofreció más oportunidades que el primero a los de «arriba» y, muy secundariamente, a los de «abajo». Que esa fuera la intención del Caudillo es otro tema.

10

Pluriocupado en Madrid

Hacia finales de 1979 estaba, literalmente, agotado. Tras el trabajo en archivos, de la redacción de un libro y casi dos tercios de otro necesitaba un descanso. Tampoco hay que olvidar que aquellos tiempos fueron muy intensos en lo político y en lo cultural. Se recuerdan como los de la movida. Yo me moví mucho, pero en otro terreno.

De entrada, puse agua de por medio. Atendí a la invitación de un profesor de la Universidad de Miami, Joaquín Roy, para que fuera a participar en un simposio que había montado sobre las relaciones entre España y Estados Unidos. Me tentó la idea. No había estado nunca en Florida y acepté con tal de que me dejara pasar algunos días de vacaciones. En febrero de 1980 me encontré por primera vez con otro de los participantes, el teniente general Manuel Gutiérrez Mellado. Presenté, como absoluta primicia, las conclusiones a las que había llegado sobre los Pactos de Madrid en una conferencia que escribí en inglés sobre la política exterior español desde aquel momento hasta la OTAN, un tema que ya hacía correr ríos de tinta. Como es lógico enfaticé que, por así decir, la dictadura de Franco se había comportado de manera muy adaptativa. El exvicepresidente del Gobierno y exministro de Defensa me dio la razón y, para mi sorpresa, utilizó un término con el que la caracterizó: un «Estado cipayo» (*sic*). Su exposición llevó como título: «Al servicio de la Corona. Nuestra contribución a la democratización de España». Más tarde, quien fue mi mentor en temas de seguridad y de relaciones con Washington, el posterior embajador Carlos Fernández Espeso, me confirmó que también había utilizado el mismo

término de cipayo. No sé si se trató de un caso de generación espontánea o de una caracterización que circulase por los ámbitos de la Alta Administración político-militar.

Temas que siguieron coleando y otros que aparecieron

La vida de un historiador recorre, por lo general, capítulos varios, pero hay temas que es difícil abandonar. En mi caso fueron las relaciones con la Alemania nazi. Uno muy desfigurado por los autores franquistas y en general de derechas fue el bombardeo de Gernika y, en particular, las responsabilidades incursas en él y en la destrucción de la villa foral. Volvió a surgir de la mano del presidente de Ucrania, Volodímir Zelenski, con motivo de su alocución televisada al Congreso de los Diputados en abril de 2022.

Fue un tema que me había interesado desde los años de la transición. Entre los papeles que había ido acumulando en mis andanzas por los archivos alemanes, había algunos que se referían al mismo. Los había dejado aparte porque no tenían cabida en mi tesis doctoral y en el libro subsiguiente. Menos aún en una versión revisada, recortada en algunos aspectos y ampliada en otros. Se había publicado en 1977 y es la que suele mencionarse en la bibliografía.

En el ínterin, había salido en Francia el fundamental libro de Herbert R. Southworth sobre Gernika, una tesis doctoral en la Sorbona que había dirigido nada menos que Pierre Vilar.[1] Ya conocía al autor y a su lectura abrí los ojos como platos. No dejó títere con cabeza de los camelos, estupideces y demás bobadas que De la Cierva y otros (españoles, británicos, franceses, norteamericanos, etc.) habían escrito.

Yo estaba en contacto continuo con Southworth tras mis oposiciones a cátedra y ambos participamos en la primera conmemoración pública del bombardeo de Gernika. Se celebró en el País Vasco en abril de 1977, poco antes de las elecciones. Acudieron también Fernando García

de Cortázar, Manuel Tuñón de Lara, Joseba Elósegui (excapitán de gudaris y testigo presencial), Sancho de Beurko (Luis Ruiz Aguirre) y Karmelo Landa Mendibe. No fuimos particularmente amables con los historiadores y periodistas franquistas. Se levantó una inmensa polvareda en la prensa de ámbito nacional —sobre todo en *El País*, *Diario 16 y Pueblo*— y en la vasca, así como también en la extranjera —norteamericana, británica y alemana, principalmente.

Ya en aquella época las distorsiones eran de rigor. Así, por ejemplo, en *El Alcázar* (26 de abril de 1977) el connotado periodista y novelista Rafael García Serrano me acusó, sin gracia pero con pesada ironía, de haber afirmado que «el bombardeo fue obra del mando nacional sin intervención de los alemanes, lo cual —al menos según la obra considerada definitiva sobre el tema (…) es algo así como rizar el rizo».2 A la par se inventó una supuesta «Operación Núremberg», destinada a exigir responsabilidades por «todas las acciones nacionales» desde el 17 de julio de 1936 hasta el 20 de noviembre de 1975.

Al año siguiente, se repitió la conmemoración y la mesa desgranó sus conclusiones. Los guernieses escribieron al presidente de la República Federal de Alemania, Walter Scheel, reclamando la constitución de una comisión mixta hispano-alemana que estudiara el bombardeo. Personalmente, me moví con la embajada en Madrid para informarles de que no había nada raro detrás. El 9 de febrero de 1978, los portavoces de la comisión de investigación sobre el bombardeo se entrevistaron con el ministro de Cultura, Pío Cabanillas, y solicitaron la apertura de diversos archivos españoles, respondieron a las críticas que había hecho Ricardo de la Cierva —nombrado asesor de cultura de la Presidencia del Gobierno— y me designaron como representante. El 14 del mismo mes, el embajador Lothar Lahn escribió al Auswärtiges Amt y se hizo eco de mis opiniones.3 Me calificó de próximo al PSOE. Personalmente, hablé con el ministro Pío Cabanillas4 para ver la posibilidad de explorar los archivos. Me dijo

algo así como «Ay, Ángel, ¡con el Ejército hemos topado!». Aun así, no tardaron mucho en empezar a abrirse y, entre ellos, el del Aire.

Gracias a una invitación de José Antonio Martínez Soler —posterior director de *Doblón* y de *Historia internacional*, revistas muy exitosas durante la transición—, profundicé en la sorpresa que la sublevación militar provocó en uno de los agentes de Canaris que operaba en España. Lo hice en un artículo titulado «Los espías nazis entran en la guerra civil» (octubre de 1975). No tenía ni idea de lo que se preparaba, quizá porque en las orientaciones tácticas para el trabajo de la *Abwehr* (servicio secreto de inteligencia militar) en 1936 España no aparecía mencionada especialmente. La portada del número reprodujo, ampliada, la única foto de Canaris en uno de sus viajes que se conserva. Ya no recuerdo quién me la dio, pero fue probablemente uno de sus agentes.

Otro tema alemán, derivado de mi estancia en Friburgo, apareció gracias al primer director de la novedosa *Historia 16*, afiliada a *Cambio 16*, Jesús Pardo de Santayana (fallecido en 2020), que hizo de mí uno de sus frecuentes colaboradores. Me estrené con dos artículos, «Berlín: ¡salvad a José Antonio!», en los albores de la revista (junio de 1976). En ellos puse de relieve el escaso interés de Franco en su liberación. Me basé en los telegramas cruzados entre las autoridades de la Kriegsmarine y una de sus unidades que patrullaba por la costa mediterránea. La fuente era impecable, pero con ello había osado poner en duda el honor de Franco y las críticas no tardaron en materializarse. Todavía afloran en internet. Que yo sepa nadie impugnó la base documental que entregué, sin quedarme con fotocopias, al amigo falangista de un primo mío. En cualquier caso, el origen estaba perfectamente identificado en los documentos de la Kriegsmarine en los archivos militares alemanes y supongo que puede solicitarse en ellos sin problema.

Con ello entré en contacto con quien fue cónsul alemán honorario en Alicante en aquel período, Hans Joachim von

Knobloch. Vivía en el Cortijo de la Fontanilla, en Conil de la Frontera. Conservo parte de la correspondencia que tuvimos entre 1974 y 1976. En contra de lo que después se ha escrito en algún medio, Von Knobloch quedó absolutamente convencido de mi argumentación de que el Cuartel General había puesto en su sitio la real importancia del rescate de Primo de Rivera.

Ya en esta línea, y como muestra de la constancia de mi preocupación por el comienzo de la constelación internacional que se forjó al comienzo de la guerra, publiqué en la misma revista un artículo con el rimbombante título de «Blum traicionó a la República» (abril de 1978). Fui uno de los primeros autores en subrayar la importancia que tenía el que Francia hubiese concertado un acuerdo secreto en diciembre de 1935, anejo al convenio comercial entonces firmado. Por él se comprometía a suministrar material de guerra al Gobierno español en un volumen no desdeñable. Cambiaron las circunstancias y Blum y su gobierno se lo pasaron por alto.

Luego siguieron otros numerosos artículos en base a las investigaciones que iba realizando. Algunos levantaron polémica. La idea estribaba en llevar al gran público temas que habían sido distorsionados por la historiografía franquista o que ni siquiera se habían tocado con la adecuada base documental. Cuando echo un vistazo a mi lista de publicaciones —mi *curriculum vitae* está en internet — observo que no me concentré en aquellas dos revistas. También publiqué en *Cuenta y Razón* o en *Tiempo de Historia*, pero *Historia 16* fue siempre mi favorita. En ella colaboré después con David Solar y Asunción Doménech en diversas aventuras editoriales.

Por si la anterior pluriocupación no bastase formé parte, más adelante, de un grupo de expertos que, dirigidos por Tuñón de Lara, preparó el guion para un programa de treinta capítulos de TVE titulado *España en guerra*. Entre mis papeles figura que mi nombramiento formal data del 15 de marzo de 1984, aunque mi colaboración empezó mucho antes. Fue una ocupación muy exigente pero bien pagada

(45.000 pesetas por sesión de trabajo). Representábamos la pluralidad de la historiografía del momento. Había colegas de derechas, de izquierdas, nacionalistas, centralistas, militares y civiles. Muchos ya han desaparecido, pero afortunadamente todavía viven para contarlo José Manuel Cuenca Toribio y Alberto Reig, que actuaba de secretario y preparaba los borradores de los futuros guiones. En el proceso trabé amistad con uno de los grandes historiadores militares españoles, el profesor Gabriel Cardona.

Nos reuníamos una vez al mes en el edificio del antiguo NODO y solíamos comer en uno de los restaurantes de moda que estaba al lado, La Nicolasa. Alberto se convirtió en uno de mis mejores amigos y también en uno de los historiadores con quien me he sentido más próximo. La idea estribaba en montar las imágenes sobre el guion y no al revés, que es lo que todos los técnicos de televisión recomendaban. Empezó a emitirse a finales de enero de 1987 y terminó en noviembre, cuando ya me había instalado en Bruselas. La hora en que se proyectó no fue la de máxima audiencia. Es difícil que se tratara de una casualidad. Alberto me ha recordado que, por aquella época, el PSOE llevaba una «política apaciguadora» para con la guerra civil. Ciertamente, el propio Felipe González en sus conocidas conversaciones con Juan Luis Cebrián reconoció haberse equivocado. No debía extrañar, pues, el recelo a tocar en la televisión pública —que dirigía Pilar Miró— un tema que todavía se consideraba delicado.

A pesar de todos los pesares, el programa despertó numerosísimas críticas, en particular en la prensa de derechas. Sobresalió *El Alcázar*, pero tampoco *ABC* y *Ya* se quedaron cortos. El semanario ultra *Época* fue especialmente combativo. Dejando de lado firmas desconocidas, no faltaron las de los habituales muy connotados, como eran en aquella época Fernando Vizcaíno Casas o Rafael García Serrano. Las cartas de los lectores que aparecían eran con frecuencia absolutamente descerebradas. Incluso Javier Tusell, que no participó en el programa, mostró su descontento. Las críticas más

inteligentes, pero no por eso menos profranquistas, se debieron a José María García Escudero. Era toda una personalidad: general auditor, notario, letrado de las Cortes, exdirector general de Cinematografía y Teatro, consejero togado del Consejo Supremo de Justicia Militar e instructor especial del 23F. Había escrito un libro, *Historia Política de las dos Españas*, que para mí siempre resultó «infumable».

Esta noción, tan anclada en una tradición historiográfica nativista, nunca me convenció —con perdón e implorando perdón a los manes de don Antonio Machado —. También había dos Alemanias, o dos Francias —se vio en las elecciones presidenciales y parlamentarias de abril y junio de 2022— o dos Bélgicas o dos Italias. Aplicada a nuestro caso, siempre lo achaqué a que la mayor parte de los historiadores españoles especializados en la República, la guerra civil y el franquismo, hasta la transición no viajaron mucho, leyeron menos a autores extranjeros y no estudiaron el tiempo suficiente en otros países para familiarizarse con la evolución de la disciplina. Aparte de Tuñón de Lara, la única excepción que conozco personalmente de aquel tiempo es la del profesor Juan José Carreras, de la Universidad de Zaragoza, que pasó largos años en Heidelberg. Naturalmente, hubo otras causas más profundas que han aflorado a partir de enero de 2020 con la aparición de Vox y su confrontación dialéctica, apoyado por el PP, contra lo que denominaron el «gobierno socialcomunista».

A la hora de escribir estas líneas, buscando entre mis papeles, he encontrado un dosier sobre una selección de noticias que apareció en la prensa de aquel año. En cierta medida, las críticas que se nos hacen a muchos historiadores de hoy de que no bebemos de las fuentes filofranquistas ya estaban prefiguradas en aquel tiempo. Tuve el honor de ser distinguido en muchas de ellas. La más regocijante fue la de un futuro colaborador de la Fundación Nacional Francisco Franco (FNFF), químico, que me calificó de «pedante y guapo de la película». Muy técnico.

En los primeros meses de la proyección, sufrimos un choque cuando uno de nuestros compañeros, el profesor Antonio María Calero, pereció con su familia al romperse una presa precisamente en el momento en que con su coche recorría una carretera secundaria. El efecto fue tremendo sobre nosotros.

Años después me costó mucho trabajo convencer a la dirección de TVE de que debían reeditar la serie. Había problemas relacionados con cuestiones de derechos de autor, ya que los fondos gráficos y cinematográficos se habían adquirido para una sola emisión. Cuando se reeditó, se remasterizaron los episodios en DVD; y un periódico de Valencia, *Las Provincias*, regaló la serie con sus dominicales. Sin embargo, no se publicó el guion —una pena— ni tampoco se nos pidió que lo pusiéramos al día —que hubiese sido imprescindible—. Lo había sugerido en repetidas ocasiones, porque se trataba de un texto en el que habían confluido visiones muy diferentes de la guerra. Para mí fue la demostración de que, con buena voluntad, era practicable consensuar un relato. Hoy se conoce mucho más sobre ella, sus antecedentes y sus consecuencias, y el guion está ampliamente superado. La posibilidad de consenso no la veo tan clara.

También participé alguna vez en un programa de televisión muy famoso que se titulaba *La clave* y que dirigía José Luis Balbín. A este respecto, no me resisto a evocar un episodio en el que intervinimos Ramón Serrano Suñer y servidor. Me parece que también asistió Tusell. Estaba dedicado, si no recuerdo mal, a Mussolini o a algo relacionado con el fascismo italiano. El día de la emisión recibí por la mañana un mensaje escrito a mano de Serrano que me trajo su chófer. No sé cómo se había enterado de mi domicilio. Decía algo así como: «Le ruego no me ataque esta noche. Espero su respuesta de caballero». A decir verdad, no había pensado nada. Jugaría según las circunstancias, pero a la vista del mensaje le respondí, también por escrito: «No se preocupe usted». En el programa me abstuve de atacar a Serrano, a pesar de que

dijo alguna que otra estupidez histórica, pero él sí me atacó. Una forma un tanto unilateral de entender la caballerosidad, aunque es cierto que él, buen abogado, no se había comprometido a nada.

Hugh Thomas hacía por entonces muchas visitas a Madrid. Una de las razones era que Ediciones Urbión había proyectado una versión puesta al día y profusamente ilustrada de su famosa historia de la guerra civil. La obra original contenía muchos errores y había dejado de lado temas importantes. El director del proyecto, Javier de Juan, era hermano de mi íntimo y añorado amigo y colega Rafael, a su vez uno de los discípulos predilectos de Estapé. Naturalmente, me incorporé al equipo de asesores que coordinó con la editorial y el propio Hugh las modificaciones necesarias. Entre ellos estaban varios amigos, como el entonces coronel Ramón Salas Larrazábal, con quien también había coincidido en otras tareas. La obra se publicó en seis volúmenes y se convirtió en la mejor edición en lengua española.

Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos[5]

En aquella línea vi pronto la necesidad de escribir una monografía específica sobre las relaciones hispano-norteamericanas. No hubo ninguna reacción oficial negativa y pensé que convendría ahondar en el tema. Por muchas páginas que incrusté en el libro del BEE no había, ni mucho menos, agotado la cuestión.

Esta vez también procuré buscarme los apoyos que me parecían imprescindibles. Senén Florensa, después de ingresar en la carrera diplomática, había sido destinado al departamento de relaciones internacionales en el gabinete de Adolfo Suárez. Su jefe inmediato era otro diplomático, Eugenio Bregolat, director de estudios. Estaba abocado a una brillante carrera a la que no hace justicia la nota que de él ha publicado Wikipedia. Nos conocíamos relativamente bien porque albergaba la idea de lanzar una colección de documentos diplomáticos españoles.

Entre mis papeles aparecen varios documentos que registran, por ejemplo, una reunión entre Bregolat, José María Jover, José María Moro, director de la Escuela Diplomática, y servidor el 20 de marzo de 1980 en la que empezamos a intercambiar impresiones para preparar una colección de documentos seleccionados que sirvieran para esclarecer el curso de la política exterior de España. Se iniciaría tras la pérdida de las colonias a finales del siglo XIX y llegaría hasta una fecha avanzada del XX. Tentativamente, se sugirió 1960 o 1970. La colección habría de coordinarse entre los departamentos más interesados y ya suscitamos el tema de la documentación del Gabinete Diplomático del Jefe del Estado y otra de su Jefatura en general. Pensamos en varios nombres de personalidades académicas y no académicas y en una comisión ejecutiva que se responsabilizaría directamente del trabajo de investigación junto con un equipo de personas adecuado. No pensábamos en un experimento arriesgado. Casi todos los países occidentales —e incluso algunos de la Europa oriental— disponían o publicaban colecciones similares. España era —y así sigue— un caso atípico en el conjunto de países modernos. El 31 de octubre, nos reunimos con el subsecretario de Asuntos Exteriores. Para entonces había perfilado un esquema preliminar de las distintas series, siguiendo los casos francés e italiano.[6] Aduje los nombres de diversos colegas: Víctor Morales Lezcano; Antonio Marquina; Manuel Espadas Burgos, etc., como responsables de determinadas series.

La idea me parecía importante. Requería, desde luego, grandes medios personales, burocráticos y financieros. Yo estaba dispuesto a abordar la documentación referida a la guerra civil y al franquismo. En aquellos momentos era, sin la menor duda, el historiador que más larga, extensa y profundamente había buceado en los archivos de Asuntos Exteriores.

Ni que decir tiene que la idea no llegó a ninguna parte, pero a través de Bregolat conocí al jefe del gabinete, otro diplomático llamado Alberto Aza. Este era también pariente

de un gran amigo mío, ya fallecido: Máximo García Aza, especialista en asuntos de emigración y seguridad social, había sido destinado a la Agregaduría Laboral en México y cuando fui por primera vez a la capital azteca me alojé con él y su esposa, Elena Álvarez Barón. Nunca permitió que fuese a un hotel. Para colmo, en la prensa mexicana apareció alguna foto conmigo y sus hijos, que los periodistas me atribuyeron. Es decir, aparte de por medio de Senén Florensa y de Eugenio Bregolat, existía la posibilidad de insistir a través de una vía familiar.

Expliqué mi proyecto a Alberto y le dije con toda claridad que lo que me faltaba como material primario eran las actas y notas de las negociaciones militares de los Pactos de Madrid. En ellos pensaba que podría hallarse la clave de las alucinantes concesiones que Franco había aceptado en favor de los norteamericanos, amén de muchos otros detalles. Según mis informaciones, el expediente se encontraba en los archivos del Alto Estado Mayor en la calle Vitruvio. Yo no conocía a nadie en aquel mundo y, naturalmente, necesitaba apoyo. Alberto fue haciendo suya mi idea e incluso me explicó que la consideraba muy adecuada en aquel momento. Su reacción estribó en ponerse en contacto con el entonces ministro de Defensa y primer civil en ocupar el cargo, Agustín Rodríguez Sahagún. A los pocos días, me comunicó que había dado el visto bueno y que debía solicitar la oportuna autorización por los canales reglamentarios, es decir, a través del subsecretario del departamento, Ángel Liberal Lucini. Era el mismo procedimiento que había seguido en el caso de Asuntos Exteriores.

Debo reconocer que no fui muy ducho. De entrada, me dirigí a él como «general», cuando era en realidad marino —ya no sé si vicealmirante o almirante—. En cualquier caso, mi instancia fue, como cabe pensar, absolutamente respetuosa. La envié, si no recuerdo mal, a principios de diciembre de 1980. Tardó en responderme. Cuando lo hizo fue hacia mitad de enero de 1981. Me informó, como si servidor fuera un principiante, de que los documentos que

deseaba consultar eran material clasificado y denegó mi solicitud. Me quedé helado, pero pocos días después se corrió la voz de que Suárez dimitía como presidente del Gobierno. Evidentemente, no se me ocurrió acudir de nuevo a Aza. Siempre me he preguntado si la respuesta del almirante Liberal no fue también un reflejo del tono de las relaciones entre el poder civil y el militar en aquella época.

No me sentí descorazonado por ello. Con los materiales, todos civiles, que tenía en mi poder terminé una nueva monografía que me había ocupado el año 1980. Se publicó a pesar del 23F. Este me pilló en Barcelona y me enteré, como ya he señalado, en casa de Fabián Estapé, que me había invitado a dar una conferencia en su facultad. Como, afortunadamente, fue flor de un día no me arredré y me dije que tanto mayor interés debía poner en que el libro saliera cuanto antes. Al fin y al cabo, ponía de relieve la responsabilidad en que habían incurrido los altos mandos militares franquistas a la hora de entregar, por un plato de lentejas, parcelas sustanciales de la soberanía nacional. Siempre patriotas.

En aquel enfoque me ayudó mucho Fernández Espeso, que conocía íntimamente todos los intríngulis de las relaciones político-militares entre el régimen franquista y Estados Unidos. Solbes me lo había presentado un par de años antes y nos habíamos hecho muy amigos. Tenía un conocimiento enciclopédico de la escena de seguridad europea, de historia militar española y no española. Era entonces subdirector general para asuntos de seguridad en Santa Cruz y me dedicó muchas horas de su escaso tiempo. Me abrió las puertas —no tengo reparo alguno en reconocerlo— a un mundo del que yo no tenía demasiada idea. Además, congeniamos rápidamente. Era un gran experto en vexilología (el estudio científico de las banderas), solterón empedernido e interesado en algo que me pareció muy singular: había reunido una colección impresionante de hojas parroquiales, manuales de consejos y demás zarandajas propias de la Iglesia católica española en los tiempos franquistas sobre relaciones deseables e

indeseables entre los dos sexos.

Siempre he dado las gracias a todos quienes me han ayudado. Desde fecha temprana aprendí dos cosas: la historia nunca es definitiva —depende de nuevos descubrimientos, de nuevos análisis, de nuevas percepciones— y los historiadores tampoco somos nunca definitivos. Solía reírme cada vez que Ricardo de la Cierva aplicaba su costumbre de calificar cada nueva obra suya —en general, peor que la anterior— con tal adjetivo.

En este caso del nuevo libro de lo que traté fue, pues, de recortar los límites de la laguna existente, aunque no enfaticé el disgusto —por llamarlo de alguna manera— que me produjo la actitud del almirante Liberal. Señalé, oblicuamente, que «la carencia o inaccesibilidad de ciertos documentos» no me había permitido recortar tales límites. Anuncié las novedades: otorgaba una atención relativamente amplia a los orígenes de la ayuda norteamericana anterior a los pactos; abordaba las percepciones españolas más relevantes en torno al acercamiento a Estados Unidos —esencialmente en el Ministerio de Asuntos Exteriores— y sometí a un análisis crítico bastante pormenorizado la variada gama de acuerdos y estipulaciones secretos que acompañaron los pactos o que de los mismos se derivaron directamente. En este último ámbito se rompieron barreras. Ni los autores norteamericanos ni otros extranjeros ni, por supuesto, los españoles habían hecho jamás nada parecido.

Ya en aquella época identifiqué un *leitmotiv* de mis futuras investigaciones y que seguí manteniendo: la entonces todavía joven democracia española no tenía por qué temer a los resultados del trabajo sobre la política económica y la política exterior del «anterior régimen». Subrayé que ya en aquellos años —no se olvide, principio de la década de los ochenta del siglo anterior— se asistía a una exaltación ideológica de la figura del Caudillo y de los logros de su dictadura. Identifiqué a dos personajes: uno fue Manuel Aznar, que había divisado el motor de la actuación del general Franco en su «amor profundísimo a España», en

su «patriotismo sin un minuto de flaqueza», en su «incondicional entrega al servicio del pueblo español». Otro fue el profesor y académico Juan Velarde, falangista que divisaba dicho motor «en el interés del Estado», «en el interés de España» y que interpretaba la política económica que había impulsado hasta su colapso en 1959-1960, como «antiimperialista y nacionalista». De risas.

Abundé en el estudio de la génesis de los tres convenios firmados en 1953 y me detuve, en particular, en la famosa nota adicional al artículo III del convenio defensivo que me había puesto sobre la pista. Acudí a la valoración de Juan José Rovira y Sánchez-Herrero, un diplomático clave en la ejecución de los mismos. Fue director general de Cooperación Económica desde febrero de 1958, jefe de la Oficina de la Comisión Delegada para el Desarrollo de los convenios desde noviembre de 1957 y, me imagino, mejor conocedor de lo que suponían que el embajador Manuel Aznar, experiodista y uno de los más destacados turiferarios de Franco, o el profesor Velarde, de quien he seguido sin conocer alguna investigación en los archivos relevantes.[7] Rovira fue autor de un detallado estudio titulado «La revisión de los acuerdos hispano-norteamericanos», fechado el 17 de febrero de 1963. Tuvo una gran importancia en el ánimo de algunos de los negociadores militares de dicha —frustrada— revisión. Ocupó la friolera de 140 páginas mecanografiadas. ¿Su conclusión?

> *Creo que es totalmente inadmisible y que viola de lleno la soberanía española que los Estados Unidos tengan en su mano la decisión absoluta de utilizar nuestras bases en tiempo de guerra, sin participar siquiera nosotros en la adopción de esta decisión, teniendo que conformarnos con una mera notificación que ni siquiera se establece será por escrito*.

Además, que yo sepa, hasta entonces ningún autor había hecho demasiadas menciones a las estipulaciones secretas adicionales relacionadas con el convenio defensivo, a las normas reservadas sobre utilización habitual de las

bases y al estatuto jurisdiccional secreto de las fuerzas norteamericanas en España. En comparación, di menor espacio a la vertiente económica. En Washington se sabía que Franco quería recibir el mayor volumen de ayuda posible. No hicieron grandes esfuerzos por complacerle salvo a la hora de asegurarse que una parte de la misma estaría destinada a sufragar la propia implantación en la Península.

Sin querer hacer sangre de una prensa al servicio del régimen, no pude evitar dedicar el último capítulo a una selección de las alabanzas al genio del Caudillo. Destacó *Arriba*: «De estos convenios podría extraerse sin dificultad alguna una verdadera carta o tabla de derechos de los pueblos libres con las potencias colosales. De ahí el estupor y la admiración que han despertado». En el régimen de Franco nunca pasó nada por ser escandalosa e impúdicamente hiperpelota.

Terminé con la valoración que, de puertas adentro de la Administración, hizo el almirante Carrero Blanco, genio entre los genios a la hora de no quedarse atrás. Defendió a ultranza los pactos, ¿cómo no?, pero se quejó de lo cicateros que eran los estadounidenses. Fue muy explícito:

> Si quisiéramos resumir en pocas palabras el balance de los acuerdos de 1953, desde el punto de vista militar podríamos decir que los americanos han resuelto sus problemas, pero nosotros no hemos resuelto el nuestro.

Mucho del material recibido había sido de desguace; España había obtenido menos ayuda que Yugoslavia; la recibida por el Ejército de Tierra no llegaba, ni con mucho, al mínimo imprescindible; tampoco en Aviación se habían atendido las necesidades más apremiantes; la zona de defensa aérea cubría los territorios en donde estaban implantadas las bases, pero dejaba fuera el resto y ya en la reunión del Consejo de Ministros del 8 de noviembre de 1957 Franco, estratega genial, planteó la necesidad imprescindible de revisar los acuerdos.

Grijalbo publicó el libro en abril o mayo de 1981 bajo

el título *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos. Bases, ayuda económica, recortes de soberanía*. El subtítulo daba en el clavo y reforzó la postura con la que el PSOE contempló el tema. Se me ocurrió pedir a José María de Areilza, que había dejado pocos años antes la cartera de Exteriores y había sido embajador en Washington y París, que lo presentara. Cuando se cercioró de que no buscaba marcar puntos políticos y que no entraba en el tema estrella del momento (la OTAN) accedió a hacerlo en el Hotel Palace de Madrid ante una distinguida concurrencia. Sus comentarios los publicó después.

También en aquella época se estaba preparando una renegociación del acuerdo y a lo mejor el libro pudo dar material a los negociadores españoles, aunque estos se vieron desamparados por la Superioridad. Coincidió con un recalentamiento de las discusiones públicas en España en materia de política de seguridad exterior.

Armado con tales credenciales, en diciembre de 1983 volví a Florida. En esta ocasión, a la Universidad Internacional de Gainesville, en la que el Instituto de Cooperación Iberoamericana —Ramón Bela seguía manejando la batuta— organizó un simposio sobre España y Estados Unidos: relaciones actuales y futuras. Aporté mis nuevos conocimientos. No sé si gustaron demasiado.

A caballo entre la Administración y la Universidad

Terminado el período de excedencia que me había tomado con el fin de dar un empujón a la investigación para el BEE, y de regreso al Ministerio de Comercio, había pasado a la Dirección General de Transacciones Exteriores. Estaba entonces a cargo de Félix Varela Parache, hermano de Manuel. Me ocupé de una sección de control de operaciones. De mí dependía la concesión de la autorización indispensable para que empresas españolas pudieran obtener préstamos con avales del extranjero. Si no la daba, la posibilidad se iba al garete. Ya no recuerdo por qué la decisión de un modestísimo jefe de sección tenía

prioridad sobre la del director general o superiores, pero era así. En una ocasión, un alto empleado de Rumasa intentó sobornarme. Muy fríamente lo puse de patitas en la calle e informé de lo sucedido a Félix. Las corruptelas del franquismo todavía tenían eco. A otro amigo mío le pasó algo parecido: le ofrecieron un millón de pesetas de la época si votaba a una determinada persona en una oposición. Tampoco lo hizo.

Con tiempo a mi disposición, no tuve dificultad en compatibilizar Administración y Universidad. Junto con Manuel Medina Ortega, catedrático de Derecho Internacional Público, fui uno de los vicerrectores de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP). Su rector, Raúl Morodo, me había nombrado, creo que a instancia de Sampedro. El puesto no daba mucho trabajo, excepto en la programación de actividades y en el verano. Entonces había que asistir a los cursos que tenían lugar en el Palacio de la Magdalena en Santander. En aquellos meses, uno se encontraba con todo tipo de políticos, escritores, profesores, especialistas de las más diversas disciplinas y podía obtenerse una buena idea de por dónde iban los tiros en la política y en la intelectualidad españolas. Gracias a mi empeño se hicieron cursos en honor de Tuñón de Lara. Colegas y amigos como Hugh Thomas, Herbert R. Southworth, Gabriel Jackson, Paul Preston, etc., se desplazaron a Santander. La prensa repercutió muchos de estos cursos que dirigí o en los que participé. No sin despertar cierta acritud, como se mostró en los disparos envenenados que solía dirigirme Ricardo de la Cierva.

Di una batalla, sin éxito, en favor de la apertura de archivos. Los del franquismo, expliqué, eran decisivos para la democracia. Ya anuncié en 1979 que

> *solo cuando se abran las puertas a la consulta de los archivos del franquismo se podrá superar la historiografía superficial que sobre esta época se está haciendo en España, basada en ensayos de índole sociológica, sicológica o cultural.*

Era necesaria una labor de recuperación de

documentación, tarea que no incumbía solo a la Administración, sino también a los partidos políticos y a las instituciones públicas y privadas. Denuncié deficiencias físicas, depredaciones sistemáticas y, en general, la gran «desprotección de la masa archivística». Junto con las dificultades de consulta, ponían en peligro la defensa de la democracia (*El País*, 17 de noviembre de 1979). Fui pesimista: «La historia completa y científica del franquismo tardará en escribirse por lo menos treinta años» (*ibid.*, 18 de noviembre de 1979).

También empecé a dar clases en la Escuela Diplomática. Sampedro creyó que podría sustituirle en los cursos de economía internacional y convenció a José María Moro Martín-Montalvo —uno de los colaboradores íntimos de Castiella y personaje muy discutido—. Estuve en ella varios años y contemplé el paso de unas cuantas promociones de diplomáticos. También hice amistad con Fernando Morán, senador por el PSOE y que había sido relegado al puesto de jefe de estudios de materias históricas. Aprovechó la ocasión para escribir un libro que le haría famoso: *Una política exterior para España*. Fue una experiencia muy satisfactoria. Un día, al terminar el curso, toda la primera fila de alumnos se presentó con pajaritas, en lugar de con corbatas, en divertido homenaje al «profe».

Participé en los tribunales de oposición. Ya entonces el sistema preveía la presencia en ellos de, si no recuerdo mal, tres catedráticos por Historia, Derecho y Economía. En uno, coincidí con Elisa Pérez Vera, posteriormente rectora de la UNED y miembro del Tribunal Constitucional. No se me olvidarán dos anécdotas. El primer ejercicio consistía en la redacción y lectura pública de un tema de la actualidad internacional propuesto por el tribunal. Uno de los opositores empezó a leer el suyo. Era brillante, pero a los diez minutos o al cuarto de hora comenzó a titubear. Nos inquietamos. Resultó que no lo había terminado y decidió improvisar sobre la marcha. La segunda anécdota tuvo más enjundia. Se trató de dirimir quién en el último o penúltimo ejercicio debía ser aprobado. Había llegado a él un número

de opositores superior en una plaza al de las disponibles. Algo raro, pero ocurría. Estuvimos horas y horas comentando el ejercicio de los dos farolillos rojos. Los diplomáticos miembros del tribunal se inclinaron en favor de uno. Elisa y servidor lo hicimos por otro. Nos llevamos el gato al agua. Quien no lo logró aprobó en la oposición siguiente.

En el ínterin, compuse una historia sobre la Administración en temas de gestión de la política económica exterior durante el franquismo. Después del libro del BEE sabía mucho más de ella que la mayoría de los funcionarios de los ministerios de Comercio y Exteriores, rivales en la materia y en la gestión de las golosas consejerías y agregadurías comerciales en el extranjero. Seguí hurgando en archivos y tuve la satisfacción de ver cómo en los *Cuadernos económicos de ICE*, la publicación de mayor entidad en el plano teórico del ministerio, se publicó el resultado de mis disquisiciones.[8] Supongo que a la mayor parte de los funcionarios todo esto les sonaría a chino, pero encajaba con mis preocupaciones y apetencias y lo cierto es que, como en otros campos de la historia, tuve que partir de cero.

Para entonces ya había desarrollado una cierta inquina a participar en tribunales. Había tenido una experiencia bastante desagradable en las oposiciones de Técnicos Comerciales del Estado que me marcó durante años. En una ocasión, el presidente expresó su deseo de que no se aprobara a mujeres —«porque luego se quedan encintas, tienen hijos y dejan de trabajar»—. Me pareció una postura monstruosa y me rebelé. Éramos amigos y nos llevábamos bien, pero me negué a aceptar lo que a todas luces era un desatino. Discutimos a la hora de calificar el primer ejercicio. Manuel Varela, que también era miembro del tribunal, se marchó agotado a su casa diciendo que se sumaba a mi postura.

Paramos el reloj a medianoche y seguimos enzarzados hasta que anuncié que, no ya ese día pero sí al siguiente, haría unas declaraciones a la prensa. Gané la batallita. Fue

pírrica, porque luego suspendieron todas las candidatas en los sucesivos ejercicios. Siempre creí que la base de la conducta propia debía ser el imperativo categórico, por muy de andar por casa que fuese. Claro que esto no significa negar que hay momentos en los que no cabe hacer otra cosa sino transigir, aunque pocos reconocen abiertamente que van en contra de su propia conciencia. Para bien o para mal, he solido aplicar aquel principio. La última vez que se me presentó el dilema, me negué cortés y disciplinadamente, a aceptar el ucase que me venía encima. Pagué, aunque a disgusto, el precio, pero esa fue otra de las mejores decisiones de mi vida.

En la Universidad estuve en Alcalá de Henares, como supernumerario, entre octubre de 1977 y finales de 1980. Como entonces los concursos de traslado eran posibles, traté de acercarme a la capital. El 25 de noviembre de este último año pasé a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. La convocatoria había salido en el *BOE* del 5 de marzo. En principio ya había conseguido mi objetivo primario, pero no lo consideré como una victoria total. Donde quería aterrizar era en la Facultad de Económicas. En enero de 1981 surgió otra alternativa, que tenía la ventaja de evitar dar clases. Así que me trasladé a la UNED, aunque de entrada continué en Alcalá en comisión de servicio. Nunca oculté, sin embargo, que mi objetivo final fue siempre llegar adonde había empezado mi carrera docente. Sin embargo, tardé en vencer sospechosas resistencias, en parte relacionadas con la competencia intrauniversitaria, la carencia de plazas y, no en último término, viejas rencillas.

Breve Director General de Universidades

En julio de 1981 me llamó el ministro de Educación, Juan Antonio Ortega y Díaz-Ambrona. Habían sumado a su cartera la de Universidades e Investigación y deseaba que me fuera con él. ¿Mi cometido? Continuar negociando, bajo su dirección, el cuarto anteproyecto de ley de Autonomía

Universitaria (LAU), una necesidad imperiosa y para la cual creía que estaba especialmente cualificado. Mi reacción casi inmediata la recogió *ABC* (28 de julio de 1981). Había que sentar las bases de la Universidad de fin de siglo con su reestructuración y la de los sistemas de selección del profesorado. La LAU debía dar una respuesta constructiva, técnicamente satisfactoria y políticamente convincente. La Administración tenía que presentar al Parlamento un proyecto homologable con los cambios introducidos a lo largo de los últimos quince años en sistemas universitarios más avanzados que el español. La LAU también podría filtrar lo mejor de las energías que existían en la Universidad española para sentar los canales institucionales, en concertación con partidos y grupos sociales, que pudieran producir un cambio con rapidez y sobre todo en condiciones de eficacia. Sueños, sueños… a los que ciertamente no era ajena mi propia experiencia.

Fui al mismo puesto que había tenido Manuel Cobo del Rosal, luego subsecretario con Luis González Seara, en un ministerio separado de Educación. Calvo Sotelo, presidente del Gobierno, puso alguna reticencia a Cobo como secretario de Estado de Universidades en el ministerio que amalgamó los dos anteriores, pero al final aceptó. No interpuso ninguna a mi nombramiento. Siempre he estado agradecido a Juan Antonio por su confianza en mí. Cuando me dispuse a escribir estas líneas ya había publicado el segundo tomo de sus memorias.[9] En él ha explicado, mejor que yo pudiera hacerlo, lo que le impulsó. Nos conocíamos desde hacía años por un común interés en el idioma alemán y habíamos estado en contacto en aquellos tiempos turbulentos. Me permito transcribir su opinión porque creo que, cuando tuvo que dejar la cartera, se perdió una oportunidad de oro para poner a la Universidad española en carriles más eficaces de aquellos por los cuales siguió discurriendo.

En dichas memorias tiene la bondad de calificarme de «universitario brillante», «estudioso, competente y minucioso, muy ajeno a gaterías o charranadas. Políglota *in*

crescendo, Ángel mostraba esa *ingenuity*, que dicen los anglosajones, en sus varios sentidos. Yo conocía su buena relación con los socialistas, baza para negociar la LAU. A Manuel Cobo le pedí que llevase el despacho ordinario de Universidades, pero que la negociación sobre la LAU la dirigiría yo con Ángel Viñas (…) Cobo era un personaje enérgico, cumplió lo indicado y hubo calma».

Como ministro, Juan Antonio fue siempre muy amable. Como memorialista, lo es incluso más. Fueron jornadas agotadoras. Yo solía llegar al ministerio hacia las nueve de la mañana. Trabajaba hasta las dos. Volvía a casa, cuando no tenía un almuerzo oficial. Echaba una siesta de no más de media hora y regresaba al despacho hacia las cuatro y media. En él solía quedarme hasta las nueve de la noche. Naturalmente, había problemas de gestión y por la mesa pasaban los más diversos temas. Uno de los que más me desveló fue la insistencia del Sindicato Español de Pilotos de Líneas Aéreas (SEPLA), que aspiraba a la creación de una facultad universitaria para la formación de sus futuros colegas. Un tanto desamparado acudí a mi primo hermano, Cecilio Yusta, que era comandante de Iberia y quien me informó de los intríngulis de aquella, para mí, sorprendente petición.

Algunos de los rectores eran auténticos fascistas. Uno de los más vociferantes era, si no recuerdo mal, el de Valladolid. Penalista, como Cobo del Rosal. Tuvimos un cruce de telegramas francamente gélido. Estará mal escribirlo, pero yo lo despreciaba profundamente, por lo que prefiero no mencionar su nombre. Fracasé, sin embargo, en dos cometidos que me hacían ilusión: conseguir el nombramiento como catedráticos en alguna universidad española de Juan Marichal y de Manuel Tuñón de Lara. Que el primero llevara años en Harvard como uno de los más prominentes hispanistas de su generación no les hizo mella. Tampoco que Tuñón de Lara tuviera más que una bien ganada reputación en Francia. ¡No habían hecho oposiciones!

Igualmente, me preocupé de no dejar desamparada a

otra gente que me parecía valiosa. Entre ellos estaba Ernest Lluch. Escribí al decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona (UB) para que no se olvidaran de solicitar la dotación de una cátedra de Historia de las Doctrinas Económicas en la facultad.[10] No tuve el menor éxito.

Todo avivaba, en mi opinión, la necesidad de avanzar en la tramitación de la LAU. Encontré al principio reticencias con el PSOE en una postura que, a mi nivel, me pareció un tanto intransigente en algunos puntos. Acudí al ministro, quien me dijo algo así como «No te preocupes. Hablaré con Felipe [González] o Alfonso [Guerra] y se arregla». Continué negociando con Gregorio Peces-Barba. Para mí una de las claves estaba en la reforma del sistema de oposiciones. Había, sobre todo, que hacerlo más transparente e idear fórmulas que permitieran reducir al mínimo el papel de la endogamia y de las «cuadras». Era consciente de que pisaba demasiados callos.

En unas pocas reuniones en casa de Gregorio, fuera de Madrid, arreglamos todas las dificultades, cuyo trasfondo ha explicado Juan Antonio en sus memorias. El problema de base consistía en que cualesquiera que fuesen las mejoras que pudieran introducirse no iban a contentar al grupo parlamentario de UCD. Estaba profundamente dividido, por mucho que apoyaran al ministro los de orientación socialdemócrata como Luis Berenguer, Carmela García Moreno o González Seara. En el Parlamento se veía ya venir el descalabro en las próximas elecciones y cada uno trataba de salvar sus muebles como podía.

Con el fracaso cantado, Juan Antonio presentó su dimisión a Calvo Sotelo y reunió a los altos cargos. Nos explicó su conversación con el presidente del Gobierno. Nos pidió nuestro parecer. Casi todo el mundo optó por exponer los sentimientos de rigor. El único que dijo que se marchaba y por qué fue servidor.

Al día siguiente, por la mañana, redacté mi carta de dimisión. Llamé al motorista y le rogué que, como favor especial, se cerciorara de que mi escrito estuviera en la

mesa del nuevo ministro cuando llegara a su despacho. Acto seguido, para hacerla irrevocable, envié un telegrama circular a todos los rectores. A mis secretarias les dije que solo me pasaran temas de rutina. A los que requerían algún tipo de decisión que pudiera tener consecuencias añadí una nota manuscrita: «Para mi sucesor». Con fecha y firma.

El nuevo ministro tardó quince o veinte días en llamarme, pero ya se había enterado de lo que uno de los asistentes —que no identificaré— a la reunión de despedida de Juan Antonio se había apresurado a comunicarle. En las mencionadas memorias afirma que Calvo Sotelo le dijo más tarde: «Sabes (…) que uno de los errores que pienso haber cometido de presidente fue nombrar a Federico Mayor ministro de Educación y Ciencia. Me he convencido de que es un estúpido».11

Tampoco he olvidado dos cosas tras mi dimisión: la primera, que el secretario general técnico me llamó para decirme que, si no tenía inconveniente, introduciría en el decreto de cese la fórmula habitual de agradecimiento por los servicios prestados. Así apareció en el de 26 de diciembre de 1981 (*BOE* del 2 de enero de 1982). Naturalmente, dije que no lo tenía, aunque por mí hubieran podido prescindir de ella. La segunda, fue la llamada de Tusell, director general de Bellas Artes, tan pronto se conoció mi dimisión: «Pero ¿qué has hecho, Ángel?, ¿no sabes que aquí no se dimite?».

Me refugié en la UNED, en la que Elisa Pérez Vera tuvo a bien nombrarme director del Departamento de Estructura Económica y vicerrector de Investigación. Viajé por España y me familiaricé con la enseñanza a distancia, aunque me reconcomía no poder ir a mi facultad de origen. Confieso que se había convertido en una obsesión. Sin embargo, la UNED era un destino tan deseable que incluso Fuentes Quintana, tras su paso por la altísima política, había dejado la Complutense para asentarse en ella. Para mucha gente, el no tener que dar clases era un aliciente poderoso. No para mí, que siempre había disfrutado en el cara a cara con los alumnos.

Regresé de nuevo a Comercio y, el 1.º de enero de 1982, estrené año como jefe de la sección de información territorial, de la Subdirección General de Coordinación Territorial, con un bajón en el grado, que quedó en un escuálido nivel 24. No me importó porque necesitaba reponerme de los berrinches que me había llevado en Educación y, en realidad, empecé a trabajar en la Secretaría General Técnica, donde me había acogido Luis María Linde, hermano de un compañero de mi promoción, Enrique, desgraciadamente fallecido.

De aquella época lo que recuerdo, y no agradeceré bastante, es que Luis María me abrió una puerta por la que hasta entonces no había entrado, pero que me interesaba. Yo era miembro de un grupo de entusiastas sobre los problemas de seguridad en un recién creado Instituto de Cuestiones Internacionales. Cuando llegó a Linde una petición del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN) para que enviase a un funcionario en representación del ministerio a uno de los cursos que organizaban, me pidió que fuera. Así conocí un engranaje que contribuyó también a determinar mi carrera.

Entre el 18 de enero y el 5 de febrero de 1982, asistí a las jornadas de estudio sobre los planes ministeriales de movilización para la ejecución de la política de defensa. El momento era, quizá, el adecuado para un historiador. Fuera de la embajada en Bonn y de la mili no había tenido muchos contactos con militares, pero hacía tiempo que retumbaban los tambores que luego explosionaron en el 23F. Un sector de las Fuerzas Armadas no estaba contento con cómo discurría la transición. A unos no les gustaba la democracia y rememoraban la dictadura, en la que habían sido «príncipes» o «purpurados», rodeados del respeto, temor o admiración —que de todo hubo— de una sociedad amedrentada. A otros les preocupaba la marcha del país atenazado por la crisis económica, el temido «resquebrajamiento» de la patria, dada la incipiente política

autonómica. Los gritos y berridos contra la supuesta inacción del Gobierno ante la amenaza terrorista de ETA habían sido constantes. Las víctimas también. Ellos solo se fijaban en sus compañeros. En la dura realidad, políticos, líderes sociales y sindicales y simples ciudadanos también caían bajo las balas de los etarras.

Me había habituado a leer el periódico ultraderechista por excelencia, *El Alcázar*, con sus contrapesos como *El País*, *Diario 16*, *Cambio 16*, *Doblón* y *Nuevo Lunes*. Era amigo de muchos de los periodistas que se exponían con sus continuas denuncias de los ruidos de sables, empezando por Aguilar y Martínez Soler. Igualmente, leía a muchos de los militares de derechas que escribían sobre temas de historia, pero también a los de izquierda y en especial a Gabriel Cardona y Julio Busquets. Siempre divisé que el peligro para la naciente democracia no estaba en las izquierdas, sino en los rescoldos muy vivos del franquismo. Que muchos generales, jefes y oficiales se sintiesen heridos no me sorprendía. Lo que me sorprendía era la aparente debilidad de los Gobiernos de UCD.

En el CESEDEN participé al menos en catorce sesiones de estudios sobre planes ministeriales de defensa y de movilización. Allí me encontré de nuevo con Fernández Espeso y, naturalmente, empecé a codearme con militares en otros ambientes que no eran como los campamentos o el regimiento de Intendencia de El Goloso. Llegué en plan inocente, pero lo primero a que acudí fue a la literatura sobre economía y defensa. En castellano no encontré demasiado. Trabajos muy descriptivos, con escaso análisis, muy centrados en los aspectos de gestión. Poca referencia a literatura extranjera.

Hoy me río, pero mi primera impresión fue que íbamos muy por detrás de lo que los alemanes habían hecho o escrito en los años treinta en materia de *Wehrwirtschaf*t, un poco el equivalente de lo que después se denominaría *Defense Economics*. De la inmensa literatura en inglés, sobre todo norteamericana, no vi muchos atisbos.

Podrá parecer un tanto petulante, pero me las apañé a

través de las consejerías del ministerio en el extranjero para allegar algunos títulos relevantes. Todavía entonces la localización y adquisición de libros foráneos no era fácil. Poco a poco, al cabo de unos meses, me sentí con fuerzas para generar algunas ideas con el fin de conceptualizar una versión moderna en materia de defensa económica.[12] Y de aquí, por una serie de circunstancias, fui ampliando mi perspectiva hacia otros aspectos conexos. Defensa, desarme, desarrollo… Al principio, con la visión de un economista; después, con un cierto sentido de estrategia global. Académico impenitente, lo cual no era una recomendación necesariamente positiva en ciertos círculos de la Administración, recopilé algunos trabajos que tuvieron buena acogida.[13] Innecesario es decir que se trataba de temas que en la Universidad de aquella época ni siquiera se olían.

No pude evitar embarcarme en lo que era una de las cuestiones más candentes del momento: la OTAN. En mayo de 1982, Fernández Espeso y servidor participamos en un seminario en Toledo que organizaron el CESEDEN y la UIMP sobre *Intereses estratégicos nacionales. Percepciones y realidades*. Llegué con el corazón roto. Acababa de fallecer mi madre. Un tema personal que me dejó desfondado y me hizo llorar de continuo durante dos meses. Mi ponencia versó sobre «Experiencia histórica y factores internos en el ingreso en la OTAN». El CESEDEN publicó un libro muy bien presentado que, naturalmente, no tuvo el menor eco.

Para entonces tenía algunas ideas propias, aunque parezca autobombo afirmarlo. Entre los años 1977 y 1982, poco a poco había ido introduciéndome en el trasfondo de la política exterior española. Me había dado cuenta hasta la saciedad de que lo escrito en libros muy leídos por algunos diplomáticos de lo que pudorosamente se denominaba «anterior régimen» era, en general, un poco basurilla. También me había relacionado mucho con un número creciente de historiadores y politólogos extranjeros que habían abordado la cuestión. Además, de vez en cuando me llamaban de varias embajadas, en particular la alemana —

tuve muchas conversaciones con el ministro consejero Tilemann Stelzenmüller— y algunos diplomáticos norteamericanos. Incluso me invitaron a Estados Unidos, pero no encontré la ocasión de ir.

Hablaba con periodistas extranjeros, por ejemplo, con Robert Graham (*Financial Times*), James Reston (*New York Times*), Stanley G. Meisler (*Los Angeles Times*) y Walter Haubrich (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*), entre otros.

En temas de política exterior y de seguridad la OTAN había generado una discusión profundamente ideologizada, tanto por la derecha como por la izquierda. *Con la diferencia de que la primera quiso forzar la entrada a toda costa*. Sus argumentos eran espurios. A mí me pareció un disparate. La adhesión o no al Tratado de Washington de 1949 era la **única baza realmente estratégica en manos del Gobierno español**. Esto no podría afirmarse del ansiado ingreso en las Comunidades Europeas, en lo cual había amplia aceptación. El consenso en apresurar lo más posible este último era muy generalizado. Sin embargo, poco entusiasmo despertaba en la izquierda la relación bilateral de seguridad con Estados Unidos, aunque se comprendía que denunciarla tendría repercusiones poco agradables.

En tales circunstancias, que no merece la pena elaborar aquí, mi sentimiento era que parecía un tanto improcedente incorporarse a la OTAN, rompiendo todas las posibilidades de intelección entre las fuerzas políticas que impulsaban la transición tras el intento de golpe de Estado del 23F. La contrapartida no era evidente. Lo que decía el Gobierno de UCD no carecía de trampantojos. Aprovechando el susto y maniobrando de forma tal que pareciera que la adhesión rebajaría la inquietud en los medios militares, bajo la batuta de Calvo-Sotelo se consiguió que una mayoría parlamentaria diera luz verde a tal adhesión. Más adelante, en sus no siempre veraces memorias, no se recató en señalar que la había apresurado porque sabía que un eventual gabinete socialista no la llevaría a cabo. Como se dice habitualmente, «todo vale en el amor y en la guerra», pero lo cierto es que, a partir de entonces, la situación no

sería ya nunca la misma.

Aquel verano dirigí un curso en la UIMP de Santander. Participaron representantes de los partidos políticos más importantes, entre ellos Fernando Morán, militares, académicos y muchos estudiantes. Me había inspirado el seminario de Toledo. Se abordaron casi todos los temas que la adhesión implicaba. Desde los estratégicos a los políticos, pasando por los económicos, militares y culturales. Personalmente, me abstuve de participar con una ponencia. No se trataba de impartir lecciones. Lo que sí hice fue una amplia introducción de las finalidades del curso. Reconocí que, lo quisiéramos o no, *se había creado una nueva situación.* Me basé en mi propia experiencia en el extranjero. Es cierto que los temas propiamente militares no me habían interesado mucho en aquel período —aunque de refilón los había tocado para explicar las relaciones españolas con el Tercer Reich y Estados Unidos—, pero la discusión sobre la OTAN los había afinado. También me llamaba la atención la discordancia entre la evolución europea y la española.

En la primera, Estados Unidos había apoyado en primer lugar la recuperación económica y, a través del Plan Marshall y otros esquemas multilaterales, contribuido a superar el descoyuntamiento de las economías europeas arrasadas por la guerra. Solo después, en respuesta a la percepción de un peligro procedente del Este, había pasado a la cooperación militar que desembocó en la organización de mandos operativos conjuntos, siempre bajo una gran influencia norteamericana.

En España se invertía el proceso. La opinión pública, en general, no era demasiado proestadounidense, pero sí deseaba la incorporación a la Europa económica. Sin haber logrado esta, aunque el proceso estuviera encarrilado, el Gobierno de UCD había pulsado el acelerador y metido al país en la mecánica del Tratado de Washington.

Al explicar esto, sin saberlo, coincidí, en alguna medida, con los resultados a que habían llegado las discusiones internas en las alturas, no todas, del PSOE. En

mi modesta opinión, lo que la derecha había hecho no era sino crear una situación que equivalía, en términos geopolíticos y geoestratégicos, a una traducción del dicho común de que una cosa era no casarse y otra divorciarse —según el Código Civil de la época—. Por consiguiente, había que poner al mal tiempo buena cara y readaptarse *o correr con los riesgos que implicaba el desenganche*. Publiqué tal tipo de reflexiones en una poco conocida revista que editaba la UIMP.[14]

Varios amigos me criticaron. Otros estuvieron de acuerdo. Personalmente, creí no haber aplicado sino el sentido común. La prensa había informado, con frecuencia mal, pero a veces con corrección, acerca de las dificultades por las que había pasado la tramitación parlamentaria. La derrota del PSOE había sido evidente y notable. También la del PCE y de la variopinta izquierda extramuros. ¿Qué podría hacer el gobierno que viniera después del de Calvo Sotelo?

¿Denunciar la adhesión? ¿Cuáles serían los costes?

La cuestión no se planteaba en términos internos, ya que eso dependería de la evolución de las diversas fuerzas políticas tras las futuras elecciones y el PSOE podría incluso revalidarlas. Se planteaba sobre todo en términos externos. Hasta entonces, y desde su aprobación en 1949, ningún Estado había denunciado el Tratado de Washington. Si España lo hacía, ¿qué tipo de mensaje enviaba hacia afuera? *Una cosa era haberse opuesto a la adhesión*. Yo recordaba mi experiencia en Alemania al final de los años cincuenta: ¿quiénes se habían pronunciado a favor del establecimiento de un nuevo ejército y del ingreso en la OTAN? Ciertamente no el SPD, que no había votado a favor de muchas de ellas. Había sido una decisión del Gobierno federal, dominado por la CDU. Lo que después se planteó fue otra cosa y el SPD emprendió su camino hacia la reformulación de Bad Godesberg. A partir de entonces se convirtió realmente en alternativa de gobierno.

Aún me dio tiempo de preparar, antes de lanzarme a la vorágine, una compilación de los artículos más relevantes

que había ido publicando en aquellos años precedentes.[15] Después ya no fue posible, pero algunos de los temas en ella tratados (Gernika, implicaciones de la autarquía, inicios de la ayuda nazi a Franco, etc.) siguieron ocupándome muchos años más tarde.

De principios de 1983 hasta el verano de 2006, me concentré de nuevo en la Administración nacional, internacional y de nuevo nacional. Este período se descompuso en cuatro fases. En la primera, como asesor ejecutivo con los ministros de Asuntos Exteriores Fernando Morán y Francisco Fernández Ordóñez hasta marzo de 1987. Luego, pasé a ocuparme de la dirección de Asia y América Latina (salvo Extremo Oriente) en la Comisión Europea en Bruselas, posteriormente disgregadas a mi iniciativa en sus dos componentes. Desde diciembre de 1991, fui durante algo más de cinco años embajador jefe de la delegación de la Comisión en Naciones Unidas en Nueva York (hoy embajada de la UE). A mi vuelta a Bruselas, en enero de 1997, desempeñé la dirección que se ocupaba de política multilateral y de seguridad, derechos humanos y ayuda a la democratización hasta agosto de 2001. Me incorporé de nuevo al servicio exterior español en la Representación Permanente a principios de 2002 como consejero económico y comercial hasta septiembre de 2006, cuando regresé a la Universidad Complutense.

Nunca renuncié a plasmar en papel algo de lo que veía en mi entorno —el resto lo destruí, pecado mortal para un historiador, o lo dejé en los puestos—, pero a partir de un cierto momento que sitúo al final de la Comisión Santer, volví a la historia. He descrito con intensidad variable según los casos este largo período. No lo repetiré aquí.[16] De no haberlo atravesado, tengo la seguridad de que mi forja como historiador hubiese quedado incompleta. Acumulé nuevas experiencias, viví situaciones complicadas y estuve expuesto a los avatares de la política exterior en sentido amplio. También a las querellas burocráticas. A la exaltación y, ¿por qué no decirlo?, también a pequeños y grandes desengaños. Aprendí muchas cosas nuevas y me

despojé totalmente de mi traje de economista. A cambio me endosé el de diplomático baqueteado en aguas diversas, para bien o para mal. También me sumergí en la salsa y en los ambientes en los que se elaboran y escriben los documentos gracias a muchos de los cuales los historiadores de las relaciones internacionales y de la política exterior intentamos reconstruir ciertas parcelas del pasado

Tal experiencia no es, por supuesto, una condición ni necesaria ni tampoco suficiente, pero no viene mal. En mi caso, puedo decir que la elegí primero por motivos profesionales —curiosidad, virtud intrínseca al oficio de historiador— y también personales. Quizá más imperativos. Tras un divorcio sucio y bastante rastrero que me dejó arruinado tenía que recuperar un nivel económico al que ya me había acostumbrado. Era, pues, necesario salir de nuevo al exterior. En 1986 se diseñaron dos posibilidades. Ir a una embajada —que ya se me había prometido— o a la Comisión Europea. Pedro Solbes no me recomendó la primera alternativa. Un embajador está, generalmente, en puesto cuatro o cinco años y, si hay cambio de gobierno, puede ser destituido, sobre todo si se trata de uno que no es de la carrera. La segunda era, indudablemente, más segura. Lo que me decidió a intentarla fue que en aquel mismo año había conocido a una chica británica en Madrid. Si me marchaba a Bruselas podíamos seguir viéndonos. La embajada que me habían prometido estaba en otro continente. No lo dudé. Y acerté, tanto en lo profesional como en lo personal. La fortuna siguió sonriéndome y en ambos casos mantuve la reserva de cátedra. En este sentido, no arriesgué nada. No puedo presumir de ser un héroe.

Tercera parte

De vuelta a los orígenes, pero ya con más experiencia

11

De nuevo con el Tercer Reich

Mi trabajo en la Comisión Europea fue extremadamente enriquecedor, en lo profesional y en lo personal. Aprendí a tomar decisiones, a enfrentarme a situaciones arriesgadas, a mantener el pabellón en circunstancias difíciles y, al final, a enfrentarme a mis propios superiores. En esto incluso tuve suerte, porque viví procesos en los que supe con seguridad que lo que los funcionarios llaman la Superioridad no tenía razón pero que, también, había que inclinarse ante ella. Tras la crisis de la Comisión Santer, que analicé desde el interior en mi libro de experiencias al servicio de Europa, los británicos desembarcaron con renovada energía en ella. Ocuparon carteras muy sensibles en el sentido de que afectaron a todos los funcionarios de la casa —tal fue el caso en la de Personal— y, específicamente, a los de relaciones exteriores. Se me pidieron cosas imposibles —que por cierto no salieron—. Como buen funcionario, hice todo lo que estaba en mi mano. Por ejemplo, tratar de justificar un supuesto de intervención militar en un país tercero, sin la resolución habilitante del Consejo de Seguridad. Argumenté en contra, como también lo hizo una colega británica en el Foreign Office en el caso de la invasión anglo-estadounidense de Irak.

La chispa entre Hitler y Franco, reexaminada

Al final de lo que ya preveía como etapa final de mi estancia en la Comisión Europea, volví un poco a la historia. Había mantenido encendida la llama con algunos

artículos y leyendo sobre historia norteamericana, de los países del Este de Europa y, naturalmente, había seguido la nueva literatura española y extranjera sobre la guerra civil.

Pero fue una circunstancia inesperada la que me indujo a abordar de nuevo un tema que, muchos años antes, me había permitido ingresar en las mesnadas de los historiadores de a pie: los orígenes de la ayuda del Tercer Reich a Franco. Lo hice en dos fases, separadas entre sí por varios años.

En la primera fase, fue el resultado del descubrimiento de nueva EPRE. No me correspondió hacerla, ya que estaba en Bruselas. La hizo un amigo mío, Carlos Collado Seidel, a la sazón profesor en la Universidad de Erlangen. Se había afincado en Alemania por razones familiares y no tardaría en producir un libro sustancial sobre el destino de los funcionarios y bienes de esta procedencia en España tras el final de la segunda guerra mundial.[1] Nos conocíamos de mis primeros pinitos sobre asuntos varios relacionados con el Tercer Reich y habíamos mantenido contacto epistolar más o menos regularmente.

Pues bien, en junio del año 2000 me envió una nota que encontró en los archivos de Exteriores. Era una misiva a Franco del ex cónsul general nazi en Bilbao, Friedhelm Burbach, fechada el 27 de abril de 1946.[2] Había llegado a la España franquista en plena guerra civil y, después de una breve estancia en Salamanca, se le destinó a Vizcaya, donde permaneció durante toda la segunda guerra mundial. ¿Su misión? Aparte de la consular, tratar de influir lo más posible en que los productos de las minas y de la industria vizcaínas se derivaran hacia el Tercer Reich y en dar cobertura a las actividades del espionaje germano en su circunscripción.

Tal actividad había atraído sobre él, naturalmente, la atención de los aliados. Tras la derrota de la Alemania nazi, se le había puesto en la lista de deportables hacia las zonas anglo-norteamericanas. Como es lógico, a Burbach no le hacía la menor ilusión salir de un territorio en el que se había sentido protegido y confiar su futuro destino a lo que

decidieran los vencedores. En igual posición que él se encontraban centenares de compatriotas (diplomáticos, militares, policías, espías, declarados y no declarados y colaboradores del régimen nazi) que también trataban de escapar a un destino que aventuraban negro.

En su carta, Burbach reveló a Franco que fue gracias a él y a su intervención, que detalló premiosamente, cómo los emisarios alemanes de julio de 1936 habían podido llegar a Hitler en Bayreuth. Sus datos eran bastante contrastables. A su tenor, parecía verosímil que Bernhardt hubiese embellecido su relato y que se hubiera catapultado a la categoría de principal protagonista. Por desgracia, no tuve posibilidad alguna de confrontarlo con las nuevas informaciones porque ya había fallecido, en Múnich.

He de confesar que, personalmente, había llegado a sospechar que algo de lo ocurrido lo había tergiversado en su favor. Mis pesquisas ulteriores relacionadas con la investigación del BEE habían aflorado rasgos y acontecimientos que no casaban mucho con lo que Bernhardt me había contado de sus actividades en España, sobre todo en lo que se refería a su influencia en la gestión de la política comercial y de cambios. No es que me hubiera parecido por completo erróneo, pero había llegado a la conclusión de que, probablemente, era un ejemplo de la conocida tentación de querer moldear su paso a la historia. Nada nuevo en ello, pero sí interesante para un historiador interesado en saber no solo lo que ocurrió, sino sobre todo en cómo ocurrió.

Para el receptor de testimonios orales, la posible exageración de quien los hace es uno de los riesgos más serios, sobre todo cuando parecen cerrar huecos que ningún documento había permitido hacer. En los años setenta, y después de la publicación de las dos ediciones de *La Alemania nazi y el 18 de julio*, me había limitado a ir dando largas a Bernhardt, aunque la investigación sobre el oro de Moscú no fue solamente un pretexto. Un historiador alemán, Hans-Henning Abendroth, le creyó sin la menor reserva. Había escrito un libro importante con material

procedente de los archivos alemanes e ingleses principalmente. De la guerra civil vista desde el lado español no tenía la menor idea.

Bernhardt me había relatado varias anécdotas de un Franco sanguinario por quien sentía gran admiración. Desarrollamos una abultada correspondencia cuando se asentó en Múnich —supongo que la envié con la documentación de mi tesis a la biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la UCM—. Servidor ya había aprendido que es útil decir la verdad, *pero no necesariamente toda la verdad*. Siempre me abstuve de comentarle que en su expediente en el BDC figuraba una nota fechada el 8 de enero de 1945 en la cual aparecía que había sido colaborador del *Sicherheitsdienst* (SD, el temible servicio de seguridad y espionaje del partido nazi) desde principios de 1934, es decir, casi al año de la llegada de Hitler al poder.[3] A cualquier historiador no prevenido esto no le hubiera llamado la atención. A mí me dejó atónito. La nota, que no sé si se habrá conservado en el expediente, se reproduce en el anexo.

El SD tenía entonces, que yo supiera, muy escasa proyección hacia el exterior. Estaba en su infancia y sus nefastas labores se dirigían esencialmente hacia el interior. Que un comerciante alemán asentado en Tetuán estuviera ya en contacto, de forma muy probable no buscada desde Berlín, con el SD abría una perspectiva cuyas consecuencias nunca pude documentar. Mis impresiones fueron que Bernhardt habría estado en la «nueva» Alemania, que se había convertido en un nazi fanático y que, de una u otra manera, quizá valiéndose de su condición de exoficial en la primera guerra mundial y de su participación en un cuerpo franco después, habría conectado con el sector más duro del NSDAP, aparte de con círculos militares del Ejército de África.

Cabe imaginar que en el incipiente SD bien pudo calar o resultar atractiva la idea de tener a un corresponsal —agente voluntario y sin remuneración— en el lejano Marruecos español. Pero, a su vez, esto significa que

cuando Bernhardt llegase a Berlín en julio de 1936 habría podido contactar con el SD y, por consiguiente, con un núcleo de las SS, que en aquel año continuaban su ascenso hacia la cumbre. Son suposiciones, que no invalidan el papel de Burbach pero que desde luego disminuyen la importancia del relato que Bernhardt, me sirvieron y, conmigo, a una multitud de historiadores españoles, a la cabeza de los cuales se sitúan el general Jesús Salas Larrazábal y sus seguidores, que también se fiaban y fían de las estupideces y leyendas esparcidas por uno de los ayudantes de Joseph Goebbels, otro nazi particularmente mendaz llamado Wilfred von Oven.[4]

Lo que sí está claro es que Bernhardt no ingresó de manera formal en el SD como agente de pleno derecho. A partir de su encumbramiento en España ya no le sería necesario. En la última etapa antes del final de la segunda guerra mundial en Berlín, se había pensado en incorporarlo totalmente al mismo. Los motivos no se explicaron. De todas maneras, hay ejemplos de que nazis convencidos, y miembros de sus diversas organizaciones, podían ser también colaboradores voluntarios o sin sueldo (*ehrenamtlich*) del SD. Buscando por la red —algo que está al alcance de todo el mundo— se encuentran casos como el de Ludwig Hoffmeister[5] que lo ilustran.

Una cosa parece indiscutible: Bernhardt había sido un nazi de cuerpo entero. Si no de la primerísima, tampoco de la última hora. Cuando la guerra mundial terminó, ostentaba un grado algo superior al de coronel, pero más bajo que de general.[6] Era, como *Oberführer* de las SS, el jefe con el empleo más elevado que de esta temible organización había quedado en permanencia en la Europa neutral o no liberada.

Sobre su carácter, el expediente contenía informaciones de cierta relevancia. Por ejemplo, en 1927 había abandonado la Iglesia católica —su esquela publicada en el *ABC* el 14 de febrero de 1980 daba la impresión de haber retornado a su seno, a no ser que se hiciera para cubrir las apariencias—. Ingresó en el partido nazi el 1.º de abril de

1933 —es decir, a los dos meses de la llegada de Hitler al poder, con el número 1.572.819—. El apresuramiento es significativo, si bien hay que recordar que las fechas estaban prefijadas. Es decir, probablemente había solicitado el ingreso mucho antes. Hubo miles y miles de funcionarios, diplomáticos, militares y policías que tardaron más en hacerlo. Menos realce otorgué al hecho de que también se incorporó a las SS el 31 de diciembre de 1937 (número 291.300) con el grado de *Obersturmbannführer* (teniente coronel), pero hoy veo que me equivoqué.

Para entonces se había convertido en el hombre de Hermann Göring en España. Su papel en las conexiones nazi-españolas se había disparado y el uniforme negro, con el que suele aparecer en algunas fotografías, no lo escogería simplemente para ponerse más a tono. Las SS no eran en 1937 el trasunto de una organización inocua. Por lo demás, tuvo un ascenso rápido: el 20 de abril de 1938 era ya *Standartenführer* (coronel), gracias a la recomendación del secretario de Estado de Göring en la organización del denominado Plan Cuatrienal.[7] No hay que olvidar que por aquella época los puestos altos no eran muy numerosos en tal organización —después ya fue otra cosa—. El 1 de diciembre de 1938, en las SS había, por ejemplo, 382 tenientes coroneles y 307 coroneles. No fue hasta el 20 de abril —fiesta oficial por ser el día de nacimiento de Hitler— de **1943** cuando se le nombró *Oberführer*. La noción de que se trataba de un acto honorario es absolutamente errónea. Bernhardt había hecho, en circunstancias especiales debidas a su destino en España, una carrera en las SS. Como tantos otros. Poco tiempo después, Heinrich Himmler le concedió el anillo de la calavera, un signo de honor importante.

Su retahíla de condecoraciones, sin ser impresionante, no era desdeñable: entre las españolas se le habían otorgado, por ejemplo, el grado de comendador de la Orden de la Mehdauia, la Cruz de tercera clase del Mérito Militar con distintivo blanco, las encomiendas de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas y de la Orden de Isabel la Católica. Entre las alemanas, tenía la Cruz de Hierro de segunda

clase, la Cruz de España de plata y la Cruz de Méritos de Guerra de primera clase. Su petición de ser destinado a una unidad combatiente, que en principio a Himmler no le pareció mal si era por un corto tiempo, le fue denegada.

Hacia 2000 comencé la revisión de *La Alemania nazi y el 18 de julio*. Evidentemente, ya no era el historiador en ciernes que regresó de Bonn en 1973 con su tesis doctoral a cuestas. También el panorama historiográfico había mejorado mucho en Francia, en Estados Unidos, en el Reino Unido y, por supuesto, en España. Más archivos se habían abierto. El BDC, por ejemplo, había iniciado su proceso de incorporación a los Archivos Federales alemanes (*Bundesarchiv*) el 1.º de julio de 1994, una vez que dos policías militares estadounidenses arriaran la bandera estrellada en el campus de Grunewald. La reunificación también permitió que los documentos de la extinta RDA pasaran a archivos unificados con características propias. Todos seguían en Berlín. Yo estaba casi al lado, en Bruselas, a poco más de una hora y media de vuelo.

En aquel curso, la Escuela Europea había demorado el comienzo de las clases y mi hija de diez años se encontraba sin poder ir al colegio. Aproveché para llevármela, tras pedir autorización para que estuviese conmigo mientras me afanase en buscar febrilmente nuevos papeles. Con tal de que no hiciera ruido ni ninguna travesura, la dirección lo permitió. Encima, nos alojamos en casa de Ignacio Sotelo, que llevaba años enseñando en la Universidad Libre. En alguna ocasión anterior me había invitado a que participara en su seminario para que hablara sobre América Latina y Naciones Unidas y explicara a sus alumnos, todos graduados, algunas de mis experiencias y percepciones.[8]

En esta ocasión tenía en claro que debía profundizar en los orígenes de los contactos de algunos de los conspiradores de 1936 con círculos alemanes. Centrarme en las andanzas de Canaris en la España de los años veinte —que ya habían salido en alguna de sus nuevas biografías— seguía siendo necesario, pero no suficiente. Abordé otro tipo de contactos: los derivados de la imbricación alemana

en la producción española de gases tóxicos que se utilizaron en la guerra del Rif. Mejoré otros. Me apoyé en nuevos papeles, en nuevos libros y en nuevas investigaciones. Si la obra de 1977 tuvo 475 páginas, la que empecé a preparar llegó a casi las seiscientas y en un formato mayor.

En ella anuncié específicamente los principios metodológicos a que me atenía. Subrayé que el abanico de EPRE no era estático. Fuentes que se daban por perdidas resultaban no serlo. En los archivos dormitaban otras que no estaban descubiertas. La forma y manera en que una investigación resistiría al paso de los años mostraba cómo el autor se habría atenido a normas y comportamientos científicos —esto, naturalmente, a los «teólogos» del PP o, cielos, de Vox les sonará a chino—. Busqué apoyaturas. Por ejemplo, en Thomas Nipperdey:

> Los historiadores pertenecen a la *scientific community*. Esto significa que las afirmaciones que hacen como tales historiadores son afirmaciones científicas. No son subjetivas. No son, simplemente, convicciones u opiniones. Pretenden ser objetivas, es decir, contener verdad sobre el pasado. Son afirmaciones comprobables, verificables, comunicables.

Establecí los principios a que me había atenido en mi anterior etapa como investigador y señalé que un contemporaneista de talante y vocación científica es un historiador especialmente abierto y atento a la crítica de la comunidad científica. Para que sus conclusiones sean algo más que historia provisional deben, en efecto, ser validadas, deben pasar la prueba de fuego de la confrontación con un abanico cada vez más amplio de fuentes, en la medida en que estas vayan abriéndose. Y su obra tendrá mayor densidad científica en la medida en que mejor soporte el paso del tiempo, la comparación con trabajos ulteriores, la crítica intersubjetiva y el mayor alejamiento con respecto a los hechos, que evidentemente afina el sentido para la percepción de procesos, continuidades y discontinuidades. En general, fui acostumbrándome a dar cuenta de lo que me había impulsado a emprender una investigación sobre el

tema en cuestión y siempre lo razoné, aparte de dar las gracias a todos quienes me hubieran ayudado —salvo deseo en contrario.

La crucial reunión de Bayreuth: informaciones adicionales

Reconozco que fue la carta de Burbach a Franco uno de los factores que me impulsaron a la nueva edición. Ya habían transcurrido más de veinte años. Se había escrito mucho y nuevo sobre la guerra civil. Había aparecido la sucesiva generación de historiadores, españoles y alemanes, llamada a tomar el relevo de la mía. Argumenté con los asesores de Alianza, en particular con el profesor Juan Pro Ruiz (UAM), en favor de una ampliación, aunque fuera somera, a las consecuencias de la ayuda nazi para comprender mejor el tipo de relaciones que continuaron después.[9]

Mis planteamientos se aceptaron, pero en lo que se refiere a la reunión de Bayreuth y sus antecedentes en la puesta al día reconozco que me sentí un tanto engañado. Lo expuse así en el prólogo:

> Confieso con cierto rubor que me dejé llevar por las aseveraciones de Bernhardt, que encajaban en la lógica situacional, en la dinámica política de las estructuras administrativas del Tercer Reich y que no se contraponían a ningún documento de la época. Otros muchos autores, y singularmente los alemanes, se han basado en este tipo de afirmaciones, sobre todo cuando un historiador de tal nacionalidad las expandió y publicó posteriormente, autorizado por Bernhardt. Todo ello hay que revisarlo y cribarlo críticamente (…) Con nueva evidencia documental procedente de archivos españoles, amparada por la prensa local alemana de la época, se ha sometido a contraste la versión de Bernhardt que hoy me resulta muy dudosa.

Para mí era evidente que, si bien no había sido el primer historiador con quien había hablado Bernhardt, lo que tal vez considerara mi credulidad quizá le animó. Se puso en contacto con un conocido periodista alemán de la

época, Heinrich Jaenecke,[10] a quien probablemente había conocido en Argentina, porque en este país había trabajado como reportero. Consiguió que le publicase un artículo laudatorio en el semanario *Stern*,[11] entonces en su época de gloria, y ello quizá llamó la atención de Abendroth, que me había criticado en el *Times Literary Supplement* comparando mi libro con el suyo, publicado en 1973 y que suelo citar. No había demasiadas interferencias entre ambos, ya que el primero era un estudio, basado en documentación alemana y británica, de las reacciones que en dichos países y en la escena internacional suscitó la guerra española contemplada esencialmente desde los dos puntos de vista.

Bernhardt le amplió su relato y Abendroth se lo tragó enterito. La publicó en 1978 en un pequeño opúsculo de sesenta páginas (*Mittelsmann zwischen Franco und Hitler*. *Johannes Bernhardt erinnert 1936*).[12] Había aparecido en una para mí absolutamente desconocida editorial, propiedad de un político que llegó a ser poco más tarde miembro del Senado bávaro por la CSU —Unión Social Cristiana, el partido conservador en Baviera—. A pesar de que Bernhardt lo revisó, contenía informaciones que, en mi opinión, había que tomar con reserva. En particular, no mencionó su colaboración con el SD desde 1934.[13] Esto me escamó. Es verosímil que Abendroth hubiera pensado algo, caso de haberlo sabido.

Antes de empezar a trabajar en el nuevo libro, me pregunté si no hubiera sido lógico, cuando llegaron los emisarios de Franco a Berlín, que Bernhardt hubiese ido a visitar a sus jefes o contactos en el SD, que para entonces ya había emprendido el camino hacia la «gloria». Su compañero de aventura, un ingeniero de minas llamado Adolf Langenheim, que era el responsable del diminuto partido nazi en Marruecos, se apresuró a ponerse en contacto con la *Auslandsorganisation* (AO), la entidad que se ocupaba de las relaciones con los partidos nazis en el extranjero y que les nutría de propaganda e instrucciones y de los que recibía información sobre su devenir, logros y problemas.

Ambos habían ingresado en el partido en la misma fecha. Los contactos de Langenheim con la AO poco antes del viaje los documenté porque hacía pocos meses que había planteado en Berlín una serie de peticiones de la colonia alemana. Se trataba de que barcos alemanes de turismo dejaran de dirigirse a Casablanca y lo hicieran a Ceuta. Incluso en abril había enviado una petición en este sentido al propio Hitler que no tuvo respuesta. Añadió otras dificultades personales y que dos de sus hijos eran también nazis convencidos. Uno de ellos trabajaba en la *Dienststelle Ribbentrop* y del segundo sabemos que más tarde estuvo en la *Abwehr*. El propio Bernhardt había ido a Berlín en varias ocasiones entre l933 y 1935 por motivos ligados a sus actividades omo comerciante. Naturalmente, no sabemos en qué medida habría quizá aprovechado las anteriores ocasiones para trabar contacto con otras instancias —¿el SD?— por asuntos menos claros. En fin, a lo largo de varias páginas expuse con cierto detalle el trasfondo de sus actividades y sus conexiones en Berlín y las implicaciones subsiguientes en cuanto a posibles motivaciones ideológicas que pudieran haber animado a ambos miembros del NSDAP a seguir ciegamente al Führer antes que muchos otros. Fueron una avanzadilla ideologizada del nacionalsocialismo en el Protectorado español.

A pesar de mis dudas, un elemental sentido de *fair play* me indujo a presentar la versión clásica de Bernhardt, por un lado, y lo que se desprendía de la petición de Burbach a Franco, por otro. Sin embargo, creo que no dejé duda de que me inclinaba más bien hacia la del último. El escrito no permitía muchas otras interpretaciones alternativas y me esforcé, con la ayuda de Carlos Collado, en verificar y comprobar todos los detalles posibles del papel que Burbach tuvo para encaminar a los emisarios de Franco hacia Bayreuth. No es otra la misión del historiador. Un documento debe examinarse desde todos los ángulos posibles y determinar su congruencia o no con lo que conozca del entorno.

Los emisarios de Franco acudieron a Burbach, según

escribió este, porque era en aquellos momentos el responsable de seguir las actividades del partido nazi en España y en conexión con el Auswärtiges Amt. De su próxima visita le había alertado un telegrama de Langenheim desde Tetuán.14 Debo señalar que a mí el nombre de Burbach no me decía mucho. Sin embargo, en su *curriculum vitae* oficial apareció mencionado por primera vez en relación con España en marzo de 1920, en Barcelona. Luego, se desplazó a Bilbao y después a Vigo. En junio de 1933, regresó a Alemania y en 1934 ocupó el cargo en la AO que seguía desempeñando dos años más tarde. Sabemos, además, que mientras estuvo en España sus relaciones con la embajada alemana fueron excelentes. Las órdenes de Berlín eran incluso que las medidas para influir en la prensa y que se canalizaran por el partido nazi se hicieran dentro de los moldes abiertos por la representación diplomática. Burbach se presentó al embajador en Berlín, Luis de Zulueta. A diferencia de lo que ocurría en otros países, nada hace pensar que en España el partido nazi fuera por un lado y la embajada por otro. Tampoco está demostrado que, al menos en un principio, por ejemplo, en 1934, los nazis hubieran seducido demasiado a los diplomáticos y empleados de la misma. Esto naturalmente cambiaría con el tiempo. A Burbach le sucedió un tal Walter Zuchristian, con quien incluso llegué a entrevistarme durante la preparación de mi tesis doctoral.

En su informe a Franco de 1946, reproducido en el anexo, el excónsul expuso que tras recibir a Langenheim —quien le enseñó la carta a Hitler—, a Bernhardt —a quien no conocía—15 y a un aviador español en su despacho de la AO en julio de 1936, trasladó a Bohle los deseos españoles. Escribió que él, por su parte, se mostró muy favorable a su aceptación. Desgraciadamente, su superior jerárquico se mostró reticente, como también lo había hecho la Wilhelmstrasse con una inicial petición de Franco cursada a través del agregado militar alemán en París y Madrid, pero que radicaba en la capital francesa. Burbach insistió y consiguió que Bohle llamara a la Wilhelmstrasse. La

respuesta fue inmediata. «Por Dios. No se meta en esas cosas.»[16] Y así lo transmitió a Burbach.

Este no se dio por vencido. Replicó que no sería la primera vez que la AO tenía una opinión diferente de la Wilhelmstrasse. Ni el ministro, barón Konstantin von Neurath, ni otro de los grandes nombres de la carrera, Ernst von Weizsäcker,[17] estaban disponibles. Burbach dejó entonces caer un nombre mágico: que Bohle llamara a Alfred Hess para que este se comunicara con su hermano y le dijera que promoviese una entrevista de los emisarios de Franco con el Führer. Burbach lo sugirió porque conocía bien a ambos hermanos, con los que había sido compañero de colegio.[18] También se fiaba de Langenheim y podía afirmar que no era emisario de una potencia enemiga, sino de una causa justa y de interés para Alemania.

¿Cómo averiguar si Burbach intentó engañar a Franco? Aquí entra de nuevo el historiador. Ciertamente, todo hace pensar que SEJE le creyó y no fue deportado. Lo que un investigador genuino sí podía hacer era comprobar si los datos que alegó eran razonables y cuadraban. Como el Archivo Político del Auswärtiges Amt había publicado un *curriculum vitae* de Burbach, no fue difícil constatar que, efectivamente, había coincidido con los hermanos Hess en el mismo colegio.

En julio de 1936, Alfred Hess —que no aparece en el relato de Bernhardt— no estaba aquel día en el despacho por causa de enfermedad. Le llamaron a su casa. Se le sugirió que se pusiera en contacto con su hermano. Este se encontraba tomando las aguas en el balneario bávaro de Bad Kissingen —y no en la finca de sus padres—. Los dos hermanos Hess entraron en contacto y, mientras tanto, Burbach pidió permiso para solicitar al director de la Lufthansa que pusiera un avión a la disposición de la AO y trasladar a los mensajeros de Franco.[19] Obsérvese que no se trataba del avión del lugarteniente de Hitler. Con la ayuda de Carlos Collado, comprobé todos los pormenores que podían verificarse: la estancia de Rudolf Hess en el balneario la había indicado la prensa local y el nombre del

director de Lufthansa era exacto.

Burbach fue con los tres emisarios —es decir, también con el capitán español—[20] en el avión a Núremberg, donde les esperaba un coche para su traslado a Bayreuth. La cadena de causalidad fue, pues, Langenheim-Burbach-Bohle-Alfred Hess-Rudolf Hess-Bohle-Burbach. Ausente de ella quedó Bernhardt. Es, por tanto, una versión muy diferente de la que me contó este último y que expandió a Abendroth. Además, Burbach, inocentemente, puso por testigos de sus afirmaciones a Arranz, Bernhardt y Langenheim, suponiendo con toda lógica que SEJE no tendría la menor dificultad en que lo corroboraran.

Obsérvese, por lo demás, que Burbach dio todo el crédito a los hermanos Hess. Él se puso en segundo plano, como el eslabón que había facilitado el funcionamiento de una correa de transmisión identificable. Este aspecto no me pareció baladí. Si Bernhardt desfiguró los hechos, quizá para darse autobombo, mucho de lo que después dijo sobre la entrevista con Hitler, a la que naturalmente no asistió Burbach, ha de tomarse con un grano de sal. De ella no quedaban ya testigos en 1945.

Abundó en mi reinterpretación que la carrera del propio Burbach no fuera particularmente brillante. En 1936, pasó a ocuparse de la gerencia del comité de ayuda a los refugiados alemanes que llegaron de España. En 1938, fue destinado como secretario a la embajada en Salamanca. En ese mismo año, se le nombró cónsul en Bilbao. Tardó casi cuatro en ascender a cónsul de primera. En 1943, se le nombró cónsul general, cuando también se le hizo funcionario de carrera. No cabe, por lo demás, dudar de sus convicciones ideológicas. En su escrito hizo referencia a la reunión de Bayreuth, indicando que había expuesto su desarrollo al jefe del Estado en otro documento anterior del 1.º de abril. Por desgracia, no fue posible localizarlo. Logré enterarme de que volvió a vivir en Portugal y de que pereció en un accidente de automóvil a finales de los años cincuenta.[21] Una diferencia muy notable con el espléndido futuro que aguardaba a Bernhardt. En el último capítulo de

estas memorias volveré a Bayreuth.

En aquel entonces, propuse a Carlos Collado que al menos la parte esencial que se desprendía de la carta de Burbach debíamos darla a conocer al público de lengua inglesa.[22] Yo no he prestado nunca mucha atención —a diferencia de otros colegas— a publicar en el extranjero. Siempre tuve la convicción, que ha ido acentuándose con el paso del tiempo, de que la batalla por el significado de la historia española, en particular durante la República, la guerra civil y el interminable período franquista, debe darse en España. No en el exterior. Esto sí ocurría cuando en España no podía publicarse, pero no después del desmontaje de la dictadura y la recuperación de las libertades democráticas.

Ciertamente, el relato de Burbach no excluyó la posibilidad de que alguno de los dos mensajeros alemanes procedentes de Marruecos hubiese tratado de encontrarse con otras instancias del partido nazi que no fueran la AO. Podría argumentarse que Bernhardt no tuvo tiempo en un principio, pero nada impide que lo hiciera después. Bernhardt señaló que el capitán Francisco Arranz Monasterio no fue a Bayreuth, sino que se quedó en Berlín para establecer contacto con la embajada española. Es cierto que en ella estaban produciéndose muchas de las reacciones de los diplomáticos en puestos en el extranjero, unos tomando partido rápidamente por los sublevados y otros más bien reacios a indisponerse de inmediato con las autoridades republicanas, pero Arranz bien pudiera haber ido a la embajada después de regresar de Bayreuth. En el testimonio del entonces embajador, Francisco de Agramonte, su nombre no se menciona. He indagado en la posibilidad de que hubiese dejado alguna nota en algún papel, por ejemplo, en su hoja de servicios. Sin resultado. El vuelo fue histórico. Las consecuencias, mucho más.

La versión de Bernhardt se me cruza otra vez

Ocurrió más tarde, en la segunda mitad de los años setenta,

tras la segunda edición de mi libro en Alianza y cuando me encontraba empezando la investigación para el BEE y no tenía tiempo que perder. De la noche a la mañana se puso en contacto conmigo un alemán llamado Klaus E. Franke. Estuvimos intercambiando correspondencia unos cuantos años y, de vez en cuando, hablando por teléfono hasta que, por razones que no recuerdo, se interrumpió. No me preocupó, porque para entonces servidor andaba metido en otras aventuras. Franke había leído las dos primeras ediciones de mi libro y deseaba contarme sus experiencias, primero con Bernhardt y luego en un marco que llegaba hasta la posguerra mundial.

Había sido el interventor administrativo y contable de las inversiones estatales del Tercer Reich en España, Portugal y Marruecos como socio de la *Deutsche Revisions- und Treuhandgesellschaft*. Esta era una sociedad que se encargaba de controlar la aplicación de los fondos públicos invertidos en empresas, particularmente las que trabajaban para la economía de guerra.[23] Franke fue, pues, el responsable de vigilar el buen uso de las inversiones oficiales en una amplia gama de empresas alemanas. Solo muy limitadamente acudí a tal correspondencia en la ampliada versión para Alianza. No lo mencioné por su nombre, sino por el seudónimo que me dijo que utilizara, en el caso en que me refiriese a él (Lynkeus).[24] Eso sí, Carlos Collado y servidor lo identificamos en nuestro artículo, en el cual dimos una microscópica pincelada sobre las actividades de Franke durante las guerras civil y mundial.

Pasaron varios años antes de que tuviera oportunidad de recurrir a mi correspondencia con Franke. Lo hice cuando revisé el resumen de las aportaciones nazis y fascistas a la financiación de la guerra civil por parte de Franco. Un tema, por cierto, que había llamado poderosamente la atención del profesor Sánchez-Asiaín y al que dedicó un gran espacio en su monumental obra. Franke no olvidó jamás —yo tampoco lo hubiera hecho, como no he olvidado algunos aspectos centrales de mis oposiciones a

cátedra— que en 1944 empleados de la SOFINDUS[25] lo denunciaron por haber hecho manifestaciones de derrotismo. Entonces esta era una acusación que, de probarse y a veces sin probarse, conducía en el Tercer Reich a la guillotina, cuando no a refinadas torturas previas y a la inevitable ejecución.

Bernhardt, me dijo, estuvo detrás porque Franke tenía pruebas documentales de incompetencia manifiesta en la aplicación de fondos públicos en gran escala dentro del *holding* alemán. Para protegerse, el mandamás de la SOFINDUS puso en marcha sus contactos en Berlín con el fin de quitárselo de encima. A Franke se le ordenó que regresara en febrero de 1944. En la capital le aguardaba la prisión provisional y, finalmente, la comparecencia ante el temible *Volksgerichtshof*, donde lo más normal es que le hubieran condenado a la pena capital. Por fortuna, Franke tenía contactos de alto nivel que le ayudaron a dilatar los procedimientos. Además, la invasión de Francia obstaculizó el viaje al Tercer Reich de los necesarios testigos. Así fue consiguiendo demora tras demora. En la primavera de 1945, los bombardeos aliados destruyeron el edificio del tribunal y acabaron con la vida de su presidente, un juez sanguinario llamado Roland Freisler —se le motejaba como *der rasende Roland*, es decir, el Roland furioso o enloquecido, aunque también era un juego de palabras con el título en alemán de *Orlando furioso*, la obra de Ludovico Ariosto—. Franke permaneció encarcelado y recuperó la libertad tras la derrota del Tercer Reich. También se le consideró víctima de los nazis.

Es muy natural que Franke jurase venganza. Se pasó el resto de su vida —alcanzó un alto cargo en Hoechst— buscando papeles. Le sugerí en varias ocasiones que los publicara o, al menos, que me dejara verlos, pero siempre se negó. Eso sí, me envió alguno que otro. Decía que la colección no se daría a conocer hasta después de su muerte porque contenía pruebas extremadamente negativas para personalidades muy distinguidas de la España de Franco. Algo que sigue pareciéndome muy verosímil.

Cuando por fin quise poner al día mi investigación sobre los aspectos financieros de la guerra civil, Franke había fallecido. La inmensa colección documental que había ido acumulando fue a parar, por lo que me dijeron, a la basura.[26] Sí llegó a escribir algo porque guardo, separado de la correspondencia, un montón de papeles que muestran que había dado comienzo a la tarea. Se trata de una pérdida irreparable porque en su obra,[27] aparte de informaciones más o menos escabrosas, se recogerían abundantes detalles y actuaciones en la política económica y comercial del Tercer Reich con la España de Franco y las ayudas y ayuditas que les prestaron los políticos y funcionarios españoles. También, imagino, los sobornos que los «suavizaron» para que aceptaran demandas exorbitantes.

Deseo destacar todo lo que antecede porque cuando, a principios de siglo, revisé mi primer libro, la literatura alemana sobre el Tercer Reich había evolucionado. Se había diversificado y hecho más sofisticada. Habían tenido lugar las querellas de los historiadores (*Historikerstreit*) de los años ochenta, con gran impacto mediático, intelectual y profesional. Algunos de los autores en que me había basado (Hillgruber, Hildebrand) se situaron a un lado. Otros, que me eran más cercanos intelectualmente (Jäckel, Broszat), los combatieron. La había seguido no tanto desde un punto de vista alemán cuanto español, en la medida en que la intervención nazi en la guerra civil tradujo tendencias expansionistas del Tercer Reich.

En lo que no varié fue en dos puntos esenciales: la intervención del azar (la misión de Franco) y el papel de la coyuntura (una cierta labilidad potencial en el verano de 1936 en cuanto a cómo debía orientarse la política exterior nazi en el inmediato futuro). Tampoco lo hice en lo que se refiere a la relativa inoperancia del factor económico, que en mi opinión seguía sin haber desempeñado el papel esencial que le atribuían ciertos autores, sobre todo comunistas, pero no solo de esta cuerda.

Años después de mi puesta a punto del origen de la intervención nazi en ayuda de Franco, un insistente

periodista del gran rotativo catalán *La Vanguardia* afirmó en dos ocasiones que los hechos —sus hechos— apuntaban en otra dirección.[28] Por lo que sé, sus tesis no tuvieron otra repercusión que no fuera local. Según él, el 18 de Julio se inspiró en Berlín, en una versión que nunca se había contado. Se habría preparado, al menos, cuatro años antes, es decir, desde 1932. Que en aquellos momentos Hitler ni siquiera hubiese llegado a la jefatura del gobierno alemán, que tenía muchas otras cosas en las que pensar antes que mirar hacia España —que no le interesaba en absoluto—, no parece que arredrara a tan imaginativo periodista. El nuevo motor de la intervención habría sido —además de los incombustibles Bernhardt y Langenheim— un tal Hans Hellermann, nada menos que enviado a España por Himmler, al centro del universo, es decir, la Ciudad Condal, y de quien recibía instrucciones directas.

En mi libro señalé que las relaciones entre los diplomáticos alemanes y las organizaciones del partido nazi antes de la guerra civil eran bastante cordiales, por no decir muy cordiales. Cuando la animosidad de las izquierdas, particularmente anarquistas, subió varios grados en Barcelona, lo primero que hicieron los nazis fue depositar sus archivos en el consulado general. En otros casos, se hizo en la embajada. Parece evidente que no lo hubieran hecho de haber estado llevando a cabo acciones contra la seguridad de la República.

El periodista ignoró todos estos detalles. Tampoco dio fuentes. Se refugió en los archivos norteamericanos (NARA: National Archives and Records Administration). Añadió, en la segunda versión de su leyenda, los Archivos Nacionales británicos y el Instituto de Historia Social de Ámsterdam. ¿Siglas?, ¿legajos?, ¿referencias concretas? Ninguna. El origen, en todo caso, fueron los papeles y los interrogatorios realizados por el servicio de inteligencia estadounidense (OSS), antecesor de la CIA, pero no vio los documentos que encontró Hernández Sánchez. Tampoco se le ocurrió señalar que muchos de esos papeles son accesibles en internet y que, en gran número de ocasiones,

hay que examinarlos con suma atención. Suele hacerse en todos los temas relacionados con actividades clandestinas.

Cuando en 2011 dejé la Universidad, y ya habían salido varias obras sobre los aspectos económicos de las inversiones nazis en España durante la guerra civil y la mundial,[29] me planteé la cuestión de hacer una síntesis del volumen de la contribución foránea, en términos monetarios, a la victoria de Franco. Si la República había acudido al oro del Banco de España, ¿cómo se apañaron los vencedores, sin apenas reservas, para financiar la ayuda de las potencias fascistas sin la cual les hubiera sido imposible ganar la guerra? A ello atendió un capítulo específico del libro *Las armas y el oro*. No lo resumiré aquí.

El caso Midddleton, otro de los misterios ante el 18 de julio

Tampoco sé si llegué a pensar que sobre los orígenes de la ayuda nazi a Franco estaba todo dicho. Si lo pensé, en contra de mi principio de que no hay historia definitiva, no tardé en llevarme un desengaño. En abril de 2013, fui a dar una conferencia a Durango, una de las villas vizcaínas más afectadas por los bombardeos de la campaña del Norte en 1937. En tal ocasión, se me acercó un historiador local, Jon Irazabal. Se había dado a conocer por una descripción y un recuento muy detallados de las víctimas ocasionadas en aquella localidad. Quería entregarme, dijo, unos papeles que había rescatado de la casa que iban a derrumbar de Esteban Bilbao Eguía, fallecido en ella en 1970. Había sido un carlista muy conocido, segundo ministro de la sedicente Justicia y primer presidente de las Cortes franquistas. Se los había enseñado a algunos otros historiadores, entre ellos a Tuñón de Lara, pero no habían sabido explicárselos bien. Él tenía la intuición de que eran importantes.

Cuando empecé a estudiarlos me di cuenta de que se trataba de oro puro molido. Eran unas cuartillas escritas en papel del Hotel Ritz madrileño y fechadas el 28 de enero de 1940, dirigidas a Esteban Bilbao por un norteamericano totalmente desconocido llamado William T. Middleton.

Agregó un informe sobre las gestiones que realizó durante la guerra civil a favor de la causa franquista y dos notas de políticos galos. El informe, redactado en mal francés, era inteligible. Bilbao, al parecer, se quedó con él y no sé si lo elevó a SEJE.[30] Abría una ventana sobre las conexiones carlistas con el Tercer Reich antes de la sublevación, un tema que se creía estudiado exhaustivamente por multitud de historiadores. No había llevado a nada serio. Yo mismo compartía tal opinión, que no ha sido nunca desmentida. Lo que la correspondencia aportaba es que se intentó por otras vías hasta entonces desconocidas que tampoco llegaron a ningún resultado operativo.

De tal correspondencia se desprendía que, el 24 de julio, el entonces comandante Antonio Barroso, agregado militar en la embajada en Francia, acudió a ver a Middleton a su domicilio en un palacete en la isla de la Cité, cerca de la catedral de Notre Dame. Barroso acababa de dimitir de su puesto para unirse a los sublevados con los que estaba compinchado y había, junto con el ya exembajador español, también dimitido, montado un escándalo en la prensa parisina de derechas. Lo motivó un pedido inicial de armamento que pocos días antes había dirigido el nuevo presidente del Gobierno republicano, José Giral, a su homólogo francés, Léon Blum. *Barroso quería que Middleton se desplazara inmediatamente a Berlín para hablar con Joachim von Ribbentrop y recordarle los compromisos contraídos con los conspiradores*.

Pero ¿cuáles eran estos? La única posibilidad que se me ocurrió fue que podría haberse tratado de un seguimiento de los resultados del famoso viaje del teniente general José Sanjurjo, exiliado en Lisboa, con el teniente coronel Juan Beigbeder, que había tenido lugar en febrero anterior. Era muy conocida. La había destacado en mi primer libro y también en su puesta al día, con algunos nuevos datos aparecidos entre 1977 y 2001 —básicamente los recuerdos de una inglesa que conoció a Beigbeder en Berlín y que terminó siendo su amante—. La noticia de la visita también se conoció entre los corresponsales de prensa españoles —

uno de ellos me lo ratificó en el curso de la preparación de mi tesis doctoral— y a mayor abundamiento incluso había aparecido en *Pravda* a principios de marzo. Nada hacía pensar, sin embargo, que hubiese tenido efecto.

A mí se me encendieron todas las alarmas. Era obvio que la decisión de Hitler se tomó como resultado de la misión emprendida por Langenheim, Bernhardt y Arranz, con la crítica intervención de Burbach y de los hermanos Hess. Pero ¿qué contactos habrían tenido en los círculos berlineses Sanjurjo y Beigbeder? De ello no se sabía —ni se sabe— absolutamente nada.

¿Habrían llegado a Von Ribbentrop o, al menos, a alguien próximo a él? En aquella primavera, Von Ribbentrop no tenía la ascendencia que más tarde llegó a alcanzar. Era el consejero de Hitler para temas británicos y no tardaría en ser catapultado, en el verano de 1936, al codiciado puesto de embajador en Londres.

Me concentré en examinar la figura de Middleton. Era un millonario —quizá no con una fortuna considerable, pero sí lo suficiente para permitirle vivir sin trabajar—. Estaba casado con una francesa muy próxima a los círculos carlistas y a la Action Française. Tenía un lejanísimo parentesco con una norteamericana, casada con un prohombre nazi. Sin embargo, Middleton no se desplazó a Berlín. Fue a la embajada alemana en París. Habló con el general Kühlenthal, agregado militar. Franco le había dirigido el 21 de julio su primera petición de ayuda, algo que es sobradamente conocido. Desde París se fue al frente del Guadarrama.

¿Qué decir de Barroso? Mucho más tarde me enteré de que formaba parte de la UME, que tenía contactos muy estrechos con los servicios de inteligencia franceses, que contaba con una larga experiencia como militar en Francia y que había acompañado a Franco en el famoso viaje de este a Londres en enero de 1936 para asistir a las exequias del soberano británico Jorge V. Su hoja de servicios da algunos detalles sobre sus viajes a Bélgica, en compañía de Juan de la Cierva, para obtener armas en favor de los

sublevados.

La única posibilidad alternativa que se me ocurrió es que quizá no hubiera habido ningún contacto en Berlín como el que sospeché vía el dúo Sanjurjo/Beigbeder, sino a través de un tercero. Mis candidatos fueron el conde de Rodezno, peso pesado en la conspiración o, alternativamente, Juan Ignacio Escobar, marqués de Valdeiglesias. Su libro, *Así fue… Memorias de la guerra civil española* siempre me inspiró una gran desconfianza. Fue el director de un periódico rabiosamente antirrepublicano (*La Nación*) y hombre de paja de los nazis durante, por lo menos, la segunda guerra mundial. Antes de 1936 había hecho varios viajes al Tercer Reich, de los que se tiene poca noticia, y es muy verosímil que hubiese podido entrar en contacto con Von Ribbentrop o alguno de sus allegados. También Mola recurrió a contactos de tal tipo entre los círculos monárquicos e incluso al propio Escobar, quien probablemente desfiguró a conciencia su viaje a Berlín en agosto por cuenta del general Mola.

Mi amigo el profesor Jean-Claude Delaunay, catedrático emérito de Historia de la Universidad de la Nueva Sorbona, localizó el expediente de Middleton en los archivos de los servicios de seguridad franceses.[31] Nada contrariaba los datos que yo había localizado. El «millonetis» norteamericano tuvo relaciones con los carlistas y en la embajada nazi en 1936. Habitaba en Francia desde 1922, y desde 1935 en el edificio en el cual lo visitó Barroso. Al año siguiente había llamado la atención del servicio de seguridad interior, los Renseignements Généraux. A tenor de una información confidencial estaba en posesión de documentos de los Camelots du Roi («tropas» juveniles y de choque de la Action Française). No se le encontró nada, pero desde entonces fue objeto de atención creciente y su teléfono y correspondencia se sometieron a control.

El impago de una pequeña multa llevó a la Prefectura a tomar medidas contra Middleton. No se le anunciaron hasta 1938, cuando se le colocó en una lista de extranjeros

indeseables. El millonario movilizó a sus amistades y a la embajada estadounidense y logró que se cancelase su expulsión de Francia, pero tuvo que renovar todos los meses su permiso de residencia. El expediente contiene apreciaciones sobre su carácter y comportamiento. Era orgulloso, arrogante, autoritario y difícil. Se le decía deshonesto y poco de fiar. En el plano político se le consideraba amigo del Tercer Reich. Otros detalles tienen menos interés, aunque su recorrido en España durante la segunda guerra mundial daría para sabrosos comentarios.

Evidentemente, la última palabra sobre los contactos clandestinos de los conspiradores monárquicos con elementos del Tercer Reich no la había escrito servidor y cuando empecé a redactarestas memorias era muy consciente de ello. Tendré ocasión de puntualizar algo más al final de este libro. En cualquier caso, los contactos descritos palidecen ante los que dichos conspiradores establecieron al más alto nivel con la Italia de Mussolini. Esto, sin embargo, no lo sabía cundo abordé de nuevo el origen de los contactos clave de Franco con las potencias fascistas. ¡Qué más hubiese querido que saberlo en aquella época!

12

Estados Unidos: el retorno

La publicación de mi tercer libro sobre Franco y el Tercer Reich coincidió con uno de los giros copernicanos en mi carrera como director en la Comisión Europea. Lo he explicado detenidamente en otra obra. Apenas si superada una convalecencia de una compleja operación del pie, se me invitó a aceptar una «patada de oro». A los pocos días de recibir la noticia, tenía que ir a Barcelona para presentar la obra el 23 de abril de 2001, la Fiesta del Libro y la Rosa y de Sant Jordi. Acababa de salir y me llevé un chasco profundo. No tuvo el menor impacto. En el kiosco, a mi lado un autor, creo que francés, se hartó de vender su obra sobre la catástrofe de Bhopal, en la India.[1] Me sentí un tanto desorientado. Hacía años que no había ido a España, salvo ocasionalmente de vacaciones veraniegas.

Durante varios meses, hasta que dejé la CE el 31 de agosto del mismo año, estuve sopesando posibilidades. De entrada, en septiembre me reincorporé a la UCM. Había que hacerlo para no perder el puesto. Me dieron el permiso automático de tres meses habitual antes de recomenzar la docencia. En teoría, para ponerme al día. Los utilicé para dar comienzo a un nuevo libro sobre mis experiencias en Bruselas, sus antecedentes y sus altibajos —sin excluir la crisis de la Comisión Santer, que cambió radicalmente las posibilidades de acción de la institución.

Atravesé por dos experiencias. La primera, que uno no puede fiarse de la memoria. Circunstancias que había vivido dos años antes las había ya desfigurado a la hora de plasmarlas sobre el papel. En consecuencia, volví a la EPRE, es decir, a la documentación que me había llevado a casa —

con la debida autorización—. La segunda, que si me quedaba en la Universidad dejaría a mis hijos, todavía muy jovencitos, algo abandonados durante cinco días a la semana. La alternativa era regresar al servicio exterior español, en la esperanza de que, dado que en 2002 España asumiría la presidencia rotativa de la UE, en la REPER se necesitarían refuerzos. Opté por esta alternativa. Pedro Solbes interpuso una buena palabra por mí, por si las moscas. Pero había plazas disponibles y, en efecto, se estaban buscando funcionarios que destinar temporalmente a Bruselas. Fue la mejor idea que pudo ocurrírseme, porque poco antes de terminar la presidencia a finales de junio uno de los compañeros del cuerpo pidió la excedencia para hacerse cargo de la Consejería de Economía en la Comunidad de Madrid. El único sustituto más rápido posible era servidor. Debo reconocer que el cuerpo tampoco me falló. Durante cinco años compatibilicé REPER, familia e investigación. Una vuelta, pues, a los viejos tiempos, pero en condiciones de trabajo infinitamente mejores de las que había disfrutado en la Comisión Europea.

La gestación de *En las garras del águila*

En comparación con las nueve o diez horas diarias, sin contar los fines de semana, que solía trabajar en o para la Comisión Europea, el regreso a la Administración española fue el equivalente a gozar del clásico reposo del guerrero. No porque no se trabajase. Se trabajaba y mucho, pero como consejero económico y comercial no tenía tan largas jornadas como durante los quince años precedentes. Incluso podía cenar todos los días con mi familia antes de que los chicos fueran a acostarse. Es lo que me permitió abordar otro giro en mi carrera: compatibilizar sobre nuevas bases la actividad en la Administración y escribir sobre historia. Un poco como había empezado en Alemania treinta años antes. El único aspecto negativo es que, al dejar de trabajar para una organización internacional y no ser mi nuevo puesto de trabajo de naturaleza política o nombrado

políticamente, perdía la reserva de cátedra. Merecía la pena.

Al pasar a la REPER dejé la redacción de mis trabajos y experiencias en la Comisión Europea y volví a un tema que seguía atrayéndome, sobre todo después de haber pasado más de cinco años en Nueva York. Las relaciones hispano-estadounidenses se habían encauzado y normalizado después del referéndum sobre la OTAN y la negociación de un nuevo acuerdo, firmado el 1.º de diciembre de 1988, con Estados Unidos. Servidor había sido una pieza diminuta en parte de tal proceso, pero en su momento me había documentado adecuadamente. No había conservado papeles, pero sabía orientarme.

Me acerqué, pues, a Crítica, que seguía dirigiendo Gonzalo Pontón con Carmen Esteban de eficaz colaboradora. Mi colección de ensayos se había vendido muy bien. Recordamos que en 2003 se cumplían los cincuenta años de los Pactos de Madrid, No existía ninguna obra que relatase y analizara el recorrido de la implantación estadounidense en España desde sus comienzos, ni tampoco las concesiones consentidas por la dictadura, que llegara hasta el esencial acuerdo de 1988. Encima, conocía, y era amigo, de muchos de los que intervinieron en las negociaciones finales. Dos de ellos incluso estaban o estarían en Bruselas. Crítica me dio luz verde.

A riesgo de parecer presuntuoso, insisto en que había cambiado mucho desde que dejé el Ministerio de Asuntos Exteriores. En los años transcurridos había estado inmerso en aguas tumultuosas. Había visto de cerca y colaborado con grandes políticos. Me había empapado de la forma de trabajar de varios servicios diplomáticos. Había sentido la proverbial dureza norteamericana en mis propias carnes, pugnando por mejorar la posición institucional de la Comisión Europea en Naciones Unidas. Bien o mal, había desarrollado un cierto olfato. En realidad, estas cualidades —o defectos, según se mire— no me abandonaron. Sin ellos no me parece que hubiese sido posible llevar a cabo la labor

historiográfica que me aguardaba y de la que entonces todavía no tenía la menor idea.

Contaba con un as en mi manga. A principios de los años ochenta había fotocopiado todo lo que me pareció oportuno de los fondos de la extinta Dirección General de Cooperación Económica. Estaban en los mismos locales (c/ Goya, 5) en que en 1968 había dado comienzo mi carrera funcionarial. Dependían del Ministerio de Comercio. En el prólogo del nuevo libro dejé constancia de mi testimonio de gratitud a un funcionario, cuyo nombre ya no recordaba, que me había alertado de que se mudaban de edificio y que disponían de un gran volumen de documentación. Quería conocer su importancia histórica. Yo recomendé que se trasladara al archivo del MAE, pero no sabía si se había hecho o no. En jornadas agotadoras, utilizando al límite las fotocopiadoras, me había hecho con un montón de documentos nada desdeñable.

Por cierto, también por aquel período fotocopié, esta vez en la subdelegación de Comercio de Alicante, parte de la documentación de Pascua que José Guillén había trasladado a España cuando se instaló en Villena definitivamente. Le aconsejé, y me hizo caso, que la entregara al Archivo Histórico Nacional, donde se conserva. Su decisión ha favorecido a numerosos investigadores españoles y extranjeros y permitido aclarar algunos de los puntos oscuros de las relaciones hispano-soviéticas.

Ni una ni otra documentación las había utilizado hasta entonces. También contaba con fondos de la Jefatura del Estado, de la Presidencia del Gobierno, del MAE y del IEME. En Estados Unidos me había puesto al día sobre la literatura secundaria que había ido apareciendo. Capté, pues, la oportunidad que se me ofrecía ante el cincuentenario de los Pactos de Madrid. A principios del siglo XXI, del historiador que había sido antes me diferenciaba la experiencia acumulada en el trabajo diplomático puro y duro. Desde unos comienzos como *desk officer* en el FMI y joven consejero económico y comercial en Bonn, había ido acumulando sobresaltos sumamente

enriquecedores como asesor de dos ministros; me había familiarizado con cuestiones de planificación política y diplomática; había aprendido a gestionar grandes sumas de recursos financieros; había entrado en contacto con otras culturas y trabajado con personal de veinte nacionalidades distintas. Además, había sido jefe de misión en el terreno diplomático más exigente del mundo y estado expuesto a las necesidades de comunicación e información, en temas multilaterales y, hasta cierto punto, bilaterales. Lo único con lo que no contaba en mi haber, porque no podía tenerla, era experiencia consular.

Por desgracia, para entonces Carlos Fernández Espeso había fallecido. Fernando Morán había reconocido su valía y lo había nombrado director general de Asuntos Internacionales de Seguridad y Desarme. Con Francisco Fernández-Ordóñez había ascendido a embajador, pero por esos misterios del Palacio de Santa Cruz de los cuales solo un número reducido de iniciados tiene la clave, lo habían destinado a la India. Sin el menor asomo de querer minorar la importancia del puesto en aquella fecha —en la CE incluso había jugado durante unos días con la idea de postularme para el equivalente, que al final fue a parar a uno de mis subdirectores, inglés—, no creo que la diplomacia española hiciera el mejor uso posible de los talentos, capacidades y, ¿por qué no decirlo?, excentricidades del embajador Fernández Espeso. No pude por menos que dedicar el libro a su memoria, acompañado de la máxima de Salustio: *Pulchrum est bene facere rei publicae* (Es hermoso hacer bien a la República).

Ciertamente, la historiografía no se había detenido. Tampoco se detuvo después. Varios autores habían despejado algunas incógnitas. Yo había incluso aportado mi granito de arena. Sin embargo, ningún historiador español había hecho antes el recorrido completo de la relación hispano-estadounidense bajo la sombra de los pactos de 1953.

La forma y manera en que se obvió la carencia de información sobre las consecuencias de los pactos de 1953

a partir de la muerte de Franco fue un tema en el que no quise profundizar demasiado. Tuvo lugar en dos etapas. La referida a los últimos años de los gobiernos de UCD, y que conocí en sus rasgos fundamentales tras pasar al Ministerio de Asuntos Exteriores, no quise abordarla detenidamente. No me pareció de buen tono incorporar una crítica a la actuación de ciertos personajes de la época. Probablemente, no habían sabido mejor cómo actuar en aquellas circunstancias tan difíciles en el plano de la política exterior como fueron los años del inicio de la transición. El hueco, de todas maneras, no ha quedado sin colmar. Un querido amigo mío y colega, el profesor Morten Heiberg, de la Universidad de Copenhague, lo ha cerrado. Hoy los interesados pueden conocerlo gracias a la monografía por él escrita.[2] No parece que, hasta ahora, haya servido de guía a muchos historiadores españoles.

Así pues, lo que servidor abordó fue la prehistoria de la forma en que, en condiciones dadas y tributarias de una historia pasada, un Gobierno decidido como fue el de Felipe González quiso, y pudo, reequilibrar la relación profundamente sesgada que consintió el todavía hoy por algunos enaltecido general Franco. El ya fallecido embajador Máximo Cajal, por quien siempre tuve una gran debilidad, profundizó algo más en sus memorias.[3] Lo hizo de la mano de un artilugio que también he empleado en ocasiones: seguir el curso de una negociación orientándose por informaciones de prensa filtradas cuidadosamente en su momento por una de las partes. Que no hubiese tenido el éxito alcanzado en el supuesto de que España hubiese salido de la OTAN me parece evidente y que el responsable de Alianza Popular (AP), Manuel Fraga Iribarne, se equivocó como un pardillo es, para mí, casi dogmático.[4]

Con todo, no existe historia definitiva. Nuevos documentos pueden aparecer y derrumbar hipótesis previamente establecidas. Escribir historia es, en alguna medida, moverse sobre tierra movediza. Solo la acumulación de análisis, contraanálisis, críticas y la entrada de nuevos autores en la arena empujan el conocimiento

científico, debidamente apoyado por nueva EPRE analizada y contextualizada de manera adecuada.

Como es lógico, lo que más me preocupó fue aportar valor añadido al libro de los *Pactos secretos*, ya entonces agotado por completo. Esto implicaba varias tareas: ante todo, ampliar los pormenores de la gestación de la marcha de aproximación a los mismos. Algo que no era difícil, pues en tal tema no había dejado de aparecer literatura. En segundo lugar, profundizar en la descripción y análisis de los textos que se ocultaron tanto a los españoles como a los ciudadanos norteamericanos y, que yo sepa, incluso al poder legislativo en Estados Unidos. En tercer lugar, examinar su desarrollo y funcionamiento desde 1953 y, sobre todo, desde 1963 cuando se prolongaron sin más. Por último, echar un vistazo a los intentos de reequilibrio después hasta llegar a la muerte de Franco. Tras sobrevolar someramente los esfuerzos ulteriores, concentrarme, naturalmente después del ingreso en la OTAN, en dar una idea de los esfuerzos que hubo que realizar. Todo para llegar a convencer a unos interlocutores coriáceos de que no había otra solución que negociar un nuevo acuerdo con el que ambas partes pudieran estar contentas. Algo en lo que parece que quienes siguen escribiendo sobre aquel capítulo con anteojeras ideológicas no parecen haber reparado.

Enfáticamente, no quise dejarme llevar por otros planteamientos que ya entonces empezaban a despuntar: la importancia de la sedicente diplomacia pública, las relaciones culturales, la ayuda económica, la contribución norteamericana a difundir en España un sucedáneo del *American way of life.* Todo ello es interesante. Incluso quizá en el largo plazo más significativo que las dimensiones que en Santa Cruz más interesaban. Mientras subsistiera el desequilibrio profundo en los derechos y obligaciones de ambas partes en el crítico aspecto de las relaciones de seguridad, no podía prestarse demasiada atención a ensalzar otros. Admito que autores diferentes tengan intereses diferentes. Yo lo veía como historiador, pero

también como el observador interesado que había sido.

De aquel posicionamiento fui y sigo siendo acérrimo defensor. Por eso siempre he sido crítico, y he lamentado que el expediente de la negociación militar en 1952-1953 haya seguido cerrado a cal y canto. Y si no es así, ¿por qué ningún historiador español o extranjero ha logrado poner sus pecadores ojos en él? Me consta, por confidencias personales que no estoy autorizado a revelar, que a principios del siglo XXI el expediente existía. Estaba perfectamente organizado. En el momento de reescribir estas líneas (noviembre de 2022) es notorio que la ministra de Defensa, Margarita Robles, ha levantado el cierre sobre numerosos documentos militares anteriores a 1968, fecha de la entrada en vigor de la ley franquista de Secretos Oficiales. ¿Por qué, pues, nadie ha consultado un expediente que, cuando menos, dataría de 1951, si no antes, y, sobre todo, se concentraría en los años 1952 y 1953?

Subrayo esto porque, naturalmente, EPRE todavía desconocida contribuirá a revisar y a mejorar, o retocar, las perspectivas que en términos estrictamente militares y de política de seguridad internacional fue adoptando la dictadura a medida que iba saliendo de su agujero. Lo pasado, pasado está. Las diferencias de interpretación se han movido, y se moverán, en un arco perfectamente delimitado. A un extremo, quienes seguirán entonando loores de gloria a SEJE, que supo romper el tan cacareado «cerco» internacional. Al otro, quienes continuarán argumentando que vendió la proverbial neutralidad de España por un plato de lentejas. El análisis minucioso de la negociación militar podría, quizá, echar nueva luz sobre lo bien fundado, o no, de una u otra postura. Es de esperar que cuando entre en vigor la futura Ley de Secretos Oficiales que sustituya a la franquista de 1968 algún historiador, militar o civil, se decida a esclarecer tales puntos.

En 1981 abordé el camino que los dos países recorrieron hasta el momento en que la dinámica consolidada terminaría conduciendo a los Pactos de Madrid. Todo ello no llegó a la primera mitad de un libro en formato de poco más que de bolsillo. En 2003, fue un tercio de las seiscientas y pico páginas de una obra de tamaño estándar. Además, la descripción y valoración de los pactos y sus cláusulas secretas o, por lo menos confidenciales, se hicieron más extensas y prolijas. Esto ocurrió, en especial, en lo relativo a las coordenadas de la implantación norteamericana, las reacciones de Washington y la relevancia del estatuto jurisdiccional no solo de las fuerzas militares estadounidenses, sino de prácticamente todos los elementos con ellas relacionados. Se trató de un sistema que no era en modo alguno parecido al que gozaban los estadounidenses en los países miembros de la OTAN. Este se aplicó a Estados democráticos. España no lo era. En consecuencia, no cabe extrañarse que el adoptado recordase al de las capitulaciones impuesto al Imperio otomano, el «enfermo del Bósforo», por las potencias extranjeras. Tampoco sorprenderá que tanto españoles como norteamericanos —pero más los primeros— lo mantuvieran en la oscuridad más absoluta. Incluso hoy no conozco a nadie que haya entrado en los archivos correspondientes, bien en el Ministerio de Justicia o en los de Defensa.

Con todo, lo que diferenciaba el nuevo libro del anterior fue la descripción premiosa, a veces aburrida, de la puesta en práctica, en la realidad sobre el terreno, de los principios asentados en los pactos públicos y no públicos en 1953. A esto no me había visto inducido anteriormente, fuera de unas cuantas pinceladas generales, aunque sí había dado algunas notas en el estudio efectuado para el BEE.

En esta segunda ocasión, fui integrando los resultados de los análisis críticos que hizo la diplomacia española y las reacciones más o menos públicas norteamericanas. Las diferencias eran insalvables. Los diplomáticos y militares

estadounidenses nunca quisieron aflojar la mano alta que tenían sobre las autoridades franquistas. Ni siquiera las quejas del propio Franco ante el secretario de Estado John Foster Dulles —antiguo abogado del Banco de España franquista durante la guerra civil— para impedir la venta de parte de plata al Tesoro por el gobierno republicano sirvieron de nada. Tampoco es de extrañar que Rovira exclamase en alguno de sus informes a la Superioridad que el régimen, merced a la letra pequeña de los pactos, subpactos y arreglos que de ellos fueron derivándose a lo largo de los años, había puesto a España entera a la disposición de Estados Unidos. Fue el lado oculto de la gloria que el franquismo mantuvo prácticamente como tal hasta el final de sus días.

Quizá tenga interés rescatar de los archivos y de los libros que envejecen en los anaqueles de las bibliotecas la encendida defensa que Carrero Blanco hizo de los Pactos de Madrid en su filípica y lección magistral a Castiella en febrero de 1961:

> … representaban para nosotros, en su aspecto general, una positiva ventaja. Estábamos reconstruyendo la nación a pulso, después de haber quedado materialmente deshecha en 1939, no teníamos ayuda de nadie, ni facilidades para nada; nuestras Fuerzas Armadas estaban técnicamente muy atrasadas; no teníamos posibilidades, ni económicas ni técnicas, para modernizarlas; y si la agresión soviética se presentaba era evidente que no podíamos quedarnos al margen de ella. Si dando facilidades a la defensa de Occidente, mediante la cesión (*sic*) de unas bases, en la que se salvaba plenamente nuestra soberanía(*sic*) encontrábamos un medio para mejorar nuestros armamentos y para aumentar el ritmo de desarrollo de nuestra economía, trabajábamos en el mismo sentido en beneficio de nuestro mejoramiento económico y de nuestra seguridad. Solo la pasión política, o una cerrazón mental poco común, pueden formular críticas a la aceptación española de estos convenios. El hecho de existir bases americanas en España no aumenta un ápice la aversión comunista hacia nuestra Patria. Si la URSS atacara un día a Occidente no habría de respetarnos por no tener ninguna concomitancia con éste; nos atacaría a nosotros exactamente igual, pero si teniendo bases aumentamos las

> posibilidades de defensa de Occidente y a la vez nuestra capacidad militar propia para repeler la agresión, las ventajas de la cesión (*sic*) de las bases son evidentes. El no haberla otorgado sólo podría parecer bien a los necios, que no deben contar, o a los comunistas…

Como se ve, pensamientos de alta estrategia que sin duda el ministro de Asuntos Exteriores, a quien consideraba probablemente un tanto lerdo, no habría podido comprender a no ser que se le diera una lección como si hubiese sido un niño. El almirante Carrero Blanco ignoraba —o pretendía ignorar— muchas cosas. En primer lugar, que lo que interesaba a Estados Unidos era, esencialmente, poder utilizar el espacio estratégico que ocupaba España. Todo lo demás, le traía sin cuidado. El reforzamiento de la capacidad militar española no le importaba mucho. Los estadounidenses eran conscientes de que el Ejército español no estaba en condiciones de emprender ninguna acción de envergadura. Para eso estaba la OTAN. Hasta el propio Eisenhower se había extrañado de las peticiones españolas, exageradas para las necesidades de un «pequeño ejército». Pero es que Castiella —muy sobrevalorado en la historiografía patria— no quería ni podía desvincular a España del «abrazo» norteamericano. Lo que quería es que dejara de apretar tan fuertemente. Es decir, reducir los desequilibrios en la ejecución de los pactos.

Carrero Blanco no era, con todo, irremediablemente idiota. En su lección al «querido amigo y compañero» dejó constancia de que

> Al ceder nosotros unas bases a los EE. UU. para el caso de una agresión de la URSS, porque a los EE. UU. les convenía, es indudable que nos hemos hecho *beligerantes oficiales* en su pugna contra el Comunismo, aunque esta sea en definitiva la pugna de todo el Mundo occidental, y es de elemental justicia que la contrapartida sea que *los Estados Unidos nos pongan en condiciones de defender nuestro suelo en caso de que esa agresión se produzca*…

Olvidaba el ministro subsecretario que las bases se

habían puesto en alerta —y se pondrían más veces en el futuro— sin que se hubiese producido ninguna agresión soviética «a la seguridad de Occidente». Bastó con que en Washington se considerara necesario por exigencias políticas o estratégicas particulares. Lo olvidaba, aunque no del todo, porque más adelante continuó con su lección como si en el Palacio de Santa Cruz anidase un montón de ineptos:

> Si la ayuda no satisface ni con mucho nuestras mínimas necesidades de defensa y la agresión de la URSS la podemos tener en nuestras provincias africanas so pretexto de acción anticolonialista y esto no se estima como previsto en los convenios, nos interesa pensar si no nos sería más conveniente cancelar estos (…) Si quisiéramos resumir en pocas palabras el balance de los acuerdos de 1953, desde el punto de vista militar, podríamos decir que *los americanos han resuelto sus problemas pero nosotros no hemos resuelto el nuestro*.

Efectivamente, así había ocurrido en Ifni y nada hacía prever que no volviera a pasar. En la nueva ocasión que abría el cincuentenario, no desdeñé los aspectos económicos —aunque los había acentuado más en el trabajo para el BEE, en consonancia con su finalidad—. Sin embargo, seguí fijándome esencialmente en el núcleo de la relación. Era político, diplomático y, en último término, de seguridad —por no utilizar el término militar—. También subrayé hasta qué punto los norteamericanos habían sabido identificar los diferentes intereses por los que pugnaban, cada uno un poco por su lado, los tres Ejércitos españoles y, en segunda línea, los ministerios económicos. Gracias a ello pudieron contribuir a excitar o menguar, según los casos, los roces entre unos y otros. Consiguieron algo que ni siquiera el Tercer Reich en el apogeo de su gloria había logrado obtener: que las negociaciones para la renovación de los pactos de cara a la terminación del plazo de diez años para el cual habían sido establecidos, en vez de hacerse en Madrid, se hicieran en Washington.

El embajador de España en Estados Unidos, Antonio Garrigues, cuyas memorias tomé con un kilo de sal, y del

que se decía que tenía puerta abierta con el presidente John F. Kennedy, consiguió de Franco la autorización. *El resultado fue calamitoso*. Todos los estudios efectuados por parte española ponderando los pros y los contras de la relación no sirvieron para nada. Los norteamericanos se cerraron en banda y los pactos debieron prorrogarse, aunque solo por cinco años más. Por si fuera poco, a los negociadores del Ministerio de Asuntos Exteriores les sorprendieron con el pie cambiado. La gran baza española en aquel tiempo era la autorización para que submarinos estadounidenses armados con proyectiles con cabeza nuclear pudieran entrar o no en la base naval de Rota.

Esta era entonces una de las cuatro bases más importantes del mundo que los norteamericanos tenían fuera de Estados Unidos. Casi en plena sesión negociadora, la delegación española se enteró, estupefacta, de que el vicepresidente del Gobierno, capitán general Agustín Muñoz Grandes, había dado su autorización sin que lo supiera el Palacio de Santa Cruz. ¿Qué hacer en tales circunstancias? Aparte de echarse a llorar en solitario, firmar. Naturalmente, de cara al público español nada se dijo.5

Tampoco extrañará que mis conclusiones sobre Franco y las negociaciones difirieran de historiadores que las caracterizaron de otra forma. Tusell, por ejemplo, afirmó que fueron duras. Suárez Fernández, que concluyeron con un gran éxito para el régimen. La historia que se desprende de los documentos españoles y norteamericanos es más complicada. En aquel tiempo fue escasamente conocida. Es, sin embargo, muy reveladora de cómo, en realidad, funcionó la política exterior y de seguridad de España durante la dictadura. Nunca fue difícil ocultarlo, gracias a la censura sobre los medios de comunicación, que seguía siendo, sin apenas alteración, la de la guerra civil. En particular, el denso entramado de acuerdos técnicos y de procedimiento en torno a los cuales se había tejido una maraña de derivas que se escapaban al control de las autoridades españolas no se retocó lo más mínimo. Los

recortes de soberanía, autorizados, o consentidos tácitamente, siguieron subsistiendo y España continuó marginada de los foros por los que discurría la sangre de la comunidad atlántica, en frase afortunada de Garrigues.

De cara a la nueva prórroga, prevista para 1968, el ministro Castiella había defendido la ortodoxia que se desprendía de los múltiples informes y valoraciones internos. Intentó echar un pulso a los estadounidenses en una búsqueda, siempre malograda, de un compromiso de seguridad explícito por parte de Washington. Para bajarle los humos, el embajador de la superpotencia amiga se conchabó con los militares españoles asustados de tal temeridad. Castiella no tardó en salir del Gobierno, si bien logró obtener antes una prolongación de los pactos por un año más. La cláusula secreta sobre activación de las bases continuó en vigor. Tras el accidente de Palomares, se dulcificó su redacción y, lo que son las cosas, se incorporó al texto del nuevo acuerdo, prorrogado otra vez en 1970. Siempre interesó a los norteamericanos mantener el acceso a las bases lo menos limitado posible. A decir verdad, casi sin límites. Para ello estaban dispuestos a hacer todo lo que fuera preciso, defendiendo una postura de lo más rígida porque sabían que, en último término, el general Franco no podía renunciar al vínculo bilateral. Solo tras su muerte, y en condiciones geoestratégicas muy diferentes, consintieron en aceptar algunas limitaciones. Eso sí, convenidas de común acuerdo a lo largo de negociaciones lentas, difíciles y que crispaban a los funcionarios de ambas partes.

A mí siempre me interesó desgajar del premioso estudio de las negociaciones las características más relevantes de una relación bilateral y atípica entre la dictadura franquista y la superpotencia norteamericana. Es decir, identificar sus rasgos estructurales, más allá de constatar las obvias características fundadas en el peso relativo de ambos contrayentes. También, en el hecho, superconocido, de que Franco nunca quiso debilitar la relación bilateral que le garantizaba la seguridad interna de su régimen. Es decir, tenía un interés vital en su

mantenimiento, que no excluía las adaptaciones que pudieran aceptar los norteamericanos.

Estos se encontraron con dos limitaciones: por un lado, no querían dejar de gozar del más amplio acceso a las bases, es decir, que les incomodaran con los menores obstáculos. Por otro lado, no podían dar garantías de seguridad a la dictadura porque para ello hubiera sido necesario contar con la aprobación del Congreso. Nunca estuvo asegurada y el Ejecutivo jamás se atrevió a plantearla. Me costó bastante trabajo identificar los rasgos estructurales que definieron la relación, entre otras razones porque Antonio Marquina Barrio[6] ya había hecho un análisis descriptivo de muchos de los altibajos por los que atravesó.

El choque de intereses, diplomático, amable, pero choque al fin, creo haberlo descrito correctamente. Tras haberlo aireado en artículos y en conferencias en múltiples ocasiones, no he visto que nadie lo haya refutado con documentación al apoyo. Es decir, se ha aplicado la ley del silencio, algo muy del gusto de numerosos comentaristas e historiadores, que han pasado a explorar otros aspectos dejando de lado los huesos duros.

Intereses y comportamientos contrapuestos entre Estados Unidos y España

Hay que empezar por lo más obvio. La importancia de los pactos desde el punto de vista español radica en que no ha habido ninguna asociación de España con otro país que se haya mantenido protocolizada a lo largo de tantos años. Ha habido orientaciones duraderas —en el siglo xx, hacia el Reino Unido, Francia, Alemania—. Nunca una vinculación permanente. Lo mismo ocurre con sus efectos en política de seguridad: consagraron el fin de la neutralidad, abrieron la puerta a una implantación foránea y tuvieron repercusiones que afectaron a la inserción de España, por la puerta falsa, en los esquemas de cooperación multilateral surgidos al socaire de la Guerra Fría.

Sentadas estas obviedades, lo que resalta es que España constituye un caso de *Sonderweg* —por utilizar una conocida y discutida expresión alemana— en Europa. No cabe compararlo con ningún otro país europeo. Son evidentes los efectos internos: fortalecieron el sentimiento de seguridad de la dictadura; constituyeron el elemento esencial del «modelo de disuasión» del franquismo hacia escenarios propios exteriores (Norte de África) pero, sobre todo, de puertas adentro, de cara al «enemigo» interno; se esparcieron por los más diversos sectores de la vida española: el económico y el político —fracturando de paso la oposición clandestina—; por último, el psicosocial, generando movimientos antinorteamericanos muy duraderos —incluso hasta el momento en que escribo estas líneas.

Los pactos tuvieron un recorrido azaroso en razón de la falta de complementariedad de los planteamientos estratégicos estadounidenses y españoles. Los objetivos fueron siempre diferentes. En el primer caso, destacan las metas identificadas por Henry A. Kissinger en 1974, poco antes de la muerte de Franco:

– Mantener a toda costa el acceso a todas las facilidades e instalaciones existentes.
– Resistir todos los esfuerzos españoles por restringirlo.
– Negativa a aceptar cualquier posibilidad de perfilar una eventual garantía de seguridad.
– Negativa a aceptar retirada alguna de efectivos.
– No asumir responsabilidades en materias nucleares.

En cambio, no había inconveniente en mostrar la más amplia disponibilidad en cuanto al reforzamiento de la cooperación no militar —con la económica en disminución.

Al servicio de tales objetivos, los norteamericanos aplicaron sistemáticamente el principio del *divide et impera*, jugando con los militares y desconfiando de los diplomáticos. También se atuvieron al pie de la letra al texto de los convenios, aunque no tanto al espíritu que los

había inspirado. Aprovecharon al máximo las posibilidades que ofrecían, sobre todo en los años cincuenta, los acuerdos de procedimiento que no delimitaban la necesidad de autorizaciones en numerosos casos. ¿Consecuencia? La nuclearización del territorio y del espacio aéreo españoles. Hasta el incidente de Palomares.

También aplicaron un mecanismo de utilización sistemática: el principio de petición y acoso múltiples. Incluso en pleno período democrático, un estudio del CESEDEN se vio obligado a reflejar, en cuidado lenguaje, que había habido una «cierta» falta de control. Los norteamericanos insistían una y otra vez en sus peticiones y cuando no lograban que determinados organismos las aceptaran, se dirigían a otros hasta conseguir lo que querían. Faltaban el mando único y la voluntad de decir y repetir noes.

Porque ¿cuál fue el pan y la sal de la aplicación de los pactos? El aprovechamiento hasta el límite de todas las posibilidades que encerraban las estipulaciones técnicas, los acuerdos de procedimiento, los acuerdos de desarrollo, los miniconvenios entre autoridades militares subalternas, las regulaciones de prácticas de utilización de instalaciones específicas, los meros entendimientos de hecho, las tolerancias y las costumbres que fueron consolidándose. Al amparo de este entramado se creó una maraña de regulaciones casuísticas, inconexas y con frecuencia incomprensibles. Todo segregado al escrutinio de la maquinaria normal de la Administración y, en particular, del Ministerio de Asuntos Exteriores.

En comparación con el comportamiento estratégico norteamericano, el español adoleció de cuatro defectos. El fundamental fue que nunca, y subrayo lo de *nunca*, ni Franco ni Carrero Blanco estuvieron dispuestos, en el fondo, a poner en peligro la relación. Si bien se evocó en ocasiones la necesidad de hacer un gesto fuerte o contundente, jamás se llevó a la práctica. Los españoles se contentaron con exigir más contrapartidas, sobre todo en el plano económico y en el dirigido a la modernización de las

Fuerzas Armadas, es decir, lo que se ha denominado el «Ejército de Ocupación» del propio territorio.

El segundo defecto estribó en difuminar ante la opinión pública, a través de ininteligibles retorcimientos del lenguaje, lo que Estados Unidos nunca aceptó ofrecer: una garantía de seguridad. En 1963, 1969, 1970 y 1974 se realizaron numerosos escarceos semánticos para intentar forzarles la mano. El embajador Nuño Aguirre de Cárcer se convirtió en el cazador por excelencia en busca anhelante de la codiciada presa. Los planteamientos siempre fueron los mismos. España se había convertido en beligerante en el caso de un conflicto Este-Oeste y necesitaba una cierta garantía. Lo que deseaba era aplicarla también a los escenarios de seguridad en el África del Norte.

El tercer defecto se puso de relieve en la incapacidad de superar la falta de una organización coherente para afrontar duras negociaciones. La desconexión entre los tres ministerios militares, y entre ellos y los de Asuntos Exteriores y de Hacienda, por no hablar de los restantes departamentos económicos, así como las pugnas constantes por ver quién se quedaba con la mayor tajada de la ayuda estadounidense, fueron una constante.

El cuarto defecto estribó en la carencia de una mecánica sostenida y sostenible para controlar los efectos de un comportamiento laxo en materia de supervisión del uso y ampliación de facto de las instalaciones. En el manejo de las mismas se produjeron innumerables derivas. Lo que en 1953 aparecía más o menos claro se convirtió en un auténtico galimatías.

La dictadura disimuló todo lo que pudo. En una ocasión, el teniente general Francisco Fernández-Longoria, exjefe del Estado Mayor del Aire, no tuvo inconveniente en firmar un artículo en el que se decían cosas como las siguientes:

> Todos los españoles saben perfectamente que nuestros negociadores de ahora y de antes nunca harían la menor concesión [en términos de soberanía] y todo el mundo, españoles y extranjeros, sabe, sin lugar a duda, que quien ha de

> orientar y, en definitiva, decidir sobre lo tratado es el más celoso intransigente y firme defensor de la integridad y soberanía que jamás en su historia ha tenido España […] Los términos del convenio y de los subsidiarios acuerdos de procedimiento, así como también su práctica, son absolutamente tranquilizadores. No hay ninguna cesión ni tampoco la menor hipoteca.[7]

Y, naturalmente, siendo la dictadura lo que era, quienes sabían callaron.

Empieza a dibujarse una nueva etapa

La caída de Castiella pudo ser el comienzo del enderezamiento de la situación. Superficialmente, fue así. Pero no del todo. Hacia 1970, la posición exterior de España se había robustecido. La economía, siempre el punto débil de la dictadura, había mejorado. Los militares iban cambiando. Algunos mandos que no habían chistado hasta entonces empezaron a pensar. En marzo de 1970, el embajador en Washington, Jaime Argüelles, entregó al Departamento de Estado un borrador de acuerdo de amistad y cooperación. Toda una innovación, no explicable sino por la reflexión sobre las contrariedades experimentadas previamente. La forma de salir del atolladero se vio en el desplazamiento de las negociaciones en materia de contrapartida de los aspectos militares pasando a la cooperación en los planos científico, cultural, social, económico y educativo. Los norteamericanos reaccionaron bien y un nuevo convenio se firmó en agosto de 1970. La historia muestra que fue solo un compás de espera. Un hito en el camino.

Servidor se entretuvo en examinar cómo evolucionó este acuerdo, que tendría una duración de cinco años. Modernizó la relación, pero continuó obviamente en la lógica del conflicto Este-Oeste. Siempre hubo voces discrepantes porque en Estados Unidos volvieron a aparecer personalidades que deploraban el continuado apoyo a la dictadura y temían que en España surgiera una oleada de

antiamericanismo en cuanto Franco despareciese de la escena. En las covachuelas madrileñas, hacia diciembre de 1972, ya se consideraba obsoleto. En una de las reuniones, presidida por Franco, de la Junta de Defensa Nacional en abril del año siguiente, se descartó el ingreso en la OTAN —ambición imposible—. Se optó por elevar el convenio al nivel de tratado, pretensión largo tiempo evocada pero jamás conseguida. Nunca se logró con él en vida. Se apuntó, no obstante, en direcciones en las que los militares y los diplomáticos empezaron a confluir.

El giro no se materializó hasta que se cumplieron las «previsiones sucesorias», en el codificado lenguaje de la época. El sucesor de López-Bravo, un diplomático profesional, franquista sin reparos, pero no idiota, Pedro Cortina Mauri, empezó a limar asperezas. Continuó haciéndolo su sucesor, José María de Areilza, que consiguió elevar el nivel de la relación, gracias a la apertura hacia la transición que empezó a sentirse en España. Servidor recordó muchas de las conversaciones que en mis tiempos en Santa Cruz había tenido con Fernández Espeso y con el director general para las relaciones con América del Norte, el embajador José Manuel Allendesalazar. Su reflejo, y la consulta de los papeles correspondientes, me llevaron a identificar los tres factores que habían horquillado la relación con Estados Unidos:

– Constituyó un respaldo primero a la «estabilidad» y luego a la normalización política españolas.
– Apoyó la naciente política exterior en la transición.
– Influyó en la atrancada evolución hacia si no una garantía de seguridad, sí en favor de un acercamiento a la misma.

Estos tres factores, en mi opinión, habían pesado de forma diferente a lo largo del período transcurrido desde principios de los años cincuenta. La estabilidad había dominado durante los cincuenta y sesenta. El segundo lo hizo durante los setenta. El tercero jugó su papel después de

la muerte de Franco. Quizá me equivocase. Pero, con la visión del historiador basado en EPRE y la pequeña experiencia como espectador en las bambalinas durante algunos años, la relación con Estados Unidos constituyó, a pesar de todo, una apuesta vital. España, por mor de los orígenes del régimen, había quedado retrancada en su modesto rincón peninsular, marginada de las grandes corrientes políticas que configuraban la dinámica institucional europea —estaba cerca de ella pero, a la vez, alejada.

La dictadura siempre practicó una retórica triunfalista, pero lo importante para Estados Unidos nunca fueron las capacidades militares españolas —no hablemos ya de las políticas o culturales—, sino su posición geoestratégica. Incidentalmente, como había ocurrido durante el segundo conflicto mundial. Para Franco no solo eran bienvenidos los armamentos —en su opinión, siempre escasos—, sino que lo esencial fue el apoyo político y diplomático norteamericano que abrió las puertas de Naciones Unidas, de las instituciones de Bretton Woods y contribuyó a dinamizar la economía. Más aún lo fue de cara a los escenarios norteafricanos, sometidos a procesos de cambio y de influencias exteriores poco gratas (independencia de Marruecos, guerra de Ifni, conflicto franco-argelino, pérdida de Libia, temor a la penetración soviética, etc.). La idea, nunca explicitada abiertamente, fue que en el caso de que se activara el peor caso posible, lo que resultaba crítico es que Washington jugase, cuando menos, un papel de mediador. Sin Estados Unidos, el modelo de disuasión franquista se quedaba cojo hacia fuera, es decir, hacia el proceloso mundo internacional en el que España podía quedarse más o menos sola. Años después, durante el gobierno de José María Aznar, estas consideraciones volvieron a tener vigencia en el incidente de la isla de Perejil.

Explicité los fundamentos y manifestaciones de lo que denominé «modelo de disuasión franquista» que combinaba los vectores internos y externos que gravitaron sobre la

conexión hispano-norteamericana. No parece que haya tenido mucho impacto en la literatura posterior. Con todo, sigo creyendo que constituye una forma de abordar la política exterior y de seguridad de la dictadura con base en la documentación española del período.

Es más, las posteriores rondas negociadoras con Estados Unidos no se vieron desligadas de algunos de los rasgos característicos de la etapa franquista: combinación de gran dureza en la negociación y debilidad política de los interlocutores españoles. El gobierno Calvo Sotelo no tuvo inconveniente en aceptar la reducción del nivel de los convenios desde el de «tratado», que había exigido el asentimiento del Senado estadounidense, al de mero «acuerdo ejecutivo» otra vez.

Quienes abordaron después la asignatura pendiente de qué hacer con el convenio en vías de ratificación, tras la victoria electoral socialista en 1982, tenían una interpretación muy diferente del pasado bilateral. Para los norteamericanos, había sido un esfuerzo cooperativo y, no nos engañemos, no demasiado complicado, contra el malvado enemigo bolchevique. Sin embargo, para Felipe González, era una relación que hundía sus raíces en las necesidades de un régimen dictatorial. Había que modernizarla y adaptarla a las nuevas realidades políticas. Nunca se ocultó el intento.

Felipe González, después de ver en Washington al presidente Ronald Reagan y al secretario de Estado, George Schultz, afirmó en el Wilson Center en septiembre de 1985: «No deberíamos sorprendernos que los vencidos en la guerra civil y la oposición democrática en general consideraran [los] pactos como un apoyo norteamericano a la dictadura y un golpe a las esperanzas de una rápida restauración de la democracia en España».8

Se deseaba, pues, terminar con un tipo de relación «casi de capitulaciones», superada por la evolución política e institucional. El variado abanico de cesiones y facilidades solo había empezado a desmontarse, aunque de manera lenta, a partir de 1970 y más bien sobre el papel. El primer

ataque serio se dio en el período 1981-1982. Sin embargo, políticamente hablando, eran muchos los que sentían que la relación continuaba siendo de excesiva dependencia. Sobre este trasfondo, servidor abordó el convenio de 1988 y sus antecedentes, cuidando de no revelar nada de cómo seguí el proceso desde mi incorporación al ministerio a principios de 1983.

Echando la vista atrás me pregunto si hubiera podido escribir *En las garras del águila*, tal y como lo hice, de no haber pasado por el Palacio de Santa Cruz y por la Comisión Europea a lo largo de casi veinte años. Cuando hubo ocasión de participar en Madrid y en Washington en la conmemoración del cincuentenario de los Pactos de Madrid, lo hice con ilusión y encontrándome con viejos amigos o, por lo menos, conocidos. El libro lo presentó en el Círculo de Bellas Artes Felipe González. Se asombró del volumen de documentación norteamericana disponible. Pocas semanas después, lleno de drogas euforizantes, me operaron de un cáncer en el Hospital Saint-Luc de Bruselas. Los atentados de Atocha me cogieron todavía en plena convalecencia.

Hoy la historiografía va por otros derroteros. Es lógico que así sea. Se enfatizan más los aspectos culturales, humanos, educativos, sociales. Amigos y colegas con los que de nuevo entré en contacto más adelante han ido aportando sus granitos de arena. En el momento de poner estos recuerdos sobre papel no creo que hubiese añadido mucho a lo que escribí entonces. Hubiera, tal vez, rellenado algunos huecos —en los que el ministro sucesor de Marcelino Oreja no salía, en mi opinión, demasiado bien— y por eso me alegré mucho de que Morten Heiberg lo hiciera desde un punto de vista de historiador ni español ni norteamericano.

Personalmente, me volqué en terminar el relato de mis experiencias en la Comisión Europea y la sustancial crisis a la que se vio abocada bajo el mandato del presidente Jacques Santer. Cuando las acabé, consulté con Gonzalo Pontón, por si estaba interesado en publicarlas. Las leyó y

me dio un veredicto demoledor: son muy enriquecedoras, pero no interesarán a nadie. Estos temas en España no venden. Y, además, son muy largas. Busca alguna editorial institucional. Así lo hice. Tuvo razón.

Nadie había explicado entonces —ni después— como servidor la crisis de la Comisión Europea. No tuve tiempo ni de pensar en, al menos, publicar lo fundamental de mi versión en un artículo en inglés. Sin solución de continuidad, e incluso antes de acabar el mamotreto, me había metido en otra investigación. También Gonzalo Pontón estuvo en su origen.

13

La reiterada llamada del oro

De aniversario en 2003 a aniversario en 2006, Gonzalo me sugirió que debía hacer algo de cara al de los setenta años que se avecinaba con respecto al estallido de la sublevación que derivó en guerra civil. Coincidió con un momento de depresión durante la larga recuperación que siguió a mi operación. Buscar refugio de nuevo en la investigación me pareció un buen remedio para disipar las telarañas.

En aquel entonces, claro está, la literatura académica —no hay que hablar de la que no lo era ni es— había hecho grandes progresos. Había surgido una nueva generación de historiadores. Conocía a algunos de ellos, como por ejemplo Enrique Moradiellos, que había estudiado las relaciones hispanobritánicas y en cuyo tribunal de tesis doctoral había estado en la Universidad de Oviedo. O a Ismael Saz, que había hecho lo propio con las relaciones hispano-italianas. Tenía noticia de muchos otros que ya despuntaban. Por lo demás, en mis viajes por diversos países de Europa y durante mi estancia en Estados Unidos había ido adquiriendo con asiduidad los libros que salían. Sentía que estaba, más o menos, al día. Lo que echaba de menos era una obra que fundiera la bibliografía existente con nuevos fondos documentales.

En primer lugar, los que ya se habían desclasificado en numerosos archivos públicos. Muchos de los países que habían seguido de cerca la guerra de España habían empezado a abrir sus fondos en aplicación de la regla de los cincuenta años de cierre. Algunos incluso se habían adelantado a la chita callando. Su recepción en la historiografía española había sido, salvo casos puntuales,

bastante magra. Fuera de España había autores que se habían puesto al día, quizá por su mayor proximidad a los archivos respectivos. En general, no había dado tiempo de integrar sus aportaciones en la literatura española.

En segundo lugar, había documentos de los que yo tenía constancia que, prácticamente, no se habían utilizado. No extrañará que, desde el primer momento, incluso antes de salir de España con destino a Bruselas, me hubiese concentrado en ellos. Es un episodio que merece la pena rescatar.

Los papeles de Negrín siempre presentes

Había tenido contactos esporádicos con Juan Negrín Mijáilovich, famoso neurocirujano y ciudadano estadounidense. Nos conocíamos de años antes, cuando servidor solía ir a Nueva York bien por la Universidad o por cuenta de Exteriores. En una ocasión cené con él y con su esposa, Rosita Díaz Gimeno. Era una antigua actriz famosa en los tiempos de la República. Fue la primera vez que subí al restaurante giratorio de las desaparecidas Torres Gemelas. Durante la cena, Rosita había insinuado a su marido por qué no me dejaba ver los papeles del padre. Sin éxito.

Con todo, una de las razones por las que, ya en la Comisión Europea, me interesó dejar Bruselas para ir destinado a Nueva York es porque pensé que allí, cerca de los Negrín, podría convencer al hijo. No lo comenté con nadie excepto con el vicepresidente Manuel Marín y su jefe de gabinete, Santiago Gómez Reino. Por una serie de razones relacionadas con la acumulación de españoles en puestos que tenían que ver con América Latina, se había decidido que debía ir a otro y se me había ofrecido una embajada en el extranjero. En liza entraban Buenos Aires o Nueva York. En Madrid me aconsejaron la primera. Servidor optó por la segunda, pensando en Negrín. El nombramiento se demoró casi un año y al cabo del mismo resultó que ni el gabinete del presidente Delors ni el

comisario responsable de las relaciones con América Latina, Abel Matutes, tenían interés en que me moviera. Tuve que recordar que lo prometido era deuda. Cuando ya se había decidido mi traslado y no podía echarme atrás, me enteré de que Juan Negrín Jr. se había mudado a Niza al fallecer su esposa. Fui a verle a la Costa Azul para darle el pésame y en segundo término para comunicarle que iría a Nueva York. No soltó prenda.

Cuando nos asentamos en esta ciudad, el neurocirujano solía venir a vernos a la residencia en el Upper East Side, muy cerca de donde él había vivido con su esposa. Una vez llegó a insinuar que los papeles los había dejado a buen recaudo en una granja de Vermont. Me descorazonó. Ir con toda la familia a encerrarnos en el campo, en el caso de que me dejara ver los documentos, era superior a mis fuerzas. Mi mujer, más lista que yo, me dijo que estaba jugando de farol. Fue cierto. De todas maneras, durante algún tiempo me bombardeó, tanto en Nueva York como a nuestro regreso a Bruselas, con reminiscencias escritas sobre su padre en las que se deslizaban afirmaciones que chocaban con las evidencias de que yo disponía. Pasé mucho tiempo corrigiéndolas, hasta que al final perdí la esperanza de que me dejara consultar los papeles que tan celosamente guardaba.

Tras su fallecimiento, una parte de sus papeles fue a parar a su sobrina Carmen Negrín, residente en París, a tres horas exactas de mi domicilio bruselense. De puerta a puerta. Hacia finales de 2003, me puse en contacto con ella. Carmen, a quien debo más de lo que puedo reconocer, no tuvo inconveniente en que los viera. Recuerdo que la primera vez que me desplacé estaba tan nervioso que al salir de la estación del metro tropecé en la calle y por poco me partí las gafas.

En raras ocasiones he sentido tanta emoción al buscar documentos. Pronto establecimos una rutina. Desde Bruselas podía ir sin problemas todos los sábados o incluso los domingos. En la Representación Permanente no había riesgo de interferencias profesionales. Cada fin de semana,

Carmen abría los baúles y cajas con la documentación. Unos estaban en el sótano y otros en un piso. El que ocupaba la familia Negrín estaba atiborrado de libros y de los papeles que parecían más importantes. Existía un rudimentario inventario que había establecido, en Niza, un joven historiador canario, Sergio Millares, cuando todavía vivía el hijo de Negrín. También había algunos datos complementarios. Fue una investigación que duró, como mínimo, dos años y nunca fue posible anticipar lo que íbamos a descubrir en el fin de semana siguiente.

Poco a poco fui ampliando mi información sobre lo que había pasado no solo con el oro, sino también con respecto a las coordenadas en que se movió la política de la República en guerra. Una anécdota se me ha quedado prendida en el recuerdo. En una ocasión me encontré en el Boulevard Saint-Germain con un colega y amigo, Alfred Tovias, catedrático de la Universidad Hebrea en Jerusalén. En el almuerzo me preguntó, curioso, sobre lo que hacía en París. Se lo conté y le dije que era una labor apasionante. Era imposible anticipar lo que podría encontrarse cada semana.

Alfred expresó su deseo de conocer a Carmen, y con él fui a su casa. Unos días antes le había pedido que viera algunos papeles que guardaba en la caja fuerte de un banco. Me los enseñó. Mientras ella y Alfred departían amistosamente tomando el té o el café, de pronto me eché a temblar. Entre los papeles de aquel sábado figuraba la copia de un acuerdo, firmada por el secretario del Consejo de Ministros de la República el 6 de octubre de 1936. En él se autorizaba al presidente, Francisco Largo Caballero, y al ministro de Hacienda, Juan Negrín, a que tomasen todas las medidas que consideraran oportunas para poner a salvo el resto de la reserva metálica del Banco de España. Así, de repente, tuve en mis manos la prueba clara y terminante de que Negrín no había obrado a su antojo al decidir trasladar el oro desde Cartagena a Moscú. Esta era una afirmación que la dictadura había aireado a todos los vientos como prueba de la vesania del gran contrincante de Franco

durante la guerra civil.

Con viajes cortos a toda una serie de archivos en París y sus alrededores, a Londres y a otros lugares fui completando pausadamente, pero sin detenerme, las piezas del puzle. Me entrevisté con gente que había conocido la operación del oro. Las masas de documentación que fui acumulando eran extremadamente sugestivas. Sin embargo, quedaba por descubrir la parte soviética.

Preparé con sumo cuidado un viaje a Moscú. Me asesoré con varios especialistas. En primer lugar, con el decano de los historiadores económicos sobre la URSS, el profesor R. W. Davies, de la Universidad de Birmingham —Nove ya había muerto— y antiguo colaborador de E. H. Carr.[1] Más tarde escribí a la Agencia Estatal de Archivos de Moscú. Delimité el objeto de mi investigación. Los prolegómenos fueron tediosos, pero no encontré problemas insuperables y hacia junio de 2004 creo recordar que fui, por fin, a Moscú. Iba provisto de numerosas referencias y nada más llegar pude conectar con varios testigos de la época, entre ellos Adelina Kondratieva, de origen argentino. Cuando se cercioró de mis buenas intenciones, me puso en contacto con un historiador militar, Yuri Rybalkin, que había escrito un libro sobre la ayuda soviética a la España republicana. Había sido militar de carrera y, en tal condición, tenido acceso a colecciones de documentación desconocidas en Occidente. Ambos me sirvieron de gran ayuda.

En primer lugar, me dirigí a los archivos de Economía. Cuando abrí los legajos que me sirvieron me temblaban las manos. Que yo supiera, ningún historiador español o extranjero había trabajado en ellos sobre la guerra civil. El profesor Davies me los había recomendado encarecidamente. Los conocía muy bien. En segundo lugar, fui a los archivos dedicados a la historia política y social (RGASPI, Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica). Había leído el libro de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, que fueron los primeros autores españoles en utilizar sus fondos. Más tarde acudí a los militares. En ellos había

trabajado un historiador norteamericano, Daniel Kowalsky, cuya obra acababa de publicar Crítica. Trabajando a marchas forzadas, localicé mucha más información sobre el cuadro general de la ayuda y sus comienzos. De entre todos, debo decir que los archiveros de Economía fueron los más eficientes. Hacían las fotocopias de los documentos en el mismo día. En los demás, había que esperar. Me dijeron que en los militares había millares y millares de legajos sobre la guerra de España. Solo una parte podía identificarse, por temas, en gruesos inventarios. En el RGASPI, sin embargo, ya había ordenadores para pasar revista a los índices correspondientes.

Hablando con unos y con otros en el archivo de Economía, me lamenté de que el del Ministerio de Negocios Extranjeros fuera de tan difícil acceso. Ni Elorza ni Kowalsky ni ningún otro autor que conociera por sus obras en un lenguaje occidental para mí accesible había consultado sus fondos. También eran de difícil consulta, al parecer, para muchos investigadores rusos. Había que tener un motivo autorizado y/o disponer de contactos. En algún momento dije que conocía al ministro, Serguéi Lavrov. Lo era entonces y sigue siéndolo en el momento de escribir estas líneas. Fue embajador ante Naciones Unidas en Nueva York y habíamos tenido algún que otro contacto. La recomendación de mis nuevos conocidos fue inmediata: pídele autorización.

A la vuelta a Bruselas, escribí exponiendo mi deseo de consultar documentación de su ministerio sobre las relaciones hispano-soviéticas durante la guerra civil. Puse énfasis en que se trataba de una ocupación privada, estrictamente particular. Pensé que en Moscú habría alguna ficha mía sobre mi paso por Exteriores y los contactos que, siempre con Fernández Espeso presente, había tenido con diplomáticos soviéticos.

Al cabo del tiempo, me comunicaron por teléfono desde la Consejería Cultural de la embajada en Bruselas que se había aceptado mi solicitud. También me informaron sobre los fondos a los que se me concedería acceso. Armado

con esta buena noticia, ya no recuerdo si pedí permiso por asuntos propios en la REPER o lo tomé a cuenta de mis futuras vacaciones. Me planté en Moscú, de nuevo tembloroso de emoción. La primera sorpresa que me llevé fue que el sistema que en el archivo se seguía era muy parecido al que existía en Exteriores en 1976. No se permitía acceder directamente al catálogo. Se pasaba por los jefes de sala y eran ellos los que determinaban, en base a inventarios que el investigador no manejaba, cuáles eran los fondos que podrían interesarle.

He de señalar que no hablo ruso. Cuando tenía veintitantos años, había hecho un pequeño esfuerzo por aprender algo, pero lo había dejado ante otras exigencias más perentorias. En Moscú, estuve acompañado de historiadores rusos con quienes me entendía en inglés. Uno de ellos estaba preparando su tesis doctoral y, naturalmente, no le venía mal una ocupación esporádica retribuida. Fue a quien se le ocurrió un mecanismo que me facilitó mucho la tarea. Como era evidente que no me sería posible pasar largas temporadas en Moscú, sugirió que pidiese autorización para que se le permitiera consultar en mi nombre los fondos que pudiesen interesarme. Él iría de vez en cuando a los archivos, echaría un vistazo a la documentación y pediría fotocopias. Si tenía dudas, me preguntaría.

Vi el cielo abierto. El procedimiento me evitaba desplazarme, con los costes, financieros y de tiempo, que ello conllevaba. No habría obstáculos a la acumulación de documentación. El sistema funcionó perfectamente durante meses y meses. Una conocida española, casada con un exembajador de la RDA, tenía un hermano, «niño de la guerra», en Barcelona. Había sido educado en la URSS y era ingeniero de profesión. Esto no venía mal, ya que muchos de los documentos contenían términos técnicos que algunos otros traductores de fortuna que había encontrado en Bruselas no conocían. Yo trataba de ahorrar todo lo posible, porque innecesario es señalar que no contaba con la menor ayuda financiera de ninguna institución española o

extranjera. Gracias a mi contacto, monté un mecanismo por el cual en plazos breves todos los papeles que recibía por email de Moscú el ingeniero los traducía y yo me encontraba con la versión en castellano en mi ordenador en Bruselas.

Deseo subrayar específicamente que en Moscú recibí siempre las mayores atenciones de unos y otros archiveros. A través de Yuri y Adelina entré en contacto con historiadores, a algunos de los cuales ya conocía de España, y otros nuevos. El embajador español y amigo mío, Francisco Javier Elorza, me echó una mano siempre que fue necesario. Di conferencias en el Instituto Cervantes y en la Universidad Estatal de Moscú, la Lomonósov.

¿Cómo corresponder a tanta amabilidad? Una de las formas fue dar a conocer el libro de Rybalkin. Gracias a uno de mis apoyos, un gran traductor del ruso al español, Alexander Kazachkov, fue posible publicarlo años más tarde en Madrid.2 No dejé de mencionar en el prólogo que un superconocido historiador inglés, que no identifiqué, se había aprovechado de algunos de los descubrimientos de tal autor y los había presentado como si hubieran sido suyos. El plagio no es un defecto solo español.

La documentación soviética necesitaba complementarse. Lo hice con aportaciones masivas procedentes de los archivos británicos. Ya no estaban en Chancery Lane, en el corazón de la City, donde había trabajado muchos años antes. Se habían trasladado a un moderno edificio en Kew, cerca de Richmond. No tengo la menor duda en calificarlos como uno de los mejores archivos que conozco. Desde Bruselas, ir a Londres era —y es— un paseo. En ocasiones alternaba mis viajes a Londres con los que hacía a Paris, donde encontré un filón en los del Servicio Histórico de la Defensa en el castillo de Vincennes, muy próximo al lugar en donde me había estrenado en 1957 en mi primera salida al extranjero. Entre los papeles de Negrín y los ingleses y franceses de la época me pasé cerca de dos años.

Por razones profesionales, como funcionario y catedrático, siempre he tenido que participar en numerosos congresos, jornadas de trabajo, conferencias, simposios. He llevado la lista desde que gané la cátedra y no he contado las anteriores, que también fueron numerosas. Desde 1976 hasta el momento en que reviso estas líneas (noviembre de 2023), he presentado ponencias en 260 ocasiones, sin contar otras que tuve que hacer por vía telemática en los años de la covid-19, en los que apenas salí de Bruselas. Muchas de ellas tuvieron que ver con mis trabajos del día, pero muy frecuentemente con temas históricos. No fui ponente, pero sí participante en más de sesenta ocasiones adicionales. Mi actividad publicística fue creciendo en intensidad tan pronto como dejé la Comisión Europea y, a partir de 2005, recomencé a hablar sobre historia. Recuerdo muy bien la ocasión. Fue cuando Julio Aróstegui me invitó a que disertara en un curso de verano de la UCM en El Escorial sobre «España en la memoria de tres generaciones: de la esperanza a la reparación». Me llamó a Bruselas y me pidió que hablase acerca de «Franco y la subversión de la memoria». Acepté, escribí la ponencia y me ofrecí a dar también en aquel verano una panorámica del franquismo en otro curso sobre «Conocer la historia para comprender el presente: de la crisis de la Restauración a nuestros días». En mi lista son las 192 y 193, respectivamente.

Volver a un ambiente académico después de más de veinte años fuera de la Universidad fue muy tonificante. Encontré viejos amigos y nuevos historiadores. Otra generación que pugnaba por abrirse paso en una institución que no era ya como la que recordaba. Afortunadamente. De aquí surgió un vínculo que no tardaría en ser el determinante final en mi «forja» como historiador. Se afianzó al año siguiente. En 2006 viajé a Tel Aviv, Berlín, Kaliningrado y Florencia. Diserté sobre temas varios, pero en general sobre el lastre del pasado, la política exterior española en la transición, la política ante y en la Unión

Europea y la emergente sociedad civil y su impacto en la política española.

Con los papeles de Negrín, los soviéticos y los que fui allegando en archivos alemanes, franceses, británicos y españoles, públicos y privados, pude recomponer el cuadro internacional en el que se desarrolló la política de no intervención que tanto contribuyó a la derrota republicana. En Madrid, y gracias a Jorge Marco, se localizaron papeles de diversos archivos y, en particular, los del PCE. Puse particular énfasis en la parte menos conocida, que era la soviética, a pesar de las investigaciones realizadas por historiadores norteamericanos, alemanes, británicos y franceses que, en general, no las coordinaron con la documentación franquista y republicana.

Invertí una fortuna en la investigación sin haber apelado nunca a financiación exterior. Una vez, José Ángel Sánchez Asiaín, con quien siempre me unió buena amistad, me llamó por teléfono. Me pilló en Moscú. Me dijo que haría gestiones para ver si alguna fundación podría darme una beca. El resultado fue negativo. Eminentes autores —que no identificaré— se opusieron a rajatabla. Las oposiciones a cátedra de 1974-1975 no se habían olvidado y cierta gente nunca me perdonó que las hubiese ganado. Las consideré pequeñas miserias de pequeños miserables, por muy galardonados que fuesen en una sociedad como la española, en la que el mérito se gana con frecuencia con trampas saduceas. Por mera curiosidad, apunté cuidadosamente lo que fui invirtiendo en el libro que tenía entre manos entonces. Mi memoria no es ya lo que fue, pero si no recuerdo mal se acercó a los veinte mil euros. Viajes, hoteles y traducción se llevaron el grueso de tal suma, que habría que multiplicar quizá por dos, si no tres, para estimar el montante total invertido.

Trabajé afanosamente todas las noches y los fines de semana en que no viajaba, encerrado en mi despacho de la última planta de casa. Desde el principio hasta el fin me animó la idea de hacer algo diferente de lo que hasta entonces se había escrito. Muchos historiadores habían

empezado, lógicamente, por los antecedentes de la sublevación de 1936. Yo los despaché sumariamente y en el prólogo expliqué con detenimiento las ideas que inspiraban la obra. Retomo lo esencial:

> La guerra civil, como la gran fractura que fue de la historia española en el siglo XX, y posiblemente una de las grandes fracturas de toda la historia de España, seguirá arrojando sombras durante decenios. Cuando la llama purificadora del tiempo haya consumido las pasiones que todavía suscita, aunque cada vez en menor número de españoles, las generaciones venideras seguirán volviendo hacia ella con nuevos interrogantes y con nuevos planteamientos, en búsqueda de respuestas a las cuestiones esenciales con que continuará golpeando las conciencias. Fue una guerra ideológica, una guerra de clases y una guerra internacional por interposición.

Quizá lo que antecede parecerá a algunos una aberración, pero si es así, casi veinticinco años más tarde persisto en ella. Me concentré en una República a la que no fue posible trascender las limitaciones que interpuso el contexto internacional. Para explicarlo acudí a las fuentes primarias, señalando que en la literatura no faltaban, por desgracia, quienes escribían con una autoridad que recordaba a la del dador de la ley mosaica, sobre todo en relación con temas muy controvertidos. Entre ellos mencioné la violencia republicana, la apelación a la URSS, el papel Stalin, la significación de la ayuda soviética, etc. No eludí la identificación de los errores en tal literatura que chocaban con la evidencia documental. Argumenté que mi aspiración estribaba en hacer progresar las fronteras del conocimiento, aunque fuese de forma milimétrica y con plena conciencia de que no podría aclarar todas las incógnitas. Era consciente de que quedaba mucha documentación por explorar. Con el tiempo quizá lo sería. Mientras tanto, la historiografía debía avanzar de forma provisional. Una forma de señalar el lema que ya no abandonaría en el futuro. No hay historia definitiva. No hay historiadores definitivos.

Hacia finales de 2005, el manuscrito sobre la República

y la guerra civil estaba terminado. Lo envié a Gonzalo Pontón. Su respuesta me dejó pasmado. Había escrito un tocho que, impreso, tendría más de ochocientas páginas. Era impublicable. Después de varias conversaciones por teléfono, se impuso la única alternativa posible. Habría que desglosarlo en dos volúmenes y entonces me dio una idea brillante. ¿Por qué no hacer llegar el segundo hasta los hechos de mayo de 1937? Ya había acumulado documentación soviética al respecto.

Este fue el origen de lo que terminó siendo una tetralogía sobre la República en guerra. Fue un intento de dar solución a los desafíos que me había planteado al tener que introducir la documentación soviética en la narrativa sobre el estrangulamiento exterior republicano. De ella se desprendía que la situación había sido muy diferente a la que encontró Franco, al recibir casi de inmediato la ayuda nazi-fascista que salvó su sublevación. Esto se sabía, pero los «historiadores» profranquistas, muy cucos, habían argumentado que pocos días después del 18 de julio de 1936, en una reunión secreta de la Internacional Sindical Roja en Praga, se había puesto en marcha la apisonadora comunista. Sus dogmáticas afirmaciones venían a decir que en, la práctica, los «rojos» se habían adelantado a las decisiones nazi-fascistas, adoptadas como respuesta a presuntos suministros franceses al gobierno de Madrid. He de confesar que, entre la cohorte de tales autores, alguno de los cuales sigue coleando, ninguno había puesto jamás sus pecadoras plantas en un archivo extranjero.

También había que salvar dos leyendas a las que se había dotado de la fuerza de un relato evangélico. La primera había sido que los comunistas iban a lanzar una insurrección en agosto, por lo que lo que los buenos patriotas hicieron fue, esencialmente, adelantarse para prevenirla. La segunda, menos explícita, fue que la reunión de Praga respondió a un intento de no perder la partida. Situé, utilizando documentación ya conocida en el extranjero y otra totalmente desconocida, lo que caracterícé como un proceso de progresivo «deslizamiento» de Stalin

hacia la intervención. En mi opinión, se produjo en un contexto de máxima preocupación para no tensar sus intentos estratégicos de conectar con las democracias. Al fin y al cabo, se enfrentaba a un doble peligro: el nazi y el japonés. También, no hay que olvidarlo, para dar una respuesta a quienes consideraba fanáticamente como el principal enemigo interno y externo: los trotskistas.

El libro me permitió, veinticinco años después de mis primeros pinitos, empezar a roer de nuevo los mitos franquistas y no franquistas en torno a la génesis de la operación de envío de oro a Moscú. Falta hacía. Un amigo mío, economista, Pablo Martín-Aceña, había publicado pocos años antes un libro en el que alegaba que se había tratado de una decisión equivocada. Según él, había habido alternativas: Inglaterra, Estados Unidos, incluso Suiza. Es una tesis que siempre se había esgrimido en contra de Negrín, no en último término por parte de Luis Araquistáin, entre otros.

Con los papeles de Negrín en la mano, demostré que la idea fue suya, que convenció a Largo Caballero y con este al resto del gobierno; que, además, había tratado de vender oro en Londres por medio de Gabriel Franco, uno de sus predecesores en el Ministerio de Hacienda, pero que las dificultades administrativas que había que superar eran tantas que resultaba imposible mantener la operación en secreto. También, que era preciso romper el cerco que a la República había impuesto, con malas artes, pero contundente eficacia, la banca internacional. No llegué a utilizar la manida frase del *ex Oriente lux*, pero sí sus implicaciones. La derrota de la República hubiera sido mucho más rápida de no haber tomado decisiones dramáticas, pero indispensables para no rendir las armas. Tengo que señalar que mi buen amigo Martín-Aceña no se convenció del todo. Insistió en sucesivos libros, lo que me obligó a responder en otros. Aduciendo siempre, eso sí, la oportuna EPRE.

En 2006 publiqué, pues, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión*

Soviética, ya conociendo la posibilidad de su prolongación inmediata. A Julio Aróstegui le informé de mi proyecto. También a Glicerio Sánchez Recio, quien expresó alguna duda sobre si sería capaz de llevarlo a cabo con documentación primaria relevante. El marco internacional en el que se desarrolló la guerra era un tema conocido. Glicerio tenía razón. Era un ámbito sobre el cual se había vertido la atención de los historiadores, primero extranjeros y luego españoles, desde que sobre la contienda había empezado a escribirse con intenciones científicas, académicas, allá por los años cincuenta del pasado siglo.

Pero ¿quién había acudido a tantos archivos como servidor? ¿Quién había utilizado documentación fundamental conservada en archivos privados? ¿Quién había acumulado literatura primaria o secundaria en media docena de idiomas? Pocos. Muy pocos. Con la perspectiva que da el paso del tiempo, no he variado mucho mis tesis. Al contrario, fui reforzándolas. Nunca he cesado de buscar nueva EPRE y he tenido la suerte de, en general, encontrar la suficiente para poder hacerlo.

La ocasión de presentar mis nuevos pasos en la materia surgió cuando de pronto Santos Juliá, que fue el coordinador del primer congreso internacional sobre la guerra civil que iba a celebrarse en Madrid en 2006, me invitó a participar. Lo organizaron la Sociedad Española de Conmemoraciones Culturales (SECC) del Ministerio de Cultura y la UNED, en donde Juliá tenía su cátedra. Naturalmente, acepté y le conté mis planes. Esperaba que para entonces el libro ya estaría en la calle. Desgraciadamente, no fue así del todo y no pudo ponerse a la venta en los estands del congreso hasta empezado este.

Santos me pidió que formara parte de una de las sesiones abiertas al público en el Círculo de Bellas Artes, bajo la presidencia de Antonio Elorza. Recuerdo que éramos tres ponentes: Enrique Moradiellos, Gabriele Ranzato y un servidor. El gran salón estaba abarrotado de público. Enrique disertó sobre «Guerra, revolución e intervención extranjera». Se atuvo al tiempo señalado, que era algo así

como media hora. Después intervino Ranzato sobre «La democracia desamparada: España entre revolución y "no intervención"». Ya no recuerdo si el texto lo llevaba escrito o solo esbozado. El hecho es que sobrepasó ampliamente sus treinta minutos de rigor. Empecé a pasar papelitos al presidente porque temía que, si seguía hablando, me dejaría a mí, en último lugar, sin tiempo para intervenir. No sé por qué, Antonio, que avisó al orador, no lo hizo con la suficiente contundencia. Entonces yo le llamé la atención en voz alta y poco después Ranzato terminó por fin, aunque muy irritado.

Más tarde, este historiador divulgó una interpretación que no respondía a los hechos y me acusó poco menos que de comportarme como un vulgar censor estalinista. Una rabieta de medio pelo. Yo había aprendido en las oposiciones, en Bruselas y en Nueva York a controlar la duración de mis intervenciones. En Naciones Unidas era incluso cosa obligada para no decir más de lo que había que decir y que, normalmente, se sopesaba con extremado cuidado. Yo las leía en voz alta y las cronometraba. Cuando era necesario, las aprendía de memoria.

De cara a aquella ocasión, me había esmerado y declamado varias veces la intervención que llevaba escrita, tal y como había hecho en las oposiciones a la Administración y a la cátedra. No solo quería evitar dejar en mal lugar a Santos, sino que pretendía causar impacto con el uso adecuado de la retórica. No recuerdo lo que escribí y no creo haberlo conservado, pero supongo que diferiría en puntos sustanciales de lo que dijo Ranzato. Al fin y al cabo, mi libro estaba a punto de salir. Además, en el enclave ruso de Kaliningrado, en medio de los bosques del lugar en donde se celebró el congreso a que había asistido en junio de aquel año, había pergeñado por las noches, en la soledad de mi hotel, el borrador de un artículo que también se publicaría aquel año.[3]

La reunión de Madrid, cuyas actas se dieron a conocer después en recurso electrónico,[4] pero que ya no encuentro en el desbarajuste de mi biblioteca, me llevó al

convencimiento de que, cuando terminase mi tiempo de servicio como funcionario en Bruselas, lo que más me gustaría era volver a la Universidad. La alternativa estribaba en seguir en la Administración, oscilar entre Madrid y Bruselas y desaprovechar miserablemente el tiempo y los cuantiosos recursos que había invertido en adquirir documentación y bibliografía del más variado calibre.

Preparo el regreso al alma mater

Naturalmente, conté a Aróstegui mis propósitos. Nos conocíamos desde mis primeros pinitos. Con él siempre me unió una buena amistad ya en los años de la transición. Fue presidente de una, para la época, extraordinaria aventura: la creación de la Sociedad de Estudios de la Guerra Civil y del Franquismo (SEGUEF). Alberto Reig lo ha traído a colación recientemente. Sobre mí recayó la vicepresidencia. En la junta rectora figuraban como vocales Antonio María Calero, Francisco Moreno —gran experto en la represión en Córdoba y su provincia—[5] y el propio Reig. Nombres después ilustres en la historiografía sobre la guerra y la dictadura fueron miembros. Entre otros, Alicia Alted, Gabriel Cardona, Elena Hernández Sandoica, José Luis de la Granja, María Fernanda Mancebo, Abdón Mateos, Carme Molinero, Borja de Riquer, Fernanda Romeu, Glicerio Sánchez Recio, Ismael Saz, Justo Vila, Joan Villarroya, Pere Ysàs, Josep María Solé Sabaté y muchos otros.[6] La aventura no duró mucho tiempo. Murió de muerte natural cuando se nos negó medio millón de pesetas de subvención para sobres, papel timbrado, gastos de envío y organización de encuentros… En realidad, la iniciativa sorprendió a las instancias oficiales.

De Julio recuerdo que en aquella época en una ocasión fui a ver con él a un alto cargo —no lo identificaré— para expresarle nuestra preocupación acerca del futuro de los papeles de Franco. Sabíamos por ciertas confidencias que la familia quería ponerlos a buen recaudo, quizá fuera de

España. Nuestro interlocutor nos prometió hacer algo. Llamó semanas después para decirnos que había hablado con la hija del dictador. Se había excusado. Pensaba que no era el momento de abordar el tema, cuando todavía estaba en vida su madre. Después ya se vería. No se vio. En el momento de escribir estas líneas los papeles siguen en paradero desconocido. No son los que guarda la FNFF.

Un par de años después, empecé a coincidir con Aróstegui en varios proyectos y en algún que otro congreso. Así, por ejemplo, en las primeras jornadas sobre «Historia y memoria de la guerra civil», organizadas por la SEGUEF y la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León en septiembre de 1986, conocí a Juan Andrés Blanco, con quien en esta última etapa he abordado otras aventuras, entre ellas mi participación en un encuentro celebrado en Zamora poco antes de la Navidad de 2006.[7] Después han seguido otros.

El regreso a la Universidad no podía ser inmediato. Ya he indicado que, al pasar a la REPER como funcionario de carrera, había salido de mi situación de «servicios especiales». Es decir, había perdido, pura y simplemente, la reserva de cátedra. Julio y un joven colega muy ligado a él, también catedrático de Historia Contemporánea, Antonio Niño, me explicaron cómo hacerlo cenando una noche en Madrid durante el congreso. A ambos les debo haber vuelto a la Complutense y mi agradecimiento es imperecedero.

No puedo renunciar, en estas líneas, a explicar someramente cómo se fraguó mi retorno. Las cuestiones por abordar fueron, más o menos, las siguientes:

– ¿Seguía dotada mi cátedra en la Facultad de Económicas? ¿O se había desdoblado en dos titularidades? Si era así, ¿estaba alguna ocupada?
– ¿Cuál sería la posición del departamento?
– ¿Cómo reaccionaría la Junta de Facultad?
– ¿Qué diría el Rectorado?

Rápidamente indagamos. La cátedra no se había

desdoblado. Desde que pasé a «servicios especiales» la habían desempeñado, interinamente, varios profesores. El departamento, en el que seguía Rafael Martínez Cortiña, ya próximo a su jubilación, se mostró dispuesto a aceptar mi regreso. Tras esta primera decisión, en buena lid la Junta de Facultad no podía oponerse y, por consiguiente, tampoco el decano. El expediente pasó al Rectorado, que, afortunadamente, desempeñaba el profesor Carlos Berzosa. Nos conocíamos desde que él era un joven ayudante y servidor ya estaba yendo por las alturas universitarias. No hubo inconveniente alguno. Nunca lo agradeceré lo suficiente a él y a su equipo.

Siguiendo el consejo de Aróstegui y Niño, yo deseaba dar clases en la Facultad de Geografía e Historia. Aquí algunos me conocían. Muchos no. Hubo, pues, que repetir la anterior secuencia. El Departamento de Historia Contemporánea aprobó mi solicitud. La Junta de Facultad también. El decanato hizo caso. Todo el mundo estuvo de acuerdo. Entonces, a mí se me ocurrió que debería dar clases en las dos facultades. Nadie me lo había exigido. Con tal de que lo hiciera en una era suficiente, pero insistí y la sugerencia se aceptó. Que yo sepa, pero puedo equivocarme, se trató de una novedad.

Recuerdo mi despiste en mis ya frecuentes viajes a Madrid. Después de tantos años de ausencia nada parecía fácil. Las costumbres y la tecnología de la comunicación, así como todo lo que sustentaba la vida diaria, habían cambiado. Una cosa era viajar para pronunciar una conferencia o participar en un congreso y otra muy diferente vivir allí tres días a la semana. En Bruselas y Nueva York siempre había contado con secretarias y personal de apoyo. En Madrid no tendría a nadie. Recuerdo una anécdota. Tuve que enviar un correo electrónico a una cierta persona. En Madrid todavía carecía de ordenador. No se me ocurrió ir a una tienda donde pueden alquilarse por horas. Las desconocía. Me sentí obligado a pedir a un amigo de Exteriores, el embajador Ignacio Rupérez, que me dejara utilizar el de su despacho. No es exagerado afirmar que

estaba un poco atontolinado.

La preparación de la vuelta llevó meses. En el ínterin, estaba ampliando el segundo tomo, hasta los hechos de mayo de 1937, de lo que ya iba camino de ser una trilogía. Necesitaba volver a Moscú. Esta vez fui con mi mujer y con un amigo de ambos, alemán, vecino nuestro y cuñado de aquel español que ocupó, gracias a mi mediación, el puesto de secretario general de la Cámara de Comercio española en Fráncfort. Alexander «Sasha» von Lingen habla ruso perfectamente y trabajó en el Parlamento en inglés y francés. Mi mujer no habla alemán, pero sí francés y tiene inglés como su idioma nativo.

Ella y Sasha hicieron turismo. Yo me dediqué a los archivos. Sasha se empeñó en ir a ver el palacete que antes de la revolución de 1917 ocuparon sus antepasados. Estaba convertido en un museo. El director lo recibió amablemente y, cuando se enteró de la historia, le puso a su disposición un coche con chófer. Una cortesía elevada a la enésima potencia, y en Moscú algo muy conveniente. En aquella época solía hacerse para distinguidos visitantes extranjeros. Sasha y mi mujer exploraron. Nos veíamos para cenar —siempre, todo hay que decirlo, en una selección de los mejores restaurantes moscovitas— e incluso fuimos a algunos de los monasterios próximos a la capital. En una ocasión, a Sasha le robaron entre la muchedumbre la cámara fotográfica y a mi mujer le rajaron el bolso, aunque no pudieron llegar a su contenido. Mientras tanto, caía mansa y suavemente la nieve en una primavera fría y desapacible.

Desde luego, quise dejar la Representación Permanente tan pronto como se aclaró mi vuelta a la Universidad. Vano intento. En Bruselas y desde el ministerio se me dijo que les haría un flaco servicio, porque entonces habría que convocar mi plaza fuera del plazo habitual de los concursos y ello estropearía el plan de cobertura de las consejerías económicas y comerciales. Hube de resignarme. No era cuestión de mostrarme displicente, después de todo lo que en el cuerpo habían hecho por mí. Anuncié, eso sí, que por

premuras de la aparición del segundo tomo tendría que dedicarle a este más tiempo, y menos a mi trabajo regular. Todo el mundo lo comprendió. *El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937* salió puntualmente en 2007.

En mi opinión, ciertamente subjetiva, en los dos volúmenes situé en las coordenadas apropiadas el comienzo y evolución de la operación de traslado y venta del oro. En primer lugar, en los apremios angustiosos del gobierno republicano por encontrar vías de saltarse la política de no intervención. Dediqué muchas páginas a esclarecer los fundamentos esenciales de la misma; el impacto absolutamente negativo sobre la República; las vías que se encontraron para orillarla; la estrategia estalinista con respecto a la guerra de España y la forma y manera en que se dotó de un mínimo de cobertura armamentística al naciente Ejército Popular. No disminuí el drama de los desacuerdos intrarrepublicanos y no fui demasiado condescendiente con el entonces presidente del Consejo y ministro de la Guerra, Francisco Largo Caballero. Destaqué especialmente el significado que tuvo, en mi opinión, la sustitución del subsecretario de Guerra, el general José Asensio Torrado, muy criticado por los comunistas. Su sucesor fue un diputado socialista (Carlos Baraibar) que tenía mucho menos idea de temas militares que las que había podido obtener el propio presidente. Reconozco que en mi valoración del papel de Largo Caballero en el plano estrictamente estratégico y militar y en sus relaciones con el partido ascendente, por la fuerza de la evolución y de la ayuda soviética, que fue el comunista, me separé de Julio. Para bien o para mal, e incluso después de haber leído la magna biografía que después le dedicó[8] y a la que vuelvo siempre para abordar otros aspectos de su extensa carrera política, no he cambiado sustancialmente de opinión.

Este segundo libro abordó muchísimos otros temas. Algunos muy controvertidos —las masacres de Paracuellos, por ejemplo, que han dado origen a toda una literatura derechista profundamente desencaminada—;[9] el calendario

de los suministros de armas soviéticos a la República en el primer año de guerra y las discusiones sobre sus precios; la sustitución de Largo Caballero por Negrín que Bolloten y sus seguidores se habían empeñado en atribuir a Stalin y la dinámica que condujo a los sucesos de Barcelona, entre muchos otros.

Lo que antecede me dio pie para participar, con toda modestia, en la campaña de rehabilitación de Juan Negrín que ya habían comenzado los socialistas canarios. Esto me puso en contacto con el Dr. Miguel Ull, eminente patólogo. También venía luchando por el mismo fin, pero al cual había añadido un elemento fundamental: la rehabilitación de los compañeros de Negrín expulsados con él de mala manera poco después de terminada la segunda guerra mundial. Se creó una conjunción de fuerzas y de circunstancias que obró en nuestro favor. La victoria quedó consagrada en 2008, tras pasar por todos los escalones orgánicos decisorios del PSOE. Alfonso Guerra tuvo un papel destacadísimo en tal aventura. Sin él y sin el apoyo indudable del presidente José Luis Rodríguez Zapatero no hubiera sido posible. Así se cerró una herida que se había abierto en las filas socialistas con el distanciamiento entre Prieto y Negrín y que causó incontables controversias en el interminable debate sobre las razones por las cuales las izquierdas perdieron la guerra civil.

Cuarta parte

Historiador a tiempo completo

14

De vuelta en la Universidad

En septiembre de 2007, me reincorporé a la Complutense en exclusiva. Era la primera vez, desde que gané la cátedra, que podía dedicarme de cuerpo entero a la enseñanza y a la investigación. Recomencé con cierta trepidación en las dos facultades. Con acentos muy diferentes. En la de Económicas, en el campus de Somosaguas, me sentí un poco como un bicho raro. En cuanto a Economía ya no sabía mucho. No me había mantenido al corriente de la evolución de la disciplina. Desde 1977 me había ocupado de temas muy diferentes. Lo que sabía no era aplicable en la facultad, salvo en lo que se refería a la economía y evolución de la Unión Europea. Así que sugerí que, para aprovechar lo que pudiera aportar de válido, me concentraría en esta temática. Mi enfoque, ciertamente, no iba a ser exclusivamente académico —del que la facultad andaba más que sobrada—, pero sí podría enriquecerlo quizás con el análisis del proceso de formación de políticas de alcance económico, vistas desde la Comisión Europea.

Así que me engarcé en una asignatura de quinto curso y participé en un curso de máster con otra parecida.

La renovada experiencia docente

En tales condiciones, no recomendé a los alumnos que estudiaran algún libro determinado. Había muchos manuales, pero eran pocos los que me gustaban. No implica esto crítica a los autores. La inmensa mayoría conocía la Unión Europea simplemente como objeto de estudio.

Tampoco me sorprendió. Cuando estuve en Nueva York vino un grupo de eminentes catedráticos españoles de Derecho Internacional Público. Les di una cena en la residencia. Para varios de entre ellos, se trataba de la primera visita a la *Big Apple* y la mayoría no había puesto jamás sus pies en el edificio de Naciones Unidas. Mucho menos aún trabajado por cuenta de la organización. Nada de eso impedía que fueran profesores muy respetados en su disciplina.

Personalmente, procuré llevar al ánimo de mis alumnos en Económicas un hálito de cómo se formaban las políticas comunitarias. No sé si convencí a muchos. Lo que sí recuerdo es que me costó siempre un trabajo inmenso conseguir que me hicieran preguntas. Dejaba media hora para responder, pero raras veces aprovecharon la ocasión. La única excepción notable que recuerdo fue una alumna de Erasmus húngara. No dejó de tildar al partido nacionalista-populista de su país, Jobbik, de «basura».

El gran descubrimiento fue, claro está, la Facultad de Geografía e Historia. No tuve el menor problema en el, para mí, nuevo departamento. Compartí despacho, desde el primer momento, con Julio Aróstegui. Era una habitación diminuta, atestada de libros. Los dos juntos apenas si cabíamos en ella y cuando había que hacer reuniones, nos desplazábamos adonde hubiera sitio.

Había sugerido dar una asignatura optativa, de libre configuración y abierta a todos los estudiantes de la Complutense, sobre la guerra civil. Mi idea consistía en extender en todo el campus el conocimiento que había ido adquiriendo, aunque discrepara del que se encontraba en los libros. Naturalmente, no hice publicidad de los míos. Salvo el primero de la trilogía y la puesta a punto del relativo a la aportación nazi a los vencedores, los demás estaban o agotados o superados. Recuperé el viejo sistema que había aplicado Fuentes Quintana. Llegaba antes que los alumnos. Escribía un esquema de la clase en la pizarra. Lo seguía al pie de la letra y al final daba la bibliografía correspondiente. Supongo que tuve cierto éxito. El número

de alumnos fue aumentando progresivamente. Se trataba de oyentes de la propia facultad y de otras, Erasmus y, en proporción creciente, de la tercera edad. Varios de entre ellos seguían los cursos de la licenciatura en Historia. Siempre dejé entre media hora y tres cuartos para responder preguntas. A diferencia de en Económicas, me asaetaban. Al final del primer curso, hice una encuesta para saber cuáles eran las fuentes en que los alumnos más jóvenes habían obtenido conocimientos sobre la guerra civil. Mi sorpresa fue mayúscula. La mayoría respondió que de sus familias. Esto era absolutamente contrario a lo que había ocurrido en mi generación. La democracia no había llegado en vano. Las seguían, ¡cómo no!, las redes sociales.

Naturalmente, no se trató de dar solo clases, optativas, sobre la guerra civil. La facultad participaba en un programa máster con otras universidades españolas en Historia Contemporánea. Se me pidió que también diese clase en él. La asignatura de que me encargaron fue Historia de la Política Exterior Española desde la Guerra Civil. Partí de cero. Acudían estudiantes ya graduados. Muchos de ellos eran profesores de enseñanza media. Otros querían hacer un doctorado. El nivel era, por consiguiente, más elevado. Hubo que ponerlo por las tardes, hacia las siete. Duraba dos horas una vez a la semana. Para mí fue bastante duro porque salía de casa hacia las ocho y media de la mañana. Iba en autobús al campus de Somosaguas a Económicas, almorzaba con frecuencia en el que comunicaba con la Ciudad Universitaria para llegar a tiempo al curso de la guerra civil, que solía terminar hacia las cuatro de la tarde. ¿Resultado? Ya daba el de máster muy cansado. En el tercer año, y último en que lo hice, no podía contener una cabezada. Se había establecido otro tipo de enseñanzas en el que eran los alumnos quienes exponían un tema del programa. El profesor los escuchaba y, llegado su turno, corregía y animaba. Supongo que había buenas razones para hacerlo así, pero escuchando las disertaciones, a veces me amodorraba.

Establecí una rutina. Salía de Bruselas el lunes por la

tarde y regresaba el jueves al mediodía. Esto significaba que en dos días cubría todas las exigencias lectivas. Nunca falté a una clase, excepto en el período en que se cortaron los vuelos tras la erupción de un volcán islandés. Por las noches solía ir a cenar con amigos y compañeros y, cuando tenía tiempo, almorzaba con otros en el restaurante de la Facultad de Geografía e Historia. Llegaba a casa molido, pero satisfecho.

Innecesario es subrayar que me gustó mucho volver a dar clase. Lo había echado de menos. En la Comisión Europea había aprendido, entre muchas otras cosas, a hablar y a hacerlo con buen tono, clara dicción y cierta autoridad. Similares técnicas las apliqué en Madrid y cuando no sabía cómo responder, lo confesaba y procuraba hacerlo a la siguiente ocasión. No creo que ninguno de mis alumnos de aquella época tuviera grandes quejas. Sí sé, positivamente, que cuando me llegó la hora de la jubilación muchos expresaron por escrito al decanato su agradecimiento por mi compromiso con la enseñanza.

También di durante un par de años un curso en el Instituto Cervantes de Bruselas. Creo que fue un concentrado del de Madrid, pero dirigido, naturalmente, a otro auditorio, y otro más breve sobre los años republicanos.

Cuando entró en plena aplicación el plan Bolonia, la asignatura optativa dejó de puntuar para profesores y alumnos. Tuve que dejarla, muy a mi pesar. Se me pidió que tomase un grupo de tarde para dar Historia Política de España en el siglo XX. Un desafío. Creo que salí bien del experimento. Lo que no pude fue hacer los exámenes. En junio de 2012, recién llegado de una conferencia en Zaragoza y antes de salir para León, me dio en Bruselas un achuchón. Tuve que ir a urgencias. Se me había declarado una pancreatitis aguda y pasé varios meses en el hospital entre salidas y recaídas. En este período, recibí un correo que me gustó mucho más que todos los galardones que había ido acumulando.

Fue de una chica norteamericana que escribió así:

I am a student of history at Georgetown University in Washington, D. C. I am writing because this past spring I had the pleasure of taking your course and absolutely loved it. Though I was scared out of my wits at the beginning (my lack of any previous Spanish history exacerbating the language issues,) by the end I found myself looking forward to each and every lecture. Your enthusiasm and passion for the subject was readily apparent, and it made the material all the more engaging.

Finally, I just wanted to let you know that I regard you as one of the best history professors that I have ever taken before. My lack of experience notwithstanding, as an admitted history nerd, I have taken enough courses to recognize a real love for the subject matter, and that made it more than worth coming to class every day.

¿Para qué hacerse profesor si no para enseñar, transmitir lo que uno ha aprendido y, en lo posible, mejorarlo?

Regresar a la Universidad me rejuveneció. Aproveché la experiencia al máximo. Hasta entonces había trabajado en historia poco menos que como una segunda ocupación. Por importante que a veces me pareciera, siempre la había compaginado con mi ocupación principal en la Administración española o en la Comisión Europea. Desde luego me había profesionalizado, como funcionario y como historiador. Había aprendido a poner en práctica, en ocasiones con reservas, un principio fundamental norteamericano: *I stand where I sit.* Es decir, mi punto de vista depende del lugar en el que me encuentre —en castizo: uno es, en último término, un «mandao»—. Ahora bien, en la Universidad no era ni podía ser válido. La cátedra es vitalicia —salvo que se cometa algún delito imperdonable y se sea debidamente juzgado u obligado a pedir la excedencia—. La libertad de expresión, tan maculada durante la dictadura, está garantizada. Como ello se aplica al conjunto del profesorado, cada uno está expuesto a la crítica de los demás.

Queda al arbitrio del afectado considerar si merece la pena tenerla en cuenta o, por el contrario, desdeñarla. Cuando me ha parecido fundada, la he aplicado. Cuando no, no. A medida que transcurría el tiempo comprobé que

el período central de mi vocación en cuanto a historia de España (República, guerra civil, franquismo) era el que más se prestaba a las mentiras, a la discusión entre colegas —mucho más, con aficionados— y, en último término, a la situación política. Por otra parte, regresé en una España muy diferente de la que conocía tras casi veinte años de ausencia. No pasé por la experiencia de los años de plomo tras 1988 y, en mi opinión, por la chapa de hierro que le habían puesto encima los años de Aznar.

En formación continua

La perspectiva del siguiente volumen para culminar la ya anunciada trilogía me permitió profundizar más de lo que había previsto en lo que denominé «grandes estrategias», tanto de la República como de la URSS y del Reino Unido, durante la guerra civil. Sobre las tres se había escrito largo y tendido. Muchos eran los historiadores que no se sentían suficientemente antirrepublicanos y antisoviéticos y que habían trasladado los ecos de la Guerra Fría a momentos anteriores. Me guie, en todo lo posible, por la EPRE y por la literatura secundaria que no se veía contradicha por la primera. Discrepé de toda una serie de historiadores, rusos y norteamericanos, esencialmente, pero también alguno que otro británico, que afirmaban haber buceado en los archivos soviéticos. No dudo que algunos dirían la verdad, pero otros no y, en cualquier caso, no lo hicieron demasiado bien. A pocos se les había ocurrido combinar la EPRE soviética y la republicana, lo que no dejó de sorprenderme. Es el abecé de todo historiador de relaciones bilaterales tratar de acopiar la mayor documentación posible de ambos lados. Quienes lo habían intentado —empezando por Bolloten y por Payne— se habían quedado demasiado cortos.

¿Resultado? Stalin no quiso sovietizar a la República y esta, conociendo la estrategia moscovita, preservó un margen de autonomía incluso superior al que Franco mantuvo respecto a las potencias fascistas. La configuración

de cómo lidiar con situaciones de dependencia se hizo de manera diferente. Nunca presenté a Franco como un siervo del Eje, que era la caricatura de una literatura de combate escrita por autores republicanos y prorrepublicanos. Sin embargo, no había documentada ninguna razón por la cual Negrín hubiera debido serlo con respecto a Stalin. Era, pues, imprescindible entrar en cierto detalle para describir con precisión la evolución de las relaciones hispano-soviéticas. En el bien entendido de que podía y se debía decir más —con un nuevo libro en 2023 lo demostré.

Negrín siempre estuvo en el foco de mi atención, pero nunca consideré la posibilidad de escribir una biografía. Lo habían hecho Ricardo Miralles, Enrique Moradiellos y después lo abordó, desde otra perspectiva, Gabriel Jackson. En cualquier caso, colaboré con la Fundación Juan Negrín de Las Palmas; seguí de cerca el proceso que inició Carmen Negrín de entrega de sus papeles a la misma y al cabo del tiempo me alegré mucho cuando el Ayuntamiento adoptó la decisión de nombrarme hijo adoptivo de la misma. Siempre he estado muy reconocido a Antonio Aguado por que liderara la campaña a tal efecto y contase con la aprobación de todos los partidos políticos representados en el consistorio. Naturalmente, también lo estoy a Sergio Millares, a José A. Medina y a la Fundación Juan Negrín por su apoyo.

Para bien o para mal, a mi definitiva forja como historiador contribuyeron de forma importante algunos factores, que sistematizo a continuación.

En primer lugar, la Universidad me permitió retomar el contacto con la juventud. Tanto con los estudiantes como con los recién licenciados que preparaban sus tesis. Esta fue una de las razones, aunque no la única, que más enfatizaba José Luis Sampedro al referirse a las ventajas que encerraba la cátedra. Tenía razón. En la Administración había otras luchas —por los ascensos, el poder, la posibilidad de hacer algo, pero en general relacionado con la propia carrera—. En la Universidad se estaba en un mundo diferente. Había profesores —conocí a varios— perfectamente adocenados,

que habían dejado de escribir o de investigar y que se dedicaban, en la práctica, a labores que les permitían complementar el sueldo. Otros, en cambio, investigaban y publicaban como descosidos. En particular, los más jóvenes.

En segundo lugar, aprendí mucho. Las exposiciones orales me obligaron a afinar mis argumentaciones. La media hora o los tres cuartos de hora que dejaba para el diálogo, y en cuyo transcurso me llovían las preguntas, me hicieron derivar con frecuencia hacia derroteros que, dándolos por sentados, no se me habían ocurrido. Esto es algo que, en la jubilación, he echado mucho de menos, porque ¿con quién comparar o compartir ideas o argumentos? El correo o las modernas técnicas de comunicación que impuso la pandemia no son, en mi opinión, el adecuado sustituto.

En tercer lugar, conocí a una nueva generación de historiadores. Nacidos mucho después que quien esto escribe. Con frecuencia en las postrimerías del franquismo o incluso ya en democracia. No estaban impregnados de las vivencias de mi generación. Esto tiene algunos inconvenientes, pero las ventajas los superan. Al fin y al cabo, la historia es cosa del pasado. Serán otros historiadores más jóvenes que servidor quienes portarán la antorcha cuando todos los de mi generación quedemos borrados del mapa. El futuro de la investigación descansa sobre sus hombros. No tengo razón alguna para pensar que lo harán peor que nosotros. Mas bien me inclino a creer que lo harán mejor.

En cuarto lugar, me vi expuesto a enfoques que no me habían sido familiares, bien porque antes de salir a trabajar en la Comisión Europea y en la Administración en el extranjero no se habían desarrollado, bien porque los campos a los que se aplicaban no habían ganado la suficiente prestancia. Recordaba el programa de TVE *España en guerra*, en el que apenas si habíamos tocado el tema central de la represión franquista. Tampoco habíamos abordado las cuestiones de género.

En quinto lugar, porque el contexto político-intelectual

había cambiado radicalmente. Los jóvenes historiadores, mucho más internacionalizados que los de mi quinta, eran mucho más sensibles a la necesidad de incorporar a la investigación enfoques aplicados en las ciencias sociales. Esta incorporación se había hecho imprescindible para explicar fenómenos como los ligados a la violencia socio-política, las transgresiones sexuales, el control de la población, los soportes sociales del franquismo, etc.

En sexto lugar, porque todo ello dotaba de profundidad al hecho evidente de que la dictadura nunca se había desplomado. Hasta en sus últimos momentos había tenido —incluso mantiene hoy— defensores muy granados, no solo en el plano histórico, sino también a nivel social. ¿Por qué?

Finalmente, mis semanales viajes a Madrid —y con frecuencia a otros lugares— me permitieron compartir experiencias y enfoques con numerosos colegas en congresos, coloquios, mesas redondas, cursos de verano, etc., y constatar de primera mano los progresos realizados en la historiografía española desde finales del siglo XX.

Lo más satisfactorio fue comprobar que, por primera vez desde 1936, los españoles ya estábamos en condiciones de escribir nuestra propia historia.

1. Esta historia tenía ya poco que ver con la sarta de mentiras, distorsiones y «olvidos» que había caracterizado la historiografía franquista. De cara a mis intereses de investigación en temas relacionados con la guerra civil, sus consecuencias y la dictadura, no se salvaba la mayor parte de los historiadores que habían llegado a la cátedra antes de, digamos, 1975. Las excepciones solamente confirman este enfoque.
2. Me sensibilicé a la curiosa situación española, en la que el pasado no termina de pasar y en cuyo presente los Gobiernos seguían un tanto remisos a reconocer la violencia de lo que algunos continuaban denominando «el anterior régimen». También, desde luego, a tomar medidas efectivas para lidiar con sus consecuencias

negacionistas, algo particularmente notable durante los años de Aznar.

3. En comparación con los gritos de desesperanza que entonces se levantaban, y siguen levantándose, sobre la mediocridad de la Universidad española, mi experiencia en Historia me enseñó que no eran acertados. Disponía ya de recursos humanos que, en general, no tenían que envidiar a muchas extranjeras, aunque la falta de materiales y sobre todo de recursos personales y financieros era agobiante. Más aún tras las legislaturas del PP y la corrupción administrativa que floreció a su vera. Uno de los grandes problemas con que se topaba —la complejidad en la Administración— no era privativo de la Universidad. Me acostumbré a decir que, en España, en el siglo XV, se había empezado a echar los fundamentos del Estado moderno y que seguíamos haciéndolo cinco siglos después.

En el plano operativo, el no tener que simultanear Administración e investigación me pareció una maravilla. Por primera vez desde que entré en los archivos alemanes casi cuarenta años antes, podía dedicarme todo el tiempo a dar clases y a escribir. Acostumbrado a ejercer dos ocupaciones paralelas, poner toda la carne en el asador de una, y nada en la otra, fue algo que no terminaba de creerme. No extrañará que, en tales condiciones, mi producción historiográfica mantuviera un nivel de actividad constante. Obedeció, en principio, a dos orientaciones:

– Contrastar los mitos franquistas sobre la República en guerra y sus antecedentes, es decir, las «ideas» de creciente «sovietización», «sometimiento» a las presuntas directrices moscovitas, minusvaloración de la política de no intervención y exageración de la etérea ayuda de las democracias al Gobierno republicano.
– En el centro de todo ello, la vertiente financiera. El oro del Banco de España, del que todavía no había dicho la última palabra —si es que eso existe en historia—

como clave explicativa de la gran estrategia republicana.

Me mantuve al margen de las abundantes discusiones que acompañaron a la primera ley memorial de la democracia. Tal y como apareció con su título oficial de Ley 52/2007, de 26 de diciembre, por la que se reconocieron y ampliaron derechos y se establecieron medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura (*BOE* del 27 de diciembre). Su gestación última se hizo, esencialmente, durante el período en el que tenía otras preocupaciones materiales que debía resolver para aterrizar en Madrid después de casi veinte años de ausencia. Me pareció un tanto alicorta. Los alemanes, por ejemplo, habían ido mucho más allá, aunque al principio también lo hicieron a paso no lento sino de caracol.

Lo más urgente y lo más inmediato era abordar el tercer volumen de la prevista trilogía. Para entonces había recopilado una masa de documentos de casi dos metros de altura. Cada vez que los veía me daba un vuelco el corazón. Resolví aplicar *lo más rígidamente posible* el método que desde 1971 me había dado excelentes resultados. No podía olvidar que el Gobierno o los Gobiernos Negrín habían tenido, en general, mala historiografía. Las querellas del exilio se habían cebado, aumentadas y distorsionadas por la historiografía franquista, profranquista o simplemente conservadora, sobre el médico metido a político.

Tal vez sea este el momento de describir dicho método, que nadie me había enseñado. Fue el resultado de un proceso ultrarrápido de *trial and error*. En realidad, era y es muy simple. Cabe descomponerlo en ocho etapas, que aquí distingo nítidamente solo para facilitar su comprensión.

La primera consistía en dedicar unos cuantos meses —o semanas, dependiendo del tema— a localizar documentación. Cuanto mayor fuese el volumen inicial, mejor. En Alemania, por ejemplo, me pasé varios meses absorto en tal tarea. En España, al principio, también para

cualquiera de las investigaciones a que he aludido. Tuve la suerte de que trabajé en archivos en que, ya fuese por recomendación o por mandato superior, no me enfrenté con cortapisas. Otros investigadores sí las hubieran tenido y la aplicación de mi enfoque les hubiese durado más.

Tras disponer de un volumen apreciable de EPRE (evidencia primaria relevante de época) se imponía su clasificación. En esta segunda etapa procedí estrictamente por orden de fechas, sin distinción de temáticas o subtemáticas. ¿Por qué? Simplemente porque la historia discurre o fluye en el tiempo. Todo suceso, toda decisión, todo fenómeno tiene tras de sí un reguero o un abanico de acontecimientos que llevan o apuntan hacia él. A mí me interesaban, en particular, los procesos de toma de decisiones.

En una tercera etapa partí de una constatación obvia: tales decisiones que los actores adoptan se basan en la conjunción de objetivos o deseos fundamentados en experiencias previas. Obedecen a una lógica. No suelen ser fruto del azar, aunque este puede intervenir y, de hecho, interviene. Tampoco obedecen, en general, a caprichos. Quizá a informaciones o intuiciones que pueden revelarse correctas y adecuadas o falsas y erróneas. Pocos son quienes quieren equivocarse por su propia voluntad.

En una cuarta etapa, y en los casos que a mí me interesaban, tal documentación no la clasificaba de entrada por origen. Los documentos franceses, británicos, españoles, soviéticos, alemanes, italianos, etc., formaron parte del montón, por orden riguroso de fechas. Esto permitía identificar lazos temporales o secuencias simultáneas.

Entre las faenas de localización de EPRE y esta primera clasificación podían invertirse semanas o incluso meses, dependiendo del abanico documental y de la longitud del período que me interesaba.

Entonces se planteaba la aguda cuestión de qué hacer, una vez que había leído material tan diverso localizado. Lo primero (quinta etapa) estribaba en realizar cortes temporales significativos. Es decir, no era preciso leerse de

entrada, por ejemplo, medio metro, un metro y medio o dos metros de documentos de golpe, aunque en algún caso, como el de la preparación del tercer libro, lo hice. ¿Por qué? Porque no conocía los detalles de un período complejo, muy discutido y también muy desfigurado. Luego procedí por cortes temporales mucho menos largos.

También es posible, y últimamente deseable, trabajar por etapas diferenciadas en razón de acontecimientos o decisiones sobresalientes. Pueden ser batallas u otros aspectos con un impacto fuerte en el flujo histórico. En cualquier caso, la narración hay que escalonarla por capítulos, más o menos largos, y esto depende de la cuestión de que se trate.

En función del problema abordado, en una sexta etapa había que adoptar otras decisiones. Por ejemplo, releer la documentación para cada corte temporal y separarla por orígenes, con el fin de tratar de percibir la lógica que pudiera desprenderse de su lectura. Esto era muy importante en el caso de entrecruzar medidas adoptadas o de fenómenos advertidos en relación con algún momento (decisión, acontecimiento, hecho) que pudiese resultar significativo o que por otras lecturas u otras fuentes el historiador sabía que lo había sido.

Lo que precede me parecía no solo lógico sino de mero sentido común. Una vez familiarizado con un período, capítulo o acontecimiento, y *aquí es donde encontré una metodología que chocaba con lo que solía explicarse en las clases, pasaba a escribir*. Era la séptima etapa y, si se me apura, la más original en el sentido de que nunca la había leído de nadie ni nadie me la había enseñado. De lo que se trataba era de pergeñar un preborrador, una aproximación todo lo deficiente que se quiera, para definir el perfil de interacciones que se agolpaban en un período determinado de tiempo, no demasiado largo. Según las temáticas o cuestiones a investigar podía ser muy corto o no: días, semanas, meses, otros períodos. Con ello montaba un borrador o perfil que tenía que ser necesariamente imperfecto porque dependía exclusivamente de la EPRE

utilizada para su confección. El material, por su parte, podía ser muy ligero, escaso, abundante o muy abundante. Resulta evidente que contendría lagunas, a veces numerosas, más grandes o más pequeñas. Lo que resultaba de esta séptima etapa era una especie de tela gruesa o, como solía denominarlo, cañamazo

En la octava etapa empezaba la tarea del bordado. Es decir, la incorporación de datos o informaciones procedentes de la literatura preexistente. Dado que el cañamazose había tejido con un tipo de EPRE específico y que, verosímilmente, muchos otros autores —en ocasiones todos— desconocían, mi tela gruesa presentaría cualidades que no podían percibirse en la historiografía porque los autores correspondientes no habían conocido la documentación que servidor había utilizado para confeccionar el cañamazo. Luego, este método se repetía según un procedimiento iterativo para cada uno de los capítulos o cortes temporales. Es decir, se aplicaba en lo esencial un tratamiento eminentemente inductivo. Tenía una ventaja: consistía en haber partido de la base documental específica que había ido acumulando y desarrollarla desde su lógica inmanente. El resultado podía ser novedoso en el mejor de los casos o confirmativo de tesis ya existentes, aunque basado en otro tipo de EPRE. Pero casi siempre implicaba una mejora del conocimiento.

Mi metodología ha sido muy criticada porque me ha llevado a cuestionar afirmaciones que se tomaban a veces como indiscutibles. Ciertamente, no le otorgo un valor general como procedimiento de investigación. Es, insisto, aplicable a la hora de explicar procesos de decisión. Según las variables ambientales que sobre ellos incidan y se recojan o no en el relato, cabe pensar que su utilidad puede ser mayor o menor. Mi enfoque depende, fundamentalmente, de la EPRE acumulada. De aquí mi insistencia en amasar el máximo posible de documentación de base y nunca fiarme de la aportada por otros autores.

¿Por qué? Porque la explicación o interpretación están en función de demasiadas variables: en primer lugar, de la

personalidad e intenciones del propio investigador. Ya lo argumentó E. H. Carr y lo ha remachado recientemente Richard J. Evans en su introducción a la reedición de *¿Qué es la historia?* (*What is History?*). En segundo lugar, porque a los documentos hay que interrogarlos, contextualizarlos, interpretarlos. Es una labor que no se hace en el vacío y es de todo punto explicable que, confrontados con un mismo documento, investigadores distintos den respuestas diferentes. Pasa con frecuencia cuando se trata de explicar un documento o dos, pero ¿qué ocurre si se trabaja sobre cincuenta, doscientos, quinientos, mil documentos? Es obvio que de ellos se desprende un cierto perfil y no otro.

Lo que antecede no tiene mucho que ver, en mi opinión, con el «giro lingüístico» que en algún momento gozó de gran acogida entre ciertos historiadores. Con todos mis respetos a los posestructuralistas, a lo largo de mi carrera como funcionario he escrito millares de informes, despachos y telegramas, y leído incluso muchos más. Reconozco que el lenguaje no revela necesariamente la realidad de los hechos. Sin embargo, las acciones humanas, sobre todo en las burocracias propias de los Estados contemporáneos, obedecen a principios de inteligibilidad, racionalidad —aun en lo irracional— y «adecuabilidad» —ya sé que este palabro no está en el DRAE—. Sin ellos no podrían funcionar en busca de la consecución de ciertos objetivos, con independencia de la valoración ética o moral que pueda atribuírseles.

Parece obvio que, por ejemplo, las «operaciones de represión de masas» en que se fundamentó el terror estalinista de los años 1937 y 1938 fueron moralmente repugnantes. Pero sucedieron. Más aún lo fue la *Shoah*. Tampoco ha impedido que haya generado una historiografía valiente con el deseo de describir tal catástrofe hasta sus detalles más crueles e inimaginables, pero también explorarla en sus fundamentos y fines, por muy aberrantes que sean.

Dominar, con arreglo a estos principios metodológicos los casi dos metros de papeles que se amontaron en mi casa,

además de la inmensa literatura relacionada con la temática, fue lo que me ocupó durante 2008 y parte del año siguiente.

Introduje un intervalo en el que edité la versión completa de las memorias del general Antonio Cordón.[1] Siempre me pareció un libro sobresaliente, junto con el de Julián Zugazagoitia, sobre las vicisitudes de la guerra civil, vistas desde el lado republicano. Con Cordón tenía una deuda de honor, aunque no llegué a conocerlo. Sí conocí a su esposa, Rosa Vila Rodríguez, que había sido la primera mujer en ingresar en el antecedente del Cuerpo de Técnicos Comerciales y Economistas del Estado, precisamente el 14 de abril de 1931. Con ella y con su hija, Teresa, había coincidido durante mis pesquisas iniciales sobre el oro de Moscú. Recuerdo muy bien que me llevé la versión completa de las memorias, mecanografiada, para leerla en unas vacaciones que pasamos en familia en Estados Unidos y Canadá. Aquí, en casa del hijo de uno de mis mejores y más viejos amigos ya mencionado (Manuel Fernández de Henestrosa),[2] es donde leí el manuscrito original, en medio de los bosques del norte de Ontario. Sabía que debía hacer frente a un reto formidable, porque quien había escrito el prólogo a una versión recortada había sido nada menos que Santiago Carrillo.

El honor de la República y el informe del PCE a Stalin

Mientras trataba de ordenar las ideas que me suscitaban el análisis y contextualización de tales materiales, Julio Aróstegui estaba haciendo lo mismo con las masas de documentación que había ido acumulando para escribir su biografía de Largo Caballero. En Madrid abordábamos en discusiones interminables las perplejidades en que amenazábamos hundirnos, cada uno en su hoyo. Sabíamos que saldríamos con bien de las empresas respectivas, pero durante mucho tiempo no teníamos claro cómo. Me parece que partí con ventaja. Si en el primero y segundo año de mi regreso a la Universidad iba todas las semanas a Madrid, no

tardé en enterarme de que no era necesario. Estaba perfectamente admitida la acumulación de clases y dar las de todo un año en un solo cuatrimestre. Esto fue un alivio, porque suponía que durante el resto podría dedicarme a escribir seis o siete meses seguidos. Algo de lo que no había disfrutado en toda mi vida. Y explica el incremento de productividad que experimenté en aquel período.

El honor de la República se publicó en 2008. Mientras lo escribía, trabé conocimiento por correo con un lector que me hizo llegar algunas sugerencias. Se trataba de un profesor de secundaria, Fernando Hernández Sánchez. Llevaba años acumulando información sobre el recorrido del PCE durante la guerra civil. Conocía sus archivos como la palma de la mano. No exagero si afirmo que de inmediato surgió entre ambos una corriente de fuerte simpatía. Hice lo que no había hecho hasta entonces con nadie. Le dejé leer algunos de los capítulos en borrador y en los que tenía dudas sobre si mi interpretación de la política soviética hacia la República durante el Gobierno de Negrín y de los apoyos comunistas le parecía bien orientada o no. Expliqué detenidamente mi método de trabajo. Nos intercambiamos multitud de correos. No tengo el menor inconveniente en reconocer que gracias a Fernando pude mejorar mis explicaciones en puntos sensibles.

La conclusión a la que llegué es que lo que la mayor parte de los historiadores habían interpretado no estaba suficientemente fundamentado en la EPRE ya disponible. Es más, lo que unos cuantos seudohistoriadores españoles habían repercutido en sus escritos, de cara a un público de derechas, estaba profundamente sesgado.

Recuerdo, por ejemplo, los casos de César Vidal y José María Zavala, pero hubo otros —eso sí, me negué a mencionar o a criticar a quien siempre consideré como la hez del periodismo supuestamente histórico—. Creo que me fue posible documentar, gracias a las fuentes soviéticas y españolas, que el gran ataque de los historiadores de derechas a la República carecía de validez. Nunca los Gobiernos de Negrín pretendieron establecer un sistema

mínimamente parecido al soviético en España. Tampoco Stalin abrigó la esperanza de exportar el suyo. Defendió, desde su intervención en 1936, que la salvación de la República estribaba, en último término, en convencer a las potencias democráticas occidentales de que, frente al peligro nazi-fascista común, debían apoyarla.

En cuanto salió este tercer tomo, propuse a Fernando abordar un cuarto y último. En el RGASPI había encontrado un informe sobre la interpretación comunista de lo acaecido en España visto desde el interior de la República, pero sin señales de procedencia. Al discutirlo con él, recordó que algo similar había hojeado en los archivos del PCE. Era el mismo documento, pero en el ejemplar que se guardaba en Madrid aparecía con claridad de qué se trataba. Era, ni más ni menos, que el informe que, siguiendo órdenes del propio Stalin, el Buró Político del PCE había compilado para explicar las causas internas que habían conducido, en su opinión, a la derrota republicana. Para ello se habían recabado multitud de informes parciales a sus dirigentes y, tras el final de la guerra, combinado sus informaciones más relevantes y elevado el resultado, en agosto de 1939, a la consideración de la dirección soviética.

Decidimos que la importancia histórica de tales documentos, que en su totalidad nadie conocía, era tan considerable que se justificaba su publicación. El informe final del Buró Político se reprodujo en una versión modernizada y en un CD en la versión original. En este CD también publicamos la mayor parte de los informes parciales que habían servido al Buró para sintetizar el global que se sometería a la consideración de Stalin. Todo ello nos sirvió de base para presentar una imagen de la derrota republicana que aportaba nuevos datos y completaba —en ocasiones también revisaba— la monografía de Ángel Bahamonde y Javier Cervera, que era por entonces el trabajo académicamente más válido escrito en España.

Aparte de ello, nos preocupamos de reconstruir la trayectoria de lo que llamamos «el informe a Stalin» en los

vericuetos del Secretariado General de la Comintern en Moscú tras la firma del pacto Mólotov-Ribbentrop de agosto de 1939, que abrió una nueva etapa en varias dimensiones en el plano internacional:

– Favoreció la agresión nazi contra Polonia y el reparto subsiguiente de este país entre el Tercer Reich y la URSS.
– Desacreditó radicalmente a ambos signatarios a los ojos de las potencias democráticas occidentales que declararon la guerra a la Alemania hitleriana.
– Introdujo un período de frialdad extrema entre Francia y el Reino Unido y la URSS.
– Desató enormes controversias entre los partidos comunistas occidentales y abrió las puertas a una intensificación de los ataques de los trotskistas contra Stalin y el sistema soviético.

En estas aguas turbulentas hubo de vadearse el «informe a Stalin», que pasó a un segundo plano. Mientras tanto, la Comintern y los comunistas españoles refugiados en Moscú penaban por adaptar a las nuevas circunstancias la reinterpretación de la guerra de España en una nueva óptica. Fue la creada en el entorno derivado de la aproximación nazisoviética. Poco de ello figuraba en la historiografía española o internacional. Pero había más: el «informe a Stalin» y los subinformes parciales permitían arrojar nueva luz sobre los antecedentes y las circunstancias del «golpe de Casado» a principios de marzo de 1939 que abrió las puertas a la derrota sin paliativos del gobierno republicano.

Este período ha sido siempre, junto con los antecedentes inmediatos de la sublevación de 1936, uno de los capítulos más debatidos, más distorsionados y más enrevesados de la historiografía española y extranjera sobre la guerra civil. Nosotros no pretendimos aclarar todas las incógnitas que en aquel momento existían. Para ello se necesitaba documentación que no poseíamos. Trabajar en

base a EPRE presupone que la ampliación de la misma —a causa de felices descubrimientos pero, por lo general, más frecuentemente en razón de la desclasificación de nuevos fondos— requiere situarse en una posición de disponibilidad absoluta.

Quizá sea el momento de recordar una bobada. El pasado no existe —aunque pesa—. Ha desaparecido. Lo que existen son pruebas materiales de cómo actuaron en un momento determinado los individuos desde las posiciones decisionales, de poder, de fuerza y de apoyos sociales para incidir sobre su entonces presente. Sin demasiada idea de cómo se configuraría realmente el futuro, que para nosotros es también pasado.

Lo que los historiadores hacemos es iluminar en lo posible parcelas de este último, raras veces en su totalidad. Lo hacemos basándonos en artefactos materiales (documentos, libros, fotografías, huesos, balas, periódicos, discursos, etc.), con arreglo a ciertas metodologías y principios heurísticos. No son estáticos. Se ven influidos por concepciones propias de cada época y de cada lugar, es decir, la tradición cultural. Pero también las concepciones, a su vez, cambian. Lo que no cambian son los artefactos. En definitiva, el historiador construye, a su manera, con sus útiles y con la EPRE, una representación del pasado, más o menos detallada, más o menos compleja. Nunca definitiva.

Fuimos muy escrupulosos a la hora de delinear el comportamiento de Negrín y de su círculo de influencia, de Pascua como representante republicano en París y del presidente de la República, Manuel Azaña, refugiado en la embajada. También aclaramos en todo lo posible los manejos de quienes influyeron en los conspiradores, en el bien entendido de que quedaba mucho por saber. Creo que realizamos una pequeña aportación al esclarecimiento de las querellas y disensiones que se produjeron entre Pascua y Azaña, porque tuvieron un efecto deletéreo cuando el embajador no pudo impedir la dimisión del presidente. Esta dimisión, explicada o justificada por diversas razones, rajó en canal las posibilidades de resistencia republicana. La EPRE de la época, manifestada en las comunicaciones, por

escrito, entre Pascua y Azaña y que yo conocía por mi papel en la donación al Archivo Histórico Nacional de los documentos conservados en Ginebra por el exembajador, alumbró un comportamiento del presidente de la República algo diferente del expuesto por sus biógrafos, incluido el añorado Santos Juliá. En nuestra opinión, más negativo.

También aclaramos las relaciones entre el coronel Segismundo Casado y Negrín. Hasta entonces, la fuente que más se había utilizado eran las dos versiones de las memorias del primero. Una disponible solo en inglés y publicada en 1939, y otra, cuando regresó a Madrid durante el régimen de Franco y tuvo que hacer frente a las causas abiertas contra él. Que intentó exculparse todo lo que pudo y echó toneladas de basura sobre Negrín era la evidencia misma, pero desmontar documentalmente las mentiras con las que justificó su golpe era harina de otro costal. Gracias a nueva EPRE, conservada en los archivos militares españoles, fue posible hasta cierto punto reconstruir el exilio de Casado y, en particular, la génesis de sus dos famosos libros. Uno, probablemente, a sugerencias del servicio de Inteligencia británico (MI6) y el segundo para reconciliarse con los vencedores tras su regreso a España en los años sesenta. En contra de mis costumbres, el tema me pareció tan importante que primero lo expuse en inglés.3 Desearía subrayar que lo que pretendimos fue resituar la interpretación de aquellos días críticos poniendo de relieve datos que no se habían revelado. No nos cegó en momento alguno la admiración hacia Negrín o hacia el PCE. Pusimos de relieve las luces de uno y otro y también sus sombras. Si del relato de Pedro Fernández Checa se desprendió que el comportamiento de Negrín presentaba, según él, algún detalle escabroso, no lo consignamos al CD en el que albergamos toda la documentación de base. Lo comentamos en el propio texto del libro. No tiene ninguna importancia histórica, pero dado que Negrín ha sido generalmente calumniado por razones ideológicas y denostado en su comportamiento, presentado de forma desfigurada, consideramos que la

referencia que aparecía en el informe de Fernández Checa merecía no consignarse al olvido. En la medida de nuestras posibilidades continuamos en la huella de Southworth con la demolición de las tesis de Bolloten/Payne y seguidores sobre la supuesta manipulación soviética de los gobiernos republicanos durante la guerra civil.

Ni que decir tiene que en una gran parte de la literatura la recepción fue bastante fría. Las viejas concepciones acuñadas y defendidas por la dictadura y propaladas a los cuatro vientos por sus propagandistas, propios y extranjeros, durante los años de la guerra fría dejaron un poso que cuesta remover. Añádase a ello el revivir de las tesis anarquistas y poumistas/trotskistas en tiempos de crisis renovada del sistema capitalista.[4]

Personalmente, proseguí este ejercicio escribiendo en parte las memorias del exilio de Pablo de Azcárate, que él ya había comenzado. Continué por la vía de adaptar en forma de relato los informes que había ido preparando durante sus experiencias como consejero áulico de Negrín en el exilio londinense. En mi opinión, constituyen una aportación algo más que sustancial al esclarecimiento de la postura del tan denostado dirigente socialista tras la guerra civil. Arrojan luz sobre las querellas que montó su ya entonces acérrimo adversario Indalecio Prieto. Muchos de los argumentos que se cruzaron en aquellos años sombríos de los comienzos del exilio los deshizo la pluma acerada de don Pablo, jurista fino si los hubo. Sus inacabadas memorias las completé gracias a los documentos primarios que había dejado tras su fallecimiento y que no se habían utilizado. Fue una deuda que tenía contraída con su hijo Patricio —ya fallecido— y con su nieta, la profesora Carmen de Azcárate. También con su hijo político, José María Rancaño, igualmente fallecido, que también conoció los avatares de la evacuación del oro desde la central de Madrid.[5]

Cuando, después, en la historiografía se ha revivido el recuerdo de las querellas del exilio entre negrinistas y prietistas y volvieron a contraponerse las tesis de unos

frente a las de otros, llama la atención que pocos fueran los que pensaron en las valoraciones jurídicas y políticas de don Pablo. Ya se habían atemperado de cara a la reunión de las Cortes de la República en el exilio, en 1945 en Ciudad de México. De lo que se trató entonces fue de desembarazarse de Negrín. Algo que quizá fue un error mayúsculo entre los errores mayúsculos que cometió el exilio republicano.

En este período me sentí libre de las inhibiciones que me había autoimpuesto para no revelar algunas de las confidencias que me había hecho Enrique Fuentes Quintana sobre el tema del oro de Moscú en el franquismo. Que yo sepa, todos o casi todos los que tenían conocimiento de ello ya han fallecido. Escribí *Las armas y el oro* y dediqué al tema todo el segundo y una parte del cuarto capítulo. He de confesar que no parece que haya tenido demasiado éxito. En el momento de escribir estas líneas, las estupideces creadas por la dictadura siguen indemnes para algunos columnistas más o menos desconocidos. A ninguno de entre ellos se le ha ocurrido pensar que algo debe haber ocurrido para que en cuarenta años de sistema democrático y parlamentario los gobiernos españoles nunca hayan seguido la línea doctrinal de la dictadura, ni siquiera después de desplomada la Unión Soviética. Continúan, dale que te pego, con los temas del expolio y de lo malvados que fueron los republicanos, malhechores y criminales por definición.

Incluso la tesis de mi admirado Gerald Howson al abordar el sobreprecio de los suministros soviéticos de aviones sigue indemne. Sin embargo, a ninguno se le ha ocurrido detenerse en el hecho de que quienes claramente sí sobrepreciaron aviones fueron, ¡oh, cielos!, los fascistas italianos. Sin embargo, todavía no anticipaba lo mucho que me quedaba por explorar y por aprender. Por lo pronto, una conclusión se imponía. Cuatro libros sobre la República en guerra con decenas y decenas de documentos, la mayor parte desconocidos, era algo que no podía tener demasiado éxito de público. Se imponía una condensación.

Debidamente ayudado por varios revisores profesionales, hice una reducción drástica de los cuatro libros. Me circunscribí a las tesis fundamentales. El resultado fue una obra más manejable, cuyo título y largo subtítulo compendiaban mis tesis más importantes: *La República en guerra. Contra Franco, Hitler, Mussolini y la hostilidad británica*. Crítica lo publicó en 2012 mientras servidor avanzaba, de nuevo, por un terreno poco trillado.

Dejo para más adelante un comentario sobre las cuestiones abordadas en los párrafos precedentes, porque las abordaría de nuevo con documentación soviética y otra española en 2023 en el, por ahora, mi último libro. Se inicia con mi frase favorita: No hay historia definitiva. Añadiré que para desolación de los panfletistas profranquistas.

15

Nuevas investigaciones y nuevas controversias

La génesis de la primera de mis nuevas investigaciones una vez terminada la tetralogía tuvo unas consecuencias absolutamente fundamentales para mi carrera como historiador. Surgió un poco de improviso. Se debió a una iniciativa del ministro de Asuntos Exteriores Miguel Ángel Moratinos y de su jefe de gabinete, otro amigo mío, Agustín Santos Maraver. Habían echado en falta que, al acercarse el LXX aniversario del final de la guerra civil, no se hubiera pensado recordar a aquellos diplomáticos que habían permanecido fieles a la legalidad republicana. Querían que organizase un simposio que proyectara al menos sus nombres a la carrera diplomática de la democracia y a la sociedad española en su conjunto. Ambos me conocían de mi paso por Exteriores y Miguel Ángel había trabajado también como alto representante de la Unión Europea de cara al proceso de paz en Oriente Medio.

Al servicio de la República: diplomáticos y guerra civil

El tema era sabido en sus rasgos muy fundamentales, pero solo en conexión con la actividad de ciertos embajadores que defendieron la causa republicana durante la guerra civil. Esto no podía faltar en el simposio. ¿Cuáles fueron? Quienes sirvieron en puestos cruciales. Varios eran obvios. Otros menos fundamentales. Tenía, pues, que basarse en los primeros y en un recorrido por los avatares de la carrera diplomática. Seleccionar ponentes no fue nada difícil: Ricardo Miralles (París), Enrique Moradiellos (Londres),

Abdón Mateos (México), Matilde Eiroa (Praga) y servidor (URSS) éramos obvios. Menos lo fueron dos casos. Washington y Ginebra. Para el primero opté por Soledad Fox Maura, catedrática de Literatura e Historia Españolas en el Williams College,[1] y para el segundo, por una joven desconocida, Elena Rodríguez Ballano, que había vivido en Bruselas. Me había hecho llegar su tesina para la Universidad Libre sobre la embajada en Suiza durante la guerra civil. Todos aceptaron de buen grado. El simposio se celebró en Madrid en la sede central del Instituto Cervantes. Como pasa con estos actos, estuvo muy bien, pero muy escasamente concurrido. Asistieron diplomáticos ya jubilados, algunos periodistas y unos cuantos curiosos. Mi idea del libro se vio, pues, reivindicada.

El que tenía en mente no podía ser solo una agregación de pequeñas o grandes biografías de los embajadores seleccionados. Debía abordar unas consideraciones generales sobre el significado de la lealtad en aquellos años. Julio Aróstegui se prestó a hacerlo. Igualmente, alguien debería escribir algo sobre la «gran estrategia», si es que la había habido, de los gobiernos republicanos. Servidor asumió el desafío: de entre todo el equipo era el que había escrito tres tomos y medio sobre la República en guerra, así que pensé que bien podría destilar aquellos rasgos fundamentales. Quedaba otro aspecto muy importante. Se sabía que durante la contienda la República se había visto obligada a montar una nueva carrera diplomática. Tenía en mente para tal capítulo a una persona que había escrito sobre el tema. Por desgracia, se negó rotundamente después de muchas vacilaciones. Me mantuvo en ascuas durante varios meses. El tiempo pasaba. El plazo convenido se agotaba. No me quedó más remedio que acudir al ministro y a su jefe de gabinete, derramar abundantes lágrimas e informarles de la única solución que divisaba: que yo mismo me hiciera cargo. Para ello necesitaría entrar a saco, de nuevo, en la documentación del archivo y en las partes más sensibles, las de los expedientes personales. Ya existía un libro basado en ellos, pero me parecía demasiado

descriptivo y no tanto analítico. Además, sobre la nueva carrera republicana no decía mucho. Volví, pues, al enfoque que había seguido en el caso del BEE. Me ayudó en esta ocasión Raúl Renau López, que ya me había echado, y me echaría, una mano en encontrar papeles para otros libros.

Me había fijado en una editorial: Marcial Pons. Era la que tradicionalmente me surtía de libros durante mi larga estancia en el extranjero. Hizo sus cálculos y sugirió el calendario al que había que atenerse. Como en años lejanos me encerré en el archivo durante quince o veinte días, salvo cuando daba clase en la Universidad, y con la inestimable ayuda de la jefa de sala y posterior directora, Pilar Casado, que se puso a mi total disposición, estuve trabajando de las nueve de la mañana hasta las ocho o nueve de la noche. Fotocopiamos centenares y centenares de páginas.

Mi reconstrucción de la nueva carrera diplomática republicana, con los anexos correspondientes, ocupó casi la mitad del libro; es uno de los trabajos de los que siempre me he sentido más orgulloso como profesional. Lo que se había escrito, aunque bien, se había detenido en la superficie y en los inicios derivados de la situación creada tras la sublevación.[2] Lo que había de literatura, expurgada aquí y allá en las pocas memorias que se ocuparon de paso del tema, tampoco servía de mucho. Básicamente, estaba centrada en los libros escritos por Julio Álvarez del Vayo tras la guerra civil. Fue, ciertamente, el ministro de Estado durante la mayor parte de la contienda. Se trató de una figura muy discutida porque se le achacaron proclividades comunistas y porque al final de sus años de exilio apoyó al FRAP en contra de Franco. Los periodistas y comentaristas de la época no se lo perdonaron.

Personalmente me guie, como siempre, por el método inductivo, a partir de la EPRE que había ido descubriendo. En mi opinión, en sus varias obras Álvarez del Vayo disminuyó considerablemente sus errores —que fueron muchos— y, a la vez, subestimó su responsabilidad en la formación de aquella aventura burocrática en circunstancias, ciertamente, muy difíciles. No tengo la

impresión de que conociera bien el funcionamiento interno del Ministerio de Estado cuando llegó y luego se dedicó de preferencia a la «alta política». Fue la cara de la República en Ginebra, en la Sociedad de Naciones, pero por una serie de razones desatendió el día a día. Llegué a la conclusión de que el Gobierno tardó demasiado en darse cuenta de la imperiosa necesidad de destinar a Ginebra a una persona de talla que pudiera desempeñar el puesto de delegado permanente ante la organización internacional. Su secretario general, francés, apostó casi desde los primeros tiempos por seguir al pie de la letra la postura de Francia y del Reino Unido.3

Con todo, no tengo empacho en reconocer que la contribución de mayor calado histórico correspondió a Julio Aróstegui. La situó en dos coordenadas. La primera como manifestación del conflicto que se produjo entre legitimidad y —supuesto— derecho a la rebeldía. En el fondo, señaló, «lo que se ventilaba era el soporte de un cierto proyecto histórico frente al afán de destruirlo por la violencia». Acercó el caso de la carrera diplomática a los de la Magistratura y, en menor medida, del Ejército. Es decir, cuerpos de funcionarios del Estado cuyos directivos recaían en personas de extracción alta, siempre proclives a la defensa del orden social establecido y a las tradiciones oligárquicas en los mecanismos de la alta administración del Estado.

El libro fue un éxito total. Moratinos y su equipo quedaron encantados. La presentación se hizo el 9 de junio de 2010 en el patio de honor del Palacio de Santa Cruz, ante una gran audiencia compuesta de embajadores y diplomáticos extranjeros y españoles y personal del ministerio. El ministro nos invitó a un almuerzo al día siguiente. En aquel momento de gozo cometí, sin embargo, uno de los mayores errores de mi vida como historiador. No me pareció oportuno aprovecharme del éxito y llorar al ministro sobre un tema que me había preocupado en el pasado: que se procediera a la recuperación de los papeles que Serrano Suñer se había llevado a su casa en los años

cuarenta. Me entró un extraño pudor. Se lo dije, eso sí, a la subsecretaria. Me equivoqué. A su nivel, si hizo algo, no dio resultado alguno. Los papeles, que yo sepa, no se han recuperado. Hubiera debido insistir e insistir, no solo con el ministro sino incluso más arriba.

Ya a punto de jubilarme definitivamente tras un año de gracia como profesor emérito, de nuevo la enfermedad se cebó en mí. Tuve un problema de páncreas que me dejó hecho puré durante varios meses. Salí diabético del trance. No pude asistir a la graduación de mi hija en Escocia. Cuando en septiembre de aquel año (2012) me pidieron que diese una conferencia magistral con motivo de la asamblea de la Association for Contemporary Iberian Studies en el Instituto Cervantes de Londres, me vi obligado a ir como si fuera un ancianito de noventa y cinco años, cogido de la mano de mi mujer y a paso de tortuga. En tales circunstancias, sobrevivir es lo único que podía hacer. Mi intervención debía versar sobre la pervivencia de los mitos franquistas en la España contemporánea.[4] Sudé tinta china para prepararla y escribirla. Se publicó íntegramente.

La investigación para Exteriores me puso de nuevo en contacto con las consecuencias de la defección de casi el noventa por ciento del personal de la carrera diplomática. Fueron devastadoras. Desde este punto de vista, se me ocurrió que el momento había llegado para profundizar en algunos aspectos que atenazaron a la República en guerra y que o no había tocado intensamente o que desconocía al redactar la tetralogía. En particular, una de las puñaladas más duras que un banco inglés le asestó en la primavera de 1938. Lo hizo con la peor de las intenciones al negarse a realizar las habituales transferencias a las embajadas y consulados en el extranjero. El resultado fue el riesgo de la paralización inmediata de toda la representación republicana y sus actividades. Era un tema totalmente desconocido en cuyos entresijos no pude entrar como hubiese deseado. Se me ocurren dos explicaciones: que los directivos del British Overseas Bank quisieran dar un golpe mortal a la República para hacerse valer ante el futuro

vencedor o que la idea se les hubiese sugerido desde fuera. Aparte de posibles insinuaciones británicas, ciertamente las hubo por parte de los sublevados.[5]

Historiador muy ocupado

En aquel período dirigí varias obras colectivas. Una nueva experiencia. Cada una tuvo su justificación. La primera fue el resultado de una incitación del profesor Josep Fontana y de Gonzalo Pontón. Acababan de publicarse ya no recuerdo si todos o la primera mitad de los volúmenes del *Diccionario Biográfico Español*, apadrinado por la Real Academia de la Historia (RAH). Muchas de sus entradas contenían gruesas deformaciones sobre figuras clave de la guerra civil y del franquismo. No se libraba ni el propio dictador. Se habían levantado grandes controversias en la prensa e incluso se organizaron algunos cursos —por ejemplo, en los de verano de El Escorial, en que participé activamente— protestando contra tales fechorías.

Me resistí todo lo que pude a la amable invitación. No me sentía con fuerzas para organizar a un conjunto de historiadores que habrían de escribir sobre temas de los que yo tenía un conocimiento derivado de lecturas, no de investigación propia. Gonzalo y Josep, al unísono, insistieron de tal suerte que no me quedó más remedio que aceptar el desafío. Fue el comienzo de un período de intenso trabajo, porque hubo que definir los capítulos y los personajes, unificar criterios, acercar en lo posible los estilos. Algunos temas me ocasionaron grandes quebraderos de cabeza, pero al final la obra se publicó en 2012, cuando ya me había repuesto de la convalecencia. Fue un éxito rotundo,[6] aunque uno de los habituales comentaristas de *ABC* no se privó de señalar en una columna que con tales trabajos sería muy difícil que fulanito de tal y servidor llegásemos a la RAH. Me sentí obligado a responderle con mi nombre y apellidos: en lo que a mí se refería, me daba absolutamente igual. *ABC* lo publicó.

El libro me trajo a la memoria el recuerdo de que en la

Universidad española del franquismo no había que fiarse de ciertos «amigos». Al parecer también era aplicable en la de la democracia. No tardé en enterarme, en efecto, de que uno de los colaboradores de la obra pasó a un desaprensivo periodista (ya fallecido) algunos de los correos que yo había enviado durante las labores de coordinación. Lo suficiente para que despotricara no contra la obra, sino contra mí y contra Alberto Reig. Ambos habíamos firmado un capítulo recapitulativo de los camelos franquistas que pasaban por historia.[7] Lo que había detrás, supuse, fue un pique personal con motivo de una pequeña discusión que aquel celador de la «moral histórica» y servidor tuvimos en la presentación de un libro mío en el que hice alusión de paso a un trabajo suyo. Lo expuse en la sesión de un programa de la Facultad de Geografía e Historia de la UCM. Me temo que, sin quererlo, pude haberlo dejado un poco en ridículo ante los asistentes. No encontró mejor forma de «vengarse» que arremeter contra mí y contra Reig.

Como consecuencia de tal aventura, tuve que encargarme de coordinar al menos dos trabajos sobre historiografía reciente, española y extranjera, en torno a la guerra civil. En ambos ya no corrí ningún riesgo. Cuando no conocía personalmente a alguno de los que colaboraron, me cercioré previamente de que tenían currículos académicos impolutos. El primero se publicó en uno de los últimos números en papel de la revista *Studia historica. Historia contemporánea*, de la Universidad de Salamanca (hoy disponible en internet).[8] Reuní a un amplio abanico de historiadores españoles y extranjeros y el número se dedicó a Julio Aróstegui, que desgraciadamente había fallecido poco antes. Su desaparición, a unos días tras habernos visto en mi casa de Bruselas, me sumió en una depresión profunda.

El segundo intento amplió el elenco de tradiciones historiográficas que se habían ocupado del conflicto español. Se añadieron análisis de lo publicado en Australasia, Japón, China y algunos países, como Bulgaria, que faltaron en el primer ensayo.[9] Ambos quedan, espero,

como representativos de lo que se había hecho en materia de historia de la guerra civil, o de alguno de sus capítulos, como el relativo a las Brigadas Internacionales, en un extenso abanico de escuelas historiográficas.

También procuré alumbrar algo de los inicios de la carrera diplomática franquista, mucho menos conocida que la republicana. Lo hice rescatando del olvido las memorias del primer protoministro de Asuntos Exteriores de Franco, Francisco Serrat Bonastre. Esto fue gracias a uno de sus descendientes, el también embajador Juan Serrat. Me dejó leer los recuerdos que su antepasado había escrito en el extranjero, ya huido de la «España nacional», sobre sus experiencias en Burgos y Salamanca. Llegó un momento en que no pudo aguantar la atmósfera reinante. Pintó a Franco, si bien con todo respeto, en unos colores que no son los que habitualmente se encuentran en sus numerosas biografías: parlanchín, jovial con sus amigotes, poco interesado en detalles y sin la menor idea de lo que era, al menos al principio, el contexto internacional en que se desarrollaba la guerra. No es de extrañar que Serrat fuese víctima de un compañero de cuerpo, mucho más joven que él, y que jugaba a todas las cartas posibles. Se llamaba José Antonio Sangróniz, futuro contrabandista de diamantes desde Venezuela, donde estuvo de embajador durante los primeros años de la guerra mundial, utilizando la valija diplomática. ¡Una perla![10]

Fueron actividades que me pusieron en contacto con una red creciente de colegas en España, a muchos de los cuales no conocía personalmente, y también del extranjero. Una de las desventajas de vivir fuera de los círculos académicos tantos años es que no se traban los suficientes lazos a pesar de que el *networking* es hoy una necesidad evidente.

En los resultados de dichas actividades siempre procuré que estuvieran representados autores de varias generaciones, incluyendo en ocasiones estudiantes avanzados, los dos géneros, una cierta distribución territorial y, sobre todo, los especialistas que me parecían

más profesionales, tanto en España como en el extranjero. No me quejo de los resultados, aunque mi producción historiográfica ha tendido poco al trabajo en equipo, salvo en los casos a que me incitaron las personas que más me ayudaron en mis comienzos. Siempre he tenido un toque a lo Southworth de ir en solitario. Pero cuando he colaborado con otros, los resultados, creo, no han sido malos.

A lo largo de todo aquel período procuré poner a prueba una y otra vez la idea de que *no hay historia definitiva*. Todo lo que se afirme como tal oculta un trabajo defectuoso y una concepción básica muy objetable. La máxima rankiana del *wie es eigentlich gewesen* («como realmente fue») es una utopía. Aun en el caso de que pueda identificarse toda la EPRE posible e imaginable, el resultado final en ella basada no será definitivo. Por la simple y sencilla razón de que cada generación escribe su propia versión del pasado y lo hace desde prismas y perspectivas cambiantes, con una retícula axiológica que también lo es y con instrumentos heurísticos que varían en el tiempo. En este sentido, ni lo que he escrito ni lo mucho que he leído representan otra cosa que lo que puede afirmarse en un momento determinado en el flujo del tiempo.

¿Relativismo?, sí. Pero ninguna generación puede renunciar a enfrentarse con el pasado desde sus atalayas respectivas.

Por aquellos años, Carmen Esteban y su equipo de Crítica me insistieron tanto que decidí dar un salto y hacer acto de presencia en las redes sociales. Desde 2013 mantuve casi ininterrumpidamente un blog semanal bajo el lema de «La Historia no se escribe con mitos». Me dio mucho trabajo y también generó muchas satisfacciones. Tuve que pararlo durante algunos meses porque ya no podía atender a tantas peticiones como me llegaban, incluso en tiempos de pandemia. Hoy no lo continúo.

Fue una forma de exponer en un lenguaje un tanto desenfadado algunos de los resultados a que había ido llegando y varias de las influencias que han tenido importancia para mi obra. Me alegraba constatar que había

lectores que me apoyaban. Un pequeñito masaje para el ego nunca viene mal, sobre todo cuando se sigue viviendo en el extranjero. Bruselas es una atalaya lejana para contemplar la incapacidad de un sector de la sociedad española en reconocer el afán de venganza de aquel Generalísimo. Dejó chiquito a cualquier otro dictador europeo —salvando los casos de Stalin y, durante el período de la segunda guerra mundial, de Hitler y Mussolini—. Que incluso haya religiosos que todavía lo defienden es un ejemplo de obnubilación que resiste toda descripción en términos racionales.11

No hay que insistir en que toda esta actividad me valió los dicterios de lo que suele denominarse caverna mediática. O de la subhistórica, que también existe. No es algo que jamás me haya preocupado. En historia no se cumple la ley de Gresham del terreno monetario: al final, la buena historiografía termina desplazando a la mala. Aunque, naturalmente, no lo veré. En mi biblioteca guardo un regalo que me hizo Enrique Fuentes Quintana: la edición, preciosamente encuadernada en cuero, de la historia de la guerra de la Independencia debida a la pluma del conde de Toreno. Suelo ojearla de vez en cuando no porque sea conocedor del período, sino para comprobar cómo ciertas obras perduran y tienen algo que enseñarnos sobre los que también fueron unos años traumáticos de nuestra historia, en cierto modo comparables a la guerra civil de 1936.

No recuerdo que haya llegado a pensar que alguno de los temas de los que me he ocupado han quedado resueltos definitivamente. Tal vez lo hice en mis años primerizos, de alevín de historiador y, por consiguiente, poco bragado. Si es así, ya lo he olvidado, porque los asuntos que he tratado han vuelto una y otra vez sobre mi mesa. El de las concomitancias entre el nazismo y el franquismo ha sido uno de ellos. El de los «malvados bolcheviques» y los orígenes de la guerra civil, otro. Las discusiones suelen concentrarse en torno a momentos determinados en el tiempo. Por ejemplo, en lo que se refiere a la sublevación

de 1936, alguno de sus momentos más destacados o el período de entreguerras. Lo que llama la atención de ellos es que, por mucho que se haya invertido en tiempo, dinero y esfuerzos, existen aspectos que cobran vida propia, de la mano o del ordenador de otros autores. Además, han atraído la atención por igual tanto de aficionados como de historiadores de derechas. Con, naturalmente, resultados encontrados.

Sobre Ricardo de la Cierva (y Gernika)

A lo largo del tiempo me he visto obligado a volver la vista atrás, es decir, hacia los orígenes de la guerra civil y de la conspiración que la antecedió. Lo hice por etapas, en parte porque seguí poniendo en práctica el método inductivo que tan buenos resultados me había dado. Ante todo, la EPRE. Después, lo que hay que hacer es determinar qué hacer con ella.

No pretendo en modo alguno implicar que me considere mejor historiador que otros. En absoluto. Abundan muchísimos que me ganan en conocimientos y sabiduría. Sin embargo, si de algo puedo presumir, tras cumplir los ochenta años, es de cuatro características que quizá otros no tengan con la misma intensidad: a) soy muy curioso y no me contento con leer lo que escriben los demás; b) deseo dar un pasito hacia adelante en lo que se refiere al descifrado de un pasado que en su totalidad sigue teniendo parcelas desconocidas o poco conocidas; c) me considero un incansable buscador de EPRE, porque la todavía no aflorada puede ser la que quizá permita apreciar nuevas vetas de ese pasado aún por conocer; d) quizá por mi larga experiencia como funcionario a la hora de aconsejar o de decidir sobre papeles, he desarrollado una cierta forma de intuición en mirar lo que pudiera haber habido detrás de los documentos.

Tampoco soy, evidentemente, el único historiador que así ha actuado. Cabe citar como ejemplo a E. H. Carr, quien se ganó la vida durante mucho tiempo como diplomático en

el Foreign Office y cuya experiencia lo marcó después. Tras sus veinte años de carrera se comprende su itinerario posterior como historiador de la Rusia soviética —una obra de varios volúmenes con la cual, lo confieso, nunca he podido—. Sí espero, al menos, haber tenido cuenta en mi trabajo que lo que he escrito siempre lo he ido comprendiendo como parte de un proceso histórico, brutalmente interrumpido por el golpe de Estado de 1936 y la guerra subsiguiente.

En mis primeros trabajos, Franco no apareció demasiado, aunque siempre estuvo en el trasfondo. Solo me concentré en un aspecto, que hoy a algunos puede parecer nimio, pero que no lo es en absoluto y que para mí fue absolutamente esencial: los mitos creados en torno al bombardeo de Gernika. Lo hice porque esta acción había dado origen a una amplísima literatura desde el momento en que ocurrió la catástrofe hasta mucho después de la muerte del dictador.

Sin exagerar lo más mínimo, cabe afirmar que la destrucción de la villa foral encapsula todas y cada una de las características que refulgen en las construcciones de la guerra civil tan queridas de Franco.

Ya en los años de la transición me acerqué al tema desde un punto de vista muy concreto: el de las responsabilidades implicadas en el suceso, conociendo no solo la mayor parte de los libros publicados por autores españoles y alemanes, sino también la monografía del entonces comandante Klaus A. Maier, de las fuerzas aéreas de la RFA, que no tardó en traducirse al castellano. Mis tesis estuvieron basadas en fuentes primarias que había descubierto tiempo atrás en los archivos militares de Friburgo. Algunas todavía las conservo en casa. A lo largo de una serie de trabajos, no dejé lugar a la menor duda de que era material e intelectualmente imposible exonerar a los mandos franquistas de responsabilidad en la operación. Y, naturalmente, por elevación, al propio Franco.

No me extrañó, pues, en absoluto que en algún momento el profesor De la Cierva, uno de los cuentistas

máximos en el tema y en un artículo muy sonado («El estratega marxista de la lucha cultural», *ABC*, 27 de abril de 1987, pp. 60s), arremetiera contra Antonio Gramsci, contra el PSOE y, de pasada, contra servidor. Sin el menor pudor, escribió que «anoche mismo temblé, como español y como historiador, de vergüenza ante los disparates sobre Guernica que se atrevió a proferir el profesor Viñas». ¡Caramba!

Que el exministro de Cultura —se vanaglorió de su cartera solo ocho meses— hablase de vergüenza me pareció sorprendente. Quizá debiera haberla aplicado a su propio comportamiento, y no solo por las estupideces que siempre escribió, sino también por los trucos a que acudió para hacerse con una fortunita. Uno de los más significativos está ligado a su biografía en fascículos sobre Franco. Tuvo un éxito inmenso. La guardo como oro en paño.

Adoleció, eso sí, de una notable peculiaridad. El autor y el editor fueron la misma persona. Paul Preston y servidor lo supimos muy pronto y ambos, como es natural, nos callamos. La noticia nos la dio un amigo común, Jerónimo G., que había trabajado como abogado en la Editora Nacional. Tuvo que dar su visto bueno a un contrato que el autor Ricardo de la Cierva firmó con el director de la editorial, Ricardo de la Cierva, para publicar la anterior obra. Siempre, definitiva, como solía afirmar. Nada, en principio, sospechoso, aunque no demasiado elegante. Lo que sí nos pareció curioso es que los derechos de autor se establecieron —ya no recuerdo el porcentaje— sobre el precio de venta, pero no con respecto al número de los ejemplares vendidos, como es lógico y natural, sino, ¡qué pillín!, sobre los ejemplares tirados. Y ¿quién decidía la tirada? El mismo personaje.

Durante mucho tiempo me callé como un muerto por eso de no manchar su nombre con esta «pequeña» operación. No me di cuenta de que el contrato también tendría que ser auditado fuera de la Editora Nacional. ¿Dónde? Evidentemente, en el ministerio del cual dependía: el de (Des) Información y Turismo. Probablemente, el

ministro del ramo no lo vio, pero alguien sí. Y se chivó. La anécdota la recogió Gregorio Morán, sin citar la fuente.[12] Debo decir que el abogado que nos la contó militaba en el PCE y más tarde trabajó en *El País*.

Por lo demás, son notorias las salvajadas históricas y técnicas de Ricardo de la Cierva para salvar a su excelso biografiado de cualquier responsabilidad en el bombardeo de Gernika. Una de las quizá mejores perlas, de todas las que he tenido que leer de la «historiografía» franquista, es la que soltó al diario falangista *Arriba*. En aquel momento, ya era difícil negar que el bombardeo lo habían efectuado aviones alemanes, pero tan eminente historiador puntualizó:

> Pero no por la Legión Cóndor, que estuvo controlada por el mando nacional, sino por un grupo especial de prueba que vino directamente desde Alemania, destruyó Guernica y se volvió a Alemania, sin que nos enterásemos […] Como el mando nacional no había dado la orden, se da la consigna de que eso es mentira, pero ante el revuelo internacional se acaba diciendo que lo volaron los dinamiteros asturianos. Esto es falso.[13]

La burrada es de campeonato, pero muchas estupideces contienen un granito de verdad. En este caso, la referencia a los mineros fue, ciertamente, un invento. Lo fastidió después cuando llegó a la penúltima estupidez: los culpables habían sido «los grupos de acción separatistas vascos». Uno puede equivocarse, y yo me he equivocado con frecuencia, pero cuando me he dado cuenta no he persistido en el error.

En una editorial que creó y domicilió en el pueblo toledano de Madridejos, tan eminente autor dio rienda suelta a sus fobias y filias. Compré muchos de los libros que editó, pero tuve que cuadrarme y ponerme en el primer tiempo de saludo cuando adquirí en 1997 o 1998 su obra sobre otro de los temas en que demostró su «maestría», en este caso las Brigadas Internacionales. Cito:

> La primera reunión en que se decidió la ayuda al Frente Popular español se celebró en Moscú entre la Comintern y la

> Profintern (Internacional Sindical Comunista) el 21 de julio de 1936. Tuvo lugar una segunda reunión en Praga, el 26 de julio, de la que se encargó la Profintern (…).14

¡Qué vergüenza! Obsérvese su singular astucia: los soviéticos se adelantaron a los alemanes y a los italianos en apoyar al Frente Popular. Prácticamente, a los tres días de estallado el «glorioso movimiento nacional». ¿Quién puede decir más? No es de extrañar que en la dictadura Franco lo tuviera en tanta estima.

Años después, a caballo entre Bélgica y España, me opuse de manera radical, sin concesión alguna, tanto a las afirmaciones de Ricardo de la Cierva como, y sobre todo, a la última versión hecha por uno de sus camaradas, el general de división en el Ejército del Aire Jesús Salas Larrazábal. En su honor sea dicho, sacó a la luz material inédito en no menos de tres libros. Otra cosa es, claro, la interpretación que de él hiciera.

Sobre Jesús Salas Larrazábal (y Gernika)

Mi primo hermano Cecilio Yusta Viñas, fallecido en los primeros meses de la pandemia en 2020, tuvo una larguísima carrera a sus espaldas volando aviones de los más diversos tipos, desde los utilizados en la guerra hasta los más modernos reactores intercontinentales. También mantuvo con dicho general sus propias discrepancias y me ayudó en las mías.15 La EPRE es condición necesaria, pero no suficiente, para establecer, defender o imponer una tesis. La que Salas fue progresivamente exhibiendo o no era demasiado relevante a la hora de identificar responsabilidades, o tenía huecos, o era difícilmente examinable por otros, o no estaba debidamente contextualizada. Su intención estribó siempre en exonerar a Franco.

Por eso, cuando un amigo mío, el profesor Miguel Ángel del Arco, director de una colección de historia en la editorial Comares, me propuso seleccionar alguna obra

clásica sobre la guerra civil para editarla con una presentación específica y puesta al día sugerí la de Southworth. No podía recomendar *El mito de la cruzada de Franco*, porque de esta se había ocupado, brillantemente, *sir* Paul Preston, con un prólogo muy sugestivo. En él pasó revista a la carrera historiográfica de nuestro común y añorado amigo, fallecido en el albor del siglo.

Afortunadamente, desde los años setenta del anterior, la apertura de los archivos españoles había avanzado mucho. Aunque todo hace pensar que han sido depredados conscientemente con respecto a temas sensibles —entre ellos Gernika—, en algunos queda la documentación suficiente no solo para derribar las tesis de Salas Larrazábal, sino para reconstruir aceptablemente lo que ocurrió aquel 26 de abril de 1937.

Además, el Centro de Documentación sobre el Bombardeo de Gernika, que dirige Ana Teresa Núñez Monasterio, y el profesor Xabier Irujo han hecho maravillas a la hora de recopilar e interpretar, respectivamente, evidencias primarias obtenidas en medio mundo. La idea estriba en sentar las bases documentales para dilucidar, hasta donde es humanamente posible, lo que ocurrió y cómo en la villa foral. Para aclarar los errores que con persistencia rayana en la temeridad continuó defendiendo hasta su fallecimiento el general Salas Larrazábal, tales fondos constituyen una referencia inexcusable. Quien siempre enfatizó su profundo conocimiento de los del Archivo Histórico del Ejército del Aire y del Espacio (AHEA) no vio —o hizo como que no vio— aquellos documentos que podían utilizarse para contradecir sus tesis. Tampoco profundizó en el curioso hecho de que a Franco, en octubre de 1936, se le había ofrecido la futura Legión Cóndor en condiciones de «las tomas o las dejas». En un momento, me vi obligado a poner de relieve la falta absoluta de negociación bilateral al respecto.16 La Cóndor, además, debía utilizarse en formación cerrada salvo que su comandante general decidiera hacer excepciones. Naturalmente, en Gernika no las hizo porque la Cóndor fue

la punta de lanza del avance franquista en el Norte.

Además, di mucha importancia a algo que a cualquier historiador se le ocurriría, pero que a Salas Larrazábal no parece que le pasara ni siquiera por la mente. Indagar cómo se conformó la colaboración entre las fuerzas aéreas de la Legión Cóndor y las incipientes de Franco, que comandaba el general Alfredo Kindelán. Lo que sobre tal tema escribió este último en sus curiosas memorias fue una sarta de mentiras. En el AHEA, por el contrario, profundamente despojado de todo documento que pudiera sembrar dudas directas sobre las tesis franquistas con relación a Gernika, encontré retazos de la temprana cooperación, debidamente instrumentalizada, que existió entre la Cóndor y la «Aviación nacional» desde por lo menos el mes de diciembre de 1936.

Nadie había dicho una palabra al respecto. Que no lo sospechara Salas Larrazábal me escamó. En realidad, y como era lógico, se establecieron protocolos de actuación que debían pasar por los diversos escalones de los respectivos mandos hasta que Kindelán autorizase operaciones determinadas. En cuanto se llegó a Gernika, los huecos se hicieron sentir. No obstante, quedaron papelines.

Así que traté de poner de manifiesto que, a pesar de su aparente sofisticación, muchos de los argumentos del general eran en el fondo palos de ciego.[17] Con la paciencia de un monje benedictino recogí el guante que, en mi opinión, había lanzado despectivamente a otros investigadores. No sin apostrofarles o despreciarles, en particular al propio Southworth, y sobre todo a los de corte académico. Redujo a un mínimo el número de víctimas del bombardeo, que cifró en 126 —de los cuales siete eran dudosas—, pero olvidó todas las irregularidades ya detectadas en los libros de los cementerios de Gernika y Lumo e incluso de las páginas del Hospital Civil de Basurto en Bilbao. Achacó al gobierno vasco y a los periódicos bilbaínos algo muy típico de la historiografía franquista: *proyectar hacia el adversario el comportamiento propio*. Como los franquistas mintieron desde el principio, tan estimado

general no dudó en achacar igual proceder a las autoridades vascas. Ofuscó sobre el origen de la mentira oficial franquista; tergiversó la documentación alemana que había dado a conocer Maier; no aprovechó la escasa información militar relevante que existía, a pesar de todas las «limpiezas», en los archivos de la dictadura y eludió en todo lo posible la evaluación crítica de la combinación de las evidencias existentes.

Es decir, Salas Larrazábal desaprovechó —imagino que conscientemente— todas las informaciones que pudo y que hube de recordarle con cierta paciencia y, ¿por qué no decirlo?, indignación. En el apéndice reproduje algunos documentos alemanes que había tergiversado, por no hablar del estropicio que organizó en relación al desesperado intento de subvertir el único informe oficial franquista que se hizo en la época para tranquilizar a la opinión pública británica. Ya estaba olvidado, pero tanto Ricardo de la Cierva como él lo rescataron como la verdad revelada.

Posteriormente, el profesor Xabier Irujo hizo uso masivo de nueva documentación, testimonios de testigos y, en particular, abundante material procedente de los archivos italianos. Que la operación tuvo lugar con la connivencia del mando «nacional» ha quedado más que sobradamente demostrado, aunque los combates de retaguardia no han cesado todavía. Renacieron cuando el presidente de Ucrania, Zelenski, mencionó en su alocución al Congreso de los Diputados a principios de abril de 2022 el tema de Gernika.[18] Algo en puridad sorprendente. Por extrañas razones, todavía hay gente que se empeña en exonerar de responsabilidades a los jefes y generales franquistas y a su superior jerárquico.[19]

No faltó quien dijera que escribir un ensayo de más de cien páginas como apéndice a una obra que se reeditaba era un poco exagerado y que mejor hubiese hecho en redactar un artículo independiente o incluso un librito. Nunca consideré tal alternativa. A lo largo de mi vida profesional he defendido a Southworth de sus muchos detractores y

para mí fue una cuestión de honor ligar mi nombre con el suyo.

El caso de las responsabilidades involucradas en el bombardeo se convirtió así en uno de los puntos fundamentales en las batallitas por la historia que he tenido que dar. Fue para mí, pues, una gran satisfacción que en 2019 el Ayuntamiento de la villa foral decidiera por unanimidad atribuir su distinguido Premio Gernika por la Paz y la Reconciliación a los profesores Xabier Irujo, *sir* Paul Preston y un servidor.

Sobre Merkes (y Gernika)

Siempre he tenido un gran respeto por el autor alemán que más hizo por empezar a desentrañar las relaciones bilaterales entre el Tercer Reich y la España franquista durante la guerra civil. Fue un pionero y la mayor parte de su obra sigue teniéndose en pie. Ahora bien, como a todo pionero le corresponde ser sobrepasado por la investigación ulterior —también ocurrirá a quien esto escribe—. En su obra de 1969 dedicó un anexo a exponer el caso de la destrucción de la villa foral tal y como lo encontró en fuentes alemanas de la época. No recogió todas —después aparecieron otras y quizá las más importantes se deban a la profesora Stefanie Schüler-Springorum y, modestia aparte, a un servidor—. En el epílogo a mi edición de la innovadora obra de Southworth, me referí a sus descubrimientos. Además, gracias a papeles que había encontrado en el AHEA puse al descubierto el «complot» que se estableció entre el Mando de la Cóndor y el Cuartel General de Franco para «apaciguar», por lo menos momentáneamente, a Berlín ante el estallido de indignación en Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y otros países. Con toda razón, se apuntó que la Cóndor actuaba en estrecha colaboración con el mando franquista y que las tropas de Mola habían solicitado el apoyo aéreo para destruir el famoso puente sobre la ría de Mundaka. No se desmintió la tesis franquista de que los propios vascos habían incendiado la villa.

Más tarde, en junio de 2022, me encontré por pura casualidad, al remover papeles de la buhardilla de mi casa, donde había habido goteras, una gran cantidad de documentación relacionada con ciertos aspectos de la intervención alemana en la guerra civil. Entre ellos figuraba un famoso informe, firmado por el general de tres estrellas Karl Drum, que ya he utilizado en otro lugar. A él se refirieron Merkes y Maier. El informe lo había preparado un grupo de antiguos oficiales y jefes del Tercer Reich para la División de Estudios Históricos de la U. S. Air Force en los años cincuenta del pasado siglo.

Al escribir un artículo —todavía no publicado en el momento de escribir estas líneas—, me di cuenta de que tanto Drum como sus colaboradores —algunos de los cuales habían participado en el bombardeo— ya mintieron como cosacos para encubrir las responsabilidades por la destrucción. Merkes las reprodujo parcialmente y con mayor extensión lo hizo Maier, pero ambos consideraron que la operación obedeció a planteamientos estrictamente militares. Cayeron en la misma trampa de la que, hasta Schüler-Springorum, no había salido la literatura alemana. Situé tal distorsión esencialmente en el sentimiento anticomunista que predominaba en la RFA en los años cincuenta, La documentación primaria hay que examinarla en su contexto de producción, pero también en el momento en que aflora y sale a la luz. Así que de los gloriosos combatientes de la Luftwaffe y de la Wehrmacht contra los «rojos», en el fondo no hay que fiarse mucho.

16

Franco: mentiroso y, por añadidura, mangante

Tras la jubilación definitiva, a todo el mundo se le plantea una cuestión fundamental: ¿qué hacer? Hay gente que duda. Otros no. Servidor pertenece a esta segunda categoría. Nunca tuve que reflexionar un minuto sobre lo que haría. Continuar trabajando en historia, en la medida de mis posibilidades, con mayor empeño y fuerza, ya que tendría todo el tiempo libre del mundo. Seguí viviendo en Bruselas. Me deshice de una parte de mi biblioteca no relacionada con España, que envié a la Facultad de Geografía e Historia de la Complutense y a la Escuela Diplomática de Madrid, según los casos. Y, siguiendo el ejemplo de Southworth, rápidamente me hice con otra, aunque más pequeña, adquiriendo las nuevas publicaciones que fueron saliendo sobre los temas que me interesaban. Entre ellos, Franco figuró desde el primer momento.

No me planteé escribir una biografía. Las hay y muchas. Buenas y menos buenas. A veces rematadamente malas, porque no son biografías sino hagiografías. Me centré en algunos aspectos controvertidos o desconocidos, desde que era un joven oficial en las campañas en Marruecos, pasando por su participación en la conspiración contra la República y su adopción de varios rasgos importantes del sistema nacionalsocialista. Con ello pretendí confirmar algunos de sus rasgos de comportamiento más desfigurados. No seguí un orden predeterminado y en este capítulo solo destacaré el rasgo fundamental —fue un mentiroso compulsivo— que, en mi modesta opinión, justifica su título.

En el otoño de 2019, estuve varias semanas en Madrid. Tenía que dar varias conferencias y asistir a un par de congresos profesionales. La prensa, en particular *ABC*,[1] se había hecho eco de una nueva biografía de Franco como militar y me apresuré a adquirirla, curioso por saber lo que pudiera decirse de nuevo en tal trayectoria. Según la contraportada, el autor, Salvador Fontenla Ballesta, era general de brigada en la reserva y había sido oficial y jefe en la Legión y en la Bandera Paracaidista. Debidamente impresionado, eché un vistazo a su obra publicada: campos de batalla del futuro, la guerra de Marruecos, los combates de Krasni Bor —fundamentales y gloriosos en la sedicente épica de la División Azul—. Era, no en último término, doctor en Historia por la UCM. Eso sí, con una tesis y varias publicaciones en un ámbito del que no sé absolutamente nada: numismática.

Me sorprendieron tres aspectos: la brevedad del librito (329 páginas de tipografía y espacios generosos); su bibliografía (títulos en los que predominaban autores de derechas y ultraderecha algo más que connotados y ausencia de historiadores con biografías de Franco de tipo estándar); y *ninguna referencia a fuentes de archivo*. En el autobús, camino de mi casa, leí la introducción y me propuse no dejar pasar sus afirmaciones. A tal efecto dediqué a la parte de la obrita que más me interesaba —desde el nacimiento de SEJE hasta el estallido de la sublevación de 1936— una serie de entradas en mi blog.[2] Estuvieron basados en la sensación que provoca un supuesto historiador que, en ocasiones, hace referencias oblicuas a algún tipo de documentación que no menciona y que tampoco identifica ni por activa ni por pasiva, pero que para un militar es absolutamente fundamental: la hoja de servicios publicada.

No fui demasiado amable. No lo merecía el libro, con independencia de los comentarios favorables que cabe encontrar en internet. Uno de los más laudatorios es de un

historiador al que ya había propinado algunos mandobles. Varios amigos me reprocharon que atribuyese demasiada importancia a los desvaríos del autor. No los repetiré aquí. Cualquiera podrá leerlos en el blog. Sí tengo que decir que la crítica me despertó un proyecto que siempre había tenido y que, por unas u otras razones, había ido dejando: un análisis de la auténtica hoja de servicios de Franco.

El general Fontenla Ballesta no cometió la para él supuesta incorrección de autoadscribirse a alguna corriente historiográfica. Informó —orgulloso— a sus lectores de que había pergeñado «un estudio analítico (*sic*), que pretende ser independiente y objetivo (*sic*)». Sin embargo, el resultado no fue lo que escribió. En contra de lo que se pavoneó, ni empleó materiales de primera mano, ni evidencias documentales desconocidas, ni con frecuencia contrastó sus afirmaciones con fuentes conocidas. Ni siquiera planteó un «estado de la cuestión».

El curare de sus dardos los reservó para el coronel Carlos Blanco Escolá, ya fallecido y que, evidentemente, no podía defenderse. Lo calificó de autor incompetente de «una obra esperpéntica». No lo fue, y en estos recuerdos me limitaré a un solo aspecto, el del juicio contradictorio que se abrió al entonces capitán Francisco Franco para concederle la Cruz Laureada de San Fernando. Como es sabido, no se le otorgó. El general Fontenla lo explicó así:

> No prosperó, como ocurría en multitud de ocasiones. El *simple hecho* de haber sido propuesto, y más de que *se abriese juicio contradictorio*, era ya una *recompensa* y un *honor* para el propuesto, y *no un descrédito*, como intentan difundir sus difamadores.

No hay que insistir en que cuando Franco empezó su carrera militar, era un don nadie. Un oficial del montón. No había descollado por nada y en nada en la Academia de Toledo, aunque en la hoja de servicios publicada se inscribiera (p. 27) que sus estudios los terminó «con verdadero aprovechamiento».[3] Era bajito, con voz aflautada, posiblemente con algún complejín de

inferioridad.

Franco fracasa en que le den la Laureada

En julio de 2021 sugerí a *InfoLibre*, un periódico digital en el que había empezado a publicar un artículo al mes, que quizá fuese conveniente dar a conocer una serie sobre los trucos malabares que utilizó Franco, en su más lejana carrera militar, para conseguir la ansiada Laureada. Había participado en una pequeña acción bélica, muy conocida, en junio de 1916 en la toma de una colina en dura lucha contra los rifeños. A pesar de tratarse de un hecho de armas relativamente poco importante, había dado lugar a que las autoridades militares abrieran varios juicios contradictorios a soldados y oficiales que se distinguieron heroicamente en el combate. No hay biógrafo de Franco que no lo mencione.

Ni por asomo concurrían en el entonces capitán los requisitos que pudieran permitirle optar a la concesión de la Laureada, pero eso es desconocer los cambios que se habían producido en su psicología desde que llegó a Marruecos varios años antes. Por antigüedad había ascendido en 1912 a primer teniente —de la Academia de Toledo había salido como segundo teniente dos años antes — y, tras participar en algunas escaramuzas perfectamente detalladas en su hoja de servicios (publicada en 1967), había sido nombrado segundo ayudante de un comandante a punto de ascender a teniente coronel, Julián Serrano Orive.

Por razones que no están explicadas ni en sus hojas de servicios publicadas y no publicadas ni mucho menos en su expediente personal —trasladados en 2000 y 2017 respectivamente al Archivo Militar General de Segovia, cosa que tan ilustre general ni se olió—[4] se le había concedido ya, también en 1912, una Cruz del Mérito Militar de primera clase con distintivo rojo.

Luego, ascendió por méritos de guerra a capitán. Un salto inmenso. Al parecer, fue el más joven del Ejército. Blanco Escolá, exprofesor de la Academia de Zaragoza, no

llegó a explicarse las razones por las cuales se produjo el ascenso. Nada en su hoja de servicios lo justificaba. Especuló que había logrado meterse en el bolsillo a su jefe, a quien correspondía hacer la propuesta de ascenso. Como segundo ayudante, es difícil que hubiera pasado muchas horas al frente de tropas de primera línea. Leyendo entre renglones lo que aparece en su hoja de servicios publicada se observa que no destacó en ninguna acción relevante o reseñable.

El general Fontenla cargó contra el coronel Blanco Escolá con epítetos hirientes que no sirven sino para descalificar a quien tuvo la desfachatez de ponerlos por escrito, pero estas cosas pasan cuando hay rencillas de por medio u odios profesionales o psicológicos.[5] La inquina no estaba, además, justificada, porque Blanco argumentó de manera convincente su razonamiento. Separó claramente datos documentados y suposiciones y enlazó su comportamiento con el primero de los escasos episodios románticos en la vida del posterior Caudillo: su intento de cortejar —malamente, desde luego— a una señorita hija de un general cercano al comandante en jefe de las fuerzas. Es decir, aplicando la clásica máxima de arrimarse al sol que más calienta.

En mis diecisiete artículos en *InfoLibre* (entre el 5 de agosto de 2021 y el 8 de marzo de 2022), seguí de cerca los antecedentes y pormenores del juicio contradictorio a que se sometió a Franco. Recorrí ligeramente las explicaciones dadas por el propio interesado en plena guerra civil a Joaquín Arrarás. Este fue su primer biógrafo, exégeta y ulterior director literario de la monumental *Historia de la cruzada española*, la obra cumbre de la interpretación franquista. La versión del combate se la dio Franco enterita a Arrarás. Los autores que bebieron de tan inmortal fuente son legión. Desde entonces hasta prácticamente el momento en que escribo estas líneas. No falta ninguno e incluyo entre ellos no solo a periodistas y aficionados, sino a historiadores consagrados académicamente como, por ejemplo, Ricardo de la Cierva, Luis Suárez Fernández y

Stanley G. Payne.

El propio Franco cultivó la leyenda. Confundió incluso su figura con la de un John Wayne de la infantería al relatar lo ocurrido al galeno que lo trató después de su famoso accidente en el que le explotó una escopeta de caza en 1961. La recuperación que siguió bajo la vigilancia de tal especialista, el Dr. Ramón Soriano Garcés, duró varios meses. En las sesiones, Franco aludió repetidamente a algunos episodios de su carrera militar que valoraba en grado sumo. Entre ellos no faltó el heroísmo que demostró en aquella pequeña acción bélica el 29 de junio de 1916. Su descripción, tal y como muchos años después la reflejó el galeno, da para llorar. O Franco había perdido la cabeza o se había introducido tanto en sus propias mentiras que ya no las distinguía de la realidad.

Ciertamente, se desquitó en cuanto pudo. En 1939, una decisión de sus ministros reunidos en consejo le concedió no la Cruz sino la Gran Cruz de la Laureada que desde entonces ostentó, orgulloso, siempre que anduvo de uniforme. Durante muchos años fue el atuendo más frecuente con el que se le vio en público.

Franco no fue en Marruecos como se le ha presentado habitualmente. Hay que acudir a lo que figura en las notas del ulterior general Domingo Batet, probablemente de 1921, si no antes:6

> El comandante Franco del Tercio, tan traído y llevado por su valor, tiene poco de militar, no siente satisfacción de estar con sus soldados, pues se pasó cuatro meses en la plaza para curarse enfermedad voluntaria, que muy bien pudiera haberlo hecho en el campo, explotando vergonzosa y descaradamente una enfermedad que no le impedía estar todo el día en bares y círculos. Oficial como este, que pide la Laureada y no se la conceden, donde con tanta facilidad las han dado, porque *solo realizó el cumplimiento de su deber, militarmente ya está calificado*.7

Las itálicas de la anterior cita, con la que estoy plenamente de acuerdo, deben dar que pensar. Lo que había pasado lo conocía la Superioridad, pero prefirió

cerrar no un ojo sino los dos. Porque ¿qué cabe documentar? A Franco le pegaron un tiro tan pronto empezó el combate, cayó herido, lo recogió un soldado indígena, lo llevó donde estaba un brigada de la compañía. Se hizo cargo de su maltrecho superior y le propuso llevarle a la ambulancia; Franco asintió con gestos. El porteador se cansó y lo traspasó a un moro. Entre ambos lo pusieron a salvo. Se le sacó de la escena a toda velocidad y en paz. Franco no perdió la consciencia en ningún momento, pero no pudo dar ninguna orden. No hizo absolutamente nada que mereciera la Laureada. Como contaba con apoyos, se le propuso para ella y luego, en cuanto se recuperó, dio comienzo a la labor que mejor conocía, que no era la de pegar tiros sino la de intrigar por las alturas.

Le dieron la Cruz de María Cristina de primera clase, pero él prefirió que lo ascendieran a comandante. Un comportamiento inverso al del fiscal que estudió el caso en el juicio contradictorio, el comandante Antonio Gudín García. Este fiscal participó también en el combate y se ganó un ascenso al empleo de teniente coronel. Sin embargo, por razones no explicadas en su propia hoja de servicios, prefirió la Cruz que desestimó Franco. Se la concedieron. Retrocedió a comandante y ascendió dos años más tarde. En último término, al no poder conocer las razones de Gudín, que no quedaron expuestas en el expediente del juicio contradictorio, no podemos llegar a conocer los motivos de su comportamiento. Sí intuir las razones de Franco. Una Cruz de María Cristina se ganaba tarde o temprano. Un ascenso, no. El llegar a comandante por méritos de guerra le permitió saltar por encima de centenares de capitanes en el escalafón. Sin este ascenso es verosímil que jamás hubiese llegado a ser general en los años treinta. La historia de España hubiera sido diferente.

¿Y quién lo ascendió graciosamente? El rey Alfonso XIII. Es decir, el mismo a quien Franco no tuvo el menor inconveniente en relegar tan pronto como llegó a la Jefatura del Estado naciente en octubre de 1936. Un psicólogo o psiquiatra podría pensar si la mala conciencia

de su actuación con respecto al depuesto monarca pudo contribuir de alguna manera a inducirle a instaurar la Monarquía a su fallecimiento.

La documentación del juicio, más la del expediente personal, me permitieron, además, echar por la borda algunos mitos que todavía subsisten. Por ejemplo, que le dieron un tiro en el aparato genital —todavía hay gente que lo repite como si fuera un dogma de fe—. O que le hicieron una radiografía que conservó milagrosamente el médico que le atendió en urgencias en el hospital de Ceuta. O que entró en combate llevando a cuestas la paga de los soldados de su compañía de Regulares. Todos los mitos acumulados desde los lejanos tiempos en la biografía de Arrarás en plena guerra civil saltaron por los aires. Lo sorprendente es que hubieran tenido tan larga vida.

Para mí fue suficiente poner de relieve la mendacidad del general e historiador numismático y la acogida que a su leyenda han prestado generaciones de historiadores profranquistas e incluso antifranquistas. No hay nada como la EPRE, debidamente contextualizada y analizada.

Franco miente en la conspiración de 1936

Me costó mucho tiempo y tuve que recorrer numerosos caminos y archivos hasta que fui haciéndome una idea de que gran parte de lo que se había contado acerca del papel del futuro Caudillo en la conspiración de 1936 mezclaba distorsiones, fantasía y realidad. Su hoja de servicios no sirve para nada. La casi totalidad de sus biógrafos han dependido de fuentes secundarias. Han acertado en muchas cosas, pero, con frecuencia, han errado en lo fundamental.

No, claro está, en que Franco, digamos en 1934, era ya uno de los generales de brigada más conocidos del Ejército español. Tampoco que el ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, lo ascendió en marzo de 1934 a general de división. Siempre se ha subrayado su papel como asesor del ministro, notario de profesión, de cara a los acontecimientos de octubre. Su recompensa fue el

nombramiento, en febrero de 1935, como jefe superior de las fuerzas militares en el Protectorado. No estuvo mucho tiempo en África. A mitad de mayo de 1935, el nuevo ministro de la Guerra, José María Gil-Robles, lo trasladó a la Jefatura del Estado Mayor Central (EMC) del Ejército de Tierra. Un puesto absolutamente clave. Su labor ha sido estudiada desde todos los ángulos posibles. En dos libros interrelacionados, *¿Quién quiso la guerra civil*? y *El gran error de la República*, me tocó el honor de hollar un camino por el que nadie se había adentrado. No lo hice de golpe y porrazo, sino a consecuencia de otro tipo de investigaciones de las que me siento bastante orgulloso, aunque reconozco que hayan podido herir susceptibilidades de numerosos cultivadores de la hagiografía.

El hecho es que, en el EMC, Franco se convirtió en el jefe máximo de los servicios de inteligencia militares españoles —tanto hacia el interior como hacia el exterior—. El primer contacto documentado que encontré de Franco con ellos está referido a su breve estancia en Marruecos, pero es indudable que en sus destinos como general, tanto durante la Monarquía como en la República, como mando superior de la Comandancia de Baleares en 1934, los conoció bien. Funcionaban bajo la denominación de Sección Servicio Especial (SSE) y disponían de tentáculos que se extendían, a través de las jefaturas de las Divisiones Orgánicas, hasta las unidades subordinadas. Tenían conexión con la policía gubernativa y la Guardia Civil y sus informes llegaban a la cúpula de los Ministerios de Guerra, lógicamente, y de Gobernación. Los que han sobrevivido a lo que pudo ser una operación de limpieza masiva son hoy consultables en el Archivo General Militar de Ávila.

Es decir, en el crítico año de 1935, y al menos desde mayo hasta las elecciones de febrero de 1936, Franco estuvo al corriente de la conspiración militar que iba desarrollándose desde, por lo menos, 1934. Cabe decir esto con cierta seguridad porque el organismo que ligaba la inteligencia militar con la civil, la Oficina de Información y Enlace (OIE), había introducido un espía entre los

conspiradores de la UME —desgraciadamente no identificado y que solo aparece en los papeles con el *nom de guerre* de Manrique—. Este espía informaba al jefe de dicha oficina, un comandante de la Guardia Civil llamado Vicente Santiago Hodson, y al director general de Seguridad —puesto que también ocupó a final de año—. Sus informaciones se transmitían al ministro de Gobernación, Manuel Portela Valladares, quien pronto dispuso que Santiago dependiera directamente de él mismo. Hay constancia de que, al menos en una ocasión, Portela informó de la operación clandestina al número dos de Franco en el EMC, el general José Sánchez-Ocaña Beltrán. Me parece imposible que su inmediato superior no se hubiera enterado. También sabemos que Santiago habló con el enviado de Dios en la España de la época en enero de 1936 sobre su supuesta participación en la conspiración militar ya en marcha y que Franco la negó. Algo que a Santiago no pudo extrañarle, ya que a través de Manrique sabía que quien más empujaba la conspiración era el general de división Manuel Goded y que Franco mostraba reticencias. Lógico, porque ¿qué iba a ganar el Ejército sublevándose contra un Gobierno de derechas?

Ni que decir tiene que el Gil-Robles exaltado por tantos historiadores negó en sus falaces memorias todo conocimiento preciso de las actividades del SSE. Lo mismo hizo Franco. El que ambos deberían haber estado al corriente de la operación de infiltración no ha llegado todavía a conocimiento de muchos autores ni de la inmensa mayoría de los lectores. No es intrascendente. Una de las distorsiones mejor guardadas en la historiografía convencional es la que hace coincidir, más o menos, la chispa que prendió la conspiración hacia el mes de diciembre de 1935 cuando el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, decidió prescindir de Gil-Robles, lo que llevaba acompañado la salida de la CEDA del Gobierno y, por ende, la posibilidad de nuevas elecciones.

Portela Valladares asumió la presidencia del Consejo de Ministros con el encargo de ganarlas. No pudo ser. La CEDA

se vio privada de continuar su participación en el Gobierno y, antes de conocerse los resultados de la primera vuelta, el todavía jefe del EMC ya trató de ponerse de acuerdo con Gil-Robles para dar un golpe de Estado blando, es decir, debidamente autorizado por Alcalá-Zamora. El golpe, basado en un telegrama que Franco debió de cursar a las cabezas de las diversas regiones militares, se produjo en al menos Zaragoza, capital de la 5.ª División Orgánica que comandaba el general Miguel Cabanellas. La contraorden fue inmediata y no sabemos todavía si Franco se desdijo a tiempo o le obligaron a ello.

Entre las decisiones que adoptó el nuevo presidente del Consejo de Ministros, Manuel Azaña, figuraron la relegación de Franco a Canarias y de Goded a Baleares. También, por cierto, la del director general de Seguridad que había supervisado la operación Manrique. Ni el nuevo ministro de la Guerra, general Carlos Masquelet, ni el del EMC, Sánchez-Ocaña, dijeron o escribieron una palabra sobre las actividades de la SSE. Solo se sabe que, poco a poco, fueron apagándose. Sus resultados, si los hubo, no se han localizado todavía. Casualidades.

Lo que se ha escrito en la literatura sobre lo que antecede es bastante parco. Gil-Robles, en sus falaces memorias, silenció también todo lo que pudo sobre lo que sabía de la UME, como si fuera algo parecido a un sindicato de agraviados. Lo mismo hizo Franco en unos *Apuntes*, cuya exégesis se ha quedado, como es lógico, en la mera superficie. No deja de tener gracia que los publicara la FNFF con un prólogo despistante del profesor Luis Suárez Fernández. Me parece obvio que todos los nombres mencionados en este epígrafe tuvieron sus razones para ocultar o distorsionar los hechos. Con la única excepción de Sánchez-Ocaña, de quien no se ha conservado ni siquiera su hoja de servicios o su expediente personal. Un «fantasma» que se refugió en una embajada tras el golpe y que reapareció tras la guerra sin que de él se hubiera consignado una línea. Tampoco le pasó nada.

Mucho más tarde, después de la guerra civil, el EMC

decidió la confección de una *Historia de la Guerra de Liberación.* Iba a comprender varios volúmenes. Solo apareció el primero, referido a los antecedentes. Se publicó en 1945. De ello se encargó el Servicio Histórico Militar. No suele mencionarse. Prudente, el director bajo cuya dirección se preparó, un coronel llamado Nicolás Benavides Moro, sometió un largo cuestionario a la atención del Jefe del Estado el 28 de octubre de 1943. Le rogó tuviese a bien responder a las dudas que elevaba a su superior consideración porque ignoraba cual sería la mejor forma de tratar los hechos en cuestión y él tenía la intención de dar la respuesta «*más conveniente para los altos intereses de la Nación y del Nuevo Estado, a cuya exaltación y apología se esfuerza en servir con la mayor lealtad y devoción*».

Ocupado en atender a ellos de la manera más eficiente posible —había una guerra en el exterior y una dura represión contra la «canalla roja» en el interior—, Franco tardó en contestar, pero lo hizo. En su respuesta, que un ilustre periodista próximo a la FNFF consideró como la emanación de una autoridad incontestable, desapareció la referencia a alguna de las dudas de Benavides. Por ejemplo, la intervención de la UME en los nombramientos de Franco y Goded en mayo de 1935. ¡Qué horror! ¿Cómo prestar la menor importancia a la UME? Así que Franco recordó al coronel los propósitos de la organización: encauzar el sentimiento de la oficialidad ante las desgracias de la patria y mantenerlo vivo, a manera de fuego sagrado. Criticó a Gil-Robles y sobre todo relegó a Sanjurjo y a Mola a un papel secundario. *Él, Franco, había sido el jefe supremo del Alzamiento.* Aprovechó la ocasión para descargar bilis contra el primero: «*Desde su condena del 10 de agosto no quería oír de movimientos para nada*». Una mentira podrida. ¿Y Mola? «*Había de ejercer como hombre de confianza* [del propio Franco] *la jefatura de la preparación en España del Movimiento*.»

Franco se autopropulsó al primer puesto y se saltó a la torera «los muertos providenciales». Al igual que había hecho en 1917-1918, repitió la aplicación de sus dos

principales rasgos sicológicos treinta años más tarde, como si no hubiera pasado el tiempo: egocentrismo y narcisismo. Como muestra de su carácter «católico, apostólico y romano», no dejó pasar la ocasión de despotricar contra antiguos compañeros: Rafael Villegas, Manuel Fanjul y muchos otros. Rencoroso hasta después de la muerte de todos, se sirvió de ellos para enaltecerse a sí mismo. Al fin y al cabo, ¿no había sido elegido por Dios?

Pedro Sainz Rodríguez, que conocía muy bien a Franco, y que había sido uno de los organizadores, por parte monárquica, de la UME, señaló en sus no siempre fiables memorias que Sanjurjo había hecho circular, antes del golpe de Estado, papelines en los que preguntaba a los jefes militares de la conspiración, y entre ellos a Franco, qué puestos desearían ocupar tras el triunfo de la sublevación. Franco habría indicado que deseaba ser alto comisario de España en Marruecos, incidentalmente el destino mejor pagado del Ejército español. En contra de lo que se ha dicho y escrito, Franco tenía en mente las «pelas». Lo demostró, todo hay que decirlo, tras «colarse» a la cabeza del «Glorioso Alzamiento Nacional», con Sanjurjo criando malvas y Mola relegado a segundo término.

Franco, modesto émulo de Hitler

También me centré en el estudio riguroso de algunos episodios en los que SEJE participó como protagonista, sobre todo absoluto. Me serví de tales casos como mecanismos heurísticos para inferir de su comportamiento algunos rasgos que, quizá, no habían sido abordados suficientemente o con el necesario detalle. A veces, tampoco documentados. Son, sin embargo, ciertos detalles, cuando se demuestran con la imprescindible EPRE, los que contribuyen a situar a Franco bajo una luz cegadora. Subrayan características de su personalidad que podrían, de otra manera, no haber quedado suficientemente esclarecidas. Tras haber puesto de relieve un rasgo muy poco propio de un militar con alto sentido del honor como

es el mentir como un bellaco, conviene señalar otro más preocupante.

El aspecto a que me refiero, escasamente conocido, fue toda una aventura. En su origen debo mencionar a un periodista que trabajaba en la revista *Tiempo*, hoy periclitada. Tengo interés en subrayarlo porque en mi opinión, quizá sesgada, muestra que mi trabajo como historiador respondió tanto a pulsiones propias como a incitaciones externas. Lo que, quizá, me diferencia de otros investigadores es que con el paso del tiempo he ido desarrollando una especie de sexto sentido. Intuir que pudiera haber detrás algún secretillo —es un decir— bien protegido.

Entre los incitadores estuvieron Fuentes Quintana y luego Martínez Cortiña. Después, Pontón o el Arco. Siempre, y constantemente, mi propia curiosidad. En el período que se inició tras mi paso por la Universidad, cuando ya me sentía seguro de mi metodología y de los mecanismos para aplicarla, respondí a retos que no había previsto. Simplemente, oteé posibilidades allí donde otros, quizá, no las hubieran percibido.

Hacia 2010 me llamó un día a Bruselas el periodista Javier Otero, de la entonces conocida y muy divulgada revista *Tiempo*, para ver si podía resolverle un problema. Había encontrado en el CDMH de Salamanca fotocopias digitalizadas de unos papeles procedentes de la FNFF. En ellos se detallaban los saldos de las cuentas que tenía Franco en varios bancos y por diversos conceptos. Todos referidos al 31 de agosto de 1940. Entre tales saldos aparecía un ingreso por importe de unos 7,5 millones de pesetas de la época. Lo único que se decía en cuanto a su origen fue que se trataba de «ventas de café». Ignoraba cómo podría interpretarse. Me dejó con la boca abierta.

En principio, por la investigación para el BEE ya mencionada, sabía que en aquellos años todas las operaciones comerciales y financieras con el extranjero estaban sometidas a licencias previas, es decir, a autorizaciones administrativas otorgadas discrecionalmente.

El café no se cultivaba en España, salvo en Guinea Ecuatorial. La colonia había caído en manos de los sublevados casi desde el principio. Pensé que también podría ser de origen foráneo. El problema que Otero planteaba era simple: en tales condiciones, ¿cómo diablos lo habría vendido Franco y, sobre todo, de dónde lo había conseguido? No oculto que desde el primer momento me di perfecta cuenta de que no podía por menos de tratarse de una operación clandestina. Es decir, no a su nombre. Quizá fui demasiado suspicaz, ya que, pensándolo después y tras haber indagado más, creo que hubiera sido posible actuar de cara a Guinea por medios más convencionales, es decir, importando café desde el Cuartel General, como se importaban elementos esenciales para la guerra. No hubiera sido muy difícil encubrirlo.

La investigación, sin embargo, no me empujó en tal dirección. A Otero le respondí que no lo sabía. Años más tarde se me ocurrió hacer un libro de ensayos sobre aspectos no demasiado conocidos del comportamiento de SEJE. Había preparado algunos que ya había comentado con el profesor Fontana, asesor histórico de Crítica. No recuerdo desde cuándo nos conocíamos, pero era desde hacía muchos años, ciertamente en mi primera época de historiador. Josep había tutelado prácticamente todos los libros que después publiqué en tal editorial y me había exhortado a continuar cuando me había sentido hundido por el peso de la documentación que debía descifrar para abordar *El honor de la República*.

Servidor continuó haciéndose preguntas. En primer lugar, ¿en base a qué principios jurídicos había convertido Franco, por una Ley Reservada de la Jefatura del Estado de 1.º de abril de 1939, en deudas estatales las derivadas de los préstamos que del extranjero había obtenido durante la guerra civil? No era posible poner en duda su capacidad de hacerlo, ya que estaba reconocida en la Ley del 30 de enero de 1938 (*BOE* del 31). En su artículo 17 precisaba que a Franco le correspondía la suprema potestad de dictar normas jurídicas de carácter general. A mayor

abundamiento, tal capacidad la había remachado otra disposición de 8 de agosto de 1939 (*BOE* del 9). Cosas sabidas, largamente abordadas en numerosas obras jurídicas y que desembocaron en la Ley Orgánica del Estado (LOE) de 10 de enero de 1967 (*BOE* del 11).8

Como se ha diseccionado tanto esta penúltima «ley fundamental» de la dictadura, no estará de más mencionar que dicha cacareada capacidad —derivada de la decisión de la inolvidable Junta de Defensa Nacional, nódulo de generales y jefes golpistas, de finales de septiembre de 1936 — se consagró en la primera disposición transitoria de la LOE —algo que durante el franquismo solía dar mucho juego por la tendencia de la «transitoriedad» a convertirse *de facto* en «permanencia»—. A tenor de ella, lo que solían denominarse «leyes de prerrogativa» quedarían en vigor en tanto en cuanto no se produjeran lo que púdicamente se enunciaban como «previsiones sucesorias». Es decir, en el fondo la voluntad de Franco seguía siendo una ley superior a todas las demás hasta que el Señor lo llevara a su regazo. O el diablo lo proyectara en el averno.

De aquí pasé a hacerme preguntas y más preguntas. Al principio de manera descoordinada. Ençuanto empecé a pensar en reunir varios ensayos —como había hecho en *Guerra, dinero, dictadura*—, busqué un hilo unificador. Si en aquella ocasión había sido la ayuda fascista y la autarquía, habiendo estudiado el comportamiento de Franco a lo largo de la guerra civil y de cara a Estados Unidos, me atreví a abordar una constante que discurrió entre 1936 y 1975. ¿Cuál podía ser? Evidentemente la única posible fue el «caudillaje», como había teorizado mi antiguo embajador en Bonn, Francisco Javier Conde.

Sin el empaque jurídico de tal catedrático de Derecho Político, me pareció que se trataba de una versión castiza, para consumidores españoles, del *Führerprinzip* nazi. Algo que, por cierto, otros catedráticos de la misma asignatura y de la primera hora del régimen consideraron como absolutamente normal. Cierto es que, tras la caída del Tercer Reich, se disimuló tanto como fue posible. Ya en esta

dirección pude sacar a la luz, entre otras anteriores, sus dos últimas aplicaciones secretas —después parece que ya no fue necesario, pero no pondría mi mano en el fuego por ello —. Estuvieron fechadas el 13 de abril de 1956 y el 1.º de febrero de 1957 y se relacionaron con los problemas suscitados por la ejecución de los convenios de ayuda económica norteamericana. ¡Hasta ahí había llegado el imperio de la voluntad de Franco en «su» España!

El libro resultante[9] gozó de un éxito inmediato. No suele figurar en gran parte de la extensa bibliografía sobre el Caudillo, pero introduje aspectos relacionados con sus proclividades nazis; la base militar como fundamento del modelo de disuasión de la dictadura; la cuestión del totalitarismo y la definición del régimen —con una crítica a las dominantes interpretaciones del gran sociólogo afincado en Estados Unidos, Juan Linz, que supongo me habrán concitado cierta animadversión entre algunos politólogos.

No sabía cómo terminar el libro y es entonces, más o menos, cuando me acordé de la llamada de Otero. Se convirtió en un mecanismo galvanizador. Pasé en revista las hipótesis a tenor de las cuales Franco hubiese podido actuar como «vendedor de café». No había muchas. Quizá hubiera importado y estraperleado con tal producto por medio de persona interpuesta, pero ya no existían registros de licencias de importación y, naturalmente, no habría sido expedida a su nombre. En medio de mi creciente perplejidad, intervino un exalumno de Julio Aróstegui, quien me lo había recomendado.

Vendedor de café

Mi ayudante en aquella ocasión fue Raúl Renau López. Me había echado una mano en las exploraciones de archivos, porque yo seguía afincado en Bruselas. Buen conocedor, por su propio trabajo, de varios de los madrileños, se le ocurrió ir al del Palacio Real. Se encontró con un montón de documentación de la Casa Civil de S. E. que me fue muy útil. Luego consiguió un empleo fijo y tuvo que dejarme.

Acudí entonces a uno de mis alumnos más brillantes, David Jorge, con el ruego de que mirara cualquier cosa que tuviese que ver con «café». En pocos días encontró un expediente completo. La operación por la cual Franco se hizo con 7,5 millones de pesetas de la época quedó al descubierto en su esplendor y también en toda su sucia gloria.

A partir de ahí, la cuestión fue sobre ruedas. El último capítulo del libro lo titulé con mala uva «Franco se hace millonario en la guerra y en la posguerra de la represión». Expliqué la procedencia de su fortuna por tres vías posibles. La primera por medio del desvío de fondos desde ciertas cuentas de las suscripciones nacionales que proliferaron en la zona sublevada. Luego, a través de la venta a la CAT (Comisaría de Abastecimientos y Transportes) de un café regalado por su homólogo brasileiro Getúlio Vargas. A la tercera me referiré inmediatamente.

En honor de Franco —si es que cabe asociar este concepto con su nombre—, el glorioso Caudillo y jefe del Estado vendió tal café a la CAT al precio de tasa y no al del mercado negro, que hubiese manchado su nombre entre personas para quienes debía quedar impoluto. También encubrió cuidadosamente el destino final de la contrapartida financiera: una cuentecita suya en el Banco de España.

Dado que el gobernador era en aquel entonces don Antonio Goicoechea, no hubo el menor problema. Todavía no sabía entonces todo lo que después supe de tan distinguido personaje —a ello llegaré en un capítulo ulterior—, pero sí fui a Madrid al Archivo Histórico del Banco de España, donde figuran algunos datos desperdigados sobre la evolución de las cuentas abiertas a nombre de Franco. Se observa una rápida disminución de los saldos en los primeros años cuarenta.

¿A qué se destinaron? Esencialmente, a hacerse con una propiedad rústica en los alrededores de Madrid, como cualquier burgués adinerado o, mejor aún quizá, como un ricachón sobrevenido que se hubiese aprovechado de las

desamortizaciones del siglo XIX. La forma y manera en que se llevó a cabo la operación puede seguirse en el Registro Mercantil de Madrid —que tiene entrada libre para cualquiera, por lo que mis afirmaciones son absolutamente comprobables; esto lo escribí con la FNFF *in mente*—. En dicho registro se encuentran, debidamente protocolizadas, las contorsiones jurídicas e institucionales que llevaron a Franco a invertir una parte de su ya considerable fortuna en un remedo de la concentración parcelaria —tan opuesta a la odiosa reforma agraria republicana—. Me refiero a su añorado proyecto —de larga preparación— para montarse una finquita que llegaría a extenderse a la friolera de 12,5 millones de metros cuadrados y que estaba ya en fase de constitución. Todo por la patria. Y como la patria justifica todo, no extrañará que Franco recurriera a diversos artilugios jurídicos y financieros con el fin de ocultar la propiedad de sus «terrenitos».

La «finquita», a mayor abundamiento, la arrendó a su querida esposa *antes* de la constitución de la sociedad de responsabilidad limitada Valdefuentes, que después, por eso de la ingeniería jurídica de la época, se convirtió en anónima.[10] Un dechado de perfecciones.

Naturalmente, el comportamiento financiero de Franco en aquella época fundacional —que alcanzó una fortuna en 1940 equivalente a unos cuatrocientos millones de euros, utilizando los coeficientes de conversión popularizados por el profesor y banquero José Ángel Sánchez Asiaín— era comparable, aunque a escala mucho más modesta, al de su secreto modelo: un tal Adolf Hitler. Los manejos financieros de este último nunca se conocieron en sus tiempos de gloria, pero se traslucen del análisis de la documentación que, si bien no siempre abundante, todavía se conserva en archivos oficiales, tanto federales como del estado de Baviera.

¿Resultado? En el libro quedó fijada para el presente y el futuro, bajo una luz nueva, la figura descarnada del «héroe» de la no menos heroica «cruzada» haciéndose una fortunita como cualquier otro alto funcionario, gran

empresario o alto general. Mientras tanto, los auténticos héroes que salvaban a España de caer en las garras del rojerío moscovita o del castizo morían en las trincheras o se desangraban en los hospitales de la retaguardia —frase que he utilizado siempre que me he referido al tema.

Claro que se levantó un pitote. La FNFF publicó un artículo en el que, con buenas palabras que siempre recordaré, se me presentó como un vulgar camelista.[11] Las cuentas personales de Franco durante la guerra civil se habían disuelto en las del Estado al terminar la guerra. El café, que había llamado mucho la atención, había sido una donación personal a Franco hecha por Getúlio Vargas, etc., etc.

Yo había pensado que historiadores no menos heroicos —bien gratis o pagados por la FNFF— hubieran ido al Archivo de Palacio a buscar más papeles y a demostrar que me había equivocado. En mi libro ya señalé que la exploración de fondos en que me basaba fue limitada, que había muchos más y que mi prueba, un tanto aleatoria, podría sufrir correcciones. Hasta ahora nadie me ha desmentido con papeles, aunque es evidente que soy un investigador que comete errores. Solo los historietógrafos —concepto que tomo de Alberto Reig— no incurren en ellos.

Probablemente, subrayo este adverbio, el canal más importante para acrecentar su fortuna durante la guerra civil no habría sido ni la detracción de fondos de las suscripciones nacionales ni la venta de café. Siempre di la primacía al clásico, pero tosco, procedimiento de «meter la mano en la caja». No directamente, no. Un general como Franco, llamado a la Gloria, no se rebajaría a tal menester. Se lo ordenaría a su primo, o a otros allegados, para que le abonasen, «por necesidades de la campaña», una parte de los insondables fondos que era preciso poner a la disposición del Cuartel General, de la Presidencia del Gobierno y de la Jefatura del Estado. Se ignora si se llevó contabilidad de las detracciones eventuales desde ellas a alguna de sus cuentas personales. En todo caso, nadie ha

podido demostrar que sus saldos fueran a diluirse en la Cuenta General del Estado, que no se formó hasta mucho después de la guerra, con Franco asentado sólidamente en la cúspide del «Nuevo Estado». Los documentos que se utilizaran en dicha preparación tampoco parece que se hayan conservado, pero «distraer» —perdón, reasignar— un cierto volumen de fondos, minúsculo en comparación con las necesidades financieras de la campaña, no hubiese llamado la atención.

¿Por qué no iba a hacerlo Franco? ¿Acaso no reflejaría con tal conducta la gracia de Dios, que tan abundantemente desparramaban sobre su incomparable figura casi todos los príncipes de la Iglesia? Y encima era «legal», porque lo que era legal y lo que no lo era lo definía el propio Franco en virtud de la aplicación ilimitada e incontrolada, también incontrolable, de su propia voluntad. Que, en virtud del *Francoprinzip*, era simplemente ley. En su España, la única posible.

Algunos «francólogos», sin duda más duchos y expertos que servidor, objetaron a mi caracterización de SEJE como «vendedor de café». Han disputado la noción de que el regalo de Vargas no fue hecho a España sino a Franco. En consecuencia, este estaba «legitimado» a hacer con él lo que le diera la gana. Puestos a embrollar, podrían haber derivado la consecuencia de que, en tales condiciones, los españoles deberían haberle quedado sumamente agradecidos por habérselo vendido, obviamente al precio oficial, a la CAT. Así llegaría a más gente. Es decir, contrariamente a lo que servidor había afirmado como autoconfesado historiado escasamente profranquista, el inolvidable «Caudillo» habría dado prueba de su magnanimidad e incluso desprendimiento.

Nadie lo ha demostrado. Esto es, claro, más difícil. Ahora bien, como ya he dicho y repetido a lo largo de estas memorias, ni hay historia definitiva ni hay historiadores definitivos. La historiografía seria, académica, es siempre un proyecto inacabado. Y, pensando en lo que eventuales críticos pudieran haber dicho, y no dijeron, traté de estar al

día.

No respondí en su momento porque, como ha ocurrido constantemente durante mi jubilación, terminaba un libro y empezaba otro. Entre ocho y diez horas diarias de trabajo, sin excluir fines de semana, dan —en mi modesta opinión— para mucho. Hasta 2022 no me decidí a continuar la historia del café. Una de las razones es que, aunque hacía años que había recibido nueva EPRE, no quería utilizarla en mi blog. Los artículos que en él se publican tienen, naturalmente, una difusión limitada, aunque se eleven a Facebook y a Twitter.

Pero como en los últimos años las humaradas de incienso vertidas sobre la simpar figura del Caudillo han ido creciendo en los medios de la derecha y extrema derecha, me decidí a darla a conocer. Un historiador brasileño, Fernando Furquim de Camargo, había tenido la amabilidad de enviarme su tesis doctoral en la Universidad de São Paulo sobre las relaciones oficiosas entre los dos «nuevos Estados», el latinoamericano y el español, incluidas las comerciales. Por parte brasileña respondía a casi todas mis preguntas. La dejé de lado y las sucesivas investigaciones que me tuvieron ocupado después me impidieron ocuparme de ella. Para entonces, el doctor brasileño la había puesto en red,[12] como ocurre por lo general con las que se aprueban en universidades españolas.

Entre tales relaciones, las expediciones de café tuvieron un papel importante. Las realizadas hacia la República eran las correspondientes a dos Estados que se reconocían mutuamente. Las que se hacían a la zona franquista solo fueron oficiosas. Y, Dios sea loado, nada más terminar la guerra civil y cuando el Brasil y la España de Franco todavía no las habían establecido oficialmente, el encargado español en Río de Janeiro de velar por ellas, un exsecretario de la embajada española en 1936 que se había pasado a los sublevados, informó al ministro de Asuntos Exteriores de la España triunfante de que el Gobierno brasileño había decidido enviar una donación al pueblo español de seiscientas toneladas del mejor café. A otra cosa,

mariposa.[13] Con ninguna felicitación a la FNFF por no haber sabido escoger mejor a alguien que pudiera demostrar que servidor es como me describen.

Más tarde me enteré de que el taimado general también había tenido la precaución de abrir una cuenta en un banco lisboeta a nombre de su entrañable hermano Nicolás, activo embajador en el país vecino durante casi veinte años, y de su no menos cercano ayudante y primo hermano, Francisco Franco Salgado-Araujo. Este era buen conocedor de sus actividades escasamente recomendables —pero de las que no dijo una palabra en sus conocidas memorias—. No hay que preguntarse por qué.

El juego entre las cuentas nacionales y la extranjera me hizo pensar que Franco, a su manera, fue un financiero perspicaz, bien por educación propia o bien porque era propenso a buscar consejo de conocidos y abogados proclives a traducir a la práctica sus más recónditos deseos. Entre ellos, quizá la posibilidad de transferir sus cuantiosas ganancias, cuando todavía no estaban tan invertidas en bienes inmuebles, desde el Banco de España al del Espírito Santo en Lisboa —¡qué nombre tan apropiado!— si las cosas se ponían mal en sus dominios. Hombre precavido vale por diecisiete.[14] Le sirvieron para, entre otras cosas, invertir en una «finquita».

17

Franco y el asesinato del general Balmes

Como no sigo en esta parte un orden cronológico estricto, he corrido capítulos para abordar lo más sustantivo sobre el comportamiento de Franco. En puridad, fue una consecuencia de lo que alrededor de 2010 tenía ya consolidado en mi interpretación del marco internacional que rodeó la guerra civil. El papel de degollador de la República correspondía al Reino Unido, pero no sabía muy bien por qué. Ciertamente conocía el primer libro de Enrique Moradiellos. Después habían salido algunos otros títulos, pero a mí me tiraba la investigación en los archivos londinenses. No me eran extraños. En esta ocasión, sin embargo, los sometí a un peinado riguroso. Para entonces, como ya he indicado, se habían abierto muchos más legajos. En esta ocasión fui hacia atrás.

Tenía cierta ventaja. Pocos habían hecho uso de los documentos que a finales del pasado siglo empezaron a desclasificarse en los National Archives de Kew en relación con la interceptación y descifrado de comunicaciones radiotelegráficas de antes de la guerra, procedentes tanto de la Comintern como de varios gobiernos, entre ellos el republicano. Los utilicé, muy moderadamente, en *La soledad de la República* y siempre me quedó un poso de curiosidad.[1] En una de mis primeras visitas a Kew tras mi jubilación, decidí cortar por lo sano y explorarlos más detenidamente.

Ya había visto algunas referencias a ellos en la literatura en inglés, pero esencialmente sobre las relaciones entre la Comintern y el PCGB. No me constaba que se hubiesen abordado en profundidad las que existieron antes de la guerra civil entre la primera y el PCE. Incluso ignoro si el diplomático E. H. Carr llegó a conocer su existencia antes de abandonar el Foreign Office en 1936. Tales documentos eran traducción de los mensajes enviados desde Moscú a los partidos comunistas de países tales como Austria, China, Checoslovaquia, Dinamarca, España, Francia, Grecia, los Países Bajos, Reino Unido, Suecia, Suiza y, no en último lugar, Estados Unidos. Sus lectores se contaban con los dedos de la mano en el Foreign Office, los ministerios de las tres armas, el Alto Estado Mayor Imperial y el gabinete del primer ministro. Iban en sobres azules (de aquí la denominación *blue jackets*).2 Estaban clasificados como máximo secreto. Con la documentación obtenida por otros servicios británicos (la Inteligencia Naval) y la embajada en Madrid y su red de consulados por lo que, en principio, no siempre me fue posible determinar por qué realmente los gobiernos de Londres se comportaron de forma tan abominable como lo hicieron al estallar la sublevación.

Así que me metí de lleno en tarea y no tardé en darme cuenta de un fenómeno que, con la radicalidad que expuse, *nadie* había explorado. De 1931 a mitad de 1935, el embajador de Londres en Madrid, *sir* George Grahame, había informado con gran corrección al Foreign Office. No había disimulado los fallos en la gobernanza republicana, pero en su opinión eran más los aciertos. Tuvo que jubilarse. Su sucesor, *sir* Henry Chilton, fue todo lo contrario. Llegó a Madrid en el otoño y desde el primer momento se codeó con los círculos de derechas, entonces en el gobierno. Nada que reprocharle. Lo que ocurrió es que siguió haciéndolo después de las elecciones de febrero de 1936. Sus informaciones se colorearon a la derecha, incluso en ocasiones hacia la extrema derecha. Los cónsules le siguieron. Uno de sus diplomáticos había sido trasladado desde un país báltico. Reforzó el temor del jefe de misión a

una (supuesta) revolución comunista. Aunque la información del MI6 no estaba —y sigue sin estar en 2023 — disponible, es verosímil que tampoco se apartara demasiado de la oficial de la embajada. Ciertamente ocurrió con el servicio de inteligencia naval. Me llamó la atención que, por un lado, se dijera una cosa (peligro de «sovietización» de España) y que los telegramas de la Comintern no fueran por tal línea. El asunto me olió a chamusquina.

Empecé a notar cosas raras. A mí me atrajo, inexorablemente, una figura borrosa pero conocida en la literatura: el capitán —pasaba, sin embargo, como comandante— Hugh Pollard, uno de los viajeros del *Dragon Rapide*. A la par, los legajos en los que se encontraban los despachos y telegramas de los cónsules británicos en las Canarias adolecían de grandes lagunas —caso de los de Tenerife, en donde radicaba el único de carrera— o bien habían desaparecido —lo que ocurrió con los del honorario de Las Palmas—. En todo caso, lo que quedaba apuntaba a la proliferación de graves disturbios promovidos por «comunistas» y la preocupación de los círculos de importadores en Inglaterra, con intereses muy asentados en el archipiélago.

Afortunadamente, tuve que hacer un viaje a las islas con mi mujer. Fue la mejor idea que pudiera habérseme ocurrido. Almorzando ambos con dos amigos (Rafael Molina Petit, técnico comercial y economista del Estado que había pasado toda su vida profesional en Canarias en diversos, cargos, y Antonio Aguado, ligado a la Fundación Juan Negrín y buen conocedor de la escena londinense) salió a relucir mi investigación. Rafael mencionó entonces que uno de sus antepasados, del que era sobrino nieto, el coronel Manuel León Rodríguez, contaba en el círculo de la familia en los años cincuenta que había sido ayudante temporal del general Amado Balmes en un momento en que su ayudante formal, el comandante Ramón Rúa Figueroa Brava, había pasado a otro destino. Solía decir que una noche Balmes le había pedido que lo acompañase al puerto

porque tenía una entrevista con el general Franco. León Rodríguez no estuvo presente en ella, pero recordaba que Balmes volvió con una cara muy seria. Que yo supiera, aquella entrevista no era conocida. Poco después, Balmes falleció en un accidente tirando al blanco con una pistola. Se le encasquilló. Se la apretó contra el vientre para desencasquillarla y se le disparó un tiro. Falleció horas después en el hospital.

En el ínterin, un avión inglés muy famoso, el *Dragon Rapide*, había aterrizado en Gando (Gran Canaria). Llevaba a bordo a un militar británico retirado, el capitán Hugh B. C. Pollard, a su hija Diana y a una amiga, llamada Dorothy. Tenían por misión trasladar a Franco a Tetuán. La historia es muy conocida. Se había hecho incluso una famosa película que dirigió Jaime Camino, con un famoso actor, Juan Diego, desgraciadamente ya fallecido, en el papel de Franco.

A mí, empapado en informes diplomáticos británicos que soslayaban incógnitas, se me despertaron todas las alertas. Si aquella entrevista se había producido, había cosas que no cuadraban. Lo primero que hice fue pedir a Segovia el expediente del comandante León Rodríguez. Su descendiente recordaba que se había quedado en Canarias durante la guerra y que no había ido a combatir a la península.

Comprobé que esto era cierto. Ahora bien, en unos momentos en que numerosos militares en las islas, sobre todo oficiales y jefes, competían por ir a luchar, todo un comandante se había abstenido. Es más, en algún momento pasó a la Escala Complementaria ¡a los cincuenta años, más o menos! Se trataba, me dijo Gabriel Cardona, de una vía muerta en la que se arrinconaba a los tibios y a los dudosos, sin la menor posibilidad de ejercer mando. La hoja de servicios tenía, además, aspectos muy sospechosos. De entrada, el expediente llegó a los archivos de Segovia en 1983, pero se volatilizó más tarde. Logré descubrir que había ascendido a teniente coronel y luego a coronel. En 1944, se le destinó a la Comandancia de Fortificación y

Obras de la primera región militar (Madrid). Cuatro años más tarde, desapareció de las escalillas, pero la hija de Balmes (fallecida en 2022) me dijo que recordaba que había visitado a su madre en la capital.

Todos estos descubrimientos fui analizándolos minuciosamente. No dejé de observar que el ayudante y primo hermano de Franco, entonces el teniente coronel Franco Salgado-Araujo, consignó en sus memorias que le pareció descartable que la muerte de Balmes se debiera a un accidente —hay que recordar que a veces escribió cosas que no debiera haber incluido en sus dos libros.

Me costó gran trabajo empezar a trenzar hilos. Descubrí el expediente militar de Pollard. También contenía algunas cosas rarillas. En la literatura se decía, y se dice, que era miembro del Secret Intelligence Service (MI6). *No es cierto*. Se incorporó a una sección de un servicio paralelo —que luego se integró en MI6—, al comienzo de la guerra europea. Este segundo expediente no se ha hecho público. Mis intentos de consultarlo toparon con una cortés negativa. Lo que ha aparecido sobre él ni siquiera menciona tales vacíos. Concluí que había gato encerrado. Sigo manteniéndolo. Lo único que pude aclarar es que se había escaqueado en gran medida de participar en primera línea, o en unidades combatientes, en el primer conflicto mundial —con la debida autorización— y que había servido como miembro del servicio de inteligencia militar en Irlanda, en el tiempo de la revuelta nacionalista. Llegué a la conclusión de que lo más probable es que fuera en plan de exploración a Canarias por cuenta del mismo servicio a husmear lo que pasaba.

El enigma tras el *Dragon Rapide*

Con ello di comienzo a una investigación que duró, con intervalos, la friolera de casi seis años, aunque interrumpida por otras más urgentes. Sus resultados fui exponiéndolos en una primera versión y luego en otra ampliada, tras hablar con la familia de Balmes gracias a la

intervención de una compañera, historiadora del arte en la Facultad de la UCM, en la que entonces yo seguía dando clases.[3] Lancé la tesis de que el famoso vuelo al aeródromo de Gando, cerca de Las Palmas, obedeció a la necesidad de Franco de salir de esta ciudad con rumbo a Marruecos *una vez que se hubiera desembarazado de Balmes*, que no había querido sublevarse. Innecesario es señalar que la tesis me granjeó mucha publicidad. También abundantes críticas. Incluso insultos que continúan. Se conservan en un par de libros, en internet y en el portal de la FNFF, que contiene algunos. Se me echó en cara que afirmase, nada menos, que Franco había inducido un asesinato. En aquellos tiempos eso era, todavía, muy fuerte. El dechado de virtudes que fue cabeza del glorioso Ejército convertido poco menos que en un asesino resultaba difícil de tragar.

Desmontar los camelos de Bolín, que había dejado un recorrido de pistas falsas en sus falaces memorias, tampoco fue nada fácil. Afortunadamente, había contradicciones, omisiones y camelos. A mí me hizo sospechar que ya en abril de 1936 el embajador británico en Madrid informase a Londres de que los conspiradores tratarían de atraerse a Goded y a Franco a la península por vía aérea. O que en el mes de junio el propio Gil-Robles buscara la forma de contratar un avión en Francia. Las inconsistencias entre el testimonio de Bolín y otros, que fui poco a poco localizando, aumentaron mi perplejidad. La realidad fue que la llegada del *Dragon Rapide* a Las Palmas se tuteló de manera tal que estuviera allí disponible poco antes de que Franco se trasladara desde Tenerife a Gran Canaria, una vez desaparecido Balmes.

El general Orgaz, monárquico residenciado en la isla desde mayo, esperaba tanto la llegada del avión que no dudó en prever la posibilidad de tener que recurrir a un correo del servicio postal de Lufthansa. Ningún documento español lo recogió, pero sí varios alemanes que ya mencioné en mi primera obra. Después, consumado el asesinato, Franco incluso dudó en subirse al *Dragon Rapide* camino de Casablanca sin tener un pasaporte italiano para

él y para su ayudante y primo hermano. Tampoco se encuentran rastros de estas dudas en archivos españoles, pero sí en los italianos. Renunció a ello cuando probablemente le convencieron de que su preciosa vida no corría ningún peligro. Hombre prudente vale por treinta y siete.

Tardé en descifrar el cúmulo de mentiras y distorsiones que se habían acumulado a lo largo del tiempo. Las claves definitivas no pude encontrarlas, hasta que un aficionado[4] —movido sin duda por las «mejores» intenciones hacia mi modesta persona— publicó un primer panfleto basado en documentos supuestamente irrebatibles: la «autopsia» practicada al cadáver de Balmes, las declaraciones del único testigo del «accidente» y los resultados de una encuesta efectuada en 1940 entre diversos militares de variados empleos para conceder a la viuda la pensión de caído por Dios y por España.

¿Problemas? La autopsia no fue tal, sino un documento declarativo ante un secretario del juzgado de guardia. Su valor probatorio es nulo y contiene errores elementales. El tiro no le entró a Balmes por el abdomen, como hubiera sido lo normal de haberse colocado imprudentemente la pistola sobre él, sino por el hipocondrio izquierdo. El único testigo, el chófer, mintió —acobardado— como un vulgar villano. La encuesta fue un paripé en el que incluso participó el asesino. Un militar a quien Franco, desde entonces, protegió siempre que tuvo necesidad, a pesar de haber demostrado ser una nulidad durante la guerra civil. Fue el único jefe de división que retrocedió, frente a las acometidas del denominado «Ejército rojo» de malhechores, más de cien kilómetros. Esta benevolencia de Franco me parece que es un caso insólito, porque implicó cambiar las conclusiones de un consejo de guerra para rebajar la pena impuesta a tan valeroso mílite de forma tal que pudiese continuar en el Ejército. Es decir, tenemos en este caso a un Franco servicial y amable, tan preocupado por el futuro de su subordinado que ordenó que se redujera la sentencia inicial de forma tal que su fiel lacayo no perdiera la

posibilidad de ascender.

La hoja de servicios y el expediente personal de dicho jefe son un prodigio de manipulación. Al principio, ni se le concedieron las condecoraciones más o menos automáticas de la campaña. Tuvo que regresar a Las Palmas, primero como teniente coronel, sin ellas. El capitán general de Canarias solicitó que se le otorgaran, pero el general José de Rosas Fernández, gobernador militar de Las Palmas, se opuso. Cabe pensar que el tema fue conocido en las altas esferas de la guarnición. En el expediente que contiene su hoja de servicios se inscribió que antes de decidir sobre los futuros destinos del teniente coronel había que consultar a la Dirección General de Personal del Ministerio del Ejército. Felizmente intervino la Divina Providencia, que, como es notorio, siempre acude en auxilio de los desamparados. El ministro del Ejército, Enrique Varela, hizo valer su autoridad para que se le regalaran las condecoraciones e incluso dio el visto bueno para el ascenso a coronel. No extraña que este «caballero» terminara colocándose en la espesa burocracia de los sindicatos verticales falangistas, el gran invento de la dictadura.

Por los pocos documentos que pude encontrar sobre su gestión, tampoco fue una maravilla. Al final, SEJE le echó una manita otra vez y lo nombró gobernador civil en dos provincias. Un *killer*, pues, bien situado, como tantos otros gobernadores tras la victoria, pero también con un pasado realmente oscuro. En su caso, mucho más digno de desprecio, ya que escapó a la ignominia que se derramó sobre el coronel Domingo Rey d'Harcourt, el jefe de la guarnición de Teruel que rindió la plaza tras una dura resistencia ante las fuerzas republicanas. La única capital de provincia en poder de los sublevados en lo que así ocurrió.

Por desgracia, es difícil que, salvo que aparezca nueva EPRE —que incluso imagino dónde podría estar—, sea posible llegar a conocer con exactitud la forma y manera en que Balmes fue asesinado. Todos los historiadores han de acudir —y han acudido— a las memorias, muy sesgadas, del juez militar nombrado para aclarar las circunstancias

del «accidente», el entonces comandante José Pinto de la Rosa. Las publicó en 1944, debidamente «peinadas». Cardona me informó de que fácilmente las encontraría en internet, y así es.[5]

Lo que se conserva del expediente sobre el caso y que aireó el aprendiz de historiador —en el archivo de pensiones de la Dirección General de Personal del Ministerio de Defensa— muestra la incongruencia de tales memorias con los papeles que el mismo Pinto de la Rosa emitió en su momento en funciones de juez. Entre ellos figuraba el haberse hecho cargo de los efectos de Balmes en el momento del «accidente». Había una camisa de seda rayada, amén de la guerrera y un pantalón corto. Uno se pregunta: ¿es posible imaginar que Balmes, antes de ir al tiro al blanco, visitase dos cuarteles y un cañonero, como escribió el juez, en tal indumentaria? Ni que el Ejército español hubiese importado la moda de los *shorts* de su homólogo británico en la India.

Igual de grotesca fue la «ensalada» de argumentos relacionados con la imperiosa necesidad del avión en aterrizar en Gando porque no podía hacerlo en Los Rodeos a causa de las dificultades climatológicas. Mi primo hermano Cecilio Yusta conocía los aeropuertos canarios como la palma de su mano desde que empezó su carrera de piloto civil. Nosotros aburrimos a los lectores con datos y datos sobre las fechas y tipos de aviones que en la época volaban a Los Rodeos sin el menor problema. Lo que siempre se intentó encubrir es que Franco **necesitaba** que el *Dragon Rapide* volase a Gando para poder escaparse de Gran Canaria tan pronto hubiese presidido el entierro de Balmes (17 de julio) y recibiera confirmación de la sublevación en el Protectorado. Para algo estaba en contacto con Yagüe, aunque, lo que son las cosas, los telegramas o telefonazos que se hicieran no han dejado huella salvo en una ocasión.[6]

El caso continuó suscitando pataletas en los círculos profranquistas. Es difícil argumentar contra los sólidos argumentos de anatomía y ciencia forense que desarrolló el

Dr. Miguel Ull, los aspectos aeronáuticos que analizó Cecilio y la documentación existente, a pesar de sus lagunas. Aun así, se ha intentado. ¡Hay que salvar el honor de Franco!

Nosotros hubiésemos querido profundizar en la investigación. Fue sin contar con los jueces. Con buenas palabras primero y con el silencio después, se nos denegó el acceso a una causa en que pensábamos que podrían encontrarse algunos datos adicionales sobre el asesino. De otro archivo, esta vez particular, se nos prometió el acceso, pero ahí quedó el asunto. Al escribir estas líneas, y después de haber sabido mucho más de las correrías, en ocasiones infames, de Franco, ¿qué diablos tiene el asesinato de Balmes para que subsistan tales obstáculos? Respuesta: el miedo al pasado tenebroso de Su Excelencia el Jefe del Estado. Es difícil que el futuro sea radiante para su memoria.

Una penosa biografía de Franco

Esta última afirmación puede hacerse, con bastante seguridad, hoy. No siempre fue así. Quizá pueda pensarse que he llegado a estar obsesionado con Franco y con su comportamiento de cara a la guerra, en la guerra y después de la guerra. No es cierto. Lo que siempre quise fue calar más profundamente en dimensiones de su vida que hasta entonces no habían sido tratadas, en mi opinión, de forma adecuada. Concebí mi tarea como la obligación moral y ética de rellenar huecos en el conocimiento. Siempre fui muy consciente de que la voluminosa biografía que de él escribió *sir* Paul Preston era difícilmente superable. Me afirmé en ambas actitudes cuando en 2014 se publicó una lamentable versión sobre la vida y obra del dictador escrita por el profesor Stanley G. Payne (catedrático jubilado de la Universidad de Wisconsin) y un periodista con un pasado ligado al CEDADE,[7] Jesús Palacios. Ya habían colaborado en un libro de chismorreos obtenidos en conversaciones con Carmen Franco Polo al que pegaron una segunda parte más

«histórica».[8] También montaron una compañía de derecho español que publica una revista digital que no suelo ojear, pero que es instructiva para aquellos que prestan alguna atención al pensamiento derechista en España.[9]

Un vistazo a las informaciones que dispensa gratuitamente Mr. Google sobre ambas obras muestra que también recibieron reseñas amables, pero con alguna displicencia en varios de los comentaristas. Esto último es lógico. El profesor Payne es uno de los autores más prolíficos en historia de España. Sus títulos se cuentan por docenas. Ha recibido honores y condecoraciones norteamericanas y españolas. Su influencia en una generación de historiadores de derechas es innegable. Ha creado escuela. También, a su vez, se ha visto influido por esta última, con protagonistas más jóvenes. Tengo en mi casa prácticamente toda su obra al completo en libros, aunque no en artículos. Criticar a Payne expone a contracríticas de sus seguidores. A mí este riesgo siempre me importó un comino. Suelo discrepar sistemáticamente de él cuando lo que escribe se cruza en lo que desarrollo en mis investigaciones. No me detengo en su obra.

En el caso en cuestión, confieso haber hecho una excepción. Al fin y al cabo, los dos autores se propusieron resituar historiográficamente la figura de Franco.[10] Lleno de curiosidad, leí su segundo intento y se me despertó una indignación profunda. A pesar de sus alegatos, y de algunas reseñas que naturalmente alabaron su obra —los pelotas no escasean en la profesión—, para mí quedaron bastante claras dos cosas: no se basaba en fuentes primarias y edulcoraba en buena medida la trayectoria histórica y la personalidad del biografiado.

En materia de fuentes primarias, he afirmado y reafirmado durante años que Payne no ha sido nunca un historiador de archivo ni que tampoco se ha orientado por la atracción de los descubrimientos. El único archivo que, de vez en cuando, aparece —y no mucho— en su dilatada obra es el de la FNFF. Notoriamente insuficiente. Que haya abierto brecha en el conocimiento del pasado es difícil de

demostrar. Jamás se ha zambullido por debajo de la superficie.

Lo único que reconozco es que, en algún momento, a comienzos de los años setenta del anterior siglo, probablemente intentó visitar el archivo de la guerra civil en Salamanca. Hubiese sido una novedad absoluta. En 2011 y 2012, publiqué una carta de Ricardo de la Cierva, a la sazón director de la Editora Nacional, al almirante Jesús Fontán Lobé el 7 de abril de 1972. Este marino no era un don nadie. Estaba muy relacionado con Franco y Carrero Blanco; se había sumergido en el mundo de los servicios secretos; tenía experiencia del extranjero en algunos puestos sensibles y en aquel momento era el responsable de los Servicios Documentales en la Presidencia del Gobierno.[11] Es decir, de él dependía el archivo en cuestión. De la Cierva informó:

> Conoce usted, sin duda, la evolución de este gran hispanista, que en este momento acaba de publicar su libro —que coincide con nuestra tesis básica sobre la desintegración de la República y la necesidad de acabar con todo aquello. Por eso le ruego indique a Don Pedro Ruiz Uribarri[12] (*sic*) que le facilite todo lo posible su visita al archivo. Se trata, como usted sabe, de un gran prestigio internacional y de un gesto por nuestra parte que subraya la línea favorable en que, desde hace ya más de cinco años, está colocado.[13]

Así, pues, el gran hagiógrafo de Franco e historiador algo más que cortesano fijaba hacia 1967-1968 la conversión de Payne y se refería, probablemente, a su libro *The Spanish Revolution*, publicado por Norton en 1970 y al año siguiente, en Inglaterra, por G. Weidenfeld. No se equivocó lo más mínimo, ya que la fijación en sus «novedosas» tesis no solo continuó, sino que se acrecentó hasta llegar a sus últimas obras.

Sobre Palacios, las noticias fueron siempre más difíciles de encontrar, pero tampoco costó mucho esfuerzo rastrear algo de su pasado que, lo que son las cosas, se refleja mínimamente en su entrada en Wikipedia en inglés y en castellano.[14] Podría afirmarse que Dios los cría y ellos se

juntan o, para ser más elegante, *birds of a feather flock together*. En su revista *Kosmos-Polis*, de vez en cuando historiadores y politólogos desarrollan las teorías de tan connotados historiadores.[15] Es para mí un distinguido honor que se hayan dignado a publicar en ella por persona interpuesta una acerba crítica de mi trabajo. Tal deferencia no me ha hecho jamás entrar al trapo. Siempre he velado para que la crítica permanezca en la entrada de Wikipedia sobre mi humilde persona. Si algún lector hace caso de la misma, ya sabe ahora lo que hay detrás: la aplicación del recio refrán castellano del que no hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

Esto no quiere decir que me mostrara indiferente a lo que me pareció ser una biografía algo más que penosa. Así que al poco tiempo de leerla reuní a un grupo de historiadores, esencialmente españoles, para hacerle una crítica dura, pero académica. No creo que antes se hubiera efectuado algo similar en España sobre dos autores vivos y en plenitud de forma. Mi idea era que todos aquellos que supieran leer castellano pudiesen hacerlo en Brisbane, Tokio, Oslo, Nueva York, Buenos Aires o San Petersburgo.

Se imponía, pues, una revista digital. Dada la calidad de los intervinientes, *Hispania Nova*, que es la primera de estas características que surgió en España, en parte gracias a los esfuerzos de Julio Aróstegui, se mostró dispuesta a facilitarnos la publicación de un número extraordinario. El resultado apareció meses más tarde.[16]

Acudí a los mejores especialistas que pude. Rogué, claro está, que no se limitaran a la biografía, sino que, en lo posible, abordasen también la trayectoria historiográfica de los autores que la habían escrito. Mi prólogo ya anunció el tenor. Francisco J. Rodríguez Jiménez llevaba años leyendo a Payne. En su contribución rindió homenaje a sus numerosas obras y a su labor como creador de opinión. Resaltó sus luces y no dejó de mencionar sus sombras, que, en los últimos veinte años, han sido exageradamente abundantes. También sus contradicciones. Aquí resaltaré, por lo que me concierne, cómo fue cambiando de opinión a

lo largo del tiempo sobre el famoso memorándum con los italianos el 31 de marzo de 1934 firmado por eminentes políticos y militares monárquicos. Por otro lado, defensor a ultranza del ultraanticomunista Bolloten, la interpretación de Payne de la guerra civil está ligada a la de su inspirador.

Alberto Reig hizo lo que esperaba de él. Resguardado tras una bibliografía impresionante, ofreció de entrada lo que importantes políticos de la España contemporánea habían dicho de Franco. «Caudillo nuestro y padre de la patria», «ser excepcional», «regalo de la Providencia cada dos o tres siglos», «hombre de Dios, figura que escapa a los límites de la Ciencia Política», «el hombre al que debemos fidelidad inquebrantable», etc., etc. Para sonrojarse. Examinó el casi decálogo de conclusiones a que, aparentemente, tras años de esfuerzo, paciencia casi benedictina, ausencia de documentación primaria y saqueo de bibliotecas, había llegado el dúo. «Aceptó siempre la legitimidad de la II República», «no conspiró contra ella», «no ordenó el bombardeo sistemático e indiscriminado de ciudades republicanas», etc., y se carcajeó de la apropiación, como si fueran descubrimientos de tan famosos autores, de lo que centenares de historiadores habíamos dicho sobre Franco y las leyendas tejidas en torno suyo durante la larga dictadura.

Correspondió a Francisco Sánchez Pérez abordar la actitud del «héroe» ante la maligna República, es decir, uno de los capítulos más sobresalientes de la nada ecuménica obra de Payne. Destacó sus olvidos (inexplicables), sus errores (sorprendentes) y sus contradicciones (insalvables). Yo me hubiera escondido en una cueva tras leer un agasajo similar y me hubiese quedado en ella.17 Las contorsiones de tan afamado autor en relación con el gran problema español que intentó abordarse a través de la reforma agraria las puso de relieve Sergio Riesco. Uno de nuestros mejores historiadores militares, Juan Carlos Losada, pasó por el peine fino el relato de la guerra civil, otro de los puntos culminantes en la tan exitosa carrera académica y publicística del profesor Payne. Fue muy duro: le achacó

«falta de honestidad intelectual», numerosas falsedades, afirmaciones inverosímiles no contrastadas, entre ellas la utilización de uno de los eslóganes más abultados y distorsionados de la «historiografía» derechista sobre la República: «El sector socialista de Largo Caballero estaba intentando precipitar una revuelta militar desde hacía semanas».

José Luis Ledesma, uno de los más acreditados historiadores de la violencia, reprochó a los autores su empleo de la tesis de la equidistancia de las acaecidas, aunque reconocieran que «la represión de los militares alzados *fue algo más amplia*». Todavía no se habían enterado de la ya entonces inmensa literatura existente sobre la represión comparada y sus características cualitativas tan diferenciadas. Todo lo que fuera diluir las fechorías de los «salvadores de la patria» venía bien. No era el caso, evidentemente, de los supuestamente opuestos a ella.

Francisco Moreno Gómez, de los precursores del estudio de la acción represiva de Franco tras la guerra, dejó completamente desnuda a la pareja y puso de relieve todo lo mucho que ocultaron sobre la multirrepresión, incluidos campos y cárceles tras la victoria. Subrayó el vector nazi en la misma, que calificó de «ejercicio mitográfico en pleno siglo XXI» y que, además, «carecía de novedades».

El volumen abordó también uno de los capítulos ignorados por tan poco solventes mitógrafos: la represión política a través de la jurisdicción de guerra y sucesivas jurisdicciones especiales de la dictadura. Ni se molestaron en ojear la ya extensa bibliografía, ni consultaron el *BOE*, ni se dejaron aconsejar por ningún especialista. Iban a hacer caja y a dorar laureles con su público. Glicerio Sánchez Recio, que desde jovencito visitó ya los archivos que iban abriéndose del franquismo, atacó la inanidad científica de los autores, uno de los cuales pasa por ser un historiador de referencia, nada menos, que del fenómeno fascista. Finalmente, un economista y amigo mío, Manuel Sanchís, tocó el tema del papel de Franco y la política económica de su régimen. Su conclusión señaló que fue una rémora para

el desarrollo económico y moral de España. Yo me limité a señalar su tan decantada «hábil prudencia» para sus negocios y para la política exterior.

Hubiera debido ser Payne un superhombre para responder. No lo intentó. O, mejor dicho, se hizo el loco. A los pocos años ya estaba martilleando de nuevo a los «herejes» que no comulgábamos con su ortodoxia y confirmando las bases de su *rapprochement* a los militares españoles de extrema derecha. Tampoco me extrañó que ninguno de sus discípulos lo hiciera. No importa. La calidad de una u otra aportación no es un tema sometido al arbitrio personal. Está definida o determinada por nuestros pares. Y, al final, como es lógico, es la que puede ganar, porque no suele estar motivada exclusivamente por razones o argumentos espurios.

Caudillo con suerte, pero también gracias a sus generales y a Juan March

En medio de las anteriores batallitas historiográficas un gran historiador militar, amigo de Gabriel Cardona y mío, el coronel, ya retirado, Fernando Puell de la Villa, había tenido la brillante idea de crear una asociación de interesados por la historia militar. La sugerencia fue suya y exclusivamente suya y a él le corresponde todo y el único mérito. Me pidió que aceptara la presidencia una vez que la asociación (ASEHISMI, Asociación Española de Historia Militar) había empezado a andar. Yo me resistí, pero me convenció. Durante dos años la ejercí, supongo a la satisfacción de todos, pero no tardé en darme cuenta de que mi continuación podría perjudicarla, dadas las connotaciones que la prensa y autores de derechas asociaban con mi nombre. Mi renuncia al cargo[18] la justificaron las presumibles consecuencias de una nueva aventura que inicié en aquella época y en la que no salían bien parados numerosos generales y jefes del Ejército español de la victoria en 1939.

En la prensa del Reino Unido había salido a la luz en

2013 una referencia a los documentos desclasificados que, en aquella ocasión, causaron cierta polvareda en algunos periódicos madrileños. Recuerdo en particular *El País* y *ABC*. Sus respectivos corresponsales en Londres se hicieron eco de las noticias sobre pago de sobornos a ciertos generales españoles durante la segunda guerra mundial.

Era, en principio, un aspecto muy conocido. Lo había descubierto un amigo mío, Denis Smyth, en su tesis doctoral, publicada de inmediato con el título de *Diplomacy and Strategy of Survival. British Policy and Franco Spain 1940-1941*. Lo enfatizó después en un artículo en francés sobre los «caballeros de San Jorge». A Denis le llamó en seguida la Universidad de Toronto. Dejó Cork, en Irlanda, y en Canadá pudo desarrollar una carrera brillante a base de publicaciones que quizá no hayan tenido demasiado éxito de público, pero que son de una solidez académica a prueba de bomba.19

Entonces intervino la casualidad. Un periodista de *El Confidencial* de la época, Peio H. Riaño, me preguntó si no podría explorar algo más la cuestión de los sobornos. Como ir a Londres formaba parte de mi ocupación habitual, acepté inmediatamente con la condición de que al menos me pagara la estancia extra y el viaje. En los archivos observé de inmediato que lo que los británicos habían desclasificado era oro puro, porque permitía avanzar mucho más en el conocimiento de la operación. El tema ya lo había destacado con documentación norteamericana un exdiplomático británico, David Stafford, que había pasado a la Universidad y se había especializado en operaciones y relaciones encubiertas en la política exterior de su país. Incluso Joan E. Garcés, entre otros, la había tratado en castellano.

Cumplí con Riaño, pero unos cuantos artículos20 no me permitieron exponer todas las facetas de la operación y las lecciones que cabía extraer. De aquí que decidiera concentrarme en este nuevo desafío en buena y debida forma. En un libro bastante grueso avancé en todos los aspectos en comparación con todo lo que se conocía y se

había escrito. No lo digo por prurito personal. Quizá cualquier otro historiador lo hubiera hecho también, pero fue servidor quien detectó la mina de oro abierta en los Archivos Nacionales británicos. Su exploración me permitió iluminar la génesis, los antecedentes y el desarrollo de la operación, en la que el propio Winston Churchill tomó un interés inusitado. Por consiguiente, en mi entender, había que insertarla en la dinámica de la política británica del período —manifestada en la esfera diplomática, política, económica y de defensa—. También Moradiellos, Ros Agudo y varios autores británicos habían explorado dichos campos, pero sin referirse demasiado a los sobornos. No hubieran podido hacerlo.

Al cabo de varios meses de intensos trabajos llegué a la conclusión que Sobornos, como denominé la operación, fue el basamento fundamental sobre el cual se levantaron otras actuaciones en la España de Franco vehiculadas por MI6, SOE (*Special Operations Executive)* y demás organizaciones de operaciones clandestinas británicas. Puesto a ello, también descubrí los planteamientos del PWE (*Political Warfare Executive*), algo totalmente inédito. Marqué los altibajos de la operación, que fue cambiando con el paso del tiempo, una vez que la amenaza de una invasión alemana se disipara.[21]

Se trató de una actuación impulsada al más alto nivel, muy meditada, ágil y exitosa. Regó de dinero negro a numerosos generales, incluso al propio hermano de Franco —un pinta de primera línea—. Probablemente, se desparramó por escalones inferiores, según lo consideraran los sobornados. Se hizo con la ayuda inestimable de Juan March, a quien, en mi opinión, el régimen hubiera debido elevarle una estatua. No por nada se había alabado por tantos autores de mayor o menor enjundia el inmarcesible logro del Caudillo en mantener a España sin entrar en la segunda guerra mundial.

Las masas y masas de papel —a las cuales se aplicó uno de los más altos grados de clasificación de fuentes de archivos en Reino Unido— no fueron, sin embargo,

suficientes para que algún autor lleno de ínfulas historietógrafas clamara que todo ello no había sido sino un invento del embajador en Madrid, *sir* Samuel Hoare, para quedarse con las sumas de dinero que se invirtieron en la operación. Piensa, naturalmente, el ladrón que todos son de su condición.

Entre los receptores de fondos figuraron, ¡cómo no!, «héroes de la cruzada»: Aranda, Galarza, Kindelán, Orgaz —que también jugaba con los nazis—, Varela y muchos otros. Analicé la operación en perspectiva comparada con la de Carne Picada y acentué su significación histórica e importancia económico-financiera. Absorbió recursos que, en pesetas de la época, llegaron casi al nivel de la suma conjunta de los presupuestos de 1944 para los ministerios de Asuntos Exteriores, Justicia y Gobernación.

Escribo «casi» porque todo dependió de los tipos de cambio que se aplicaran a los dólares y libras de una operación que pasó por las manos de March y que habría sido altamente improbable que hubiese convertido en pesetas por los canales oficiales. Nunca afirmé que Franco no entró en la segunda guerra mundial por causa de los sobornos británicos exclusivamente. Lo que sí mantengo es que cumplieron la función para lo que fueron pensados a lo largo de una operación que duró tres o cuatro años con objetivos que fueron cambiando con el paso del tiempo y que nadie, absolutamente nadie, había revelado. Es más, la paleta de instrumentos adicionales que desplegaron los británicos fue mucho más amplia que la norteamericana. Al final, incluso se llevaron el gato al agua cuando Churchill convenció a Roosevelt de que su política era más apropiada que la que predicaba este.[22]

Años más tarde, me encontré en Zaragoza con unos familiares del general Aranda. Se extrañaron mucho de lo que había escrito. No tenían ni idea de que a su antepasado le hubiera llegado nada. No supe qué contestar, porque lógicamente a los británicos lo que hicieran los sobornados con sus bien ganados fondos no les importaba lo más mínimo. Aranda pudo dejarlos en el extranjero, gastárselos

en juergas o, más probablemente, contribuido a sostener el tren de vida de don Juan de Borbón en Estoril —como hacía, incidentalmente, el propio March—. La prensa narró, sin embargo, que la familia Kindelán tenía grandes propiedades inmobiliarias en Londres. Hubo muchas formas de ocultar en una dictadura, que premiaba a su cúspide con todo tipo de sobornos materiales, unos ingresos cuya fuente siempre permaneció secreta para una Hacienda maniatada.

Lo que me quedó claro es que es impensable que los británicos hubieran invertido tantos recursos escasos en sobornar a varios generales próximos a Franco, e incluso a su propio hermano Nicolás, y que ello no hubiera tenido ningún efecto sobre el endiosado Caudillo.

Determinar hasta qué punto en el crucial año de 1940 Franco no demostró más entusiasmo por entrar en guerra al lado de Hitler se debió a las influencias que tuvieron sobre SEJE. Será difícil de documentarlo si no aparece nueva EPRE. El caso de Aranda no da pie a muchas esperanzas. El libro contuvo también una descripción, creo que un tanto novedosa, de las relaciones triangulares entre el régimen de Franco, los británicos y el Tercer Reich. Puso de relieve las inconsistencias y errores, a veces fundamentales, no solo de historiadores profranquistas españoles sino también los de Stanley G. Payne, que había escrito una monografía sobre las relaciones bilaterales hispano-germanas. Algo penoso de leer.

Los sobornos continuaron la lógica de un tipo de política británica hacia España que duró entre 1931 y 1975. Una aplicación fría de los principios que habían orientado sus relaciones con otros países desde los tiempos de Lord Palmerston y que luego querían recuperar, a su modo y manera, los *Brexiters*: el Reino Unido no tiene ni enemigos permanentes ni amigos permanentes. Sí tiene intereses permanentes. Con la diferencia profunda de que en la actualidad Londres se vería en grandes dificultades si cortara su relación umbilical con Estados Unidos.

¿Y los laboristas en todo aquel proceso? Siempre se inclinaron ante los superiores intereses del Gobierno de Su

Majestad, que ponían en primer término la estabilidad geopolítica y geoestratégica de la Península, la protección de Gibraltar y las rutas imperiales y su posición de influencia económica en España. ¿Y los españoles no franquistas? ¡Ah!, lamentablemente tuvieron que ser sacrificados por cuenta de objetivos más elevados. *Realpolitik* en estado químicamente puro.

El Brexit me obligó a cambiar radicalmente los planes que me había hecho de retirarme a Inglaterra. Había pensado en un futuro en el que, tal vez instalado en Richmond, pudiera ir a los archivos de Kew casi todas las semanas. Temas por investigar no faltaban, algunos relacionados con España, otros con Alemania y con la URSS. No pudo ser. Las consecuencias del Brexit afectarían negativamente a mis mecanismos de asistencia médica, es decir, a un tema vital. No nos movimos de Bruselas.

18

Sobre la conspiración de 1936

Todo lo que antecede fui desarrollándolo en un clima de creciente crispación en amplios sectores de la profesión a causa de la concurrencia de tres fenómenos sin paralelo en ningún otro país de la Europa occidental en aquella época:

– La resistencia del Gobierno del PP a poner en práctica las previsiones de la Ley de Memoria Histórica, impulsar activamente la desclasificación de documentos y negociar una nueva Ley de Secretos Oficiales que sustituyera a la franquista de 1968. Hubo cierta desclasificación, pero no se le dio la menor publicidad.
– La negación, pura y dura, a ayudar mínimamente a la identificación de los miles y miles de españoles que seguían y siguen yaciendo en lo que se ha denominado, con razón, las «fosas del olvido».
– La superficialidad, dado el bajo nivel de la enseñanza de la historia contemporánea en la ESO y en el bachillerato. Continuó rehuyéndose un relato que necesariamente tenía que desautorizar varios mitos franquistas —muy enquistados— de cara a la formación mínima de las jóvenes generaciones.

Seguí esta evolución desde Bruselas, pero también con visitas a España cada vez más frecuentes. Por supuesto, no tenía la menor idea de que este bascular continuo iba a pararse radicalmente a causa de la pandemia que estalló en 2020. En este año ya lo veía como lo más normal y una pauta de futuro.

Desde que a principios de este siglo empezaron a exhumarse esqueletos de las víctimas de la represión franquista, a mí me pareció obvio que era necesario un esfuerzo de los poderes públicos por avanzar en el conocimiento de los capítulos más oscuros, más sombríos, más negros del pasado oculto: una represión que no solo tuvo lugar en la guerra sino también en la posguerra. O lo que es lo mismo: creí, y sigo creyendo, indispensable facilitar el conocimiento de lo sucedido, no con ánimos de revancha, como algunos afirman. Solo porque no hay pueblo que pueda vivir huyendo continuamente de su historia. Los alemanes lo intentaron hasta cierto punto en los años en que estudié en Berlín y no sirvió para nada, excepto para que numerosos criminales nazis murieran sin haber respondido de sus fechorías.

Entonces, dado lo que ya se sabía sobre la guerra civil y la represión en ambas zonas, la dirección quedó trazada para mí: el futuro no pertenecería a los autores empeñados en blanquear en mayor o menor medida una dictadura ensangrentada. Muy bien lo entendió esta cuando, desde el principio, exaltó la figura de los mártires, de los «caídos por Dios y por España», y lanzó la investigación de la Causa General. Provoca sonrojo seguir leyendo lo que sobre la República, la guerra civil y el franquismo empezó a circular en aquellos años. En ciertos periódicos de papel, pero en particular en la esfera digital.

Una natural *envolée* me llevó a centrarme en grandes temas. He dejado, conscientemente, de lado hasta el momento toda referencia a la chispa que provocó la investigación de mayor calado que me había propuesto hasta entonces. En la primavera de 2012, no me sentía demasiado bien físicamente. Las últimas clases en el mes de mayo fueron para mí un tanto agónicas. Regresaba a Bruselas tan pronto como me era posible. Dejé, pues, al cuidado de Raúl Renau López explorar algunos archivos, porque no quería extender mis estancias en Madrid más allá

de lo absolutamente imprescindible. Había estado muy ocupado con la condensación en un tomo de la tetralogía sobre la República y le pedí que echase un vistazo a algunos papeles en los archivos de la Fundación Universitaria Española (FUE), sitos en la calle de Alcalá, poco antes de llegar a la de Velázquez.

Era notorio que en ella se conserva una gran parte de la documentación del Gobierno republicano en el exilio. A mí me había interesado sobre todo la del embajador en México, Félix Gordón Ordás. También había leído una biografía de March —tengo varias en mi biblioteca— escrita por Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo, catedrática de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM y exministra de Educación y Ciencia. En ella encontré una pequeña referencia, bastante críptica, a un contrato firmado con Italia.[1]

No olvidaré que fue a finales de mayo de 2012 cuando me llamó Raúl a Bruselas. Había encontrado no uno sino varios contratos firmados por Sainz Rodríguez con unos italianos, *pero el 1.º de julio de 1936*. Me quedé de piedra. Le pregunté insistentemente si la fecha era la correcta. Me dijo que sí. Le respondí que iría a Madrid a verlos. Tuve que hacer de tripas corazón porque seguía encontrándome mal. Fuimos a la FUE y allí estaban, en todo su esplendor, cuatro contratos en versión italiana y castellana. Los firmaron Sainz Rodríguez y un personaje italiano que representaba a la Società Idrovolanti Alta Italia (SIAI). Los acompañaban listas enormes del material de guerra y de repuestos que había que enviar a España. El primero, antes de que acabara el mes de julio, y el resto, a lo largo de agosto. Quince días después tuve que ingresar en urgencias en el Hospital Erasme de Bruselas, donde entre una cosa y otra permanecí más de dos meses. Una pancreatitis aguda no era cosa de tomar a la ligera.

Lo que voy a escribir ahora declaro por mi honor que es absolutamente cierto. Recuerdo claramente todos los detalles importantes. En cuanto pude volver a una habitación individual pedí que me llevaran los papeles y un

ordenador y bien que mal, con dolores, entre inyecciones y una medicación masiva, empecé a escribir un artículo. Habíamos acordado en la Facultad de Geografía e Historia que era indispensable preparar un libro en honor de Gabriel Cardona. Había fallecido a resultas de un accidente estúpido acaecido en la Nochevieja de 2010. Me quedé anonadado y ya en los cursos de verano de 2011 en El Escorial decidimos poner manos a la obra. El tema elegido fueron *Los mitos del 18 de julio*. Francisco Sánchez Pérez, profesor de la Universidad Carlos III, asumiría la tarea de coordinación. Personalmente, me había comprometido a poner al día lo que había ido descubriendo, pero todavía no escrito, sobre la conexión entre los conspiradores y el Tercer Reich.

Cardona era un exmilitar, exmiembro de la UMD. Se había hecho un nombre tras la publicación de su tesis doctoral.[2] Nos conocíamos desde su participación en el comité de expertos de *España en guerra*, el programa de TVE de los años ochenta. Había continuado publicando obras imprescindibles para conocer la mentalidad y evolución de las Fuerzas Armadas durante la dictadura.

Con los contratos encima de la cama, amplié en el hospital el borrador del capítulo ya medio redactado. Llamé a Crítica para que, por favor, no procedieran con el libro hasta que no les enviara una versión más completa. Tras darme provisionalmente de alta fui a Londres en las condiciones que ya he descrito. De regreso en Bruselas, continué trabajando sobre el capítulo. El libro hubo de demorarse hasta marzo del año siguiente,[3] dados los compromisos de los demás participantes, todos muy ocupados.[4] La obra fue bien acogida, pero no tuvo consecuencias inmediatas. En mi caso era muy consciente de que, sin embargo, hasta entonces no se había hecho nada similar en España. Uno por uno, los mitos creados por la historiografía franquista y que «justificaban» la sublevación pasaron por la trituradora del análisis documental y contextual. Que los lectores tal vez no lo apreciaran así no me hizo cambiar de opinión.

Pues bien, después de su biografía de Franco a la que ya he aludido, Payne escribió el prólogo a una nueva edición revisada de uno de los clásicos de la literatura profranquista. Se trató de otra de las magnas obras del general Jesús Salas Larrazábal.[5] En este caso, referida al marco internacional en que se desenvolvió la guerra civil. Cuando se publicó dicho prólogo ya había aparecido mi aportación sobre los contratos y sus fotografías con las firmas de Sainz Rodríguez y del director de la SIAI. El tan ensalzado biógrafo de Franco, y estimado gran experto de los años republicanos, se los pasó por la entrepierna. El conocido acuerdo de 1934 entre los conspiradores monárquicos y Mussolini lo caracterizó de «letra muerta, *a pesar de algún intento español por renovarlo*». En una corta frase, escrita con la contundencia del dador de la ley mosaica, cometió tres errores mayúsculos. Claro que también había calificado de «posiblemente definitivo» el libro del mismo Salas Larrazábal dedicado al bombardeo de Gernika.

Más tarde, en su última, hoy por hoy, gran obra,[6] tan avezado autor me hizo el honor de citar mi contribución a *Los mitos*... (p. 291, nota 26), normalmente una indicación de que la habría leído. ¿Intentó demostrar que se trataba de una falacia?, ¿de una mentira?, ¿de una mala interpretación? No. Simplemente ignoró las consecuencias. En el texto, encima, anticipó ya lo que repetiría al año siguiente en el prólogo a Salas: «*En junio* [1936] *los monárquicos trataron, (…) sin éxito, de reabrir las relaciones que habían establecido con el gobierno italiano tres* (sic) *años antes*». No fueron tres. Fueron dos. Y los monárquicos no intentaron nada. Continuaron el apoyo a la conspiración como muchos años antes habían mencionado Ismael Saz y Morten Heiberg. A Payne todo esto debió sonarle como música celestial.

Podría aducirse, claro, que sus numerosas ocupaciones en fabricar libro tras libro —sobre el mismo o parecido tema— sin molestarse jamás en leer bien las obras que le cayeran mal no le dejaron tiempo para proveerse de

argumentaciones más sutiles y complejas, como son muchas de las que aportan nuevas evidencias. No obstante, en su, hoy por hoy, última obra magna tuvo a bien escribir lo siguiente sobre un tema que había dado mucho que hablar y que, por fin, mi primo hermano, el Dr. Ull y servidor habíamos resuelto en la medida de nuestras posibilidades conjuntas. En su refrito le faltó tiempo para escribir en nota al pie:

> *Uno de los grandes bulos sobre estos días es que el propio Franco arregló el asesinato de Balmes para facilitar el alzamiento en Canarias. Las evidencias indican que fue un accidente y que un Balmes vivo no habría constituido ningún obstáculo como se demuestra en la documentación aportada por…*

Citó el nombre del aficionado en cuya sabiduría se apoyaba. ¿Seré tan mal pensado que lo hacía para descalificarme, sin tener las agallas de escribir mi nombre? Por lo demás, quisiera subrayar que, en general, no he hecho casi nunca demasiado hincapié en mi falta de acuerdo con Payne. Quizá haya sido un error, pero a lo largo del tiempo he ido comprobando que escribir sobre la República, la guerra civil y el franquismo es como andar sobre terreno minado. Donde menos se espera salta la bomba. Así que no sirve de mucho deshacer los numerosos entuertos que salpican una cierta «historiografía». Tampoco la que vehiculan los partidos políticos de derechas y algunos medios de comunicación de masas, sobre todo digitales, pero de la misma orientación. Todos son impermeables al desaliento. Ahora bien, cuando lo hacen académicos que deforman a conciencia, siempre he creído que no hay que ignorarlos del todo.

UNA CONSPIRACIÓN DE LARGO RECORRIDO

No volví a ocuparme del tema de los contratos hasta 2018, atareado como estuve en otros trabajos ya mencionados. En junio de aquel año tuve también un grave accidente. Al ir a

cambiar una bombilla en un descansillo de la escalera de mi casa me tambaleé y caí sobre él a casi dos metros de altura. Menos mal que choqué contra el suelo con mi parte trasera, porque de lo contrario hubiese podido romperme algo, incluso la cabeza. Si, otra posibilidad, me hubiese precipitado por el hueco de la escalera interior de la casa, la caída hubiese sido mortal. Me desperté cuando los camilleros trataban de sacarme a la calle por la ventana de la biblioteca.

Debí de estar inconsciente un buen rato y si no me pasó nada fue porque la señora de la limpieza oyó un gran ruido, me vio en el suelo casi sin respirar y avisó inmediatamente a los servicios de urgencia. Desde que tuve un accidente de coche en Tarragona, procedente de Bonn, no había sufrido un percance potencialmente letal.

Cuento esto porque ya había pensado en ir a Roma en el otoño. Estaba allí Senén Florensa de cónsul general y contaba con quedarme en su casa. Sin embargo, en septiembre fue trasladado como embajador a la ONU en Viena. Todavía conmocionado, no me atreví a ir a un hotel. Necesitaba estar en permanente contacto con autoridades españolas por si me pasaba algo. Para no molestar a mis amigos de la embajada, opté por alojarme en la residencia —muy espartana— de la Escuela Española de Historia y Arqueología, radicada al lado de la estatua de Trajano y muy cerca de Piazza Venezia. Me dieron una tarjeta que siempre llevé conmigo, por si me pasaba algo, y añadí en italiano, francés e inglés toda la medicación que tomaba. Siempre con el temor de que algo pudiera ocurrirme.

¿Por qué ir a Roma? Mucho antes, en 1986, un amigo mío había publicado su tesis doctoral, que le había hecho instantáneamente famoso.[7] Para los antecedentes de la intervención italiana había mejorado lo que, al respecto, había descubierto un entonces joven historiador norteamericano que había publicado su propia tesis tiempo atrás,[8] poco después de que yo diera a conocer la mía. En 2011, Eduardo González Calleja[9] había añadido algunas notas y, al año siguiente, Sánchez Asiaín hizo la síntesis de

todo lo que se sabía hasta entonces,[10] que no era desdeñable.

El consenso era que, efectivamente, había habido contactos entre monárquicos y fascistas pero que no habían dado ningún resultado. Incluso un supuesto informe de Goicoechea sobre la adquisición de aviones italianos, que yo había resaltado en un principio, Saz lo había ninguneado, no sin razón. Y, naturalmente, estaban las memorias de Sainz Rodríguez, que, a mayor abundamiento, lo había reproducido. Por otro lado, en el extranjero, y en particular en Italia, las tesis de Coverdale, cuya obra también apareció en italiano, hacían furor. Nada menos que el gran biógrafo de Mussolini, Renzo De Felice, las había asumido e incluso ampliado en el mismo sentido.[11] Las voces contrarias a este último autor entre numerosos historiadores anglosajones no habían conseguido apearle de un pedestal, al parecer, sólidamente consolidado.

En principio, yo no había objetado a las tesis de todos ellos. Me había interrogado, sin embargo, acerca de la significación de algunas dimensiones ocultas que había destapado Heiberg sobre otro tipo de contactos, relacionados con una figura un tanto misteriosa. Un banquero italiano asentado en Barcelona llamado Ernesto Carpi, que Sainz Rodríguez había mencionado. Heiberg[12] se había molestado en ir a los archivos italianos y su argumentación abría nuevas puertas y nuevos ángulos que los anteriores autores no habían sabido o podido captar.

Siguiendo, pues, mi metodología, que hasta entonces no me había dejado en la cuneta, era inevitable ir a Roma, una ciudad que había visitado como turista o funcionario de la Comisión Europea en numerosas ocasiones, pero en la que no había hecho jamás otra cosa. En esta ocasión me propuse trabajar en todos los archivos más relevantes que pudiera. No contemplé, en atención a mi estado de ánimo, ir a otros en ciertas provincias donde, quizá, hubiese podido encontrar más documentación.

Al igual que había hecho en el caso de Moscú, la visita a la Ciudad Eterna la preparé concienzudamente, en parte

con la ayuda de un amigo de Bruselas, Sigfrido Ramírez, que me había introducido en el Instituto Europeo de Florencia y que había trabajado, en otros temas, en numerosos archivos italianos.

Ni que decir tiene, claro está, que las condiciones eran muy diferentes a las que reinaban en Moscú. Los de Roma están abiertos y bien inventariados. También me enteré de que en algunos se había dado un empujoncito en los últimos veinte o treinta años a las labores de desclasificación. Para mí los más importantes eran los que conservaban documentos del período fascista. No eran muchos: el Ministerio de Asuntos Exteriores (La Farnesina); los ministerios militares (en especial Aire y Tierra) y el Archivo Central del Estado. Había más, pero para el período que me interesaba, no significativos. Al menos, en primera tacada.

Durante dos semanas trabajé de sol a sol. La Farnesina y los militares solo abrían por las mañanas, pero el del Estado, al otro extremo de la ciudad, lo hacía también por la tarde. En muchas jornadas llegaba a la residencia del CSIC completamente extenuado. Si fuese dado a exageraciones o a inventar cosas podría decir que tuve dificultades en encontrar lo que buscaba. Sería faltar a la verdad. Lo que quería, lo hallé sin grandes apuros. Al terminar la jornada, todos los días pasaba por una tienda de reprografía a imprimir el promedio de doscientas o trescientas fotografías que tomaba. En los diferentes archivos me topé con EPRE que nadie había visto anteriormente —más tarde me enteré de que un investigador italiano sí había ojeado una parte de ella en La Farnesina, pero no la había utilizado ni publicado.[13]

La documentación italiana era importantísima, pero también lo era la española. Aquí las circunstancias eran muy diferentes. En una conspiración no se escribe demasiado, aunque en aquella época algo sí se ponía por escrito. Como el líder monárquico, José Calvo Sotelo, estuvo exiliado en Portugal y luego en Francia hasta la amnistía de 1934 se carteaba con sus correligionarios. En

los archivos de Sainz Rodríguez no encontré muchas huellas —verosímilmente se habían purgado en algún momento—, pero la purga fue menor en los del conde de los Andes, Francisco Moreno Zulueta.

Sabía de estos porque en los años ochenta se había publicado un libro de José María Toquero, a quien había ayudado, aunque no recuerdo cómo. Los había trabajado para describir las relaciones entre don Juan de Borbón y Franco. Si no estoy mal informado, fue el primer historiador que los holló. Una copia de los papeles de Andes se conserva en el archivo de la Universidad de Navarra, junto con un dosier, más conocido, de la conspiración carlista.

La combinación de documentación española, con lagunas, y la fascista, también con lagunas, me permitió hilar la trama. La complementé con otra de origen británico. Me sirvió de referencia —en realidad me abrió los ojos como platos— un papelín de la máxima importancia que, en inglés, también se encontraba entre la documentaciónde Sainz Rodríguez en la calle de Alcalá. También lo hallé en los del embajador británico en Madrid, *sir* Samuel Hoare, que se conservan en Cambridge y que, probablemente, fue el destinatario. No se había documentado hasta entonces que la UME (Unión Militar Española), objeto de varios estudios académicos, había sido creada y manipulada por los monárquicos poco después del viaje de Goicoechea a Roma en marzo de 1934.14

Es decir, detrás de los contratos del 1.º de julio de 1936 había habido lógicamente toda una serie de relaciones que oteó Heiberg, pero sin completarla. Lo que para muchos autores había sido el primer capítulo de la intervención fascista en España tras la sublevación se convirtió para mí, por obra y gracia de la EPRE, en una investigación de pleno derecho: *¿Quién quiso la guerra civil?*15

En mi opinión no hay la menor duda sobre quienes fueron: una cierta categoría de militares —algo conocido, pero no siempre bien interpretado—, los carlistas —evidentemente— y un sector, el más asilvestrado, el más irreconciliablemente opuesto a la República, de los

monárquicos alfonsinos. Esto tenía implicaciones poco agradables para algunos. Al fin y al cabo, la transición había consagrado la fórmula monárquica de gobierno que siempre había querido Franco, aunque instaurada por él, ya que se había saltado de buen grado el orden sucesorio que es sagrado en toda forma monárquica de Estado.

Tergiversaciones múltiples

A la República no la quisieron los monárquicos ni los militares ni los que hicieron causa común con ellos, según se afirma a consecuencia de los «desmanes» de la primavera de 1936. Los monárquicos y los carlistas, por lo menos, la rechazaron enérgicamente desde el principio. O, para ser más exactos, incluso antes del principio.16 El famoso acuerdo de 1934, que la historiografía más seria había desdeñado, constituyó el pilar fundamental sobre el cual se construyeron las relaciones subterráneas subsiguientes con la UME. Los contactos con Roma se mantuvieron por medio de emisarios personales —Carpi, desde luego, pero también el insigne catedrático y diputado—. Todo ello se retorció adecuadamente en las escasas obras de memorias que sobre el período se habían escrito. En primer lugar, las muy conocidas del exaviador monárquico y dedicado conspirador que fue Juan Antonio Ansaldo Vejarano, aunque no lo hizo de forma consistente. En segundo lugar, las del propio Sainz Rodríguez, que tuvo que ser, naturalmente, muy consciente de que en los años setenta, cuando las publicó, seguía conviniendo disminuir en todo lo posible la historia de los contactos previos con Italia. Los disfrazó de manera amable y, en cuanto a los aviones, abanderó la versión expuesta por Goicoechea en pleno franquismo.

Separar lo que ocurrió en realidad de las distorsiones y escamoteos de aquella *Historia de la gestión realizada en Roma para la adquisición de aviones*, que individualicé en el índice onomástico y analítico para que los lectores pudieran acceder a ella con facilidad, constituyó uno de los grandes

retos que se me presentaron. El tono del documento explica que no hubiera habido inconveniente en que apareciese en la España de Franco en tiempos de predominio de una censura de guerra. Narraba, para el público en general, cómo se había llegado a adquirir aviones —algo que era imposible negar—, pero dejó cuidadosamente de lado todos los antecedentes. La distorsión fundamental fue que solo se refirió a la primera tanda, conocida desde finales de julio de 1936 porque desató una tormenta informativa y diplomática en la época. No era, pues, difícil afirmar que los italianos reaccionaron a una supuesta ayuda francesa que todavía no se había materializado e incluso a una no menos supuesta ayuda soviética, que ni se había considerado en Moscú.

El autor de aquel panfletillo fue el propio Goicoechea y se prestó a que figurase en una malísima biografía suya publicada en 1965 por un periodista de medio pelo, José Gutiérrez-Ravé. Ya había sido jefe de prensa de Renovación Española. En este partido estaba asentado el grupito de líderes de la conspiración que tenían acceso a Roma. Tan curioso autor siguió incluso a Goicoechea al Banco de España después de la guerra y en él trabajó en el mismo ámbito de la «comunicación».

Goicoechea fue varias veces a Roma y se entrevistó con Mussolini. Se conocía el encuentro de marzo de 1934, pero se ignoraba que también se habían visto a principios del año siguiente y, más tarde, en octubre. En relación con la reunión del primer año, ya se había levantado un gran escándalo durante la guerra civil. Las milicias hallaron en su domicilio o despacho madrileño una copia y una nota explicativa de la misma hecha por parte española. Del segundo encuentro no se sabe nada, excepto que al menos el cónsul general italiano en Barcelona se refirió a él en una de sus comunicaciones a Roma. Del tercero, afortunadamente, se conoce casi todo excepto la minuta, si la hubo, del encuentro mismo. Los funcionarios italianos prepararon el imprescindible expediente previo y en él reseñaron los deseos del conspirador español. Además,

añadieron algunos papeles (de los monárquicos y de la UME) que Goicoechea les había facilitado.

Para mí se trata de los documentos más importantes de toda la conspiración después de los contratos y, si se me apura, tal vez incluso más significativos que estos últimos. Conviene enfatizar esto porque el mensaje que Goicoechea llevó al ánimo del Duce fue que si la evolución política española conducía a una convocatoria de nuevas elecciones generales y las ganaban las izquierdas, *las fuerzas que él representaba y la UME se sublevarían. Así de simple*. *Negro sobre blanco. Desde el otoño de 1935, la derecha monárquica y sus apoyos militares no consentirían la victoria. ¿Su reacción? La rebelión por la vía de las armas y de la violencia más extrema*.

No extrañará, pues, que servidor subrayase la tesis de que, a partir de aquel momento, toda la actuación de un sector de las derechas (Calvo Sotelo, Goicoechea, Sainz Rodríguez, Sanjurjo, etc.) y de sus soportes mediáticos, empezando por *ABC*, debía contemplarse desde tan belicoso ángulo. Lo que quedaba era, lógicamente, provocar a las izquierdas si y cuando llegasen al poder. *No de otra manera se había actuado de cara a la futura revolución de Asturias. La izquierda ya había mordido el anzuelo y era concebible que también fuera a hacerlo en la primavera tras las elecciones. En esta ocasión, sin embargo, no lo hizo*.

Me he referido a los papeles de La Farnesina, pero en los archivos de la Aeronáutica italiana había mucho más. En primer lugar, una visión mirífica. En su página web la explicación de la intervención italiana se presentaba en base al relato rotundamente erróneo y malintencionado de Luis Bolín. Este fue el supuestamente arriesgado voluntario para disfrazar los objetivos del vuelo del *Dragon Rapide y sus consecuencias para él*. De acuerdo con las leyendas esparcidas desde la guerra civil misma y después en la posguerra por otro bulista del máximo calibre como fue el primer biógrafo de Franco, Joaquín Arrarás, Bolín dio su autocomplacida versión en sus falaces memorias. Han despistado a centenares de investigadores, españoles y no

españoles.

Se trata de un libro que debería reeditarse debidamente anotado. Es uno de los grandes camelos sobre los orígenes y desarrollo de la guerra. Fue prologado, nada menos, que por el eminente exfalangista, Cruz de Hierro y en la época de su aparición ministro de Asuntos Exteriores Fernando María Castiella y Maiz. (En la versión inglesa, Bolín se contentó con un historiador popular, muy de derechas, llamado *sir* Arthur Bryant, para mí infumable.)17

¿Y Franco?

La EPRE me obligó a oponerme a la tendencia centrada en la obvia característica militar —el estudio de la conspiración de los uniformados ha generado multitud de obras—, pero que dejaba de lado las características políticas e ideológicas que fueron fundamentales y que encarnó la trama civil del golpe. Por ello dediqué alguna atención a desmontar el papel de Franco y, en segundo lugar, a reducir el énfasis siempre puesto en las famosas instrucciones de Mola.

Franco no desempeñó un papel estelar porque en los planes de los conspiradores monárquicos le correspondía un papel muy preciso y determinado. Estaba en contacto con Mola y con otros militares —aunque, por desgracia, salvo en muy pocos casos, las comunicaciones que con ellos cruzase han desaparecido—. El papel estelar correspondió siempre a Sanjurjo, al que Franco, desvergonzadamente, puso en segundo o tercer lugar, como si fuera un molesto estorbo. ¿Por qué lo haría?

Porque los planes monárquicos apuntaban a restablecer, no de forma inmediata, pero sí mediata, el régimen tradicional: la Monarquía. Lo que se pensaba era atravesar un período interino, en principio de duración no determinada. La conjunción cívico-militar abriría paso para, en su momento, restaurar el sistema monárquico, *con un aditamento nuevo*: *sería un sistema fascistizado.* El ejemplo lo tenían, obviamente, en la Italia fascista. Una Monarquía en

la que el rey no mandaba y en el que poder ejecutivo, legislativo y judicial se concentraba en las manos más o menos férreas de Mussolini. El Duce español estaba llamado a ser, obviamente, José Calvo Sotelo, el «protomártir» por excelencia del franquismo. Que todo un historiador se haya dedicado a tal figura a través de una muy gruesa biografía y la edición de las obras completas del prócer sin mencionar prácticamente nada de sus actividades clandestinas siempre me dejó boquiabierto.

En, al menos, un par de libros he criticado acerbamente a Franco por haber tratado de obliterar el papel de Sanjurjo. Ya dije que lo hizo en la primera historia oficialísima de los antecedentes u orígenes de la guerra civil publicada en 1945 y lo repetía todavía, como un vulgar papagayo, en 1961. Transcribo sus declaraciones a tal efecto:

> Yo quería mucho a Sanjurjo (…) En los prolegómenos del Alzamiento había algunos generales más antiguos que yo, de los que me constaba que no admitirían mi mando, por lo cual sugerí que fuese Sanjurjo el Jefe del Movimiento. De ese modo, el que manejaría los hilos iba a ser yo, porque Sanjurjo era muy valiente; pero no tenía cabeza para tanta responsabilidad.[18]

Un auténtico miserable. Esto es lo que fue Franco. Jugó hábilmente con medias verdades y mentiras para ponerse en primera fila. Y luego dio rienda suelta a su narcisismo. Claro que los planes no salieron como estaba previsto. El 13 de julio, después de conocer el resultado de la misión de Sainz Rodríguez a Roma, a Calvo Sotelo lo asesinaron de mala manera. No fue esto el chispazo que prendió la antorcha del golpe. Sin él también hubiese estallado con Calvo Sotelo que, al igual que Goicoechea, Sainz Rodríguez y una parte de la plana mayor monárquica, probablemente se hubiera refugiado en territorios en los que se pensaba que triunfaría el golpe —aunque, quizá para despistar, en su caso se habló de Portugal.

La sublevación era imparable. Sin embargo, lo que cambió radicalmente los planes monárquicos fue el

accidente mortal que sufrió Sanjurjo el 20 de julio, a raíz de una lamentable *performance* de quien aparecía como glorioso y experimentadísimo piloto, el laureado aviador Juan Antonio Ansaldo. Fue quien negoció los contratos del 1.º de julio, como dejó entrever en su hoja de servicios que, ignoro por qué razones, ningún historiador, hasta que llegó quien esto escribe, se había dignado explorar en este punto.

Calvo Sotelo podría, quizá, haberse sustituido. Sanjurjo, no. En el hueco creado se coló Franco, que sí copió de los planes desarrollados hasta entonces dos puntos fundamentales: el primero, que Falange debería hacer los trabajos sucios, la represión, como ya había empezado a hacerlo con gran entusiasmo de pistoleros en la primavera de 1936; el segundo, que el «movimiento nacional» tenía que apoyarse en la Italia fascista. *La fascistización comenzó, pues, tras el malogrado golpe de Estado como tal*.

¿Y la guerra? También los monárquicos la habían tomado en consideración. Para un golpe de fuerza del que se pensara que iba a ser un éxito no se necesitaba la aviación contratada con Italia. Los aviones ya figuraban en algunos de sus planes. En los papeles que se han conservado y que están accesibles a la consulta pública en la colección del conde de los Andes se reseñan diversas combinaciones de aparatos. Por lo que sabemos, de calidad muy inferior a los que se contrataron. Lo que, desgraciadamente, no logré descubrir es si cuando Ansaldo fue a negociar a Roma ya llevaba alguna idea definida al respecto o si los italianos, que sabían de aviación más que los civiles monárquicos, pusieron sobre la mesa una oferta irrechazable: aparatos de caza, aviones de transporte/bombardeo e incluso hidroaviones. Todos muy modernos.

¿Hidroaviones? Hay que conjugar dos posibilidades de explicación no autoexcluyentes. La primera, que fuese una condición impuesta por Juan March, que, ya en marzo de 1936, había adelantado parte del dinero para pagar el pedido, sin duda con vistas a proteger sus intereses en Baleares. La segunda, que se tratara de una condición sugerida por los italianos, interesados en hincar un pie en el

archipiélago. Quizá por ello el general Goded se apresuró a enviar un emisario a Londres para que desmintiera ante los británicos esta segunda posibilidad.

Me llamó la atención que no saliera en tromba ningún historietógrafo —Alberto Reig *dixit*— profranquista, filofranquista o simplemente de derechas para bombardear mis tesis y demostrar, con nueva EPRE alternativa, que estaba totalmente equivocado. A lo más que he llegado, pero solo por lo que leo en mi página de Facebook, es que algunos piensan que se trató de un camelo. Es decir, que a Mussolini un par de listos o listillos lo metieron en una operación para sacarle una pasta gansa y que después las cosas fueron como siempre se ha dicho que fueron. Un recuerdo que me hace pensar en el mismo argumento aplicado a los sobornos británicos. *Evidentemente, hay que salvar el honor de unos generales traidores y, sobre todo, el de Franco, el inmarcesible Franco*.

¿Merecieron la pena todos estos esfuerzos de investigación? La respuesta es para mí positiva, aunque era muy consciente de que no todo se había dicho.

Obsérvese que todas las anteriores actividades las fui realizando en un período de gran agitación entre los historiadores y un sector de la población. La situación en que me moví había llegado a ser muy diferente de la que se dio en la transición y primeros años de los Gobiernos socialistas. En mi opinión, nunca hubo nada que esperar durante los Gobiernos Aznar. La pelota estaba en el tejado cuando llegó su sucesor, José Luis Rodríguez Zapatero. Se empleó demasiada energía para sacar adelante una ley de mínimos, como fue la de Memoria Histórica de 2007. En mi entender, no respondía a las esperanzas de anclar un tratamiento del pasado en consonancia con lo que se había hecho en la mayor parte de los países de la Europa occidental. Incluso así, llevó más de tres años de negociación y, al final, el PP se abstuvo de votarla. Costó Dios y ayuda alcanzar la necesaria mayoría parlamentaria.

No conozco los intríngulis de su elaboración, más allá de lo que se publicó en la prensa, pero personalmente me

abstuve de condenarla. A pesar de su modestia, desató las iras de la oposición de derechas, de la prensa de derechas e incluso de los historiadores de derechas. En algún momento, cuando la EPRE o los recuerdos personales de quienes intervinieron salgan a la luz, podrá formularse un juicio meditado. En todo caso, su no aplicación bajo los Gobiernos Rajoy generó efectos contradictorios.

Por un lado, reveló que no existían costos de oportunidad en ignorar una ley debidamente aprobada en Cortes que ni se derogó ni se sustituyó, pero que se dejó en la más absoluta inanidad. Tal enfoque, unido a una cierta involución, fueron los motores que indujeron a varias comunidades autónomas a adoptar leyes propias en la materia, aunque su multiplicación no eliminó las carencias que suscitaba la falta de regulación central con criterios unificadores y progresivos y la necesaria dotación económica —que no habría arruinado las arcas del Estado.

Con tal de que se hubiera destinado a tales menesteres un mínimo porcentaje del despilfarro ocasionado por la corrupción y el mal gobierno de la época, nos hubiéramos puesto a la cabeza de Europa —incluidos los nuevos miembros de la UE— en abrir caminos para abordar un pasado doloroso y sangriento que solo la derecha quería olvidar como si todo él ya se hubiera esclarecido. Tal vez para lograr que no se resaltaran las fechorías de los sublevados de 1936, porque las cometidas por los vencidos se destacaron siempre y, con la bendición de la Iglesia católica, casi desde el primer momento de la guerra. El Gobierno de coalición liderado por el PSOE que sucedió al del PP hubo de enfrentarse a una importante tarea. No sin dificultades, consiguió aprobar en el Parlamento la Ley 20/2022 de 19 de octubre de Memoria Democrática.[19]

El proceso coincidió con una nueva batallita que me vi obligado a dar para defender la, para mí, tesis más que evidente de que uno de los antepasados de Ricardo de la Cierva, su tío Juan, inventor del autogiro, había participado en los preparativos del golpe de Estado y prestado eminentes apoyos a los conspiradores militares y civiles. La

Secretaría de Estado de Memoria Democrática me pidió que redactara un informe en apoyo de tal tesis para incorporar su nombre al elenco de títulos nobiliarios otorgados por Franco que el proyecto de ley pretendía suprimir y evitar también que el Gobierno de la Región de Murcia bautizara el aeropuerto con su nombre. Redacté un informe sumario que, cuando el gobierno nacional se opuso a tal medida, levantó un escándalo. Los murcianos contraatacaron con dos informes encargados a sendos historiadores, uno de los cuales me trató con suma displicencia, pero no logró probar que el tan decantado inventor no hubiese participado en la conspiración. Se planteó una discusión pública y me sentí obligado a poner sobre la mesa las informaciones —conocidas en la literatura— de que disponía. Lo hice en mi blog[20] y en *InfoLibre*,[21] pero el tema siguió rodando.

Al final, en el otoño de 2022, ya aprobado el proyecto de Ley de Memoria Democrática me enojé profundamente y escribí otra serie de seis artículos en *InfoLibre*[22] que, por lo menos, pienso que dejó un tanto en ridículo a mi oponente, un relativamente joven profesor, al parecer ligado al PP o a la fundación creada por el expresidente del Gobierno José María Aznar. Debo notar que, para entonces, ya había encontrado un informe que tenía arrinconado en mi casa y que no había sufrido daños por la gotera del tejado que inundó parte de la buhardilla. Al contextualizarlo, me di cuenta de que Juan de la Cierva no había estado en Roma en julio de 1936, como había creído, sino en el mes de agosto. La nota que hallé entre los papeles de Sainz Rodríguez, y que no precisaba el mes, me había inducido a error. Por el momento, después de haber pasado revista a la documentación conservada en el AGA, el AGMAV, el AGMS y el CDMH, no creo que pueda afirmarse mucho más. A no ser, claro está, que aparezcan nuevos papeles.

QUINTA PARTE

Vuelta a los orígenes

19

El gran error de la República

En julio de 2019, me llamaron a Salamanca a que presidiera un tribunal de tesis doctoral. Con su director, el profesor Juan Andrés Blanco, y con el profesor Jesús A. Martínez, había contribuido a organizar meses antes un coloquio sobre la guerra civil en Zamora.[1] Los tres éramos, y somos, «hinchas» de Aróstegui.

La tesis versaba sobre la quinta columna y la presentó uno de los ayudantes de Juan Andrés, muy despierto y que, en mi modesta opinión, merece tener una carrera brillante. Se trataba de Carlos Píriz, quien a lo largo de los años me había ido contando sobre la marcha de sus investigaciones. Sin embargo, no había leído el resultado. Conmigo, en el tribunal, estaban Josefina Cuesta Bustillo, catedrática de Historia Contemporánea de Salamanca, a quien conocía desde hace tiempo,[2] y Morten Heiberg, desde Copenhague por enlace telemático. También éramos amigos desde añoso. Junto con Manuel Ros Agudo había publicado un libro notable sobre los servicios secretos de Franco.

Una tesis y una nueva idea

La Universidad me había enviado la tesis en PDF, pero había esperado a recibirla en papel para leerla. Lo hice y me quedé asombrado. El doctorando había hecho una investigación absolutamente colosal. Había situado los orígenes de la quinta columna en los tiempos de la conspiración contra la República y llegado a demoler las numerosísimas versiones sobre la de Casado al final de la

guerra —incluso enmendó la plana a Fernando Hernández Sánchez y a servidor—. Una parte de la tesis ya se ha publicado. Salvo Negrín, de los grandes hombres de la República casi nadie sale bien. Del Franco que quiso inmortalizar a su manera Ricardo de la Cierva no hablemos.

En la tesis, Carlos había mencionado varios documentos del AGMAV que yo no conocía. Era lo lógico, porque hasta entonces no había ido en persona a trabajar en ellos. Lo había hecho por medio de amigos e incluso de un sobrino interpuesto. Ahora, el doctorando citaba de pasada una operación de espionaje del Gobierno republicano contra la UME. Al verlo sobre papel se me encendieron, otra vez, todas las luces de alarma. Repetí experiencias: había ocurrido lo mismo en mi tesis doctoral, en el oro de Moscú, en la cláusula secreta de activación de las bases norteamericanas que aceptó Franco, en la chispa de su entrevista con Balmes, en los contratos con los italianos el 1.º de julio… También en esta ocasión. ¿Solo intuición? Diría que también experiencia, pero de otro tipo, la del administrativo, la del funcionario que ha pasado por muchas aguas, no pocas tribulaciones y redactado una infinidad de despachos y telegramas.

Tras la vuelta a Bruselas me esperaban unas largas vacaciones en Eslovenia —en donde no había estado desde 1968—. Con mi mujer recorrí gran parte del oeste y centro de ese pequeño país y al regreso a Bruselas sufrimos un percance que nos dejó atolondrados. Nuestro perro, Óscar, murió de un súbito accidente. Era el «niño» de nuestros ojos, como bien advirtió Juan Cruz, de *El País*, cuando vino a hacerme una entrevista y lo consignó en su referencia. En octubre y noviembre, para huir de Bruselas, fui a Londres con la idea de entretenerme y medio olvidar en los Archivos Nacionales. Fotografié prácticamente todos los despachos y telegramas de la embajada británica en Madrid desde el advenimiento de la República hasta 1936. Pensé que tal vez pudiera encontrar algunas claves que me permitieran elaborar el significado del título de este capítulo.

Mi tesis en el libro anterior, *¿Quién quiso la guerra*

civil?, fue que el golpe de Estado había sido el resultado de una conspiración monárquico-militar-fascista. Dejé sin responder la cuestión opuesta: si, como Carlos Píriz afirmaba en su tesis, había habido una operación de espionaje desde el Gobierno republicano contra la UME, ¿qué fue de ella? No conocía a nadie que hubiese profundizado en ese tema, aunque tanto Rafael Cruz como Eduardo González Calleja habían reseñado numerosas medidas tomadas por el Gobierno republicano en la primavera de 1936. Para mí, el nuevo interrogante era algo que cualquier historiador debía aclarar. Naturalmente, esto no implica la menor crítica a tan estimados colegas. Lo que se escribe depende, en gran parte, del acopio documental de que se dispone o de las respuestas a preguntas más aceradas, más incisivas, que se dirijan al corpus ya conocido. Las que entonces me planteé no habían tenido hasta el momento una contestación que pudiera considerar satisfactoria y que saciara mi curiosidad. Quizá mi mayor virtud o, si se prefiere, mi mayor vicio. Estoy seguro de que Julio Aróstegui, de haberlas conocido, hubiese profundizado en el trasfondo.

Rápidamente me movilicé. Tenía la documentación británica, me faltaba algo de la italiana y, sobre todo, no estaba al día con la francesa. En estos últimos archivos habían trabajado historiadores españoles, franceses y extranjeros e incluso servidor, pero hacía ya muchos años y con otros objetivos o intenciones. En esta ocasión, fueron muy claros y precisos. No se trataba de volver a estudiar las relaciones políticas y diplomáticas bilaterales entre 1931 y 1936 sobre las que ya existía una abundante literatura. Se trataba de investigar el trasfondo de lo que los franceses pudieron conocer por adelantado de la injerencia fascista anterior al golpe. En agosto ya se habían movido, como había indicado en el libro anterior. Pero ¿y antes y después del 18 de julio?

Debo confesar que mi primera reacción fue ampliarlo, aunque era consciente de que su volumen podía resultar inmanejable. Como tengo por costumbre, me puse a escribir

sobre la base de la documentación en mi poder, tras pasar por el AGA, el AGMAV y los archivos parisinos. En estas condiciones, en febrero de 2020 se celebró un homenaje a la memoria de Gabriel Jackson en Barcelona al que no podía faltar.

Aproveché el viaje para exponer mi enfoque a Crítica. Llevaba incluso un proyecto de ampliación, muy limitado, pero con cerca de ochenta páginas. Había descrito con la obligada brevedad las innovaciones más importantes. Carmen Esteban, no lo olvidará, apenas si las miró. Lo que tenía que hacer, dijo, era escribir un libro específico. Esto me daría también la posibilidad de extenderme más. A lo largo de la conversación ya predicaba a un convertido. El resultado fue otra obra relacionada con la anterior en algunos momentos o episodios, pero esencialmente centrada en el título que recibió: *El gran error de la República*.

El nuevo trabajo respondió de nuevo a su contenido. La República —o los Gobiernos republicanos— se equivocaron de lleno al enfrentarse a la conspiración. Desde 1932, por lo menos, la habían seguido a medida que se desarrollaba en Francia. Contaban con el apoyo de los servicios de información del país vecino. Las notas a que dieron origen circularon por los mecanismos de seguridad exterior e interior de los que el nuevo régimen se había dotado o que había modernizado. A decir verdad, bajo la autoridad, nada menos, que de Manuel Azaña. A lo largo de casi quinientas páginas fui desarrollando su funcionamiento, sus logros y su estrepitoso fracaso.

No se trata de resumir aquí el contenido del libro. Lo que quisiera subrayar es la significación en su génesis de la confluencia de tres factores. El primero es que en algún momento —quizá al principio, pero también en el desarrollo de una investigación— el historiador aborda una cuestión que a lo mejor no se les había ocurrido a otros. El segundo fue mucho más preciso: ¿por qué no actuó la República contra el ruido de sables? La pregunta puede dimanar de la propia investigación —ya lo insinué en el

libro anterior—, pero también resultar de una nueva información, en este caso de la proporcionada por Píriz. El tercer factor consistió en la «operacionalización» de la respuesta. Es decir, cómo conseguir ubicarla y aclararla. En mi caso, y de manera pavloviana, buscando nueva documentación.

A partir de aquí, apliqué otra vez de forma sistemática el método de investigación que siempre he seguido para depurar lo importante y lo no importante. Es decir, ordené por flujos y por temas la nueva EPRE como paso previo a insertar en el cañamazo con ella tejido la literatura disponible. Esto me llevó a descubrir nuevas vetas, nuevos elementos, nuevos vacíos. Es decir, replantear lo ya conocido dando respuesta a las preguntas derivadas de la EPRE recién obtenida. Lo normal.

Durante la redacción, en tiempos de pandemia, fui progresivamente encrespándome. Muchos de los papeles que me sirvieron de base procedieron de los archivos militares o de seguridad, es decir de los Ministerios de la Guerra y de Gobernación. La documentación que se refiere a los primeros había sido vista, depurada y quizá filtrada por funcionarios, no sé si civiles, pero desde luego uniformados, del SHM. En uno de los documentos, un señor X —¿quizá el coronel José Manuel Martínez Bande?— había marcado su sorpresa o exclamación. ¿Se sirvió de tal EPRE en su larga y dilatada obra? La respuesta es un no rotundo. Lo que hizo es atenerse esencialmente a la doctrina sentada con mano de hierro por su Caudillo. Y si no fue Martínez Bande, fueron otros.

El tema no era moco de pavo. Lo que X escribió en el legajo fue una referencia en la conspiración militar a la monárquica. Me dejó con la boca abierta. ¿Sería posible que la conexión se hubiese ignorado durante años y años en el SHM? No es imposible cuando en los primeros años cuarenta SEJE había contado a su director una cantidad impresionante de trolas.

¿Moraleja? Me reafirmé en mi idea de que era absolutamente imprescindible que de una vez se hiciera

accesible en buena y debida forma, y comprensible para los investigadores, toda la documentación de los archivos militares, de la Guardia Civil y de Gobernación ***sin restricción alguna****. No vale decir que ya están abiertos. Si la excusa es que no están bien catalogados, que se apañen los investigadores. Lo que hay que evitar es que quienes los consulten se lleven papeles, como al parecer ocurría en el SHM en los años de «gloria» franquista. ¿Qué tiene que temer la democracia española, más de cuarenta años después de su establecimiento, de la desnudez de una dictadura abominable y asesina cuyos fundamentos descansan en toda una serie de argumentos espurios y de actividades fuera de la ley, expuestos además de por muchos otros historiadores, según sus propias líneas de investigación, por un servidor?*

Subversión en los militares, falta de decisión en el Gobierno

El título de este epígrafe fue el tema que recorrió la nueva investigación. Difirió de trabajos anteriores efectuados por autores precedentes, entre otras razones porque se basó en la documentación subversiva que llegó a poder de los servicios de seguridad gubernamentales. Pudo haber otra que no se ha conservado. O la que se ha conservado tal vez se depuró conscientemente. De todos es sabido que la prensa antirrepublicana alentó el encono de sus lectores contra el régimen esgrimiendo numerosos motivos. Sin embargo, no todos ellos aparecieron en la propaganda que se distribuyó por los cuarteles y salas de banderas.

Casi sin excepción, aquella basura —que recuerda a la que hoy se vierte en los medios sociales, particularmente en formato digital— hizo hincapié esencialmente en un solo motivo: *el peligro que amenazaba a España de caer en las garras moscovitas*. Tal fijación no faltaba, naturalmente, en los periódicos, pero las «informaciones» de estos eran más «sofisticadas». La distribuida entre los militares fue de un tono y de una estridencia absolutamente primarios, grotescos, elementales, como dirigidos a adolescentes que ni siquiera hubiesen terminado el bachillerato. También

abundaban las «informaciones» sobre las maniobras comunistas con el fin de socavar los cimientos de la civilización española, cristiana y occidental. Incluso aparecieron toques antisemitas, aunque en menor escala y que palidecían ante lo que afirmaban voces «autorizadas», que ha puesto de relieve persistentemente en varios de sus libros *sir* Paul Preston.

El tema de la revolución comunista, burdo y estúpido, ya empezó a destruirlo y desbaratarlo mi añorado Southworth, pero solo tocó la superficie de lo que, sin duda, fue un fenómeno mucho más profundo y más viral. Una gran parte de la propaganda que se ha conservado —me limité a seleccionar muestras que me parecieron representativas— potenció y revalidó tales alucinaciones. Detrás de ellas se situó una organización supuestamente respetable (la UME) que adquirió una importancia que por lo general se le ha negado. No es fácil aquilatar el impacto que pudo tener sobre los oficiales y jefes, particularmente entre los primeros, a quienes se dirigía, pero fue consistente y extremoso.

Toda aquella basura ideológica era conocida de los servicios de información de la República, que también otearon el latido de las actividades monárquicas, al menos en el caso de Calvo Sotelo. Que llegaran a saber que a la UME la manipulaba un comité mixto civil y militar de tal tendencia no aparece, sin embargo, en los documentos que aporté en este nuevo libro. Tampoco da la impresión de que se ha conservado todo lo que las autoridades gubernamentales hicieron de cara a ella. Aquí es donde interviene un segundo factor.

Los servicios de inteligencia militar no parece que sugirieran medidas durante el segundo bienio. Esto pudo deberse a la confluencia de cuatro fenómenos. El primero fue la composición de los gobiernos, de signo radical —el término despista: era la combinación de una derecha más o menos civilizada con otra que lo era a duras penas—. Como es notorio, terminaron desembocando en una coalición con la CEDA. De señalar es que el más importante de los

ministros de la Guerra fue José María Gil-Robles. Me parece imposible que no le llegaran muestras de aquella actividad subversiva, pero como iba dirigida contra las izquierdas se calló en sus memorias. Reconozco abiertamente que, por razones estrictamente históricas, nunca he sido un admirador suyo.

El segundo fenómeno fue la notable permanencia de ciertos militares en la Sección Servicio Especial (SSE) del Estado Mayor Central. Su jefe primero e inmediato, el teniente coronel Antonio Uguet Torres, perfectamente desconocido hasta mi libro, estuvo al frente durante todo el período. Se refugió en una embajada tras el golpe. El tercer fenómeno fue, naturalmente, la actuación o no actuación de Franco, nombrado jefe del EMC por Gil-Robles y que no pudo por menos de recibir la información que iba a parar a manos de Uguet. El cuarto y último fenómeno fue la sucesión de Franco, tras las elecciones de febrero de 1936, por el general Sánchez-Ocaña. Este caballero seguiría recibiendo las informaciones de la SSE que, a lo que parece, menguaron considerablemente en calidad y volumen. O, lo que es más probable, han desaparecido.

Sánchez-Ocaña pudo haber sido uno de los muñidores del golpe desde su exaltada responsabilidad. Nada hace pensar que Azaña sospechara de él en la primavera de 1936. Tampoco lo hizo su sucesor, Casares Quiroga. Es difícil no pensar que la SSE estaba dirigida e infiltrada por partidarios del golpe y que tal vez dejó de actuar como los ojos y los oídos del Gobierno. O incluso que alteró informes.

La situación se hizo mucho más endiablada merced a un error garrafal de Azaña. Disculpable tal vez, pero no por ello menos gravoso. Nada más tomar posesión de la presidencia del Consejo le faltó tiempo para destituir, como ya he señalado, al capitán de la Guardia Civil Vicente Santiago Hodson. Los motivos que adujo en su conocido diario, y que han despistado a multitud de historiadores, fueron absolutamente espurios. En vista de la EPRE localizada, me pareció imprescindible recuperar para la

historia su nombre como fiel servidor de la República.

En el rescate figura también Manuel Portela Valladares, el antecesor de Azaña en la presidencia del Consejo. Sus memorias arrojan algo de luz sobre las operaciones de inteligencia en una parte del segundo bienio, cuando se hizo cargo de la cartera de Gobernación. En todo caso, permiten su contextualización.

Franco puso en marcha la declaración del estado de guerra en varias guarniciones durante las elecciones de febrero de 1936. Afortunadamente, como ya he explicado, se han conservado documentos que, en mi opinión, así lo demuestran para el caso de Zaragoza. Es incomprensible, al menos desde mi punto de vista, que Azaña y/o su ministro de la Guerra no se hubiesen enterado de ello y que se optara contra toda evidencia por alejarlo a Canarias. Tampoco es fácil de comprender que no pasara nada a Cabanellas. Hubiera sido muy conveniente tomar alguna otra medida más drástica. El, en comparación, respetuoso trato que recibieron debió de envalentonar a los generales.

Los dos Gobiernos sucesivos de la primavera de 1936 no supieron parar el golpe. La relación de errores, ineficacias y despistes en que la presidencia del Consejo y los ministerios del Ejército y Gobernación incurrieron es considerable. La falta, o la no localización, de documentación no permite, desde luego, desgranarlos con detalle. Como *proxy* me serví del informe del gobernador civil de Granada, Ernesto Vega Manteca, a los ministros de la Guerra y de Gobernación. No lo he visto muy citado, aunque es conocido. Revela, en mi opinión, la situación que se había creado y que no se remedió. Cuando se intentó, ya era demasiado tarde. En definitiva, fallos sistémicos, de comportamientos y de actitud.

Hice mucho hincapié en las instrucciones emanadas del EMC, obviamente con el conocimiento del ministro y nuevo presidente del Consejo, y dirigidas a los generales en jefe de las Divisiones Orgánicas y a los comandantes generales de los dos archipiélagos. Se trataba de órdenes para atajar una revuelta —presumiblemente de las izquierdas, pero ¿de qué

izquierdas?—. Detallaban todo lo que había que hacer, las posiciones que había que ocupar, los servicios que asumir, etc. Exactamente lo que el Ejército hizo a la hora del golpe. Esto significa que alguien, y no pudo ser otro que Sánchez-Ocaña, entonteció a Casares Quiroga. Nadie, que yo sepa, había advertido tal posibilidad.

Ahora bien, en último término las autoridades republicanas no pudieron parar el golpe. En la medida en que estaba apoyado por la Italia fascista y la comunicación con Roma se hacía por medio de emisarios personales, era prácticamente imposible que los servicios de espionaje, militares o civiles, fuesen capaces de enterarse. La voluntad de dar un tajo fuerte, decisivo, a las maniobras conspirativas siempre fue una ilusión para un Gobierno de políticos decentes, sobre los cuales la dictadura vertió los más innobles dicterios. Con independencia de que también el Ministerio de la Gobernación estaba infiltrado por los conspiradores monárquicos.

El vital lazo con la Italia fascista

Aunque *El gran error de la República* no duplica los argumentos sobre la conspiración del libro anterior, los complementó de dos maneras. Ambos no deberían, pues, considerarse aisladamente si se quiere obtener una descripción más completa del proceso conspiratorio.

La primera es que la desestabilización de España entraba en los planes de búsqueda del *Impero* por parte de Mussolini. Se creó, por lo tanto, una relación de doble dependencia. El Duce necesitaba a los monárquicos y estos, a su vez, el apoyo del dictador. Evidentemente, la parte activa fueron los primeros, ya que Mussolini no puso a España en su punto de mira hasta que consiguió su principal objetivo: la conquista de Abisinia. En cuanto lo logró, prestó atención a las demandas monárquicas. No tardó más de dos semanas en instrumentarlas tras los contratos del 1.º de julio de 1936.

Gracias a la documentación conservada en Barcelona

—no hay que ir e invertir tiempo y sobre todo dinero en la Ciudad Eterna—, puede argumentarse que el agente de enlace monárquico, por delegación de Goicoechea y Calvo Sotelo, que fue Sainz Rodríguez, fue muy consciente de que el armamento contratado era para una guerra. Lo declarase o no, el sibilino catedrático de la Universidad Central tuvo *in mente* la posibilidad de que el golpe no triunfase de inmediato. Según él, se lo dijo a Calvo Sotelo a su regreso de Roma. Esto plantea, naturalmente, la cuestión de hasta qué punto el futuro «protomártir», que no era idiota, habría hecho cálculos sobre lo que pudiera ocurrir en el plano militar. No cabe descartar que se concentrara más en los temas políticos y de definición de la forma de gobierno en el período de transición que se abriría hasta la ansiada restauración monárquica.

El énfasis en una transición según tales lineamientos hace pensar que debe reinterpretarse el tradicional énfasis en las directrices «políticas» de Mola. En mi opinión, no fueron sino un mero esfuerzo de cara a los militares comprometidos con objeto de ampliar la base «ideológica» necesaria para el golpe. Si Mola hubiese declarado abiertamente que la sublevación era para restaurar la Monarquía, se habría expuesto a innumerables reticencias. Dejando la forma futura de gobierno en manos militares —en las que las suyas hubieran tenido un papel importante como jefe de EM de Sanjurjo, pero no decisivo— abría de par en par las puertas por donde podrían desfilar todo tipo de compañeros.

Quedaban cuestiones que en la nueva investigación traté de aclarar. Una se refería a la crítica efectuada por algunos autores —poco enunciada directamente, pero sí en términos generales— de que mi énfasis en los contratos de 1.º de julio como el compromiso firme, directo, de intervención futura en España por parte de la Italia fascista, era exagerado. La segunda es una conclusión que me veo obligado a revalidar: la dependencia del historiador del abanico más amplio de fuentes que pueda allegar. Y si las fuentes obligan a dar un giro, es obligación moral, ética y

profesional hacerlo.

En lo que se refiere a los contratos, quedó de todo punto evidente que, tras el aterrizaje forzoso de dos aviones en Saidía (Marruecos) el 30 de julio de 1936, se interrogó exhaustivamente a los pilotos y tripulantes que no perecieron. El resultado se encuentra en los archivos del Servicio Histórico de la Defensa en Vincennes. En tales documentos se observa que trataron de escabullirse como pudieron. Al menos uno, sin embargo, dio algunos datos para reforzar su relato. Pues bien, de esos datos puede deducirse que dicha expedición, que empezó a montarse en los primeros días de julio, tuvo que ser la consecuencia inmediata de los compromisos contractuales. No es, pues, exagerado afirmar que *Mussolini declaró la guerra a la República en aquella fecha*.

Otra cuestión es el papel de Sainz Rodríguez. Cuando publicó su libro de memorias (*Testimonio y recuerdos*) saludé la obra efusivamente. Lo hice, a petición de César Alonso de los Ríos, en una entonces nueva revista próxima al PCE que hoy será difícil de encontrar.[3] De aquí que me autocite extensamente para demostrar cómo un historiador tiene que cambiar de opinión cuando cambia la base documental o testimonial. Tras las largas autocitas, vendrá la oportuna reflexión. Comencé afirmando rotundamente:

> Ha sido un catedrático de Universidad, exministro en el primer Gobierno de Franco, monárquico a machamartillo, «conspirador contestatario, opuesto a toda tiranía y a todo poder personal», como gusta de autocalificarse don Pedro Sainz Rodríguez, el que ha tenido la valentía de aportar para la Historia datos que deshacen la maraña de medias verdades que a lo largo del franquismo han ocultado o distorsionado la implicación de la Italia fascista en la gran conspiración y en los preparativos del 18 de julio. Que sus datos puedan figurar en el futuro en lo que Southworth denomina expediente histórico de la izquierda española contra la derecha española y que su honesto y lúcido testimonio permita corregir en la dimensión internacional la interpretación profranquista de la marcha hacia la guerra hacen imprescindible para un autor independiente rendir homenaje de admiración y gratitud a don Pedro Sainz

Rodríguez.

Y anoté sus aportaciones.

1. La existencia de un circuito privilegiado de continua comunicación entre determinados círculos de la oposición antirrepublicana de derechas y las más altas jerarquías de la Italia fascista en el período previo al golpe militar.
2. El papel de Ernesto Carpi, mediador con Italo Balbo y el propio Mussolini.
3. El paralelismo en el combate político y dialéctico contra la República en el Parlamento y la búsqueda de apoyo internacional para los proyectos de revuelta.

Sainz Rodríguez añadió que había conseguido que el conde de Rodezno (por los carlistas) y Goicoechea y Calvo Sotelo (por los alfonsinos) firmaran en los escaños de las Cortes un acuerdo con Italia que Carpi se encargaría de llevar a Roma. Revelaría detalles adicionales en los que se informaba a Mussolini del desencadenamiento inmediato del golpe militar. Todo esto lo aclaré en lo posible en mi anterior libro sobre quién quiso la guerra. Los puntos —más bien generales— de tal proyecto se incorporaron al acuerdo que se negoció a finales de 1936. Pocos son quienes se hayan llevado las manos a la cabeza.

Con todo, mi conclusión en 1978 fue:

El recurso al exterior estaba proyectado y perfilado de antemano. La caracterización de Calvo Sotelo como un primer caído en campaña es absolutamente correcta: cayó asesinado por unos irresponsables que ignoraban que daban muerte a uno de los principales impulsores de la internacionalización del movimiento. El principal beneficiario sería, paradójicamente, el general Franco, a quien los italianos iban a enviar el apoyo previamente convenido.

Esta reflexión carecía de matices y lo que ocurrió, tras localizar nueva EPRE, lo reconstruí con mayor precisión en el libro de 2019, cuarenta años después. Pero ya anuncié, también en 1978, que

> la aportación de don Pedro Sainz Rodríguez permite encuadrar los compromisos italianos de injerencia en España en el marco general de la expansión fascista y corregir interpretaciones coyunturalistas o de subitaneidad sospechosa. La rebelión no sería la sorpresa para el Duce que aflora en la literatura. Su ayuda no la había pensado conceder en función del apoyo que recibiesen de Francia los republicanos.

Lo que antecede era correcto, en particular la última oración, que siguen negando algunos historiadores de derechas españoles amén de otros extranjeros. Sin embargo, faltaba rellenar huecos importantísimos. Igualmente me parece haber dado en el clavo cuando afirmé, de nuevo en 1978, que era preciso

> replantear el análisis de la política exterior del fascismo en la época de paz en España y situar en términos del proceso de descomposición de la seguridad colectiva el segundo zarpazo en el extranjero de la Italia mussoliniana en los años treinta.

Todo esto fue sometido a crítica, retocado o rechazado, por historiadores españoles (Ismael Saz, José Ángel Sánchez Asiaín, David Jorge) o extranjeros (Morten Heiberg). Hoy, sin embargo, reiterando que mi propia investigación demuestra la validez de algunas de las conclusiones a que llegué de la lectura de las memorias de Sainz Rodríguez, me quedé corto.[4] Como también se quedaron cortos otros autores que me corrigieron. Como también lo hicieron con el distinguido conspirador monárquico. Toda la interpretación extranjera (italiana, británica, norteamericana, alemana, francesa) que se quedó parada con Coverdale o con De Felice no ha sabido, querido o podido avanzar un milímetro.

Ahora bien, *Sainz Rodríguez engañó a todo el mundo*, en el sentido de que escribió solo la parte que quiso de lo que sabía. Los contactos con los monárquicos no se limitaron a los que él relató. Los compromisos de 1934 los revalidó Goicoechea con el Duce en 1935 y fue el propio Sainz Rodríguez quien con su firma aportó su granito de arena a la declaración de guerra implícita por parte de Mussolini el

1.º de julio de 1936. *Todo fue más sórdido, con muchas más aristas y más oscuras. Todo fue, hay que decirlo, mucho más negativo en primer lugar para la República, pero también para los monárquicos y para las afirmaciones sobre los orígenes de la guerra civil que han ido propagando los historiadores profranquistas y metafranquistas. Desde 1945, si no antes, hasta la más rabiosa actualidad*.

Con todo, es obvio que hay que rastrear más. En mi blog hice, a título de ejemplo, un inventario de las lagunas que había advertido. Por ejemplo:

1. En la documentación que los dispositivos de seguridad del Estado hubieran transmitido al Gobierno. Es decir, en primer lugar la generada por la SSE en el EMC y en la recogida de los informes del SE procedentes de las guarniciones. En segundo lugar, la generada por la OIE y la DGS en el Ministerio de la Gobernación. Los organismos en cuestión es improbable que no hubieran elevado informes a los responsables tanto en Guerra (general Masquelet, Casares Quiroga) como en Gobernación (Salvador, Casares, Moles) como en Presidencia (Alcalá-Zamora, Azaña). Si no se elevaron, ¿tampoco se solicitaron desde las solitarias alturas del mando político, policial y de seguridad?
2. ¿Se siguieron, y cómo, las andanzas de los generales Franco,[5] Goded y Cabanellas tras su intento de golpe blando en febrero de 1936? ¿Cómo se indagó retrospectivamente acerca de las circunstancias en que desde el Palacio de Buenavista se ordenara la declaración, pura y simple, del estado de guerra el mismo día de las elecciones?
3. ¿Dónde está la documentación de que se incautó la policía al filo del nonato golpe de 20 de abril? ¿Dónde la recopilada por el EMC o el gabinete del ministro de la Guerra en relación con el intento de intimidación del presidente de la República por algunos generales y que dio origen a una ridícula puntualización en la prensa de la época?

4. ¿Adónde habrán ido a parar las comunicaciones que los Ministerios de la Gobernación y de la Guerra solían hacer al presidente de la República?
5. ¿Dónde han quedado los papeles de los gabinetes del ministro de la Guerra y presidente del Consejo y los de los ministros de la Gobernación? ¿Dónde las transcripciones de las escuchas que, según se afirma habitualmente, se organizaron para interceptar las comunicaciones de los conspiradores? ¿Cuál fue la circulación de la documentación emanada del Negociado de Control de Nóminas del Ministerio de la Guerra? ¿Dónde se encontrará la lista que se elaboró de militares poco fiables y que el presidente del Gobierno Juan Negrín remitió al de la República, Manuel Azaña, durante la guerra?
6. ¿Qué incitó al Gobierno a ordenar tres visitas de información sobre las andanzas del general Mola? ¿En qué se basó? ¿De qué noticias disponía el SE de la División Orgánica de Valladolid? ¿Qué habría dicho el radicado en Pamplona acerca de los movimientos subversivos de la guarnición local?
7. ¿Por qué, al parecer, se cortó la paga del agente de la DGS en servicio en Roma en este período?

No tengo muchas esperanzas —aunque no las he perdido del todo— de que, en base a los archivos oficiales, pueda avanzarse mucho más. Si acaso ocurre, será por la accesibilidad de documentación conservada celosamente en archivos privados. ¡Ojalá ocurra! Mientras tanto, para poner de relieve al alcance de un público general los mecanismos que impulsaron la conspiración monárquico-militar-fascista que promovió el 18 de Julio, entre los meses de marzo y septiembre de 2023 publiqué en *InfoLibre* una serie de veinte entregas resumiendo los aspectos más relevantes de la misma. Sería prolijo detallar aquí los días precisos en que aparecieron.

Es notorio que en los últimos años una serie de historiadores, más jóvenes que los de mi generación, han

desplegado todo un abanico de instrumentos heurísticos, conceptuales y teóricos para explicar la génesis, desarrollo y resultados de la guerra civil —la gran cesura española del siglo XX— de las más variadas formas. El relato incluso puede llegar a pasar a un lugar secundario. Creo, sin embargo, que quedan aristas por descubrir, aunque quizá ya no tan fundamentales.

Como el pasado no existe —aunque sí pesa—, la aproximación de cualquier historiador a él se hace desde concepciones cambiantes y, en sus manos, adopta otras coloraciones, otra significación, incluso otro significado. Nada de ello es reprochable. Se trata solo de representaciones (*Vorstellungen*) a las que servidor siempre ha contrapuesto las evidencias documentales necesarias —cuando las he encontrado.

Ahora bien, si podemos estar de algo razonablemente seguros es de que dentro de cincuenta o cien años la guerra civil se verá de forma muy diferente a la que hasta ahora ha dominado. Incluso las querellas de hoy serán pasadas por la piedra pómez. Quedarán, oso esperar, los comportamientos humanos, individuales y colectivos debidamente constatados. También confío en que no se llegue al extremo de Golo Mann cuando escribió, renunciando explícitamente a toda teoría, su historia de Alemania en los siglos XIX y XX, un *best seller* en la época en que apareció.

Nunca consideré irrelevante demostrar, con EPRE analizada y contextualizada críticamente, que en los años de la Segunda República un grupo político e ideológico minoritario (los monárquicos) se lanzara desde fecha temprana a preparar la sedición. Se ampararon progresivamente en los sectores más reaccionarios del generalato y de la oficialidad del Ejército, en activo o en el retiro, para derribar por la fuerza de las armas el régimen que el pueblo español se había dado en 1931. Con aspiraciones, metas y propósitos que siempre fueron transparentes. Lo que no lo era, y se había distorsionado, es que *no tardasen en recurrir a la Italia mussoliniana, sin solución de continuidad, desde por lo menos 1932*. En puridad,

el 18 de Julio fue un *golpe militar, monárquico y fascista*. La segunda característica incluso debería ir antes del adjetivo militar, porque lo antecedió. Pero la historia cambia con los nuevos descubrimientos. Quizá los que me tocó hacer indujeron a varias organizaciones a otorgarme distinciones. Desde el Ayuntamiento de Las Palmas, que me hizo hijo adoptivo de la ciudad, al de Gernika, que me concedió su preciado galardón de la Paz y la Conciliación (2019) —*ex aequo* con *sir* Paul Preston y Xabier Irujo—. O al Foro Milicia y Democracia que me otorgó un premio y a la Asociación Arte y Memoria, que me concedió el I Premio Albert Camus. Sin olvidar que el Ayuntamiento de La Roda, lugar donde nació mi padre, pusiera mi nombre a una calle del mismo, que me hizo derramar alguna lagrimita. Son aspectos que tengo más cerca de mi corazón que las condecoraciones ganadas en lides diplomáticas, tanto en España como en varios países latinoamericanos.

La EPRE no es estática. Todo lo que los historiadores escribimos es contingente. Idealmente nos movemos en una aproximación creciente a la «recuperación» —nunca total— de algunas vetas significativas del pasado. Además, trabajamos sobre representaciones. Cuanto más numerosas y más significativas sean, mejor. Depurarán el conocimiento de lo ocurrido. Pondrán de relieve aquellas facetas que las generaciones posteriores a la nuestra quizá consideren como mejores y más representativas de una historia que convenga pasar a las próximas porque les da un sentido más amplio y mejor de la heredada. Sin ambas, es difícil que una comunidad pueda lidiar con los demonios del pasado y fortalecer su propia identidad.

20

La supuesta «sovietización» de España y siguientes trabajos

Escribir sobre el tema de este capítulo, incluso aunque se acuda a EPRE española y soviética de la época, se convirtió en un asunto peliagudo cuando estaba en el alero la guerra de invasión de Ucrania y el papel del Estado ruso había bajado muchísimos enteros en la apreciación internacional. Personalmente, hice abstracción en todo lo posible de las sensibilidades y emociones del caso, que continúa abierto en 2023. Quería, desde hacía años, concentrarme tanto como pude en lo que ocurrió en los años treinta del siglo XX. Esto implicó volver a un tema que había empezado a trabajar en los tiempos en que reanudé mi carrera como historiador

Tras *El gran error de la República* quedé convencido de que, por fin, había logrado identificar los rasgos fundamentales de la dinámica que condujo directamente al conflicto y quiénes habían sido sus principales responsables. Meses después reapareció el tercer tomo de mi trilogía. Estaba agotado desde hacía años. Para mí, el honor de la República siempre estribó en haber combatido hasta la extenuación contra las avanzadas del fascismo en Europa. Ni los austríacos ni los checoslovacos se habían atrevido a hacerlo. Sí lo hicieron, aparte de una mayoría de españoles, las entonces consideradas «razas inferiores» por los imperios fascistas nacientes: los chinos y los etíopes. Tampoco se habían decidido a plantarles cara, por razones comprensibles, pero espurias, las orgullosas democracias occidentales. Pues bien, un sector de la sociedad española

que no había caído bajo la bota militar y fascista tras el fracaso de la sublevación de julio de 1936 sí lo hizo.

Otra forma de mirar el origen de la guerra civil

En el ínterin, en la literatura que pasaba por «científica» la culpabilidad por la guerra civil se había desplazado de los comunistas hacia los socialistas españoles. De ello se había hecho abanderado el profesor Payne. Colmó el vaso de mi irritación su utilización de la «historia presentista». Tal vez impulsada por el deseo de hacer caja o de seguir absorbiendo honores y prebendas como le habían llovido por los cuatro costados. Evidentemente, tampoco hizo asquitos a una condecoración que nunca me he explicado por qué se la otorgó el Gobierno de Rodríguez Zapatero, contra el cual había descargado su artillería gruesa desde el primer momento. Su hoy por hoy último libro[1] me pareció penoso.

Personalmente, llevaba años y años buscando material sobre las relaciones hispano-soviéticas durante la guerra civil. Así que me decidí a abordar una monografía con el fin de reexaminar si lo que había escrito anteriormente se tenía en pie o si, por el contrario, era susceptible de modificación. De ocurrir esto, señalaría en dónde y cómo habría que reescribir el pasado, ya que siempre he sostenido que no hay historia definitiva. También me propuse enseñar a Payne, algo más anciano que servidor, cómo se escribe historia basada en fuentes y no historia ideologizada.

La recopilación de material la comencé hacia 2014. En aquel año, un antiguo compañero de la Comisión Europea, Ángel Landabaso, me llamó una noche para decirme que un primo suyo le había enviado desde Moscú un tocho con documentos sobre la URSS y la guerra civil. Nos vimos y me entregó un grueso volumen con la reproducción de centenares de despachos, telegramas e informes entresacados de los conservados en los archivos de la Presidencia de la Federación Rusa. Naturalmente,

despertaron mi interés. Un anexo contenía información complementaria sobre la recepción en Moscú de las noticias divulgadas, en 1956, por la dictadura española relativas a la entrega por la familia de Negrín del acta de recepción del oro en la URSS.

Tal anexo fue en cierta medida la contrapartida comunista de lo que servidor ya había averiguado sobre los cambalaches que tuvieron lugar en Madrid entre El Pardo, los ministerios de Asuntos Exteriores y Hacienda, el Consejo de Estado y el Consejo de Ministros. De haberme llegado antes, los hubiera incorporado a mi libro *Las armas y el oro*, que apareció en 2013. Hoy me alegro de no haberlo hecho. Dejé el tocho para mejor ocasión y en alguna de mis visitas a Madrid empecé a hacer incursiones por la documentación complementaria que se encontraba, y encuentra, en el AGA. Luego otras investigaciones me distrajeron. Tras leer la última y monocorde producción de la *Payne factory* y terminar *El gran error de la República*, me quedó tiempo para tratar de comprobar hasta qué punto se cumplía o no mi experiencia sobre la capacidad de iluminación de nueva EPRE.[2]

Solo me salté mis futuros propósitos en una ocasión. Entre los documentos soviéticos, había uno que hacía referencia a las negociaciones que la República había iniciado en 1932-1933 con Moscú. Lo utilicé, sin citar fuentes, en un libro que trataba de esclarecer cómo se produjo el reconocimiento mutuo de ambos actores de la vida internacional, paso previo al establecimiento de embajadas. Contenía la visión soviética de la época. Atendí a la petición de una colega, la profesora Ángeles Egido, que deseaba contar con mi participación en una obra colectiva que ella dirigiría sobre la recepción del régimen republicano.[3]

En abril de 2021, la profesora Olga Volosyuk, con quien había colaborado en una obra colectiva que dirigió para conmemorar trescientos años de relaciones entre Rusia y España, tuvo la bondad de enviarme el enlace a los dos primeros tomos de una nueva publicación del Archivo

Estatal de Historia Militar en Moscú.[4] Desde que estuve allí y empecé a trabajar en él en busca de documentación para la trilogía quedé impresionado por las masas documentales que guardaba sobre la contienda española. Que yo sepa, han sido pocos los historiadores occidentales que han husmeado en sus fondos en relación con esta última.

Tan pronto leí el prólogo al primer volumen empecé a salivar. Se trataba del comienzo de una serie de ocho. En ella se recopilarían los más importantes informes que desde la España en guerra enviaron los observadores y combatientes soviéticos sobre lo que percibían en torno a las dimensiones militares del conflicto. Tales informes fueron un subproducto de las actividades del Servicio de Inteligencia Militar o Cuarto Departamento del Estado Mayor del Ejército Rojo (GRU). Se reprodujeron o sintetizaron en un conjunto de libros que, desde los primeros meses de 1937, se distribuyeron entre los altos cargos del Estado y del PCUS. Con, naturalmente, Stalin a la cabeza.

No cabe sino especular cuál será el efecto de tales informaciones cuando estén disponibles en su totalidad. El tomo tercero está ya publicado, pero todavía no digitalizado en el momento de escribir estas líneas. Imagino que obligarán a modificar perspectivas más o menos asentadas en la literatura española y occidental acerca de los aspectos militares de la guerra española. También ocurrirá lo propio con los organizativos, los políticos hasta cierto punto, las experiencias humanas y las actuaciones de unos y otros. Por consiguiente, es muy verosímil que, dado que la EPRE no es estática, en los próximos años asistamos a una revisión de las relaciones hispano-soviéticas durante la guerra e incluso sobre esta misma.

En tal revisión, muchas de las ideas y perspectivas acuñadas en la Guerra Fría, que tanto han influido en la visión que los historiadores extranjeros suelen tener sobre la contienda, habrán de cambiar. También las de la derecha española, por muy impermeable que quiera mantenerse a la continuada destrucción de sus queridas tesis.

Tras el análisis de la documentación remitida por Landabaso, divisé la posibilidad de hacer un análisis mucho más completo sobre los acercamientos entre la República y la URSS. Para abordarlos conté con la ayuda inapreciable de mi viejo amigo el embajador Juan Antonio Yáñez-Barnuevo. Nadie, tengo que decirlo, había hecho un recorrido por los altibajos de tal acercamiento. En contra de lo que se había dicho, no se había parado tras julio de 1933. A partir de entonces fue cuando comenzó el toma y daca diplomático que debía conducir al establecimiento de embajadas.

Me llevé numerosas sorpresas. Los primeros Gobiernos Lerroux y el de Samper no lo pararon. Atentos, sin embargo, a los resquemores que provocaba en los sectores derechistas de toda la vida —la situación se repitió, *mutatis mutandis*, tras la muerte de Franco—, los contactos se llevaron a cabo con la mayor discreción. Si el antiguo ministro socialista Fernando de los Ríos, impulsor del reconocimiento, llegó a enterarse de ello, no escribió nada. Los gobiernos radicales —de derechas, pero no acérrimas— quisieron lo que también habían querido alcanzar los gobiernos anteriores. A saber, negociar un canje de notas que reflejara el compromiso mutuo de no injerencia en los asuntos interiores de cada país, la definición precisa de los privilegios e inmunidades del personal diplomático, el número de consulados, las funciones de la representación comercial soviética, el compromiso de negociar un acuerdo que regulase los intercambios y pagos, etc. Más o menos como habían hecho en su momento los gobiernos francés y británico y haría, no sin dificultades, el norteamericano. Todos ellos, evidentemente, poco proclives al régimen comunista.

Lo único que se sabía era que Salvador de Madariaga había preparado dicho canje de notas en negociaciones directas con el comisario de Negocios Extranjeros, Maxim Maximovich Litvínov, en Ginebra, aprovechando su presencia cuando allí le llevaban asuntos relacionados con la Sociedad de Naciones. Ni que decir tiene que los

gobiernos radicales no se opusieron a la entrada de la URSS en el Consejo Permanente de tal organización.

El canje no llegó a producirse, aunque todo quedó encauzado. También se ignoraba que en el Ministerio de Estado, que ocuparon Ricardo Samper, Juan José Rocha y el propio Lerroux, continuaron los preparativos. Si se pararon en el período que ocupó la cartera José Martínez de Velasco (noviembre y diciembre de 1935) no pude determinarlo, pero sí que Litvínov, al menos, lo planteó al sucesor, Joaquín Urzáiz, en enero de 1936.

Lógicamente, todo estaba ya listo para que Augusto Barcia Trelles diera el paso definitivo. A pesar de que los gobiernos de la primavera de 1936 tuvieron cosas más urgentes de que ocuparse, las gestiones internas para la provisión de personal de cara a la futura embajada en Moscú no se detuvieron en el ministerio. La sublevación en julio ocurrió una semana antes de que un diplomático español, Pedro Lecuona, pidiera a la embajada soviética en París un visado para dirigirse a Moscú con el fin de explorar el panorama inmobiliario de cara a asentar la futura sede.

Como quiera que los soviéticos no hubieran dado el visado a Lecuona sin contactar con Moscú, es más que probable que esta gestión tuvo que llegar al NKID (Comisariado del Pueblo para Negocios Extranjeros). A mayor abundamiento, Lecuona se detuvo en Berlín para presentarse a la embajada soviética. Sabemos que, ya con la revuelta en marcha, no prosiguió el viaje y retornó a Madrid.

Las anteriores circunstancias explican dos asuntos conocidos pero que siguen siendo un tanto controvertidos. El primero, que resultaba del todo natural que el Gobierno Giral contactase con De los Ríos, quien en aquel momento se encontraba en París, para que solicitase la venta de equipamiento militar soviético a la República, previo pago.[5] El mismo Gobierno se había dirigido, o iba a dirigirse, a otras capitales en análogo sentido (París, Londres, Berlín, Berna, etc.). Barcia era muy consciente de que el asunto de establecimiento de embajadas estaba ya

aclarado. No hay que buscar tres pies al gato, como han hecho algunos historiadores de derechas, españoles y extranjeros para rechazar toda una serie de meras alucinaciones. Por ejemplo, que tal fue la primera demostración palpable de un giro espectacular de la República hacia la URSS, como si hubiera caído del cielo en plan representativo de la vocación «bolchevizante» del gobierno español. Ello explica el segundo asunto, que, dado que Lecuona no llegó a Moscú, correspondió al gobierno soviético tomar la iniciativa y ya a principios de agosto contempló el establecimiento de su embajada en Madrid sin más aspavientos.

Las circunstancias habían cambiado de golpe. Los cuidadosos mecanismos apalabrados entre Madariaga y Litvínov en 1934, y que el primero había retomado para discutir con el embajador soviético en París en marzo de 1936, tuvieron que dejar paso a la urgencia que imponían los acontecimientos. Es impensable que en los ministerios madrileños —ya muy dislocados— se olvidaran los mecanismos negociados anteriormente. El nuevo embajador soviético, Marcel Rosenberg, también había participado en los contactos bilaterales desde 1933. Luego había pasado al Secretariado de la Sociedad de Naciones y fue el elegido por Litvínov/ Stalin para representar a la URSS en una España desgarrada.

Otra cosa es que fuese el mejor embajador posible. Ya en septiembre, Litvínov le dio un toque de alerta muy sintomático. Debía abstenerse de inmiscuirse en los asuntos internos españoles. En aquella época, con el comienzo de los Procesos de Moscú, esta alerta es muy difícil que Rosenberg la olvidara. La documentación disponible da también un mentís a las afirmaciones de los historiadores que siempre han preconizado que tal fue el comienzo de la supuesta «subordinación» republicana a los siniestros designios de Moscú. Yo me quedo con mi afirmación de 2006: se trató de un viraje público, pero inesperado, tras el cual latían una nueva situación y nuevas consideraciones.

Más adelante, mi antiguo alumno David Jorge, ya

profesor en el Colegio de México, emprendió una amplia investigación sobre el aspecto que yo había tocado marginalmente: el papel de la Comintern, sobre el cual se han vertido las más absurdas afirmaciones. En algunos historiadores anglosajones subsisten hasta prácticamente hoy. Jorge ya ha publicado el primer libro de una trilogía que aclarará lo que pasó y, por ende, dejará en el lugar que les corresponde a historiadores, periodistas y camelistas que siguen dando la lata sobre el supuesto asalto «comunista» a la República.

Debo, pues, reírme de las elucubraciones del profesor Payne y, en particular, de su afirmación, totalmente absurda y desmentida documentalmente, de que «a finales de septiembre de 1936, la Unión Soviética se había convertido en el más importante abastecedor militar» de la República.[6] En realidad, ni siquiera había llegado el primer envío de armas, en parte anticuadas y obsoletas, que los soviéticos se precipitaron a sacar de sus arsenales.

Armas soviéticas y oro español

Estos dos temas han dado lugar a numerosas publicaciones en los últimos años. Siempre presté suma atención a los trabajos de Gerald Howson —despreciado por casi todos los historiadores franquistas—. Era un aficionado de voluntad indomable que se pasó años y años hurgando en todo tipo de archivos y documentos para realizar una enciclopedia de la aviación en la guerra civil. En su tiempo, fue absolutamente rompedora. (No así un medio plagio que hizo muchos años después un autor español y que publicó el Ministerio de Defensa.) Luego Howson amplió sus pesquisas. Su obra *Armas para España* fue sumamente innovadora. Yo le adoraba. Cuando apareció en inglés, traduje al castellano un artículo suyo en que resumía sus tesis fundamentales.[7] Nadie podrá acusarme de querer guardarme afirmaciones novedosas en el bolsillo. El libro dio origen a una fuerte polémica en la que los historiadores españoles de derechas no han resistido a la tentación de

calumniarlo.[8] Su polémica continúa en la actualidad, con tonos a veces agrios que apenas si han amainado.

En alguna ocasión tercié en ella partiendo de la idea de que, más que a la cuantificación de las adquisiciones de armamento en el extranjero, había que prestar atención a su ritmo y volumen y a las políticas subyacentes. Nunca fue lo mismo recibir una docena de aviones de los arsenales estatales de las potencias intervinientes (el Tercer Reich, la Italia fascista, la URSS) al principio de las hostilidades que en 1937 o 1938. Procuré, al menos, establecer tablas de envíos de las dos primeras que, simplemente, confirmaron que apenas si transcurrió algún mes en el que a Franco no le llegara armamento o material auxiliar. En el caso de la República, Gerald[9] había identificado un calendario de envíos que ha resistido el paso del tiempo.

En dicha controversia no faltó quien me pusiera varias veces en la picota, porque me negué a aceptar algún tipo de comparación con el material que la República obtuvo por los canales del contrabando, sorteando como pudo los escollos de la no intervención. Destaqué que, en contra de lo señalado en una gran parte de la literatura, la no intervención solo se vio desmontada, bajo cuerda, por el efímero Gobierno de Léon Blum de marzo de 1938. Tuvo algunos precedentes bajo el anterior de Camille Chautemps y continuó bajo el de Édouard Daladier hasta junio de dicho año. Los británicos, que conocían perfectamente el paño, cerraron los ojos ante los cambios de la política francesa. Lo que les importaba era que el principio de la no intervención se mantuviera formalmente. Había, a toda costa, que evitar que un mero acuerdo político —y no un pacto, como sigue afirmándose obstinadamente— fuese examinado en profundidad en el foro ginebrino, porque iba en contra de los derechos inmanentes a un Estado miembro de la Sociedad de Naciones como España. Lo que de contrabando se adquirió nunca pudo compararse en ritmo, cantidad y calidad con el aprovisionamiento de las potencias del Eje en favor de Franco, que acudieron a sus propios arsenales nacionales, con unidades militares perfectamente equipadas

y que superaron con mucho la importancia y significación operativa de las Brigadas Internacionales.10

Aquella malhadada no intervención adquirió caracteres de farsa, que ya examinó David Jorge. Otro de mis antiguos alumnos, Miguel I. Campos, escribió una tesis detallando los aprovisionamientos republicanos de material de guerra de procedencia no soviética durante el primer año de hostilidades.11 Para entonces, la República tenía ya escasas posibilidades de conseguir la victoria tras los avances de los sublevados sobre el terreno y las dificultades de formación de un Ejército Popular suficientemente adiestrado y equipado.12 Si el dogal que la atenazó desde el principio no se aflojaba, como vieron separadamente Azaña y el nuevo agregado militar francés, teniente coronel Henri Morel, la República tenía perdida la partida.

Para colmo, también Stalin paralizó, a su vez, la ayuda a los republicanos ante la mayor importancia para la seguridad soviética que revistió la guerra sino-japonesa. A ello se añadió, la necesidad que consideró imperiosa de mantener, o incluso de elevar el nivel de disuasión ante un Tercer Reich que no tardaría en demostrar su agresividad al engullirse Austria y parte de Checoslovaquia.

La nueva documentación me permitió continuar aclarando, en lo posible, la realidad de los suministros soviéticos de armamentos al comienzo de la guerra civil, desde octubre hasta finales de 1936, que me pareció un período absolutamente fundamental. En primer lugar, para distinguir entre ayuda militar y no militar, en especial alimenticia. Numerosos son los autores que se fían de documentos diplomáticos (alemanes, franceses, británicos, italianos) sobre los barcos que cruzaban los Dardanelos con destino a España, pero los informantes tuvieron dificultades para precisar y diferenciar con exactitud los componentes de la carga de material bélico y de otros tipos.13 En general, los datos confirman para los primeros las estimaciones de Howson y de Rybalkin, el historiador militar ruso que tuvo acceso a los archivos relevantes de su país, incluida hasta entonces la documentación de Kliment

Voroshílov (comisario de Defensa).

Más útil me fue la nueva documentación para esclarecer el capítulo de la última ayuda soviética. Todo el mundo la liga con la misión del general Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de las FARE, cuando fue por segunda vez a Moscú, enviado por Negrín, para solicitarla con caracteres de urgencia. No conozco a ningún historiador profranquista que no la haya desfigurado a placer. Yo había escrito algo diferente en *El honor de la República*, pero confieso que no me fue posible entonces avanzar más. La EPRE, nunca me cansaré de repetirlo, no es estática. En la nueva investigación resolví algunas incógnitas y enigmas.

Al menos hoy se reconoce, gracias a Howson, Rybalkin, Kowalsky y servidor, entre otros, que los soviéticos redujeron grandemente sus envíos a la República entre noviembre de 1937 y noviembre de 1938. Tal reducción sentó como un tiro a los dirigentes republicanos. Además, ni los «guerreros de la Guerra Fría», que todavía dominan el campo en la literatura en lengua inglesa, ni sus homólogos españoles de la derecha o extrema derecha parecen ser conscientes de sus implicaciones. ¿Cómo iba Stalin a querer imponer en España una «república de nuevo cuño» —una especie de precedente de las repúblicas populares del Este de Europa— si no facilitaba las armas necesarias para sostener el combate ante los avances franquistas y fascistas? Las respuestas que dan son para echarse a llorar, pero ninguna está apoyada en evidencias documentales. Servidor se basó en notas de Pascua —tras conseguir, repito, que su heredero las depositara en el AHN con los demás papeles del antiguo embajador de la República—. Otros los han visto después, pero —lo que son las cosas— todo parece indicar que el documento en el que Stalin y su troika le expusieron la estrategia soviética, y a la que se atuvieron hasta el final, no les impresionó demasiado.

Evidentemente, Payne no es de quienes creen que la EPRE es dinámica. Al leer su, hoy por hoy, último libro, me parece significativo lo que dice sobre servidor y el tema que más tiempo me ha ocupado: el oro de Moscú. Se refiere,

obviamente, a mi trabajo de 1976, en el que ciertamente afirmé que el envío del oro significó la pérdida de una baza de negociación y una «creciente influencia soviética en las decisiones de ciertos dirigentes de la República». Silencia, absolutamente, lo que ya señalé en mi segunda obra, tras haber continuado ampliando mi investigación. Ahora ha escrito, en tono jupiterino, «esta afirmación se omitió en la edición revisada».14 No se le ocurre pensar por qué. La respuesta quizá se encuentre en que también omite, él, distinguido investigador de las maldades republicanas, los tres tomos sobre la República y la guerra civil que escribí y en los que el oro desempeña un papel esencial. Un prodigio, como se ve, de pulcritud historiográfica.

Tal «pulcritud» —algo estúpida— es añadir: «Probablemente tanto oro no era necesario para obtener ayuda militar». Claro que no. Lo fue, y resultó insuficiente, para evadir el dogal que los bancos franceses, ingleses y norteamericanos habían echado al cuello de los republicanos en sus pagos internacionales. Y también porque, como demostré por activa y por pasiva, con la contrapartida en divisas del oro se habían financiado las importaciones comerciales de la República, desde la URSS y de muchas otras procedencias. Payne se hace el loco ante el hecho de que al entonces gobierno legítimo de España reconocido internacionalmente nadie —salvo Stalin en dos ocasiones— extendió crédito. En tanto que Franco disfrutaba de todas las complacencias de los países capitalistas —incluido, nunca hay que olvidarlo, Estados Unidos— y por supuesto de las potencias fascistas.15

Para colmo, tan distinguido historiador siguió pontificando desde su alto pedestal: «*La República acabó la guerra debiendo una gran cantidad de dinero a Moscú, a pesar de todo el oro entregado*». ¿Cómo lo sabe? ¿En qué cálculos se basa? Quizá en los trucos del general Jesús Salas Larrazábal, porque no conozco otros. Pero tan no menos distinguido general no vio nunca, que se sepa, ningún papel sobre el tema. Por lo menos, no lo dio a conocer. Payne se hace eco de chismes y diretes que hoy están completamente

rechazados. Por ejemplo, se negó a mencionar el cruce de cartas —auténtico— que publicó Marcelino Pascua hace medio siglo en una revista muy famosa (*Cuadernos para el Diálogo*, junio-julio de 1970). Se creyó como un *baby* las mentiras que la persona a quien caracteriza como «comandante de la NKVD» contó al augusto Senado estadounidense —pero no cae en la cuenta de acudir a los estudios especializados sobre tal personaje publicados en castellano e inglés por Boris Volodarsky.

Entre otras «joyas» del eminente historiador de Wisconsin figura la noción de que el envío no se abordó en consejo de ministros, fiándose de unas memorias trucadas de Largo Caballero —servidor publicó en 2006 la copia del acuerdo que guardaba Negrín en un banco parisino y a la que he aludido en un capítulo anterior—. Todas estas y otras bobadas —no encuentro término más apropiado— le sirven para seguir desbarrando largo y tendido. En ningún momento parece haber leído nada de lo que se ha publicado que choque con sus preconcepciones. Hasta incluye la grotesca especie de que un tal Artur Stashevski —que todavía no había llegado a España— había influido en la decisión de Negrín.

Con toda modestia, me rebelo contra tales falsedades. No es posible escribir historia sin alguna perspectiva ideológica o política. Tampoco es tolerable disfrazarlo y menos aún ignorar olímpicamente las evidencias documentales. Estas, evidentemente, deben someterse a análisis y crítica, a contextualización y descontextualización, pero saltárselas sin red de apoyo alguna revela el carácter «profesional» de quien así hace. Todos nos equivocamos. Servidor también. Es bueno reconocer los errores y, en lo posible, rectificarlos directa o indirectamente. Por lo demás, no soy de quienes se enzarzan en polémicas estériles. Si me he detenido en el caso del profesor Payne, ha sido debido a su incontestable influencia sobre las derechas españolas.

Como Howson reconoció honestamente, él nunca trabajó en los archivos soviéticos. Se basó en toda una serie de documentos que recibió de una conocida periodista catalana que hizo varios notables documentales sobre el oro de Moscú, Juan March y el caso Nin, entre muchos otros. Con tales papeles, y otras fuentes que logró coleccionar, desmitificó toda una serie de patrañas. No pudo evitar caer en algunos errores. Me apresuro a señalar que yo también habría caído en ellos —y he caído, evidentemente, en los míos propios—. Howson ignoró cosas. Por ejemplo, tomó como un dato esencial el tipo oficial de cambio del rublo contra el dólar o la libra esterlina. Desconocía que carecía del significado que habitualmente se le atribuye en un a economía de mercado —aunque fuese tan intervenida como la nazi o la fascista.

También ignoraba los problemas relativos a la contabilidad de costes soviética. Estos no expresaban ni escaseces relativas ni la competitividad y productividad de las empresas que utilizaban los factores que concurren en la producción (mano de obra, capital, renta del suelo, beneficio). Los bienes que se exportaban se guiaban en general por los precios del mercado internacional. Para los de producción o de consumo tal era la regla, aunque con adaptaciones muy espaciadas en el tiempo. En el caso de exportaciones de material bélico, no lo era. Se ignora por qué. La URSS no era un actor en el mercado internacional de armas cuando Stalin decidió acudir en ayuda de la República. ¿Cómo se formaron, pues, los precios de exportación del material de guerra? A Payne todo esto le suena a dialecto africano.

Mi amigo Howson se guio, para el caso de los aviones, por los precios en el mercado internacional. Constató diferencias. También lo hicieron los republicanos. Uno y otros sabían, no obstante, que la URSS actuaba como monopolista de oferta: los I-15, I-16, BS, etc., no estaban disponibles en el mercado. De aquí que dijeran que, en

general, los precios eran un poco elevados. Ni él ni, por lo que sabemos, los republicanos pudieron hacer estudios sobre los precios cargados por los soviéticos en los miles de productos militares de que se compuso la ayuda. Tampoco lo han intentado Payne, Salas Larrazábal o sus seguidores.

Personalmente, lo que me llamó la atención fue que en el caso de material de guerra los soviéticos pusieran en práctica lo que más adelante se denominarían tipos de cambios múltiples. No son desconocidos en Occidente, pero ya están olvidados. Su época de mayor florecimiento fueron los años cuarenta y cincuenta. Hasta la orgullosa España de Franco hubo de recurrir a tal artilugio durante una decena de años. Antes de ello los tipos de cambio de las monedas extranjeras expresados en pesetas eran totalmente irrealistas.16 En *El escudo de la República* argumenté la «racionalidad» sui géneris de aquel sistema.

Más tarde, al entrar en materia gracias a la nueva documentación moscovita y profundizar en la literatura subyacente, me di cuenta de que se trataba de un campo muy poco trillado. Los tipos de cambio múltiples se aplicaron a todo tipo de material de guerra, algo que se ignoraba y que yo también desconocía. En segundo lugar, eran aprobados por el Politburó. Esto no era anormal, ya que los precios de los bienes de inversión y consumo en el interior de la URSS eran establecidos por decreto. De lo que nadie tenía idea es de la amplia horquilla de precios de los componentes que intervenían en los bienes finales.

Cabe argumentar que durante los años veinte y treinta los soviéticos conocieron los precios de por lo menos el mercado norteamericano, también en el caso de los bienes terminados e intermedios. No en vano se lanzaron a una operación de espionaje económico y comercial en Estados Unidos que no tenía precedentes17 —de nuevo Payne y los historiadores que se fían de él lo ignoran—. Es impensable, pues, que los soviéticos desconociesen los precios no solo de los productos acabados, sino también los de sus componentes. El cálculo de los mismos, aplicados a las exportaciones a España, era, por tanto, técnicamente

factible. Su racionalidad económica, tan dudosa como la de cualquier otro producto de venta al exterior.

Para mí fue definitorio que el organismo encargado de tramitar las operaciones de exportación de material bélico, como también de cualquier otro producto, fuese el Comisariado de Comercio Exterior (NKVT). Es decir, el mismo organismo que llevaba a cabo las operaciones de comercio no bélico. Siempre he sido consciente de que algunos economistas españoles habían encontrado documentación que parecía indicar que los organismos de importación de la República se quejaban en ocasiones de precios soviéticos relativamente abultados. Retoqué, pues, tal afirmación que se había hecho con carácter general, pero con base en escasos documentos. Sin embargo, en unos productos absolutamente esenciales para la economía bélica y no bélica como eran los petrolíferos, los precios a los cuales los importaron los republicanos eran parecidos a los que la Texas Oil Co. cargaba a los franquistas. Por otro lado, había que distinguir entre precios FOB (Free of Board) y precios CIF (Cost, Insurance and Freight). Estos últimos incorporaban los gastos de transporte, seguros y fletes. Todos ellos alcanzaron alturas astronómicas debido en gran parte a las dificultades que el bloqueo internacional y el franquista imponían a los buques que aprovisionaban a la República. ¿Dice algo Payne del tema? *Rien de rien*.

En el trabajo relacionado con el tema no llegué a una conclusión definitiva. Mi petición de información a las autoridades rusas topó con el silencio. La cuestión queda, pues, un tanto en el alero. La formación de precios del material bélico exportado a España primero y la de los aplicados a China sigue siendo un terreno inexplorado. Lo único que podemos afirmar es que también en el terreno económico y comercial Franco siempre tuvo un margen de maniobra muy superior al de sus adversarios.

Tampoco es, en mi entender, ninguna incógnita una cuestión que ha acalorado mucho a los historiadores. En contra de las afirmaciones soviéticas en 1957 —cuyo trasfondo no había investigado ningún autor occidental—

de que la República quedó a deber unos cincuenta millones de dólares de la época a la URSS, sigo persistiendo en que tal no fue el caso. La nueva publicación de documentos soviéticos elude cuidadosamente la cuestión, aunque apuesta por la afirmativa. No ofrecen ni una pizca de EPRE relevante y la única que mencionan no la han dado a conocer. Esperemos que otros historiadores, rusos u occidentales, tengan más suerte. A mí lo que siempre me interesó fue demostrar que un historiador «occidental» y español podía medirse con cualquier otro, también occidental u «oriental». En democracia uno puede dar de sí todo de lo que es capaz.

Ahora bien, mientras preparaba el libro sobre la cooperación hispano-soviética durante los años republicanos —para lo cual utilicé una expresión debida a Manuel Azaña—, se me cruzó una nueva aventura, para mí un tanto inesperada.

La chispa inicial la dio mi buen amigo Francisco Espinosa Maestre, uno de los grandes y más antiguos exploradores de la represión que llevaron a cabo los sublevados desde el primer momento de su asalto al Gobierno republicano. Paco había dado comienzo a sus investigaciones muchos años antes sobre los brutales resultados que la represión alcanzó bajo el dominio del «virrey de Andalucía», el general de división Gonzalo Queipo de Llano. Sus numerosos libros son fundamentales. Había formado parte desde el primer momento de quienes ya en los años ochenta habían abordado, con documentos en la mano, el análisis y descripción de los asesinatos y desapariciones que marcaron la guerra y la posguerra. Sus obras son de lectura obligada.

Hacia 2020, se encontró con un documento que llevaba buscando años y años y del que solo había leído algunas partes en expedientes desperdigados. Se trataba de un papelín fundamental para explicar las «razones», justificaciones y principios históricos —amén de jurídicos, ideológicos e intelectuales— de la represión que se abatió sobre los vencidos. El autor, un teniente coronel del Cuerpo

Jurídico Militar, Felipe Acedo Colunga, había sido fiscal jefe del Ejército de Ocupación desde septiembre de 1936 hasta después de la guerra. Había participado en numerosísimos consejos de guerra sumarísimos de urgencia e impuesto una «ley» implacable. Su experiencia y la de otros compañeros la reflejó en un documento de más de ochenta páginas, mecanografiado, que Paco me pasó a ver qué podría hacerse con él.

Tras su lectura, no tuve la menor duda de que era necesario publicarlo con, al menos, un comentario. Ahora bien, ni él ni yo somos expertos jurídicos y menos aún conocedores de la historia del derecho penal español en los tiempos franquistas. Tras muchas perplejidades, acudimos a un especialista, el catedrático de la materia de la Universidad de Jaén, Guillermo Portilla, por si deseaba participar en la aventura. Había escrito un grueso volumen sobre el derecho penal de autor en España tras la guerra civil con un anexo documental que me había sobrecogido. Aceptó encantado y durante un año nos dividimos el trabajo. Paco situó el documento de Acedo en su contexto, su descubrimiento y sus resultados en el plano general de los conocimientos cuantitativos de la represión franquista en y después de la guerra civil. Casi tres veces más elevada que la republicana. Guillermo hizo un análisis jurídico del documento y servidor, por primera vez, se atrevió a escribir una biografía, la del siniestro autor, que probablemente andaría un tanto agachado bajo el peso de las condecoraciones que se le concedieron. Lo titulamos *Castigar a los rojos*.

El libro se publicó en junio de 2022 y tuvo mucha resonancia. Es de esperar que se convierta en un clásico. Completaba mis propios estudios en materia de la conspiración monárquica, militar y fascista que llevó a la sublevación de julio de 1936. Naturalmente, me ocupó bastante tiempo, pero cerraba un círculo. La preparación del golpe se hizo con sumo cuidado. Desde el primer momento, todos los sublevados pusieron en práctica, de una u otra forma, el mismo tipo de asesinatos —disfrazados tras

la aplicación de los bandos de guerra— contra los defensores del orden establecido. Participar en este libro lo consideré no solo como un honor, sino porque me permitiría ir cerrando el círculo dentro del cual iba escribiendo las numerosas vetas desconocidas de los preparativos de la sublevación, en este caso en la esfera de la sedicente justicia militar. Hasta ahora no ha tenido respuesta salvo el silencio. Un silencio absoluto.

Nuevas perspectivas: el «oro» de Franco

Siempre he sido muy consciente de que lo que había escrito sobre la República en guerra era más abundante que lo que había publicado sobre los vencedores. La investigación en archivos desarrolla una dinámica propia y es difícil sustraerse a ella. Sin embargo, cuando ya estaba dando los últimos toques a los libros que acabo de mencionar me decidí a establecer un poco el equilibrio. Desde los años ochenta había estado dando la lata a un amigo mío, ingeniero industrial y economista, Guillem Martínez Molinos, para que escribiera sobre el «oro» de Franco, es decir, sobre otro material foráneo que permitió a los vencedores ganar la guerra y que complementó los aviones y armamentos de las potencias fascistas. Se trataba del oro líquido, es decir, del petróleo.

A principios de este siglo le había convencido de que debía participar en el último de los numerosos proyectos de Enrique Fuentes Quintana y que ya he mencionado: un estudio masivo con la participación de numerosos autores sobre diversos aspectos económicos y políticos de la guerra civil. Era el único economista e ingeniero que conocía para recomendarle de cara al proyecto. Lo escribió. Su contribución se cita desde entonces en casi todas las referencias al tema. Guillem, además, hombre muy generoso, no tuvo el menor inconveniente en comunicar a un historiador norteamericano algunas de sus averiguaciones y que este, con la debida atribución y el oportuno reconocimiento, recogió en su obra sobre los

voluntarios de la Lincoln en la guerra de España.

Consciente de que la República había podido sostener el empuje merced a la ayuda soviética, también en el plano económico, ya antes de que se publicara *Oro, guerra, diplomacia*, insistí a Guillem que había llegado el momento de mirar la contrapartida desde el lado de los vencedores. Decidimos examinar cómo, y de qué manera, Franco había logrado hacerse con el apoyo de la Texaco, en qué consistió este, la forma en que surgió y se desarrolló, cuáles fueron sus antecedentes, cuáles sus consecuencias y quiénes sus protagonistas.

No éramos los primeros en abordar el tema. Algunos economistas habían escrito al respecto, pero desde una óptica demasiado estrecha. Con todo, lo que pareció ser una obrita fácil ha ido transformándose en un amplio estudio al que se ha incorporado un extenso abanico de documentación y temáticas de diversos archivos españoles y extranjeros. Desde el verano de 2023, hemos estado entregados en cuerpo y alma a dicha tarea, que esperamos ver concluida en 2024. Si todo va bien, porque en materia de archivos nunca se sabe.

A la par, por razones personales, tras casi treinta años de estancia en Bélgica, decidí ponerme al día en la historia de este país en la segunda guerra mundial. No puedo olvidar que mi primer jefe directo en la Comisión Europea fue un belga, Jean Durieux, a quien debo no haber metido demasiado la pata en mis primeros escarceos en la institución. Fue un resistente contra el invasor nazi y, de joven, participó en algunas de las actividades clandestinas como enlace. Siempre me impresionó que él, cristiano-demócrata de pro, se negara durante toda la vida de Franco a poner pie en España. Se contentó, hasta 1975, con contemplar la costa vasca desde San Juan de Luz. Nunca cruzó la frontera.

Leer sobre Bélgica en la segunda guerra mundial implica leer también sobre la colaboración. Entre sus filas, las más pronazis fueron sin duda quienes hicieron causa común con el partido ultraderechista Rex (Partido rexista),

dirigido por alguien muy conocido en España: Léon Degrelle. El mejor estudio al respecto y que me entretuvo en el verano de 2023 se debe a la que fue tesis doctoral de Martin Conway, catedrático de Oxford. Leyéndola, así como sus reflexiones sobre el oficio de historiador, he encontrado paralelos con lo que he ido aprendiendo a lo largo del tiempo y he tratado de exponer en las páginas de este libro. Es, por consiguiente, el momento de volver a mi propia tesis doctoral y a mi primera investigación. En las conclusiones finales identificaré algunos paralelos con las reflexiones que sobre el trabajo del historiador hace el propio Conway.

21

El eterno retorno de dos temas: Bernhardt por un lado, el oro de Moscú por otro[1]

Es obvio que, en el trabajo sobre relaciones exteriores de la guerra civil, no cabe abrir camino de no contar con la imprescindible documentación española. En tiempos de pandemia, en los que he estado dos años y medio literalmente sin viajar una sola vez a España, ir a Alcalá de Henares no me fue posible. Gracias a la preciosa ayuda de la profesora Pilar Sánchez Millas, me fue posible localizar los documentos necesarios para mi último libro. También para una parte del presente capítulo.

En él, aparte de preguntarme si la historia sirve para algo, muestro mi desaprobación con respecto a los trabajos de dos autores que, afirman, han hurgado en el pasado y exponen tesis absolutamente contrarias a dos de los temas con los que me inicié como historiador: la reunión de Bayreuth y el oro de Moscú.

La reaparición de Bernhardt de la mano de una biznieta

Hacia finales de junio de 2022 la red www.academia.edu, a la que llevo suscrito varios años, me informó de la aparición de un trabajo en el que se me citaba.[2] Resultó ser una tesis doctoral de la Universidad de Viena presentada por Clara A. Blume.[3]

Tal tesis no es tanto de historia, sino que versa sobre el análisis y aplicación de las técnicas y procesos de comunicación, vía libros —incluso una novela y una serie de episodios televisivos—, a través de los cuales se había

vehiculado la imagen de su bisabuelo.

La entrevista con Hitler en Bayreuth la presentó la autora en el marco de la disputa, según afirmó, entre historiadores españoles esencialmente de derechas y otros de izquierdas por «imponer» la mejor o la más genuina interpretación del pasado. Una especie, según escribe, de *Historikerstreit* a la española —algo que nunca ha existido—. Servidor y Alberto Reig aparecemos como exponentes de los segundos. Entre los primeros mencionó a otros tres, de los cuales solo resalto al inefable Ricardo de la Cierva, los dos restantes no merecen tal identificación. Añadió a María Dueñas en la parte dedicada a la narrativa literaria y a la serie de televisión basada en su novela.

Centrarse en servidor para alumbrar, por medio de la entrevista en Bayreuth, la opinión que Bernhardt ha merecido a los historiadores alemanes y españoles —no citaré otras nacionalidades— es insuficiente. Antes de presentar su tesis podría haber recurrido, por ejemplo, a los libros de Klaus-Jörg Ruhl (1975, en alemán) y de Manuel Ros Agudo (2002). Es cierto que menciona la tesis publicada de Carlos Collado, también en alemán (2004), pero si la leyó no se enteró de lo que escribió sobre su bisabuelo. Finalmente, ignoró por completo la obra de Emilio Sáenz-Francés (2009). Estos «pequeños» despistes no hubieran pasado en un tribunal en el que servidor hubiese estado presente.

Resumo brevemente su significado. Ruhl, en la senda de Merkes, introdujo a Bernhardt como uno de los mayores intrigantes contra los diplomáticos del Tercer Reich. Lo presentó como lo que hizo: se sirvió de la HISMA (Sociedad Hispano-Marroquí de Transportes) para favorecer sus propios intereses, no solo con desprecio de la embajada sino también frente a amplios sectores de la Administración franquista. Actuó por su cuenta en numerosas ocasiones en asuntos muy delicados, respaldado por su proximidad a Franco y sus conexiones personales en Berlín con Göring y altos cargos de los ministerios de Economía y de Propaganda.[4]

Otro de los historiadores españoles que más entraron, en el presente siglo, a deshacer el mito de Bernhardt fue Ros Agudo. Le achacó falta de mano izquierda, esquinarse en favor de las actividades del SD —en colaboración con el agregado de policía Paul Winzer— y lo calificó como «figura inquietante».[5] Lo más significativo es que la flamante nueva doctora ni se molestó en echar un vistazo a la ya publicada tesis de Sáenz-Francés. En ella se hace un recorrido por el complejo de relaciones hispano-alemanas entre 1936 y 1945. Este autor hizo uso de las «memorias secretas» del embajador Hans-Adolf von Moltke, que se encuentran en el AGA.[6] Con todas las precauciones que conviene aplicar al análisis de memorias, y en particular las no publicadas, estas no dejan demasiado campo a la imaginación sobre lo que los diplomáticos del Auswärtiges Amt probablemente pensaban del bisabuelo. En primer lugar, con motivo de su creciente acercamiento a las SS y que culminó en su integración en ellas para reforzar su preeminencia en España. En segundo lugar, a causa de la tendencia a aprovecharse de su situación con fines personales. No resisto a la tentación de citar un párrafo:

> Cada vez, cuando Bernhardt vio una posibilidad para mejorar su posición, se hacía sin escrúpulos un derroche con los dineros del contribuyente alemán, pagando tres y cuatro veces los precios para un paquete de acciones que ningún competidor a iba a pagar al precio sencillo. Cuando se trataba de eso, unas minas agotadas y altamente dudosas, abandonadas ya después de la primera guerra mundial, se convirtieron de repente en objetos atractivos y pronto figuraban como nuevas empresas «prometedoras» para la gran empresa Sofindus. Cuando se trataba de eso, nadie interpuso un veto y nadie se atrevía a señalar lo irresponsable de tal actuación: tan grande era el miedo que todos tenían al siniestro herr Bernhardt y sus excelentes conexiones con Berlín.[7]

Desde luego, Bernhardt tenía partidarios en la Administración española, incluso a nivel de ministros, entre quienes deseaban —a pesar de todos los costes económicos para España— un acercamiento profundo al Tercer Reich.

Pero también se había hecho adversarios. Puede inferirse esto del hecho, hasta ahora desconocido, de que tuviera que ser la embajada la que, con toda la cortesía diplomática del caso, solicitara que se le otorgase una condecoración. Aprovechó la ocasión de un intercambio de «chapitas» entre ambos países y en el que a Bernhardt se le había olvidado. Tuvo que recurrir a una nota verbal de 13 de diciembre de 1941 para solicitarla. Es más, prueba de cierto desparpajo es que incluso la identificó: la encomienda de Isabel la Católica. En Protocolo de Exteriores se anotó que ya se le había concedido la del Yugo y las Flechas, netamente falangista, en octubre de 1938. Es posible que se meditara. El hecho es que Franco no se decidió a atender la petición hasta marzo de 1942. Exteriores, al comunicarlo a la embajada, se cuidó de que se hacía «de conformidad con los deseos expresados en su atenta Nota Verbal». Todo esto la Dra. Blume podría haberlo explicado mejor que servidor si hubiese echado un vistazo algo detenido a la documentación del AGA. Podría citar más ejemplos, pero lo importante es que no lo hizo. Otro de los sucesores de Von Moltke tuvo impresiones parecidas del avispado comerciante alemán —al que, eso sí, había alabado grandemente el general Faupel, una más que dudosa recomendación.

Lo mismo que las SS sirvieron de propulsor a Bernhardt, también pareceria digno de señalarse, en una tesis académica, que el «bisabuelito» no tuvo el más mínimo escrúpulo en recurrir a sus buenas relaciones con el SD, en el que, al fin y al cabo, lo conocían desde 1934. Así, en 1943 acordó con tal órgano proporcionarle todas las informaciones de orden político y económico que obtenía a través de su entramado de empresas y contactos.

Después de la derrota, uno de los más próximos colaboradores del SD dijo de Bernhardt que no le impulsaba tanto el fervor nacionalsocialista cuanto su deseo de fortalecer su posición en Berlín, donde la estrella de Göring comenzaba a empañarse tras los repetidos fracasos de la Luftwaffe. En qué medida pudo tener o no razón tal

colaborador se escapa a la contrastación documental disponible. A diferencia de Von Moltke, el informante lo retrató como un hombre de negocios brillante pero lastrado por un profundo egoísmo. Son características que podremos más adelante comparar con las de alguien que conocía mejor el funcionamiento del *holding* SOFINDUS que los inexperimentados agentes del SD.

Es igualmente verosímil que Bernhardt quizá quiso recurrir a sus orígenes. Von Moltke se supone que escribió:

> Hacía mucha propaganda de sí mismo. Habló de la situación en el verano de 1936 cuando todos los especialistas, el Ministerio de la Guerra, los servicios de contraespionaje y el Auswärtiges Amt estaban en contra de una ayuda abierta a la España nacional; de cómo él, en aquel entones, negociaba (*sic*) en Berlín y Bayreuth con Adolf Hitler, convenciéndole al final de que no sería demasiado arriesgado el envío de una docena de aviones de transporte (…) Dijo que Göring hacía prácticamente lo que él, Bernhardt, pedía de él (…) Se vanaglorió de que tenía acceso inmediato con Himmler siempre que solicitaba una entrevista (…) y toda la organización de la SS no tomaba ninguna decisión en asuntos exteriores sin antes consultar con él.8

No debería extrañar que, con tal experiencia a cuestas, a Bernhardt no le costara demasiado esfuerzo engatusarme cuando yo estaba escribiendo mi propia tesis. Las desavenencias de Bernhardt con la embajada durante casi ocho años se caracterizan, simplemente, como una forma de «medir sus fuerzas» con los representantes políticamente más cualificados del Tercer Reich.

Más sobre el caso Franke

El interventor/revisor llegó a España con una misión concreta y, por lo que sabemos, la cumplió a plena satisfacción de sus superiores. En 1943, si no antes, ya *dudaba mucho de la racionalidad económica, y con frecuencia política, de gran parte de las inversiones realizadas con fondos*

oficiales alemanes en sectores clave de la economía española —lo que los embajadores Von Stohrer y, se supone, Von Moltke habían dejado claro—. Añadiré que en aquel año no había que ser un émulo de Nostradamus para pensar que el futuro se presentaba oscuro al Tercer Reich. El desembarco aliado en el Norte de África en 1942; la caída de Mussolini y el giro italiano contra sus antiguos aliados en septiembre de 1943 no hacían presagiar un porvenir resplandeciente ni en el plan económico ni en el bélico para el nacionalsocialismo.

Desde Berlín se apretaba a Franco para que prosiguiera, e incluso aumentase, los suministros de todo tipo de productos y materiales, esencialmente de wolframio. Las empresas del *holding* paraestatal SOFINDUS habían invertido un volumen de capital inmenso y proclamaban estar en primera línea de combate contra los esfuerzos aliados por denegar materias primas al Tercer Reich. El tema ha dado origen a una abundante literatura en la que, por cierto, la biznieta de Bernhardt apenas si se detiene,[9] quizá para no empañar la mirífica imagen que describe de su bisabuelo.

En el otoño de 1943, tanto a Bernhardt como a Franke se les convocó a Berlín tras recibir una serie de informes que este había enviado sobre el funcionamiento del *holding*. De la ROWAK dependía este desde los tiempos de la guerra civil. Fue la contraparte nazi de la HISMA desde 1936. Franke viajó en el tren con él y sus acompañantes. Me comunicó telefónicamente sus todavía vívidos recuerdos. Entre ellos, la impresión que le produjo comprobar que por España y Francia Bernhardt vistiera el negro uniforme de las SS.

La reunión del consejo de administración de la ROWAK tuvo lugar en noviembre y en ella se hicieron graves acusaciones contra Bernhardt. De registrarse más fallos importantes en la gestión —se le comunicó—, le esperaba el despido inmediato. A su regreso a Madrid, Bernhardt explicó a Franke que había logrado una victoria pírrica pero que ya volverían a encontrarse en otras circunstancias. El

hecho es que, en febrero de 1944, se ordenó al revisor/interventor que volviera a Berlín. Fue detenido por la Gestapo, privado de su pasaporte y confrontado, como ya indiqué, con duras acusaciones de derrotismo (literalmente *Zersetzung der Wehrkraft des deutschen Volkes*). Se castigaban con la pena de muerte.

En el *Volksgerichtshof* se inició la causa al mes siguiente. La supuesta justicia nazi obró sin dilación. En abril se constituyó un acta de acusación en buena y debida forma e identificando a los testigos de cargo: Anton Wahle (director general de SOFINDUS), Christoph Fiessler (a quien servidor conoció en Madrid y que era entonces el gerente), Edgar Lohse (responsable de una sucursal en Hendaya) y su secretaria Mathilde Müller (muy convenientemente, también su amante). En el trasfondo habían intervenido otros, entre ellos un ingeniero que había hecho falsas declaraciones contra Franke ante el temible agregado de la embajada, SS e instructor de la policía franquista, Paul Winzer. Hubo otros. No interesan aquí.

Franke movió cielos y tierra y consiguió demorar la vista. Permaneció en prisión hasta septiembre. Cuando se celebró, los testigos de cargo —Wahle y Fiessler, entre ellos — no comparecieron. La excusa fueron las dificultades de atravesar por territorio francés, en donde los aliados ya habían ocupado París. La vista tuvo lugar en un día en el que Freisler condenó a muerte a cuatro militares, de los cuales uno era general y otro diplomático. Sin los testigos, la sesión se pospuso y Franke continuó moviendo influencias. Incluso al embajador español.

Naturalmente, la demora no podía ser indefinida. En enero de 1945, Freisler solicitó a Von Ribbentrop, ministro de Exteriores, que se interrogara a los testigos en la embajada de Madrid. Se desplazó un alto funcionario del tribunal el 6 y 23 de marzo y refrendó todas las acusaciones. Los testimonios hubieran bastado para que en esta segunda ocasión Freisler hubiese condenado a Franke a la última pena. El resultado de las dos primeras comparecencias se envió al Auswärtiges Amt en espera de

las restantes. No llegaron. El avión nocturno que las llevaba fue derribado por la caza aliada. El sucesor de Freisler no tomó posesión de la presidencia hasta mediados de marzo y, a finales de abril, pocos días antes del suicidio de Hitler, huyó a Bayreuth con sus funcionarios y con una parte de la documentación del siniestro tribunal. La quemaron.

Así, pues, el interventor y revisor de cuentas permaneció en prisión, aunque se le trasladó a otra diferente. En ella lo liberaron los soldados soviéticos el 3 de mayo de 1945. Inmediatamente, recurrieron a sus servicios como experto financiero para abordar problemas de pagos de suministros y otras gestiones de carácter administrativo. Todos los vencedores tuvieron que echar mano de técnicos alemanes para que la vida no se paralizara. Quienes se habían opuesto a la tiranía nazi gozaban, naturalmente, de preferencia, ya que podían presentarse como víctimas de la dictadura. Franke no tuvo ningún problema, tras más de un año en prisión y con un futuro poco esperanzador en virtud de la gravedad de las acusaciones contra él. Luego trabajó para los norteamericanos.

Instalado en Fráncfort, Franke terminó convirtiéndose en el director financiero de Hoechst y al jubilarse se dedicó a sus ocupaciones favoritas, entre ellas la de estudiar el arte y la cultura hindúes. También a recopilar toda la documentación que pudo contra Bernhardt. Ya no recuerdo si me dijo que «comprando» a algunos de sus antiguos compañeros, pero es cierto que recuperó la que previsoramente había dejado en Portugal.

Así, pues, su biznieta no tiene razón al haber titulado su tesis como lo hizo. Bernhardt nunca fue un héroe y sí un villano (*Bösewicht*).

Las actividades de Bernhardt en el SD siguen siendo desconocidas. Pero por Browder sabemos que tal organismo se ocupaba del espionaje en el seno del NSDAP y a informar sobre lo que ocurriera. El único puesto dotado financieramente en el extranjero era el que tenía uno de sus agentes incrustado en la Conferencia del Desarme en Ginebra. Al año siguiente, y sobre todo en 1936, su

desarrollo se aceleró. Pregunta: ¿dejaría Heydrich, ya entonces su jefe y colaborador inmediato de Himmler, pasar una ocasión de oro como la de ayudar o no a Franco sin decir ni pío? Improbable. El SD llevaba camino de convertirse en el brazo armado de los servicios de inteligencia de las SS. Su plantilla se disparó: en 1934 contaba con 850 miembros a cuerpo entero y los colaboradores también habían aumentado. Es más, la evolución continuó hacia arriba y se creó un departamento de Extranjero.

A caballo, y manejando bien su juego hacia y con Berlín, Bernhardt se convirtió en uno de los hombres más importantes en la aventura hitleriana en España. También es indudable que Franco lo distinguió con sus favores. Fue un elemento clave en la gestión de la ayuda alemana y no solo como explotador máximo de la economía española. Sirvió al régimen nacionalsocialista como tantos millones de alemanes. También es preciso indicar que a su biznieta lo único que le interesa es la chispa inicial: su contacto con Franco.

Más sobre la reunión con Hitler en otra perspectiva

He revuelto los papeles con los que me quedé después de enviar a Madrid la mayor parte de la documentación en base a la cual escribí mi tesis doctoral. Por pura casualidad, en mayo de 2022 encontré entre ellos la nota que tomé de una conversación que tuve con Robert Fischer, adjunto al jefe del Departamento Jurídico de la AO, un tal Wolfgang Kraneck. Se sabe que este último cayó años más tarde en Stalingrado. No apunté la fecha ni el lugar de la reunión y redacté en un mal alemán de urgencia. De recordar es que los nombres de Burbach, Kraneck y Fischer figuraron en la famosa nota 1 de la página 4 del tomo de documentos de la Wilhelmstrasse sobre la guerra civil, en la propuesta de que se les concedieran varias condecoraciones. Servidor ya subrayó que tal nota contenía errores fácticos, a pesar de que numerosos historiadores y aficionados la han tomado

por lo general al pie de la letra.

Fischer me dijo cosas que coincidían con la versión de Burbach, pero no con la de Bernhardt. Yo las había desestimado, como he desestimado tantas otras. A veces, con buen juicio. En ocasiones, equivocándome. Era difícil saber lo que podía haber de cierto o no en lo que se contaba cuarenta años después, tras el colapso del nazismo, el comienzo de la Guerra Fría y con Franco aureolado como «centinela de Occidente». En aquella época, la publicística alemana y los círculos conservadores de la República Federal no hacían ascos a la dictadura española.

Fischer recordó que también fue a Bayreuth. Esto no lo mencionó Burbach. A los emisarios de Franco los recibió ante todo el ayudante jefe de Hitler, Wilhelm Brückner, que no se mostró sorprendido, supongo que porque ya se le había prevenido desde la AO. La carta que llevaban no se había abierto. Aunque Fischer no asistió a la reunión, sí recordaba la voz de Göring pavoneándose, pero no supo decirme de qué. Cabe intuirlo. Hacia medianoche se llamó a Bohle. En la reunión estaba un representante de la Kriegsmarine. **No era Canaris**. Esto ya lo había establecido servidor desde el primer momento. Impertérritos, algunos historiadores y muchos periodistas siguen escribiéndolo. Hay mitos indestructibles. Burbach no llegó a decir que él también hubiera asistido a la entrevista. Tampoco hubiese sonado verosímil. Sí afirmó que participaron en ella Göring y el ministro de la Guerra, mariscal Werner von Blomberg. En el curso de la misma se llamó al almirante Raeder, que se personó inmediatamente.[10]

Terminada la reunión, Kraneck contó a Fischer que se había examinado cómo los marinos podrían atravesar, por la fuerza si era necesario, el estrecho de Gibraltar para llevar la ayuda a Franco. Se decidió que utilizar la Kriegsmarine conllevaba entonces demasiados riesgos. Por fin se pensó en montar un puente aéreo. Se descartó en un principio atravesar el espacio italiano porque las relaciones bilaterales no eran lo suficientemente estrechas.

El jurista Fischer criticó al Auswärtiges Amt. Los

diplomáticos eran demasiado prudentes y no tenían la suficiente imaginación, al contrario que Bohle. No se trataba de inmiscuirse en los asuntos internos españoles, sino de echar una mano a Franco. (Nadie hubiera podido prever que la «ayudita» derivaría en una guerra de casi tres años de duración.) Al día siguiente, Bernhardt y el jefe de gabinete de Rudolf Hess fueron a ver a este —que seguía en Bad Kissingen— y después regresaron a Berlín.

Si tal información es correcta, cabe pensar que Bernhardt no mintió del todo. Vio a Hess, sí, pero después de la reunión con Hitler. Todo este detalle y sus implicaciones debería haberlos incluido en el libro de Alianza, pero no lo hice. Ya no recuerdo por qué.

Años más tarde, escribí con mi primo Cecilio Yusta Viñas y el Dr. Miguel Ull *El primer asesinato de Franco*. Pedí, entonces, al primero que tratara de localizar algo sobre Arranz. No tuvo el menor problema. Cuando leí lo que me dio me llevé una gran sorpresa. La hoja de servicios es muy silenciosa sobre todo aquel período.[11] En ella se afirma que había tomado posesión de su destino en las fuerzas del Ejército de África el 2 de abril de 1936, como ingeniero aeronáutico, y que el 18 de julio se unió al «Glorioso Movimiento Nacional». Se añadió literalmente:

> Con fecha 23 de julio sale para Alemania al objeto de efectuar una comisión reservada incorporándose a Tetuán el día 28 del mismo una vez efectuada dicha comisión y se encargó (*sic*) de organizar el transporte aéreo de tropas a la Península. El día 29 es nombrado por el Excmo. Sr. General Jefe del Aire[12] jefe de su Cuartel General, organizando a continuación el campo de Jerez de la Frontera.

No puede ocultarse mejor una misión trascendental bajo el más inocuo lenguaje administrativo. Que estamos en presencia de un caso de «codificación» —lo que los alemanes llamaban *Sprachregelung*— se demuestra en que la misma formulación se utilizó en algunos de los papeles que se conservan junto con la hoja de servicios. Durante la guerra civil, al rellenar un cuestionario sobre su actuación

previa a la sublevación Arranz Monasterio indicó que en 1936 había sido destituido de su destino de jefe de la Escuela de Mecánicos y enviado a las Fuerzas Aéreas de África como inspector de material de vuelo. Fue en esta capacidad cuando se unió a la sublevación. Lo explicó de la siguiente forma:

> Me hice cargo de la organización de las Fuerzas Aéreas de África y designado por el Excmo Sr General D. Francisco Franco para una Comisión a Alemania al objeto de adquirir material y organizar el transporte aéreo de Fuerzas.

Arranz era capitán de Artillería desde abril de 1921 y *no ascendió a comandante hasta el 22 de octubre de 1936*, cuando simultáneamente fue nombrado también comandante de Ingenieros Aeronáuticos, en virtud de una ley de mayo de 1940. Ciertamente había hecho los cursos de piloto y de observador de aeroplano y estaba en posesión de los títulos de ingeniero industrial e ingeniero aeronáutico. Este último, obtenido en la Escuela Superior de Construcciones Mecánicas y Aeronáuticas de París, lo revalidó en España en julio de 1929. Desde principios de 1923 había desempeñado diferentes cargos en los Talleres del Servicio de Aviación Militar.

El antiguo emisario se atuvo a la *Sprachregelung* obstinada y repetidamente. En una instancia fechada el 25 de noviembre de 1939 al ministro del Aire para que se le incluyera en la Escala Profesional del Aire y pasara a la Escuela de Reentrenamiento de Pilotos, señaló lo mismo:

> [Coadyuvó] a la preparación del GMN, encontrándose a su iniciación en la inspección de las F. A. de Marruecos como Ingeniero Aeronáutico, saliendo en comisión reservada con fecha 23 de julio para Alemania.[13]

Nada más regresar Arranz a Tetuán y rendir informe, no tardó en elevar a la Superioridad su creencia en que la tripulación del avión alemán, empezando por el capitán Alfred Henke, se había hecho merecedora de una recompensa —entiendo que una condecoración—. Su

sugerencia llegó a Franco y hay que suponer que fue atendida. Se trataba de los señores Karl Rirchoff (*sic*), Joachim Regelien y Friedrich Geisler.[14]

Tras estas aportaciones documentales confieso que cabe comprender perfectamente que Bernhardt quisiera haber exagerado su papel en la cadena de transmisión del mensaje de Franco, si bien en un primer momento reconoció que había sido Langenheim quien como jefe del grupo local de la AO había empezado a exponer sus deseos. De la misma forma, me parece imposible que recordara el texto de la carta a Hitler del rebelde general, aunque no dudó en reconstruirla de memoria años después de haber hablado conmigo. No le concedo mucha importancia, quizá porque servidor nunca habría sido capaz de tal proeza nemotécnica.

En la actualidad, sí atribuyo mayor significación al recuerdo de Fischer sobre la presencia, retrasada, de un marino en la entrevista. Es muy plausible que se pensara en enviar los suministros por la vía marítima —en realidad así se hizo más tarde— y sabemos que, cuando se aclararon las reacciones de Mussolini, los alemanes empezaron a enviar aviones atravesando el espacio aéreo italiano. Por el contrario, que algunos testimonios confundieran la casa donde tuvo lugar la entrevista con la de Winifred Wagner me parece menos relevante. Ese año, Hitler se había alojado en la de al lado.[15] En el anexo en QR se muestran varios documentos que acompañaron al informe de Burbach sobre la reunión de Bayreuth y sus antecedentes.

Un traidor, con mucha suerte, al Tercer Reich

Volvamos a Bernhardt.[16] Es inexplicable que su biznieta no se molestara en profundizar en los duros comentarios que a su antepasado dedicó Carlos Collado Seidel. En su libro Carlos citó, en efecto, una carta del jefe del espionaje militar español, Arsenio Martínez de Campos, a José Félix de Lequerica, ministro de Asuntos Exteriores, el 24 de mayo de 1945, en la que le advertía de que a Bernhardt no le

veían con malos ojos en el lado aliado y que no querían crearle dificultades, pero que era por parte española por la que se le planteaban problemas.[17]

A Martínez de Campos la noticia, absolutamente correcta, le llegó con retraso y cuando, tras el hundimiento del Tercer Reich, era ya inocultable. Ahora bien, mucho tiempo antes, *a finales de 1944 o principios de 1945, la guerra estaba irremisiblemente perdida para la Alemania nazi. Todavía se seguía combatiendo ante los últimos estertores del régimen y en Berlín y en las zonas no liberadas las unidades de la SS-Feldgendarmerie y del Feldjägerkorps*[18] *continuaban ahorcando, en base a juicios sumarísimos de urgencia, pero también sin ellos, a los refractarios a ascender al Valhalla. Entonces Bernhardt decidió* ***traicionar***. Fue mucho más listo que quienes perdieron la vida en los últimos seis meses de combates sin salida.

Lo que no imaginé es que, años después de aparecer mi libro de 2002, se desclasificaría la documentación para España de la OSS (Office of Strategic Services), es decir, del espionaje norteamericano. Tampoco que se identificarían muchas de las actuaciones de sus oponentes nazis en la Península. Entre las montañas de papeles se encuentra abundante información sobre las actividades de Bernhardt. En 2018, Fernando Hernández Sánchez, publicó una obra en la que pasó revista a algunas de las «ayuditas» que el colaborador del SD y sus camaradas habían prestado al Tercer Reich durante la segunda guerra mundial.

Los informes (notas, telegramas, apuntes) se hicieron eco de la amistad de Bernhardt con prohombres del régimen tales como Demetrio Carceller, Joaquín Bau, Agustín Muñoz Grandes y muchos otros —algo de lo que, sin nombres, ya me había informado Franke—. También se desprende de ellos que Bernhardt había pagado, por servicios a la causa nacionalsocialista, cuantiosas sumas a José María de Areilza, en su época más fanático-falangista, y que tenía poco menos que a sueldo al conde de Argillo (José María Martínez Ortega, padre del doctor Cristóbal Martínez Bordiú). Como es notorio, este último a su vez

gozó, y se aprovechó, del inmenso placer de desposar a la hija única de Franco.[19]

Fernando Hernández demostró que *a finales de 1944 o principios de 1945* —personalmente me inclino más por la primera fecha— el *Oberführe*r de las SS estableció contacto con los servicios de inteligencia británicos —el famoso SOE, uno de cuyos representantes en Madrid, E. W. B. Milton,[20] aparecía entonces como tercer secretario de la embajada y encargado de temas económicos—. Según se comunicó, tardíamente, el 5 de mayo de 1949 a la OSS, Bernhardt se comprometió a pasar al SOE información sobre activos económicos alemanes ocultos en España con tal de que no se le trasladara a la Alemania ocupada. Evidentemente, la contienda la daba ya por perdida en el momento en que contactó con los británicos, con independencia de sus proclamas de fidelidad nibelunga —o numantina— a Hitler, Göring, Himmler y otras estrellas del Tercer Reich en fase de hundimiento. No fue el único.

Los norteamericanos compilaron a través de sus propios medios un expediente de cuarenta páginas sobre las informaciones fragmentarias que sobre Bernhardt la OSS había ido recogiendo en los últimos años de la guerra. Muchas eran distorsiones y otras poco verosímiles, pero dejan en claro que sería muy difícil repatriarlo, dadas sus conexiones con el propio general Franco y sus amistades entre lo más granado de la élite política, económica, militar y de seguridad de la dictadura. Todo ello a pesar de sus continuadas actividades en temas económicos y comerciales. Igualmente, dejaron en claro los contactos que Bernhardt tenía con altos cargos del gobierno, el partido y los servicios de espionaje del Tercer Reich y su apoyo constante, seguro y oculto, a las actividades de inteligencia política, económica, militar y comercial. En el anexo del QR se ofrecen algunos detalles de tan interesantes ocupaciones.

El nuevo agente de los ingleses empezó a colaborar con los norteamericanos. También siguió actuando dentro de los círculos nazis en España con un cierto papel que ha sido iluminado en un artículo por Pablo del Hierro en un

período que aquí ya no nos interesa.[21] Es verosímil que estas continuadas actividades no pasaran desapercibidas en Londres, por lo que, junto con los norteamericanos, lo pusieron de nuevo en la lista de repatriaciones.[22]

Ahora bien, podemos ir un poquito más hacia atrás. El 15 de agosto de 1944 el general Francisco Franco Salgado-Araujo escribió al entonces ministro de Exteriores, Lequerica, una carta que se reproduce en el anexo del QR y en la que se decía que Bernhardt había acudido al Caudillo porque tenía noticia de que los anglo-norteamericanos habían solicitado su expulsión de España. No hay que ser un avezado lince para establecer la hipótesis de que ya entonces Bernhardt estaría pensando en dos posibilidades: la primera que Franco pudiera acceder; la segunda, que la guerra pintaba muy mal para el Tercer Reich. Así que jugó a tres barajas: a) acudir a su protector español y jefe del Estado; b) acentuar formalmente su fidelidad a la dictadura hitleriana —sus ataques contra Franke serían una muestra más de ello, revalidado por su ascenso en las SS el año anterior— y c) tantear a los aliados, en particular a los británicos. Su biznieta no ha querido o podido o sabido apreciar nada de esto en toda su complejidad. Claro que, en parte, hundiría su tesis.

La reacción tardó un poco, pero Lequerica comprendió el mensaje. Quienes habían solicitado la extradición habían sido los británicos —confirma, pues, que Bernhardt se ofreciera a ellos y no a los norteamericanos—. Respondió a Franco Salgado-Araujo que el alemán era muy conocido en el Palacio de Santa Cruz, pero «el hecho de tratarse de persona tan relevante de la colonia alemana ha sido debidamente tenido en cuenta, no habiendo motivo alguno de preocupación en cuanto su situación».[23]

La historia no termina aquí. Por razones que no aparecen en los documentos consultados los norteamericanos, ignorantes de la colaboración de Bernhardt con los británicos, insistieron en 1946. El ex *Oberführer* acudió a Franco y solicitó que se le concediera la nacionalidad española. En aquellos tiempos, por razones

evidente, se había paralizado la aprobación de tales otorgamientos. Franco Salgado escribió el 15 de abril de dicho año a Martín-Artajo para que ordenara la iniciación del oportuno procedimiento. En anotaciones a su carta los funcionarios de Exteriores indicaron su primera reacción:

> Elemento muy significativo. Está en relación con los ingleses. La iniciación de los expedientes de nacionalización en Justicia. Sería una «campanada» concedérsela.

Es probable que en el Palacio de Santa Cruz quizá alguien se hiciera el remolón, porque en junio del mismo año Gobernación pidió informe y hay constancia de una inscripción en la nota que decía que había que informar a Gobernación de la paralización de nacionalizaciones. Así lo comunicó el subsecretario de Exteriores.[24] Las objeciones procedimentales se barrieron de un plumazo y Bernhardt se convirtió en un orgulloso ciudadano español. Totalmente protegido por la gracia del Caudillo. A otra cosa mariposa. Los renovados esfuerzos anglonorteamericanos se estrellaron contra la pared.

Vuelvo a Burbach

Me mantengo en el mundo de los documentos, no de los testimonios orales o de su invención. Uno de los descendientes de Burbach, el Sr. Peter Hinrichsen, afincado en Sevilla, me envió en 2001 varios papeles relativos a su abuelo. Por ellos supe que había nacido en 1893. En la Gran Guerra entró voluntario en la Marina Imperial, en la que llegó a ser teniente de Infantería de Marina. Al terminar, volvió a sus ocupaciones anteriores como empleado en una fábrica de máquinas/herramientas. Se le destinó en marzo de 1920 a una filial en Barcelona. No permaneció mucho tiempo en ella. Cambió de empleo y se trasladó a Vigo. En 1921, se casó con una alemana de tercera generación que vivía en Portugal. Se preocupó —espíritu de los tiempos— de señalar que no tenía mezcla

alguna de sangre portuguesa o judía. Ascendió en otra empresa en Oporto. En Portugal ingresó en el *Stahlhelm* (cascos de acero)25 y contribuyó a la fundación de grupos o grupitos de él en los dos países ibéricos. En 1930, tras leer *Mein Kampf*, pasó al NSDAP. Lo mismo hicieron muchos de sus compañeros de Oporto. Su número de miembro fue el 401.979.

Años más tarde, el 1.º de julio de 1933, el Ministerio de Educación Popular y Propaganda (el de Goebbels) y el jefe del partido nazi en Portugal le encargaron formalmente que examinara la organización en España del NSDAP y que tomase todas las medidas necesarias para corregir los defectos que entreviera. Estaba autorizado a hablar con quien fuese y a revisar los libros que precisara. Su atención debía centrarse sobre todo en Barcelona. El 12 de febrero de 1934, el jefe de la AO lo nombró su representante en España y Portugal, pero no duró mucho porque en julio del mismo año lo reclamó a Alemania para que se ocupara de los países latinos europeos, Gran Bretaña, los Países Bajos y Suiza. Una carrera, pues, relativamente rápida.

En esta ocasión creo que merece la pena profundizar en la reunión de Bayreuth. A tal efecto en el anexo del QR reproduzco dos documentos, extraídos del AGA directamente en julio de 2022. El primero es un borrador de la segunda carta de Burbach a Franco amén del informe de la reunión de Bayreuth. Es el único que he localizado. En él hace referencia a otro anterior fechado el 1.º de abril de 1946 (Día de la Victoria franquista en la guerra civil).

Afortunadamente, es posible saber cómo se las apañó para enviar la carta que incluía tres informes en forma de declaraciones juradas: una sobre la reunión misma; otra sobre su actividad en Alemania para salvar de las llamaradas de la incipiente guerra civil a compatriotas alemanes y a españoles derechistas cuyas vidas corrían peligro; finalmente, una tercera sobre su actuación consular en beneficio de la economía española (*sic*). Esto lo hizo facilitando la documentación necesaria para que los barcos que llevaban suministros a España y extraían de ella otros

de y para los neutrales pudieran realizar viajes sin ser molestados por la Kriegsmarine. En esta obra solo reproduciré la primera declaración.

Las abismales diferencias entre Bernhardt y Burbach se manifiestan en la forma de conectar con Franco. El primero personalmente. El segundo a través de intermediarios. Según la documentación que me facilitó el Sr. Hinrichsen acudió al abogado que le asesoraba y a través del cual elevó a conocimiento de la señora de Franco la carta y su primer informe sobre la reunión de Bayreuth. Lo hizo por medio de la secretaria, una tal Carmen de Ceballos. Burbach remitió la segunda versión con sus tres declaraciones juradas a un coronel de Estado Mayor conocido suyo llamado Luis Peral Sáez.[26]

Hasta el momento de la redacción de este capítulo no me había dado cuenta de la copia de otra carta que me remitió el antedicho señor Hinrichsen. Estaba fechada en Madrid el 22 de marzo de 1946 y llevaba un sello en tinta que decía: «British-American Repatriation Centre for Germans». Su texto parecía bastante conminatorio:

> El objeto de esta carta es comunicarle, por si Vd. no tuviese previo conocimiento de ello, que el Allied Control Council ha tomado el acuerdo de repatriar a Vd. a Alemania en un próximo futuro. Este Centro ha sido abierto con objeto de organizar esta repatriación de Alemanes residentes en España y trabaja en colaboración con los Consulados británico y americano. Por lo tanto es nuestro deseo se ponga en contacto con cualquiera de dichos Consulados en su distrito con objeto de poder hacer los arreglos necesarios para su regreso a su país lo antes posible.
>
> Debemos advertirle que su repatriación es una cosa cierta y segura, siendo solamente una cuestión de tiempo y disponibilidad de transportes. Por lo tanto, esperamos comprenderá que visitando voluntariamente uno de dichos Consulados el asunto podrá ser arreglado a la mayor satisfacción de ambas partes, evitando así molestias innecesarias y desagradables.
>
> Los Consulados están bien informados de todos los detalles referentes a este programa de repatriación y podrán indicarle detalladamente los requisitos que hace falta cumplimentar en relación con su viaje de regreso a Alemania.

> En vista de lo que antecede confiamos se comunicará con nosotros sobre el particular a la mayor brevedad posible.

El susto debió de ser tremendo, si bien —como ha señalado Collado Seidel— estas circulares dirigidas a las personas a repatriar no eran vinculantes. Los vencedores en la guerra europea dependían de la cooperación de los alemanes mismos y también de la acción policial española. Burbach hizo tres cosas. La primera, escribir a Franco en dos ocasiones, el 1.º de abril (Día de la Victoria); la segunda, dirigirse de nuevo a él con muchísimos más detalles el 11 del mismo mes; la tercera, responder pormenorizadamente el 27 de abril con una descripción de sus actividades en el partido nazi y su labor como cónsul y cónsul general en Bilbao. Esta respuesta le llevó diez páginas y media. Señaló que las actividades de carácter secreto al amparo del consulado —como las hacían también los de los aliados— correspondían a los órganos competentes en la materia y no a él.[27]

El detalle de sus alegaciones no nos interesa. Servirían para prevenir su expatriación y por ello decidió a escribir a Franco.

Antes de responder a los aliados, rectificó y amplió su primera carta tras consultar con su abogado, un falangista muy conocido en Bilbao —era de origen carlista— llamado Mario Hormaechea. Explicó que no le había proporcionado los suficientes detalles. Imaginamos, pero esto es también una hipótesis sin haber podido comparar los dos textos, que le contaría lo que había hecho en favor de la «Sagrada Causa Nacional» y que Hormaechea le incitó a dar más pormenores.

Este segundo texto, el fechado el 11 de abril, contiene una relación ampliada de lo que pasó en Bayreuth. Para dar a los lectores de estas líneas todos los datos de que dispongo, lo reproduzco en el apéndice documental en el QR. Su exégesis ya la hice con mucho menor detalle en mi libro de 2001 y más tarde en el artículo con Collado Seidel. Sorprende que, en su afán por defender a su bisabuelo de la, al parecer, torcida interpretación que nos imputa a

ambos, la Dra. Blume no se haya molestado en buscar dichos documentos en el AGA, en donde todavía se encuentran. Naturalmente, un historiador de buena cepa hubiese tratado de allegar evidencias que avalasen sus críticas hacia nosotros sin poner de inmediato en duda nuestra interpretación. Quizá desde el punto de vista de la «comunicología» la mayor o menor relación con la evidencia primaria relevante de época no tenga la menor importancia.

En cualquier caso, yo sí me he preocupado de buscar algún tipo de documentos que permita sostener nuestra tesis. Tras el análisis realizado en este capítulo la verdad es que siguen asaltándome dudas si la versión de Bernhardt, a través de Abendroth, puede seguir considerándose que respondió a los hechos o si la memoria no jugaría una mala pasada al viejo nazi. Por no insistir en su deseo de pasar a la gloria con un determinado cariz.

Es muy verosímil que Burbach no estuviera al tanto de la forma en que Bernhardt presentó su versión de la reunión de Bayreuth. Al fin y al cabo, también Langenheim estuvo en ella y, tal vez, el propio capitán Arranz. Burbach se remitió a ambos como testigos de descargo y porque era consciente, como explicó en su carta al coronel Peral Sáez el 16 de abril de 1946,[28] de que él había obtenido «el día 25 de julio de 1936», por su personal intervención, «la ayuda militar alemana que el Generalísimo pidió al Führer por medio de sus tres enviados, Sres. Ingeniero Aviador Carranza (*sic*) y mis compañeros L. y B. *a los cuales ya se les había denegado tal ayuda*».[29]

Añadió que Hormaechea «irá para fines de mes a Madrid, para asuntos oficiales y por ser defensor del teniente coronel Sr. Doval, cuyo sumario ha sido dado de vuelta totalmente gracias a su tesón y le hará a Vd. una visita particular de mi parte (…)[30] Yo le ruego (…) [que] de la misma forma que yo hice tanto por la Causa española haga Vd. también algo por mí, ya que Vd. me conoce y sabe cómo he sido y me he comportado siempre».[31]

Franco accedió a lo solicitado por Burbach, quien

también envió a El Pardo una copia de la carta dirigida a los aliados. Estos incluyeron su nombre en la última lista de repatriación consolidada de octubre de 1947 que contiene 104 nombres (también el de Bernhardt). Ninguno de ellos fue forzado a repatriarse. Sabemos, por el expediente que le atañe en el AGA, que el 15 de octubre de 1949 se concedió a Burbach la autorización de residencia y, con la misma fecha, la tarjeta de identidad profesional de trabajadores extranjeros. Se inscribió como agente comercial colegiado y las cosas no debieron irle demasiado bien. En una declaración del 20 de mayo de 1950 afirmó que tenía una cuenta corriente en el Banco de Bilbao de la capital vizcaína y otra en el Banco Alemán Transatlántico en Madrid con un saldo total de 250 pesetas.[32]

Las trayectorias de ambos nazis no pudieron ser más diferentes y plantean al menos dos cuestiones que no he sido capaz de dilucidar. La primera es si Burbach narró, por ventura, a Franco en algún momento otra versión de la reunión de Bayreuth. Mientras que Langenheim se quedó en Marruecos, Bernhardt hizo valer su condición de comerciante, amigo de numerosos jefes y oficiales españoles en Tetuán y encargado del montaje de la HISMA. ¿Jugó entonces con los intereses del SD? La segunda es que la única forma de aclarar la cuestión estribaría en encontrar el informe que de su misión a Berlín elaborase el capitán Arranz. Es improbable que no lo hiciera de manera inmediata. Que yo sepa, nadie ha aludido a él. En el ínterin, y mal que pese a la Dra. Blume, no puedo sino desechar sus afirmaciones en la cuestión de Bayreuth.

Siendo un poco piadoso, imagino que tan poco esforzada investigadora podría haber sido presa del síndrome que ya identificaron a principios de este siglo Harald Welzer y colaboradores en una obra que ha tenido desde entonces un recorrido fulgurante en Alemania.[33] La desfiguración, consciente pero también inconsciente, sobre la participación de los padres, abuelos o bisabuelos en las atrocidades nazis, realizada según procesos sicológicos y transmisivos identificables. Tal vez, aquejada de este

síndrome, la biznieta rechazó, con desprecio, el «caso Franke» o no le importó un bledo que su bisabuelo se hubiera codeado con las más altas cumbres del Estado nazi y de las SS como un aprovechado más.

De todas maneras, queda revalidada la tesis fundamental con la que di comienzo a mi forja como historiador. Mientras no se demuestre con documentos lo contrario, la ayuda a Franco la decidió espontáneamente Hitler el 25 de julio de 1936. Los intentos de los conspiradores —que en 1974 no había explorado del todo— para llegar a una intelección previa con la Alemania nazi no condujeron a nada. A Franco le sonrieron los dioses nazis y/o del Valhalla. Aunque para la Iglesia católica española también le sonrió el Señor.

Un distinguido historiador francés embauca a sus lectores

Siempre me he preguntado cómo hay historiadores (incluso académicos) que desprecian tanto las fuentes como a quienes nos basamos en ellas. La Dra. Blume representa el caso de una principiante. Ahora señalaré el de un historiador senior, casi de la misma edad que servidor.

François Kersaudy es un historiador francés cargado de honores y con una larga trayectoria a sus espaldas. Es muy conocido en el país vecino por sus estudios sobre las relaciones franco-británicas en el período de la segunda guerra mundial, traductor de las memorias de sir Winston Churchill. Su entrada en Wikipedia[34] me exime de más informaciones sobre su persona. Personalmente no lo conozco y tampoco, *mea culpa*, he leído ninguna de sus obras. En octubre de 2023 un amigo mío, cuyo nombre ya ha aparecido en esta obra, Sigfrido Ramírez, me envió la referencia de un programa de televisión (France 1) en el que se presentaba tal último libro. El primer capítulo trataba sobre el «oro español» en la guerra civil. No en video, sino en formato oral hoy se encuentra fácilmente en youtube[35] A medida que lo veía y escuchaba, mi indignación fue creciendo. Al día siguiente compré el

libro.[36] Me atrevo a pensar que alguna editorial española de extrema derecha o, al menos de derechas, no tardará en traducirlo.

El primer capítulo se titula «L'or espagnol: le plus grand hold-up de Staline». No es caprichoso. Contiene un anglicismo que en francés tiene un significado preciso. Acudo a la definición del Larousse en línea: «agresión a mano armada, organizada para con el objetivo de desvalijar un banco, una sucursal de correos, una joyería, etc.».

Así que el lector podría pensar, en un primer momento, que Stalin habría enviado tropas a la Cibeles para asaltar la central del banco de emisión español. Hubiese errado, aunque la sugestión es querida. El eminente profesor Kersaudy lo que hace a lo largo de casi sesenta páginas es recoger, en 2023, la más vieja tradición franquista del supuesto saqueo del oro. Como si el tiempo se hubiese detenido en, digamos, 1975. ¿Sus fuentes? Siempre literatura secundaria de origen marcadamente anticomunista, es decir, una mezcla heterogénea escrita por socialistas, anarquistas, trotskistas y franquistas gracias a las cuales «describe» no tanto el caso del oro como el de los supuestos fines de la intervención soviética en la guerra de España, como la denominan tenazmente los franceses.

Por orden de aparición sus «fuentes» son las historias de Walter Krivitsky, Jesús Hernández, Justo Martínez Amutio, Félix Llaugé, Julián Gorkin, Burnett Bolloten, Jacinto Toryho, «El Campesino», Katia Landau, amén de obras de esforzados autores anglosajones superpericlitadas (John Costello con Oleg Tsarev, Gordon Brook-Sheperd) y, en particular, ejemplos de las diferentes versiones de «Alexander Orlov», fuente esencial para tan esforzado historiador. Hay una miserable cita a la obra sobre este de Boris Volodarsky en inglés, pero por lo demás no le hace el menor caso, a pesar de que «se cargó» las innumerables mentiras de «Orlov», incluso las que expuso ante el augusto Senado norteamericano. Aquí reviven en todo su ajado esplendor.

Dos alusiones que testimonian de la «calidad»

investigadora —es un decir— del profesor Kersaudy son las siguientes: una también miserable alusión a una obra del profesor Cattel (*sic*) de 1955 y la tercera referencia en castellano, como en los casos de Toryho y Llaugé,[37] a una supuesta «*correspondencia secreta*» de Largo Caballero (Madrid, Nos, 1961).[38]

Con estos hilos el profesor Kersaudy, asesor histórico de la editorial Perrin, traza su historia. Ni que decir que ignora radicalmente a cualesquiera otros autores aparte de los citados. Lejos de él el ánimo de echar un vistazo a Internet y de mencionar a autores anglosajones que han escrito monográficamente sobre las relaciones de la URSS con la República tales como Kowalsky, o ingleses como Howson, o alemanes como Schauff, o rusos como Rybalkin o, ¿me atreveré a mencionar mi propios trabajos que datan de 1977? Pero es que además tampoco menciona a autores anglosajones profranquistas como Payne, ni a autores generalistas sobre la guerra civil como Preston.

El resultado es, así, una vuelta a las estupideces que circulaban en los años más oscuros de la historiografía extranjera sobre las relaciones hispano-soviéticas y de la historiografía española de combate, sea a favor de las tesis franquistas o de las tesis de los adversarios de Negrín. No tengo la menor duda de que Ricardo de la Cierva, y sus cohortes, hubieran saludado este panfleto escrito por un distinguido historiador francés, pero me pregunto qué mosca habrá picado a tal autor

Terminaré este texto, porque evidentemente es necesario acabarlo de una vez, recordando una cita del gran poeta T. S. Eliot: «*To make an end is to make a beginning. The end is where we start from*» (Hacer un final es hacer un comienzo. El final es de donde partimos). No he encontrado un verso que describa de forma tan vibrante lo que ha sido mi forja como historiador.

Reflexiones finales

Mi forja como historiador profesional empezó por casualidad, gracias al profesor Enrique Fuentes Quintana. Desde el principio quedé cautivado por la investigación en archivos y por el manejo de las fuentes primarias. La continué gracias al profesor Rafael Martínez Cortiña. Persistí contra viento y marea, con frecuencia en soledad —salvo por el continuado apoyo de mi mujer, de mis hijos, de algunos amigos y de mis editores—. Espero que no se llegue a decir que no ha servido para nada. La historia ha sido parte de mi vida, pero no la ha alumbrado en su totalidad. Durante muchos años ejercí actividades como funcionario de a pie y diplomático. Sobre todo, fuera de España. Quizá incluso sirvieron para algo.

La corriente del tiempo nos arrastra a todos. Con el agradecimiento, pero también con la melancolía, con que uno supera el hito de los ochenta esta mirada hacia atrás empezó a atosigarme en los larguísimos meses de la pandemia. He dejado muchas cosas de lado. Tampoco me he detenido en describir las circunstancias por las que he atravesado, junto con otros historiadores y compañeros de mi generación.

No lo he hecho porque el ambiente en que crecimos durante el franquismo ya ha sido objeto de numerosas publicaciones, académicas y de recuerdos. He tratado de explicar cómo llegué a la historia y por qué tuve que interrumpir mi nueva vocación para atender necesidades personales y profesionales. Poco a poco también fueron influyendo en mi manera de contemplar el presente y de repensar el pasado.

A lo largo de mi carrera, a fuerza de trabajo en archivos españoles y extranjeros, más la correspondiente

inversión de fondos propios —ayudas económicas solamente me las proporcionaron el Instituto de Estudios Fiscales y el Banco Exterior de España—, perseguí ciertos propósitos. En primer lugar, esclarecer una parte del pasado español siguiendo una metodología creo que novedosa. En segundo término, sacar a la luz aquellas vetas desconocidas o poco conocidas que, en mi modesto entender, lo vertebraron siquiera parcialmente. Nunca «chupé rueda» de otros. Siempre mencioné lo mucho que debía a numerosos colegas. Solo aspiré a aportar un granito de arena relativamente novedoso.

Cuando empecé a trabajar en archivos en Alemania entre 1971 y 1973 la izquierda pensaba, como la cosa más normal del mundo, que las potencias fascistas habían ayudado a la sublevación de Franco antes de su estallido. En los últimos años, he puesto de relieve que las cosas fueron, por un lado, más simples y, por otro, más complicadas. Dejé, y dejo, fuera de la ecuación al Tercer Reich, pero introduje en ella, espero que indeleblemente, a la Italia fascista. Que durante tanto tiempo esto se ocultara no dice mucho en favor de los conspiradores, de los vencedores, de sus secuaces y de los historiadores que lo escondieron y siguen escondiendo. Por otro lado, los dos gobiernos republicanos de la primavera de 1936 fallaron estrepitosamente a la hora de neutralizar la amenaza, de la que tenían sobrada información.

También he tratado de someter a la ácida prueba de la comprobación documental los mitos más persistentes de la historiografía —más bien hagiografía— franquista. Me refiero, en particular, al más duradero: el supuesto riesgo de «sovietización» de España que, a lo que parece, sigue siendo muy apetecible para la derecha española y sus portavoces políticos y mediáticos. E incluso para algún autor francés. Que tan honda y profundamente hayan calado en amplios sectores de la población —e incluso entre historiadores y comentaristas extranjeros— no les dota de la más mínima dosis de credibilidad.

Fui el primer historiador en España y fuera de España

en descubrir los **pactos secretos** de Franco con Estados Unidos. Sin ellos la historia española hubiera discurrido por otros caminos imposibles de identificar. Hoy, recordar las inmensas concesiones hechas por la dictadura hacia el poderoso amigo norteamericano no está de moda. Ciertamente, se ha pasado página y se considera algo tan inevitable como si hubiera sido un fenómeno natural.[1] En tanto las cesiones de soberanía quedaban en la oscuridad y que nadie del *establishment* franquista se atreviera a revelarlas fue posible mantener la ficción. Pero el abrazo tuvo sus sombras. Hoy, solo se rememoran las luces. Servidor se concentró en las primeras porque atosigaron a diplomáticos y —más tarde— a militares españoles no solo durante los años que duró el franquismo sino incluso durante la década posterior.

He documentado, en la medida de lo posible, el **deshonor** de Franco en la esfera militar, política y personal. Eso sí, *tras dar gato por liebre* en relación con su incapacidad de obtener en buena lid la Cruz Laureada de San Fernando, mentir como un bellaco, mandar asesinar al general Amado Balmes y disfrazar en todo lo posible su parte en la conspiración. No en menor término porque no desdeñó hacerse con una fortunita nada desdeñable cuando sus soldados se desangraban en los frentes y en los hospitales en una guerra larga que prolongó en parte por conveniencias personales.

Sin embargo, nunca he sentido la necesidad de hacer grandes síntesis históricas. Ni de los antecedentes de la guerra civil, ni de ella, ni de la posguerra. Las han hecho y continuarán haciéndolas otros. Algunas son buenas; las hay —y abundan— que no. Todavía florecen las penosas. Tampoco me he dedicado, salvo cuando era absolutamente imprescindible, a poner en solfa y desenmascarar a algunos de los impostores y camelistas que proliferaron desde los tiempos de la dictadura y hoy continúan tan panchos por la vía de sus sucesores. También otros historiadores, pienso en Alberto Reig, se han ocupado del fenómeno mejor que servidor.

Emmanuel Le Roy Ladurie hizo famosa la diferencia entre dos tipos de investigadores que denominó *les truffiers* y *les parachutistes*. Los primeros, en búsqueda de la trufa de oro, escarban y hociquean incansablemente y con lentitud sobre el terreno, la hallen o no, pero no cesan en la búsqueda. Los segundos sobrevuelan por encima de los campos por los que culebrean sus colegas y tratan de lograr una visión de conjunto de la panorámica que se extiende debajo de ellos sin perderse en detalles. Entre los primeros, Le Roy Ladurie encontró su trufa de oro en toda una serie de documentos en latín sobre las actividades inquisitoriales de Jacques Fournier (posteriormente Benedicto XII)[2] que se había ocupado de los herejes de Montaillou y de su vida y pasiones en tiempos del catarismo tardío. Entre los segundos, destacó con obras generales sobre los más diversos temas.[3]

Confieso que, impulsado por la atracción de las trufas —que, además, me encantan— y el nulo temor a las serpientes que a veces suelen dormitar en los archivos, así como por la simpatía que siempre tuve por Herbert R. Southworth, he tendido a sentirme más cómodo entre los *truffiers*. Ciertamente, menos brillantes, pero que en mi opinión también pueden resultar muy adecuados a la hora de condimentar un nuevo menú histórico. A veces, incluso francamente apetitoso.

No deseo afirmar que no me hubiera sido posible hacer más cosas. Sin embargo, mi currículum siempre fue público y hacia finales de 2023 tampoco era desdeñable: veinte libros individuales, siete en colaboración con otros autores, cinco como editor o coeditor, cinco como director y coordinador, 136 colaboraciones en obras colectivas, tres monografías, casi 150 artículos y veinte en publicaciones digitales, cuarenta recensiones, seis traducciones de libros, unas 260 ponencias en conferencias profesionales (muchas de las cuales fueron publicadas) y numerosos prólogos a obras de otros autores, que nunca enumeré, etc. Teniendo en cuenta algunos acontecimientos clínicos que me dejaron para el arrastre durante meses y meses, nunca abandoné del

todo la escritura ni, lo que es más importante, la investigación. Por supuesto, fue posible hacer más, pero el coste oportunidad hubiera llegado a ser demasiado elevado.

Recuerdo que en *El País* (3 de septiembre de 2021) mi admirado amigo Ian Gibson afirmó que «él sabe por experiencia que nadie cuenta la verdad en una autobiografía». Lo dice, naturalmente, con carácter general. Espero que así no haya ocurrido en la que ha publicado mientras yo penaba por terminar este libro. En lo que a mí respecta no he contado mentiras en las páginas precedentes. Tampoco he narrado todo. Me he concentrado en las perchas principales de las que cuelgan mis esfuerzos, buenos o malos, bien dirigidos o no, en tanto que historiador.

En el capítulo crítico de mis oposiciones a cátedra, sus antecedentes y sus consecuencias, tampoco he recogido todo el episodio, en parte porque no guardé los imprescindibles papeles, salvo unos cuantos que atesoro preciosamente. Si en el futuro alguien ve el expediente en los archivos del Ministerio de Educación, en los del Consejo de Estado o en otro alto tribunal podrá comprobar si he incurrido en algún error o no. La historia de la Universidad española bajo el franquismo no se agota en los trabajos dirigidos por mi buen amigo el profesor Luis Enrique Otero Carvajal sobre los años del nacional-catolicismo. Quedan los posteriores.

Después de tantos años de desvelos, dudas, correcciones y nuevos descubrimientos, no tengo miedo por mi narrativa. Claro que teóricamente hay muchas otras maneras de abordarla. En lo que se refiere al origen la presente obra debe mucho a una idea de mi amigo Luis Domínguez, cuando trabajaba en la librería de Marcial Pons. Durante años insistió en que escribiera algo sobre mis experiencias en archivos y los resultados de mis investigaciones. Me citó como ejemplo el libro de *sir* John H. Elliott *Haciendo historia*. A pesar de toda mi admiración por él siempre tuve claro que no podía imitar una obra inigualable. Tampoco me sirvió de ejemplo *Historian's*

Quest, escrita hace ya muchos años, por Gabriel Jackson. (Existe una versión en Crítica, de 2008, titulada *Memoria de un historiador*.) En ella expuso las tribulaciones y aventuras por las que atravesó en la España de Franco en los años cincuenta del pasado siglo para empezar a allegar materiales con los que componer su obra sobre la República y la guerra civil.

En mi caso, la coexistencia de una labor como funcionario y la escritura, bien sobre temas de historia o en el desarrollo de proyectos algo más urgentes de otro tenor, me ha proporcionado, bien o mal, un bagaje profesional e intelectual que no hubiese podido obtener de haberme dedicado exclusivamente a la Universidad. Así, pues, he tratado de remedar, y rendir homenaje, a Arturo Barea tanto en el título de este libro como en su desarrollo, combinando episodios que no tienen nada que ver con la Historia —con mayúscula— y otros en los que siempre traté de desvelar algunas facetas ignotas o deformadas del pasado.

También me he constreñido a aquellos capítulos para los cuales, guiado por mis propios intereses, he encontrado EPRE. No he «chupado» de libros excepto para rellenar huecos sobre aspectos estudiados por otros autores. A los cuales, por cierto, siempre he reconocido y alabado sus aportaciones. Mis críticas a algunos han ido atemperándose con el paso del tiempo. Al final, y salvo unas cuantas excepciones, los he ido dejando de lado.

He optado por situar la acción humana en sus contextos. No me he perdido en disquisiciones sobre teorías de la historia ni en planteamientos filosóficos. He acotado con precisión las facetas de los tiempos pasados en los que se ha proyectado tal acción con sus características más sobresalientes. No son todas las posibles porque el pasado es inconmensurable y, aunque su peso se haga sentir en el presente con mayor o menor intensidad, ha dejado de existir excepto para los historiadores —que lo analizan como pueden—, los embaucadores que de él se sirven con fines políticos, económicos o ideológicos propios y los

descendientes de quienes lo sufrieron. Que hay fuerzas superiores a las humanas que moldean el pasado es evidente: físicas, tecnológicas, económicas, culturales, etc., está fuera de toda duda, pero en ellas, con ellas o contra ellas, son los hombres quienes las soportan y en las que hacen historia. Siempre he tenido presente el *dictum* de Marx en su *18 de Brumario*. Y cuando me he equivocado —por ejemplo, al situarme en 2001 en la perspectiva clásica de que Mussolini siguió a Hitler en decidir la ayuda a Franco—, lo he rectificado tan pronto he podido.

Tengo la costumbre de dedicar mis libros a mi mujer e hijos y de recordar, *in memoriam*, los nombres de quienes me incitaron a no dejar de escribir sobre historia. Casi todos ellos están nombrados, de una manera u otra, en las páginas precedentes, junto con quienes por fortuna todavía se conservan en buena salud. En este recorrido he evocado a grandes maestros, economistas, de la Universidad española que me incitaron a tomar una dirección, con exclusión de otras. Sin ellos ni me hubiera hecho historiador ni tampoco catedrático.

Nadie es una isla. Esta rotunda afirmación de John Donne, que Hemingway antepuso como evocación a una de sus novelas sobre la guerra civil, ha guiado mis pensamientos al escribir estos recuerdos. En momentos decisivos he contado con la ayuda de Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, Pedro Solbes y Santiago Gómez-Reino. Entre quienes ya no se encuentran con nosotros, con la de Fernando Morán y Manuel Marín. No historiadores, sino grandes políticos y grandes funcionarios. Y nada de lo que he escrito hubiera sido publicado sin el apoyo de Gonzalo Pontón y de Carmen Esteban. Entre los historiadores he dejado bien claras cuáles han sido, y son, mis innumerables deudas. *No man is an island*.

Pero nada hubiese sido posible sin las bases de partida. Y aquí he de citar por lo menos a mis padres y hermanos, así como a Alberto Gómez Aldama, Sixto Álvarez Melcón, Carlos Herreros de las Cuevas y, entre quienes ya nos han dejado, a Manuel Fernández de Henestrosa, Jesús Urías

Valiente y José Ramón Herreros de las Cuevas.

Otros, demasiados, se han quedado por el camino. Son, a título de ejemplo, los casos de José Aldomar Poveda; Rafael de Juan y Peñalosa y su esposa Carmen Olalde; los embajadores Carlos Fernández Espeso, José Manuel Allendesalazar, Ignacio Rupérez, Máximo Cajal y José-Joaquín Puig de la Bellacasa; mi primo hermano Cecilio Yusta Viñas y el Dr. Miguel Ull Laíta, víctimas de la pandemia estos dos últimos. Entre los colegas el elenco sería muchísimo más amplio, pero he de mencionar, por lo menos, a Vicente Abad, Julio Aróstegui, Gabriel Cardona, Josep Fontana, Ricardo Miralles, Herbert R. Southworth y Manuel Tuñón de Lara. También nos ha abandonado, compañero que fue en la Comisión Europea, Francesc Granell, y su esposa, Ernestina. En los últimos días Alexander (Sasha) von Lingen. Hace tan solo unos meses lo hicieron Pedro Solbes y Eutimio Martín. Todos y cada uno han revivido en mi recuerdo al escribir estas páginas. Con la alegría de haberles conocido y con la pena de que no las leerán.

Con todo, he tratado de poner énfasis en la aleatoriedad de las oportunidades que fueron surgiendo —o que me pusieron por delante— a lo largo de mi carrera, en la Administración española y en las dos internacionales por las que deambulé. A veces las aproveché. Con frecuencia, no. Uno toma un camino y se encuentra con que, después de recorrer un mayor o menor trecho, o le ha tomado gusto y continúa o ya no es posible dar marcha atrás.

Como funcionario no sé si lo habré hecho bien, regular o mal. Como historiador, todo lo que he escrito es susceptible de revisión y, confío, de mejora. He aspirado a que, en el futuro, quienes aborden los años tumultuosos sobre los que he escrito puedan pensar que, al hacerlo, tuve, al menos, dos rasgos: figuré entre quienes no supieron contentarse con la parva nutrición intelectual y moral que se sirvió a los españoles desde el final de la guerra civil y también aspiré a escribir algo sobre la misma que no fuese un mero deglutir de los platos, mal cocinados, que a su

generación pusieron sobre la mesa. Confío en que al menos mi labor, a pesar de sus carencias, sirva para demostrar que quizá no haya sido del todo inútil de cara a la tarea colectiva de seguir desentrañando un pasado común.

Termino estas reminiscencias con una evocación última: en el verano de 2023, al leer el libro de Martin Conway sobre Degrelle, sucumbí a la tentación de querer saber algo más del autor. Cuenta ciertos aspectos de su trayectoria profesional como historiador y empieza por decir que muchos lo son, realmente, por accidente o por casualidad, merced a una cadena de oportunidades, ocasiones y, simplemente, por estar en algún momento determinado en un sitio determinado. En mi caso, este fue sin duda la embajada en Bonn. Y, sigue diciendo Conway, todos, o muchos de ellos, continúan, o no, debido a una serie de circunstancias o imprevistos. También por curiosidad, que en mi caso jamás me ha abandonado. A él le aconsejó Richard Cobb, su director de tesis pero que no sabía nada del asunto que en ella se trataba, le dijo que se pegara a los documentos de archivo y que les siguiera adónde le llevaran. Luego, que escribiera. Me alegro mucho de, sin conocer tal experiencia, haberla aplicado al pie de la letra diez o doce años antes. Y si los resultados no gustan a los lectores, a los críticos, a los adversarios, a los periodistas o a los políticos… que traten de demostrar que el análisis de la EPRE es inexacto, defectuoso, que el autor se toma libertades o que se inventa cosas y que ellos, por el contrario, tienen en su poder mejor documentación y no han incurrido jamás en errores. Entonces, que muestren en qué he errado o en qué me he equivocado malignamente.

Anexo documental

Bibliografía*

Águila, Juan José del, *El TOP. La represión de la libertad (1963-1977*), 2.ª edición ampliada, Ministerio de Justicia, Madrid, 2020.

Alzaga Villaamil, Óscar, *La conquista de la transición (1960-1978). Memorias documentadas,* Marcial Pons, Madrid, 2021.

Amorós, Mario, *75 años después. Las claves de la guerra civil española. Conversación con Ángel Viñas*, Ediciones B, Barcelona, 2014.

Blanco Escolá, Carlos, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000.

Blanco Rodríguez, Juan Andrés, Jesús A. Martínez *et al.* (eds.), *Luces sobre un pasado reformado. La guerra civil ochenta años después*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2020.

Browder, George C., «Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution» (descargable en https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780195104790.003.0006).

Cabrera, Mercedes, *Juan March*, Marcial Pons, Madrid, 2011.

Cajal, Máximo, *Sueños y pesadillas. Memorias de un diplomático*, Tusquets, Barcelona, 2010.

Cardona, Gabriel, *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Siglo XXI de España, Madrid, 1983.

Cavalieri, Elena, «España y el FMI: La integración de la economía española en el sistema monetario internacional, 1943-1959», *Estudios de Historia Económica*, n.º 65, Banco de España, 2014 (descargable en https://repositorio.bde.es/

handle/123456789/7401).
Clifford, Alexander, *The People's Army in the Spanish Civil War. A Military History of the Republic and International Brigades*, Pen & Sword, Barnsley, 2020.
Collado Seidel, Carlos, *El telegrama que salvó a Franco. Londres, Washington y la cuestión del régimen (1942-1945)*, Crítica, Barcelona, 2016.
—, *Angst vor dem 'Vierten Reich'. Die Allierten und die Ausschaltung des deutschen Einflusses in Spanien 1944-1958*, Schöningh, Paderborn, 2001.
Conway, Martin, *On Learning the Scholar's Craft: Reflections of Historians and International Relations Scholars*, H-Diplo Essay 273, 29/9/2020 (descargable en https://issforum.org/essays/PDF/E273.pdf).
—, *Degrelle. Les années de collaboration*, Labor, Bruselas, 2005 (la edición original en inglés es de 1993 y hubo otra edición en francés de 1994).
Coverdale, John F., *La intervención fascista en la guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1979.
Cuesta Martínez, Álvaro, Antonio López Pina y Juan Antonio Yáñez-Barnuevo (dirs.), *El lugar de España en las relaciones internacionales. Libro homenaje a Fernando Morán*, Biblioteca diplomática española, MAEUEC, Madrid, 2019.
De Felice, Renzo, *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso, 1929-1936*, y *Mussolini il Duce. Lo Stato totalitario, 1936-1940*, Einaudi, Turín, 1974 y 1986.
De la Torre, Joseba, y M.ª del Mar Rubio-Varas, «La financiación exterior del desarrollo industrial español a través del IEME», *Estudios de Historia Económica*, n.º 69, Banco de España, 2015 (descargable en https://repositorio.bde.es/handle/123456789/7405).
Del Hierro, Pablo, *Madrid, metrópolis (neo)fascista. Vidas secretas, rutas de escape, negocios oscuros y violencia política (1939-1982)*, Crítica, Barcelona, 2023.
—, *The Neofascist Network and Madrid, 1945-1953: From City of Refuge to Transnational Hub and Centre of Operations, Contemporary European History*, diciembre

de 2021 (descargable en https://www.cambridge.org/core/journals/contemporary-european-history/article/neofascist-network-andmadrid-19451953-from-city-of-refuge-to-transnational-hub-and-centre-ofoperations/6C48E036A479484B4631CD7C17B43F12).
Egido, Ángeles (ed.), *La Segunda República y su proyección internacional*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2014.
Elliott, John H., *Haciendo historia*, Taurus, Madrid, 2012.
Fontenla Ballesta, Salvador, *Franco, caudillo militar*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2019.
Gibson, Ian, *Un carmen en Granada (memorias de un hispanista dublinés)*, Tusquets, Barcelona, 2023.
González, Manuel-Jesús, *La economía política del franquismo*, Tecnos, Madrid, 1973.
González Calleja, Eduardo, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República*, Alianza, Madrid, 2011.
Heiberg, Morten, *La voluntad de los débiles. Las relaciones entre España y Estados Unidos (1975-1979)*, Comares, Granada, 2021.
—, *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2004.
Hernández Sánchez, Fernando, *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco*, Pasado & Presente, Barcelona, 2018.
Howson, Gerald, *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil española*, Península, Barcelona, 2000.
Huguet, Montserrat, «Geopolítica de la quimera. Modernización de la "Pagan Spain" en la Guerra Fría», en https://researchportal.uc3m.es/display/act420461.
Jackson, Gabriel, *Memoria de un historiador*, Crítica, Barcelona, 2008.
Jähner, Harald, *Aftermath. Life in the Fallout of the Third Reich*, Penguin, Londres, 2022.
Jeziorny, Dariusz, «La diplomacia británica y la intervención militar soviética en la guerra civil española», en Alberto Reig Tapia y Josep Sánchez Cervelló (coords.), *La guerra civil española, 80 años*

después. Un conflicto internacional y una fractura cultural, Tecnos, Madrid, 2019.
Jorge Penado, David, *De la revolución al antifascismo. La Komintern y el desarrollo de una causa transnacional*, Libros de la Catarata, Madrid, 2023.
—, *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la guerra de España y el fin de la paz mundial*, Tirant, Valencia, 2016.
Juárez Camacho, Francisco Javier, «El espionaje alemán en España a través del consorcio empresarial SOFINDUS», en *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, n.º 28, diciembre de 2016 (descargable en https://www.studistorici.com/2016/12/29/juarez-camacho_numero_28/).
Kersaudy, François, *Dix faces cachées du communisme*, Perrin, París, 2023.
Leitz, Christian, y David J. Dunthorn, *Spain in an International Context, 1936-1959*, Berghahn Books, Nueva York, 1999.
Lokhova, Svetlana, *The Spy who Changed History. The untold story of how the Soviet Union won the race for America's top secrets*, William Collins, Londres, 2019.
Martínez Molinos, Guillem, «Ríos de petróleo: el abastecimiento de esencias y grasas durante la guerra civil», en Enrique Fuentes Quintana (dir.) y Francisco Comín (coord.), *Economía y economistas españoles en la guerra civil*, vol. I, Galaxia Gutenberg/Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Barcelona/Madrid, 2008.
Ortega y Díaz-Ambrona, Juan Antonio, *Las transiciones de UCD. Triunfo y desbandada del franquismo, 1978-1983*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2020.
—, *Memorial de transiciones (1939-1978). La generación de 1978*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015.
Otero Carvajal, Luis Enrique (dir.), *La Universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna* (descargable en https://e-archivo.uc3m.es/handle/10016/18911.
Palacios Tapia, Jesús, y Stanley G. Payne, *Franco, mi padre:*

testimonio de Carmen Franco, la hija del Caudillo, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
—, *Franco, una biografía personal y política*, Espasa, Barcelona, 2014.
Payne, Stanley G., *La revolución española, 1936-1939. Un estudio sobre la singularidad de la guerra civil*, Espasa, Barcelona, 2019.
—, *El camino al 18 de julio*, Espasa, Barcelona, 2016.
Pinto de la Rosa, José, *El Grupo Mixto de Ingenieros n.º 4 en la Campaña de Liberación 1936-1939*, Imprenta A. Romero, Santa Cruz de Tenerife, 1944 (descargable en https://www.scribd.com/doc/18966197/Grupo-Mixto-de-Ingenieros-n%C2%BA4-en-la-Campana-de-Liberacion-1936-1939).
Píriz, Carlos, *En zona roja. La Quinta Columna en la guerra civil española*, Comares, Granada, 2022.
Radosh, Ronald, *et al., España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2002.
Raguer, Hilari, *El general Batet*, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, Barcelona, 1994.
Reig Tapia, Alberto, *El desafío secesionista catalán. El pasado de una ilusión*, Tecnos, Madrid, 2021.
Rodríguez, Mikel, *Maquis: la guerrilla vasca 1938-1962*, Txalaparta, Tafalla, 2001.
Ros Agudo, Manuel, *La guerra secreta de Franco. 1939-1945*, Crítica, Barcelona, 2002.
Ruhl, Klaus-Jörg, *Spanien im Zweiten Weltkrieg. Franco, die Falange und das «Dritte Reich»*, Hoffmann und Campe, Hamburgo, 1975 [hay trad. cast.: *Franco, Falange y Tercer Reich*, Akal, Madrid, 1986].
Rybalkin, Yuri, *Stalin y España*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2007 (traducción de *Operatsia «X». Sovetskaya Voennaya Pomoshtsh Respublikanskoi Ispaniii*, Airo-XX, Moscú, 2000).
Sáenz-Francés, Emilio, *Entre la antorcha y la esvástica. Franco en la encrucijada de la segunda guerra mundial*, Actas, Madrid, 2009.
Sainz Rodríguez, Pedro, *Testimonio y recuerdos*, Planeta,

Barcelona, 1978.
Sánchez Asiaín, José Ángel, *La financiación de la guerra civil. Una aproximación histórica*, Crítica, Barcelona, 2012.
Sánchez Pérez, Francisco, *et al.*, *Los mitos del 18 de julio*, Crítica, Barcelona, 2013 (reeditado en junio de 2019).
Saz, Ismael, *Mussolini contra la II República*, Alfons El Magnànim, Valencia, 1986.
Soriano Garcés, Ramón, *La mano izquierda de Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.
Southworth, Herbert R., *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*, Comares, Granada, 2013 (reedición ampliada).
Tusell, Javier, «La autarquía cuartelera. Las ideas económicas de Franco a partir de un documento inédito», *Historia 16*, noviembre de 1995 (figura también, sin adscripción de origen, en las conocidas memorias de Larraz).
Walters, Guy: *Hunting Evil*, Bantam Books, Londres, 2010.
Welzer, Harald; Sabine Moller y Karoline Tschuggnall, «*Opa war kein Nazi». Nationalsozialismus und Holocaust im Familiengedächtnis*, Fischer, Fráncfort, 2002 (consultado por la 10.ª edición, 2021).
Young, Glennys G., «Spain and the Early Cold War. The "Isolation Paradigm" Revisited», en *Journal of Cold War Studies*, vol. 24, n.º 3, verano de 2022.

OTRAS OBRAS

Blume, Clara Aline, *Vom Helden zum Bösewicht: 80 Jahre Erinnerungsgeschichte* über *Johannes Bernhardt und die deutsche Intervention im Spanischen Bürgerkrieg*, tesis doctoral, Departamento de Románicas, Universidad de Viena, 2017 (descargable en https://utheses.univie.ac.at/detail/41510). Existe una versión en formato de libro, a un precio exorbitante, en *Die Sieger schreiben Geschichte: Mediale Inszenierungen von Johannes Bernhardt und der deutschen Intervention im Spanischen Bürgerkrieg* (Wiener Iberoromanistische

Studien, tomo 12), Peter Lang, 2019. Me he abstenido de adquirirlo.

Cuevas Lanchares, Juan Carlos, *Los intelectuales y la política en España. Francisco Javier Conde (1908-1974). La legitimación de la dictadura*, tesis doctoral, Departamento de Ciencia Política y de la Administración, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense, 2015 (descargable en https://eprints.ucm.es/id/eprint/38020/).

Martínez i Peruiza, Oriol, *Ernest Lluch. Vida i Obra*, tesis doctoral, Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Universidad Autónoma de Barcelona, 2018 (descargable en https://ddd.uab.cat/pub/tesis/2018/hdl_10803_586185/omip1de1.pdf). Se ha publicado, pero no la he consultado: *Un Ernest Lluch Inédit. Una biografía no autoritzada*, Hades, Madrid, 2020.

También he hecho uso de la documentación que conservo y que espero poner a disposición de los investigadores en el Centro Documental de la Memoria Histórica.

Notas

1. Mario Amorós, *75 años después. Las claves de la guerra civil española. Conversación con Ángel Viñas*, Ediciones B, Barcelona, 2014. Algo también en «Recuerdos de una guerra que no viví», en Jorge Marco (ed.), *La guerra de España en nuestras raíces. Ancestros, subjetividad y el oficio de historiador*, Postmetrópolis, Madrid, 2022.

1. https://lc.cx/gSjfWm. En https://www.ehu.eus/documents/2069587/2082336/historia.pdf se encuentra un estudio académico sobre el equivalente de la escuela madrileña en San Sebastián. No era igual, pero sí muy parecida.

1. https://en.wikipedia.org/wiki/AIESEC.

2. https://de.wikipedia.org/wiki/Carl_Friedrich_von_Weizs%C3%A4cker.

3. Harald Jähner, *Aftermath. Life in the Fallout of the Third Reich*, Penguin, Londres, 2022. La edición original alemana es de 2019 y tiene un título mucho más expresivo: «Tiempo de lobos».

4. Con notas razonables: tres matrículas de honor, cuatro sobresalientes (¡¡¡uno en Formación del Espíritu Nacional!!!) y ocho o nueve notables.

5. Curt Bondy, Jan Braden, Rudolf Cohen y Claus Eyferth, *Los jóvenes alteran el orden*, AULA, Madrid, 1963, 226 pp.

6. https://es.wikipedia.org/wiki/Hans_Juretschke.

7. Contracción de *Volkspolizisten*. Actuaban junto con soldados del Ejército Popular (NVA: *Nationale Volksarmee*) y las milicias obreras.

8. https://en.wikipedia.org/wiki/Richard_Wright_(author). Muchos años más tarde me hizo ilusión ver mi nombre en un artículo que terminaba con una amplia referencia a Wright, «Geopolítica de la *quimera*. Modernización de la "Pagan Spain" en la Guerra Fría», de Montserrat Huguet, en https://researchportal.uc3m.es/display/act420461.

9. https://en.wikipedia.org/wiki/Studentendorf_Schlachtensee.

10. https://www.willy-brandt-biografie.de/wp-content/uploads/2017/12/1963_Rede_Mord_Kennedy_5363.pdf.

11. https://landesarchiv.hessen.de/mow_auschwitzprozess_4. Sobre su influencia llama también la atención Jähner, p. xv.

12. No recuerdo haber sufrido ningún cacheo personal como, en 1965, le ocurrió a Óscar Alzaga, *La conquista de la transición (1960-1978). Memorias documentadas*, Marcial Pons, Madrid, 2021, p. 1.

1. En 2022 han editado un libro sobre las relaciones de España con ella en el que colaboran otros autores españoles y alemanes.

2. Explícitamente, reconozco y subrayo que no tuve ningún papel durante aquel curso. Sobre el tema remito al libro de Óscar Alzaga, capítulo V.

3. La referencia a Carrillo la tomo de Alzaga, p. 207, y la he comprobado. Carrillo lo dijo en su intervención en el VI Congreso del SED (Partido Socialista Unificado de Alemania) en Berlín Oriental. Contrapuso a la RDA el «rostro odioso de la otra Alemania, la Alemania de los monopolios». Se refería a la que había ayudado a Franco. Carrillo se situaba en la misma línea que la historiografía sobre la guerra civil española que predominaba en la Alemania comunista, y añadió, no desentonando de la escena, «aunque Hitler se llame hoy Conrado Adenauer». *Mundo Obrero*, 3-4, segunda quincena de eneroprimera de febrero de 1963, fácilmente consultable en red: https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=1003586510.

4. Escribo esto, que son recuerdos en parte borrosos, después de haber consultado con Juan José del Águila, amigo mío, autor de la mejor obra jamás escrita sobre el TOP, y exdefensor de numerosos acusados.

5. https://www.thebritishacademy.ac.uk/publishing/memoirs/pba-94/novealec-1915-1994/.

6. Brian Moore, *La suerte de Ginger Coffey*, Seix Barral, Barcelona, 1967.

7. Erwin Fein, Helmuth Lahde y Peter Mueller, *Técnica de la organización de almacenes*, Sagitario, Barcelona, 1966, 584 pp.; Raymond Aron, *Democracia y totalitarismo*, Seix Barral, Barcelona, 1968, 209 pp.; Jan Tinbergen, *Integración económica internacional*, Sagitario, Barcelona, 1968; Benjamin Higgins, *Desarrollo económico,* dos volúmenes, Gredos, Madrid, 1970.

8. Ortega y Díaz-Ambrona, 1975, p. 208, cita numerosos nombres y retribuciones posteriores a cuando yo entré, algo más elevadas.

9. Una buena síntesis, en el artículo de Fernando J. Pérez en https://elpais.com/espana/2021-05-23/oposiciones-los-altos-funcionarios-no-quieren-perder-la-memoria.html.

Sobre el estrés mental y emocional, https://smoda.elpais.com/trabajo/la-dura-facturapsicologica-de-presentarse-a-unas-oposiciones-como-hacerlo-sin-perder-la-salud-mental/.

1. Ortega y Díaz-Ambrona, 1975, pp. 170s, resalta, con razón, la importancia de los TAC y los técnicos comerciales del Estado en la modernización de las anquilosadas estructuras de la dictadura franquista.

2. De lo que no teníamos ni idea era de hasta qué punto el régimen estaba profundamente preocupado por lo que ocurría en la Universidad y de las medidas no públicas que iba adoptando, aunque algunas se sobreentendían, como era el surgimiento de los premonitores de los «guerrilleros de Cristo Rey». El capítulo VIII de la obra de Alzaga proporciona una visión que, sesenta años después, me parece correcta.

3. Alzaga, pp. 230 y siguientes, ha reconstruido el ambiente general e insertado en él sus propias experiencias. He de confesar, con cierta amargura, que todo aquello solo reforzó, para mí, la conveniencia de salir fuera siquiera unos cuantos años. No me sorprendió que el atestado del asesinato de Ruano fuese manipulado.

4. Sobre Paulina, https://bse.eu/chair.

5. https://dbe.rah.es/biografias/41362/manuel-varela-parache.

6. https://dbe.rah.es/biografias/25565/alberto-monreal-luque. Naturalmente, se silencia que al parecer fue miembro del Opus Dei y que desde luego había estado al corriente de los pormenores que hubo detrás de la represión que se había abatido sobre la Universidad en 1969.

7. El tema, que terminó haciéndose mucho más complejo, lo acompañó toda su vida, pero su génesis no figura en la obra de María Josefa Aracil Fernández en https://www.ief.es/docs/destacados/publicaciones/documentos_trabajo/2001_17.pdf.
Tampoco hay ninguna referencia en un estudio más amplio, derivado de una tesis doctoral de la Universidad de Sevilla de 1995 debida a Rocío Sánchez Lissen (https://idus.us.es/handle/11441/85563), en dos volúmenes, y publicado en forma de libro que ahora no encuentro en mi biblioteca. El profesor Francisco Comín, que trabajó con Fuentes Quintana en la preparación de la última manifestación de aquel interés, *Economía y economistas españoles en la guerra civil*, Gutenberg y Real Academia de Ciencias Morales y Política, Barcelona y Madrid, dos volúmenes, 2008, me contó la intrahistoria de su publicación, que tuvo lugar una vez fallecido Fuentes. No es un secreto mío y no me siento en condiciones de revelarlo incluso ahora. Correspondería hacerlo a Comín, gran historiador de las finanzas del franquismo. De conocerlo, la grey de economistas y admiradores, como servidor, de aquel gran servidor del Estado que fue Fuentes Quintana tendría dificultades en creer la barrabasada que alguien tramó contra él después de fallecido. Muy cristiano. Muy solidario. Muy «compañero».

8. Todo esto me ha venido a la memoria al releer una carta que escribí a Fuentes Quintana, desde Bonn, con fecha 24 de abril de 1973 en las condiciones que expondré más adelante.

1. Sebastián Martin, biografía en *Diccionario de Catedráticos españoles de Derecho (1847-1984)*. https://humanidadesdigitales.uc3m.es/s/catedraticos/item/14519. Un estudio sistemático de sus aportaciones y de su conexión con Carl Schmitt en la tesis doctoral de Cuevas Lanchares, en https://eprints.ucm.es/id/eprint/38020/ (agradezco la información al profesor Guillermo Portilla).

2. https://en.wikipedia.org/wiki/Berlin_Document_Center. El relato más exacto que conozco se encuentra en el artículo de Dieter Krüger (https://second.wiki/wiki/dieter_krc3bcger_historiker) en *Viertelsjahrshefte für Zeitgeschichte*, tomo 1, 1997 (no disponible *online*).

3. Una sucinta biografía, en https://es.wikipedia.org/wiki/Heinrich_von_Stackelberg; la versión alemana es bastante más explícita en la medida en que no oculta sus relaciones, y distanciamiento, con el nacionalsocialismo (https://de.wikipedia.org/wiki/Heinrich_Freiherr_von_Stackelberg), que solo se rozan en la inglesa (https://en.wikipedia.org/wiki/Heinrich_Freiherr_von_Stackelberg).

4. He destacado en itálicas aquellas reflexiones de la época.

5. Todos los sueldos del servicio exterior eran, al igual que en numerosos países, mucho más elevados que los del interior. Había arreglos especiales con el Ministerio de Hacienda para el pago de impuestos. Existía también la posibilidad de, al término del plazo de destino, importar libre de derechos de aduana un coche siempre que se hubiera adquirido antes de seis meses —los jefes de misión tenían la posibilidad de regresar con dos—. Si el cónyuge volvía con otro, sí pagaría el arancel, pero no necesitaba licencia de importación. No existían límites a su reventa en el mercado nacional. Como los automóviles de gran cilindrada eran relativamente escasos en la España de la época, había surgido un mercado paralelo en el que importadores muy conocidos ofrecían grandes sumas por los vehículos con que volvían todos los funcionarios del servicio exterior. Mi mujer y servidor regresamos con sendos BMW y Mercedes que vendimos inmediatamente.

6. Fuentes Quintana guardó la correspondencia porque José Ángel Sánchez Asiaín me dijo que la había visto. Lo que no recuerdo es si la dejó en el Instituto de Estudios Fiscales o se la llevó consigo o si José Ángel, amigo suyo y también mío, salvando la diferencia de edad, la consultó en casa de don Enrique o en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la que aquel llegó a ser presidente. Desde esta institución, Fuentes Quintana continuó su viejo proyecto muchos años más tarde.

7. Gabriel Jackson, a quien entonces no conocía personalmente, escribió una reseña crítica sobre el segundo libro de Merkes, otro de Abendroth —a quien aludiré más tarde— y los resultados del mío en el *Journal of Modern History*, vol. 8, n.º 1, marzo de 1976. Me criticó, con razón, haber sido demasiado duro con Merkes.

8. http://dbe.rah.es/biografias/25219/nemesio-fernandez-cuesta-e-illana.

9. https://es.wikipedia.org/wiki/Enrique_Monson%C3%ADs.

1. Tengo varias carpetas de recortes de prensa que he conservado. Lo que antecede se publicó, por ejemplo, en *La Voz de Asturias* (1 de diciembre de 1974), en *Cambio 16* (20 de marzo de 1977) y en *El País* (9 de junio de 1977). Reconozco que por ninguno de los tres ministros mencionados tuve grandes simpatías.

2. Mi más reciente argumentación en tal sentido, con pruebas documentales adicionales, en *InfoLibre*, 7, 12 y 17 de julio de 2022.

3. No lo sé, pero si en la dictadura se conservaron, es difícil que desaparecieran en la transición a la democracia. Para ejemplos de lo dicho respecto a la primera etapa mencionada, puede consultarse el libro dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal, *La universidad nacionalcatólica*, disponible en la red.

4. Lamentablemente, las cosas no han cambiado mucho a la hora de escribir estas líneas. Véase, por ejemplo, https://elpais.com/educacion/2022-05-18/endogamia-y-corrupcion-generalizada-en-la-universidad-espanola-seguimos-mirando-hacia-otro-lado.html.

5. Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, *Memorial de Transiciones*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015, pp. 137-142, para la atmósfera del Ateneo y de los opositores, es decir, de quienes preparábamos oposiciones.

6. En abril del año 2000 se celebró un simposio en Gernika en honor suyo. Había fallecido recientemente. *Sir* Paul Preston y servidor colaboramos con sendas presentaciones. Participaron también otros historiadores.

7. En uno de sus libros guardé un articulito de Ricardo de la Cierva, «Los premios del profesor Morodo», *Ya*, 25 de julio de 1982, en el que caracterizaba a Southworth de «especialista en insultar a la Iglesia y al Ejército español».

8. Sobre el impacto de la obra de Tuñón de Lara hay numerosos estudios. El más reciente de entre ellos data de 2017. Los elogios que se hagan sobre De la Cierva, fuera de alguna que otra basurilla y de su misma cuerda, están por ver.

9. La precisión no se debe a mi buena memoria, hoy un tanto decrépita. Figura en el escrito que uno de los abogados en el despacho al que recurrí posteriormente me entregó, en un gesto de extremada gentileza, en septiembre de 2022. Rememoramos entonces las ulteriores vicisitudes de la oposición. Ahora lo guardo como oro en paño y me he reservado el derecho de distribuirlo.

10. Una maledicencia: en aquel tribunal figuraba un catedrático de otra asignatura cuya tesis doctoral era un plagio. Compitió en su momento contra un amigo mío. Tras la oportuna presentación de obras, la incluyó. Mi amigo se había hecho con un ejemplar de la tesis y le informó de que trincaría. Evidentemente, el «probo» académico se retiró. Ganó la cátedra después y se enroló en el PSP, aunque ignoro el momento. Falleció durante la transición.

11. Alzaga, p. 375.

12. En uno de los escritos que obtuvo uno de mis abogados se recoge un párrafo del informe interno de la Inspección de Servicios del Ministerio de Educación, que indicó: «Se estima indispensable anticipar, ante la enorme gravedad de este problema, tanto para el secretario como para el opositor aludidos, que, en conciencia, no se estima plenamente probado este cambio de ejercicio. No hay pruebas, ni testificaciones, ni de ninguna otra clase que alimenten la evidencia de la producción de este hecho». Y, en su informe, se posicionó en contra del recurrente. De entrada, ya autorizo a quien desee saber más sobre este caso que solicite acceso a la documentación de la oposición que, como espero, se conservará en el archivo del ministerio.

13. Alzaga, pp. 436 y 376, respectivamente. En mi caso la sentencia de la Audiencia Nacional se reproduce en el Anexo QR.

1. https://es.wikipedia.org/wiki/Luis_Coronel_de_Palma. Sobre él, véase también https://www.eldiario.es/politica/nobleza-duda-asociacion-nobiliaria-numerosa-espana-llego-presidir-falso-conde_1_8377351.html?utm_source=adelanto&utm_medium=email&utm_content=Socio&utm_campaign=adelanto&goal=0_10e11ebad6f8f95d626e-57770429&mc_cid=f8f95d626e&mc_e

2. http://dbe.rah.es/biografias/21350/mariano-sebastian-herrador.

3. No pude determinar en qué momento el embajador Marcelino Pascua envió al ministerio desde Ginebra la documentación que guardaba de los pasos intermedios que se hicieron en Moscú antes del establecimiento del acta de recepción final del oro. Innecesario es señalar que tal documentación parece haberse volatilizado. Por lo menos, no la he encontrado en ninguno de los archivos en que he trabajado.

4. https://es.wikipedia.org/wiki/Instituto_de_Estudios_Fiscales_(Espa%C3%B1a). No recuerdo ya si dimitió antes. Me parece que sí, pero no estoy seguro.

5. https://dbe.rah.es/biografias/125701/cesar-albinana-garcia-quintana.

6. Lógicamente, el nombramiento se hizo público y apareció en el *Boletín Semanal de ICE* 1531, con fecha del 5 de agosto.

7. No exagero: el libro en cuestión se ha republicado en Debolsillo en 2011: *Los gángsters de la Guerra Civil*. Zavala es uno de los historiadores de cabecera del periódico *La Razón*. No hay que decir más.

8. Lo he reproducido en el anexo en un libro de 2023, al volver al tema.

9. *El País*, 17 de febrero de 1977.

10. Posteriormente, ganó una plaza de profesor adjunto en la Universidad de Alcalá de Henares, en donde dejó un gratísimo recuerdo entre sus numerosos alumnos. https://youtu.be/ZiWHvjbJ5i8.

1. https://www.elperiodicoextremadura.com/lo-ultimo/2004/06/06/economistaprestigio-45638805.html.

2. Le esperaba una carrera muy brillante, hasta llegar a ser secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores. https://es.wikipedia.org/wiki/Fernando_Eguidazu_Palacios.

3. Por desgracia, prematuramente fallecido. Le dediqué una necrológica en *Información Comercial Española*, n.º 608, 1984.

4. Fue embajador en Túnez y en Naciones Unidas en Viena. Profesor titular de mi propia asignatura y gran especialista en temas euromediterráneos. https://transparencia.gob.es/servicios-buscador/contenido/curriculums.htm?id=CV_6523&lang=es&fcAct=2020-03-16T09:24:53.676Z.

5. Uno de los más brillantes diplomáticos que he conocido. En 1986, cuando era embajador en Londres, me hizo el honor de ser testigo de mi boda. Hay una sentida biografía en https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Joaqu%C3%ADn_Puig_de_la_Bellacasa.

6. En el franquismo ocurría con cierta frecuencia. Un caso muy famoso es el del ministro de Asuntos Exteriores Ramón Serrano Suñer, que se quedó con los papeles relacionados con su gestión. En el Archivo General de Santa Cruz lo único que se conservaba eran migajas. Un colega, el profesor Antonio Marquina, denunció públicamente el expolio. No tuvo ningún efecto. Que yo sepa, los papeles de tan encumbrado ministro no han llegado todavía a los archivos estatales. Traté vanamente de que se recuperasen. A pesar de todas las buenas palabras que recibí, no lo logré. Es uno de mis grandes fracasos en mi carrera como historiador.

7. Hoy se dispone ya de un excelente estudio efectuado por Joseba de la Torre y María del Mar Rubio-Varas, *La financiación exterior del desarrollo industrial español a través del IEME (1950-1982)*, Estudios de Historia Económica, n.º 69, Banco de España, 2015.

1. Uno de ellos fue el profesor falangista Juan Velarde, del que nosotros recuperamos uno de sus artículos más aberrantes: «Meditaciones junto al Jefe muerto», *Arriba*, 25 de noviembre de 1975. Hoy difícil de encontrar salvo en las hemerotecas.

2. En su trabajo, Cavalieri, pp. 102 y 118, lo ha reivindicado. A Martín-Artajo, compañero de esfuerzos hacia un sistema algo más racional, le sentó como un tiro su destitución en 1957.

3. Debemos reconocer que la RAH solo le ha rendido un magro servicio con la biografía que de él ha publicado, cuyas referencias bibliográficas son de pena. Esto lo afirmo sin el menor atisbo de indignación porque no se cite nuestro trabajo. Tampoco se cita ningún otro mínimamente válido. https://es.wikipedia.org/wiki/Manuel_Arbur%C3%BAa_de_la_Miyar.

4. https://es.wikipedia.org/wiki/Alberto_Ullastres.

5. *La economía política del franquismo*, Tecnos, Madrid, 1979. https://es.wikipedia.org/wiki/Manuel_Jes%C3%BAs_Gonz%C3%A1lez_Gonz%C3%A1lez.

6. De notar es que el muy interesante estudio de Cavalieri lo ignora plenamente. Es posible, pero no lo he comprobado, que algún otro autor lo haya rescatado.

7. No sé si el estudio de Carrero ha subsistido. Yo lo encontré en el Archivo de la Presidencia del Gobierno, serie SG, caja 4, expediente 115/57.

8. Frase muy significativa. ¿Quién iba a invadir España tras 1945, tras 1950? No los aliados occidentales, menos aún la URSS —un poco lejos—. Se necesitaban para la protección de la dictadura. Tal fue su papel hasta el afianzamiento de la transición.

9. La nota la encontré en APG, SG, caja8, E 109/58. Sentó doctrina y la última frase se aireó públicamente.

10. Más adelante tuve la oportunidad de presentar algunas de estas conclusiones en mi contribución al libro editado por Christian Leitz y David J. Dunthorn en inglés en 1999. Subrayé el apoyo del Departamento de Estado y el discurso de Franco —que todavía creía que estaba en el archivo de la Presidencia del Gobierno— a sus ministros.

11. Las cursivas son del original. El documento lo encontré en el Archivo de Exteriores, legajo R-12028, E 2. Lo he utilizado en varias ocasiones y dado a comentar en mi asignatura del máster en los cursos de la UCM, Facultad de Geografía e Historia, en los años 2007 a 2009. Lo que no he visto es que haya atraído mucha atención en la publicística española, a pesar de que volví a insistir en los planteamientos de Carrero Blanco en mi libro *En las garras del águila*, pp. 330s, en otro contexto.

1. *Guernica! Guernica! A Study of Journalism, Diplomacy, Propaganda and History*, University of California Press, Berkeley, 1977 (en la versión original). Hay traducciones al francés y al castellano.

2. Se refería a la de Vicente Talón, *Arde Guernica*.

3. En Southworth/Viñas, p. 591, se reproduce la parte del despacho correspondiente. Me llevé un gran disgusto al leer (*El País*, 9 de abril de 2018) que el PP impidió que el Senado apoyase un congreso internacional sobre el bombardeo cuando todos los grupos se declararon a favor de la creación de una comisión de historiadores encargada de investigar la masacre. Quedan, en efecto, temas por esclarecer, a pesar de los esfuerzos realizados por los historiadores españoles, en particular Xabier Irujo, y extranjeros en los últimos años. La estulticia de algunos políticos no tiene, evidentemente, límites.

4. Cuando estuvo de diputado en el Parlamento Europeo nos veíamos con cierta frecuencia en Estrasburgo. Recuerdo que una noche deambulamos por las calles desiertas hablando de lo divino y de lo humano. En un rapto de sinceridad me cogió del brazo y me dijo algo así como: «Me he dado cuenta, Ángel, de que con nosotros España nunca hubiera entrado en la Comunidad».

5. Por supuesto, el adjetivo «secreto» no lo aceptaron funcionarios y políticos que estuvieron al corriente de ellos. Fueron esencialmente diplomáticos y militares que jugaron al escondite. Fuera de círculos muy reducidos, ¿en qué medida llegaron los textos no publicados al conocimiento de quienes por sus funciones no necesitaban conocerlos? Tampoco las sumisas «Cortes del Reino» ni —por lo que sabía— el augusto Congreso estadounidense se enteraron. Lo mismo ocurrió con los medios de uno y otro país. Todos fueron adormecidos y, llegado el caso, engañados.

6. Política exterior general, 1899-1913; el problema marroquí; la neutralidad en la primera guerra mundial; período de entreguerras; guerra civil; neutralidad en la segunda guerra mundial; segunda posguerra.

7. Cabe pensar que así es recorriendo su relación de publicaciones más destacadas —confieso no haber hecho otras exploraciones—: https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=10610. Nótese su presencia en algunos significativos títulos como *Época* o, sobre todo, *Razón Española*.

8. *La administración de la política económica exterior en España, 1936-1979*, número 13, 1980, pp. 157-272.

9. Juan Antonio Ortega y Díaz Ambrona, *Las transiciones de UCD. Triunfo y desbandada del franquismo, 1978-1983*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2020, pp. 279-285, para el tema de la LAU. La cita, en p. 280.

10. La carta la conservó Lluch y se ha reproducido en Martínez i Peruiza, pp. 484s.

11. Ortega y Díaz-Ambrona, 2020, p. 293.

12. Un resumen se publicó en ICE, *La defensa económica: una conceptualización para España*, diciembre, 1982.

13. *Armas y Economía. Ensayos sobre las dimensiones económicas del gasto militar*, Fontamara, Barcelona, 1984 y 1985.

14. «España, los Estados Unidos y la OTAN», *Revista de Política Comparada*, n.º 8, primavera, 1982.

15. *Guerra, dinero, dictadura. Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Crítica, Barcelona, 1984.

16. Sobre la primera etapa, entre otros, «Fernando Morán: ministro de Asuntos Exteriores (1982-1985): Entre el personalismo y el presidencialismo en el proceso de transición y consolidación democrática», en Álvaro Cuesta Martínez, Antonio López Pina y Juan Antonio Yáñez-Barnuevo y coord. M.ª del Pilar Sánchez Millas: *El lugar de España en las relaciones internacionales. Libro homenaje a Fernando Morán,* Biblioteca diplomática española, Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación/Principado de Asturias, 2019. Sobre la segunda parte, mi libro *Al servicio de Europa*, *Innovación y crisis en la Comisión Europea*, Complutense, Madrid, 2003. Amén de diversos artículos en otros lugares.

1. *Angst vor dem «Vierten Reich». Die Allierten und die Ausschaltung des deutschen Einflusses in Spanien 1944-1948*, Schöningh Verlag, Paderborn, 2001, versión impresa de su tesis doctoral y que, parcialmente, fue publicada en castellano bajo el título *España, refugio nazi*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.

2. En realidad, como veremos en el último capítulo, la preparación y redacción de la carta fueron muy anteriores. Por lo que supe después, se envió a manos de Franco por medios indirectos.

3. Así se afirma en una comunicación del Reichssicherheitshauptamt a la dirección general de personal de las SS, es decir, emanó del cuartel general de los servicios de seguridad del Tercer Reich. La fuente no es nada dudosa. Abendroth, en un pequeño librito al que aludiré más adelante, afirma que vio también el expediente personal de Bernhardt en el BDC, pero no dice nada de la nota. ¿Es posible que hubiera desaparecido? Cosas más extrañas han ocurrido. En cualquier caso, yo la tengo fotocopiada en mi casa con la totalidad del expediente.

4. Su libro, que pretende ser una historia de la Legión Cóndor, contiene numerosos errores garrafales y afirmaciones hipersesgadas sin base documental alguna. No sorprende que autores de reconocidas proclividades franquistas hayan acudido a él como fuente. En una carta de Bernhardt a servidor de 8 de diciembre de 1978 escribió: «El libro de V. Oven es una novela con material robado que no le he permitido nada (*sic*) publicar ni comparto en (*sic*) sus interpretaciones sobre Franco, Canaris, etc. La amistad de 20 años en la Argentina ya no existe».

5. En una obra de Hauke Marahrens, *Praktizierte Staatskirchenhoheit im Nationalsozialismus*, Vandenhoeck@Ruprecht, Gotinga, 2014, p. 310. Sobre Hoffmeister, véase https://de.wikipedia.org/wiki/Ludwig_Hoffmeister. Estaba destinado en Luneburgo cuando comencé a hacer pinitos por primera vez en Alemania.

6. https://de.wikipedia.org/wiki/SS-Oberf%C3%BChrer. Al final de la guerra existían 276 *Oberführer*. En la abundante literatura en castellano se le considera automáticamente como general. No es correcto.

7. https://de.wikipedia.org/wiki/Paul_K%C3%B6rner_(Politiker).

8. Aprovecho la ocasión para rendir un recuerdo emocionado a él y a su esposa, ambos fallecidos. En otra ocasión nos alojamos en el apartamento que esta última tenía en Coblenza, de cuya universidad era catedrática. También los habíamos acogido en Nueva York.

9. *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil. Antecedentes y consecuencias*, Alianza, Madrid, 2001.

10. https://de.wikipedia.org/wiki/Heinrich_Jaenecke El artículo en cuestión, «Der Mann, der die Drähte zog», apareció el 23 de diciembre de 1975.

11. https://de.wikipedia.org/wiki/Willy_Schleunung; https://schleunung.com/historie.

12. En diciembre de 1978, Bernhardt me lo envió con una larga dedicatoria muy elogiosa en alemán: «Al hombre que auténticamente escribió la historia del comienzo de la guerra civil española, el Prof. Dr. Angel Viñas…». Lo conservo en mi biblioteca junto con la ya mencionada carta en castellano —no demasiado correcto— fechada el día 8 de aquel mes en la que explicaba que había advertido muchos errores en el primer libro escrito por Abendroth.

13. Abendroth fue profesor —no catedrático— en el departamento de Alemán de la Universidad de Leicester hasta su fallecimiento (q. e. p. d.) en 2019. No he encontrado ningún otro libro suyo, aunque sí referencia a varios artículos en la biblioteca de la misma.

14. De la importancia de esto no me di cuenta entonces, pero parece razonable. Langenheim, como jefe del partido local, se dirigió a un conocido suyo en la AO.

15. Al escribir esto hoy me llama la atención, pero es explicable quizá por el hecho de que el diminuto partido nazi en Marruecos no dependía de las instancias de la AO que se ocupaban de los temas españoles.

16. Señaló que la reacción provino de Hans-Heinrich Dieckhoff —a la sazón director saliente de Asuntos Políticos.

17. Es posible que aquí hubiese un error, aunque pequeño. O bien estaba ausente o estaba a punto de asumir el puesto de director de Asuntos Políticos, de lo que se hizo cargo de manera interina en agosto. Su puesto anterior fue el de embajador en Berna, donde se pronunció a favor de que se retirase la ciudadanía alemana a Thomas Mann. No un timbre de gloria.

18. Bernhardt presentó de otra manera los hechos a Abendroth. Bohle habló por teléfono con Rudolf Hess y los emisarios partieron en el avión. Dijo que los acompañaron Kraneck, Fischer y Burbach, una imagen distinta de la que este transmitió a Franco.

19. No excluyó a Arranz, que, ya coronel, fallecería en marzo de 1957.

20. Lo citó con un nombre que le sonaría como el correcto, pero que no lo era: Carranza.

21. Nada de lo que antecede significa que tomase partido por Burbach. El 28 de junio de 1973 me entrevisté en Montpellier con el cónsul honorario de la RFA, el conde Du Moulin. Había estado en puesto en Lisboa cuando estalló la sublevación como encargado de Negocios. Me explicó que, naturalmente, en aquellos tiempos para los diplomáticos convenía estar a bien con el jefe del partido nazi en cualquier país. De Burbach dijo que era un tanto inocente, un cero diplomático y que podía tener muy mala uva. Sin embargo, no era mala persona. Tampoco Zuchristian me habló bien de Burbach cuando le visité el 23 de noviembre de aquel año. Utilizó la misma expresión de que era un cero y que sus informes no eran buenos. El embajador Von Welczeck tampoco lo tenía, al parecer, en gran estima.

22. «Franco's Request to the Third Reich for Military Assistance», *Contemporary European History* 11, n.º 2 (2002), pp. 192-210. Se menciona en la literatura en inglés con frecuencia. El origen en castellano, raras veces.

23. En internet se encuentra una tesis que describe sus orígenes y funcionamiento, pero no menciona para nada las empresas alemanas en España, Portugal o Marruecos que contaban con fondos estatales. Tal trabajo dejó de lado, por razones no explicadas, el conglomerado de SOFINDUS en dichos países que dirigía Bernhardt.

24. Personaje del *Fausto* de Goethe, 2.ª parte, acto 5.

25. Sociedad Financiera Industrial. Holding de propiedad alemana en el que se amalgamó, a partir de 1938, el conjunto de empresas que fueron montándose en España durante la guerra civil para servir de fuentes de aprovisionamiento a la economía nazi. Está muy estudiada en la literatura, aunque no toda la documentación existente ha sido aprovechada.

26. Una pequeña muestra la envió al Institut für Zeitgeschichte de Múnich, que la ha publicado en sus páginas en la red. Véase https://www.ifz-muenchen.de/archiv/zs/zs-2420.pdf.

En ella se narran algunas de las vicisitudes que explican los retrasos que sufrió el proceso —por ejemplo, una intervención del embajador español en Berlín cerca de Von Ribbentrop— y que, después de bastantes meses, en enero de 1945, se citó a tres alemanes residentes en Madrid para que testimoniaran en su favor o en su contra en él. También se indica la intención de Franke de escribir sobre su caso, citando como ejemplo a uno de los autores de la obra de referencia sobre el tribunal popular de Freisler, pero que había ignorado su caso por falta de documentación. Más adelante demostraré que mucho de lo anterior era cierto.

27. La tituló provisionalmente *Meine Mission in Spanien. Ein Dokumentarbericht. Als Reichstreuhänder im spanischen Bürger- und 2. Weltkrieg, 1938-1944* (Mi misión en España. Un informe documental. De interventor en la guerra civil y en la mundial).

28. Eduardo Martín de Pozuelo, *Los secretos del franquismo* y *El franquismo, cómplice del holocausto y otros episodios desconocidos de la dictadura*, La Vanguardia Ediciones, Barcelona, 2007 y 2012, respectivamente.

29. Por ejemplo, por parte española Rafael García Pérez, *Franquismo y Tercer Reich. Las relaciones económicas hispano-alemanas durante la segunda guerra mundial,* CEC, Madrid, 1994, y por parte extranjera Christian Leitz, *The Economic Relations between Nazi Germany and Franco Spain, 1936-1945*, OUP, Oxford, 1994.

30. En agosto de 1936, a Middleton se le otorgó la encomienda de Isabel la Católica a petición del Ministerio de Justicia, regentado por el falangista Raimundo Fernández-Cuesta, y a través del director general de Asuntos Eclesiásticos y catedrático de Derecho Natural y Filosofía del Derecho, Mariano Puigdollers Oliver, sobre el cual cabe extraer algunas informaciones en https://humanidadesdigitales.uc3m.es/s/catedraticos/item/16759.

¡Menudos pájaros!

31. Para Middleton, véase Viñas, 2012, pp. 389-297, y anexos I a III, pp. 398-404, donde se reproduce una parte de sus documentos y la nota que se publicó en *ABC,* 13 de julio de 1947, p. 20. La referencia a los archivos de la Prefectura de Policía de París es 1 W 952, expediente 45157. En mi blog he escrito sobre el caso en varias ocasiones.

1. https://es.wikipedia.org/wiki/Desastre_de_Bhopal. Lo que son las cosas. A dicho autor ni se le menciona en la anterior referencia.

2. *La voluntad de los débiles. Las relaciones entre España y Estados Unidos (1975-1979*), Comares, Granada, 2021.

3. *Sueños y pesadillas. Memorias de un diplomático*, Tusquets, Barcelona, 2010.

4. Años después, en mi blog y en dos posts del 7 y 9 de mayo de 2014, «Manuel Fraga Iribarne, Londres, noviembre de 1975», indiqué lo que había dicho a Harold Wilson, entonces primer ministro, en un encuentro arreglado por Lord Mountbatten. A los británicos lo que más les interesaba era la adhesión española al Tratado de Washington. Como es notorio, Fraga se opuso al referéndum para ratificar la permanencia en la OTAN. A mi me pareció que Fraga ya había perdido su supuesta perspicacia y así se lo comuniqué a Fernando Morán.

5. Ninguno de los argumentos económicos, políticos y militares que he ido esbozando a lo largo de muchos años ha causado la menor impresión en uno de los últimos artículos sobre la política internacional del «glorioso» Caudillo en los años de después de la segunda guerra mundial. Un ejemplo es el de Glennys G. Young, https://direct.mit.edu/jcws/article-abstract/24/3/43/112898/Spain-and-the-Early-Cold-War-The-Isolation-Paradigm. Consultado gracias a la amabilidad de Pilar Sánchez Millas.

6. *España en la política de seguridad occidental*, Ejército, Madrid, 1986.

7. *ABC*, 3 junio de 1969. Conocía perfectamente el paño, ya que había estado implicado en las negociaciones desde el principio y en una ocasión documentada echó pestes de los norteamericanos por su escasa ayuda. Pelillos a la mar. Pregunta: ¿qué historiadores del PP o de Vox han desmentido mis investigaciones?

8. Felipe González, «A New International Role for Modernizing Spain», en Robert P. Clark y Michael H. Hatzel (eds.), *Spain in the 1980's: The Democratic Transition and a New International Role*, Ballinger, Cambridge, 1987, p. 180.

1. https://en.wikipedia.org/wiki/R._W._Davies. Desgraciadamente, ya fallecido.

2. Yuri Rybalkin, *Stalin y España*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2007 (traducción de *Operatsia «X». Sovetskaya Voennaya Pomoshtsh Respublikanskoi Ispaniii,* Airo-XX, Moscú, 2000).

3. «La decisión de Stalin de ayudar a la República: un aspecto controvertido en la historiografía de la guerra civil», *Historia y Política*, n.º 16, 2006, pp. 65-108. Se puede descargar de https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2214049.

4. Desgraciadamente, la referencia al mismo y a su composición que se encuentra en la red en https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=290456 no reproduce el texto de las ponencias.

5. La ha recordado también en su ensayo «El historiador ante la historia. El contexto familiar, social, cultural e histórico», en Marco, p. 83. Se me ha olvidado lo que hice en favor de la SEGUEF, pero según él contribuí a su legalización a través de mi «ayuda burocrática». Luego me ha aclarado que fueron probablemente gestiones con el Ministerio de Cultura para que dicha legalización fuera lo más rápida posible.

6. Alberto Reig, *El desafío secesionista catalán. El pasado de una ilusión*, Tecnos, Madrid, 2021 (pp. 45s) y comunicación al autor el 28 de abril de 2022. Ninguno de los historiadores profranquistas participó.

7. Años más tarde, en 2010, se publicaron las actas publicadas por el Centro de la UNED en Zamora, lo que me permitió ponerla al día, bajo el título *A los 70 años de la guerra civil española*, identificada en https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=512847.

8. Julio Aróstegui, *Largo Caballero. El tesón y la quimera*, Debate, Barcelona, 2013, un «tocho» de casi mil páginas.

9. En el origen había existido un vector soviético vehiculado por la NKVD que había llevado a fruición el secretario de organización del PCE Pedro Fernández Checa. Todo hay que decirlo, en condiciones de auténtica desesperación ante la posible inminencia de la caída de Madrid.

1. *Trayectoria. Memorias de un militar republicano*, Espuela de Plata, Renacimiento, Sevilla, 2008.

2. Por desgracia, falleció en los primeros días de enero de 2022. Le dediqué el trabajo que estaba escribiendo en aquellos momentos, una biografía del «último gran inquisidor de España», el general de División del Ejército del Aire Felipe Acedo Colunga.

3. «Playing with History and Hiding Treason. Colonel Casado's Untrustworthy Memoirs and the End of the Civil War», en *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 91, n.os 1-2, 2014. La conspiración casadista, inspirada y sostenida por el SIPM, la aborda con nueva documentación Carlos Píriz, *En zona roja. La Quinta Columna en la guerra civil española*, Comares, Granada, 2022.

4. Se reimprimió a finales de 2022 sin cambios, excepto que la documentación utilizada ya no está en un CD, sino en la nube. Algunos detalles e interpretación adicionales de la conspiración casadista y sus relaciones con el servicio de espionaje franquista (SIPM) las dejamos de lado para que un joven historiador, Carlos Píriz, que había estudiado el tema con amplitud en su tesis doctoral de la Universidad de Salamanca, los utilizara en su libro.

5. *En defensa de la República. Con Negrín en el exilio*, Crítica, Barcelona, 2010.

1. https://elpais.com/gente/2021-10-20/fox-maura-una-familia-de-pelicula.html.

2. El único libro que se acercó al tema fue el de un diplomático, José Luis Pérez Ruiz, y exdirector general de Personal, *Las depuraciones de la carrera diplomática española (1931-1980)*, Dossoles, Burgos, 2005.

3. Siempre me quedó clavada una espinita: no había un buen estudio que combinase EPRE española y extranjera para explicar el papel de la SdN. El vacío lo colmó uno de mis exalumnos, David Jorge: *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la guerra de España y el final de la paz mundial,* Tirant, Valencia, 2016, reelaboración de su tesis doctoral. Ahora está trabajando en una trilogía sobre la Comintern y la guerra de España, sus antecedentes y el período posterior. El primer volumen lo ha publicado en Libros de la Catarata en 2023.

4. En la versión original inglesa como «The endurance of Francoist myths in democratic Spain», en *International Journal of Iberian Studies*, vol. 25, n.º 3, 2013.

5. Todo lo anterior está ampliamente desarrollado en *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil*, Marcial Pons, Madrid, 2010. Años más tarde se hizo una exposición itinerante en el Ministerio de Asuntos Exteriores (Casa de América) que comisarié y tuvo gran éxito. En mi libro de 2023 he vuelto al tema. La gran banca británica nunca tuvo la menor simpatía por la República en guerra.

6. *En el combate por la Historia. República, Guerra civil, Franquismo*, Pasado & Presente, Barcelona, 2012.

7. «Residuos y derivaciones franquistas: unos ejemplos».

8. https://revistas.usal.es/index.php/0213-2087/issue/view/771.

9. Con el profesor Juan Andrés Blanco, *La guerra civil española. Una visión bibliográfica*, en Marcial Pons Digital (formato e-book), 2017.

10. *Salamanca 1936*, Crítica, Barcelona, 2014.

11. Un ejemplo que me envió un lector del blog: https://www.francosanto.es/?fbclid=IwAR1pAdy8GE0PVKRbYWXD-ofTPoKQC3NWMdgDzlCiZo41d-V-Sozz-_JYbQs.

12. *El cura y los mandarines*, Akal, Madrid, 2014, p. 481. Añadió que «no tenía precedente conocido».

13. Southworth, p. 407. *Arriba*, 31 de enero de 1970.

14. Ricardo de la Cierva, *Brigadas Internacionales 1936-1996. La verdadera historia. Mentira histórica y error de Estado*, Fénix, Madridejos, 1997, p. 54. La única referencia que dio fue al conocido libro de Andreu Castells, de 1974, cuya publicación autorizó él mismo, «sin ninguna corrección porque se trataba de una obra histórica».

15. No me parece ético —ni cristiano— rememorar aquí las impresiones e informaciones que mi primo me trasladó sobre el general. Se conocían perfectamente.

16. En «Negociaciones sobre el apoyo nazi-fascista a Franco», *Bombardeos en Euskadi, 1936-1937*, CDBG, Gernika-Lumo, 2017. No conozco a ningún autor profranquista, militar o no, que lo haya desmentido.

17. En «El fallido intento de exonerar al alto mando franquista. La agónica metodología de un general de división en el Ejército del Aire», pp. ix-xx y pp. 585-700, respectivamente, en Herbert R. Southworth, *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*, Comares, Granada, 2013.

18. Lo cual me llevó a publicar una miniserie de cinco artículos en *InfoLibre* los días 18, 20, 22, 24 y 26 de abril de 2022.

19. He de traer aquí a colación los cuatro últimos capítulos de mi blog sobre «una pugna contra la distorsión investigando el pasado», referidos al libro de otro general de división, Rafael Dávila Álvarez, que publiqué en junio y julio de 2021. Da vergüenza releer lo que considera «sus fuentes».

1. https://www.abc.es/cultura/libros/abci-faceta-militar-franco-general-indalecioprieto-consideraba-formula-suprema-valor-201911200253_noticia.html.

2. En noviembre y diciembre de 2019.

3. También se anotó lo siguiente: «En sus vacaciones de verano y navidades iba a El Ferrol, para pasarlas con su familia y, así, alternando la vida hogareña con la castrense de la Academia de Toledo, se forjaba, para llegar a ser un gran hombre en la Historia Patria, aquel cadete que al recibir su primera estrella de oficial era un verdadero niño, pues su edad era de 17 años». ¿No es enternecedor? Uno se conmueve al leerlo.

4. Toda la documentación no publicada que consulté procede de la caja Celeb 178 del Archivo General Militar de Segovia.

5. En su libro *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000. El genio de la guerra y de la historia que es el general Fontenla la califica de escrita «por un incompetente historiador». En ella, continúa, «se suma, de forma zafia, a la corriente historicista (*sic*) de moda contraria a Franco, con todos los tópicos típicos, sin un mínimo de análisis crítico». Evidentemente, tan ilustre general no sabía lo que es el historicismo y aplicó a otro lo que es congénito en su propio trabajo, es decir, la carencia absoluta de capacidad de análisis.

6. El autor de la biografía del general Batet, mi amigo ya desaparecido el padre Hilari Raguer, indicó que las notas podrían ser de 1923, pero es imposible, ya que en ellas se refiere a Franco como comandante y este ascendió a teniente coronel el 31 de enero de 1922.

7. Es verosímil que Batet aludiera aquí a unos permisos por enfermedad a Franco, acreditada por sendos certificados médicos de los hospitales de Tetuán y Madrid, de 14 de enero y 26 de abril de 1917, respectivamente, como resultado de la herida en El Buitz. Hasta el 31 de mayo no se incorporó a su destino como jefe del tercer batallón del Regimiento de Infantería del Príncipe número 3 en Oviedo. Que entonces se negaran sendos certificados a un jefe ya famoso si así lo deseaba es, por supuesto, opinable. La cita en Raguer, *El general Batet*, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, Barcelona, 1994, pp. 366s.

8. Me sorprendió a punto de empezar a hacer las prácticas de milicias en El Goloso. En el referéndum previo del 14 de diciembre —que se presentó con el marchamo de que la participación podría ser declarada obligatoria— eché una papeleta no válida, por si en la mili me pedían la prueba sellada por la mesa correspondiente. En Alzaga, cap. VI, bajo el título de la «pseudoapertura», hay una brillante disección de los antecedentes y consecuencias de aquella soberana burla al pueblo español. Ortega y Díaz-Ambrona, 2020, pp. 168-170, votó en blanco y también describe el ambiente.

9. *La otra cara del Caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco*, Crítica, Barcelona, 2015. A la hora de escribir estas líneas va ya por la quinta edición.

10. En este punto conté con la inapreciable ayuda del catedrático de Derecho Constitucional de la UCM Javier García Fernández. Abandonado a mis propias fuerzas no hubiera identificado tamaña aplicación.

11. https://fnff.es/historia/282073728/era-franco-un-corrupto.html.

12. https://www.tesesusp.br/teses/disponiveis/8/8137/tde-09032017-113715/pt-br.php.

13. En julio de 2022, el 7, 12 y 17, publiqué una serie de tres artículos sobre el caso del café en *InfoLibre* para que la noticia llegara al mayor número posible de lectores españoles y extranjeros. Pensé que su aparición en torno a la fecha «sagrada» del 18 tendría algún valor de ejemplo para demostrar para qué sirvió, entre otras ocupaciones. Puede encontrarse en https://www.infolibre.es/opinion/ideas-propias/general-francisco-francovc-iii_129_1274249.html y pinchar en él para descargar los otros dos.

14. Publicados en *InfoLibre* los días 4, 12, 18 y 26 de septiembre de 2022 bajo el título general «Franco, millonetis».

1. También Fernando Hernández Sánchez hizo uso de otros en su libro *Guerra o revolución: El Partido Comunista de España en la guerra civil,* Crítica, Barcelona, 2010, cap. 4 y pp. 488-491.

2. Para los interesados, es el fondo HW/17 en los archivos de Kew.

3. Todos los detalles de la primera investigación, en *La conspiración del general Franco y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada*, edición ampliada, Crítica, Barcelona, 2012.

4. Un historiador especializado en temas militares, Roberto Muñoz Bolaños, hizo del panfleto una crítica demoledora. https://www.researchgate.net/publication/288824555_El_general_Balmesno_encontrado.

5. Se puede encontrar en https://www.scribd.com/doc/18966197/Grupo-Mixto-de-Ingenieros-n%C2%BA4-en-la-Campana-de-Liberacion-1936-1939. Yo lo consulté cuando estaba en la red en la biblioteca de la ULPGC.

6. Todo ello, en Ángel Viñas, Miguel Ull Laíta, Cecilio Yusta Viñas, *La muerte del general Balmes y el inicio de la sublevación*, Crítica, Barcelona, 2017. Nos faltó introducir el informe de un experto en balística en el que se demostraba la imposibilidad de que se encasquillara la pistola que supuestamente utilizó el finado. Llegó demasiado tarde.

7. https://www.lamarea.com/2013/11/11/cedade/.

8. *Franco, mi padre. Memorias de Carmen Franco*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.

9. https://kosmospolis.com/. El lector fácilmente advertirá por dónde van los tiros.

10. *Franco, una biografía personal y política*, Espasa, Madrid, 2014.

11. Una sucinta reseña biográfica, en https://www.farodevigo.es/arousa/2015/03/01/vilagarciano-jefe-servicios-secretos-16975299.html.

12. Un pequeño despiste. Se trata de Ruiz de Ulibarri, carlistón, secretario general de la Delegación del Estado para la Recuperación de Documentos (1938-1944), de la Delegación Nacional de los Servicios Documentales (1944-1967), de la Sección de Servicios Documentales de Presidencia del Gobierno (1967-1977) y de la Sección Guerra Civil del Archivo Histórico Nacional (1977-1985). Personaje siniestro, pero de gran influencia.

13. La correspondencia de Ricardo de la Cierva se encuentra en el archivo de Salamanca. Yo cité esta cartita en mi libro sobre *La conspiración del general Franco*, 2012, pp. 326-341, como ejemplo del tipo de acceso que entonces se concedía o no al «santo de los santos» que era dicho archivo.

14. https://en.wikipedia.org/wiki/Jes%C3%BAs_Palacios_Tapias; https://es.wikipedia.org/wiki/Jes%C3%BAs_Palacios_Tapias.

15. https://kosmospolis.com/consejo-editorial/.

16. https://e-revistas.uc3m.es/index.php/hispnov/issue/view/448.

17. Por el contrario. En algún momento se introdujo hace años en mi referencia en Wikipedia (en castellano) un artículo delirante sobre mi humilde persona. Como ya he indicado he tenido buen cuidado de que no se eliminara.

18. Se hizo efectiva en el congreso de la asociación en Segovia cuando en el Reino Unido se celebraba el referéndum sobre el Brexit. Muchos me preguntaron qué podría resultar. Siempre contesté que ganaría el sí a la salida.

19. El ejemplo más evidente es su tratamiento de la operación relacionada con «el hombre que nunca existió». En España esta obra ni se conoce. Sin embargo, tuvo un éxito rotundo la versión de un periodista inglés, que por cierto se lee muy bien. Me refiero a Ben McIntyre, *Operación Carne Picada: la historia del episodio que cambió el curso de la segunda guerra mundial*, en Crítica.

20. En https://www.elconfidencial.com/cultura/2013-09-02/una-operacion-supersecreta_22399/ se encuentra el primero de la serie.

21. Con el exacto subtítulo de *Cómo Churchill y March compraron a los generales de Franco*, Crítica, Barcelona, 2016.

22. Este es el tema de lo que fue la tesis de habilitación alemana de Carlos Collado Seidel y que apareció más tarde en forma de libro: *El telegrama que salvó a Franco. Londres, Washington y la cuestión del régimen (1942-1945)*, Crítica, Barcelona, 2016.

1. Mercedes Cabrera, *Juan March*, Marcial Pons, 2011, p. 284.

2. *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Siglo XXI de España, Madrid, 1983.

3. Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Crítica, Barcelona, 2013 (reeditado en junio de 2019). Mi contribución se tituló «La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil». Con algunos retoques, se publicó en italiano en la revista *Nueva Storia Contemporanea*, XVII, 5, septiembre-octubre, 2013.

4. Fernando Puell de la Villa, Julio Aróstegui, Eduardo González Calleja, Hilari Raguer, Xosé Manuel N. Seixas, Fernando Hernández Sánchez, José Luis Ledesma y Francisco Sánchez Pérez.

5. *La intervención extranjera en la guerra civil española*, Galland Books, Valladolid, 2017. Las referencias citadas son de las pp. 9 y 13, respectivamente.

6. *El camino al 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*, Espasa, Madrid, 2016, pp. 255 y 340, respectivamente.

7. Ismael Saz, *Mussolini contra la II República*, Alfons El Magnànim, Valencia, 1986.

8. John C. Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1979. El original inglés data de 1975. Su director había sido Stanley G. Payne, en la Universidad de Wisconsin.

9. *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República*, Alianza, Madrid, 2011.

10. *La financiación de la guerra civil. Una aproximación histórica*, Crítica, Barcelona, 2012.

11. *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso, 1929-1936*, y *Mussolini il Duce. Lo Stato totalitario, 1936-1940*, Einaudi, Turín, 1974 y 1986.

12. Morten Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2004.

13. Tuvo la amabilidad de enviármela, pero para entonces ya había terminado mi investigación y me limité a consignar el dato en nota a pie de página.

14. Dejando de lado la publicística de la posguerra, destacan los trabajos de Julio Busquets/Juan Carlos Losada y, sobre todo, del general José García Rodríguez, pero ninguno de ellos pudo identificar la dirección política que imprimieron los monárquicos. Esto también lo silenció Sainz Rodríguez en sus memorias, aunque aludió a ello de forma un tanto subrepticia y solo para iniciados.

15. Este fue el título del libro, subtitulado *Historia de una conspiración* y que, en poco tiempo, menos de un año, alcanzó siete ediciones. Para mí, historiador académico, todo un éxito. Lo publicó Crítica en abril de 2019.

16. Basta con leer el furibundo editorial que publicó *La Nación* el 11 de abril de 1931 y que, con el título «Prensa, relato, subversión», publiqué en *InfoLibre* el 24 de mayo de 2021. Quien quiera saber más puede consultar *El Germinal español*, de Sánchez Pérez.

17. En algunos puntos muy sensibles es necesaria una comparación de las dos versiones. Las, en general, pequeñas diferencias son con todo un tanto sobrecogedoras y, naturalmente, no se produjeron por azar.

18. Ramón Soriano, *La mano izquierda de Franco*, Planeta, Barcelona, 1981, p. 138.

19. https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-2022-17099.

20. En entradas del 29 de enero y 5 de febrero de 2019 y 14 y 21 de septiembre y 12 de octubre de 2021.

21. En artículos aparecidos el 15 y 16 de junio de 2021 y 9 de mayo de 2022.

22. Publicados en octubre y noviembre de 2022.

1. Los resultados se publicaron después bajo el título *Luces sobre un pasado deformado. La guerra civil ochenta años después*, Marcial Pons, Madrid, 2020.

2. Desgraciadamente, falleció tras una corta e intensa enfermedad de solo tres meses en marzo de 2021. Un año después, el CDMH dedicó una reunión de dos días en su honor y en su recuerdo.

3. «Mussolini y el 18 de Julio», *La Calle*, n.º 4, 18-24 de abril de 1978, pp. 47s. Si no recuerdo mal, dicha publicación tuvo corta vida. También publiqué una recensión bajo el título «The Royalist Right», en *The Times Literary Supplement*, 8 de junio. El año anterior, 1.º de julio, había aparecido otra mía sobre el libro de Luis Romero, «El final de la guerra». Fue positiva, aunque no exenta de peros.

4. Me había entrevistado con él el 24 de abril de 1974 en su piso de la avenida de América. Me contó una mezcla de verdades —que documenté en 2019— y de camelos. Todavía conservo la nota que hice de la conversación.

5. Aquí debo recordar, con profundo desagrado, que el más inteligente de los panegiristas de Franco, que fue sin duda Ricardo de la Cierva, indicó que Azaña tenía un espía en Canarias para seguir a Franco. Como solía hacer, y hacen tantos historietógrafos profranquistas, dio la vuelta a la realidad. El tal espía no lo fue, sino que, curiosamente, fue quien asesinó a traición al general Balmes.

1. *La revolución española, 1936-1939. Un estudio sobre la singularidad de la guerra civil*, Espasa, Barcelona, 2019. Nuevo título para una obra muy anterior en inglés.

2. Siempre me pareció que tal documentación que, por lo que sé, todavía se desconoce totalmente en la literatura occidental en el momento de escribir estas líneas —con las relevantes excepciones de Jonathan Haslam y de Daniel Kowalsky— no debía quedar en mis manos exclusivamente. Dado que la Fundación Juan Negrín y la UNED de Zamora colaboraron conmigo en la financiación de su traducción, la versión en castellano se la remití a ambas instituciones y a Carmen Negrín. También a varios colegas que me ayudaron a descifrar algunos aspectos en los que eran más expertos que servidor.

3. Lo utilicé en un breve capítulo, «El reconocimiento de la República en el contexto internacional: Austria, Alemania y la URSS», en Ángeles Egido (ed.), *La Segunda República y su proyección internacional*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2014.

4. http://rgvarchive.ru/sites/default/files/bookspdf/spain1.pdf.

5. Los grandes alaridos de gozo y la interpretación más desvergonzada ante tal noticia, que los historiadores soviéticos ya habían revelado, figuran en Ronald Radosh *et al.*, *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2002, pp. 54s. Ya di a él y a sus compañeros alguna lección en mi trilogía. Ni que decir tiene que Payne, 2019, p. 214, tampoco tiene ni idea del significado, a pesar de que la gestión de Lecuona la había mencionado servidor años antes. Es lo que ocurre cuando no se lee.

6. Payne, 2019, p. 224. Saltándose a la torera una ya abundante literatura en sentido contrario. De notar es que también se abstuvo de referirse a una tesis doctoral que dirigió, la de Daniel Kowalsky, publicada en castellano. Quizá se explique porque sus conclusiones no coincidieron en buena medida con las preconcepciones de tan alabado maestro.

7. Apareció en la edición dominical de *El País*, que no se ha digitalizado (comunicación de Carlos Yarnoz).

8. Puede seguirse el comienzo en http://www.sbhac.net/Republica/Fuerzas/Armas/Polemica/Polemica.htm.

9. Gerald Howson, *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil española*, Península, Barcelona, 2000.

10. En *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la guerra de España y el fin de la paz mundial*, Tirant, Valencia, 2016. Desde el punto de vista de la actuación soviética, hay que destacar los antecedentes en su última obra *De la revolución al antifascismo*, Libros de la Catarata, Madrid, 2023.

11. Crítica publicó en febrero de 2022 una edición adaptada al mercado bajo el título, parecido al de Howson, *Armas para la República*. Fue un trabajo de chinos. Un anticipo se encuentra en su artículo «El abandono de la República en materia de suministros de armamentos», en Juan Andrés Blanco Rodríguez, Jesús A. Martínez y Ángel Viñas (coords.), *Luces sobre un pasado reformado. La guerra civil ochenta años después*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2020. La investigación se detiene al llegar el Gobierno Negrín en mayo de 1937.

12. Otro tema en el que en España predominan las «lecciones» de los historiadores militares franquistas. Una necesaria revisión se encuentra en la obra de Alexander Clifford, *The People's Army in the Spanish Civil War. A Military History of the Republic and International Brigades*, Pen & Sword, Barnsley, 2020.

13. Un ejemplo paradigmático para quienes beben prioritariamente en fuentes británicas se halla en la contribución del historiador polaco Dariusz Jeziorny en la obra dirigida por Alberto Reig Tapia y Josep Sánchez Cervelló, *La guerra civil española 80 años después*, Tecnos, Madrid, 2019.

14. Payne, 2019, p. 227.

15. Obsérvese la fórmula que emplea, con referencia a un servidor (pp. 228s): «Casi 340 millones de dólares se transfirieron a París para que los republicanos adquiriesen armamentos y otros suministros en Occidente, o se utilizaron para sufragar los gastos de las Brigadas Internacionales comunistas». En dos líneas, tres errores conceptuales mayúsculos. Payne no es economista, pero no es necesario serlo para reconocer —porque está ampliamente documentado— que los republicanos pagaron la guerra al contado, en tanto que Franco recurrió principalmente al crédito de las potencias del Eje y de ciertos círculos capitalistas ligados en ocasiones a Juan March.

16. En el libro sobre la política comercial exterior española dimos abundantes ejemplos. Howson no lo conocía y algunos autores españoles han pasado por él como el sol por el cristal.

17. Para todo este tema y sus antecedentes, véase Svetlana Lokhova, *The Spy who Changed History. The untold story of how the Soviet Union won the race for America's top secrets*, William Collins, Londres, 2019 (edición de bolsillo).

1. Agradezco a Carlos Collado la revisión de este capítulo, que me ha permitido precisar algunas ideas adicionales. Naturalmente, solo servidor es responsable de los errores que puedan subsistir.

2. https://www.academia.edu/mentions?hc=false. Acceso repetido el 11 de agosto de 2012.

3. *Vom Helden zum Bösewicht: 80 Jahre Erinnerungsgeschichte über Johannes Bernhardt und die deutsche Intervention im Spanischen Bürgerkrieg,* Departamento de Románicas, Universidad de Viena, 2017 (la traducción del título podría ser: «De héroe a villano. 80 años de historia memorial de Johannes Bernhardt y la intervención alemana en la guerra civil española»).

4. Ruhl, pp. 62s y 105s, aduce ejemplos. Juárez Camacho ha incidido en la conexión con el SD, albergado dentro del *holding*. En el verano de 1943, los norteamericanos registraron un encuentro de Bernhardt y Schellenberg, entonces el jefe del departamento del SD dedicado al espionaje político en España.

5. Ros Agudo, pp. 52, 201, 318 y 321. Fue uno de los autores en mostrar que, en mayo de 1945, Bernhardt ya colaboraba con los aliados en la recuperación de activos alemanes —se había anunciado en aquel período en la prensa norteamericana, como no dejé de señalar en mi primer libro—. Hay que suponer que para salvar su pellejo, pero veremos que hubo más factores.

6. En la denominación de Sáenz-Francés, p. 935 *passim*. Sin embargo, es muy posible que en la traducción del alemán al castellano pudiera haber habido interferencias de Jesús Evaristo Casariego. En 1956 se la pasó al entonces embajador en Buenos Aires, el connotado falangista José María Alfaro Polanco, que fue uno de los hombres pesados de la dictadura en el ámbito de la propaganda. Casariego había sido editorialista del periódico de ultraderecha *El Siglo Futuro* antes de la sublevación, requeté a machamartillo, director de *El Alcázar* y, en la transición a la democracia, en línea parecida a Fuerza Nueva y a la Confederación Nacional de Combatientes. En la época en cuestión era corresponsal en América Latina de *ABC*. Una perla.

7. Sáenz-Francés, pp. 138-141. Se trata de un párrafo más amplio. La traducción es un poco forzada. Juárez Camacho considera a Bernhardt como el hombre de confianza de Schellenberg en España.

8. Sáenz-Francés, pp. 654s. Los párrafos citados por este autor se encuentran en las pp. 41 y 42 del original. En el anexo en QR se reproducen todas las referencias a Bernhardt del documento en cuestión.

9. Meramente pro forma cita a pie de página a dos de entre ellos (Rafael García Pérez y Christian Leitz). Hay, sin embargo, muchas más publicaciones.

10. Dos acotaciones. Raeder había sido nombrado gran almirante el 20 de abril de 1936. Por otro lado, parece difícil que pudiera haber estado al principio de la entrevista. Como mucho, se incorporaría horas más tarde, pero a lo mejor se encontraba en la ciudad wagneriana.

11. AHEA: expediente P-183343.

12. Se trataba de uno de los conspiradores monárquicos, el general Alfredo Kindelán.

13. Arranz, que llegó a coronel, fue uno de los hombres que sirvieron a los nazis hasta el final y luego como hombre de paja en numerosas empresas para tratar de escapar al embargo impuesto por los aliados. Hace algunos años recibí un correo electrónico de un familiar suyo, creo que de Asturias, preguntándome si tenía papeles. No sé si ya disponía de su hoja de servicio, pero gané la impresión de que mi amable corresponsal sabía del tema mucho más que servidor.

14. AEHA: expediente 2729/39.

15. Entrevista con Winifred Wagner en *Die Zeit*, 18 de julio de 1975. Mucho de lo que antecede, salvo la referencia a Arranz, lo expusimos en síntesis Carlos Collado y servidor en nuestro artículo, que no se ha traducido.

16. Este es, quizá, el momento de indicar que su entrada en la Wikipedia alemana está plagada de errores y omisiones. Probablemente, no por casualidad. https://de.wikipedia.org/wiki/Johannes_Bernhardt.

17. Collado, p. 89. El original se encuentra en el AGA: 82/06347.

18. https://en.wikipedia.org/wiki/Feldj%C3%A4gerkorps.

19. Fernando Hernández Sánchez, *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco*, Pasado & Presente, Barcelona, 2018, pp. 89-94. Agradezco muy de veras que me pasara la totalidad del dosier establecido por los norteamericanos.

20. La referencia exacta de este importantísimo documento es https://www.cia.gov/readingroom/docs/BERNHARDT%2C%20JOHANNES_0025.pdf.

21. «The Neofascist Network and Madrid, 1945–1953: From City of Refuge to Transnational Hub and Centre of Operations», *Contemporary European History*, diciembre de 2021. Ligar, en particular, a Bernhardt con el general «von» (*sic*) Faupel, p. 78, es puramente arbitrario, ya que el general y su esposa se habían suicidado en Berlín a la llegada de las tropas soviéticas. Walters, p. 199, señala que Bernhardt también financió la fuga de fugas a América Latina.

22. Collado Seidel, 2001, p. 116. En el Foreign Office se explicó que se habían pronunciado en favor de que Bernhardt se quedara en España, dada su utilidad, pero después se cambió de tono y habían comprendido, como los norteamericanos, que era mejor que se le reenviase a la vencida Alemania.

23. AGA: 82/06347, expediente Bernhardt.

24. AGA: 82/07527.

25. https://es.wikipedia.org/wiki/Cascos_de_Acero.

26. Su nombre aparece en el *BOE* del 18 de julio de 1939, muy significativo, como receptor de la Encomienda con Placa de la Gran Orden Imperial de las Flechas Rojas. Entre las personalidades que recibieron tal distinción ese mismo día figuraron, por ejemplo, José María Alfaro, Manuel Valdés Larrañaga, José María Oriol Urquijo, José Antonio Jiménez Arnau, Máximo Cuervo Radigales, José María Pemartín, Eduardo González Gallarza, Luis Carrero Blanco, Jesús Pabón, Pedro Muguruza, etc.

27. Se encuentra en AGA: 82/06344.

28. Buscando en internet parece que había sido ayudante personal de Franco y que se había hecho cargo de la espada del Cid en el castillo de Figueras (https://cesbor.blogspot.com/2021/12/la-espada-del-cid.html). En 1945 era, sin la menor duda, ayudante de campo. En el diario falangista gerundense *Los Sitios*, del 27 de octubre de 1955, se le menciona entre los participantes en una audiencia militar de SEJE.

29. Supongo que esto se refería a la inicial reacción de la Wilhelmstrasse.

30. Lisardo Doval, verdugo de Asturias, jefe de seguridad del Cuartel General en la guerra, amigo personal de Franco, fue procesado en 1944 por fraude. El consejo de guerra, celebrado en diciembre de 1946, lo condenó a dos años de prisión y doce de inhabilitación. Rodríguez, p. 128. Según Wikipedia, que no menciona el caso, ascendió a general de la Guardia Civil. Murió en 1975, poco antes que Franco.

31. Para Hormaechea, existen sobre él algunos datos interesantes en https://azulbilbao1933.wordpress.com/2020/12/19/los-protagonistas-mario-hormaechea-camina/, que no menciona su relación con Doval y asegura que escondió en su casa a Burbach durante cinco años. Esto último es algo inverosímil.

32. AGA: 82/10150/47.

33. Harald Welzer, Sabine Moller y Karoline Tschuggnall, «*Opa war kein Nazi*», Fischer, Fráncfort, 2002.

34. https://fr.wikipedia.org/wiki/Fran%C3%A7ois_Kersaudy.

35. https://www.youtube.com/watch?v=0FW6aa5BlbY, en la versión oral de la televisión.

36. *Dix faces cachées du communisme*, Perrin, París, 2023. En internet se encuentra alguna que otra referencia promocional y encomiástica a esta obra, aunque no he visto que se hayan detenido en el primer capítulo.

37. Recomiendo a los amables lectores que lean lo que de él se dice, no precisamente como historiador, en https://ca.wikipedia.org/wiki/F%C3%A8lix_Llaug%C3%A9_i_Daus%C3%A0.

38. https://negritasycursivas.wordpress.com/2021/07/16/antisemitismo-y-homofobia-editorial-en-espana-la-editorial-nos/. Ignora el esforzado investigador francés el origen de esta fantasmagórica editorial, ligada a la siniestra figura de Mauricio Karl.

1. Por parte norteamericana no suele enfatizarse su importancia. El socorrido argumento de que apoyaron a la dictadura en su oposición al sistema comunista sirve para todo y, en particular, de tapadera.

2. https://en.wikipedia.org/wiki/Fournier_Register.

3. Véase https://bnf.hypotheses.org/6515 y el relato que de él hizo Emmanuel Macron al otorgarle el grado máximo de una de las más preciadas condecoraciones de Francia.

* Se excluyen todas las obras del autor, mencionadas o no en el texto.

La forja de un historiador
Ángel Viñas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447

© Ángel Viñas, 2024

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2024

ISBN: 978-84-9199-641-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!